C. PARRA-PEREZ

MIRANDA
Y LA
REVOLUCION FRANCESA

TOMO I



EDICIONES CULTURALES DEL BANCO DEL CARIBE

1966

C. PARRA-PEREZ

MIRANDA
Y LA REVOLUCION FRANCESA

TOMO I



EDICIONES CULTURALES DEL BANCO DEL CARIBE
1966

MIRANDA
Y LA REVOLUCION FRANCESA

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

MIRANDA ET LA REVOLUTION FRANÇAISE
PIERRE ROGER. PARÍS

DELPHINE DE CUSTINE, BELLE AMIE DE MIRANDA
EXCELSIOR. PARÍS

MIRANDA ET MADAME DE CUSTINE
BERNARD GRASSET. PARÍS

HISTORIA DE LA PRIMERA REPUBLICA DE VENEZUELA
(DOS VOLS.)
TIPOGRAFÍA AMERICANA. CARACAS

BAYONA Y LA POLITICA DE NAPOLEON EN AMERICA
TIPOGRAFÍA AMERICANA. CARACAS

PAGINAS DE HISTORIA Y DE POLEMICA
LITOGRAFÍA DEL COMERCIO. CARACAS

UNA MISION DIPLOMATICA VENEZOLANA ANTE NAPOLEON EN 1813
COLECCIÓN HISTORIA. DÉCIMA CONFERENCIA INTERAMERICANA. CARACAS

BOLIVAR
EXCELSIOR. PARÍS
(Traducido al inglés por el profesor Andrew N. Cleven. Pittsburg Printing C°.—Traducido al italiano por Paolo Nicolai. Istituto Cristoforo Colombo. Roma.)

LA CARTERA DEL CONDE DE ADLERCREUTZ
EXCELSIOR. PARÍS

MARIÑO Y LA INDEPENDENCIA DE VENEZUELA
(CINCO VOLS.)
EDICIONES CULTURA HISPÁNICA. MADRID

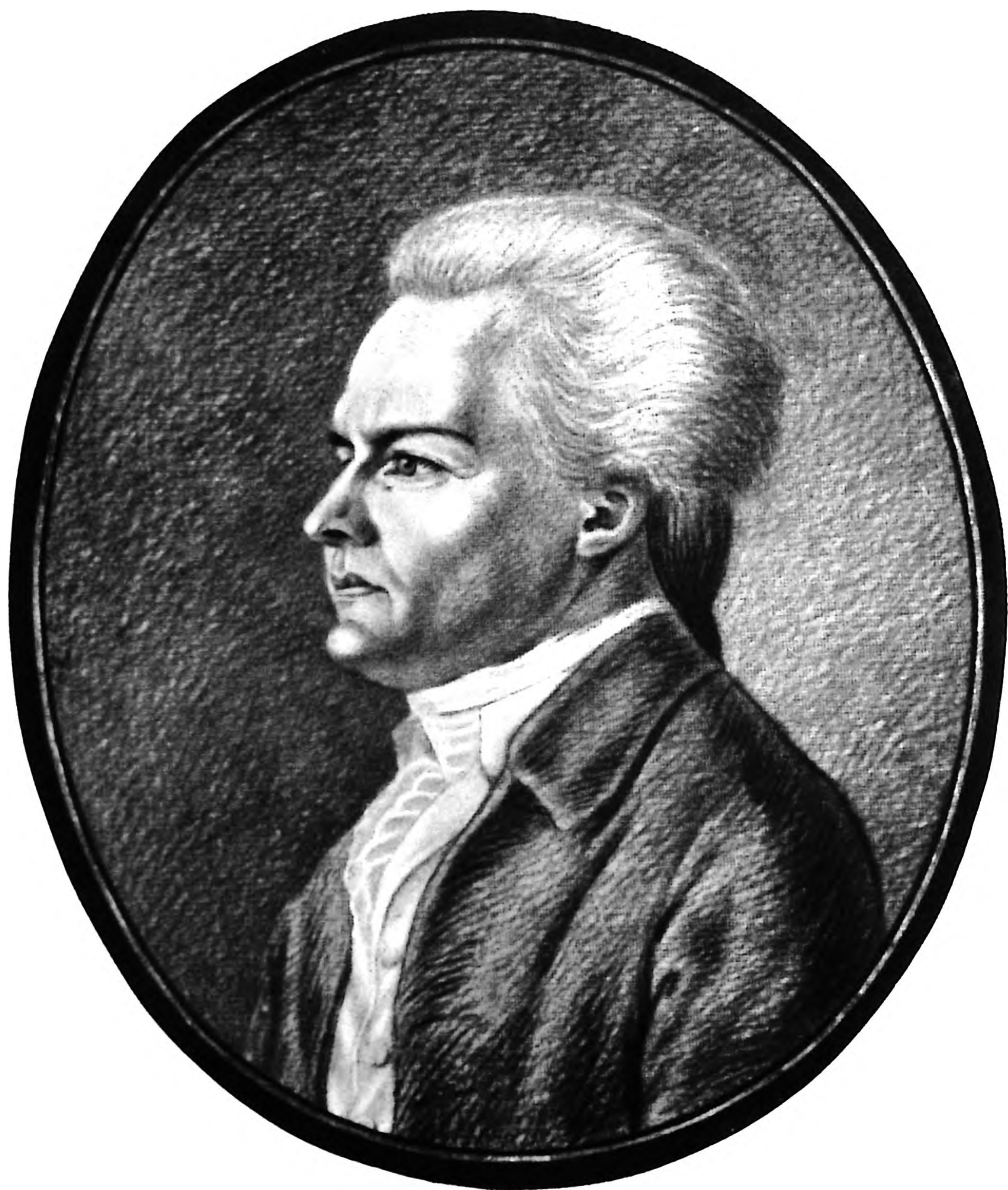
LA MONARQUIA EN LA GRAN COLOMBIA
EDICIONES CULTURA HISPÁNICA. MADRID

MARIÑO Y LAS GUERRAS CIVILES
(TOMOS I, II Y III) EDICIONES CULTURA HISPÁNICA. MADRID

TRAZOS DE HISTORIA VENEZOLANA
EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN. CARACAS

DISCURSOS
ALTAMIRA, TALLERES GRÁFICOS. MADRID

EL REGIMEN ESPAÑOL EN VENEZUELA
EDICIONES CULTURA HISPÁNICA. MADRID



Cortesía de D. Alfredo Boulton

C. PARRA-PEREZ

MIRANDA
Y LA REVOLUCION FRANCESA

TOMO I



EDICIONES CULTURALES DEL BANCO DEL CARIBE
1966

Depósito legal M 9199 - 1966

ESTA PRIMERA EDICIÓN *castellana de la celebrada obra "Miranda y la Revolución Francesa", escrita en francés por el insigne historiador Caracciolo Parra Pérez y traducida a nuestro idioma por el propio autor, constituye el segundo aporte bibliográfico del Fondo Cultural del Banco del Caribe. Ansiosamente esperado por los lectores de nuestra lengua, este libro de Parra Pérez puede decirse que viene a segar una solución de continuidad en su vasta bibliografía, publicada toda, con excepciones contadas, en el idioma español,*

Es evidentemente una de sus obras fundamentales, ya que, además de ofrecer el más fiel retrato del Precursor de la Independencia en Hispano-América, en ella quedan esclarecidos sucesos poco divulgados, los que contribuyen a elevar la figura egregia del personaje que le sirve de centro y los valores históricos de su extraordinaria gestión.

La profunda investigación histórica de Parra Pérez, descubridor del Archivo de Miranda, queda en este libro magnificada, además, por el fino estilo del escritor y por su penetrante conocimiento de los problemas de la época a que se contrae.

El Banco del Caribe cumple así, con esta nueva colaboración, el propósito que le anima al patrocinar esta empresa en pro de la cultura venezolana.

N. D. DAO
PRESIDENTE

ADVERTENCIA

(Por G. F. Pardo de Leygonier)

MUCHO se ha estudiado y comentado el concepto de la Historia que tenía mi ilustre amigo Caracciolo Parra-Pérez. Yo mismo, en Francia y en francés, no he dejado de expresar mi admiración a lo largo de los quince últimos años transcurridos. En el preámbulo muy sintético de los estudios publicados por el Ministerio de Educación con el título de: *Trazos de Historia Venezolana* insistí sobre el aspecto siguiente de los escritos de Parra-Pérez.

«La diferencia entre el verdadero historiador y el simple aficionado a cuestiones históricas encuentra su mejor imagen en la comprobación de un sólido espíritu cronológico que no se extravía nunca en cuanto a la condición y naturaleza de los hechos. Así, es posible para el primero estudiar un caso que puede parecer particular, un incidente trascendental o no, y situarlo automáticamente en el cuadro del tiempo y del espacio, siempre que posea conocimientos suficientes para tallar el relato en sus cuatro dimensiones; tal una piedra que basta empujar en la bóveda o el frontón para que se incruste sin dejar grietas que sea necesario encubrir luego con yeso o masilla. Con estas frases queremos llamar la atención sobre los estudios que siguen, los cuales, aunque dichos en forma de lecciones, han sido concebidos como capítulos interpuestos y más desarrollados en la obra de su autor. Estos discursos y otros semejantes, tienden a enlazar y ampliar una obra completa y demuestran finalmente la cohesión de su pensamiento histórico.» (1958.)

Es, bien apoyado en este concepto, como yo venía incitando al historiador para que, después de la publicación del «Mariño» (labor empezada

en 1954), siguiéramos editando sus *obras completas* en un mismo formato en suerte de realizar la unidad física que justificaba la continuidad y lógica del pensamiento. Cuando nos preparábamos para la reedición de la *Historia de la Primera República* me escribía:

«En attendant que j'ai récrit Miranda, je vais rééditer en un seul volume la *Historia de la Primera República* et envoyer à l'imprimerie le premier volume de *Mariño y las Guerras Civiles*».

Luego y muy justificadamente resolvió la Academia Nacional de la Historia insertar este texto fundamental en la serie que publicara con motivo del *Sesquicentenario de la Independencia*. Por fortuna, el tamaño elegido para la Biblioteca de dicha Academia correspondía al tipo deseado por Parra-Pérez; de tal suerte que muchos eruditos y varias instituciones descompletaron la colección académica para completar las obras del historiador. Con las características oportunas para encabezar las *obras completas* se volvió a imprimir *El Régimen Español en Venezuela* agregando a la obra nuevos elementos inéditos. Cabe recordar que, de los estudios realizados para la primera parte de *Mariño y la Independencia de Venezuela*, había brotado el espeso volumen titulado *La Monarquía en Gran Colombia*. Fenómeno contrario y bastante anterior, resulta que fueron los estudios para la obra *Miranda et la Revolution Française* que fomentaron la *Historia de la Primera República*. Desde muchos años Parra-Pérez deseaba que fuera vertido al castellano su libro, relatando la estada de Miranda en Francia, para que ocupara el puesto que le correspondía en el conjunto de sus escritos. Entonces se presentaba el problema psicológico natural: por una parte la pereza de traducirse a sí mismo, robándole tiempo a la creación constante que agitaba al pensador deseoso de aprovechar su enorme erudición y el inmenso saber que venía acumulando desde su juventud; por otra parte, las tentativas de traducción ajena no le satisfacían, y, un buen día, en carta «confidencial» me escribió estas líneas que considero de la mayor importancia:

«*Au diable donc la traduction faite par autrui, «Miranda et la Revolution Française» est encore ce que j'ai fait de mieux et il est impossible que j'en donne une mauvaise version espagnole. Tant pis ou tant mieux! Je ferai moi-même la traduction «desde pe a pa hasta Santa Juana» comme on dit en Espagne (je ne sais pas d'ailleurs pourquoi car celà n'a apparemment pas de sens). Bon! je traduirai donc mon bouquin en y introduisant certain perfectionnements... et ce sera fort bien.*»

La intención fue lograda por el Maestro, pero la desgracia que sufrimos con su fallecimiento repentino, no había permitido que se cumpliera su ferviente empeño. Profundamente conmovido, mi amigo N. D. Dao,

recordando con qué afecto el Dr. Parra-Pérez le había dedicado personalmente y con gran estima uno de los últimos tomos que le habían quedado de la parca primera edición francesa, quiso realizar no solamente el deseo del historiador en lo relacionado a la edición castellana, pero también someterse total e incondicionalmente a la voluntad del autor, de tal suerte que los dos tomos que formaría parte de las *Ediciones Culturales del Banco del Caribe* ingresaran perfectamente en la larga serie de tomos que, hasta el día presente, han sido publicados en este vasto esfuerzo personal que animaba al insigne historiador. Después de recordar aquí que *Miranda et la Revolution Française* fue escrito antes que el Dr. Parra-Pérez adquiriera por cuenta del Gobierno de Venezuela el Archivo de Miranda y, después de recordar también que escribió su obra *Miranda et Mme. de Custines* antes que el autor de esta Introducción descubriera cartas autógrafas del Precursor a la bella Delfina, cabe señalar que tan abundante documentación novedosa, ni altera, ni corrige las obras citadas; a lo sumo y como me lo decía Parra-Pérez: *completan y aseguran mis dichos*. Personalmente, como amigo del historiador y como venezolano, agradezco profundamente al señor N. D. Dao el fervor y el respeto con que ha permitido la rápida realización de los designios de quien pudo ser designado en Europa con el título afectuoso y simbólico de «Príncipe de los Mirandinos».

ABREVIATURAS

A. E.	=	Archives du Département des Affaires étrangères, à Paris
G.	=	Archives du Département de la Guerre, *id.*
A. N.	=	Archives Nationales, *id.*
B. N.	=	Bibliothèque Nationale, *id.*
C. O.	=	Colonial Office, à Londres
F. O.	=	Foreign Office, *id.*
W. O.	=	War Office, *id.*
P. R. O.	=	Public Record Office, *id.*
B. M.	=	British Museum, *id.*

PROLOGO

MUCHO había tardado la publicación de la versión castellana de esta obra capital del insigne historiador venezolano Caracciolo Parra Pérez, editada en francés hace más de cuarenta años y que ahora se ofrece a los estudiosos del mundo hispano parlante gracias al patriótico interés del Banco del Caribe, cuyos directivos han querido contribuir de esta manera asaz plausible a los homenajes universales que se tributan al ilustre Precursor de la Independencia Hispanoamericana e incansable defensor de los derechos del hombre en la ocasión del sesquicentenario de su muerte. Es este, ciertamente, uno de los más acertados aportes para la mayor divulgación de la gloriosa figura. A la vez, constituye un testimonio de admiración hacia el autor, cuya vasta labor historiográfica le ha conquistado sitio de primer plano entre los pensadores del Continente.

El título de la obra hace pensar por sí solo que se trata de una mera monografía sobre las actividades de Miranda en uno de los tres episodios cuyo conjunto caracterizó su vida apasio-

nante y dieron a ésta tan extraordinaria y peculiarísima fisonomía. El propio autor advierte que no ha consultado los Archivos españoles y americanos, tan ricos en documentación relativa a las gestiones emancipadoras del Precursor, porque su libro no es una biografía y apenas toca incidentalmente el tema de esas gestiones. Sin embargo, pronto se percata el lector de que sus alcances no son simplemente monográficos y asumen la doble categoría de un estudio histórico-filosófico de la Revolución Francesa y de un análisis del pensamiento, del carácter y de las aptitudes de aquél, que configuran su proteica personalidad y lo han hecho inmortal.

Como era lógico, dada la resonancia de las actuaciones militares de Miranda al servicio de la República Francesa y por razones de índole cronológica, el autor consagra la primera parte de su trabajo, *Miranda, General francés,* a las campañas en que éste tomó parte desde septiembre de 1792 hasta marzo del año siguiente, cuando es llamado a la barra de la Asamblea Nacional para responder de su conducta en el Ejército. Trece capítulos, que componen la mitad de la obra, dedica Parra Pérez al estudio de esas campañas, puntualizando con escrupulosa minuciosidad todas las operaciones y movimientos de aquél, motivo de tantas controversias desde la época misma de la Revolución hasta nuestros propios días. Desde sus primeras armas en Argona, donde da muestras de un valor a toda prueba, luego en Bélgica, más tarde en Holanda y el fracaso final de Neerwinden y la retirada de Pellemberg, la actitud decidida y enérgica de Miranda aparece diáfana en esas páginas. Nuestro autor hace gala de un profundo conocimiento de todas las peripecias ocurridas durante

aquel período, el más incierto y difícil de las guerras de la Revolución, así como de los pormenores de las acciones de guerra en las cuales intervino el futuro Generalísimo del ejército venezolano. Ello le permite esclarecer los errores, tan frecuentes en las relaciones de esos sucesos por lo tocante a las actividades de éste, y desvanecer con sólidas razones las calumnias desatadas a propósito de sus actividades militares en el servicio de Francia. El estudio es eminentemente objetivo y en modo alguno panegírico. Si bien justifica, con abundancia de citas, las actuaciones de Miranda y lo exhibe como hombre versado en los principios del arte y dotado de excelentes condiciones para el mando, no se propone equipararlo a los grandes capitanes y aún admite que pudo mostrarse inferior en audacia y decisión a los generales que lo sucedieron: "El Mariscal Gouvion Saint-Cyr, cuyas altas capacidades no se podrían negar, escribe en sus *Memorias* que él consideraba como una extrema imprudencia comprometer a los ejércitos de la República en lo que se llamaba una batalla campal, a menos que se tuviera, como en Jemmapes, una gran superioridad numérica, y concluye diciendo que en los ejércitos de la época la guerra grande estaba prohibida". Y agrega que Miranda se desenvolvía en medio de graves dificultades: era un subordinado sujeto a las órdenes del General en Jefe, que a menudo desaprobaba, sus tropas estaban mal equipadas y carecían de disciplina; debía también atenerse a las instrucciones venidas de París o impuestas por los Comisarios de la Convención, a todo lo cual se añadía la mala disposición de sus compañeros de armas, celosos del extranjero autoritario y rudo.

Los imperecederos fundamentos de la inmortalidad del Precursor están, como lo expone Parra Pérez, en aquella insondable

pasión por la libertad y en su inconmovible devoción a la causa de la emancipación de Hispanoamérica. Un biógrafo de Dumouriez lo tilda de aventurero y lo acusa de hacer ostentación de patriotismo con la mira puesta en el comando supremo. Nuestro autor no se indigna ante el calificativo aplicado "a un hombre cuya vida es el más asombroso tejido de aventuras que pueda imaginarse". Pero censura la intención peyorativa recordando, desde luego, que Miranda no tomó ninguna iniciativa en su designación de General del Ejército francés. Desengañado de la actitud oportunista de Pitt, en cuanto a sus planes de liberación de las colonias españolas, va a Francia con la ilusión de que las corrientes desencadenadas allí crean un ambiente favorable a sus propósitos y le facilitarán la ayuda indispensable para realizarlos. Como lo observa el autor, la idea fija de Miranda es la emancipación de Hispanoamérica. No le interesa en ese momento la política interior de la flamante República sino en la medida de su evolución hacia hechos e ideas que conduzcan al éxito de su plan, y se hace revolucionario porque cree que la Francia revolucionaria es capaz de propagar el incendio por el mundo entero y se prestará con entusiasmo al proyecto de sublevar las Provincias de América contra el dominio peninsular. Carece, por lo pronto, de ambición de poder. No solicita empleo alguno y admite el cargo de Mariscal por las instancias encarecidas del Ministro de la Guerra, Servan, y de los girondinos en el Cuerpo Legislativo, y ello después de meditarlo mucho. Por esos días escribe a Turnbull, su consecuente amigo de Londres, anunciándole las ofertas halagadoras que le hacen y manifestándose aún indeciso, seguramente en la esperanza de recibir en el último momento alguna información favorable de

Londres. Tiene sus pasaportes listos y puesto reservado en la diligencia.

Miranda escribe también al Embajador de Rusia en Inglaterra haciéndole saber su resolución. Su carta es una expresiva síntesis de las dos grandes pasiones que agitaron constantemente su espíritu: "En el momento en que esperaba tener el placer de verlo y de conversar con usted sobre los asuntos de Europa, le dice, heme aquí convertido en General del Ejército francés de la libertad y a punto de partir para tomar el mando de una división en la frontera. Usted no debe extrañar que me haya unido a los defensores de la libertad puesto que usted sabe que ella es mi divinidad favorita y que me he consagrado a su servicio mucho antes de que la Francia hubiese pensado en ella". Es el Quijote a quien se refería más tarde Napoleón haciendo hincapié en que éste no era loco y tenía fuego sagrado en el alma. La epístola no se limita a dejar constancia de ese fuego sagrado que había advertido la penetración del corso genial: "Pero lo que me induce aún más fuertemente, agrega, es la esperanza de poder un día ser útil a mi pobre patria, a la cual no puedo abandonar". Y concluye rogando al Embajador manifieste a Fox que sus sentimientos son siempre los mismos y mantiene inviolablemente la estipulación pactada entre ellos, pues es bajo esta condición que ha entrado al servicio de Francia. Parra Pérez se pregunta cuál pudo ser esa estipulación entre Miranda y el Jefe de la oposición en el Parlamento Británico, ignorada por los historiadores, y opina con fundamento que se trataba sin duda de los asuntos de América. El avisado agitador tenía, en efecto, una excepcional capacidad para poner en juego todos los recursos posibles y también la energía suficiente para enfrentarse a los peligros

a que lo exponían sus convicciones y sus planes. Dumouriez procura ganarse la voluntad de los soldados arengándolos contra los jacobinos que lo han proscrito. Miranda le echa en cara su conducta y le responde con una rotunda afirmativa cuando aquél le pregunta si cree en la igualdad de que hablan los facciosos. A otra pregunta del mismo sobre la actitud que tomaría si recibe una orden de arresto contra él, Miranda contesta que como servidor fiel se vería obligado a cumplirla. Y ocurre entonces una escena de sabor épico reveladora de su inquebrantable adhesión a los más nobles ideales humanos. "Poco después el diálogo se renueva durante la comida, relata el autor.

—Es preciso —dice Dumouriez— ir a París para restablecer la libertad.

—¿De qué manera?

—Con el ejército estoy decidido a pasar el Rubicón.

—Yo creo el remedio peor que la enfermedad, y ciertamente lo impediré si puedo; usted no es César y el ejército francés no está compuesto por las legiones del vencedor de los galos: si se sospechase que usted abriga semejante propósito, los soldados le responderían a tiros y sablazos.

—¿Se batiría usted contra mí, Miranda?

—Es posible, si usted se bate contra la libertad.

—¿Sería usted, pues Labiéno?

—Labiéno o Catón, usted me encontrará siempre del lado de la República."

El autor hace una pintura fiel del carácter de Miranda refiriéndose, desde luego, a sus actuaciones en Francia: "Era hábil, bravo y leal; el coraje, la calma, la tenacidad, la serenidad que siempre demostró, así como la nobleza de su alma, hacen de él

uno de los más hermosos representantes de la raza española; Miranda sirve a una causa única: lucha por la independencia de los Estados Unidos; contribuye eficazmente a expulsar del territorio francés a los ejércitos imperiales y prusianos; consagra su vida a la emancipación de la América Latina; se bate en Venezuela a la cabeza de los patriotas y muere en un calabozo de Cádiz por haber amado la libertad: "Mi destino, dice en una alocución a los franceses, parece ser siempre y en todas partes el de soldado de esta ilustre causa". ¿Amaban las tropas a Miranda? Se conoce su carácter rígido; había desplegado la mayor energía en el mantenimiento del orden y la disciplina en el ejército en una época en que la regla era la insubordinación y los generales temblaban ante los voluntarios alzados y cobardes... Miranda no temía obrar con rigor extremo..., castigaba a los culpables, escribe Servan, y mantenía a las tropas sometidas...; la exuberancia de este incansable charlatán (Dumouriez) contrastaba singularmente con la circunspección de Miranda, por lo cual es muy probable que oficiales y soldados no tuviesen por él ningún afecto. Se exhibirá de igual modo en Venezuela cuando, en 1812, se le designa Generalísimo de las fuerzas patriotas: censurará ásperamente la indisciplina del soldado, la inexperiencia de los oficiales, las deficiencias de una administración rudimentaria, hiriendo así inútilmente el amor propio de sus subordinados y desalentando quizás las mejores voluntades. Rodeado de extranjeros a quienes consideraba los únicos capaces de servir bien a la causa de la independencia, como se lo ha pretendido, verá muy pronto volverse contra él a la mayor parte de los patriotas, a quienes exasperaba su aire desdeñoso y el tono cáustico que había adoptado. Este hombre se imponía a la admira-

ción de todos por su elevada inteligencia, su dignidad y la vasta extensión de sus conocimientos, pero ignoraba el arte de hacerse amar por sus subalternos y despreciaba la popularidad y el favor inconstante de la multitud. Podría decirse que vivió siempre encerrado dentro de la torre de marfil de su orgullo; sin embargo, es bueno repetirlo, el soldado no tuvo jamás motivos de queja contra él".

Parra Pérez plantea dos problemas de importancia vital para fijar la significación exacta de la figura de Miranda, tan a menudo deformada por sus propios admiradores, como Robertson, quien le censura su versatilidad. "Era precisamente, observa nuestro autor, una de sus cualidades maestras la voluntad encarnizada de no apegarse a nadie y el altivo egoísmo de jugar con las cartas sobre la mesa, y actuando con un arte consumado de diplomático y un perfecto conocimiento de los hombres y los pueblos sabía explotar a maravilla sus pasiones y sus intereses." El Presidente del Tribunal revolucionario lo interroga acerca del dicho de un testigo de que él hizo fracasar las batalla de Neerwinden porque ardía en deseos de comandar en Jefe los ejércitos. ¿Abrigó Miranda esa ambición? Nuestro autor admite semejante posibilidad, aun cuando nada se sabe al respecto, pero ya antes ha dejado constancia de que ello no implicaba el abandono de sus proyectos de emancipación de la América Hispana. "En este gran asunto de su vida, la independencia de la América del Sur al cual lo vemos aplicando sus grandes facultades con una infatigable constancia, observa Parra Pérez, él se muestra discreto, reservado hasta donde lo estimaba conveniente para los fines que perseguía; pero cuando cree deber hacerlo presenta la cuestión con absoluta franqueza diciendo a la Francia: yo tengo un plan

para libertar a la América Española, para libertarla, no para entregarla a quienquiera; yo he propuesto ese plan a Inglaterra, que no ha podido o querido aceptarlo; ¿quieren ustedes adoptarlo?" En esa expresión feliz condensa el autor el sentido y la orientación de las actuaciones del Prócer en aquel agitado mar de la Revolución Francesa. Cuando se discute el proyecto de expedición a Santo Domingo, a cuyo frente quiere ponérsele y que él desaprueba como contraproducente para la causa de la emancipación, Miranda explica a Pétion sus negociaciones anteriores y le añade: "Doce años de fatigas, de viajes y de meditaciones sobre el mismo asunto, me dan una especie de derecho, que reclamo con alguna confianza. Ese mismo motivo es aún la causa principal (como tuve el honor de decírselo en su oportunidad) por la cual preferiría establecerme en Francia y convertirme en ciudadano francés por encima de las ventajas que pudiera obtener en la América del Norte, en Rusia o aún en Inglaterra. Sobre este artículo aquí puedo rendir servicios esenciales a la República y hacer al mismo tiempo la felicidad de mi patria, que es el colmo de la felicidad humana. Así, usted no debe abrigar dudas acerca de mi sincera adhesión a la una y a la otra. No conozco sino dos deberes en mi actual situación: primo, a la Francia, como un miembro legítimo de la nación y un servidor fiel de la República a la cual he prestado mi juramento inviolable; secondo, a mi pobre patria accidental, que desde lejos me tiende la mano y me muestra los hierros dentro de los cuales gime desgraciadamente por el despotismo más cruel y más infame. Esta idea me desgarra el corazón cada vez que pienso en ella, pero no pierdo la esperanza".

La misma interrogante se hace el autor al referirse a las actividades políticas de Miranda en ese período, durante el cual pone de manifiesto sus dotes excepcionales de pensador, sus prodigiosos conocimientos, su ardiente devoción por los principios y su insuperable habilidad para sortear los mortales peligros que constantemente lo amenazan. En el curso de su obra, valiéndose de múltiples testimonios de admiradores y adversarios, Parra Pérez describe sus pasos dentro del dédalo de la Revolución, signados invariablemente por un Evangelio de libertad. Es particularmente interesante el capítulo consagrado al análisis del programa político expuesto por Miranda a la opinión pública en julio de 1795, en el cual hacía hincapié en que no se requería una capacidad genial para gobernar a un gran pueblo, pues bastaban ampliamente al objeto la sensatez y el espíritu de justicia, citando el caso de Washington: "El Presidente de los Estados Unidos de América, a quien conozco personalmente, no ha obtenido la confianza de sus conciudadanos por cualidades brillantes, que no tiene, sino por la rectitud de su espíritu y la derechura de sus intenciones: es esta justeza lo que lo ha inspirado en la selección de los colaboradores más hábiles y más ilustrados que han servido tan eficazmente para consolidar la libertad y la felicidad de su país. Que la Francia imite ese ejemplo. Que escoja uno o dos hombres de bien que deseen ardientemente la felicidad de la nación y que se rodeen de seis ministros que participen del talento y del genio," he aquí todo lo que sería preciso, en el concepto del venezolano, para asegurar la felicidad del pueblo francés.

¿Era su candidatura lo que planteaba Miranda con esas expresiones? ¿Se creía él uno de esos hombres de bien ardientemente deseosos de la felicidad de la nación?, se pregunta el

autor, para afirmar de seguidas que ello era posible. Muy pronto, observa, se oirá pronunciar, con referencia a Miranda, el término Cónsul, cuatro años antes de que Bonaparte se adjudicase dicho título y que aquél, imbuido en la historia romana y bajo la caótica situación creada por la Revolución, pudo muy bien haber insinuado. Nuestro General, dice el autor, tenía el cuidado de deslizar esa nota que podría considerarse como un alegato *pro domo* en lo relativo a las condiciones requeridas para reconocer la ciudadanía francesa a un extranjero. Miranda censuraba ásperamente el proyecto de acta constitucional que sólo admitía la ciudadanía en favor del extranjero que hubiese vivido en Francia durante siete años, en tanto que no lo reconocía al que hubiese servido en los ejércitos de la República. ¿Podría darse una prueba más concluyente e irrecusable de adhesión a la causa de la libertad que la de haber tomado espontáneamente las armas para su defensa batiéndose por la República? Miranda reclamó constantemente con vehemencia su derecho al título de ciudadano francés. Su programa político, que asume las características de un manifiesto electoral, evidencia esa pretensión, cuyo reconocimiento lo haría apto para todas las magistraturas. En ese programa toca todos los problemas que afectaban tan hondamente a la flamante República, desde el restablecimiento de la paz en Europa, su más fervorosa aspiración y a cuyo fin sugiere la celebración de un congreso de las Grandes Potencias, hasta la cuestión religiosa, que quería se solucionase en un ambiente de respeto y tolerancia.

Al concluir su exposición sobre el programa político que Miranda presenta a la Francia, nuestro autor comenta agudamente que aquel 14 Messidor del año III, en plena crisis, cuando

con la liquidación del régimen siniestro del Terror se anuncian cambios, si no en el personal ni en las teorías, sí, al menos, en las costumbres revolucionarias, parecía el momento propicio para que aquél advirtiera al público que él está allí dispuesto a servir y, como se desprende de su escrito, a colocarse en primer rango. Para ello ha invocado y seguirá invocando enérgicamente su derecho a la ciudadanía francesa, y hace valer con vehemencia la importancia de sus servicios, caracterizados por una lealtad ejemplar a la causa de la libertad, diosa de la Revolución.

Sin embargo, esas ambiciones de Miranda no eran, en el fondo, un fin, sino un medio. Por seductoras que fuesen para él las perspectivas de una posición predominante en la recién nacida República, el incentivo de la emancipación de Hispanoamérica constituye invariablemente el supremo ideal de su vida. Nunca dejó de estar en contacto con los conspiradores del Nuevo Mundo, observa Parra Pérez, y recuerda su famoso pacto con el peruano Pozo y Sucre y con el chileno Salas, que le atribuye una fantástica representación de todas las provincias de la América meridional y lo faculta para presentarse nuevamente ante Pitt como el legítimo portavoz de todas ellas. Así, cuando el Directorio lo expulsa como extranjero perturbador, ya no le interesa la política francesa y está preparado para consagrarse a las nuevas gestiones. "Iba a ocuparse de nuevo en su empresa de la independencia de las colonias españolas, verdadero y perpetuo ideal de su vida, dice Parra Pérez. El momento le parecía propicio para tratar de arrastrar a Inglaterra, hacia la cual vuelve sus miras, pensando también en la ayuda de los Estados Unidos. Lo que podría llamarse el paréntesis francés de su existencia va a cerrarse y el antiguo capítulo de la emancipación surameri-

cana va a reabrirse, ya sin interrupción, por el resto de su vida. El épico agitador se apresta a retomar por su cuenta y definitivamente la gran obra de revolucionar la América latina que otros antes que él habían apenas entrevisto, en tanto que esos vagos precursores sólo habían manifestado ensueños sin consecuencia, cuya realización no habría tenido otro resultado sino la desmembración de la monarquía española en provecho de Inglaterra. Miranda formó un proyecto de gran envergadura y se propuso no hacer cambiar de dueño a su país, sino libertarlo totalmente, contando con el apoyo extranjero que era indispensable."

Sin embargo, ante la fría acogida de Pitt, a quien lord Grenville le hace ver el riesgo de que España se eche en los brazos de la Francia revolucionaria, Miranda vuelve a Francia por última vez. "Había llegado el momento, comenta Parra Pérez, en que podía decirse, con Mallet du Pan, que los ídolos populares y los charlatanes en jefe habían cesado de reinar... Se deseaba la Paz y todas las miradas se volvían hacia el hombre a quien se creía capaz de imponerla." El 18 Brumario iniciaba una etapa anunciadora de reformas y muchos proscritos volvían a la gracia del Gobierno Consular. ¿Pensó Miranda que Bonaparte podría interesarse en sus planes de emancipación? Nuestro autor no lo cree. Piensa que las nuevas autoridades se habían desentendido de todas las quimeras de los años anteriores y le parece difícil que nuestro general hubiese podido abrigar ilusiones al respecto. "Miranda, dice, no ocurría a París; él se evadía de Londres."

Empero, si se tienen en cuenta su destacadísima actuación en Francia, sus valiosas conexiones, su sabiduría, su invensible tenacidad, sus admirables recursos para las maniobras política, bien puede conjeturarse que la idea de engranar en el nuevo régimen

y de obtener su apoyo para sus planes de emancipación, no fue ajena a este último y desgraciado viaje. Fouché se encarga esta vez de malograr sus posibles esperanzas y aun una pacífica y silenciosa estada suya en territorio francés. Tras de haber tratado de impedir su ingreso, autorizado por el propio Napoleón a título privado, aquél lo somete a interrogatorio judicial como cómplice de los conspiradores contra el Gobierno Consular, lo encierra en el Temple y lo expulsa definitivamente del suelo a cuya reestructuración había contribuido con tan insuperable lealtad. Su última estada no alcanza a los cuatro meses y vuelve a Inglaterra, donde reanuda sus gestiones, cuyas peripecias traza el autor para concluir con una pincelada del drama final de su confrontación con los revolucionarios venezolanos en un ambiente agitado y receloso, inasimilable para él, y rodeado de tremendas dificultades que sólo el genio y la voluntad incontrastable de Bolívar podrán superar.

Esta versión del *Miranda et la Revolution Française* de nuestro insigne compatriota, cuya reciente desaparición fue motivo de duelo para las letras del Continente, será recibida con unánime beneplácito por cuantos se interesan en el estudio de las gloriosas figuras cuyo pensamiento y cuya acción marcaron la génesis de nuestras nacionalidades hispanoamericanas.

CRISTÓBAL L. MENDOZA

INTRODUCCION

SEBASTIÁN *Francisco de Miranda nació en Caracas el 28 de marzo*[1] *de 1750, de Sebastián de Miranda y de Francisca Antonia Rodríguez de Espinosa. Su padre, que pertenecía a una familia de origen vasco, establecida en las islas Canarias, emigró a Venezuela, donde se enriqueció en el comercio y donde se casó el año 1749;*[2] *conocedor del oficio militar, obtuvo del Capitán General de la provincia un grado en la compañía de milicias formada por los canarios habitantes de Caracas; retirado, a petición suya, en 1769, volvió a vestir, sin embargo, el uniforme de un nuevo batallón de milicias, con vivo descontento de la municipalidad, harto puntillosa en achaque de prerrogativas y que negaba al representante de la Corona el derecho de hacer determinados nombramientos. Siguióse una larga disputa, a la cual, por cierto, puso fin un real decreto que quitaba la razón a la municipalidad, pero que no hizo menos espinosas las relaciones de Sebastián de Miranda con los nobles criollos de la ciudad. El incidente ejerció considerable influencia sobre el espíritu y sobre la actitud política de Fran-*

cisco, quien siempre pareció guardar rencor a la pequeña camarilla caraqueña por el rigor que había observado con su padre.

Francisco estudió el derecho y la filosofía, primero en la Real Universidad de Caracas y después en México, donde pasó cerca de doce meses, cuando tenía unos dieciséis años. Marchó muy luego a Madrid para dedicarse al estudio de las matemáticas, de las lenguas vivas y del arte militar. El año 1772 ingresó en el ejército español, en calidad de capitán de un batallón de infantería del regimiento de la Princesa.[3]

Miranda estaba en 1774 y 1775 en Melilla, y allí presentó o sugirió al alto mando español planes para defender la fortaleza; luego, a mediados del segundo de aquellos años, concurrió al ataque de Argel, donde 20.000 españoles, bajo las órdenes del conde de O'Reilly, fueron batidos por los moros. Sus jefes de Africa comprueban que ha demostrado valor, capacidad y aplicación notable y que posee buena salud y observa buena conducta, sin más reproche que el de ser algún tanto imprudente.[4] *No tardó en manifestar repetidas veces su desagrado por la vida de guarnición y solicitó que se le empleara en el servicio activo, ofreciéndose para ir a Buenos Aires en calidad de voluntario. Pidió también, sin llegar a obtenerlo, que se le permitiese ir a estudiar en Prusia y otros países la ciencia militar. Había alcanzado el grado de capitán cuando tuvo una querella violenta con el coronel Roca, jefe del regimiento, y fue enviado a Cádiz.*

Entretanto, los acontecimientos de América se precipitaban. Francia y España se disponían a intervenir en favor de los insurrectos anglo-sajones, quienes desanimados y trabajados por el partido inglés querían desde 1777 llegar a un acuerdo con la metrópoli. Floridablanca, ilusionado por la esperanza de recupe-

rar a Gibraltar, deseaba todavía halagar a Inglaterra: el ministro de Carlos III quería librar a su país de la influencia francesa, sin dejar de ser fiel al Pacto de Familia. "Trabajemos separadamente, sin cesar de ser amigos", decía a París. Mas la victoria de Saratoga decidió a Luis XVI a declarar la guerra y, en junio de 1779, España se unió a Francia.[5]

En la primavera de 1780 Miranda es capitán del regimiento de Aragón destinado a la expedición contra las posesiones británicas, de acuerdo con los franceses. En las Antillas es nombrado ayudante del general Cagigal, a cuyo lado le vemos tomar parte activa en las operaciones militares y en las maniobras políticas que señalan esta fase de la guerra inglesa. Se encuentra en el sitio de Pensacola y contribuye poderosamente a la toma de la ciudad; manda como segundo las fuerzas hispano-americanas que conquistan la Providencia a los ingleses. Poco más tarde es nombrado teniente coronel. En su respuesta al general Eustace, en 1793, Miranda recordará que "mandaba los voluntarios angloamericanos, reunidos a los españoles y a los franceses, en la expedición de la Florida occidental, en la toma de Pensacola", e invocará en prueba de ese hecho el testimonio de Dumonteil, de Laval y de todos los oficiales franceses que se encontraban allí. "El fue quien, en La Habana, valió a los americanos los inmensos recursos que sacaron de allí y quien procuró a De Grasse los medios para su entrada en Chesapeake, la cual, como es sabido, produjo la toma de Yorktown."[6] *Rindió con ello un servicio decisivo a la causa de la libertad de los Estados Unidos, pues fue él, en efecto, quien por su influencia con el gobernador de La Habana procuró al almirante De Grasse treinta y cinco mil libras esterlinas para permitirle actuar a lord Cornwallis.*[7] *En 1782 tuvo lugar el ataque a*

las islas Bahamas por una flota española, apoyada por barcos que tripulaban insurrectos de La Carolina. Allí estaba también Miranda, quien trató con el inglés Maxwell los términos de la capitulación que entregó a España dichas islas.

Parece ser que el coronel tuvo desavenencias con sus compañeros de armas, oficiales peninsulares que veían con malos ojos los buenos éxitos de un americano: entonces fue cuando comenzaron a extenderse ciertos rumores, que, transformándose en acusaciones, le llevaron a abandonar el ejército español. Hubo de reprochársele, especialmente en esa época, el hecho de haber favorecido la visita que hizo a las fortificaciones del puerto de La Habana el general John Campbell, antiguo comandante de las tropas inglesas en Pensacola. Esta acusación resultó por completo falsa.

Cumplió Miranda, por orden de Cagigal, una misión muy delicada cerca de las autoridades de Jamaica. A mi vista se halla la copia íntegra de casi todos los documentos relativos a esta misión que existen en los archivos de Inglaterra.[8] *Acaso volveré algún día sobre este capítulo de la historia de Miranda, quien, encargado de una proposición para el canje de prisioneros, se vio mezclado en la compra de barcos de guerra y hasta en operaciones destinadas a introducir en la isla de Cuba algunos artículos de contrabando; no es esta la ocasión de extenderse acerca de semejante episodio. Más tarde tendremos que hablar de una orden del Consejo de Indias, con fecha del año 1799, cuando Miranda era más que nunca objeto de las persecuciones de España, y que demuestra absolutamente que el coronel no se entregó en Jamaica, en Cuba, ni en parte alguna, a ningún género de especulación ilícita contraria a la probidad o a su honor de oficial español.*

Por más que Cagigal hubo hecho caluroso elogio del joven venezolano y rogado al Rey que le concediera grado y sueldo de coronel efectivo de infantería, el gobernador Gálvez, con el reproche de que suscitaba prevenciones y celos entre los jefes españoles, hízole prender en La Habana; puesto pronto en libertad no tardó en verse envuelto en la desgracia en que incurriera su amigo Cagigal. Cansado, en fin, del servicio de España, Miranda pasó a los Estados Unidos: durante diez años había hecho el duro aprendizaje de la guerra. No queriendo marchar como desertor, informó a Cagigal de su resolución por carta del 16 de abril de 1783. Ciertamente, este jefe, en su paternal bondad, hubiese querido que el joven oficial antes de ejecutar tan grave designio tuviera una entrevista con él, pero consentía en dejarle seguir "el plan de su idea" que entonces consistía en viajar por el continente americano, no sin recordarle su promesa de no tomar ningún partido antes de que él, Cagigal, quien se disponía a embarcarse para España, no le hubiese comunicado el resultado de las gestiones que pensaba hacer en la corte. "Por deber y por justicia —decíale— me creo en el caso de informar al Rey del distinguido mérito de usted y de sus servicios, de los cuales he sido testigo; de hacer valer las ventajas que el Estado puede obtener de sus conocimientos y de su constante aplicación. La emulación es un atributo del mérito, como la sombra lo es del cuerpo; por eso no tiene nada de extraordinario lo que a usted sucede, pues todos los que en el mundo sobresalen del nivel común siguen el mismo camino, por injusto y doloroso que eso sea. Usted es joven y ha sido ya propuesto por dos veces para el grado de coronel efectivo; espero que cuando yo llegue a la corte se terminará ese proceso y Su Majestad, con mejor información de los servicios y del carácter de la persona de

usted, le dará las mayores satisfacciones, con lo que todos los amigos de usted tendremos la de verle en nuestro país con el contento de todos y yo con la alegría del paternal afecto que siento por usted." El mismo día, el capitán general escribió al encargado de Negocios de Su Majestad Católica en Filadelfia para recomendarle muy especialmente esa persona "honrada y de cualidades distinguidas". "Algunos percances —añadía— de los cuales ha sido víctima últimamente, por parte del ministro de Indias y provocados por la envidia de algunos rivales, le han disgustado y afectado bastante. Ruego a usted que, con la reserva necesaria, contribuya a contentarle, para evitar que pierda el Estado uno de sus mejores oficiales, hombre de vastos conocimientos. Si le hace falta algún dinero, agradeceré a usted igualmente que tenga la amabilidad de procurárselo, girando a mi nombre por esa suma en España, desde donde comunicaré a usted mi próxima llegada." Poco después es al mismo presidente Washington a quien Cagigal hace la presentación de su ayudante, "cuyo carácter, instrucción y otras circunstancias le han merecido por su parte la más especial distinción y espero que le valdrán igualmente la estimación de S. E."[9]

¿En qué fecha exactamente salió Miranda de Cuba? Afirma el general Eustace haberle visto en Charleston en marzo de 1783:[10] dedúcese, pues, que la carta del coronel a Cagigal, de 16 de abril, fue escrita fuera del territorio español.

En los Estados Unidos, Miranda vio al presidente Washington, al gobernador Sargeant, a John Adams, Rufus King, Thomas Paine, Hamilton, Knox, Stephen Sayre, Stiles y al coronel Smith, ayudante de Washington durante la guerra y con quien tan fiel amistad debía de unir al viajero: con todos departió acerca de los

futuros destinos de la América española y a casi todos supo comunicar "su ardiente y contagioso entusiasmo".[11]

Barbé-Marbois, futuro presidente del Consejo de los Ancianos, ejercía por esta época las funciones de encargado de Negocios de Francia en Filadelfia y enviaba al conde de Vergennes los escritos de más en más virulentos que se publicaban en los Estados Unidos contra las administraciones española e inglesa en las colonias: encarnizábanse en "la avaricia famosa y la feroz conducta de D. Luis de Vuzaga y Amézaga, actual gobernador de la desventurada ciudad de La Habana". Le Gazetier indépendant ou la Chronique de la liberté *era el "recipiente" de estas injurias y de estas sátiras: redactábalo un inglés reunido con dos españoles descontentos y fugitivos de La Habana.*[12] *¿Era Paine este libelista y Miranda uno de esos españoles? Es posible. De todas maneras, el coronel fue a ver a Barbé-Marbois y le habló de la América española. Años después escribía el diplomático: "Por ese tiempo llegó a Filadelfia Miranda, criollo de Caracas, joven, emprendedor y tumultuoso. Tuvo en Filadelfia entrevistas con quien esta historia escribe y le dijo: «Nuestros reinos de América no tardarán en experimentar una revolución parecida a esta de la que es usted testigo. Un gobierno sabio y prudente podría moderar su violencia o retrasar los efectos, pero semejantes advertencias ofenden a los ministros, los cuales sienten gran aversión por toda sabiduría que no sea la suya y hacen sentir el peso de su cólera a los consejeros demasiado instruidos. He dicho que el alzamiento de los indios mexicanos*[13] *en 1778, era un aviso de la mayor importancia; hablé de admitir a los extranjeros en todas nuestras colonias, y por el modo cómo fue recibida esta franqueza creí conveniente huir como si hubiera cometido una culpa»." El encargado de Ne-*

gocios de Francia transmitió esta conversación al conde de Vergennes.[14]

Se ve que Miranda, hablando todavía como español, usaba un lenguaje de hombre prudente y que no atacaba la integridad del imperio. ¿Cuántos males habría evitado el gobierno real si hubiera seguido sus consejos? ¿Podrá ser nunca vituperado un hombre que procede de tal modo? Doctrinario, ciertamente lo fue y durante toda su vida; quería cambiar la política y los métodos de la administración española en América y para ello no retrocedía ante ningún obstáculo: "Para propagar los principios en La Habana estableció periódicos a sus expensas".[15] *Veinte años más tarde dirá a sir Home Popham que, hacia 1780, había recibido mensajes de muchos suramericanos que le invitaban a trabajar por la independencia: negóse a ello porque entonces no era sino un oficial al servicio de su soberano.*

En julio de 1784 Miranda llega a Londres, donde le siguen las sospechas del gobierno español. La legación del Rey vigila diestramente al venezolano y el ministro Campo sabe por distintas personas que es hombre "de mucho talento, gran actividad, notable educación, aunque fanático en la defensa de sus principios de libertad contra todos los gobiernos". Este ministro consideraba a Miranda "capaz de sacar adelante con orden y método cualquier proyecto audaz".[16] *Muy sospechosas eran, en verdad, las relaciones que se había formado en Londres; tenía conversaciones con lord Howe, lord Shelburne, lord Sydney, y además poseía demasiados mapas y planos interesantes, demasiados documentos relativos a las posesiones españolas y al estado de sus fortificaciones. Las gacetas británicas empezaban a ocuparse de él:* The Political Herald and Review *publicó un artículo, inspirado*

sin duda por el mismo Miranda, donde se hablaba de sus proyectos para la independencia de América; presentábasele como "un hombre de sublime visión y penetrante genio, instruido en las lenguas antiguas y modernas, sabio y conocedor del mundo. Ha consagrado —decíase allí— muchos años al estudio de la política general. Mira a Inglaterra como la madre patria de la libertad y la escuela de los conocimientos políticos... Admiramos sus talentos, admiramos sus virtudes".[17]

Sin embargo, Miranda no hizo entonces al gobierno inglés ninguna proposición relacionada con sus proyectos. Al contrario, dirigió al rey de España una larga memoria, recordando los servicios que había rendido a la Corona y pidiendo justicia contra las persecuciones que sufrió en Cuba y que le obligaron a dejar el ejército. Había prometido al general Cagigal permanecer a la expectativa, no intentar nada hasta que una determinación interviniese en los asuntos que a ambos interesaban y mantenía su promesa. Había asimismo recurrido al ministro de España para hacer llegar al Rey su memorial En mayo de 1785 el conde de Floridablanca se dignó escribirle para acusarle recibo de esa memoria e invitarle a tener paciencia, pues "la representación a Su Majestad y los documentos en que usted se apoya son bastante largos y no me ha sido posible en estos días adquirir conocimiento de ellos para informar al Rey. Tan pronto como lo haga y Su Majestad decida, yo se lo comunicaré a usted".[18]

Impaciente por no recibir contestación, el coronel escribe aún el 8 de junio y remite a Madrid el duplicado de su solicitud; el ministro responde el 18 de julio: "Todavía no tengo una decisión del Rey que comunicar a usted. Lo cual no puede extrañarle si reflexiona que para proceder con imparcialidad en este asunto

es necesario obtener, por medios indirectos, algunas noticias e informes reservados, no sujetos a presunciones o rencores. Repito a usted que por el segurísimo medio de D. Bernardo del Campo le haré saber lo más pronto posibe la determinación del Rey".[19]

No se han roto del todo las relaciones: Todavía Floridablanca da a Miranda el título de "teniente-coronel al servicio de Su Majestad" y que podrá lucir con buen derecho durante algún tiempo. No recibirá tan pronto Miranda la respuesta del Rey; pero los agentes de la Corona tendrán orden de acosarle sin descanso a través del mundo y sus vejaciones impulsarán al venezolano a una lucha porfiada contra su soberano, lucha de treinta años entre un hombre y una nación, a propósito de la cual se ha podido evocar, sin demasiada exageración, Aníbal y Roma. Míster Robertson ha planteado la cuestión de saber cómo Miranda, oficial español, fue inducido a conspirar sin descanso contra el Rey y la integridad de la Monarquía. Es cierto que las vejaciones que sufrió por parte de algunos jefes y autoridades peninsulares influyeron en las decisiones del venezolano, pero, en suma, su caso es de todos los americanos que se comprometieron en la rebelión contra la madre patria. Sea que convenga llamar guerra civil o internacional la que se sostuvo entre la metrópoli y las colonias, es seguro que, de hecho, los americanos se consideraron siempre, hasta cierto punto, como muy distintos de los españoles y que para Miranda no se planteaba caso de conciencia, cuando habiendo abandonado el servicio del Rey ya no estaba obligado por ningún juramento a guardar reserva alguna. Sin embargo, siempre limitó su hostilidad contra España a los territorios americanos, y la sola causa en nombre de la cual consentía en combatirla era la causa americana. Cuando vio que el gabinete de Madrid

persistía en la misma animosidad contra él y que el Rey no se cuidaba en absoluto de hacerle justicia, se decidió a reiterar su dimisión, a romper definitivamente con España y a entrar en conversaciones con el gobierno británico acerca de sus proyectos libertadores: siete años habían transcurrido entonces desde su salida de Cuba.

* * *

Hacia fines de 1785 Miranda llegó a Berlín en compañía del coronel Smith, secretario de la legación de los Estados Unidos en Londres. Era el comienzo de un largo viaje de estudios que el venezolano proyectaba desde hacía mucho tiempo y que al fin le era posible emprender. Escribió a Federico, diciéndose oficial al servicio de España, para pedirle el permiso de estudiar la organización de su ejército. Por una esquelita cordial, el rey volteriano, invocando la protección divina para Miranda, le admitió a contemplar las famosas revistas, que constituían un espectáculo maravilloso y único en Europa.[20] *Miranda encontró en ellas a Duportail, Gouvion y La Fayette, a quienes había conocido antes en América. El prestigio militar del gran Federico ejercía todavía una influencia tal, que una gran parte de los oficiales franceses sólo aspiraban a recibir la inspiración de sus teorías. El conde de Esterno, enviado extraordinario de Luis XVI, se quejaba a Vergennes del espectáculo dado en Postdam por algunos de estos oficiales que, "presa de un entusiasmo ridículo, ensalzaban a Prusia por encima de todo y humillaban enteramente al gobierno y estado militar de Francia". Cierto, otros oficiales caían en el exceso contrario; pero —prosigue el enviado fran-*

cés— ¿no es muy indecoroso que un brigadier de los ejércitos de Su Majestad, coronel, lo que es peor, de una tropa a caballo,[21] *haya venido a ponerse aquí en el picadero con los pajes del rey de Prusia y los alumnos de la escuela militar? De ello ha resultado la opinión extendida en todo el ejército prusiano de que no hay en Francia una sola escuela de equitación y que los oficiales de caballería que quieran aprender algo harían bien de venir aquí. Mgr. el Príncipe Real mismo me ha hecho preguntas a este propósito.*[22]

En Berlín, La Fayette quiso[23] *hablar a Miranda de la emancipación de las colonias españolas, pero nuestro personaje "se mantuvo en la mayor reserva" con respecto a un "hombre pérfido"* [24] *demasiado propenso, decía Mirabeau, a dar oídos a "calumnias subalternas"* [25] *y que siempre observó una política de doble fin.*

Es posible que Miranda haya sido recibido, en Viena, por el emperador José II, que le habría dado un pasaporte especial y cartas de introducción para sus embajadores en las cortes extranjeras, particularmente para el internuncio imperial en Constantinopla. [26] *El coronel pasó después a Hungría, donde visitó los acantonamientos de tropas. Entretanto, la legación de España en Londres, obrando por orden del conde de Floridablanca, entraba en relaciones con la legación de París, para tratar de hacer detener al viajero si intentaba pisar el territorio francés. Tengo a la vista la copia de toda una correspondencia sobre este asunto, que se encuentra en los archivos del Quai d'Orsay:*[27] *el conde de Vergennes va a poner su policía al servicio del gobierno español.*

El 19 de septiembre el ministro de Su Majestad Católica en Londres envió a su colega de París una nota anunciándole la

salida de Don Francisco para el Continente, en compañía del coronel Smith y seguido de su criado, con la intención de ver las tropas prusianas, holandesas, austriacas y francesas: sería preciso detenerle a su paso por Francia, tomando muchas precauciones; es hombre "muy osado y muy sagaz". Podrían solicitarse del conde de Vergennes las órdenes necesarias para que la detención pueda efectuarse en cualquiera parte del territorio francés y Miranda sea enviado a España, "según nuestra corte lo desea y pide".[28] *Vergennes escribió inmediatamente a Lille, al príncipe de Robecq,*[29] *comandante del Rey en Flandes, y a M. de Crosne, teniente general de policía de París,*[30] *para que tomasen las medidas reclamadas por el caballero de Heredia, ministro de España cerca de Su Majestad Cristianísima. "Se anuncia, decía el ministro de Luis XVI —y yo debo tener el honor de advertir a usted— que D. Francisco Miranda es un hombre muy atrevido y astuto. Le agradeceré mucho me informe de las medidas que usted ordenará respecto a él, y en caso de que tengan el éxito esperado, tenga la bondad de participármelo inmediatamente. Usted comprenderá que sus órdenes sólo deben referirse a la persona del español y de ningún modo a su compañero de viaje".*[31] *M. de Crosne resolvió ejecutar bien sus órdenes y "no fiarse de las astucias y osadía" de D. Francisco si llegaba a París.*[32] *En cuanto al príncipe de Robecq puso en movimiento todo su personal para apoderarse del acusado. "Acabo, contesta, de dar órdenes a todos los comandantes de plaza de esta frontera, desde Dunquerque hasta Givet, para hacerle detener si se presenta; he dado otras análogas a los prebostes generales de la guardia civil de Flandes y de Hainault, que las transmitirán a las diferentes brigadas de sus compañías. He encargado a los apostaderos de*

caballos informen al comandante de la plaza o de la guardia civil de las personas que se presenten a ellos y sospechen sea la que usted ordena hacer detener. He requerido, además, al director general de los asientos del Rey para que dé las mismas órdenes a sus empleados. Estas precauciones, Señor, unidas a las que suelen tomarse en las puertas de las ciudades y en las hostelerías para conocer a todos los extranjeros que llegan allí me dan motivo a esperar que si Don Francisco de Miranda se presenta será arrestado".[33]

El conde de Aranda prosigue en París las gestiones del caballero de Heredia: tiene una conversación particular con el ministro Vergennes acerca de Miranda, después le escribe para añadirle "que hay razón para suponer que el coronel, a su regreso de Alemania, elegirá uno de los tres puertos de Boulogne, Calais o Dunquerque para pasar a Inglaterra. Es del mayor interés *que una vez detenido no hable ni escriba a nadie, sea quien sea".*[34] *De donde nuevas órdenes, dirigidas esta vez a los comandantes de los puertos indicados, con fecha 13 de octubre. El mariscal de campo Bienassise, comandante por el Rey en la provincia de Calais, toma medidas severas para vigilar el tráfico de pasajeros que van a Inglaterra.*[35]

Miranda, no obstante, había continuado su camino hacia Viena, donde Smith le dejó para volver a Londres. M. de Crosne informa a Vergennes de la llegada del diplomático americano a París, donde se hospedó en el Hotel Luis XVI, *calle de Richelieu. En cuanto a Miranda, el teniente de policía sabe que irá a Hungría y no pasará por Francia.*[36] *El conde de Vergennes "no pierde un momento" para recordar a Crosne que Smith es el compañero de viaje de Miranda, que es urgente saber, sea por el americano,*

sea por su criado, los proyectos de "la persona reclamada por el conde de Aranda, de la cual la corte de España tiene el mayor interés en apoderarse". Sería menester "obtener alguna luz del criado o de Mr. Smith mismo". Estas órdenes, estas instrucciones del ministro, por su tono y su carácter de urgencia, demuestran la importancia que la corte de España da al asunto.[37] *El teniente de policía contesta al día siguiente, que es precisamente del criado de que se trata de quien se ha podido obtener informes sobre Miranda, usándose con él de la mayor circunspección. Ahora se va a tratar de saber algo de Mr. Smith.*[38] *Lo poco que ha sabido ya Vergennes se apresura a comunicárselo al conde de Aranda.*[39]

Las diligencias de la policía francesa no eran secretos para nadie. Por eso La Fayette, al ver entrar a Smith en su casa había exclamado: "¡Dios mío, espero, mi querido amigo, que su compañero, el coronel Miranda, no está con usted en París!" [40] *Con razón o sin ella, Miranda acusará a La Fayette de haber sido en todo esto el cómplice del gobierno francés: "No se le habría hecho saber el secreto del gobierno si no hubiese sido su cómplice", escribe.* [41] *Más tarde recordará con punzante ironía el "alojamiento" en la Bastilla, que le preparaba, "instruida por M. de La Fayette, la combinación de los señores Aranda, Montmorin, Floridablanca y Luis XVI". Conforme a su costumbre, no deja de filosofar y moralizar a este respecto: Fueron perfectamente chasqueados, añade, y he ahí al primero en Spandau, el otro al borde del precipicio, el tercero decapitado en el Châtelet, el cuarto en el castillo o bastilla de Segovia y el último en el Temple; mientras tanto, Miranda está, la espada en la mano, en los ejércitos de la libertad. Esta es una reflexión que yo hubiera ya hecho a Mr. de La Fayette si la situación le permitiese recibirla".*[42]

Si las sospechas de Miranda se dirigían de este modo contra La Fayette, era porque Smith, en la extensa carta que acabo de citar, le había dado detalles inquietantes sobre la manera cómo le tratara a él mismo la policía de Crosne. El americano había salido de Viena el 26 de octubre de 1785, en compañía de un oficial francés que regresaba de Constantinopla y del que se separó a las puertas de París. Cuando llegó al hotel, el patrón del establecimiento le dijo que le esperaban y que un teniente general le había rogado le advirtiese en seguida. Muy inquieto, Smith se preguntaba cómo había podido saberse, en París, que él acababa de atrvesar Europa y, sobre todo, que se hospedaría precisamente en un hotel de la calle Richelieu, cuando un rayo de luz iluminó su espíritu: fue La Fayette quien en Postdam, en presencia de varios oficiales franceses y de sus servidores, le recomendara que, si alguna vez iba a París, se alojase en esta posada. Sin duda, pensó, este teniente general era algún oficial que hubiere servido en América quien podía haber avisado al marqués. Smith fue a ver a Mr. Jefferson, ministro de los Estados Unidos, y le repitió lo que acababan de decirle. Jefferson, riendo a carcajadas, le hizo saber que, evidentemente, en el caso presente se trataba del teniente general de policía y le deseó que este oficial no pensase prepararle un alojamiento en su palacio de la Bastilla. El viajero, asombrado de lo que acababa de oír, volvió al hotel, donde un señor había interrogado a Luis, su criado, sobre el compañero de su amo. Entonces fue cuando Smith hizo una visita a La Fayette, que se declaró "extremadamente contento de saber que Miranda no se encontraba en París" y aconsejó al americano le escribiese "que no viniera a París, porque si el conde de Aranda sabía que estaba aquí, él (La Fayette) tendría grandes temores

sobre su suerte". Smith se apresuró a informar a su amigo de lo que pasaba, por carta dirigida a la lista de correos de Roma, Nápoles, Génova. No parece que estas cartas llegasen en modo alguno al destinatario.[43]

El 21 de abril de 1786, cuando Miranda se encuentra muy lejos de Francia, Vergennes escribe todavía a M. Tolozan de Montfort, intendente en Lyón: el conde de Aranda sospecha que el coronel se oculta en esta ciudad; es, pues, menester proceder allí a hacer pesquisas y detenerle si se le descubre. "Se me anuncia, y debo advertirlo a usted —repite el ministro con la misma fórmula— que este extranjero es un hombre muy osado y astuto"; después da de él esta filiación: "Don Francisco de Miranda, súbdito español, de treinta años de edad aproximadamente; tiene talla media y bien proporcionada, cara redonda, facciones regulares, aire resuelto, color moreno, dientes claros, cabellos negros. Se expresa con vivacidad, tanto en francés como en inglés, que habla con bastante facilidad".[44]

Las pesquisas de Tolozan no podían dar ningún resultado. El intendente mandó registrar las hosterías, los hoteles y los cuartos amueblados, interrogó a los españoles, convocó al preboste general de la guardia civil, avisó a los empleados de la posta: un momento creyó estar en la buena pista, pues se le señaló un llamado Miranda que se parecía a nuestro personaje y había pasado un día en el Hotel del Parque, *en noviembre de 1785; pero dicha pista fue pronto abandonada.*[45]

La policía francesa, desalentada, cesó en sus indagaciones. En el curso de 1786 Miranda pasó por Milán, donde hizo amistad con el conde Giovanni Mario Andreani, entonces miembro del

consejo de decuriones de la ciudad, y a quien José II, algunos años después, nombró su chambelán.[46]

Nuestro venezolano fue a Roma y Nápoles. De su estada en la ciudad eterna datan las relaciones con los jesuitas españoles desterrados, que más tarde le ayudaron activamente a conspirar contra la madre patria. Visitó a Grecia, Egipto y Asia Menor. El 24 de julio de 1786, Sir Robert Ainslie, embajador de Su Majestad británica en Constantinopla, escribía al marqués de Carmartten: "Se espera aquí, de un momento a otro, procedente de Esmirna,[47] *al conde de Miranda, un noble español que estaba recientemente en Inglaterra". De la capital otomana se dirigió a Crimea en un barco ruso: iba provisto de cartas del embajador de Rusia, Bulgakoff, y del embajador imperial para el príncipe Wiasemsky, gobernador militar de Kherson.*[48] *Debía permanecer tres meses en casa de dicho personaje, si se da crédito a una carta escrita por éste, dieciséis años más tarde, al conde de Woronzoff.*[49]

El 18 de febrero de 1787, Catalina II emprendía su célebre viaje a las provincias meridionales del imperio de los zares. El embajador del emperador alemán y los ministros de los reyes de Francia e Inglaterra, así como Mamonoff, favorito del momento, y una multitud de altos personajes, entre los cuales se encontraba el príncipe de Ligne, en calidad de ex amante de la zarina y de "jockey diplomático" y también como enviado especial de José II, formaban el séquito de aquella soberana, en la suntuosa expedición en que iba, por así decirlo, a tomar posesión de los territorios recientemente arrebatados a los turcos. El rey de Polonia, Estanislao Augusto, había acudido a Kaneff para ver, por última vez, a la que le había dado un trono. La flotilla rusa descendía el Dniester, cuyas orillas se iluminaban al resplandor de las

hogueras encendidas a su paso. La caballería polaca, brillantemente galoneada, escoltaba al Rey.

Catalina tenía entonces cincuenta y ocho años. El príncipe de Ligne decía en 1780 que había debido ser más bien hermosa que bonita. Encontraba que tenía majestad, valor, dulzura firmeza, genio. Ya no estaba fresca, pero se mantenía limpia, y hubiera parecido mejor sin la desagradable costumbre de echarse el pelo hacia atrás. El conde de Ségur admiraba la blancura y el lustre de su tez, y madame Vigée-Lebrun, aunque la hallaba demasiado gorda, elogiaba su hermoso rostro, maravillosamente encuadrado por cabellos blancos. Por desgracia, sufría de dolores de cabeza y frecuentes cólicos.[50]

Miranda se había incorporado en Kaneff al cortejo imperial. Presentado por Potemkin, entró en Kieff en la intimidad de Su Majestad, que le invitó a seguirla. En Rusia debía hacer relaciones con bastantes personalidades brillantes, rusas o extranjeras, que rodeaban a Catalina. Entre otros se encontró al conde de Cobentzel, embajador imperial, al príncipe de Nassau-Siegen, a quien tan frecuentemente habían derrotado los suecos, al mariscal Rumianstoff, uno de los más ilustres hombres de guerra de Rusia, vencedor de Federico II en Künosdorff, al conde Luis Felipe de Ségur, ministro plenipotenciario de Francia, y su secretario Genet, hermano de Madame Campan y futuro agente francés en los Estados Unidos. Ségur, que experimentó de buenas a primeras el encanto del recién llegado, se enemistó después con él y escribió en su contra muchas maldades y falsedades, sobre todo falsedades.[51]

Al hablar del tercer volumen de las Memorias *de Ségur, el 31 de mayo de 1827, Saint-Beuve fue inducido a mencionar "al*

español Miranda, aventurero turbulento, que intrigaba entonces en San Petersburgo, como intrigó más tarde en Francia, y que fue en América el precursor de Bolívar". Se comprende que Saint-Beuve no tratara de pintar a Miranda sino copiando a Ségur, pero es curioso considerar, a tal propósito, que el autor de los Lunes *haya hablado de este mismo conde de Ségur en términos semejantes a los que empleó Miranda conversando con Serviez, en 1812. "Se conduce (en Rusia), dice Saint-Beuve, a la vez como diplomático hábil y como cortesano ya consumado. Ante todo trata de agradar y luego emplea su favor personal en favor de los intereses de su misión. Así, cuando rima un epitafio a la perrilla favorita..."*[52] *Ahora bien, Serviez refiere que Miranda citaba a Ségur "como modelo de hombres amables y había encontrado para pintarle una expresión bastante pintoresca: le llamaba el* cortesano ciudadano, *asegurando que en todo el curso de sus largos y numerosos viajes no había conocido ningún hombre que hubiese hecho servir mejor a los intereses de su país el ascendiente que le daban su amabilidad y las gracias de su persona sobre aquellos con quienes se encontraba en relaciones".*[53] *Este perfil del embajador es más bien lisonjero. En realidad, si es verdad que el conde de Ségur haya logrado ejercer influencia considerable sobre la zarina, aunque, en general, ésta afectase no querer a Francia ni a los franceses, no lo es menos que el "cortesano ciudadano" fue en lo sucesivo infortunado en sus misiones diplomáticas: enviado a Berlín en 1792, afligióse a tal punto de su humillante fracaso allí, que cayó enfermo. Nombrado después embajador en Roma, el Papa le prohibió la entrada a sus Estados. En resumen, si Catalina tenía razones para creer en el genio poético de Ségur, caracterizado por redondillas bastante*

malas en elogio de la soberana y de su perra, Miranda no podía saborear esta bajeza de espíritu que hacía hablar al ministro del rey de Francia como un criado de la emperatriz.

¿En qué consistieron realmente las relaciones de Miranda con la zarina? Se ha escrito que cierto día nuestro venezolano habría gozado del privilegio de la "alcoba" y que por ello se explica la protección que le fue concedida por Catalina. Otros han negado el hecho. A decir verdad, en ello no habría habido nada de extraordinario. Todo el mundo sabe que Catalina buscaba los hombres guapos y no vacilaba mucho para otorgarles el más íntimo favor; suministró pruebas de su escandaloso ardor más allá de sus sesenta años. Miranda, por su parte, era demasiado listo para desperdiciar la ocasión, si se hubiese presentado, y cuanto puede afirmarse es que, si el hecho no está probado, en lo que le concierne, ciertamente no es inverosímil.

Podría objetarse que Sacha Mamonoff, entonces primer edecán de la zarina, es decir, favorito titular, no se habría prestado a ayudar al galante venezolano a abordar el lecho imperial si no se supiese que Catalina y Mamonoff se concedían mutuamente bastantes extravíos de fantasía en el terreno mismo del amor, en el que, como en cualquier otro, la alegre viuda de Pedro III tenía no obstante la intención de permanecer, en definitiva, soberana absoluta.

No hay por qué extrañarse de las liberalidades de la emperatriz con un extranjero que tuvo la fortuna de agradarle, pues ella dio dinero a todo el mundo. El grado de coronel en el ejército ruso otorgado a Miranda, tampoco tiene nada de excepcional, pues Catalina hizo almirante al aventurero napolitano Ribas, y también nombró coronel al conde de Damas, aunque le hizo

notificar al propio tiempo la orden de no acercársele, diciendo "que no quería un espía francés en su palacio".

No es dudoso que Miranda haya podido gustar físicamente a esta princesa, en quien los instintos sexuales dominaban la facultad psicológica, hasta el punto que ha podido decirse que sabía utilizar los hombres, pero de ningún modo escogerlos. Por otra parte, las ideas del viajero y la cálida elocuencia con que se expresaba debían encantar a la soberana que tenía "el espíritu filosófico"; el venezolano pudo seducirla con su filosofismo complicado y su facundia erudita. Además, se presentaba como apóstol de la independencia iberoamericana y todavía la Revolución francesa no había venido a cambiar las ideas políticas de Catalina y destruir su capricho por "los nuevos principios" que iban a amenazarla en su propio trono de autócrata. "En la corte de Catalina, en la que residí bastante tiempo y fui admitido en la intimidad —dirá Miranda veinticuatro años más tarde— soñaba con la libertad en medio de las fiestas y espléndidas delicias del Ermitage; y no es de las cosas que menos me han impresionado en mi juventud ver a esta mujer, despótica por lo menos tanto como mujer que como soberana, sonreir con complacencia a las ideas nuevas antes de que hubiese visto su aplicación en Francia". Además, según el general Serviez, Miranda no atribuía esta indulgencia ni a la superioridad de espíritu de la emperatriz ni a las impresiones que hubieran podido dejar en ella su correspondencia con los filósofos y escritores de Occidente, "sino únicamente a la seguridad que tenía de la conservación de su poder absoluto".[55] Catalina tenía la pretensión de ser "indulgente, de buen trato, de un natural alegre, (tener) el alma republicana y el corazón bueno".[56] En 1787 podía, en

efecto, decir que tenía el alma republicana, porque favorecía a los pueblos que luchaban por su independencia, con excepción, naturalmente, de los polacos. ¿No había escrito hacía poco, de su puño y letra, un mensaje entusiasta a Paoli y a los "bravos corsos, defensores de su patria y de la libertad"?

Lo cierto es que Miranda vivió durante algunos meses en la intimidad de la emperatriz, gozando de la consideración de la sociedad, de los círculos de la corte y de los miembros del cuerpo diplomático, como lo testimonian los despachos e informes enviados por algunos ministros extranjeros a sus diferentes cortes. Poseo copia de la correspondencia que sobre esta materia proviene de los condes de Cobentzel y de Ségur y del barón de Nolcken, representantes del emperador y de los reyes de Francia y de Suecia cerca de la zarina.[57] *Un informe del conde de Cobentzel me parece dar la versión más interesante respecto a la estada de Miranda en Rusia y que completan los datos suministrados por los otros documentos, sobre todo los procedentes de los archivos de San Petersburgo.*[58]

El 9 de agosto de 1787 Cobentzel escribía a S. A. S. el príncipe de Kaunitz, canciller de la corte y del Imperio, que, en Krementschuck, el príncipe Potemkin había conocido al conde de Miranda, llegado de Constantinopla, en calidad de simple viajero y que, habiéndole agradado la sociedad de este español, le llevó a Crimea, luego a Kieff, donde la zarina le habia acogido con mucho afecto. "Aunque no tenía las Entradas interiores —añade el embajador—, Miranda vivía , sin embargo, en plan de intimidad agradable con todos nosotros, como también con la corte. Es hombre de grandes conocimientos, altivo que habla de todo muy libremente, pero en especial contra la Inquisición,

el gobierno español, el Rey, el príncipe de Asturias, y se expresa con muchas alusiones ofensivas contra la ignorancia española. El lugar de su nacimiento es Caracas, en América".[59]

El ministro de España, Normandés, que se había quedado en San Petersburgo durante el viaje de Crimea, escribió a Ségur, a Kieff, rogándole le comunicase quién era ese coronel español que se hallaba con el príncipe Potemkin; el minisro de Francia contestó que Miranda había sido presentado en la corte sin que él, Ségur, se hubiese interesado por este personaje, y que esto era todo lo que de él se sabía. Normandés, enfermo, confió muy luego su legación a un encargado de Negocios, Macanaz.[60]

Cuando la corte partió de Kieff, Miranda se decidió a visitar Moscou y San Petersburgo. "El príncipe Potemkin se dirigió al conde de Ségur y a mí —escribe el conde de Cobentzel— para tener cartas de recomendación para él, que, en efecto, le dimos, el conde de Ségur para el enviado de Nápoles y yo para el barón Seddeler. Ambos ignorábamos que el señor Normandés, al partir de aquí, había dejado un encargado de Negocios. El príncipe Potemkin debía también entregarle cartas de recomendación que el conde Bezborodko[61] *había escrito por orden de la emperatriz, pero que, según su costumbre, había olvidado en su bolsillo. El susodicho conde de Miranda ha sido muy bien acogido en Moscou. Después de su llegada a San Petersburgo fue a casa del encargado de Negocios español, a quien no halló en ella; entregó sus cartas; no se hizo presentar por nadie, pero se dirigió directamente a casa del vicecanciller con una carta del mariscal Roumiantsof. El conde de Oestermann le presentó a Su Alteza Imperial,*[62] *que le trató con mucha amabilidad."*[63]

A decir verdad, Potemkin no había olvidado en su bolsillo las cartas relativas a Miranda, puesto que nuestro venezolano, cuando partió de Kieff, tenía en las manos por lo menos una, y seguramente la más interesante, dirigida a los embajadores rusos en el extranjero, además de una esquela por la cual "Su Majestad Imperial, persuadida del celo del coronel por su servicio y dispuesta a recibirle en éste en el momento que él creyese conveniente, le permitía vestir el uniforme de sus ejércitos".[64] *Bezborodko decía a los embajadores: "El conde de Miranda, coronel al servicio de Su Majestad Católica, habiendo llegado a Kieff durante la mansión de la emperatriz allí, ha tenido el honor de ser presentado a su Majestad Imperial y de granjearse el favor de Nuestra augusta Soberana por sus méritos y por sus cualidades distinguidas, así como por los conocimientos que ha adquirido en sus viajes en los diferentes continentes del globo. Su Majestad Imperial, queriendo dar al Sr. Miranda una prueba señalada de su aprecio y del interés particular que toma por él, ordena a Vuestra Excelencia, cuando reciba la presente carta de mi parte, que dé a este oficial una acogida conforme al caso que Ella misma hace de su persona, manifestándole todos los cuidados y atenciones posibles, acordándole su asistencia y protección cuantas veces tenga necesidad y cuando él mismo quiera recurrir a ellas; y, en fin, que le ofrezca, en caso necesario, su misma casa por asilo. La emperatriz, al recomendaros, Señor, este coronel de una manera tan distinguida, quiere demostrar con ello hasta qué punto estima el mérito dondequiera que Ella le encuentra y que un título infalible cerca de Ella para poder aspirar de preferencia a sus amabilidades y superior protección es el de poseer tanto como el señor conde de Miranda."*

Macanaz no tardó en pedir a Miranda que le exhibiera los documentos que le autorizasen a presentarse con el título de conde y en calidad de coronel español, amenazándole, si no atendía a su invitación, de proceder contra él y obligarle a quitarse el uniforme que llevaba. El coronel contestó con burla: "Señor: Seguramente no me faltarían medios para satisfacer su incredulidad o vanidad, si la manera de hacer la petición fuese más correcta o decente. Además, la amenaza con que Usted termina es tan ridícula como el lenguaje grosero y despreciable... el cual solamente puede usted permitirse con los que tengan la desgracia de ser sus inferiores".[65] *Miranda transmitió a la emperatriz una copia de esta carta por conducto del conde de Bezborodko.*[66]

Miranda ha intentado explicar por qué se dejaba tratar de "conde". Según él, habría sido la emperatriz misma quien, traduciendo el "don" español por la palabra conde, hubo establecido así, de cierta manera, una regla seguida por toda la corte. "A un "gentleman" inglés se le llama siempre en París "My lord"...", decía.[67] *Esta explicación es bastante especiosa; agreguemos, sin embargo, que el embajador inglés en Constantinopla daba al coronel el tratamiento de conde mucho antes de que llegase a Rusia.*[68]

Ségur, que hasta este momento, según hemos visto, tenía relaciones íntimas con el venezolano, tuvo entonces que tomar partido en la querella. "El conde de Miranda, español —escribió al sucesor de Vergennes—, había sido presentado en Kieff a la Emperatriz por el príncipe Potemkin, que se había hecho amigo suyo: es hombre muy instruido y de mucho talento. De Kieff fue a Moscú y de allí a Petersburgo Desde su llegada a esta ciudad ha tenido una disputa bastante viva con el encargado de

Negocios de España, quien quiso obligarle a quitarse el uniforme de coronel o a producir los títulos que le autorizasen para llevarlo. El señor vicecanciller me insinuó que arreglara este asunto que el encargado de Negocios le había denunciado; yo quise prestarme a ello con tanto mayor gusto cuanto que había tenido frecuentemente la ocasión de ver en Kieff al conde de Miranda y conversar con él. Pero habiéndome el señor Macanaz enseñado la carta que había escrito a este oficial, que era muy seca, y la contestación del señor Miranda, que era indecorosa, insultante y en la que hasta se empleaban los términos de "despreciable" y "ridículo", consideré que el asunto ha tomado demasiadas proporciones para que yo quiera mezclarme en él. Macanaz, en el intervalo, recibió instrucciones de su corte prescribiéndole de persuadir a la emperatriz a entregarle Miranda, culpable de traición a propósito de La Habana, "de donde se había fugado en un barco inglés". Ségur rompió, pues, con Miranda.[69] *Macanaz informó a Madrid que le parecía imposible hacer arrestar a Miranda, y entonces recibió orden de limitarse a hacerle despojarse del uniforme español.*[70] *El conde de Bezborodko se había apresurado a informar a Potemkin del incidente suscitado por Macanaz: "El vicecanciller no sabe qué hacer para calmar a M. de Ségur. El mismo día de nuestra llegada, sin haberme visto, sin haberse explicado previamente, el señor Miranda había disgustado al joven e inexperto encargado de Negocios de España, que estaba allí".*[71]

Cuando Catalina regresó a San Petersburgo, Miranda, conducido por Mamonoff, se presentó a la emperatriz, que "le invitó a quedarse a comer y le recibió muy graciosamente. Comenzó ella misma a hablarle de la denuncia hecha contra él por el encar-

gado de Negocios español, y le dijo que había encargado al señor vicecanciller contestase que, si el señor Miranda era un hombre tan peligroso para España, se debía estar contento de verle en país tan lejano. El señor Miranda tiene actualmente el propósito de ir a Inglaterra. regularizar allí su dimisión del servicio español y luego volver a Rusia para gozar del favor de la zarina, que quiere guardarle aquí".[72] *Miranda tuvo, pues, razón para declarar más tarde que se había escapado de la venganza de España "por el apoyo decidido que recibió de esta mujer célebre, que entonces se preciaba de ser filósofa".*[73] *Porque "la corte protege al señor Miranda", decía el conde de Ségur, que tuvo todas las penas del mundo para disuadir a Macanaz de dirigir una nueva protesta al vicecanciller, asegurándole que Miranda pronto partiría por su propia voluntad. Ségur, muy disgustado de ver un asunto personal convertirse en oficial, creía, sin embargo, en virtud del Pacto de Familia, que debía "apoyar un poco" a Macanaz, a quien, por lo demás, juzgaba basante inhábil. De acuerdo con el embajador de Nápoles, hizo saber a los ministros de la emperatriz que le sería desagradable invitasen en sus casas, al mismo tiempo que a los diplomáticos, a quien había insultado al representante español.*[74]

Durante algún tiempo, Miranda no se presentó en sociedad, y esto pudo parecer como una especie de satisfacción dada a España, pero el 14 de agosto reapareció en la corte en uniforme, lo que irritó fuertemente a Normandès, ya de vuelta, y quien protestó violentamente ante el conde de Bezborodko, reclamando una resolución inmediata. El ministro contestó que la próxima partida del coronel liquidaría el asunto por sí mismo; y el domingo siguiente Miranda fue... a cenar al Ermitage con la Empera-

triz.[75] Normandès comunicó esta respuesta evasiva a su corte por correo especial. En resumen, parece probable que los ministros querían efectivamente desembarazarse del viajero, pero, escribe el ministro de Francia, "no se atreven a hablar de ello a la emperatriz, que le quiere, le protege y persiste en creerle inocente y oprimido".[76]

No sabemos exactamente el día en que Miranda salió de Petersburgo. El 15 de agosto escribía a Bezborodko anunciándole una visita para el día siguiente, a fin de recibir su pasaporte y presentarle sus muy humildes respetos antes de partir. Dos días después le daba las gracias por haberle entregado una copia de la carta circular de la zarina a los embajadores y ministros, que hemos reproducido. El coronel deseaba que en ella se añadiese: "puesto que en todas partes hay incrédulos malvados, el contenido por escrito del mensaje u orden de Su Majestad la Emperatriz, relativo a llevar el uniforme de coronel de Rusia con su entero asentimiento, en el caso de que yo quiera hacer uso de él; porque habiendo reflexionado después, pienso mandar hacerme uno, para vestirlo en caso necesario, conservándole siempre, así como la carta de Su Majestad Imperial, como la señal más distinguida, honrosa y lisonjera que jamás pueda poseer en el mundo".[77] El 28 de agosto el vicecanciller aseguraba a Ségur que el coronel se había marchado,[78] pero cuatro días después el conde de Cobentzel avisaba a Kaunitz que todavía estaba allí y que Normandès y Ségur le habían hablado de él.[79] El embajador de Francia había tomado netamente el partido de apoyar al representante español en sus gestiones con los ministros de la zarina,[80] adelantándose, por lo demás, a las instrucciones del conde de Montmorin, que le escribió el 19 de septiembre: "Estoy persua-

dido, Señor, de que si la disputa entre el encargado de Negocios español y el conde de Miranda no ha terminado, usted continuará sus cuidados, sea directamente sea de acuerdo con los ministros de la Emperatriz, a fin de evitar que la corte de Madrid crea que se ha preferido un particular al hombre que ella emplea".[81]

Es posible que Miranda, como se ha dicho, habiendo hablado extensamente a la zarina de sus proyectos sobre América española, se haya servido de este pretexto para rechazar el puesto que se le ofrecía en el ejército ruso. Puede ser también que se sintiese molesto de los favores con que se le abrumaba y que provocaban esta especie de escándalo: "Fue, dirá más tarde Bernardo del Carpio, ministro de España en Londres, extraordinariamente distinguido por Su Majestad y todos sus ministros, con gran vergüenza suya y la sorpresa y descontento de los ministros extranjeros." El hecho es que no quiso ingresar en el servicio de Rusia,[82] *y eso en el momento en que varios gentilhombres de Europa, el príncipe de Ligne a su frente, iban a combatir a los turcos en beneficio del imperio moscovita porque habiendo la Sublime Puerta encarcelado al embajador Bulgakoff, Catalina le declaró la guerra el 18 de agosto de 1787.*

"El conde de Miranda partió en fin, escribía entonces Ségur a Montmorin, y los ministros rusos le han dado a entender que era necesario saliese de Rusia; pero al partir recibió una suma considerable de la emperatriz."[83] *Según Normandès esta suma habría sido de mil ducados de oro. Un recibo autógrafo de Miranda demuestra que el señor Sutherland le entregó dos cartas de crédito, una sobre Londres por una suma de mil libras esterlinas, otra del mismo valor sobre Estocolmo, Copenhague, Hamburgo y Londres.*[84]

Miranda parece haber tenido la intención de volver a Rusia después de haber liquidado sus asuntos en Inglaterra y hecho la última tentativa cerca del gobierno español para regularizar su situación, obteniendo su licencia: Normandès *parece haberse prestado a transmitir a Madrid este ensayo de justificación, por medio del cual se esperaba obtener, con la licencia que solicitaba, la salvaguardia de sus bienes. Esto era para Miranda cuestión capital. El conde de Bezborodko escribió al príncipe Potemkin informándole de sus gestiones: "No le interesa sino el dinero. V. E. tendrá la bondad de recordar que había pedido diez mil rublos, pero le asignamos mil rublos en oro".*[85]

La protección que la emperatriz concedía a Miranda había impresionado al gobierno español, y el conde de Floridablanca habló de ello a Zinovieff, embajador de Rusia en Madrid; le dijo que el venezolano, traidor y aventurero, después de haber desertado para escapar a un castigo merecido, había ido a proponer a los ingleses un plan para atacar las posesiones del Rey en América. Era, sin duda, "por su talento y algunos conocimientos que no podrían negársele, que este hombre peligroso había sorprendido la buena fe de los ministros de Su Majestad Imperial". Por eso Zinovieff escribía desde Madrid que la corte de España apreciaría que la de Rusia le negase en lo sucesivo toda protección.[86] *Poco después fue cuando el americano Smith, de paso en Madrid, oyó una curiosa historia a propósito de Miranda: se contaba que había sido detenido en aguas inglesas, conducido a España y encerrado en un castillo en Madrid. El ministro de Inglaterra, Liston, decía no saber nada de ello, pero Zinovieff aseguraba a Smith, sonriendo, que en todo caso la corte de Madrid consideraba a Miranda como "un sujeto muy malo".*[87]

El incidente Miranda había añadido algo importante a la grave situación de mala inteligencia entre Rusia, de una parte, y Francia y España de otra, que existia con motivo del envío de una escuadra rusa a las aguas del Archipiélago. Bezborodko invitaba al conde de Woronzoff a intervenir ante el gobierno británico para hacer entrar en razón a los gabinetes de París y Madrid y dar así, al mismo tiempo, la prueba de que las promesas de Inglaterra "no eran sólo sobre el papel". Al capitán de marina Gangos, enviado por el almirantazgo español a Rusia en busca de madera de construcción y otros materiales, se le rehusó permiso para ir a Kherson, porque la emperatriz "creyendo que podía ser un espía de los Borbones, aunque, según ella, éstos pudieran contentarse con M. de Ségur", ordenó dejar su petición sin respuesta. "Como hecho adrede, otro incidente bastante extraño se produjo entonces —escribía Bezborodko—; cierto americano, el señor Miranda, que recorría el mundo, llegó en invierno de Constantinopla a Kherson y se presentó en casa del príncipe Potemkin. Aunque súbdito español, no podía soportar a esta nación (España) y todas las cortes de los Borbones; admirador entusiasta de Inglaterra, gimiendo sobre las desgracias y opresión de su país, agradó no sólo al príncipe Potemkin, sino también a la soberana." Las pruebas de distinción con que se había colmado a este extranjero irritaron a la corte de España, y debía esperarse "que Don Quijote de la Mancha hiciese ruido".[88]

Miranda llegó a Estocolmo a mediados de setiembre de 1787, tres o cuatro días después de haberse embarcado en Cronstadt. Fue a entregar al conde Razoumowsky, embajador de Rusia, las cartas de Bezborodko, una, circular, en francés, otra en ruso de

puño y letra del ministro. Estas cartas —escribía Razoumowsky— "dan testimonio de la benevolencia particular con que Su Majestad Imperial honra al señor Miranda, y le conceden los derechos más positivos a todos los servicios que de mí dependan durante su estada en este país". El coronel tenía intención de guardar el incógnito, no queriendo exponerse a las molestias que pudiere ocasionarle la legación de España. Razoumowsky le ofreció su casa, y "para justificar ante el público la acogida a que me disponía en su favor, convinimos en decir que, viniendo de Rusia, donde había residido algunos años, después de haber estado en Crimea y en Ucrania en la época del viaje de Su Majestad Imperial, había conocido a mis parientes y amigos, que me había sido recomendado por ellos, y que en virtud de esta recomendación debía hacerle todos los agasajos que dependiesen de mí. Por lo demás, era un viajero que se proponía únicamente ver e instruirse, que constantemente tendía a este fin, y que para no desviarse de él, y disponiendo sólo de pocos días para estar aquí, había decidido no aparecer ni en la corte ni en la sociedad, sino dedicar todo su tiempo a los objetos de su curiosidad".[89]

El asesor Woukassovitch fue encargado por Razoumowsky de acompañar al coronel en sus excursiones. Desde el día siguiente de la llegada de Miranda a Estocolmo partieron para ir a ver las minas y, en viaje de diez días, fueron hasta Falhum, en Dalecarlia. De regreso a la capital, "el señor Miranda, guiado siempre por su ardiente curiosidad hacia todos los objetos, quiso absolutamente ver Drottningholm, el castillo, los jardines, los espectáculos, la corte, guardando siempre el incógnito. Para ir allí se escogió un domingo. A fin de que esta excursión produjese la menor sensación posible, le dirigí por medio de Woukas-

sovitch a una persona de su conocimiento que se encargó de enseñarle todo. El guía cumplió exactamente lo que se le había exigido y todo pasó como se deseaba. Mientras estaban en la biblioteca del Rey, a quien se creía ya en el espectáculo, este príncipe apareció súbitamente, se paró un instante, mostró algún asombro y, habiéndose retirado en seguida, envió a uno de sus pajes a decir muy cortésmente al extranjero que viese como quisiese todo lo que se acostumbraba a mostrar a éstos. Un momento después llegó el barón de Cederström, que vio al señor Miranda en la corte de Rusia; le reconoció, le abordó, diciéndose sorprendido de saber que estaba en Suecia. Este contestó que estaba aquí desde hace algunos días, que me había traído recomendaciones, explicándole los motivos de su incógnito tales como los habíamos convenido y añadiendo, sin embargo, algunas palabras sobre lo que había sucedido en Petersburgo con respecto al encargado de Negocios de España, ya que el señor Cederström se encontraba allí en aquella época. Agregó que había tomado este partido para no perder su tiempo en triquiñuelas inútiles, sintiendo únicamente haberse privado con ello de la satisfacción de presentarse a Su Majestad sueca".

Descubierta así la identidad de Miranda, el embajador decidió hablar de él al rey Gustavo en la primera ocasión. Esperaba que el coronel continuaría dando pruebas de "esta noble prudencia que manifestaba aquí y debía hacerle merecer la estimación de las gentes sensatas y la consideración pública". Miranda estaba "conmovido de veneración por la Augusta Soberana, de agradecimiento por las amabilidades que de ella había recibido y del mayor entusiasmo por las opiniones vastas y profundas de Su Majestad Imperial".[90]

Gustavo III fue quien, primero, habló de Miranda al embajador de Rusia. El Rey relató lo que había sucedido en la biblioteca algunos días antes, dijo conocer las disputas del coronel con la legación de España en Petersburgo y agregó que deseaba verle, anhelando conocer a un extranjero que la emperatriz honraba con su afecto. Ahora bien, como Miranda no debía serle presentado de manera expresa, Su Majestad le diría, por órgano del señor Cederström, la manera de verle. La entrevista tuvo lugar en el pabellón de medallas del Rey. "Allí fue donde Su Majestad vino de improviso y conversó con él durante dos horas de diferentes cosas, hablando mucho de Ella misma y de los diversos objetos que la infatigable curiosidad del señor Miranda había ya recorrido en esta ciudad. Otra entrevista tuvo lugar accidentalmente en el taller del escultor Sergell, en la cual la conversación no fue más interesante."[91]

La estada de Miranda en Estocolmo suscitó gran inquietud (la palabra es del embajador de Rusia) en la ciudad, y sobre todo en la corte, "donde todo es sospecha y desconfianza, porque todo es debilidad e intriga".[92] *Desde el 7 de octubre, el Rey, que había preguntado a Razoumowsky si el coronel estaba al servicio de Catalina y recibido respuesta negativa, escribió de su puño y letra a su embajador en Rusia, barón de Nolcken: "Sabrá usted, por lo demás, que está aquí un tal conde de Miranda, a quien usted vio en Petersburgo, que permanece oculto en casa del ministro de Rusia y tiene todas las apariencias de ser espía. Se oculta sobre todo del ministro de España y es muy seguro que es el mismo que estuvo en Petersburgo, pues el barón de Cederström le encontró hoy y le ha reconocido. Hago saber a usted el hecho para que siga los pasos de ese hombre a su regreso a Petersburgo".*[93]

La legación de España debía, naturalmente, interesarse por nuestro viajero. El caballero de Coral fue a ver al rey Gustavo y le dijo palabras que indujeron a Su Majestad "en el primer impulso" a proponer al diplomático de hacer arrestar a Miranda. El caballero respondió que, en realidad, no tenía ningún derecho sobre un hombre que había cambiado de nombre y traje, y las cosas no pasaron de allí. Razoumowsky denunciaba las intrigas del ministro español "para fomentar la sospecha contra este viajero, a quien se ha tachado de haber perjudicado al espía de nuestra corte en Constantinopla, y que se creía representaba aquí el mismo papel". Por lo demás, Su Majestad sueca no había tardado en comprender que la detención de Miranda no podría efectuarse sin algún peligro. "Es probable —escribe Razoumowsky— que esta reflexión le hizo cambiar de plan y adoptar el tono de deferencia y cortesía que antes he referido a V. E. Las habladurías que propaga el ministro de España amplían la verosimilitud de este informe y demuestran su descontento por lo que el Rey ha dado a dicho señor Miranda. Dice que este príncipe faltó efectivamente a su palabra y que sorprendería en extremo si dijese lo que Su Majestad le propuso en el primer momento de la llegada de Miranda.".[94]

El caballero de Gaussen, encargado de Negocios de Francia, daba también cuenta a su corte de la aparición de Miranda en Suecia, donde había llevado la noticia de la ruptura entre Rusia y Turquía. Una carta de este diplomático al conde de Montmorin confirma en esencia los informes que debemos al conde de Razoumowsky. La legación de Francia parece aceptar los chismes difundidos sin duda por la de España: Gausen cree que Miranda es un espía a sueldo de los rusos. "Tiene, se dice, mucho talento e

instrucción. Está ocupado hasta el punto que pasa una parte de la noche trabajando. Desde su llegada aquí ha cambiado por completo el humor del conde de Razoumowsky; está pensativo, inquieto y se le ve mucho menos que antes. Se afirma que sus enemigos, en el número de los cuales se cuenta al señor Markoff, han dado mal testimonio de su actividad, y que para suplirle se ha enviado a este hombre, quien sin duda hará el trabajo del gabinete. El rey de Suecia no pudo resistir a la tentación de ver él mismo a un ser tan singular: Su Majestad le hizo venir a Drottningholm con el mayor secreto y tuvo con él una conversación muy larga. Esta entrevista que, como usted puede suponer, se conoció en el público, da lugar a muchas murmuraciones."[95] *"Conozco —contesta el conde de Montmorin— las aventuras del señor Miranda tanto en España como en Rusia: es verosímil que se les da más importancia de la que merecen."*[96] *Este ministro escribe también a Ségur: "Habrá usted sabido, señor, que el señor Miranda ha ido a Estocolmo, donde su aparición causó alguna inquietud por el aire misterioso que afecta. Ignoro si va a establecer su residencia en ese país".*[97]

Ségur, a quien sin duda Gaussen rogó le suministrase noticias de Miranda, no dejó de informarle que es "un hombre intrigante, muy activo, muy instruido y muy ingenioso", que "la Emperatriz ama y protege"; añade que la corte de España le acusa de haberse vendido a los ingleses. "Puede usted sin temor, prosigue, asegurar a los ministros del rey de Suecia que el Rey vería con desagrado se reciba y proteja a un hombre que ha faltado tan públicamente al rey de España y sus ministros."[98]

El varón de Nolcken, embajador de Suecia en Petersburgo, se había apresurado a satisfacer la curiosidad de su soberano envián-

dole un informe sobre Miranda: "El conde de Miranda, dice, de quien V. M. me ha hecho el honor de hablarme en su muy afable apostilla, nacido en Caracas, en América española, es hombre de un genio raro, repleto de conocimientos, con mucha energía y elocuencia, pero imprudente y violento en sus determinaciones, de rudeza asombrosa en sus maneras y afectándolas, sobre todo, con cualquier motivo. Su talento y originalidad cautivaron, desde luego, al príncipe Potemkin, que el señor Miranda encontró en Krementschuk, cuando volvió de Constantinopla, y el príncipe le persuadió a acompañarle a Kieff, donde le presentó a la Emperatriz. Tuvo la fortuna de agradar a esta princesa por su conversación, su franqueza, y después de haber estado diariamente en su sociedad fue invitado a presentarse en la corte de Petersburgo al regreso de Su Majestad. Adelantó su regreso algunas semanas trayéndome una carta del señor Ségur; fui el único del cuerpo diplomático a quien se dignó conocer. Le traté con mucha atención en vista de la recomendación y encontrándole infinitamente interesante y de un talante único en su especie, me encantaba estar con él. Los sentimientos de profundo aprecio que me manifestó por la augusta persona de Vuestra Majestad, como sus lamentaciones de no haber llegado a tiempo para hacerle su corte en Finlandia, como me aseguró haber tenido la intención, le acreditaron aún más en mi espíritu". Pero las disputas de Miranda con la legación de España y la actitud del conde de Ségur, que había decidido evitar al coronel, hicieron que Nolcken encontró "decente seguir este ejemplo". Contó al Rey que, según rumores, Miranda había recibido tres mil rublos de la zarina y la autorización de recurrir siempre a ella para salir de apuros.[99]

Mucho desasosiego continuaba causando al rey Gustavo el viaje de Miranda. ¿Le había dicho el coronel alguna cosa importante de parte de la zarina? No sabemos nada de ello, pero los asuntos ruso-suecos tomaban entonces tal giro, que no es improbable que el Rey quisiese prevenirse contra las maniobras eventuales de un extranjero o, por el contrario, utilizarle para iniciar alguna conversación secreta con Catalina. No es sino una hipótesis, pero podría examinársela. Precisamente a propósito de la ruptura entre Rusia y Turquía, de la que Miranda había llevado noticia a Suecia, Gustavo III acababa de tomar una iniciativa que al decir de Ségur, instruido confidencialmente de ella por los ministros rusos, provocaba sonrisas irónicas en Petersburgo: el Rey ofrecía su mediación para poner término al conflicto. Catalina no quería que nadie se mezclase en sus asuntos, y tomó medidas para incomodar al Rey "en su propia administración interior" y crearle dificultades con su propia Dieta.[100] *Podría llegarse a imaginar que Miranda fue empleado en esta tarea con el fin de servir los intereses de la autócrata de todas las Rusias, pero esta suposición carecería de fundamentos serios. Es interesante notar aquí que al mismo tiempo que recibía informaciones de Ségur relativas a la política sueca, el conde de Montmorin le participaba las aprensiones del gobierno de Luis XVI a este respecto: "Sin duda, usted oirá hablar mucho del rey de Suecia. La inquietud que manifiesta este príncipe, su viaje a Dinamarca, el que muy probablemente quería hacer a Berlín, algunas habladurías que se afirma haber recogido, podrán causar impresión en Petersburgo y persuadir a la emperatriz de que este príncipe ha tenido por lo menos intenciones poco favorables hacia ella. Vemos con pena al rey de Suecia atormentado por el deseo de figurar en*

los negocios actuales. Sería desagradable que la emperatriz, que no está ya muy dispuesta en su favor, llegase a creer que tiene en él un enemigo".[101]

Francia trataba visiblemente de entenderse con Rusia y el conde de Ségur, como hemos notado, hacía los mayores esfuerzos para vencer la galofobia de la emperatriz. Hacia fines de octubre, Cobentzel dio cuenta al príncipe de Kaunitz de la llegada a Petersburgo de un enviado sueco que, después de haber conversado con el barón de Nolcken, había vuelto a tomar el camino de Estocolmo sin que se hubiese podido descubrir suficientemente el objeto de su viaje. "Se cree saber —escribía el representante del emperador— que la causa que había determinado el envío de este mensajero era la llegada a Estocolmo del señor Miranda, a quien el ministro de Rusia ofrece habitación en su casa y el ministro de España desautoriza, como sucedió aquí. Este hecho, unido a la originalidad del hombre y las conversaciones extrañas que sostiene, habría despertado tanto la curiosidad del Rey, que ha deseado se le informe de todo lo que pasó aquí respecto a él. Quizá también el Rey dio instrucciones a su ministro para obtener datos sobre la organización militar de Rusia." Y Cobentzel termina su carta con una curiosa observación relativa al doble juego diplomático del ministro plenipotenciario de Francia en el conflicto ruso-turco. "Pero —dice— el punto más importante es que el conde de Ségur, además de las instrucciones para la galería, ha recibido también orden de dar a conocer aquí que Francia estaba dispuesta a unirse con las dos cortes imperiales y había modificado su opinión respecto a los turcos. El primer uso que hizo el conde de Ségur de esta comunicación fue descubrirme muy confidencialmente las intenciones de su

corte. Al mismo tiempo me expresó su deseo de que Rusia le hiciese proposiciones y le diese a conocer su opinión sobre los medios de realizar la unión de las tres cortes. Me hizo observar, a este propósito, que cualquiera que fuese la índole de esa opinión, aun si tendiese a la destrucción total del imperio turco, la corte (francesa) no vería en ello nada chocante (?), nada que no pudiese conciliarse con sus propios intereses." [102]

Cualquiera que fuese el embrollo político, Gustavo III no quería perder de vista la persona de Miranda durante su estada en los países escandinavos, y cuando el coronel hubo salido de Estocolmo, el Rey escribió a su embajador en Copenhague acerca del misterioso viajero: "No ha aparecido en mi corte, pero piensa hacerse presentar en la de Dinamarca. Tengo todos los motivos para pensar que es un espía; ha gozado del mayor favor con el príncipe Potemkin; suecos que han estado este verano en Petersburgo le han visto en la corte de la emperatriz y hasta han cenado con él. Pienso que es un jesuita. Sea lo que fuere, es necesario que usted siga sus pasos y me dé cuenta de su conducta... No creo deba usted desenmascararle; dejará usted este cuidado al encargado de Negocios de España. Pero si el señor Bernstorff le habla de él y se presenta en la corte, puede contar su historia como si usted la supiese por cartas de Petersburgo". [103]

Miranda habló al conde de Razoumowsky del proyecto de hacer una excursión en Suiza, que efectuó en lo sucesivo, después ir a París, para hablar con el ministro de los Estados Unidos, probablemente de asuntos relativos a las colonias españolas. Razoumowsky, inquieto de los riesgos que corría el coronel a causa de la persecución de que era objeto por parte de España, le aconsejó desistiese al menos de una parte de su plan y le dio cartas

para Hamburgo, Holanda e Inglaterra. Nuestro viajero había insistido sobre la carta que deseaba para Hamburgo, pues esta ciudad no estaba en absoluto comprendida en su itinerario primitivo: la legación rusa le dio una para el señor Gross, agregando un pasaporte de correo diplomático y una suma de dinero; también se le pagaron algunos gastos ocasionados por el viaje a las minas.[104] *El coronel salió de Estocolmo para Cristianía el 21 ó 22 de octubre, habiendo retrasado algunos días el viaje a Copenhague que, en una carta al conde de Bezborodko, anunciaba quería emprender desde comienzos del mes. Luego visitó a Gotemburgo, Carlscrona, Stelsborg y Erlesund.*[105] *Sabemos, por una carta del conde de Woronzoff a su hermano Alejandro, que Miranda se hizo amigo del gobernador de Gotemburgo y quedó en correspondencia con él. Hacia mediados del año 1790, este gobernador enviará al coronel, que se encontraba entonces en Londres, un folleto "diabólico" titulado:* Sobre la balanza política del Norte, *atribuido al rey de Suecia, pero que era en realidad obra de Bork, enviado prusiano en Estocolmo. "El gobernador de Gotemburgo —decía Woronzoff—, al remitir este ejemplar al señor Miranda, con quien está en correspondencia, le ha asegurado que el autor de él es ese ministro prusiano: yo mismo he visto esta carta."*[106]

Miranda no debía llegar a Copenhague sino el 25 de diciembre. El barón de Sprengporten lo avisó al rey de Suecia: "Su llegada, sin embargo, no ha sido seguida tan de cerca como había razón de creer; ignoro hasta dónde ha podido detenerse tanto tiempo, pues sólo hace dos días que ha llegado a ésta, provisto de un pasaporte de Noruega. No dejaré de seguirle la pista. Hasta ahora todo lo que he podido saber de él es que se

aloja y come en casa del ministro de Rusia, barón de Krüdner, y sin que se haya presentado en mi casa ni en ninguna otra parte, que yo sepa".[107]

El 6 de enero de 1788, el ministro sueco no había podido aún fijar exactamente el verdadero nombre del viajero que interesaba a su soberano, porque "existían, decía, diversas opiniones a este propósito". Por lo demás, Miranda parecía tener intención de partir dentro de ocho días. No había sido presentado en la corte, pero sí asistido al último baile de máscaras, como también a la velada del conde de Bernstorff, ministro de Negocios Extranjeros, quien "le considera como un exjesuita". Sprengporten creía que el coronel debía hallarse "bajo la protección rusa y recoger informes por cuenta de la emperatriz" sin que, por lo demás, le hubiese sido posible "comprobar de otro modo haya sido enviado aquí con un fin que se refiera especialmente a esta corte o a la situación general". Y el ministro añadía: "No sé si debo mencionar con la mayor sumisión que este viajero afirma haber sido honrado, en alguna oportunidad con la gracia de ser interrogado por Vuestra Majestad sin haber, no obstante, sido presentado previamente".[108]

El conde de Bernstorff, ministro de Negocios Extranjeros de Su Majestad danesa,[109] *se impresionó mucho con la personalidad de Miranda: "He visto pocos hombres más instruidos, escribía al señor Saint-Saphorin, a Petersburgo. Podría tenerse mayor confianza aún en él si su imaginación no llegase a llevarle a veces más allá de la realidad. Se le escapan rasgos que dejarían hacerme creer que la corte de España le considera como hombre peligroso en un momento en que reina gran fermentación en el sur de América, que es su patria y de la que parece sentir vivamente la*

opresión y estado de infortunio. Es seguro que no he visto a nadie más al corriente que él de la revolución de la América septentrional y de todo lo que con ella se relaciona. No le gustan los medios y los motivos, pero es entusiasta de los principios y de esta libertad que, en efecto, debe parecer bien dulce a los habitantes de un país absolutamente oprimido". Bernstorff conocía la animosidad de Floridablanca contra Miranda y dice, sin creer en ello, que generalmente se atribuye a la protección que Catalina ha dado a este último el armamento por parte de España de ocho barcos de guerra.[110]

Pero fue sobre todo con el conde Schimmelmann, ministro de Hacienda, y con su mujer con quienes el coronel contrajo amistad durante su estada en Dinamarca. "He viso con frecuencia al conde de Miranda en mi casa de Copenhague y le he conocido muy bien, escribirá este ministro al Príncipe real Federico. La venganza contra el gabierno español y el derrumbamiento de su poder en América era siempre su idea principal. Sé que a pesar de haberse encontrado desde su partida de Copenhague en las situaciones más extraordinarias, recuerda siempre este país con el mayor interés".[111] *Miranda parece haber dedicado a la mujer de este ministro un afecto muy particular: "Recuerda con placer su paso por Copenhague, decía el poeta Jens Bagessen; la condesa Schimmelmann le ha hechizado y él sabe, como pocas gentes, estimar mucho al conde".*[112]

Un resultado inesperado de esta curiosidad y sed de reformas que devoraba al coronel se relaciona con el régimen de las prisiones danesas. En efecto, una carta del barón de Krüdner al vicecanciller Oestermann revela el valor que se daba por todas partes a los actos, rasgos y opiniones del viajero. "El conde de

Miranda examinó aquí los establecimientos públicos con ese espíritu de investigación que le caracteriza, y ha encontrado las prisiones en un estado horrible a causa de la administración, que estaba abandonada a la voluntad de los carceleros. Al señalar este abuso, ha sido causa de que el Príncipe real haya ordenado hacerlas estudiar, redactar una memoria sobre ellas y probablemente reformarlas."[113]

Miranda estaba exasperado con el encarnizamiento que ponían los agentes españoles en dificultar sus viajes y crearle molestias. El 21 de diciembre comunicaban de Estocolmo a la "Gaceta de la Corte" de La Haya que el ministro de Su Majestad Católica en Suecia había recibido orden de reclamar a las autoridades suecas la extradición del venezolano como culpable de infidelidad y hasta sospechoso de alta traición. El coronel se apresuró a informar de ello a Bezborodko: "Verdaderamente estoy enfadado de una gestión semejante por su parte (del Rey), y puedo aseguraros que todos los disparates, amenazas o lazos que puedan tenderme no me harán jamás desviarme un punto de la discreción, rectitud y atención con que me he propuesto corregir por mis viajes los prejuicios absurdos de mi defectuosa educación, a cuyo objeto nadie tiene el derecho de oponerse, ni puede con alguna autoridad impedirme justamente. Doy a usted mil gracias por los servicios importantes que me han procurado sus cartas de recomendación y le ruego con insistencia tenga la bondad de poner mis humildes respetos a los pies de Su Majestad la emperatriz, cuya grandeza y superioridad producen cada vez más efecto a medida que se ven otros objetos semejantes de comparación".[114]

Miranda encontró en los países escandinavos "muchas cosas interesantes en que ocupar muy útilmente su tiempo en provecho de su instrucción, que era el fin principal de sus trabajos". El conde de Razoumowsky y el barón de Krüdner le habían "colmado de mil cortesías, haciéndole el honor de procurarle un alojamiento en sus casas y haciéndole conocer personas de mérito y de la mayor distinción en estos diferentes países, donde otro incidente habría aún perturbado su tranquilidad".[115]

Salió de Copenhague hacia fines de febrero de 1788, provisto de cartas del conde Bernstorff para el consejero privado Goebler, en Altona, y para el residente Jessen, en Lübeck. "La persona que tendrá la honra de entregarle esta carta, decía el ministro, se llama el señor Meran, pero su verdadero nombre es conde de Miranda. Es americano de nacimiento, súbdito del rey de España. Como antes de partir me rogó que le recomendase a la benevolencia de V. E., le suplico le conceda durante su estada en Altona, en toda ocasión, todas las amabilidades que dependan de usted y que se ocupe de él de todos modos. V. E. hallará en él un hombre de espíritu notable y de conocimientos muy extensos." [116]

Después de haber pasado por las ciudades hanseáticas, Miranda atravesó Alemania y Suiza. En Zurich visitó al pastor Lavater, a quien, como veremos más adelante, produjo profunda impresión. En junio de 1788 estuvo en La Haya, probablemente alojado en casa de Kalitcheff, ministro de Rusia, y ciertamente se relacionó con él. Escribió al conde de Bezborodko para recomendarle al barón de Brentano, "primer oficial de la misión francesa en Turquía, a quien tuvo ocasión de conocer personalmente en Constantinopla" y que él desea entre al servicio de Ru-

sia. "Francia, dice, por un cambio súbito y aparente en su sistema político, lo hizo volver quince días antes de que se declarase la guerra, a pesar de la oposición del Divan, habiéndole abandonado desde entonces a tal punto que se encuentra aquí en este momento completamente disgustado de tal servicio, siendo él mismo extranjero en Francia y miembro de la nobleza de Baviera." Ahora bien, Brentano posee conocimiento profundo de los negocios turcos y podría ser empleado ventajosamente para el buen éxito de los ejércitos rusos "si ingresara en el servicio del más ilustre y del mejor soberano de la tierra". Para terminar, ruega a su corresponsal presente sus humildes respetos al príncipe Potemkin, "su mejor amigo", que supone está muy ocupado en el ejército, y al señor Mamonoff. El señor Kalitcheff apoya esta recomendación, pues cree que el barón de Brentano, como también el señor Vignomini, empleado por la corte de Versalles durante los últimos disturbios en Polonia, pueden ser útiles a la Emperatriz".[117]

Miranda va a regresar a Inglaterra, evitando cuidadosamente pasar por el territorio francés, donde la policía le acecha por cuenta de Carlos IV. Estaba encolerizado con la corte de Versalles; en una carta de Stephen Sayre a Samuel Ogden, fechada el 29 de junio del año siguiente, se lee: "El coronel Miranda cenó conmigo hace dos días, uno después de su regreso de París. Sus prejuicios contra los franceses y sus costumbres son siempre los mismos".[118]

El 23 de junio de 1789, el conde Simón de Woronzoff, embajador de Rusia ante la corte de Saint James, informó al conde de Bezborodko de la llegada de Miranda a Londres. El embajador no había olvidado ofrecerle sus servicios. "Por lo demás,

añadía, se encuentra en este momeno en el país que ofrece la mayor seguridad en la tierra. La corte de España no puede ni reclamar francamente (contra) su presencia ni apoderarse de él por astucia, como habría sucedido con algunos franceses imprudentes, que la policía de París, con la habilidad que le es propia, supo sacar de aquí; pero el conde de Miranda no es cándido y sabe evitar estos engaños. Está henchido de elogios de la generosidad y espíritu caritativo de la Emperatriz."[119]

Parece ser que, aprovechándose de ciertas disposiciones de la ley inglesa sobre deudores, los agentes de la policía francesa lograban a veces poner la mano sobre los individuos que querían arrestar y los embarcaban para el continente. Woronzoff escribió a Petersburgo: "Como el señor Miranda conoce hechos semejantes y yo sé que, en el espacio de cuatro años que dura mi residencia en ésta, el gobierno francés ha conseguido hacerlo dos veces, estaba convenido entre nosotros que si fuese víctima de tal atentado, a domicilio o en la calle, declararía pertenecer al personal de la embajada de Rusia. Algunos días más tarde, el embajador de España encargó a uno de sus sacerdotes se presentase a un español endeudado, que se encontraba hacía ya más de un año en la cárcel, para prometerle su rescate si juraba que Miranda le debía dinero, lo que el otro hizo. Se encontró un abogado que exhibió ante un juez la reclamación del español y obtuvo la orden de arrestar a Miranda. El susodicho funcionario, habiéndose presentado con su orden de detención en casa de nuestro viajero, éste declaró ante los propietarios de la casa que pertenecía al personal de la embajada de Rusia, y no pudieron arrestarle. Pero temiendo que, a pesar de todo, no le ocurra esto un día, sea de noche, sea en la calle, el señor Miranda me ha rogado lo ins-

criba en el registro que los ministros extranjeros comunican al secretario de Estado y que contiene los nombres de todo su personal... Me ha sido imposible no hacerlo, vista la orden de Su Majestad Imperial, que vuestra Excelencia ha tenido la bondad de transmitirme intimándome no solamente a proteger de todos modos al señor Miranda, sino también darle refugio en mi casa, en caso necesario. En consecuencia ayer he enviado al duque de Lids el registro arriba mencionado, habiendo inscrito en él el nombre del señor Miranda".[120]

No he encontrado ningún documento que permita afirmar que Miranda haya servido de agente del gobierno ruso, que se haya dedicado a recoger informes por cuenta de Catalina. Su correspondencia con esta soberana y sus ministros está siempre concebida en términos que podrían juzgarse en cierto modo triviales, si el menor rasgo de personaje tan singular no inspirase siempre algún interés. Es verdad que no puedo jactarme de tener en las manos todos los documentos en que se trate de Miranda y de sus relaciones con Rusia y sus amigos de aquel país. Por ejemplo, de la siguiente carta se deduce que debió componer una narración de sus viajes, destinado a Potemkin, que siento tanto más no haber podido procurarme cuanto que quizá arrojaría alguna luz sobre sus relaciones políticas con su célebre corresponsal: "Mi Príncipe —escribe desde Londres—, acabo precisamente de llegar a este país y ahora, cuando me ocupo de haceros un pequeño detalle de mis viajes, terminados con el mayor éxito gracias a vuestros favores, aprovecho la ocasión del capitán Bentinck, pariente del duque de Portland, quien marcha mañana a Petersburgo, para enviaros dos telescopios de campaña, obra del señor Ramsden, famoso artista de aquí, que creo podrán serviros y que os

ruego tener la bondad de aceptar como recuerdo de mi sincera amistad".[121]

Pero si nada, ni en el carácter de Miranda ni en el tono de sus cartas, permite creer se haya jamás rebajado a desempeñar el papel de "observador" designado y pagado por la zarina, ello no impide que se mostrara siempre vivamente agradecido de las bondades de su imperial amiga y deseoso de agradarla, como lo prueba el asunto de los documentos del mariscal Keith. Este noble escocés, que en otros tiempos sirviera gloriosamente en Rusia, había dirigido a uno de sus primos, John Drummond, cartas que interesaban a la defensa de este imperio: a Miranda, que era amigo de Drummond, no le costó mucho trabajo obtener comunicación de esas cartas, que se proponía enviar a Catalina.[122] *La corte de Inglaterra tuvo noticia de que Drummond iba a deshacerse de la citada correspondencia, pero Miranda, no obstante, logró remitirla a Petersburgo. Lady Finch escribió a Drummond invitándole, así como a su mujer, a cenar en Windsor, el 26 de septiembre de 1791, de parte de la Reina, que quería hablarle de los famosos documentos. Lord Walshingan fue también encargado por el Rey de intervenir en el asunto. Miranda informado de estas gestiones, rogó al conde Woronzoff que enviase su paquete a Petersburgo lo más pronto posible "a fin de que se pueda contestar verdaderamente a Sus Majestades que han sido ya expedidos, siendo cosa que pertenecía y estaba hecha para Rusia". El coronel había conservado una copia, sobre la que se podría "continuar secretamente la traducción para enviarla a Su Majestad Imperial en cuanto esté terminada".*[123] *Acompañaba a los documentos una carta personal en la que Miranda hacía votos por la prosperidad y gloria de Rusia, que ciertamente "superarían las*

del imperio romano, gracias a los sólidos cimientos que puso el gran Pedro I y a las sabias instituciones fundadas por la inmortal Catalina II".[124] *"Sr. conde —escribía por su parte Woronzoff—, me tomo la libertad de poner bajo el sobre de V. E. un manuscrito que el coronel señor Miranda ha tenido la gran fortuna de procurarse y desea poner a los pies de la Emperatriz... No creo, señor conde, que me sea necesario hablarle del genio y de los innumerables conocimientos del coronel Miranda, pues V. E. le conoce; pero de lo que V. E. no habrá tenido ocasión de advertir es su celo, puedo decir su entusiasmo, por la Emperatriz y el Imperio de Rusia: la acogida con que le ha honrado nuestra Augusta Soberana lo ha penetrado de tan vivo agradecimiento, y las profundas impresiones que le han dejado las grandes cualidades que ha podido admirar durante su estada en Rusia son tan duraderas, que las circunstancias en que se ha encontrado con el ministro de aquí y en que nosotros nos encontrábamos, jamás han influido en la expresión de sus opiniones y sentimientos sobre todo lo que se refería a Rusia; y sus discusiones, en el momento en que se trataba de una guerra con Inglaterra, han instruido y persuadido en nuestro favor a varias personas que era muy importante fuesen instruidas del verdadero estado de la cuestión."*[125]

En efecto, Miranda se había también dedicado a ilustrar al gobierno inglés acerca de la verdadera situación de Rusia, y ello con propuestas de apaciguamiento, en momentos en que el estado de las relaciones entre los dos países era muy crítico. A fines de marzo de 1791 advirtió a Pitt que las medidas que tomaba con respecto a Rusia no sólo eran injustas, sino además inútiles, porque los armamentos de Inglaterra no amedrentarían en modo alguno a la zarina, y declaró que M. Witworth engañaba a su

gobierno con informes falsos "para complacer a la corte de Berlín". En presencia de Smith, secretario del primer ministro, llegó hasta defender a Catalina contra Witworth, y "le había hecho callarse". Cierto día Smith terminó por confesarle, "muy agitado, que todas sus predicciones se habían cumplido; que la respuesta de la corte de Rusia y las explicaciones entre el embajador de Rusia en Londres y lord Grenville demostraban que la Emperatriz era inflexible y mantenía su ultimátum; que los miembros del gabinete de aquí, no teniendo ningún medio de constreñirla, estaban en situación muy difícil y temían que la Emperatriz, a ejemplo del Emperador (alemán), no fuese todavía más lejos en sus exigencias. El señor Miranda respondió que esto era posible y una razón para que se apresurasen a concluir la paz conforme al postrer ultimátum de Rusia". Al comunicar esta noticia al conde de Bezborodko, Woronzoff le ruega queme su carta después de leerla a la zarina, por temor de que el ministro inglés conciba sospechas respecto a Miranda, "lo que causaría gran daño a éste y me haría perder en el futuro una fuente de información muy buena".[126]

Drummond, por su parte, escribió a la zarina para alabar "el celo infinito de que él (Miranda) da pruebas al servicio de Vuestra Majestad Imperial y su diligencia en toda circunstancia y cada vez que se trata de contribuir a la gloria de Vuestra Majestad", celo y diligencia que sólo pueden igualar la virtud, talento e inteligencia que distinguen el carácter y manera de obrar de este noble español".[127]

Miranda une "su débil voz a las aclamaciones universales de todo el mundo instruído y filósofo por los triunfos que han coronado los ejércitos de Su Majestad Imperial y que harán su reinado

y memoria inmortales para siempre jamás". Se excusa de haber permanecido en Inglaterra, "con la esperanza de hacer bien a su patria", en lugar de acudir a los campos de batalla o la corte de Catalina, "para cumplir una pequeña parte de sus obligaciones eternas con Rusia". Recomienda a la soberana la lectura de los documentos de Drummond, en los que encontrará "más opiniones profundas y sólidas sobre la política, la milicia y el comercio de Rusia, y sobre el carácter divino del gran fundador de este imperio, que en ningún otro escrito que se conozca". Y el coronel pone estos documentos "a los pies de Su Majestad Imperial con toda la alegría, admiración, agradecimiento y profundo respeto que conmueven sinceramente su alma".[128]

En carta al embajador Woronzoff, el conde Bezborodko acusaba recibo de los documentos, y en espera de que la zarina tuviese tiempo para contestarle, declaraba estar encargado por la soberana de manifestar a Miranda cuánto apreciaba su celo.[129]

Con fecha 8 de diciembre el coronel transmitió todavía otras cuatro cartas consecutivas de las precedentes. Drummond poseía aún otras más, pero no quería entregarlas, tratando sin duda de hacérselas pagar: "Creo que si estuviese autorizado por Su Majestad para hacerle una oferta podría conseguirlas, en el caso de que Ella las crea dignas de esta atención".[130] *El tono de Miranda en sus cartas a Catalina se eleva hasta el ditirambo. Sus adulaciones en esta ocasión pueden ser comparadas a las que él reprochará más tarde al conde de Ségur y de las que el astuto diplomático sabía sacar tan buen partido: "Estoy —dice— cada vez más conmovido de sentimientos de agradecimiento y admiración que me me inspiran las virtudes sublimes de Vuestra Majestad Imperial; y cuando considero (porque las he examinado en parte con mis*

propios ojos) las cualidades de debilidad, superstición, indolencia e idiotez que más o menos degradan a los potentados actuales del mundo civilizado, no puedo impedirme de envidiar a Rusia con ternura el único soberano existente capaz de desempeñar su cargo, gobernar un gran imperio y hacer felices a todos los individuos que le componen... ¡Que no fuera el mundo entero tan afortunado para gozar de dicha semejante! Que la vida y salud de Vuestra Majestad Imperial se conserven inalterables, para la felicidad y gloria de los humanos, son los verdaderos y sinceros deseos de quien es con un profundo respeto, etc."[131]

* * *

Miranda fue en Londres el amigo de Fox, Sheridan, Stanhope, Lansdowne, Maidland, Wilberforce, Fitzgerald, Banks, de todo el grupo de hombres políticos que después de haberse impresionado enojosamente por las tendencias de la Revolución francesa, en su calidad de ingleses y de leales súbditos de Su Majestad, se pusieron luego a aplaudirlas sin reserva. Más tarde aún se les verá, en las Cámaras de los Lores y de los Comunes, atacar la política de Pitt y pedir se hiciese la paz con Francia, a pesar de los desengaños que les produjo el desarrollo de las ideas y de los hechos en el Continente. Miranda asistió de cerca a las disputas resonantes de Fox y Edmond Burke y pudo así, con ayuda de los argumentos que en ella se oponían, abarcar en su vasta extensión todo el problema revolucionario. ¿Cómo este anglófilo a ultranza, este admirador de la pura tradición británica, pudo ser insensible a la voz vehemente de Burke, que en nombre de la tradición tocaba el clarín de alarma a la vez contra Francia y contra la

Revolución? Testigos declararán en el Tribunal revolucionario que Miranda tomó partido por los adversarios del fogoso libelista y defendió, en discursos apasionados, la causa de la Revolución. Esta Revolución la quería total y llegó hasta proclamar, en una cena en la que M. de Talleyrand fue uno de sus contradictores, el próximo malogro de la Constitución de 1791 y la incompatibilidad de la libertad francesa con la presencia de Luis XVI en el trono.[132] *La escena que tuvo lugar en casa del gran negociante John Turnbull,*[133] *debe situarse hacia fines del año, en el momento del viaje que hizo Talleyrand en compañía del duque de Biron: el venezolano frecuentaba la misma sociedad que M. de Autun encantaba con su conversación brillante y su viva inteligencia.*

Por esta misma época Miranda contrajo estrecha amistad con la sociedad de los Amigos del pueblo *y la de* Estudios constitucionales, *con Priestley, químico, físico, teólogo y polemista ilustre el más perfecto gentleman del Reino; con Richard Price, que Brissot comparaba a Sócrates; con Bentham, filósofo y lingüista, quien, diciendo ser "amigo íntimo" de Miranda, escribirá más tarde para él un proyecto de ley sobre la libertad de prensa y se dispondrá para acompañarle a Venezuela. En fin, el coronel conoció a Granville, Sharp, Clarkson, Benjamín Cooper y Mackinstosh, que dirigían un gran movimiento humanitario, una de cuyas manifestaciones era la campaña por la abolición del comercio de esclavos, movimiento interesante, basado en misticismo, en razón del carácter eclesiástico de algunos de sus directores. No es inverosímil que, en este ambiente, y en octubre o noviembre de 1791, Miranda haya encontrado a Pétion, Bancal de Issarts y Madame de Genlis. También volvió a ver a Tomás Paine, el célebre*

libelista inglés cuya pluma, se ha dicho, prestó a la causa de la independencia americana tantos servicios como la espada de Washington.[134]

En el curso del año 1790, el coronel entró en conversación con Pitt por intermedio del gobernador Pownal.[135] *El conde Woronzoff informó a su gobierno que estas relaciones se habían entablado por iniciativa del primer ministro: "Quizá habéis notado —escribía el embajador a Bezborodko— su ardiente deseo (de Miranda) de ver a su patria, América, sacudir el yugo español. El año pasado, en el momento del armamento contra España, Mr. Pitt trató con empeño de conocerle, y habiéndolo conseguido le ve con frecuencia y le prodiga su favor; esto le ha valido la amistad de Mr. Smith, secretario particular del primer ministro y que goza de su plena confianza".*[136] *Pownal sometió a Pitt, de parte de Miranda, un plan para la emancipación de las colonias españolas. Pronto el coronel mismo participó sus ideas al jefe del gobierno, en el curso de una audiencia que le fue concedida, y, a petición de Pitt, las expuso por escrito en una memoria fechada el 5 de marzo.*[137] *Desde este momento, Miranda conferenció varias veces con Pitt y lord Grenville y discutió con ellos las condiciones de la cooperación británica en un movimiento eventual de América española contra la metrópoli. En estas conversaciones se habló de subsidios: Miranda alegó sus necesidades personales, pues carecía de empleo y no recibía nada de Caracas. Pitt prometió pensar en él y primeramente quiso saber si el coronel no había recibido nada, en los últimos tiempos, del marqués del Campo, ministro de España. Miranda volvió a tratar de la cuestión política en una carta del 28 de enero de 1791: quería "ofrecer sus servicios a su país y promover los intereses de la*

Gran Bretaña, en cuanto sean compatibles". No obstante esperaba "que no se le pediría en modo alguno servir contra España por cualquier otra causa", pues "esto era un punto de delicadeza para él". Los jesuitas chilenos y mexicanos expulsados por los españoles y refugiados en Italia, con los que se había entendido antes, podrían ser de gran utilidad en la empresa "para dirigir los nuevos establecimientos y las relaciones comerciales por formar entre los nativos y los ingleses".[138] *Reclamaba de nuevo una pensión: "Mi situación personal exige, debo manifestarlo, que se me conceda una renta anual apropiada, pues estoy privado de recibir mis recursos de Caracas".*[139]

Luego, en extensa carta del 8 de septiembre, expuso todo un plan para la expedición, y recordó el proyecto de constitución política por otorgarse a América, que había sometido al gabinete como consecuencia de sus conversaciones con Pitt y lord Grenville. Puede decirse que dicha carta constituía el acta de las entrevistas de Downing Street, que casi seguramente habrían terminado en un acuerdo entre Miranda y el gobierno inglés sin la Convención de Nootka, que puso término a los preparativos de la guerra contra España.

Lo que nos interesa retener de estas conferencias es, en primer lugar, que Miranda no abrigaba la intención de arrancar a España sus colonias para entregarlas a Inglaterra; y después que tenía necesidad de dinero para vivir. Admitía que el Estado que se formase en las provincias emancipadas se pusiese bajo la protección de Londres, pero solamente durante la guerra, debiendo comprometerse Inglaterra a obtener el reconocimiento de la independencia absoluta de América en el momento de la paz general. En efecto, se verá que para Miranda siempre se trató de conceder

ventajas comerciales a la potencia aliada, de permitirla ocupar posiciones estratégicas y aun de abandonarle una porción de las colonias portuguesas, pero jamás de someter el Nuevo Mundo a su protectorado. Por lo que se refiere a la pensión que le permitiría vivir, el coronel hacía notar que la emperatriz Catalina le ofrecía mil luises de oro al año. Si el gobierno inglés le abandonaba, sólo podría contar con la generosidad de la zarina; sería para él grande imprudencia retrasar su salida para Rusia, pero tenía confianza en la palabra de honor de Pitt, conforme a las promesas que le habían sido transmitidas por intermedio de Joseph Smith y esperaba una decisión de un día a otro. La anualidad que se fijase debería ser de mil doscientas libras esterlinas.[140]

Finalmente, Miranda recibió entonces del gobierno inglés, y solamente por esta vez, una suma de mil doscientas o mil trescientas libras.[141] *Tal es la suma que Thomas Paine vio un día el recibo en París en 1793, entre los papeles de Miranda y sobre este documento se basó Mr. Comway para tratar a nuestro venezolano de aventurero "mexicano" y de agente de Pitt.*[142] *Por otra parte, Mr. Comway no parece haber dado exactamente la versión de Paine en este punto; el profesor Robertson ha consultado el diario americano* The Aurora, *donde el libelista publicó su carta de 20 de marzo de 1806 en la cual declaró que, durante su estada en Francia, había visto la correspondencia cambiada entre Pitt y Miranda sobre el asunto de Nootka y que entre las cartas que allí se hallaban había leído una en que el Primer ministro "se comprometía a dar a Miranda la suma de mil doscientas libras por sus servicios". Según M. Robertson, cuyo parecer se encuentra confirmado por mis propia investigaciones, no existe prueba de que en esta ocasión se haya concedido una pensión a Miranda.*[143]

En cuanto a la forma política que el coronel quería dar a los territorios libertados, no me parece sea este el lugar de exponerla detalladamente. Un vasto imperio extendido desde el Mississippi hasta el cabo de Hornos, sin comprender el Brasil ni las Guayanas, regido por una constitución semiinglesa, semirromana y completamente independiente de toda influencia extranjera, pero apoyado en la amistad de Inglaterra: he ahí, en resumen, el proyecto de Miranda.[144]

El tratado del Escorial era de tal naturaleza que con él se aplazaba a las calendas griegas la realización de las esperanzas que Miranda ponía en la hostilidad de Inglaterra contra España. Esta daba satisfacción a Inglaterra; la cedía la bahía de Nootka y, desengañada de la inútil alianza francesa, buscaba su seguridad en la amistad de su enemiga de la víspera.[145] *La actitud del gobierno inglés había exasperado a Miranda. Un día rogó a Novossiltzeff que viniese a verle: "Me presenté inmediatamente a él —escribe este último al conde Woronzoff—. Después de haberme dicho que tenía cosas de grande importancia que comunicar a V. E.: ¡Confieso que estoy derrotado! —exclamó con cierta emoción—; jamás habría creído que la perversidad humana pudiese ir tan lejos; he sabido cosas que estremecen y que el conde Woronzoff nunca hubiera podido suponer. Pitt es un monstruo que no parece tener otro guía que los consejos del Príncipe de Maquiavelo". Después, volviendo a tomar acento más tranquilo: "Me han vendido, dijo, por un tratado de comercio con España. Me ha propuesto le acompañe mañana a Richmond; le convidé a salir temprano. De este modo, sea que V. E, coma o no en casa, tendrá tiempo de oírle".*[146]

Miranda resolvió entonces marcharse de Inglaterra, donde, por el momento, no tenía nada que esperar respecto a su principal intento, y atraído por el deseo de ver de cerca la Revolución, fue a desembarcar en Francia, por diciembre de 1791. No se arriesgó en modo alguno a ir primeramente a París, dado lo que sabemos de las disposiciones del gobierno real respecto a él: se paró en Rouen, donde se contentó con observar los acontecimientos. Llevaba una carta del conde Andreani para el caballero de Combray, que le abrió las puertas de esta casa de fieles realistas en la que debía pasar cuatro meses, durante los cuales su curiosidad de viajero le indujo a visitar los alrededores de la capital de Normandía.[147]

Timoleón Hélie de Combray era el hijo menor de aquella Genoveva Gouyn d'Epinay y de Brunelles, heroína del libro de Lenôbre titulado Turnebut,[148] *y del marqués de Combray, caballero, señor y patrón de Donnay, Bonnoeil los Essarts y otros lugares. Había heredado de su padre el cargo de recaudador de tallas en Falaise y lo ejercía todavía en 1789. Al contrario de su hermano mayor, el caballero de Bonnoeil, carácter pacífico que se sometía al despotismo de una madre imperiosa. Timoleón había buscado en los viajes una especie de independencia que no podía hallar bajo el techo maternal. Había visitado Africa del Norte, "e iba a penetrar en la Gran Tartaria" cuando estalló la Revolución en Francia: regresó a Rouen en el curso del año 1791. Sin duda fue durante sus viajes cuando conoció al conde Andreani. Era, dice Lenôtre, "un hombre de espíritu liberal y recto, de gran cultura intelectual y de escepticismo filosófico", es decir, de un carácter que tenía que chocar penosamente con el de su madre.*

La fidelidad de la marquesa de Combray hacia la monarquía la hizo inscribirse con sus dos hijos en la lista de los rehenes por el Rey, lo que debía atraer a todos ellos el odio jacobino. Timoleón ayudó valientemente a defender las Tullerías el 10 de agosto y tuvo que refugiarse en Inglaterra.[149] *En 1796 volveremos a encontrarle en París.*[150]

Es hecho muy curioso esta estada de cuatro meses del revolucionario Miranda en casa de una familia cuya abnegación por la monarquía era tan conocida en Normandía. Quizá Timoleón, que era filósofo, encontraba el medio de conciliar la fidelidad familiar y tradicional hacia el trono con el gusto de las "ideas nuevas" y, en este terreno, llegaba a entenderse con el venezolano: o bien este último, que era sagaz y bien educado, ponía un freno a su lengua cuando se trataba de expresar opiniones políticas. Después de todo, ¿no era un extranjero que viajaba por placer, para el que la política interior de Francia parecía sólo ofrecer interés relativo? Seguramente hablaba a Timoleón de su proyectos sobre América española, de los países que ambos habían visitado, o también de los principios humanitarios entonces de moda y que algunos monárquicos acogían con entusiasmo ingenuo y enternecedor. De todos modos, los dos hombres quedaron en buenas relaciones, ya que cuatro años más tarde se veían todavía en París, y Timoleón de Combray se arriesgó a dar un certificado a favor de Miranda en un momento en que el general había caído en desgracia con los poderosos del día.

Sin embargo, los acontecimientos se precipitaban, y, el aire de la capital haciéndose más respirable para él, Miranda tomó, en marzo de 1792, el camino de París.

* * *

Creo deber trazar aquí el retrato de Miranda y procurar que se comprenda el carácter extraordinario de este personaje, cuya historia se encuentra enlazada con los acontecimientos más importantes del mundo en la época en que vivió.

Francisco de Miranda tiene cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, cabellos y cejas brunos, ojos grises, frente ancha y despejada, cara redonda y lisa. Lleva una pequeña cicatriz en la parte inferior de la mejilla derecha, junto a la barba.[151] *El norteamericano Biggs, que le dice más alto de lo que en realidad es, le describe bien proporcionado, robusto y ágil, la tez rosada y fresca, revelando todo salud floreciente, con dientes muy hermosos que cuida mucho, limpiándoles constantemente; nariz bastante grande y bien formada; ojos penetrantes, móviles e inteligentes; mirada más bien severa que dulce: "ojos de fuego", dirá la duquesa de Abrantes. El encanto de aquella fisonomía parece residir en los labios finos, sutiles, que saben sonreir. Muy erguido, el pecho saliente, su manera de andar es decidida, y es fácil adivinar en él carácter orgulloso y tenaz. Se le puede llamar buen mozo o, en todo caso, hombre de porte poco común. En ocasiones hace figura de gran señor, con maneras de cortesano, por la perfecta soltura de sus movimientos, la dignidad imponente con que sabe mantener las gentes a distancia. Cuando quiere se vuelve, sin embargo, extremadamente agradable y condescendiente. Es nervioso en exceso: cuando está sentado agita los pies y las manos "como si marcase el ritmo de su espíritu, en perpetua actividad".*

Miranda es sobrio y muy limpio. Jamás se queja de la comida por mala o insuficiente que sea. No bebe nunca licores espirituosos, y raramente un vaso de vino puro: su bebida pre-

ferida es el agua azucarada. Como no duerme más de seis horas, es muy madrugador: en un momento trágico de la guerra en Venezuela, Pedro Gual le encontró temprano "afeitado, vestido como para ir de visita, según su costumbre en campaña".[152] *Porque se viste elegantemente y su traje es siempre esmerado. El retrato que presentó a Lavater, en 1788,*[153] *nos le muestra con peluca empolvada. El grabado de Gaucher, que data de la época en que servía en Francia, en calidad de "general descamisado", le representa de cabellos a la Alcibiades, muy cortos.*[154] *Después, como la moda evolucionó, llevaba, con los pendientes de oro o de cristal de roca, la peluca rubia y el cuello negro que, en vísperas de Fructidor, fueron considerados como contraseñas antigubernativas y hasta contrarrevolucionarias. Jules Mancini imaginó el cuadro que figura al ilustre prócer desembarcando en su patria, en 1810, bajo el sol ardiente de La Guayra, ceñido con su uniforme de general francés, estrechando en sus brazos al joven Bolívar que había acudido a su encuentro y contestando con ademán noble y mesurado a las aclamaciones de la muchedumbre.*[155]

Miranda tiene perspicacia, ambición, mirada que va lejos y escruta todas las profundidades, fertilidad asombrosa de iniciativas y combinaciones. Es vehemente e impetuoso en la discusión, de gran prontitud en la réplica y en la objeción, de habilidad consumada para la dirección de un debate, que sabe siempre conducir en provecho suyo. Posee facilidad de palabra excepcional y parece que sea lo mismo en español que en francés, inglés o italiano. El Tribunal revolucionario de París y, más tarde, el Congreso venezolano, ante el cual tuvo también que defenderse, fueron dominados por la fuerza de su dialéctica, por su lógica

estricta, por la singular maestría con que justificó sus actos. Dotado de notable sagacidad, henchido de ingenio, elocuente, grave, cortés, siempre discreto, si no le ciega la cólera, conversador brillante que sabe escoger su tema, se expresa con voz grave, alternativamente ruda y acariciadora, cambia de aspecto y de tono según la impresión que quiere producir en el interlocutor. Biggs estimaba que no podía existir nadie capaz de superarle en elocuencia familiar, en poder persuasivo. Cuando ha opinado es difícil no adoptar sus ideas, no aprobar sus principios. En los jóvenes su influencia es irresistible, de tal modo sabe dirigirse a su corazón para despertar en él los más nobles sentimientos, la más hidalga emulación. Su memoria es prodigiosa: parece que no ignora nada. "Es maestro en ciencia, afirma Biggs, en literatura, en lenguas. Asombra con la amplitud de sus perspectivas, su erudición inagotable, su honradez, su generosidad, su patriotismo." Además de las lenguas que habla, lee alemán y portugués, conoce a fondo el latín y el griego, las matemáticas, la historia, el arte de la guerra, la ciencia del ingeniero y las habilidades diplomáticas no tienen para él ningún secreto.

Las páginas de esta obra presentan testimonios de los hombres más diversos por su carácter y su nacionalidad, todos ellos impresionados de la superioridad de Miranda y del efecto que producía sobre cuantos se le acercaban. El joven James Lloyd, quien le vio en Boston, escribía algunos años después al presidente Adams: "Es el hombre más extraordinario y más maravillosamente enérgico que jamás he visto". Le dio la impresión de ser ejemplo del más elevado carácter humano. Aaron Burr admira su elocuencia, y Campo, ministro de España en Londres, celebra su buena educación, su manera excelente de expresarse,

el giro agradable de sus modales, su prodigiosa actividad. Es un cerebro fértil, dice Charles Francis Adams; un hombre extraordinario, escribe Gual. Juan Germán Roscio, espíritu tan ponderado, dice que habla prudentemente. Stiles, presidente del colegio de Yale, se admira de la originalidad de sus ideas y del perfecto conocimiento que tiene de las cosas de la política y de la historia. El historiador español Torrente, que no le quiere, y con motivo, le concede genio brillante, gran fuerza de alma, talentos políticos y militares poco comunes, constancia y tenacidad sin desfallecimiento. Y el autor religioso de la curiosa crónica de Caracas durante la Revolución de la Independencia, nota su talento y experiencia en toda materia, y hasta "su inteligencia de las Escrituras y Santa Biblia".

Cuando en 1815 el ex presidente de los Estados Unidos John Adams defendió su administración, en una serie de cartas al periodista Lloyd, volvió a tratar de su obstinación en oponerse a los proyectos de Miranda en 1798, que continuaba calificando de aventuras a la moda de Don Quijote. Pero no ataca al general mismo; bien al contrario, recordando cuál era entonces la opinión pública respecto a él, le rinde merecida justicia: "Durante nuestra revolución, dice, el general Miranda vino a los Estados Unidos, que visitó y recorrió enteramente. Fue presentado al general Washington, a sus edecanes y a los principales miembros de su familia, así como a varios generales y coroneles de nuestra milicia. Adquirió entre nosotros la reputación de hombre que había hecho estudios clásicos, poseía conocimientos universales y era maestro en el arte de la guerra. Se le creía muy sagaz, de imaginación viva y de curiosidad insaciable. Miranda sabía más que no importa quién de nuestra vida social y

política, de nuestra guerra, batalla y escaramuzas, sitios y combates, que conocía y juzgaba con mayor serenidad y precisión que cualquiera de nuestros hombres de Estado".[156]

Biggs quiso trazar con dos rasgos el retrato moral de Miranda: "En cuanto sus pasiones impetuosas se lo permiten, es hombre sano y de conciencia". Aun así hay que ponerse de acuerdo sobre la restricción que el americano alega en su definición: el estudio de la vida del personaje, tan profundo como es posible hacerlo con la ayuda de los documentos que se poseen, no acusan en esta vida, huella de ninguna mala acción: Miranda fue probo y honrado. Tener carácter impetuoso y vehemente y un espíritu inflamable, saber amar y odiar, estar dotado de una voluntad de hierro, tan inquebrantable que nuestro venezolano habría podido adoptar la divisa de Guillermo el Taciturno: he ahí cosas que pueden conciliarse y se conciliaron en Miranda con la integridad y los principios. Su flaco principal parece haber sido esa debilidad a la que pocos hombres escapan: le gustaba ser adulado y hablaba de sobra de sí mismo. Su vida, sus sufrimientos, sus acciones, surgían sin cesar en la conversación, en que con demasiada frecuencia era único a hacerse oír. Además, a consecuencia de una disposición natural, estimulada por la manía "filosófica" dominante en el siglo XVIII, exprésase a veces con un tono solemne y bastante desapacible. Parece siempre estar a caballo sobre los "grandes principios" o bien en la cátedra, predicando la moral como él la entiende, porque es un moralista o, más bien, un moralizador; cuando se pone a sermonear se le oye condenar el vicio y exaltar la virtud con fervor casi apostólico. Alaba la simplicidad, la humildad, la sabiduría, la buena fe, la sinceridad, el desinterés; reprueba la

injusticia y la mezquindad. "La virtud, dice, ha huído de este mundo detestable"; hay que restaurar la antigua buena fe y las buenas costumbres, por medio de un sistema filosófico que producirá la felicidad de las generaciones presentes y futuras. Al escuchar estas predicaciones, Biggs, puritano, sin embargo, se horrorizaba de los efectos que podían producir en América del Sur, pobre víctima del filosofismo revolucionario.[157]

No obstante, Miranda conoce los riesgos inherentes al oficio de consejero: "No hay nada más insensato, dirá al joven O'Higgins, a veces más peligroso que aconsejar a los tontos". Pero como presiente en su discípulo el notable hombre de acción que será el futuro Director de la República chilena, traza la línea de conducta que éste deberá seguir al regresar a su país. Ante todo, le da una lección de constancia: "No permita usted jamás que la repugnancia o la desesperación se apoderen de su espíritu; fortifíquele con la convicción de que no pasará un solo día sin que se produzcan acontecimientos que le traerán ideas desalentadores sobre la dignidad y el juicio de los hombres". Después, este curioso precepto, que en parte sólo se explica a causa del odio que había consagrado especialmente al tribunal del Santo Oficio. "Desconfíe del hombre que ha pasado de cuarenta años, a no ser que usted sepa que es amigo de la lectura, especialmente de los libros prohibidos por la Inquisición."

El defecto más enojoso del carácter de Miranda es una impulsividad que le conduce a actos irreparables hacia sus colegas y subordinados, y de la cual conoceremos los efectos durante su residencia en Francia. Es hombre eminentemente autoritario, agresivo, dominador, que no soporta iguales a su lado que no puede tolerar la contradicción. Con apariencias amables, es "positivo y

sombrío", nota el general Serviez. El cronista del Leander *nos hace asistir a los frecuentes incidentes sobrevenidos, en 1806, entre Miranda y el capitán Lewis, por cuestiones relativas al mando y a la disciplina, porque el capitán era orgulloso y obstinado y el general violento e inflexible. "Cuando Su Excelencia tiene una idea es como un río: no retrocede. Ni la razón ni los hechos consiguen convencerle". Y entre el venezolano y el norteamericano se trataba de saber quién gritaría más alto. Un día que un oficial de ingenieros se quejaba de que el equipaje estuviese condenado a trabajar sin recibir sueldo, Miranda le ordenó callarse; como no obedeciese en seguida el oficial, el general le agarró por el cuello, le derribó sobre la regala y le abofeteó, diciéndole: "¡Bribón! Cállese; usted no tiene aquí derechos, debe obedecerme".*[158]

NOTAS

[1] Véase Robertson: *Francisco de Miranda y la Revolución de América española*. (Traducción de Diego Mendoza), p. 43. El marqués José María de Rojas publicó el acta de bautismo de Francisco Miranda fechada el 9 de junio de 1756. (El general Miranda, p. 176.)

[2] Arístides Rojas, el polígrafo venezolano que publicó la colección de documentos sobre Miranda que tendré ocasión de citar con frecuencia, dio noticias interesantes sobre esta familia en su libro *Orígenes Venezolanos*.

[3] Los archivos españoles contienen todos los documentos relativos a los comienzos de la carrera de Miranda. La presente obra no es una biografía completa del personaje, y, por tanto, no entro en detalles conocidos en su mayor parte, sobre todo después de la publicación del libro de M. Robertson.

[4] Robertson, p. 46.

[5] Véase Lavisse: *Histoire de France*, IX, p. 105.

[6] B. N. L. 641, 621. Junius (Miranda) a Jean Skey Eustace, 1793, p. 6.

[7] Chatham. Mss. Bun núm. 168. Ponwal a Pitt, 7 agosto 1790. Véase también la defensa de Chaveau-Lagarde ante el Tribunal revolucionario.

[8] F. O. *Spain* I, pp. 77-78: 72/2., pp. 98-9. 113-4. 285-6. 294. 533-5. Jamaica C. O. 138/29. Núm. 112: 137/82. Núm. 115: 137/84. Hist. Mss. Com. American Mss. in the Royal Institution, vol. II, pp. 347, 351-2. Estas piezas comprenden un período que va del 5 junio 1781 al 24 junio 1784.

[9] Antepara: *South American Emancipation*, p. 254. Cagigal a Miranda, 18 mayo 1783, p. 252, a D. Francisco Rendón, 18 mayo; p. 251, a Washington. La colección de Antepara publicada en Londres en 1810, fue compuesta por Miranda mismo.

[10] B. M. T. 1012 (15). Le cito y en des Etats-Unis d'Amerique Jean Skey Eustace a ses fréres d'armes.

[11] Robertson, p. 251.

[12] A. E. Etats-Unis, vol. XXIX, 105, 180. Barbé-Marbois a Vergennes, 14 marzo, 10 abril 1785.

[13] ¿Peruanos?

[14] *Histoire de la Luisiane*, p. 161-162. La comunicación que recuerda aquí Barbé-Marbois no se encuentra en los archivos de asuntos exteriores.

[15] A Eustace, p. 10.

[16] Véase Robertson, p. 253.

[17] A. N. WI 271. 30. Extracto traducido en francés, 1785.

[18] Antepara, p. 248-249. Florida-Blanca a Miranda, 26 mayo 1785.

[19] Ibíd., p. 249-250. El mismo al mismo, 18 julio.

[20] Antepara, p. 42-43. Miranda a Federico y respuesta del Rey, 3-4 septiembre 1785.

[21] Sin duda el marqués du Mesnil, maestre de campo del regimiento Coronel-general de húsares. Los otros oficiales franceses pertenecientes a este regimiento, que habían ido para asistir a las maniobras, eran el marqués de la Force, el marqués de Mesnard, el caballero Bessiére y el capitán Stengel (A. E. Prusse. Vol. 204, fol. 378. El Secretario de Embajada Falciola a Vergennes, 13 septiembre 1785.

[22] A. E. Pruss. Vol. 105, fol. 20. El conde de Esterno al conde de Vergennes, 24 enero 1786.

[23] La Fayette, llegado de Viena el 18 de septiembre, después de haber asistido a las maniobras que comenzaron el 21 siguiente, salió de Berlín el 25 para Rheinberg (A. E. Prusse. Vol. 204, fol. 395-396).

[24] Réponse de Miranda a Eustace, p. 203.

[25] Barthou: Mirabeau, p. 203.

[26] Antepara, p. 245. *Refutation de l'histoire de Castera par Miranda*. No he encontrado en los archivos de Viena, ninguna huella del paso de Miranda por esta ciudad. Ciertamente fue entonces cuando el coronel «obtuvo de Smith el préstamo de algunos cientos de guineas para continuar sus peregrinaciones en Rusia, suma que honradamente devolvió a su bienhechor». (Carta del Presidente Adams a M. Lloyd, 6 marzo 1815. Véase Becerra: *Vida de Don Francisco de Miranda,* I, 86. (Edición de Madrid.)

[27] A. E. Espagne. Vol. 618 y 619.

[28] Ibíd. Vol. 618, fol. 54.

[29] De la familia de Montmorency. Era teniente general de los ejércitos del Rey y mandaba en Flandes, Hainault y Artois.

[30] Louis Thiroux de Crosne, nació en 1736; relator encargado de revisar la sentencia dada en Toulouse contra Calas; guillotinado en 1794.

[31] A. E. Espagne. Vol. 168, fol. 1112, 117. Vergennes al príncipe de Robecq y a Crosne, 28 septiembre 1785.

[32] Ibíd., fol. 126. Crosne a Vergennes, 30 septiembre.

[33] Ibíd., fol. 139. El príncipe de Robecq a Vergennes, 5 octubre.

[34] Ibíd., fol. 149, 8 octubre.

[35] Ibíd., fol. 184. Bienassise a Vergennes, 24 octubre. El comandante en Boulogne era el barón de Blaisel.

[36] A. E. Espagne. Vol. 618, fol. 265, 270, 11 y 12 noviembre.

[37] Ibíd., fol. 278. Vergennes a Crosne, 13 noviembre.

[38] Ibíd., fol. 285. Crosne a Vergennes, 14 noviembre.

[39] Ibíd., fol. 298. Minuta del 17 noviembre.

[40] Antepara, p. 46. Smith a Miranda, 26 marzo 1788.

[41] A Eustace, p. 8.

[42] Carta de Miranda a Pétion, del 26 octubre 1792, de la que tendré ocasión de volver a hablar. Montmorin, en esta época, no tenía nada que ver con la persecución de que era objeto Miranda, puesto que Vergennes ocupaba todavía el ministerio de asuntos extranjeros.

[43] La Fayette apenas habla de Miranda en sus Mémoires, IV, 342): «Este partido (de los Girondinos), dice, protegía particularmente a Miranda, cuyas amistades inglesas y opiniones personales fueron siempre equívocas».

[44] A. E. Espagne. Vol. 619, fol. 383.

[45] Ibíd. Vol. 619, fol. 411 y 430. Tolozan a Vergennes, 27 abril y 2 mayo 1786.

[46] He podido obtener una noticia sobre el conde Andreani, por la muy cortés mediación de S. E. M. Garbasso, ministro de Italia en Berna: se lo agradezco muy sinceramente. Por otra parte, el conde de Sormani, senador del reino de Italia y descendiente en línea materna del conde Andreani, me ha prometido amablemente hacer investigar en sus archivos de familia, si se encuentran cartas de Miranda o al menos alguna pieza en que se haga mención de él.

Giovanni Mario Andreani, nació en Milán, el 5 mayo 1760, murió allí el 11 enero 1831 y fue enterrado en Corenno, en el lago de Como; se había casado con Fulvia Visconti. Su hermano, el caballero Paolo, es conocido por haber tenido el atrevimiento de subir, en 1784, en un globo, en los alrededores de Moncuno, cerca de Monza. El apellido Andreani se extinguió en la persona del conde Giovanni Mario.

[47] F. O. 78/7. Turkey. Extracto.

[48] Véase Antepara, p. 245.

[49] *Archives du comte de Worontzoff*. Vol. XIV, 410. 1 marzo 1803 (traducción del ruso).

[50] Véase Waliszewski: *Le roman d'une Impératrice*, p. 141.

[51] Véase Segur: *Mémoires ou Souvenirs et Anecdotes*. Edición de 1825-1826). I, 461-462; III, 77, 79, 241-243.

[52] Premiers Lundis (Edición de 1874), I, 229.

[53] L'auteur inconnu, p. 124-125.

[54] Véase Waliszewski, p. 398.

[55]Serviez, p. 124. En este informe del conde de Cobentzel, del que hablaré más adelante, se dice que «entre una multitud de cosas, Miranda hablaba también de una revolución en América española».

[56] Waliszewski, p. 141.

[57] Gracias a la amabilidad de mis colegas L. L. E. E. M., el barón Di Pauli, ministro de Austria, el barón Altsrömer, ministro de Suecia, y el barón de Geer, secretario de la legación de este país en Berna, he tenido la buena fortuna de obtener copia de piezas muy interesantes concernientes a Miranda, depositadas en los archivos de Viena y Estocolmo: ruego a estos señores tengan la bondad de recibir aquí la expresión de mi amistoso agradecimiento.

[58] Sinceramente agradezco al gobierno de la República socialista federativa de los Soviets de Rusia de haber consentido, a petición mía, en remitirme una copia de estos documentos. El expediente que me ha enviado el señor Adoratsky, jefe de los archivos de Estado, ha sido constituido por los buenos servicios del señor Goloubtzoff, archivero de la sección de dichos archivos, y contiene, con piezas inéditas, algunos otros documentos publicados anteriormente en francés o en ruso en el *Recueil de la Societé historique russe* y en los *Archives du comte Woronzoff*.

[59] Viena. *Archivos del Estado:* Russie, 44 (Original en alemán).

[60] El caballero de Normandés, ministro de España «sufre, desde hace tres años, de una enfermedad nerviosa que aumenta continuamente los humores hemorroidales mantenidos por el excesivo rigor de los inviernos». (A. E. Russie. Vol. 123, fol. 159-160. Segur a Montmorin, 1 febrero 1788).

[61] Primer ministro de Catalina, «un simple empleado de Catalina, dócil para ejecutar las inspiraciones del pensamiento imperial». (Waliszewsky, p. 370.)

[62] El gran-duque Pablo, futuro zar.

[63] Informe de Cobentzel.

[64] Antepara, p. 41-42. El conde de Bezborodko al príncipe Galitzin, en Viena; al conde Woronzoff, en Londres; a Miranda, 22 abril 1787.

[65] Antepara, p. 247-248. La copia de esta respuesta depositada en los archivos rusos dice: «... la petición hecha en su carta de ayer fuese más adecuada y decente». Las fechas de la correspondencia sostenida entre Macanaz y Miranda son evidentemente erróneas: 14 y 15 julio, respectivamente. Creo habría que fechar la respuesta del coronel el 15 de julio.

[66] Moscou. Archivos del Estado ruso. Miranda a Bezborodko, 15 agosto.

[67] Antepara, p. 247.

[68] Por otra parte, incluso en Francia, durante la Revolución, se daba un título de nobleza a Miranda. ¿No le hace llamar Víctor Hugo por el heroico capitán de la *Claymore:* «el vizconde de Miranda?

[69] A. E. Russie. Vol. 121, fol. 191, Segur a Montmorin, 31 julio 1787.

[70] Informe de Cobentzel.

[71] *Recueil de la Societé historique russe.* Vol. 26, 286. Bezborodko a Potemkin, 28 julio (?) 1787. (Traducción del ruso.)

[72] Informe de Cobentzel.

[73] A Eustace, p. 6.

[74] A. E. Russie. Vol. 121, fol. 212. Segur a Montmorin, 8 agosto.

[75] Viena. Archivos del Estado. Russie, 43. Cobentzel a Kaunitz, 21 agosto.

[76] A. E. Russie. Vol. 121, fol. 281. Segur a Montmorin, 28 agosto.

[77] Moscou. Archivos del Estado ruso, 15-17 agosto.

[78] A. E. Russie. Carta citada más arriba.

[79] Carta del 31 agosto.

[80] A. E. Russie. Vol. 122, fol. 160. Segur a Montmorin, 18 octubre.

[81] Ibíd. Vol. 122, fol. 73.

[82] Véase A Eustace, p. 7.

[83] A. E. Russie. Vol. 122, fol. 160, 18 octubre.

[84] Moscou. Archivos del Estado ruso. Miranda a Bezborodko, 17 agosto. El recibo está fechado el 10 de agosto.

[85] *Recueil de la Societé historique russe.* Vol. 26, 286, 28 julio (?) 1787. (Traducción del ruso.)

[86] Ibíd. Zinovieff al conde de Ostermann, 8-9 noviembre 1787.

[87] Antepara, p. 46. Smith a Miranda, 26 marzo 1788.

[88] Recueil citado. Vol. 26, 401-402. Bezborodko a Woronzoff, 21 octubre 1787. Véase también una carta de Bezborodko a Potemkin (p. 287), 9 octubre. (Traducción del ruso.)

[89] Moscou. Archivos del Estado ruso. Razoumowsky a Bezborodko, 29 septiembre 1787. Carta autógrafa llevada por el príncipe Galitzin.

[90] Moscou. Archivos del Estado ruso. Carta citada más arriba.

[91] Moscou. Razoumowsky a Bezborodko, 29 octubre (autógrafa).

[92] Carta citada.

[93] Estocolmo. Archivos nacionales de Suecia. Minuta del presidente de la cancillería. 1787. Petersburg. Vienne, etc. Apostille royal, 7 octubre.

[94] Moscou. Archivos del Estado ruso. Razoumowsky a Bezborodko, 29 octubre.

[95] A. E. Suède. Vol. 279, fol. 319-327. Gaussin a Montmorin, 22 octubre 1787. (Original cifrado.)

[96] Ibíd. Suède. Vol. 279, fol. 390. Montmorin a Gaussin, 18 noviembre.

[97] Ibíd. Russie. Vol. 122, fol. 291. Montmorin a Segur, 4 diciembre.

[98] Ibíd. Russie. Vol. 123, fol. 111. Segur a Gaussin, 2 noviembre.

[99] Estocolmo. Archivos nacionales de Suecia. Humble apostille du baron de Nolcken, fechada en Petersburgo el 19 octubre.

[100] A. E. Russie. Vol. 123, fol. 146. Segur a Montmorin, 14 diciembre 1787.

[101] A. E. Russie. Vol. 123, fol. 126. Montmorin a Segur, 7 diciembre. (Original.)

[102] Viena. Archivos del Estado. Russie. Cobentzel a Kaunitz, 23 octubre.

[103] Estocolmo. Archivos nacionales de Suecia. El Rey al barón Sprengporten, 12 octubre.

[104] Moscou. Archivos del Estado ruso. Razoumowsky a Bezborodko, 29 octubre/10 noviembre.

[105] Ibíd. Miranda a Bezborodko, 28 septiembre. Razoumowsky a Bezborodko, 29 octubre/10 noviembre.

[106] *Archives du comte de Woronzoff.* Vol. IX, 178, 9-20 julio 1790. (Original en francés.)

[107] Estocolmo. Archivos nacionales de Suecia. Très humble apostille du baron Sprengporte, dirigida al Rey, 27 diciembre.

El barón de Krüdener había comenzado la carrera como agregado a la embajada rusa de Madrid. Casado con la señorita de Wietinghoff, en 1784, fue nombrado emba-

jador en Venecia, luego, en 1786, en Copenhague. Trabajó, en 1793, para que Dinamarca se declarase contra Francia, no obstante, sin lograrlo; enviado a Madrid con fin análogo, no tuvo más éxito. Nombrado embajador en Berlín, en 1800, murió el año siguiente. Es conocido, sobre todo, por haber sido el marido de su mujer.

[108] Ibíd. Sprengporten al rey Gustavo III, 6 enero.

[109] Cristián VII (1766-1808).

[110] Copenhague. Registro secreto de los archivos del Estado. 1788. I. Núm. 13. Carta del 5 enero.

Debo la comunicación de estas piezas de origen danés a la amable mediación de mi amigo, señor Andreas de Oldenburg, ministro de Dinamarca en Berna, quien, así como el señor Hoest, secretario de su legación, tendrá la bondad de hallar aquí la expresión de mi agradecimiento. Estas piezas, graciosamente reunidas por el señor Louis Bobé, eminente profesor de la Universidad de Copenhague, quien antes se interesó por la historia de Miranda, están escritas en alemán, lengua muy usada en esta época en los círculos oficiales y cultos de Dinamarca; el barón Louis de Knorring, antiguo ministro plenipotenciario del zar Nicolás II, muy amistosamente las ha traducido para mí.

[111] Ibíd. Carta autógrafa al kronprinz Federico, 12 junio 1806.

El rey Cristián, habiéndose vuelto neurasténico hasta el último extremo el príncipe heredero (rey de 1808 a 1830), había tomado el gobierno desde 1784.

[112] *Die Grafin Schimmelmann hat Ihn sehr bezatibert.* Véase H. Schultz: *Timoleon und Inmanuel. Dockumente einer Freundschaft,* p. 2617. Jens Beggesen al duque Federico-Cristián d'Agustenburg, 13 mayo 1795. Tendré ocasión de volver a hablar de esta carta interesante.

El ilustre poeta danés Beggesen, nacido en Korsör en 1764, muerto en Hamburgo en 1826, cuyas obras fueron en gran parte escritas en alemán, estaba relacionado con los poetas y escritores alemanes contemporáneos, Goethe, Schiller, Kant, Herder, de los que recibió influencia. Es uno de los espíritus más notables de su tiempo.

[113] Moscou. Archivos del Estado ruso, 12 febrero 1788.

[114] Ibíd. Miranda a Bezborodko, 26 enero.

[115] Ibíd. Carta citada.

[116] Copenhague. Registro secreto de los archivos del Estado. 1788. I. 95. Bernstorff a Goehler, 26 febrero, núm. 96; texto casi idéntico por Jessen, 29 febrero.

[117] Moscou. Archivos del Estado ruso. Miranda a Bezborodko, 3 junio; Kalitcheff a Bezborodko, 3 junio 1788.

[118] Véase Robertson, p. 85. Carta fechada en Londres, el 29 junio 1789. No he podido encontrar el empleo del tiempo de Miranda en el año que va de junio 1788 a junio 1789: ¿Pasó un año entero en La Haya? En todo caso, a pesar de la afirmación de Sayre, es inverosímil se haya aventurado a ir a París.

[119] Moscou. Archivos del Estado ruso. Woronzoff a Bezborodko, 23 junio.

El conde Simón de Woronzoff era uno de los hermanos de la favorita de Pedro II. «Hombre de honor y cumplidor de sus deberes», dice Waliszewski. Catalina le perdonó su afecto al zar destronado y le envió a Londres como embajador, en «destierro honorífico». Conservó este puesto hasta 1803.

[120] Ibíd. Woronzoff a Bezborodko, 5 agosto 1789.

[121] Moscou. Archivos del Estado ruso. Miranda a Potemkin, 10 julio 1789.

[122] El señor Goloubtzoff ha tenido la bondad de redactar, en mi obsequio, un resumen sumario de estas piezas, que constituyen un manuscrito de 224 páginas en folio, en lengua inglesa y comprenden doce copias de cartas y dos mapas representando los Dardanelos y el Bósforo. Las cartas del mariscal, escritas entre los años 1748 a 1756, están dirigidas a la Emperatriz Isabel y a Eduardo y John Drummond. Keith habla de la magnitud de Rusia y de su misión histórica que consiste en expulsar a los turcos de Europa; conquistar Besarabia y Constantinopla; abrirse un paso hacia el golfo Pérsico y hasta hacia el océano Indico.

John Drummond, hijo de Eduardo, escocés, era un antiguo leal del pretendiente Carlos-Eduardo, que había sido herido y hecho prisionero en la batalla de Gulloden y cuya familia había poseído antaño las tierras del conde de Perth confiscadas por el gobierno inglés. Sirvió sucesivamente a Francia y España, luego se hizo súbdito inglés y abandonó el servicio militar. El mariscal Keith le participó sus planes y proyectos en un momento en que Drummond tenía la intención de entrar en el ejército ruso. Estos documentos son los que habrían permanecido olvidados «sin los activos servicios del Coronel de Miranda». (Nota sobre Drummond, enviada por el conde de Woronzoff.)

[123] Moscou. Archivos del Estado ruso. Woronzoff a Miranda, 25 septiembre 1791.

[124] Ibíd. Miranda a Bezborodko, 29 septiembre.

[125] Ibíd. Woronzoff a Bezborodko, 29 septiembre.

[126] *Archives du comte Woronzoff.* Vol. IX, 483-5. 2-13 julio 1791. (Traducción del ruso.)

[127] Moscou. Archivos del Estado ruso. Drummond a la Zarina, 29 septiembre.

[128] Ibíd. Carta autógrafa de Miranda a «Su Majestad Imperial de todas las Rusias», 28 septiembre.

[129] *Recueil de la Societé historique ruse.* Vol. XXVI, 427. Carta del 11 octubre 1791.

[130] «El personaje es de carácter desconfiado y sólo el celo perseverante de Miranda por todo lo que cree puede ser agradable a Vuestra Majestad Imperial, ha podido obtener estos documentos del caballero Drummond.» (Woronzoff a la Zarina, 13 diciembre.)

[131] Moscou. Archivos del Estado ruso. Autógrafo. Dos cartas diferentes, una de Woronzoff (la del 13 diciembre, ya citada), otra del señor Novossiltzeff al embajador (Recueil. Vol. XXX, 293-295) dan también detalles sobre los documentos de Drummond.

Verdad es que la Zarina no parece haber hecho mucho caso de estos documentos. En junio 1792, escribía al margen de la traducción de cierta carta turca al rey de Inglaterra o al rey de Suecia, que la había enviado, de Bruxelas, Miguel Novikoff: «Estoy bien segura que esta carta es de la redacción del caballero Drummond, que ha redactado toda una correspondencia de la Emperatriz Isabel con el mariscal de Keith, en la que no hay una palabra de verdad. Hay que preguntar a Novikoff quién le ha dado esa carta». A Novikoff se la había dado un «cierto confidente» a quien acababa de ver en París. (Un «amigo de París»; «nuestro conducto» envía hacia esta época largos despachos cifrados, a Bruselas, Berlín, Petersburgo: la letra de este «amigo» no es la de Miranda y nada permite afirmar que esta correspondencia proceda de él.) El 22 de abril 1792, Drummond escribía a Catalina que había entregado al coronel (que se encontraba ya en Francia) y al embajador Woronzoff ciertos documentos suminis-

trados por un corresponsal de Constantinopla y concernientes a la intervención británica en la última guerra: ¿Miranda habrá entregado a Novikoff los nuevos envíos de John Drummond?

Por lo que se refiere a los documentos del mariscal Keith, el conde Alejandro Woronzoff, hermano del embajador, a quien, parece, se confió el cuidado de examinarlos, escribió a Zouboff que no creía en su autenticidad. En la última carta de Drummond a la Emperatriz, que acabo de citar, el inglés reclama todavía una respuesta a sus comunicaciones anteriores.

[132] Proceso de Miranda. Declaración del testigo Stone.

[133] John Turnbull desempeñará en la vida de Miranda un papel extremadamente importante. Estaba en relaciones con el gobierno francés y, el 10 de junio 1792, lord Gower of Sutherland, embajador de Inglaterra en París, escribirá a Dumouriez una carta cuya copia fue comunicada a Pétion, alcalde de la capital, en la que se decía «que en el otoño del año 1789, en el momento en que la capital, careciendo de pan, se veía todos los días amenazada por el hambre, la casa de comercio Turnbull, Forbes y Cía., de Londres, envió a París socorros considerables de trigo y harina, a petición de la municipalidad». Dos años después, esta casa reclamaba todavía a la ciudad de París un resto de cuenta de 7.000 libras esterlinas que se le debían de este principal. (A. E. Anglaterre. Vol. 581, fol. 151.)

[134] Hombre de extensos conocimientos, astrónomo, filósofo, ingeniero, matemático, inventor de un barco a vapor y de una máquina de planear, de una vela sin humo y de un puente de hierro, Paine había adherido sinceramente a los principios revolucionarios y creía en la posibilidad de una república universal y pacífica. Sus *Crisis* fueron llamamientos vibrantes al valor y confianza del pueblo americano, lanzados precisamente en el momento en que el ejército de los independientes estaba sumergido en la miseria y comenzaba a desesperar. Su *Siglo de la razón* inauguró en el mundo religioso inglés una polémica que todavía no ha terminado. Su carrera presenta cierta semejanza con la de Miranda: este inglés se va a América a luchar contra Inglaterra y es quemado en efigie en su patria como herético y rebelde. Miembro de la Convención nacional francesa, encarcelado durante el Terror, vigilado por la policía consular. En todo caso, los dos amigos tuvieron en Francia una mala suerte que les es común: a veces fueron despreciados o ignorados, siempre desconocidos por los historiadores de la Revolución.

A pesar de su divergencia de opiniones, acerca de la Revolución, Paine era amigo y admirador de Burke que, como él, había recibido dinero de Filadelfia para defender la causa americana. Hacia fines de su vida, quiso volver a América y atacó a los franceses, que, afirmaba, no podían comprender un gobierno libre. Se había dado a la bebida.

[135] Chatham Mss. Bun. núm. 168. Pownal a Pitt, 7 mayo, 6 agosto 1790.

[136] *Archives du comte de Woronzoff.* Vol. IX. 483, 2/13 julio 1791 (traducción).

[137] Castlereagh: *Correspondence.* Vol. VII, p. 412-413. Miranda a Pitt, 28 enero 1791; Chatham Mss. Bun. Núm. 345, Miranda a Pitt, 8 septiembre 1791.

[138] M. Marius André ha escrito «que en 1789, Pitt con el consejo de Miranda,» atrajo a Inglaterra a los jesuitas expulsados de América española. *(La fin de l'Empire espagnol d'Amérique,* p. 80). Ignoro en qué M. André puede fundar esta legación, pues no lo indica; pero es dudoso sea exacta, porque Miranda, hemos visto, no entró en relaciones con Pitt hasta 1790 y no le oímos nunca hablar de los jesuitas antes del comienzo del año siguiente.

[139] Un extracto de esta carta se halla en una nueva comunicación de Miranda a Pitt fechada el 8 septiembre 1791.

[140] Chatham Mss. Bun. Núm. 345. Miranda a Pitt, 8 septiembre 1791.

[141] Ibíd. Bun. Núm. 102. Pitt a Miranda, 12 septiembre 1791; Hist. Mss. Comm. Fortescue. Mss. Vol. II, 310. Pitt a Lord Grenville, 7 septiembre 1792.

[142] Thomas Paine, p. 254.

[143] Véase Robertson, p. 111.

[144] Chatham. Mss. Bun. Núm. 345. *Projet de Constitution pour les colonies hispanoamericaines.* (Original en francés.)

[145] Véase Albert Sorel: *L'Europe et la Révolution française,* 11, 95.

[146] *Archives du comte de Woronzoff.* Vol. XXX. Carta fechada en 1791 (?).

[147] A. N. F7. 7112. Expediente 7190. Certificado de Hélie de Combray, 23 germinal año IV (12 abril 1796).

[148] *La Chouanerie normande au temps de l'Empire.* Turnebut.

[149] Lenótre, p. 65.

[150] Pueden encontrarse otros informes sobre la familia Hélie de Combray, en la obra de M. Félix Clérembray: *La Terreur a Rouen.*

Deseo vivamente agradecer de un modo particular a M. Henri Labrose, director de la Biblioteca y los Archivos de la ciudad de Rouen, la amabilidad que ha tenido de procurarme indicaciones sobre los Hélie de Combray; le expreso el sentimiento de no poder darle, a pesar de mis investigaciones, otros informes que los que conoce acerca de la estancia del general Miranda en su noble ciudad.

[151] A. N. F7. Expediente 7190. Ibíd.; F7 6285. Expediente Miranda «detenido». Dos pasaportes.

[152] Véase Biggs: *The History of Don Francisco de Miranda's attempt to effect a Revolution in South-America,* p. 8-10. Becerra, 11, 348.

[153] Véase este retrato al frente del presente volumen.

[154] Véase este retrato colocado al frente de nuestra segunda parte: hermoso grabado de Caucher copiado del gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional, reproducido incompletamente por un artista inglés en el libro de Antepara.

[155] *Bolivar et l'Emancipation des colonies espagnoles,* p. 391.

[156] Véase Becerra, 1, 84.

[157] Loc. cit., pp. 27, 28, 105, 107.

[158] Loc. cit., pp. 64, 88.

PRIMERA PARTE

MIRANDA, GENERAL FRANCES

CAPITULO I

EL MEDIO POLITICO

La Revolución no surgió de repente de la revuelta popular y nacional, como Palas de la cabeza de Júpiter, armada con toda la serie de los "principios inmortales": Fue mediante una evolución, rápida, sí, pero no obstante gradual, que sus partidarios llegaron a formular las teorías y a determinar los actos que presenta el conjunto revolucionario. Los mismos conductores, cuando lograban provocar algún movimiento, no sabían hasta dónde les sería dado seguirle: iban, como dirá Chateaubriand de sí mismo, tan pronto guiando la opinión, tan pronto impulsados por ella, extraviando a la opinión o extraviándose con ella y cediéndole, muchas veces mal de su grado. La vida política de los revolucionarios está hecha de rectificaciones, de retoques justos, de contradicciones y de acomodamientos: cuando creyeron andar en terreno firme fue cuando precisamente, porque dejando de ser oportunistas, se convirtieron en utopistas. Si se comparan los comienzos y las aspiraciones del 89 con el paroxismo místico y a ultranza al que se

llegó en el 93, es posible darse cuenta exactamente de la distancia recorrida. Consideremos primero, por ejemplo, la idea de república: ¿quién era republicano en 1789? O bien la idea del sufragio universal: ¿quién lo quería en el 89? Harto ancho es el foso abierto entre la mentalidad política de la primavera de 1792 y la que había inspirado el romántico juramento de Juego de pelota, para que ambas épocas, tan próximas en el tiempo, se encuentren, en cierto modo, muy alejadas la una de la otra en la historia, por razón del carácter de los acontecimientos, más violentos cada vez, que se han sucedido entonces.

Así, pues, en la época en que nos encontramos todavía no se hablaba de república, y cada cual parecía querer intentar lealmente la experiencia de la monarquía constitucional, de acuerdo con el Rey convertido por las buenas o por las malas.

Albert Sorel observa que si la nación tenía entonces clara idea de las reformas civiles que deseaba, no manifestaba en materia política más que vagas aspiraciones y designios inconstantes. Pocos días antes del 10 de agosto, Vergniaud quiere aún el trono constitucional. El 26 de julio, en un discurso en la Asamblea legislativa, que pronto tratará de explicar, Brissot invoca la espada de la ley contra los hombres que trabajan para establecer la república sobre los despojos de la Constitución. Buzot, que contribuyó tanto como cualquier otro a la fundación del nuevo régimen, se hubiera contentado al principio con la monarquía y un cambio dinástico. Según él, la mayoría del pueblo francés suspiraba por la realeza y la Constitución de 1790: "Este pueblo no es republicano más que a fuerza de guillotina", escribirá desde su escondite de Saint-Emilión. Isnard dirá más tarde que la nación, considerada en masa, no estuvo nunca "viciada

de democracia". Salle proclamaba que se le "apuñalaría antes que hacerle consentir en que el gobierno pasase a manos de varios", y hablaba contra la abolición de la forma monárquica. Podría, desde luego, admitirse que Brissot y sus amigos eran republicanos por principio: son los futuros girondinos, dice Aulard, adoptando las ideas de Lanfrey, que sueñan con ser los Pericles de la ciudad libre, de la nación donde gobernaría la aristocracia del talento. Por el contrario, los futuros montañeses, aunque profesando algunos principios democráticos, permanecen adictos al régimen monárquico y hasta mucho más tarde no buscarán el establecimiento de un sistema que Mallet du Pan calificaba crudamente de democracia de la canalla deliberante. Delacroix expresa en una moción el respeto de la Asamblea legislativa por la Majestad Real, a la que Vergniaud quisiera suprimir los títulos. Collot d'Herbois publica un almanaque realista. Danton se inclina por "un rey revolucionario", y sólo constreñido por los acontecimientos se resuelve a preconizar la república. El gran tribuno es en el fondo un conservador, y vehementemente se sospecha de él que ha estado a sueldo de la corte y de Igualdad. Saint-Just no es todavía más que un demócrata bastante tibio, quien teme que la república no cueste un precio demasiado alto: este joven pedante, que se considera de la estofa de un hombre de Estado, escribe que la monarquía es la única forma de un gran gobierno, que sólo la monarquía gobierna. Sieyes, un orleanista que aún no es un oráculo, pero que trabaja para llegar a serlo, asegura que hay más libertad bajo una monarquía que en una república, y afecta un soberbio desdén hacia "los republicanos polícrates". Marat tiene un sistema propio: la dictadura por la matanza. Robespierre y Camilo

Desmoulins combaten la propaganda republicana y denuncian los propósitos subversivos de los brissotinos, a los cuales se acusa de amar demasiado a La Fayette, Washington eventual de Francia. El mismo La Fayette no fue jamás republicano, y Brissot le reprochará luego no ser más que un monárquico que ha pasado por Voltaire y por la guerra americana y que no ama la libertad sino como un eunuco ama a las mujeres. Robespierre arroja al suelo a los jacobinos el gorro frigio con que se le ha querido disfrazar y vitupera a la Asamblea por querer usurpar los poderes reales buscando que sean setecientos tiranos los que sustituyan a uno solo: una nación, piensa él, puede ser libre con un monarca; sólo fue cuando se instituyó pontífice del Altísimo, cuando vino a declarar que el Ser Supremo había, "desde el principio de los tiempos, decretado la república". Robespierre está preocupado por la cuestión social bastante más que por la de las formas de gobierno: "¿Es, pregunta, en las palabras de república o monarquía en donde reside la solución del gran problema social?" Desde luego, para un predicador como Robespierre el problema social es, sobre todo, un problema religioso.

A mediados del año se empezó a comprender que los hombres de la Revolución tendían a la república: tímida evolución que no llegó a su fin hasta septiembre. La mayoría de estos hombres votaron efectivamente por el nuevo régimen sin desearle y aun sin considerarle practicable:[1] es que, en el fondo, los guías jacobinos, de los que se ha elogiado la iniciativa a posteriori, no hacían más que aprovechar los hechos consumados, sin que se preocupasen de provocarlos. Brissot no se alzará contra la monarquía sino después de la caída del rey, y en esa

época otros más astutos se le habrán adelantado en el camino que lleva de la demagogia a la dictadura: otros se habrán servido contra la monarquía de ese terrible instrumento de destrucción que fue la Comunidad de París y plantearán la cuestión del poder en términos cuyo carácter no era posible definir entonces.

No existían en el instante del establecimiento de la república dos partidos claramente divididos por principios o por sentimientos. Había grupos, núcleos de facciones que disputaban sobre cuestiones de método y no por el fondo de los problemas. Así se distinguían ya los partidarios personales de Robespierre o de Danton, de los de Brissot o de Gensonné, considerados éstos como más republicanos que aquéllos; pero las denominaciones de girondinos y montañeses no enfrentaban todavía dos campos enemigos, pues la mayor parte de los girondinos se asentaba aún en la Montaña. Pretendíase que los brissotinos tendían al federalismo y sus adversarios eran acusados de preparar el advenimiento de un triunvirato tiránico. Brissot y sus amigos se oponían a la dictadura de la Comunidad: Robespierre y los suyos buscaban el modo de imponer el dominio de París a toda Francia, de centralizar el poder para asegurar la defensa nacional, de aplastar por el terror el partido contrarevolucionario. De ahí vino el nombre de federalistas, extendido sobre todo por Anacarsis Clootz y del que los montañeses se valieron para abrumar a sus rivales. Todo enemigo del despotismo comunista era un federalista; todo federalista, un "libelista infame, calumniador de París". Parece, a decir verdad, que algunos girondinos, Buzot entre otros, sustentaron calurosamente ideas propias para defender el federalismo, tal como el

municipalismo: desde septiembre de 1792 corría el rumor de que Francia sería dividida en cinco repúblicas federativas, habiendo formado Condorcet, Paine y Sieyes el plan del nuevo gobierno.

La división entre los neo-montañeses y los girondinos estalló después del 10 de agosto y se acentuó en los momentos del proceso del Rey, cuando Brissot se había convertido, sin embargo, en el más feroz de los enemigos de la corte y Vergniaud atacó personalmente en la tribuna a la Reina. París hará que triunfen los montañeses; el espíritu de París fomentará esa impopularidad de la Gironda que hizo posible la jornada del 2 de junio y aseguró la victoria de Danton y de Robespierre. Los departamentos responderán al golpe de fuerza del populacho parisiense con la gran insurrección que fue menester ahogar en sangre. Por un momento creyeron los girondinos que las antiguas provincias se sublevaban en favor de ellos, pero pronto se dieron cuenta de que la revuelta era realista, anti-republicana, y de hecho impotente. Muchos normandos, escribe Louvet, se manifestaron favorables a los girondinos porque los creían realistas: ese fue, aproximadamente, el carácter general de aquella insurrección. La colisión, voluntaria o no, de los girondinos con los realistas precipitó el descrédito de su facción y agrupó alrededor de los vencedores todas las fuerzas revolucionarias.

Cierto es que nunca hubo un partido de la Gironda, en el sentido que ordinariamente se emplea la palabra partido: los girondinos fueron corifeos aislados que probaban a canalizar el movimiento revolucionario a su manera y que se encontraron suplantados por otros políticos cuyas ideas no eran más avanzadas que las suyas, pero que habiendo sabido, más hábilmente,

aprovecharse de las circunstancias para llegar a la tiranía, no hicieron realmente sino "ganarles en rapidez". La ambición personal jugó entonces un papel infinitamente más importante que los elementos de orden puramente filosófico o político. Madama Roland ha dicho que hubo de ser por la "aristocracia" de su talento por lo que los bordeleses, desde la Legislativa, se crearon enemigos. Planteóse, por decirlo así, entre unos y otros, una cuestión de bien parecer: "Es un crimen, exclama Buzot, vivir con cierta holgura y poner una especie de decencia en sus modales y en sus gustos". Bailleul, que no pertenecía a su facción, pero fue su amigo, decía que los girondinos eran jacobinos bien educados. Hua les trata de facciosos moderados y Mallet du Pan de carniceros decentes. La verdad, en suma, es que los girondinos, que fueron tan violentos, tan demagogos como sus adversarios, al perder el contacto con la plebe de la capital, que habían parecido despreciar al cesar de adularla, se hicieron rápidamente impopulares: y la impopularidad es un crimen de aristócratas.

No se podría concebir un agrupamiento más dispar que el formado por esos célebres conductores a quienes los jacobinos llamaban por ironía "los hombres de Estado", y a los que Andres Chenier denominaba "los decenviros": Levasseur de la Sarthe, aun admirando su verbosa facundia, "que uno está acostumbrado a llamar talento", juzgaba que había algo en ellos como para sonreir piadosamente; Danton no podía resolverse a considerarlos peligrosos. Esos hombres no tenían tampoco entre ellos los mismos principios sobre las cuestiones más importantes: "la única vez, dirá Gensonné, en la que he sido de idén-

tica opinión que mis colegas ha sido en el llamamiento al pueblo en el juicio del ex-rey".

Sus diversos periódicos estaban muy a menudo en desacuerdo y carecían por completo de unidad de inspiración. Antes del 10 de agosto, mientras que Barbaroux y Rebecqui excitaban al motín, Guadet y Vergniaud intentaban salvar al Rey haciéndole llegar consejos por medio del pintor Boze. No estaban menos divididos en lo referente a la religión: al lado de Brissot, de Vergniaud, de Isnard, sencillos deístas, y de Guadet y de Louvet, ateos, vemos a Fauchet, católico; Lanthenas quiere desembarazarse absolutamente de los sacerdotes, y Bancal pide que se les prohiba enseñar en las escuelas "ningún conocimiento que tenga relación con la otra vida"; pero muchos de ellos se han confesado antes de subir al cadalso.

Hombres brillantes, cuya seducción, locuacidad inagotable y cándida fe en la omnipotencia de las ideas, habían impresionado y encantado el espíritu germánico de Reinhart, en el coche que, desde las orillas del Gironda, les conducía a París, donde les esperaban la gloria y la guillotina, les faltaban un jefe y un programa. A Madama de Staël, que probó a razonarles, sólo respondieron por "algunas máximas comunes, expresadas con elocuencia". Madama Roland deplora ingenuamente que estos fraseólogos no entiendan nada de guiar a los hombres y se produzcan en pura pérdida de la ciencia y del espíritu. La leyenda ha hecho brillar como una aureola de prudente moderación sobre la figura de los diputados girondinos y ha arrojado sobre la Montaña la responsabilidad de todos los excesos, de todos los crímenes con los que se ha deshonrado la Revolución; ha supuesto en el corazón de Brissot y de sus amigos la llama de un

idealismo heroico y sublime, extinguida en la atroz querella: nada, sin embargo, más lejos de la verdad. Carlos Nodier, Lamartine, Thiers, Michelet y tras ellos la multitud, han desnaturalizado los hechos: los hombres de la Revolución, sea cual fuere la facción a que hayan pertenecido, comparten las mismas responsabilidades en lo que concierne a los desmanes realizados después del 10 de agosto. En lo que a esto se refiere, tanto son los girondinos como los montañeses.

Entre los girondinos, a los que son tenidos por tales, debemos retener tres nombres que aparecerán frecuentemente en el transcurso de este libro: los de Lanjuinais, de Petion y de Brissot.

Lanjuinais, antiguo abogado y profesor de derecho canónico en Rennes, del cual se ha querido hacer un girondino, se ha proclamado ajeno a los partidos y a las facciones: ha defendido con energía convicciones que le eran personales, sin adscribirse a ningún grupo; la Gironda no ha dejado de explotar a beneficio suyo en la leyenda las valerosas intervenciones del diputado bretón. Protestó contra la condena de Luis XVI, como debía protestar contra la elevación de Bonaparte: Napoleón acabó, sin embargo, por domesticarle y le hizo conde. Lanjuinais era un carácter heroico, un católico sincero, al contrario que la mayor parte de sus amigos, acusados de ateísmo o de impiedad por el místico y religioso Robespierre; hombre de bien, a más no poder, pero de espíritu estrecho, arrebatado y desconfiado. Pétion, amigo íntimo de Robespierre, no rompió del todo con él hasta abril de 1793, cuando se abrían las hostilidades decisivas entre las dos facciones. Este presumido, ídolo efímero de París, se había jactado al regreso de Varennes, de haber podido, en la carroza real, despertar tiernos sentimientos en la hermana del

Rey. Taine se indigna de ello: "¡Grosero, desastrado!", le increpa. Consagrado como hombre virtuoso por sus amigos y ocupándose mucho de él "El Centinela" de Louvet, Robespierre pretendía que se hacía "pasquinear" su virtud. Alcalde de la capital, su papel fue turbio el 10 de agosto, dejó fríamente que se llevaran a cabo las matanzas de septiembre y pegó en las paredes una infame proclama en la que se atrevía a excusarlas. Su política consistía en no salirles al paso a los locos y furiosos, pues, decía, son ellos y no las personas razonables quienes hacen las revoluciones. Confesó a Talleyrand que no quería que le ahorcaran por hacer que triunfase la razón. Los electores parisienses le dejaron en la calle y se adhirió a la facción enemiga de la Comunidad: su falta de prudencia en esto hará que le devoren los lobos.

Brissot es un espíritu muy cultivado, muy vasto, aunque superficial y sin altura, y teniendo acerca de la solidaridad de los pueblos un sentimiento que sirve de base a su política. Sus enemigos le han dado fama inmerecida de doblez y de falta de probidad: es el más instruido de los bribones, se leía en la prensa realista; el pueblo decía "brisotear" por picardear, y una caricatura presentaba a Luis XVI preguntando a sus ministros girondinos durante el consejo: "¿Quién de V. V. me ha brisoteado mi tabaquera?" Garat hacía notar que este publicista buscaba ideas en los libros y en las lenguas, más que en su espíritu. Se arrebataba frecuentemente, escribe el sutil memorialista, con esas disputas en las que al principio no se trata más que de alguna doctrina, pero luego sólo es cuestión de algunas personas. Hennin, el antiguo primer comisionado de Vergennes, expulsado del departamento de asuntos extranjeros por Dumouriez, había

dicho: Brissot se cree un gran político porque hace gacetas; y para Taine, Brissot no es más que eso, un gacetero malhechor.

La realidad vale más que esas apreciaciones excesivas. Políglota, jurista, filósofo, publicista, historiador, periodista, todo a la vez, Brissot poseía mucha erudición y una memoria prodigiosa. Formuló la teoría política de la Gironda: se le ha llamado el cerebro del partido. Por él, las ideas americanas e inglesas se inocularon en Francia y se impusieron en el movimiento, ahogando, por decirlo así, las ideas puramente francesas del 89 e imprimiendo a la Revolución su carácter teórico definitivo. Contra Brissot, Robespierre provocará una violenta reacción, inspirada en la doctrina ginebrina, tan extraña en Francia como la doctrina anglo-sajona. En el fondo, el republicanismo democrático de Brissot y el odio que alimentaba contra los aristócratas, se basaban en el caso personal de que no se consolaba de haber nacido hijo de un chalán. Siguiendo la moda de la época se había adornado con un sobrenombre con partícula, que anglicanizó estrambóticamente. Diez años antes de la Revolución profesaba la doctrina de que la propiedad es un robo, de lo que concluía la legitimidad del robo como si fuese de derecho natural; pero al mismo tiempo hacía la apología de la monarquía y fustigaba el regicidio como un crimen abominable. Este apóstol de la libertad no siente escrúpulo para aplaudir en su periódico la proscripción de los periodistas aristócratas, la prohibición de hojas que hicieran competencia a la suya; este apóstol del derecho de los pueblos no teme justificar, en un informe célebre, todas las violencias cometidas contra la independencia de la República de Ginebra, y declara que las tropas francesas tienen derecho a pasar por doquier, siempre que convenga al

interés de Francia. Gran preconizador de principios, favorece, no obstante, con todo su poder a su clientela: "todo para los amigos", decía a Madama Roland. En la febril actividad que le devora, según su propia confesión, no tiene tiempo para madurar sus ideas, para cuidar su estilo; publica sin parar y en su enorme producción hay gran cantidad de cosas perfectamente inútiles. lo cual es el primero en criticar, aconsejando a sus hijos que sean hombres reflexivos, que sepan poco, pero que lo sepan bien. Declara, en definitiva, que la política no es para él más que un estudio secundario: son sus principios filosóficos los que han hecho de él un revolucionario.

Singular paradoja: Brissot, jefe de los brisotinos, este hombre, nacido, según Madame Roland, para vivir con discretos y ser el engaño de los malos, fue, al decir de sus propios amigos, el menos brisotino de todos ellos. "¡Yo, jefe de partido!...", escribirá en sus Memorias. Es, dice Dareste, el jefe nominal de un partido que no dirigirá jamás. A fin de cuentas, cabe notar que su mérito real hizo de él, por su acción en la tribuna y en el Comité diplomático, el verdadero ministro de asuntos extranjeros de la Revolución, después que Mirabeau y antes que Danton. Igualmente formó parte de esa Comisión extraordinaria que desde junio a octubre de 1792 gobernó a Francia.

Con Petion y con Brissot, que figuraban entre los hombres conocidos por profesar ideas más avanzadas, fue con quienes Miranda debía ligarse particularmente al llegar a Francia. Tenía de común con Brissot una preferencia marcada por la forma de gobierno inglés y por todo lo que venía de Inglaterra. Amigos ingleses de Miranda, Priestley entre otros, conocieron también al publicista en Londres, hacia 1784, y en su compañía estudió

cuestiones que le preocuparon en lo sucesivo, siendo, sin duda, la más importante la de los negros. Trajo de Londres su aforismo: "No hay nobleza de piel". Además, Brissot se había hecho notar por sus opiniones sobre las colonias, cuando nadie se interesaba por ellas en Francia.

Pesada era la atmósfera política en medio de la cual iba a encontrarse el venezolano, llegado a Paris el 6 de marzo de 1792 e instalado en casa del ciudadano Tissot, comerciante en el Palais-Royal, número 99.[2] Miranda parece ser un republicano, en el sentido kantiano de la palabra, sin que haya concedido una importancia capital a la denominación y al carácter oficial de los instrumentos del poder público: pruébanlo sus proyectos constitucionales para América española. Penetróse bien de la monarquía inglesa; por otra parte, impregnado de los recuerdos de Roma, hizo de Sieyes antes que Sieyes, y más tarde la Constitución del año VIII no debió desagradarle demasiado. En el curso de la presente obra trataré de fijar su verdadero pensamiento político: por el momento me basta observar que la política interior de Francia no tuvo primeramente más interés para él que en la medida en que evolucionaría respecto a las ideas y los hechos, en un sentido favorable al buen éxito del proyecto que le llevaba a París: obtener de Francia la ayuda necesaria para liberar a América de la dominación española. Esto hay que retenerlo esencialmente: Miranda es republicano y revolucionario en Francia porque cree que una Francia republicana y revolucionaria, capaz de propagar el incendio en el mundo entero, vendrá a ser la aliada natural de quien quiera que pueda sublevar las colonias españolas contra la madre patria. Luego, a favor de las circunstancias, olvidando un tanto su con-

dición de extranjero, llegará a imaginar que podría desempeñar en Francia un papel de primer plano, militar y político, hasta el punto de que parece no haber temido, incluso, poner sus ojos en el poder supremo. Una honradez profunda y un odio no menos profundo a la tiranía, así como la orientación tomada en definitiva por el gobierno francés frente a España, impedirán a este político oportunista, hábil y sensato, explotar en provecho de su designio primordial, una situación equívoca y que parecía ofrecer un campo de acción tan favorable a sus prodigiosas facultades de conspirador: su habilidad le servirá, cuando más, y esto por otra parte parecerá enorme, para salvar su cabeza. En la espera, llega a ser amigo de los que pronto serán los girondinos y se asocia a su acción política. Les aportaba sus ideas inglesas, la ponderación de su juicio, el fruto de sus estudios y viajes.

Pero Miranda entonces se pone la etiqueta de jacobino y extremista y esto no sólo por razones de orden constitucional que ya enunciaba en Londres y que le hacían encontrar monstruosas las instituciones de 1791, sino tal vez también porque siendo de humor vengativo no olvidaba que era en nombre del Rey como Vergennes lanzó antaño a sus alcances la policía francesa para complacer al primo de Madrid. Así, para venir a París esperó a que el poder real cayese tan bajo que no hubiese nada que temer.[3] La estancia de observación en Rouen se explicaría de este modo por el temor de ser aprehendido y entregado a los españoles, como el retraso que pondrá en entrar en el ejército, se explicaría en parte que por el hecho de que con motivo de su situación respecto a España no hubiera tenido oportunidad de ser admitido por la corte de Francia, por muy debilitada que

estuviese. Tuvo todavía otras razones, y éstas confesadas por él, para "ligarse con los más calurosos patriotas". Veinte años después, en Caracas, el general Serviez estaba impresionado por la energía con la cual Miranda fustigaba con el nombre de traidores a todos sin excepción los "que habían abandonado por miedo, por cálculo, acaso también con motivo, las banderas de Francia": sin duda se refería a La Fayette; pero al mismo tiempo, ¡cuántas decepciones no experimentó del lado de sus amigos de 1792! Al recordarles trataba de justificarse diciendo que "si adoptó los principios de los hombres de quienes reconocía más tarde la peligrosa exageración, era porque le parecieron de la mejor fe en su culto a la libertad".[4]

Los girondinos se reunían tres veces a la semana en casa de Vergniaud, en la plaza Vendôme, o en casa de Valazé, calle de Orleans. Julia Talma, en su casa de la calle Chantereine, vio un día sus efusiones con Dumouriez victorioso, entre una romanza de Garat y un trozo de música tocado por la señorita Candeille, en medio de sabios y poetas destacados: varias veces se ha hecho el relato de esta velada célebre. Todos los girondinos, y otros que no lo eran, se precitaban a la cita donde el ingenio y la amable acogida de la señora de la casa borraban las huellas que veinte años de galantería habían dejado en su rostro. "El Amigo del pueblo" llamaba a este salón elegante, un hogar de contra-revolución, el sitio de reunión de todos los partidarios de la facción federativa, el templo en que el hijo de Talía festejaba a un hijo de Marte. Denunciaba a los oficiales que allí iban a hacer su corte a Dumouriez, a las cortesanas que rodeaban la joven gloria de Talma vestido de histrión. Edmundo Genet cuenta que fue invitado, en octubre de 1792, a pasar

una velada en el hotel de Dumouriez, en París: Danton, Brissot, Vergniaud, Louvet, Valence y Miranda estaban allí; también Talma y las actrices del teatro Francés. Como la fiesta degenerase en orgía, Genet, escandalizado, tomó el partido de retirarse; cuando estaba en la puerta llamando a su coche, vio a Miranda y Valence que salían al mismo tiempo que él y a quienes ofreció sitio en aquél. Los generales aceptaron "felicitándole por la prudencia que había demostrado al separarse de esa indecente compañía".[5]

Cierto es que Miranda, antes de marchar al ejército, figuró en esos conciliábulos y esas fiestas, donde, naturalmente, se hablaba de política, puesto que hubo entrado en la intimidad del grupo girondino desde los primeros días de su llegada a París. Fue introducido en los medios políticos, literarios y sociales, probablemente mediante una carta de Bentham, por Garran-Coulon, ese jurista que un año antes propuso invitar a los ciudadanos y aun a los extranjeros, a comunicar a la Legislativa sus miras sobre un código de leyes, digno del pueblo francés y de las luces del siglo.[6] El venezolano vio a los ministros en casa de Petion, calle del Faubourg St. Honoré, donde comían juntos muy a menudo; acaso asistió también a esas comidas de Garat, donde, en julio de 1792, "los patriotas se concertaban mientras que en otras cenas conspiraban los tiranos y los esclavos",[7] así como a los lunes y viernes de Madama Roland. Desde luego, frecuentó el "hogar de la República", lugar de cita político-literario de los extranjeros notables, en el que triunfaban la espiritual finura y la virginal belleza de la marquesa de Condorcet: allí encontró, entre otros, a su viejo amigo Thomas Paine, a Mackintosh, al doctor Cabanis y algunos de los ideólogos.

En la calle Helvetius abríase, acogedor y heteróclito, el salón de la poetisa Elena María Williams: al té del domingo por la noche iban a hablar de literatura y de política Brissot, Vergniaud, los Chenier, Cambaceres, Chamfort, Bernardino de Saint-Pierre, Manon Roland, Lassource, Barere, Rabaut-Saint-Etienne, Carnot. Por allí apareció Miranda y la inglesa, que se tomaba "algún interés" por su carácter entusiasta y sus aventuras novelescas y que "gustaba mucho de la elocuencia de su conversación", le presentó, por mediación de Madama Roland, al general Servan, entonces ministro de la guerra.[8] Miss Williams era amable y espiritual: enloquecía por la Revolución y decía frases que se dio el caso de que Chamfort se las apropiara para hacer canciones. El general barón Thiebault cita una de ellas, que en seguida fue formulada por Cambon: "guerra a los castillos, paz a las cabañas".[9] Sus libros hacían ruido y sus poemas la habían dado celebridad en Inglaterra: lord Bulwer Lytton llevó a la escena una de sus novelas. En París, se relacionó desde los primeros momentos con los hombres más destacados del movimiento revolucionario: Bancal des Issarts pidió su mano y le prometió votar contra la muerte del Rey; adoraba a Mirabeau y se gastaba en discursos sobre la libertad. Miss Williams permanecerá fiel al recuerdo de los girondinos y odiará de todo corazón a Robespierre y a los montañeses.

Cabe suponer que Miranda debió de inscribirse, sea en el Club de la Reunión, fuese en el Comité Valazé; pero nada sabemos positivamente, ya que las sesiones de esos círculos eran secretas y, por lo tanto, no existen listas de miembros ni actas de las deliberaciones. Lo mismo pasará más tarde con el Club de Clichy.

NOTAS

[1] Mallet du Pan: *Considerations*, 11, 124.

[2] A. N. F7 7112. Expediente 7190.

[3] Réponse a Eustace, p. 8.

[4] L'Auteur inconnu, p. 128-129.

[5] Mémoire de Genet, publicada por Comway: Thomas Paine, p. 141. En lo que concierne a Miranda, Genet comete evidentemente un error; fue solamente al regreso de Dumouriez al ejército, a fines de octubre, cuando Miranda vino a su vez a París. Los dos generales, pues, no pudieron encontrarse en la capital en aquel momento. Véase la carta de Miranda a Pétion, fechada el 26 de octubre, en Valenciennes, y la de Dumouriez a Miranda, fechada el 28, en Onain.

[6] Véase Albert Mathiez: *La Révolution et les Etrangers*, p. 71.

[7] Garat: *Mémoires*, p. 108.

[8] Héléna-Maria Williams: *Souvenirs de la Révolution française*, p. 97-98.

[9] *Mémoires*, 1, p. 132.

CAPITULO II

MIRANDA EN EL EJERCITO

El conflicto con Europa no era absolutamente inevitable. No es verdad que los reyes se coaligaran espontáneamente para ahogar la Revolución y la libertad: es la Convención la que declaró la guerra a Austria, a Prusia, a Inglaterra, a Holanda, a España. Los culpables fueron, sobre todo, los hombres de la Gironda, por su insensata política de propaganda y su vanidosa ligereza.

El ejército francés que iba a hacer frente a Europa hallábase lejos de encontrarse en buen estado. Al lado de las tropas de línea, encuadradas por los viejos oficiales de la monarquía, había voluntarios que elegían ellos mismos sus oficiales y podían abandonar el servicio después de cada campaña; más de una vez tendremos que hablar de ellos.

En cuanto a los generales, Rochambeau, La Fayette, no más que Lückner o Biron, carecían de las cualidades requeridas para mandar en jefe; eran incapaces de concebir un plan de ofensiva de alguna envergadura y de ejecutarle prontamente. La

Fayette, dirá maliciosamente el señor de Talleyrand, "estaba más acá de la línea en que uno es reputado como hombre de ingenio". Temía a los generales prusianos y se asombraba de ver declarar la guerra sin que hubiese sido preparada. Lückner, a quien Madama Roland llamaba un medio-embrutecido, era un bávaro valeroso y borracho, a quien el fin de la guerra no presagiaba nada bueno. Biron tenía ingenio y bravura, pero no poseía talento militar.

Por otro lado, la mayor parte de los jefes enemigos, como los austríacos Hohenlohe-Kirchberg y Clerfayt, el mismo Coburgo, eran gentes tímidas, imbuidos de pretendidos principios que con frecuencia no sirven más que para enmascarar la incapacidad. Clerfayt era buen soldado y mal general; Coburgo necesitaba siempre un mentor; el coronel Mack, que gozaba de gran reputación, brillaba más por la pluma que por la espada.

El duque de Brunswick se había distinguido bajo Federico el Grande: perderá su fama en las guerras de la Revolución. El firmante forzado del "Manifiesto", representado generalmente como un tirano feroz, enemigo de la libertad francesa, era más bien, al contrario, una especie de francófilo barnizado de filosofía, un débil de espíritu extraviado en el iluminismo, un liberal de primera prueba, que coqueteaba vagamente con las novedades revolucionarias. Sus fracasos militares obedecerán a estas disposiciones tanto como a la debilidad de su carácter y a la política vacilante del rey de Prusia.

Sabido es cómo fallaron las dos primeras ofensivas francesas hacia el Norte, de las cuales la segunda, sobre todo, ha sido calificada por Jomini de monstruosidad estratégica.[1]

En junio, Luis XVI aprovechó la rivalidad de sus ministros para deshacerse de los girondinos con ocasión de una áspera disputa entre Servan y Dumouriez, relativa al asunto de los federados. Servan se fue al encuentro de Madama Roland y le dirigió este discurso heroico: "Señora, tengo el honor de haber sido despedido". Dumouriez tomó entonces la cartera de Guerra, que no conservó más que algunos días; pronto fue a servir en el ejército del Norte, en el campo de Maulde, en calidad de teniente general.

Sobreviene el 10 de agosto. Danton, ayudado por algunos brisotinos, abate la realeza, que otros brisotinos, Vergniaud, Guadet, Gensonné, espantados, hubieran querido conservar. Se ha pretendido que Danton, en suma, no hizo más que aprovecharse del motín desencadenado por un grupo de comparsas; lo cierto es que el orador fue visto, después del tumulto, marchar, armado con un gran sable, a la cabeza de esos marselleses, de los cuales muchos no eran ni franceses. La Asamblea decreta la suspensión del Rey, confía el poder a los ministros y convoca una Convención nacional: Roland, ministro del Interior; el ginebrino Claviere, ministro de Hacienda; Servan, ministro de la Guerra; Danton, Ministro de Justicia, y Lebrun, ministro de Asuntos Extranjeros, forman el Consejo ejecutivo provisional; Roland firmará circulares escritas por su mujer; Lebrun romperá con Europa, Danton y Servan proveerán a la defensa nacional. El ministro de la Guerra era un hombre íntegro, leal y sinceramente consagrado al servicio del país, con mucho buen sentido y cuya actividad puso a las armas francesas en estado de resistir.[2] Había hecho célebre su nombre criticando la organización del ejército real, "los vicios y la incapacidad" de los

oficiales. Considerando el sistema de los ejércitos permanentes como un mal necesario, preconizaba la institución del servicio obligatorio para todos los ciudadanos de dieciocho a cuarenta años y con una duración de ocho años; su obra, a este respecto, merece un particular interés y nos le presenta como uno de los mejores escritores militares de su tiempo. Por debilidad de carácter nombró para empleos subalternos bastante gente mala que le impuso Danton, temiendo que el terrible tribuno le hiciese "farolear" por su banda de granujas. Dumouriez fue nombrado comandante en jefe del ejército del Norte; Arturo Dillon reemplazó a La Fayette, que había abandonado sus tropas y se pasó a los austríacos después de enviar a la Asamblea una hermosa carta que no era suya. Kellermann ocupó el puesto de Lückner en el ejército del Centro.

Era Dumouriez de inteligencia vivísima y gran actividad; bravo, hábil, poseedor en el más alto grado del arte de seducir a los hombres y deslumbrarles; sabía inspirar grandes entusiasmos. Ligero, versátil, falso, cauteloso, muy sentimental, a pesar de su afectación de un realismo cínico; pillastre espiritual, osado caballero, dice Madama Roland; filibustero, según Miranda; bola de salitre, según Mallet du Pan. Era buen diplomático y buen general, aunque a veces exagerase de buena gana sus capacidades militares, de las cuales la principal era una audacia que ha sido elogiada por Napoleón. Barras pretenderá sin razón que organizó la revolución de la guerra lo mismo que había organizado la guerra de la Revolución. Los escrúpulos le son extraños; hace pagar por su amante la pensión que debe a su esposa abandonada. La Fayette le desprecia; Brissot escribe que ha deshon-

rado la Revolución. Hubiera podido ser un gran hombre: no fue más que un tránsfuga.

Kellermann unía al valor más grande una rara ignorancia y un carácter puntilloso y difícil. Pensara de ello lo que quisiere Carnot, quien no temiéndole intentó más tarde levantarle contra Bonaparte, era testarudo, lleno de vanidad, de confianza en sí mismo, un pesado alemán de juicio lento y casi siempre falso, lo cual le hizo incurrir en frecuentes errores militares. Decían que era un viejo residuo del antiguo régimen, y Custine, que no mascullaba las palabras, le trataba francamente de imbécil. Se creía, como desde Italia lo escribirá Bonaparte, el primer general de Europa: era, en realidad, hábil para añadir a los propios laureles los ajenos, y sabía pilotear entre los escollos de la política para coger el viento favorable. Morirá duque y par.

Los tres ejércitos que debían cooperar a un plan general de operaciones dependían del ministro de la Guerra, quien continuaba prescribiendo los movimientos.

El ejército prusiano, con una marcha vacilante, había franqueado la frontera por Redange el 19 de agosto, y acampaba en Tiercelet, donde Clerfayt se le reunió con sus austríacos. Los de Hesse llegaron a Niederdouven y el ejército de los príncipes a Bredimus. Después de haber sufrido el choque de las vanguardias enemigas, Despres-Crassier abandonó Fontoy.[3] Longwy, la puerta de Francia, cayó, y Lückner, a quien se había relegado a las funciones mal definidas de generalísimo, retrocedió precipitadamente, abandonando plazas y líneas de defensa.

Brunswick podía lanzarse con lo mejor de sus tropas sobre el ejército francés de Sedán o bien tomar los desfiladeros del

Argona y marchar rápidamente sobre la capital por Chalons y el Marne. Nada hizo, y prefirió detenerse en Longwy para establecer depósitos y esperar los refuerzos austríacos: perdió seis días preciosos. Hasta el 30 de agosto, Verdun no fue atacado y bombardeado; si sucumbía la fortaleza, el camino de París quedaba abierto a la invasión.

Como, precedentemente, Dumouriez quería trasladarse a Bélgica, teniendo a Bruselas como objetivo inmediato, el ministro Servan optaba por operar en Argona y fue su opinión la que prevaleció, teniendo en cuenta las iniciativas del enemigo. Mientras que los prusianos atacaban Verdún, los austríacos avanzaban hacia Stenay, Arturo Dillon retrocedió sobre Monzón y el enemigo pasó el Mosa; por fortuna, no ocupó el Prado Grande. Era menester a todo precio cubrir la ruta de Chalons amenazada: el Consejo ejecutivo decidió la concentración en el Argona y ordenó a Kellermann que pasase allí con el ejército de Metz. En toda Francia, los voluntarios acudían a las banderas y un estremecimiento de entusiasmo sacudía el país.

Un consejo de guerra, celebrado en Sedán, se pronunció por la retirada a Chalons o a Reims, con el fin de apoyarse en el Marne; Dumouriez no se rindió a la opinión de sus generales y marchó hacia los desfiladeros, resuelto a detener al enemigo. "Verdún ha sido tomado, escribe a Servan; espero a los prusianos. El campo del Prado Grande y el de las Isletas son las Termópilas de Francia, pero yo seré más afortunado que Leónidas." Desde luego, por una de esas aberraciones que estropeaban las mejores concepciones de este general, descuidó guarnecer bien los puestos del Roble-Populoso y de la Cruz de los Bosques y extendió desmesuradamente sus líneas. Llamó a él a Beur-

nonville y Duval, con las tropas de Maulde y de Puente del Sambre, así como a Kellermann que vendrá a reunírsele por Ligny y Bar.[4]

El mismo Dumouriez nos ha descrito en sus "Memorias" esta selva del Argona, donde se proponía hacer frente a la invasión: cortado por montañas, ríos y marismas que la hacen impenetrable a un ejército que marcha en cuerpo, el bosque abría por cinco claros los caminos que conducen de la Champaña a los Obispados.[5]

La vanguardia del ejército estaba mandada por Arturo Dillon, quien tenía bajo sus órdenes a La Marche, Miaczynski y Money y disponía de la compañía franca de los Ransonnetes, de dos regimientos de línea, de dos batallones de cazadores y de cuatro escuadrones de húsares y de cazadores de caballería. El cuerpo del ejército, formado por dos divisiones, estaba mandado: la división de la derecha por Diethman, Stettenhoffen y Stengel, pasada en seguida bajo el mando de Le Veneur; la de la izquierda, por Chazot y Maltzan, reemplazados poco después por Miranda. Esta división de la izquierda estaba compuesta por los 29, 71, 98 y 99 batallones. Vouillers era el jefe del estado mayor general y el teniente general D'Hangest mandaba la artillería.[6]

El campamento de Dumouriez estaba situado en las alturas que se elevan en anfiteatro entre el Aisne y el Aire, apoyándose la izquierda en Prado Grande y la derecha en Marq.[7] La vanguardia se estableció delante del Aire, en semicírculo, que iba de Saint-Jouvin al Morthomme, por Berpelle y Bessieu. Stengel estaba en Saint-Jouvin; Duval, en Marq; el cuerpo que fue confiado a Miranda algunos días más tarde estaba en el Morthomme, en la altura que domina la llanura, tocando la selva.

El general en jefe pensaba, erradamente, que su campamento podría resistir todos los ataques del enemigo, y en caso de que esos ataques llegasen a ser irresistibles, contaba con poderse retirar a una segunda posición atrás, en las alturas de Autry.

En el intervalo, Dillon ocupaba la Chalade y las Isletas, teniendo su cuartel general en la Granja de los Bosques: debía extenderse de Viena del Castillo a Passavant. Una fuerte artillería defendía la gran ruta. El general Dubouquet ocupó la horadada de Roble Populoso, con 3.000 hombres; el coronel Colomb, que disponía de dos batallones de infantería y de un escuadrón de dragones con cuatro cañones, estaba encargado de defender la Cruz de los Bosques.[8]

El 5 de septiembre, las tropas prusianas atravesaron el Mosa en tres columnas, por Charny y Verdún. El rey de Prusia se estableció en el campo de Glorieux. Desde el principio, la disentería maltrató al enemigo, agravada por un tiempo horroroso.

El 6, el Consejo ejecutivo expidió un pasaporte al mariscal de campo Francisco de Miranda para que se uniese al ejército del Norte,[9] al que llegó el 11, y tomó, como ya hemos indicado, el mando de la división izquierda. Llevaba a Dumouriez un ejemplar de Plutarco, dice M. Chuquet.

Después de la jornada del 10 de agosto, cuando los austríacos y los prusianos habían penetrado ya en el territorio francés, Miranda hablaba de abandonar París y de continuar sus viajes y su propaganda en favor de la independencia de América española. Pétion encontró en él "un hombre extremadamente instruido, un hombre que había meditado los principios de los gobiernos y parecía muy adicto a la libertad". Hemos visto que le recibía frecuentemente; sostenía con él "conversaciones muy instructi-

vas". Un día dijo al coronel: "Debía usted servir en Francia", y el coronel lo aprobó. Por las vivas recomendaciones de Pétion, Servan le empleó, con el consentimiento unánime de los miembros del Consejo ejecutivo.[10]

Existe en este punto un equívoco que conviene disipar, pues ha dado origen a errores de juicio. Miranda no pidió un empleo en Francia, le fue ofrecido. "Yo solicité vivamente de él que ayudase a Francia con sus talentos, dice el ministro Servan, en un momento en que abrazaba tan hermosa causa. Ante estas representaciones, o las de algunos de sus amigos del cuerpo legislativo, fue por lo que se decidió a tomar el grado de mariscal de campo en los ejércitos franceses".[11] El mismo Miranda ha cuidado de poner de relieve este hecho, que por sí solo quita todo valor a la calificación de aventurero con que a menudo se ha creído poder disminuirle a los ojos de la posteridad. No hay que olvidar las condiciones en las cuales se había negado a servir a Catalina, a fin de reconocer la parte de idealismo y de amor a la libertad que entraban en sus sentimientos cuando aceptó la oferta que se le hizo en París: "Yo admití en 1792, escribirá a los representantes del pueblo, el honorable empleo que hubo de ser ofrecido con reiteradas instancias, para defender de los déspotas la libertad francesa".[12]

Había, por lo tanto, vacilado hasta última hora; todavía el 16 de agosto, al escribir a su amigo Turnbull, a Londres, y diciéndole que sus amigos de París le habían hecho "proposiciones muy ventajosas" para que les ayudase a defender "la causa de la libertad", aún se preguntaba si aceptaría o no, y ya tenía en el bolsillo sus asientos reservados en la diligencia para irse con el señor Forbes.[13]

El gobierno revolucionario no sentía escrúpulos en recurrir al apoyo de los extranjeros, siguiendo en esto, como en otras cosas, al antiguo régimen. Lessart había encargado mucho al joven Armando de Custine que intentase embaucar al duque de Brunswick, ofreciéndole el mando de los ejércitos franceses.

Miranda, pues, que se decía convencido de que después del 10 de agosto "el pueblo tenía toda la energía necesaria para defender la libertad",[14] aceptó el título de mariscal de campo, que le fue entregado el 25 de ese mes; le recibió "con la condición de que, en el caso del establecimiento de la libertad y en el momento de la paz, el gobierno le garantizaría un grado militar tal como lo merecieran sus servicios y que pudiera asegurarle una existencia honrada, que le era debida por el sacrificio que al combatir por la libertad francesa hacía de la fortuna que ya poseía y de la que le aseguraban en otra parte. Condiciones que le fueron aceptadas".[15] Tendré más de una ocasión de hablar de la fortuna de Miranda. Por ahora debo solamente decir que Servan parece, sobre todo, hacer alusión, como un poco antes Miranda mismo en su correspondencia con Pitt, a las ofertas recibidas de Catalina. El coronel hacía valer hábilmente el sacrificio en que consentía al preferir el servicio de la República francesa a los favores de la zarina.

Además, las condiciones que ponía permiten suponer que, desde ese momento, pudo acariciar la esperanza de quedar definitivamente al servicio de Francia, ya que era bien halagüeña la perspectiva de obtener de por vida la posición y los emolumentos de un general francés.

Como era de esperar, la determinación de Miranda desagradó a sus amigos rusos. El coronel había escrito al conde de Woron-

zoff, con fecha del 30 de agosto, una carta muy interesante; aclara suficientemente los motivos que le indujeron a ir al servicio; el deseo de trabajar por la libertad de su lejana patria americana era el más poderoso de ellos, declara expresamente. "Cuando esperaba, dice, tener el gusto de volver a ver a V. y de hablarle de los asuntos de Europa, etc., heme aquí general en el ejército francés de la libertad y en el momento de salir para tomar el mando de una división en la frontera. No debe asombrarle a V. que yo me haya unido a los defensores de la libertad, puesto que V. sabe que es mi divinidad favorita y que me he consagrado a su servicio mucho antes de que Francia pensara en ocuparse de ella... Pero lo que me ha inducido todavía con más fuerza es la esperanza de poder ser útil algún día a mi pobre patria, que yo no puedo abandonar." Añade Miranda que espera obtener una licencia durante el invierno para pasar a Londres y arreglar allí sus asuntos. Ruega a su corresponsal que diga a Fox "que sus sentimientos son siempre los mismos y que se atiene inviolablemente a su estipulación, puesto que es con esa condición con la que ha entrado en el servicio".

¿Cuál podía ser esa "estipulación" concluida entre Miranda y el jefe de la oposición? Sin duda estaba relacionada con los asuntos de América.

El venezolano sospechaba ciertamente el asombro que provocaría su resolución: "Mis sinceros cumplimientos, terminaba, a nuestro amigo el general Clark (quien encontrará escandaloso, tal vez, que un antiguo castellano haya llegado a ser un descamisado), a lord y lady Benning, y mil cosas a los señores Kotschubey, Lisakevitch, el señor Capellán, etc. Beso a los dos en-

cantadores niños de V. y le deseo mucha felicidad con ellos. Recomiéndeme a la buena fortuna y a Dios".[16]

Esta carta dio al señor de Woronzoff "mucha pena, porque le hizo saber el desdichado partido que había tomado quien la escribió". El embajador de Rusia miraba "con horror" los acontecimientos de Francia. Así, aunque quedase "siempre persuadido de la honradez de Miranda, le consideraba como un hombre extraviado por una prevención fatal y que, aunque no dejase de estimarle, estaba obligado a no sostener más correspondencia con él. No podía, siendo ministro de una soberana que se había altamente declarado contra las abominaciones que se hacían en Francia, escribirse con un hombre que tomaba partido por una causa justamente aborrecida por Ella". El señor de Woronzoff informaba, al terminar, al Sr. Turnbull que cierto cofre reclamado por Miranda sería próximamente retirado del banco para ser enviado al comerciante.[17]

Apresuróse el embajador a dar parte al conde de Bezborodko de la enojosa decisión de Miranda, quien "tenía un carácter honrado y noble", pero cuya "razón se encontraba a veces ofuscada por un espíritu vivo y excesivamente vehemente". Woronzoff estimaba que lo que había extraviado al coronel era "la lectura sin discernimiento de los enciclopedistas y sus pláticas con Raynal, Condorcet y otros de la misma especie, que le hicieron conocer los sistemas metafísicos del gobierno libre". Era, por lo tanto, con "un inexpresable asombro" como el diplomático supo que se endosaba el uniforme francés.[18] La Zarina manifestó fuertemente su sentimiento, y el príncipe Kotschubey habló expresamente de ello a Woronzoff: "He visto con infinita tristeza, tanto por la carta de V. a mi tío como por la que me ha

escrito el Sr. Joly, el extravagante partido que acaba de tomar Miranda. No me hubiera imaginado que un hombre de su talento pudiese adoptar un partido tan absurdo. La conducta de V. respecto a él ha sido generalmente aprobada. La Emperatriz se ha indignado de la conducta de un hombre que sin Ella habría ya perecido desde hace largo tiempo en las cárceles de la Santa Inquisición".[19] Algunos días después, con ocasión de la retirada del duque de Brunswick y de las noticias "horrorosas" que llegaban de Francia, Kotschubey creía ver "la alegría extravagante de los parisienses, oír las canciones, los retruécanos y otras mil locuras naturales en los franceses"; Miranda, añade, "está, sin duda, perorando en alguna parte y cantando el triunfo de la libertad".[20]

Aún escribirá Miranda desde Valenciennes al conde de Woronzoff para rogarle que remita el cofrecillo que contiene papeles, sea al señor Turnbull, sea a su "fiel criado", Andrés Fröberg, portador de su carta.[21]

NOTAS

[1] Citaré con frecuencia al general Jomini. Este oriundo de Vaux, súbdito de Berna, a quien Saint-Beuve elogió mucho, es un historiador militar de un valor inestimable, un crítico que, según el coronel Grouard, muestra un sentido estratégico casi infalible. Es verdad que el mariscal Foch no es del mismo parecer: «Muy exagerada; la doctrina de este suizo no es muy sólida», ha dicho en alguna parte. El hecho subsiste, que la mayor parte de los historiadores militares fingiendo ignorar Jomini o criticándole, no han hecho más que copiarle.

[2] Chuquet: *La Retraite de Brunswick*, p. 25. Alistado como voluntario en 1760, Servan llegó a ser general en jefe, en 1792. Véase sus hojas de servicios. (G. Expediente de Servan.)

[3] Jomini: *Histoire critique des guerres de la Révolution.* (Edition de 1820), 11, 93.

[4] Mortimer-Ternaux: *La Terreur*, IV, 154; Bourdeau: *L'Epopée républicaine*, p. 38.

[5] Dumouriez: *Mémoires*, 11, 392.

[6] Chuquet: Valmy, p. 54.

[7] Jomini, 11, 110.

[8] Chuquet: Dumouriez, p. 105.

[9] A. N. F7 7112. Expediente 7190.

[10] Véase Antepara, p. 74-75. «Y hubo motivo de felicitarse de ello», agrega Pétion en su Respuesta a Robespierre, mayo (?) 1793.

[11] A. N. F7 7112. Expediente 7190. Certificado del general Servan, 3 nevoso año III (23 diciembre 1794).

[12] Antepara, p. 161-167. Miranda a los representantes del pueblo francés, 9 nevoso año III (29 noviembre 1794).

[13] Mss of P. V. Smith. Esq. of Edge House. Shond.

[14] Miranda a sus conciudadanos, 29 marzo 1793.

[15] Certificado del general Servan.

[16] *Archives du comte de Woronzoff.* Vol. XXX, 499-500. Esta carta, escrita en francés, está reproducida, pero sin el párrafo concerniente a Fox, en el volumen XXIX, 330-331 de la misma colección.

[17] Ibíd., XXX, 500-501. Woronzoff a Turnbull, 5 septiembre 1792 (en francés).

[18] Ibíd., XIII, 457-458. Woronzoff a Bezborodko, 31 agosto-11 septiembre (traducción).

[19] *Archives du comte de Woronzoff,* XVIII, 50, 25 septiembre-5 octubre (en francés).

[20] Ibíd., XVIII, 64. Kotschoubey a Woronzoff, 12-23 octubre (en francés).

[21] Ibíd., XXX, 500, 30 octubre.

CAPITULO III

ARGONA Y VALMY

Los prusianos, cuyo cuartel general estaba en Rancour, emprendieron una serie de reconocimientos con la caballería, dirigiéndose hacia Montfaucon y Epinonville. El general conde Kalkreuth, que gozaba de una gran reputación, habiendo servido brillantemente bajo el príncipe Enrique durante la guerra de los Siete Años, pasó el Aire por Apremont y fue a reconocer los campos franceses de Marq y Saint-Juvin. El 12, habiendo realizado su fusión con los austríacos, se acercó a Briquenay, donde sostuvo una acción de caballería. Kalkreuth tenía 6.000 hombres; Miranda le salió al encuentro a la cabeza de 2.000 infantes, apoyados por algunos cañones que no tardaron en reducir a silencio la artillería enemiga. Los franceses cargaron entonces sobre los cazadores del Rey, y después de un encarnizado combate les rechazaron hacia las alturas, fuera del alcance del cañón.[1] Miranda abría de este modo la campaña con un éxito honorable; ésta hubo de ser la ocasión en que los soldados del rey de Prusia retrocedieron por primera vez ante las tropas

revolucionarias. Al mismo tiempo, Stengel repelía en Saint-Juvin los ataques de Hohenlohe. Las posiciones del ejército francés permitían establecer un juego de lanzadera entre los puntos amenazados y engañar al enemigo acerca de su verdadera fuerza numérica.

El 1 de septiembre, los prusianos habían entrado en Verdun; Kalkreuth, que contribuyó a la caída de la ciudad con su artillería y dictó la capitulación, quería forzar inmediatamente las Isletas y seguir adelante; Brunswick, por su parte, buscaba modestamente la ocupación de buenos cuarteles de invierno para esperar allí la próxima campaña. Pero una vez en conocimiento de la verdadera situación de los franceses, el generalísimo decidió atacarles, procediendo de acuerdo con los austríacos de Clerfayt: con una finta hábil engañó a Dumouriez sobre el punto escogido para el asalto, y mientras que a los prusianos se les creía encarnizados contra "Grand-Pré", los austríacos ganaron el paso de la Cruz de los Bosques, donde Dumouriez no hubo dejado más que un destacamento de 100 hombres. Fue Miranda quien por un reconocimiento hecho en la mañana del 14 de septiembre "descubrió el movimiento retrógrado de las tropas francesas hacia Vouziers y la posición ventajosa de los enemigos". Recuperado ese mismo día por Chazot, el desfiladero fue de nuevo ocupado por los imperiales. El general Dubouquet abandonó entonces el paso del Roble Populoso, que el príncipe de Condé asaltara inútilmente. Las posiciones francesas fueron trastornadas, rota la famosa línea, forzadas las puertas. Dumouriez decidió la retirada y puso el Aisne entre sus tropas y el enemigo. Brunswick lanzó sus húsares en su persecución.

La situación de Dumouriez en Prado Grande hubo sido, por un momento, extremadamente crítica, pues tenía ante sí el gran ejército prusiano, y los austríacos amenazaban sus flancos pudiendo cogerle como en un torno entre el Aire y el Aisne; destruido su ejército, sería el fin de la campaña, tal vez el de la guerra. Mas para eso hubiera sido necesario cogerle impotente en su ratonera e impedir la unión de Kellermann y de Beurnonville, que avanzaban en socorro suyo. Brunswick no se aprovechó de sus ventajas; el general francés tomó atrevidamente la resolución de sostenerse en Saint-Menehould y de concentrar allí sus fuerzas dispersas, aun corriendo el riesgo de verse atacado por detrás; este golpe de audacia, favorecido por la pusilanimidad del adversario, salvó a la Revolución. Beurnonville se encontraba en Rethel, Kellermann en Vitry: Dumouriez les invitó a que fuesen a reunírsele precipitadamente.

El ejército, en columna de marcha, ganaba Cernay; súbitamente, la división del general Chazot, que abandonó Vouziers al rayar el alba para trasladarse a Vaux, fue presa del pánico a la aparición de los húsares prusianos y se arrojó en el cuerpo de batalla, sembrando el terror en él: 10.000 hombres emprendieron la fuga, acuchillados por 1.500 jinetes enemigos. A esta desbandada se le llama la derrota de Montcheutin; una parte de los fugitivos no se detuvo hasta a 30 leguas de allí, pasando por Rethel, Reims y Chalons, y gritando que habían sido traicionados por sus generales. Por un instante tembló París, presa de los peores rumores.

Miranda reunió afortunadamente el ejército en Wargemolin, mientras que Duval y Stengel conseguían rechazar a los húsares. El general Colin ha escrito que fue un batallón de volun-

tarios parisienses el que, solo, permaneció inconmovible y detuvo al enemigo.[2] Es inexacto; Duval y Stengel tenían a sus órdenes, en la retaguardia, más de un batallón. Si alguien se interesa por la reputación de los voluntarios, habrá que citar el primer batallón de Mayena y Loira, mandado por Lemoine, quien se redimió del desmayo cuyo espectáculo había dado después de la caída de Verdun, con excelente firmeza. En una orden del día fechada en Chaudefontaine, Miranda discernía públicamente a este batallón, lo mismo que al 43 regimiento de línea, los elogios que había merecido.[3] Pero fue, sobre todo, la firmeza de Miranda lo que preservó de un desastre al ejército entero.[4] Un pánico, semejante al que debiera producirse más tarde en Neerwinden, estuvo a punto de echarlo todo a perder. Por fortuna, los cuadros, las líneas, resistían. En ambas ocasiones hubo de ser Miranda quien tuvo que reunir a los fugitivos. Arrojándose entonces, espada en mano, entre las filas rotas, logró en el Bienna restablecer el orden y salvar la campaña.

Al llegar Dumouriez encontró el desastre conjurado y ordenó a Miranda que llevase el ejército en tres columnas, y a Stengel y a Duval que protegiesen la retirada. Las tropas acamparon en Dammartin-bajo-Hans, la retaguardia en la Tourbe. Poco después, Kellermann y Beurnonville realizaban su unión con Dumouriez, quien de este modo encontró 50.000 hombres a sus órdenes; no pensaba, sin embargo, en dar otra batalla; quería contemporizar, esperando que el enemigo se vería obligado a retirarse por falta de víveres.[5]

Brunswick tenía un plan cuya ejecución hubiera tenido por resultado rechazar al ejército francés hacia Chalons y el Marne, pero el rey de Prusia lo dispuso de otra manera: el 19, los pru-

sianos, en número de 34.000 fueron a acampar en Valmy. Dumouriez sostiene su ejército en Saint-Menehould; Kellermann, a la izquierda, pasa el Auve y se aposta en el camino real, teniendo su vanguardia, con Depres-Crassier, en el Bienna, al pie del monte de Yvron. Para conservar libres sus comunicaciones con Chalons, Kellermann, de acuerdo con Dumouriez, se decide a pasar el arroyo y acudir en busca de las posiciones de Dampierre y de Voilemont. Si los prusianos atacan, dice Dumouriez, hay que escoger como campo de batalla la altura de la Luna, en el camino real; la maniobra de Kellermann fue cuando el 20 de septiembre el enemigo se retiró de los puestos de Depres-Crassier y la reserva mandada por Valence, quien con dos compañías de artillería a caballo fue dirigida a la altura indicada, donde se encontraba Stengel; éste marchó entonces a ocupar el Yvron con su caballería y su artillería. Los franceses se extienden del Yvron a Gizancourt; el ejército de Kellermann mantiene el centro entre dos líneas, en lo alto de la colina de Valmy; Stengel guarda la derecha, Valence la izquierda; Dumouriez, por su lado, coloca a Beurnonville, con 16 batallones, detrás de las formaciones de Stengel; envía la caballería con Fregeville, y la infantería con Chazot, para que apoyen a Valence. En fin, constituye una fuerte reserva para socorrer al centro, si fuese menester.

Se esperaba una gran batalla; no pasó nada. En esta acción los soldados, según la cándida expresión del voluntario Noël, hicieron el papel de simples espectadores.[6] El ataque prusiano, comenzado hacia la una de la tarde, no duró nada y no se trató más que de un duelo de artillería. Durante un momento hubo cierta confusión entre las líneas francesas. El enemigo estaba fatigado; Brunswick no creía poder apoderarse de las posiciones

de su adversario y el cañoneo cesó hacia las seis. Durante la noche, Kellermann, volviendo a pasar el Auve, de acuerdo con sus intenciones primitivas, establecía su línea de Dampierre a Voilemont. En realidad, los prusianos quedaban dueños del campo de batalla, puesto que el general francés se retiraba o se "desprendía". Pero el ejército real, agotado, era definitivamente incapaz de continuar la lucha. Esta acción de guerra debía de tener gran repercusión en Francia y en Europa: mirábasela al menos como una prueba de que las tropas revolucionarias podían sostener con ventaja el choque con el ejército prusiano. Ha habido complacencia en atribuir el éxito de Valmy al heroísmo de los voluntarios; mas allí no había más que dos batallones de la leva de 1791; las tropas de Valmy eran tropas de línea mandadas por antiguos oficiales reales.[7] El hábil Kellermann supo, a las resultas, hacer "espumante" esta victoria y lograr con ella un pedestal y un ducado.

Los Aliados estaban desanimados y la miseria y la enfermedad reinaban en su campo. Se entablaron negociaciones: el rey de Prusia mostrábase dispuesto a retirarse si se aceptaban ciertas condiciones relativas a la libertad de Luis XVI, pero el 21 de septiembre estaba abolida la realeza. De ahora en adelante, responde Dumouriez, el rey de Prusia deberá tratar con la Convención, que representa a la nación; ya no hay rey en Francia.

Ejercíase una presión sobre Dumouriez por parte de Kellermann y de Servan marcadamente, para obligarle a retirarse tras el Marne: "Eso hubiera perdido a la patria", escribirá luego a Miranda.[8] No atendió las opiniones contrarias a su plan, reunió bajo su mano 80.000 hombres y permaneció en sus posiciones.

La marcha de los acontecimientos le dio la razón. Federico-Guillermo, viendo disolverse su ejército y temiendo, por otra parte, que Catalina se aprovechase de las dificultades que encontraba, para tragarse ella sola el pastel polaco, empezó a batirse en retirada. La imaginación de Lamartine ha cantado el entusiasmo que estalló en el campo francés cuando las columnas de Brunswick desfilaron hacia el Argona. Un inmenso clamor: "¡Viva la nación!", levantó el pecho de los soldados, y los generales Miranda, Kellermann y Beurnonville fueron a estrechar en sus brazos al afortunado Dumouriez.[9]

Dumouriez ha intentado en sus "Memorias" arrojar sobre Kellermann la culpa de haber permitido al enemigo que se escapara. En realidad, él mismo no juzgó conveniente apurar demasiado al rey de Prusia, porque no desesperaba de inducirle a que se separara de Austria para unirse a Francia. Después quería invadir los Países Bajos y alejar la guerra del territorio francés.[10] Por otra parte, Danton enviaba sus agentes a negociar con el Rey. Todo contribuyó así a dejar escapar a Federico-Guillermo. Miranda, preguntado más tarde por Champagneux acerca de la posibilidad que hubiese habido de hacer prisionero al ejército prusiano y atrapar tal vez al Rey mismo, respondió que la cosa era imposible. "Confesaba, sin embargo, que se les pudo hostigar más a los prusianos y hacer más mortífera su retirada. Pero no atribuía esa negligencia a mala voluntad; no la relacionaba más que con la especie de estupefacción que produjo en el ánimo de nuestros generales la transición tan inopinada como rápida del estado de un ejército triunfante al de un ejército fugitivo".[11] El hecho de que los prusianos escaparan parece, por otra parte, tener relación con los inconvenientes de los viejos métodos de

hacer la guerra entonces en uso y que hacían tan difícil la persecución de un enemigo que conservaba su formación.

El fracaso de la invasión puede atribuirse sobre todo a la insuficiencia de aprovisionamiento de los Aliados, a las enfermedades que diezmaron el ejército prusiano y a la falta de unidad en el mando, pues hubo tirantez entre el Rey y su generalísimo, y, en fin, en ese momento los franceses poseían una gran superioridad numérica.

Desde el 15 de septiembre, el Consejo ejecutivo había invitado a Miranda a incorporarse al ejército del Interior para servir en él bajo el general La Bourdonnaye. La orden le llegó el 26 por la noche y le causó una viva decepción. Respondió desde Saint-Menehould que, habiéndole confiado el general en jefe el mando de una división del ala derecha (?) de la primera línea, lo hubo ejercido con la aprobación de sus jefes y la confianza del soldado y que, por otra parte, unido ya el ejército del Centro a Dumouriez y enviado al Norte, La Bourdonnaye, el general en jefe tenía decidido conservarle con él, en espera de nuevas órdenes del Consejo ejecutivo.[12] Al día siguiente, Dumouriez escribía a su vez al ministro de la Guerra: "Declaro a V. que el prudente Miranda, siendo como es uno de los mejores oficiales generales del ejército, se ha visto, lo mismo que yo, bastante disgustado al recibir orden de reunirse con el ejército del Interior y con el general La Bourdonnaye. Miranda es mi amigo íntimo, no quiere ni debe exponerse al tumulto popular, lo cual tampoco es propio, siendo extranjero y no sabiendo perfectamente nuestra lengua". Dumouriez estimaba que después del 15 de septiembre las circunstancias habían cambiado y esperaba que el ministro aprobaría que Miranda "quedase en filas en el ejército operante,

al cual es utilísimo". Añadía finalmente: "Muy lejos de enviarle como mariscal de campo bajo otro, propongo a V. que le haga teniente general para que sea más útil todavía".[13] Miranda permaneció en el frente. Aun el 20 de octubre, Servan le escribía a Chalons y el teniente general Sparre decía al ministro que, aunque anunciado desde hacía largo tiempo para ser empleado en esa ciudad, Miranda no había dado noticias suyas.[14]

Por orden del general en jefe, Miranda se trasladó pronto a la granja de La Noue para "llevar todo el campo de Esserre". El ayudante general Felix debía tomar allí una brigada de cuatro batallones con sus cañones y conducirlos a Santo Tomás el 4 de octubre, al amanecer. En ese momento Miranda estaba indispuesto y Dumouriez le expresaba el deseo de que la dolencia no le impediría reunirse con él.[15] El 26 de octubre escribirá él mismo a Petion que "su salud ha estado un poco quebrantada hasta ese instante y que se siente bastante restablecido para tomar el mando de la segunda división del ejército que el general en jefe ha querido confiarle".[16] En todo caso, ni el servicio de campaña, ni la enfermedad, impedirán a nuestro venezolano sostener su correspondencia política y hacer llegar de Londres dos telescopios Ramsden de los que hizo regalo a Dumouriez, "en prueba de afecto". Al mismo tiempo le comunicaba la carta "de un americano respetable que había sido ayudante de campo de Washington durante la guerra e hizo seguidamente diplomacia en Inglaterra. No pierda V. esta carta, le recomendaba, pues debo enviarla a nuestro amigo Petion".[17] Como se ve, Miranda en el ejército no descuida las cosas que atañen a la diplomacia, a la legislación y que le interesarán toda su vida. No cesa, naturalmente, de ocuparse de esta grande y primordial cuestión de América española;

predica en su correspondencia el establecimiento de una fuerte disciplina militar; vitupera la demagogia de Robespierre y de Marat; alaba la composición del comité de legislación, del cual estima que "los nueve miembros abrazan más conocimientos tal vez en esta importante materia que todos los demás hombres juntos"; sugiere, en fin, a Petion la idea de conceder, de una manera o de otra, a las mujeres el derecho a participar en la elaboración de las leyes.[18]

Dumouriez dejó cerca de 60.000 hombres a Kellermann, Dillon y Chazot para perseguir a los prusianos, y el 12 de octubre dirigió a Beurnonville con el resto de su ejército sobre Valenciennes, donde estas tropas llegaron el 21. Beurnonville iba a socorrer a Lila, sitiada por el duque Alberto de Sajonia-Taschen. Miranda acababa de ser nombrado teniente general. Una carta de Servan al presidente de la Convención y una orden general del ejército le dieron a conocer, el 9 de octubre, la feliz noticia. Aprecia esta promoción, escribe a Servan desde el campamento de Savigny, como "un honor inapreciable", y su satisfacción fuese mayor todavía "si sus talentos pudieran igualar al celo y al inviolable amor a la libertad que le han vinculado firmemente y hecho miembro de la República francesa, a la que consagra por entero su vida y sus débiles conocimientos".[19] Diéronle, en el movimiento hacia el norte, el mando de una columna de la división del duque de Chartres.[20] El ejército caminó a través de los horribles lodazales de Champaña por caminos embarrancados y anegados por una continua lluvia, a los alcances de un enemigo en retirada, diezmado por el hambre y la disentería; los soldados franceses y los habitantes no tardaron en contraer la enfermedad; tal era, sin embargo, el entusiasmo de los hombres, que iban can-

tando para alegrar el lúgubre camino.[21] Ante la proximidad de Beurnonville, los imperiales levantaron el sitio de Lila y abandonaron el territorio francés.

La subordinación de Miranda al general Igualdad no duró mucho tiempo. Una orden de batalla, fechada el 24 de octubre, le puso a la cabeza de la división izquierda del ejército que, durante su ausencia, Ferrand iría a mandar en Jemmapes. Esta división se componía de las 2.ª y 10.ª brigadas, bajo el mando de Desforets; las brigadas 4.ª, 6.ª y 8.ª, bajo el de Ihler; las 12.ª, 14.ª y 16.ª, bajo el de Stenhoffen, y de flanqueadores de izquierda, bajo el de Miaczynski. El duque de Chartres iba a la cabeza de la división derecha. Beurnonville mandaba la vanguardia.[22] Juan Alejandro Ihler, alsaciano de Than, era un valeroso oficial que habiendo empezado como teniente en el batallón de milicias de Colmar, en 1759, hizo sucesivamente las campañas en Alemania, de Córcega y de Gibraltar. Miranda le apreciaba muy especialmente, y más tarde elogiará "los talentos militares y el celo con los que este oficial, con frecuencia a sus órdenes, ha servido a la República". Ihler estaba lleno de "sentimientos de la más sensible gratitud por las bondades que Miranda tuvo con él".[23]

Dumouriez llegó a París el 16 de octubre y permaneció allí seis días. Hizo aprobar por el Consejo ejecutivo su plan de invasión a Bélgica y regresó a su cuartel general de Valenciennes. Miranda fue a su vez a París y el general en jefe quiso aprovechar el viaje de su lugarteniente para encargarle que tratase algunas cuestiones con el Consejo ejecutivo y el ministro de la Guerra. Lo primero que deseaba Dumouriez era que Miranda insistiese con energía para que el decreto contra el teniente ge-

neral La Noue, por las acusaciones de La Bourdonnaye,[24] fuese prontamente informado. Dumouriez necesitaba a La Noue, quien merecía su confianza, para ponerle a la cabeza del ejército de Bélgica, en formación entonces. También reclamaba al general De Maltzan. Miranda llevaba el ruego de apresurar la decisión de esos asuntos y de apurar la expedición de diferentes títulos, cartas de servicio y otros objetos de los cuales el jefe de Estado Mayor hubo remitido la lista al jefe del despacho de Guerra. Por otra parte, debía también dar prisa para el envío de aprovisionamiento del ejército, cañones, municiones, armas, caballos y vestuario.[25]

NOTAS

[1] Chuquet: *Valmy,* p. 111.

[2] *Les grandes batailles de l'Histoire,* p. 83.

[3] Chuquet: *La première invasion prussienne,* p. 77; Valmy, p. 144. Me ha sido imposible encontrar esta *Réponse des deputés de Mayenne-et-Loire à Galbaud,* 1792, p. 15, nota, en la que se encuentra el certificado de Domouriez y la orden del día de Miranda, citados por M. Chuquet.

[4] A. N. WI 271. Expediente 30, p. 97. Miranda a sus jueces; Thiers: *Histoire de la Révolution française,* 11, 346. (Edición de 1890.)

[5] Chuquet: *Valmy,* p. 139; Doumouriez, p. 115.

[6] Albert Mathiez: *La Victoire de l'An II,* p. 99.

[7] Arthur de Ganniers: *L'armée française au début de la Révolution,* en la *Revue de questions historiques,* LIII, 88-90.

[8] Rojas: *Miranda dans la Révolution française,* p. 16. Dumouriez a Miranda, 30 noviembre 1792.

[9] Más alto aún que la imaginación de Lamartine vuela la de Paul Adams cuando piensa en esta huida de los prusianos después de Valmy. Exalta la gloria de Miranda, este hijo de los latinos de América que acababa de conducir a la victoria a los latinos de Francia «contra la multitud germánica», consumando por encima del Océano la unión de los dos espíritus de la Raza: la gloria y ley latinas. Toda el alma de Paul Adam se exhala en estas palabras. Para él, no hay nada más hermoso en la historia que la latinidad, y la civilización que nos viene de Roma es en su obra como la luz de los siglos y la más noble expresión de la dignidad humana. Y si no quiere ver en Miranda más que a un latino, que acudió desde su país soleado y lejano para defender la causa eterna, ¿cómo no sentirse completamente dispuesto a perdonarle la ingenua admiración que consagra al personaje y las generosas inexactitudes que acumuló en su honor? Estas inexactitudes numerosas y enormes, jamás tendré el valor de ponerlas de relieve. (Miranda, général de la Convention, en la *Première Semaine de l'Amerique Latine,* 1916, p. 43-68.)

[10] Chuquet: *Dumouriez,* p. 132-133.

[11] Rojas, p. 286.

[12] G. Expediente Miranda. Miranda a Servan, 27 septiembre.

[13] A. N. F7 4689. Expediente Dumouriez. Plaq. 2, Dumouriez a Servan, 28 septiembre.

[14] G. Corresp., Sparre a Servan, 24 octubre.

[15] A. N. F7 4689. Expediente Dumouriez, Plaq. 2. Dumouriez a Miranda, 3 octubre.

[16] Véase Carlos A. Villanueva: *Napoleón y la independencia de América*, p. 64. A pesar de mis investigaciones, no he podido encontrar esta carta de Miranda a Pétion, que citaré con frecuencia y se halla colocada por el señor Villanueva bajo la signatura A. N. F7 4774. Policía general. Al copiar el texto dado por este autor, no he creído debía conservar siempre las muy numerosas faltas de ortografía.

[17] (¿Carta de Smith?). A. N. F7 4691. Documentos de Dumouriez, Plaq. 1 a 5. Miranda a Dumouriez, 5 octubre. (Original en español.)

[18] Loc. cit., Miranda a Pétion, 26 octubre.

[19] G. Expediente Miranda. Miranda a Servan, 9 octubre. El nombramiento es del 3 de octubre. Miranda figura en su hoja de servicios como habiendo sido «brigadier general en América, nombrado mariscal de campo el 1 septiembre 1792».

[20] G. Ejército del Norte. Corresp. 11 octubre; Rojas, p. 177.

[21] Thiébault: *Mémoires*, 1, 339.

[22] A. N. T. 94-96. Expediente Pétion. He aquí la enumeración de las tropas mandadas por Miranda: Flanqueadores de izquierda, 99.º reg. de inf., 5.º cazadores a pie; 5.º y 13.º dragones; 2.ª brigada; 1.er bat. del Aisne; 1.er reg., bat. Sainte Marguerite; 4.ª brigada; 3.er bat. del Tonne; 1.er bat. de la Côte-d'Or, 2.º bat. del Vienne; 6.ª brigada; 1.er bat. del Eure-et-Loire, 49 reg. de inf., 9.º federados; 8.ª brigada; 3.er bat. del Marne. 71 reg. de inf. 1.er bat. de Saint-Denis; 10.ª brigada; dos bat. del 72.º reg. de inf., 1.ª bat. de la Butte des Moulins; 12.ª brigada; 1.er bat. del Pas de Calais, 94 reg. de inf., 9.º bat. de París; 14.ª brigada; 1.er bat. del Nievre, 1.er bat. del Allier, 1.er bat. del Sena y Marne; 16.ª brigada; 3.er bat. del Sena y Oise, 10.º reg. de inf., 1.er bat. de granaderos de París.

[23] G. Expediente de Ihler. Ihler a Miranda, 21 enero 1793, con una nota de Miranda. El general Ihler fue suspendido en septiembre 1793 y jubilado al año siguiente.

Stettenhofen era un austríaco que entró al servicio de Francia en 1763, en calidad de voluntario, en la legión de Conflans. Ganó al servicio de Rusia el grado de coronel y la cruz de San Jorge y fue empleado de nuevo en Francia, en 1792, como mariscal de campo. (G. Expediente de Stettenhofen.)

Joseph de Miaczynski, conde polaco, había sido comandante propietario de una compañía de nobles, mariscal del palatinado de Belze, jefe de tropas de la República confederal de Polonia, presidente de su consejo y negociador de la paz con Suecia y Baviera. Montmorin le juzgaba «recomendable por sus talentos militares y cualidades personales». (G. Expediente de Miaczynski, Montmorin a Duportail, 15 julio 1791.) Es conocido el fin trágico de este oficial.

[24] G. Ejército del Norte. Corresp. Decreto de la Convención, 27 octubre.

[25] Ibíd. Dumouriez a Miranda, 28 octubre. Carta fechada en el cuartel general de Omain. El general barón François-Theobald de Maltzan, hijo de un capitán en la legión alsaciana, y de Ana de Walcourt, fue bautizado en Wettolsheim, diócesis de Basilea, el 18 junio 1736. Segundo teniente en el regimiento de infantería de Alsacia,

ayuda mayor en los Voluntarios extranjeros, coronel del regimiento de Borgoña. Ingresó en la guardia nacional al principio de la Revolución y llegó a ser mariscal de campo en 1791. Había estado en campaña, de 1757 a 1772, en Bretaña, Alemania, Córcega y Polonia. Casado con una inglesa muy rica (que por otra parte debía perder su «inmensa fortuna» durante la Revolución), el barón de Maltzan pidió, en 1792, ser enviado a Inglaterra, donde decía poder ser útil a Francia. También había presentado un plan para «separar a Prusia del tratado de Pilnitz», basándose, quizá, en sus amistades alemanas, pues el jefe de su familia era el conde de Maltzan, gran chambelán hereditario de Silesia en la corte de Berlín. (G. Expediente de Maltzan.)

CAPITULO IV

LAS COLONIAS ESPAÑOLAS

EL señor de Talleyrand había sido enviado a Londres. Preconizaba enérgicamente la alianza inglesa, que no perderá de vista en toda su vida, creyendo que sólo la amistad de Inglaterra podría asegurar la seguridad de Francia, comprometida fatalmente en las dificultades continentales. Cuando se proponía pasar el canal, Luis XVI, "en un momento en que no había ningún representante en la corte de Londres, creyó un deber aprovechar la ocasión para dar a conocer a esta corte sus disposiciones pacíficas y para expresarla su deseo extremo de animar a Su Majestad británica para que las compartiera". Esta gestión parecía tanto más necesaria cuanto que "varias cortes manifestaban intenciones más que sospechosas respecto a Francia"; el Rey creía que todavía era tiempo para que Inglaterra se opusiese a estas empresas o, al menos, se mantuviese apartado de ellas. "Tal es, al pie de la letra, la instrucción verbal dada al señor Obispo de Autun y el Rey queda en espera del éxito que tenga el lenguaje de este prelado." En una"Memoria

para servir de instrucción al señor de Bourgoing, que va a Madrid en cumplimiento de una misión particular de parte de Su Majestad", encontramos expuestas las esperanzas que despertaban en el Rey y su consejo el viaje del señor de Talleyrand. Sobre el alcance de este viaje, Bourgoing debía tranquilizar a la corte de España, "cuyo interés en el mantenimiento de la paz y en la conservación de Francia y del Pacto de familia es de tal evidencia —se dice en aquélla— que uno se abstiene de hacer su desarrollo", limitándose a observar que "la unión de Francia y España es la salvaguardia mutua contra su enemigo común, que es la Gran Bretaña".[1] Talleyrand vio a Pitt, negoció bajo cuerda, con esa flexibilidad y esa habilidad que han llegado a ser legendarias y que tanta reputación debieran de valerle, y consiguió desde luego, cosa casi increíble, obtener del gobierno británico una promesa de neutralidad, aun en el caso de que Francia invadiese a Bélgica, siempre que se abstuviese de atacar a Holanda. Jorge III se disponía ya a reconocer el gobierno constitucional de 1791.[2]

Pero mientras que la corte de Francia encargaba a Bourgoing que trabajase para reafirmar en Madrid la amistad española y el Pacto de familia, ella se disponía a sacrificar a España para obtener la alianza o, al menos, la neutralidad inglesa, pues se iba a proponer en Londres un negocio cuya materia no era otra que el imperio español en América: la alianza franco-inglesa se concluiría así en la espalda de Carlos IV y a expensas de su corona. Semejante alianza parece haber tentado, en cierto momento, a algunos jefes girondinos. Se ha pretendido que Brissot llegó, con esas miras, hasta proponer al Comité diplomático la cesión de Dunquerque y de Calés a Inglaterra; mas la paterni-

dad de ese mirífico proyecto antiespañol podía muy bien ser atribuida a Dumouriez. En abril de 1792 había despachado nuevamente a Londres a Talleyrand, acompañado por el marqués de Chauvelin, con la misión de negociar la alianza haciendo oír entre varios instrumentos la cantinela americana.

Al mismo tiempo, Noël (es bastante curioso que este mandato se les diera al mismo tiempo a Talleyrand, a Chauvelin y a Noël), Noël, decimos, estaba encargado de ofrecer la isla de Tabago como precio de la neutralidad, y de sugerir a Inglaterra la idea de una acción común destinada a abrir al comercio de los dos países las colonias españolas. Sabido es cómo, esta vez, Talleyrand fracasó: la opinión inglesa se volvía más y más contra Francia. El señor de Autun regresó a París donde no tardó en sentir que procedería cuerdamente en volverse otra vez; no quería, sin embargo, parecer que huía. Después de haber pedido inútilmente que le autorizasen para seguir en el cumplimiento de su misión, decidióse a solicitar un simple pasaporte, con el pretexto de ir a Londres para arreglar los asuntos personales que había dejado allí en suspenso.[3] Este pasaporte le fue procurado por Danton. Nadie se engañó en Inglaterra acerca de la significación del regreso del obispo: los papeles públicos señalaron que iba a buscar "un asilo contra la furia de esa facción que, ahora en Francia, violaba todo principio de justicia y de humanidad".[4] Estos comentarios inquietaron a Talleyrand, quien, si bien hubo tomado el prudente partido de la huida, no quería romper toda relación con París: escribió a Lebrun para agradecerle todavía bastante calurosamente el pasaporte que le había proporcionado, relatando discretamente el decir de los periódicos ingleses.[5]

En noviembre, Talleyrand hace llegar aún al gobierno revolucionario una memoria "sobre las relaciones actuales de Francia con los otros estados de Europa". No cree ya, por el momento, que sea posible mantener con la Gran Bretaña más relaciones que las de la industria y el comercio; pero, justamente en este terreno su opinión es la de que podría hacerse mucho en lo concerniente a las colonias españolas. Intenta justificar por adelantado la conducta a la que Francia, en su propio interés y en nombre de los principios revolucionarios, podría ser inducida a seguir frente a España. Vale la pena de citar este trozo: "Otro objeto de la mayor importancia, no solamente para Francia y para Inglaterra, sino por el interés de ambos mundos, debe fijar su atención y reunir sus esfuerzos comunes: este objeto es la independencia de las colonias españolas en Perú, Méjico, etc... independencia que, siendo para esas partes del mundo la reivindicación de sus derechos propios y la vuelta a los principios de justicia y de libertad natural, no puede ser mirada como una violación del derecho o más bien una usurpación del gobierno español en el caso de que su conducta respecto a Francia (particularmente en los disturbios de Santo Domingo) no autorizase a ésta a castigarla. Los buques de Francia y de Inglaterra juntos irán a abrir en el mar Pacífico, en el mar del Sur y en el Océano meridional, el comercio libre de esa inmensa parte de las Indias occidentales".[6]

Por lo que se refiere a los disturbios de Santo Domingo, Bourgoing había recibido órdenes de protestar cerca de la corte de Madrid contra el apoyo dado por los habitantes de la parte española de la isla a los negros alzados contra los franceses.

"El Sr. duque de La Alcudia, escribe el agente de Lebrun, ha manifestado su horror por semejante tráfico".[7]

Pero mientras reclamaba del gobierno español el respeto a los tratados y a la buena amistad que debía existir entre las dos naciones, Lebrun-Tondu, este ex-eclesiástico, a quien un destino tan curioso había hecho fracasar, después de diversos avatares en el ministerio de Asuntos Extranjeros, adoptó las ideas de sus predecesores relativas a la pasada que se le podía jugar a España para encontrar compensaciones susceptibles de satisfacer la avidez inglesa. Escribió a Chauvelin, el 14 de septiembre, una carta frecuentemente citada que demuestra, entre otras cosas, cómo la política revolucionaria sabía, en caso necesario, dar de barato "los grandes principios" y recurrir a los medios prácticos de la diplomacia del antiguo régimen. Es dudoso, por tanto, que Luis XVI hubiese consentido nunca en firmar la pieza siguiente, que Lebrun consideraba tal vez una obra maestra de habilidad y que, sin embargo, puede ser calificada de otra manera. El ministro hablaba en estos términos a su "agente de las disposiciones hostiles de España y de los medios que podría emplear para presentar un cebo a los ingleses que pudiera decidir a volver las armas contra esa potencia":

"Tenemos, señor, la certeza de que la corte de Madrid, conociendo la impotencia en que se encuentra para atacarnos por tierra, hace todos sus esfuerzos para armar contra nosotros todos sus barcos de guerra. No permitiendo el mal estado de nuestra Marina oponerles una fuerza igual, presumimos que exponiendo al ministerio británico lo poco de gloria y de ventaja que conseguiría en este momento al declararnos una guerra que sería totalmente injusta, podría dirigir sus miras del lado de las colo-

nias españolas, tanto más cuanto que estamos informados, por conducto seguro, de que los habitantes de la Luisiana desean sacudir el yugo. Inglaterra tendría en este momento tan fácil juego para esta conquista, cuanto que España está entregada a sus propias fuerzas y sin esperanza de socorro por nuestra parte. Esta insinuación, hecha con toda la destreza y la prudencia de la que V., Señor, es capaz, y acompañada en fin de razonamientos bastante fuertes para convencer al ministerio británico de las grandes ventajas que reportaría a Inglaterra una conquista tan útil a una nación cuyo proyecto ha sido siempre el de acrecentar sus riquezas por las especulaciones de un comercio floreciente, produciría tal vez, el efecto que deseamos. Invito a V., Señor, a que haga uso de todos los medios que su celo le sugiera, para que el ministerio inglés tome este partido y desvíe de ese modo la tormenta que parece amenazarnos. Su celo, Señor, me garantiza seguramente que no ha de descuidar nada para que se adopte el plan que le propongo y cuya ejecución será fácil para el gabinete Saint-James. Por lo demás, me limito a indicarle el medio y V. nos dará cuenta de sus reflexiones a este respecto".[8]

Entretanto, el gobierno revolucionario había anviado a Inglaterra otro agente, Stephen Sayre, encargado éste de hacer una compra de fusiles, para la cual el general Servan ponía a su disposición una suma de cuatrocientos mil francos.[9] Era un norteamericano, juez en Londres y establecido luego en Francia, donde se consagró a la causa de la Revolución. Se presentará a sí mismo "como poseedor de una gran actividad y mucha fecundidad en la cabeza para los expedientes". Al mismo tiempo que se ocupaba de sus compras, observaba lo que pasaba a su alrededor y daba cuenta de ello a Lebrun. Se tienen cartas suyas

en las que habla de Miranda, a quien conoció mucho en Inglaterra y en los Estados Unidos y con quien había hablado de la situación de América española.[10]

A principios de septiembre, Sayre, que vivía en la casa antes ocupada por Talleyrand, escribía al ministro de Asuntos Extranjeros, excusándose de hacerlo por correo, a falta de medio más seguro, para darle un informe que podría ser útil al ejército francés, era saber que "la infantería prusiana tiraba tan bajo que no podía hacer ningún daño más que a las tropas que marchasen como para recibir su fuego a quince o veinte pasos, es decir, a cuarenta pies". Se trataba de una observación que hizo durante una estada de seis meses en Berlín, el año 1777, y que estaba confirmada por Smith: "Si el Sr. Miranda, mi amigo, a quien V. acaba de hacer mariscal de campo, añadía el norteamericano, se halla todavía en París, le confirmará la verdad". Y se disponía a dar consejos sobre la táctica que debiera seguirse para batir a estos enemigos, "que son verdaderos autómatas si V. les obliga a salir de su rutina". Sería menester, dice, que los lanceros franceses estuviesen provistos de dos espadas, una para parar la bayoneta, otra para herir. En realidad no se ve con qué brazo el soldado sostendría entonces su lanza; pero esto no impide a Sayre añadir que si se le diesen a Miranda "dos mil lanceros fuertes y osados, armados solamente con espadas y pistolas, lograría de ellos los mayores servicios". Esta sugestión tiene, por lo menos, el mérito de dar a entender que se trataría de lanceros sin lanzas y de resolver así el problema del tercer brazo.

Afortunadamente, Stephen Sayre abandona pronto el terreno de la táctica para entrar en el de la política, donde puede moverse más a sus anchas y razonar con alguna más precisión. Confía

al coronel Blagden una nueva carta para Lebrun. Este americano, como es justo, no quiere a los ingleses, con lo que todos sus esfuerzos tenderán a perjudicar a los ingleses en provecho de los Estados Unidos, con la apariencia de no querer servir más que a Francia. Empieza por comprobar que no hay en Europa una corte "que tenga contra Francia una malquerencia tan activa o que la profese un odio tan profundo", como la corte de Saint-James. No es más, dice, que la aprensión del sentimiento popular lo que la ha impedido ir a la guerra, pues el pueblo inglés no quiere la guerra. Sin embargo, después del 10 de agosto se produce un inquietante cambio de rumbo, y "el odio infernal" de la corte, "abismo que extiende un veneno al cual parece que ningún hombre pueda escapar", se propaga rápidamente. Si los revolucionarios se entregasen a violencias con Luis XVI y su familia, deberían esperar un levantamiento general de escudos en Inglaterra. El peligro es gravísimo, pues "aunque Inglaterra no tiene un ejército de tierra muy considerable, puede, durante algunos años, proporcionar gruesas sumas de dinero para pagar extranjeros". Y todavía haría más daño "destruyendo nuestro comercio y apoderándose de nuestras islas".

Para Sayre hay dos medios de prevenir el mal: primero, fundar en Londres y dar vida, con gran refuerzo de dinero, una hoja destinada a ilustrar a la opinión inglesa acerca de los asuntos de Francia y a combatir a los partidarios de la guerra; seguidamente mandarle a él Stephen Sayre, a los Estados Unidos, para trabajar allí contra Inglaterra. Este sería "el único método para rebajar el orgullo, encadenar el odio y asombrar la ambición de la Gran Bretaña". El proyecto consistía en esto: ofrecer a los americanos la apertura de las islas francesas a su comercio,

puesto que "en el mejor término de las cosas sería imposible impedir a los ciudadanos de los Estados Unidos que se apoderaran de una gran parte de ese comercio", y que, por otra parte, no está en el verdadero interés de Francia el oponerse a ello. El americano se manifiesta realista y americano: "Por política y por una consideración mayor, démosles lo que no podemos conservar mucho tiempo, lo que la necesidad nos va a obligar a darles". Cuando Dumouriez era ministro, Sayre le había presentado este proyecto, pero Bonnecarrere, "que hizo uso de ella en provecho suyo", se llevó la memoria. No había tiempo que perder, era necesario evitar que esos demonios de ingleses no tomasen la delantera, pues en caso de guerra y de conquista de las posesiones francesas, serían perfectamente capaces de ofrecer a los Estados Unidos lo que Francia está hoy todavía en la medida de ofrecer. Los anglosajones podrían muy bien entenderse entre ellos, a expensas de la República: "Los débiles votos de América pueden estar a favor nuestro, pero estarán contra nosotros todas las tentaciones del interés".

La combinación de Sayre era más vasta de lo que pudiera creerse, a juzgar por este sumario, pues avistaba también las colonias españolas, sin hablar de ellas. Cedía, a propósito de esto, la palabra a Miranda. Era imposible que discutiéndose un plan político cualquiera relativo al Nuevo Mundo Miranda no hiciese incluir, para ser tomado en cuenta, el destino de esas colonias; Sayre aconseja, pues, que hay que oír al venezolano: "Yo desearía que llamase V. a su lado al coronel Miranda, quiero decir al general Miranda, actualmente al servicio de V.; es un hombre lleno de conocimientos y capacidad de primera; él le desarrollará a V. mis ideas. Le convencerá de que es de la más

real y urgente necesidad no dar brillo alguno a este asunto; muy interesante sería, por el contrario, que una persona ignorada durante algún tiempo pudiese terminar este tratado antes de anunciar su misión. De otro modo, Inglaterra procurará perjudicar a nuestros intereses. Yo quisiera que V. diese sus órdenes a este respecto. Partiré en el primer barco, no seré sospechado y un francés podría serlo. Tengo negocios personales que tratar con el ministro de Asuntos Extranjeros; es, por otra parte, un hombre de negocios prudente y, lo que es más, amigo nuestro". Sayre se aferra al secreto; quiere evitar hasta que se pueda sospechar de él, en Inglaterra, una correspondencia con el gobierno francés.

He aquí, pues, a Miranda que entra en contacto oficial, por decirlo así, con el gobierno revolucionario para establecer un plan político concerniente al Nuevo Mundo. El mismo[11] y Chauveau-Lagarde, en su defensa,[12] han dicho más tarde que deseando el Consejo ejecutivo consultarle "sobre planes políticos y militares relativos a América del Norte, etcétera", él dejó el ejército para ir a París a presentar sus observaciones al Comité diplomático y al gobierno. Estas observaciones, según Miranda y su defensor, fueron juzgadas "conforme a los intereses de la República, y las empresas proyectadas fueron suspendidas". La carta de Sayre a Lebrun explica y confirma estos alegatos: yo supongo que el Consejo ejecutivo llamaría a Miranda para oirle a propósito de los proyectos de este americano sobre las islas, y tal vez también con motivo de la Luisiana; y sería a empresas relativas a la parte septentrional del Nuevo Continente a las que el general hubiera inducido a renunciar. Chauveau-Lagarde añade bien que Miranda había escrito en esta ocasión al presidente Washington y a sus ministros, y que así cooperó a hacer reconocer el

gobierno revolucionario por los Estados Unidos; no es inverosímil, pero yo no he encontrado rastro alguno de este hecho en los archivos franceses, ni en los papeles de Miranda que he tenido ante mi vista. Por otra parte, dicho reconocimiento parece haberse operado fácilmente, a pesar de la repugnancia que el nuevo régimen inspiraba a ciertos representantes del gobierno americano en el extranjero, tales como el Gobernador Morris, en París, y Short, en La Haya.[13]

En la cuestión de América del Norte se insertaba, del modo más natural, la de las colonias españolas, que nos presenta importantes desarrollos. En lo relativo a las colonias españolas Miranda tenía sus planes propios, que tenían que parecer particularmente interesantes en el momento en que el gobierno francés, inquieto por la actitud de Inglaterra e irritado contra España, estudiaba los medios de calmar los apetitos ingleses y de intimidar a los españoles.[14] Algunos amigos de Miranda pensaron entonces confiarle el mando de una expedición a Santo Domingo, como pensaron todavía en ello cuando el general hubo perdido definitivamente la esperanza de servirse de Francia para dar la independencia a América del Sur. Así, ambos objetos, es decir, el plan de Miranda y el proyecto de enviarle a mandar en Santo Domingo, objetos de tal modo enlazados primeramente el uno al otro que parecen no constituir más que uno, se separan al fin revelando el verdadero carácter de la expedición a las Antillas, que no hubiera sido, en suma, sino una operación militar de Francia, capaz, naturalmente, de servir para inquietar a España, pero sin tener, de hecho, ninguna relación con el proyecto acariciado por el venezolano para dar la libertad a las colonias. Lo cual explica muchas cosas.

Brissot y Petion se manifestaron, cerca de Lebrun y del gobierno, los abogados entusiastas de los proyectos que Miranda exponía con su clara lógica y fe ardiente de apóstol. Pero el almirante de Kersaint había formado ya un plan de ataque contra el continente americano, en caso de guerra con España, que acabó por obtener el sufragio de los dos jefes girondinos, sobre todo el de Brissot, pero que Miranda no podía aprobar; este plan tendía sencillamente a conquistar las colonias españolas para repartirlas entre Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Holanda, y acaso Prusia, Suecia y Dinamarca. No se trataba, para Kersaint, de libertar a los países americanos, sino de pagar con ellos a los enemigos de la Revolución y de interesar a las potencias, por la complicidad, en el mantenimiento de una nueva paz fundada en los despojos de España. El almirante esperaba que la ejecución de su plan "aseguraría a las potencias marítimas una superioridad decidida sobre las naciones mediterráneas y prepararía una larga paz en Europa". La dificultad residía en la actitud de Inglaterra; ahora bien, este país "no tiene más que un interés, el de su comercio: está por completo en el plan propuesto". Inglaterra codiciaba las ricas colonias españolas: habría que darla, cuando menos, Cuba. Los Estados Unidos obtendrían Puerto Rico, "pues los americanos necesitan tierras en las Antillas". Holanda lograría Trinidad y otras islitas a lo largo de la costa de Caracas; esta nación entraría de buen grado en la combinación, pues "su existencia en la India y su existencia marítima en Europa dependen totalmente de Inglaterra". Francia tendría la parte española de la isla de Santo Domingo y tal vez el imperio mejicano. Habría para todo el mundo, con tal de que se hiciese la paz con la República. Keir-

saint llegaría incluso hasta abandonar a Inglaterra, mediante ciertas condiciones, los establecimientos franceses de la India y a otorgar la independencia a las islas de Francia y de Borbón, con la garantía de la cuádruple alianza que se concertara. "Estos establecimientos son una sobrecarga, y el comercio de Asia, un azote... la causa principal de la miseria del pueblo."

Para la ejecución de su proyecto, el almirante preconizaba la concentración de un ejército en Santo Domingo, en el puerto de San Nicolás.[15]

Cuando, en la última decena de octubre, Dumouriez volvió al ejército dio parte a Miranda del proyecto de expedición contra América española, que agitaba los medios girondinos, y de la intención del gobierno de llamarle a París, donde también debía examinar las proposiciones de Sayre. El proyecto de Kersaint y el de Sayre se excluían, desde luego, pues el uno se fundaba en la alianza inglesa y el otro era una máquina asestada contra Inglaterra.

Las comunicaciones de Dumouriez habían emocionado fuertemente a Miranda: advertía que se llevaba camino de trastornar su programa y apresuróse a hablar claro a Petion: "Es una materia muy delicada, le había escrito desde Valenciennes el 26 de octubre, y acerca de la cual me atrevo a pedirle a V. la palabra, con preferencia a cualquier otra, antes de que emprenda V. la menor cosa: 1. Porque es preciso que yo le informe hasta qué punto ha ido Inglaterra (que trataba el asunto conmigo, como agente de América del Sur para su independencia y libertad, después de esto últimos tres años); 2. Cuáles eran las disposiciones de América del Norte sobre la misma empresa; 3. Los medios eficaces que yo hube preparado en Italia, con

algunos jesuítas españoles convertidos en hombres ilustrados y los enemigos implacables de España; 4. Doce años de fatigas, de viajes y de meditaciones sobre el mismo tema me dan una especie de derecho que reclamo con alguna confianza. Este mismo motivo es todavía la causa principal (como hace tiempo tuve el honor de decírselo a V.) por la que yo prefería establecerme en Francia y llegar a ser un ciudadano francés, a cualquier otra ventaja que pudiese obtener en América del Norte, en Rusia o aun en Inglaterra. En esta materia, aquí puedo rendir servicios esenciales a la República y hacer al mismo tiempo la felicidad de mi patria, lo cual es el colmo de la felicidad humana. Así, no debe V. dudar de mi sincera devoción por la una y por la otra. No conozco más que dos deberes en mi actual situación: primero, a Francia, como miembro legítimo de la nación y servidor fiel a la República, a la que he prestado mi juramento inviolable; segundo, a mi pobre patria accidental, que, de lejos, me tiende la mano y me hace ver los hierros en que gime desgraciadamente, bajo el despotismo más cruel y más infame. Esta idea me desgarra el corazón cada vez que pienso en ella, pero no pierdo la esperanza".[16]

Estas palabras prueban ante todo que Miranda, en las conversaciones que tuvo en París con los jefes girondinos, antes de entrar en servicio, no les había participado más que una parte de sus ideas sobre la cuestión, puesto que juzgaba, ahora que el gobierno francés parecía dispuesto a acoger sus ideas, que debía darle a conocer lealmente todas sus gestiones anteriores cerca del gobierno británico y su resultado.

Cuanto más se estudia a este personaje más se llega al convencimiento de que el fondo de su carácter es recto y honrado.

Miranda puede usar en política la astucia y el misterio; sin embargo, es leal. En este gran asunto de su vida, la independencia de América del Sur, al que vemos aplicar sus facultades con incansable constancia, se muestra discreto, reservado, siempre que lo estima conveniente para los fines que persigue; pero cuando cree que debe hacerlo, presenta la cuestión con perfecta franqueza, yendo a decir a Francia: "Tengo un plan para libertar a América española, para liberarla, no para entregarla a cualquiera; he propuesto este plan a Inglaterra, que no ha podido o no ha querido aceptarle; ¿quieren V. adoptarle? Confesemos que no se puede ser a la vez más franco y más hábil. Se ha creído, sin duda, tener el derecho de reprocharle el haber sido un oportunista, y el señor Robertson ha insistido en la facilidad con que Miranda se peleaba con los países o con los hombres que contrariaban sus miras o dejaban de serle favorables, pero, justamente, una de las cualidades maestras del general es esa voluntad bravía de no enfeudarse a nadie y ese egoísmo altivo del hombre que jugaba poniendo las cartas encima de la mesa y que maniobrando con un arte consumado de diplomático y un conocimiento perfecto de los hombres y de los pueblos sabía explotar a maravilla sus pasiones y sus intereses.

Pocos días después de su carta a Petion, el general llegaba a París y conferenciaba con sus amigos y los ministros. Brissot se aferraba al plan de Kersaint; no era Miranda hombre que abandonase fácilmente sus ideas para adoptar las de otro; propuso, pues, el plan que había sometido a Pitt en 1790 y cuyas partes iba a enviar a Petion.[17] En resumen, estaba dispuesto a encargarse de libertar a América del Sur con la indispensable ayuda de una potencia europea, Inglaterra o Francia, sin una

de las cuales sabía que no podía intentar nada, pero no quería a ningún precio hacer la guerra a España a la cabeza de tropas de una nación extranjera, cuyo fin debía ser fatalmente el de sustituir con su propia dominación a la de la madre-patria. Era, por lo tanto al servicio de sus designios personales a lo que él quería llevar al gobierno francés, con las miras de procurar la liberación e independencia de su país natal. Ese es un rasgo característico de esta figura malaventuradamente tan desconocida, sobre todo en Francia: Miranda no es ni un mercenario, ni un condotiero a la manera de Dumouriez. Verdad es que en ese momento, por convicción revolucionaria, por interés personal sirve lealmente a la República francesa, que le ha dado un puesto de confianza en sus ejércitos, pero no ha desmentido nunca su orgullosa raza española ni su patriotismo americano. Fue durante su vida y en todas partes, a pesar de las extraordinarias peripecias de una carrera tan diversamente accidentada, un patriota sud-americano, nada más que un Sud-Americano. "Se ha pasado la vida buscando el medio de emancipar las colonias españolas", escribirá Bentham a Mulford. El párrafo siguiente, de una de sus cartas a lord Castlereagh, no necesita comentarios: "Tan pronto como España abandonó la coalición y renovó una alianza con Francia, volví mis miradas hacia Inglaterra, inmediatamente después de haber dejado el ejército de la República." [18]

Los asuntos de Santo Domingo eran el tema de ásperas discusiones públicas. Con el fin de combatir la "secta" de los "Amigos de los negros", en la que se veía al lado de Brissot, el padre Gregoire, Condorcet, Mirabeau, Barnave, La Fayette, Pontecoulant y Sieyes, ricos colonos de la isla y nobles familias

francesas, que tenían allí propiedades, fundaron el club de Massiac, que se entregó a una ardiente campaña contra los libertadores de los esclavos. Robespierre compartía las ideas de los miembros de este club, ya que él también era opuesto a la liberación de los negros y que vituperaba, por imprudente, la propaganda de Brissot.[19] Este quería otorgar a las gentes de color los mismos derechos que a los blancos, y se podría llegar incluso a pretender que si se hubiese aplicado desde un principio su política a las Antillas y los decretos que la inspiraban, no hubiera acontecido la guerra que ensangrentó a Santo Domingo y que devoró tantos soldados franceses. En diciembre de 1791, el publicista criticaba la elección de oficiales encargados de mandar las tropas destinadas a operar en la isla, elección que atribuía a las influencias del club enemigo. El general Arturo Dillon, designado para jefe de la expedición y al que se achacaba que quería defender los intereses de los colonos, era violentamente censurado por los periódicos brisotinos.[20] La preocupación de combatir a los colonos dominicanos y al club de Massiac y de establecer en la isla francesa un régimen de libertad destinado a destruir la aristocracia de la piel, guiaba la política de Brissot, cuando pensaba servirse de Miranda, ciertamente mucho más que el deseo de inquietar a España o de llevar la independencia a las colonias de esta nación; y es de creer que la resistencia del general a los proyectos brisotinos y sus reticencias se fundaban en que comprendía los verdaderos motivos que impulsaban su envío a Santo Domingo, pues no se tardaría en ofrecerle efectivamente ese peligroso mando. En verdad, ¿podía Miranda concebir la revolución de América española a la manera de Brissot,[21] es decir, como una vasta revuelta de negros y de mula-

tos contra los blancos en nombre de no se sabe qué principios que hechizaban el caldeado cerebro del publicista?

Algunos años más tarde, Miranda dirá que dudó en seguir a Brissot, porque temía un cambio radical en los "principios del gobierno francés",[22] es decir, que tenía la convicción de que ayudando a Francia en su empresa trabajaría simplemente para que América cambiase de amo. Temía, por otra parte, la extensión a este continente de los "principios anárquicos" que empezaban a dominar en la Revolución. Pues Miranda, a quien se le verá condenado a representar eternamente un papel de agitador y de demagogo, era un revolucionario fundamentalmente conservador y autoritario; gustaba del programa del 89, pero detestará las prácticas del 93. Algún día se jactará de que su resistencia al proyecto de Brissot haya "salvado probablemente a las colonias de la influencia fatal de ese sistema".[23]

No le costó, sin duda, mucho trabajo a Miranda desviar de sus proyectos al Consejo ejecutivo, o al menos pudo con holgura exponer suficientemente sus razones al gobierno francés. La verdad sea dicha, no es posible saber exactamente lo que pasó en esas entrevistas. No tardó en regresar al cuartel general del ejército: su estada en París no excedió de ocho o diez días. Pero antes de abandonar la capital escribió al general Knox; según él, ni Inglaterra ni Francia podían pasarse sin el concurso de los Estados Unidos, en el caso de que una de esas dos potencias se decidiera a ayudar resueltamente a los colonos españoles para conquistar su independencia: se trataba de considerar una colaboración francoamericana. Lebrun buscaba aproximarse a los Estados Unidos; Allen Smith hablaba al secretario de Estado, Jefferson, de parte del ministro francés de asuntos extranjeros,

y le remitía una carta con la dirección de Washington; Genet iba con la misión secreta de fomentar la revuelta de los súbditos de España y de proponer una alianza al gobierno americano.[24] Miranda escribía a Knox: "Verá V., por las comunicaciones oficiales del nuevo ministro de Francia y lo que le dirá nuestro amigo el coronel Smith, cómo maduran las cosas y cómo se acerca el día en que nuestra querida patria, América, será la gloriosa parte del globo que quiso la naturaleza nuestros planes, que el patriotismo nos sugería en nuestros simposia de Boston, no están lejos de realizarse... Ruego a V. que ofrezca mis mejores cumplimientos al presidente de los Estados Unidos, a quien me tomaré la liberad de escribir en otra ocasión".[25] Es constante preocupación de Miranda la de neutralizar, unas con otras, las influencias extranjeras llamadas a ayudarle en su empresa.

Pero Lebrun, a pesar de su doble intriga con Inglaterra y con los Estados Unidos, no se preocupaba, en realidad, de atacar a España, y más bien esperaba entenderse con ella; no sé lo que pensaba del plan de independencia trazado por Miranda, pero la correspondencia de Brissot revela que el ministro combatía el proyecto de la expedición a América.[26] En cuanto a Brissot, predica frenéticamente la guerra; a las razones que he indicado se añaden en él ese espíritu antirreligioso que le impulsa a atacar a los países católicos, presa de lo que él llama "el fanatismo del Mediodía", y a los cuales tiene por enemigos naturales de la Revolución. Así, a pesar de las resistencias que encuentra, no desiste de aquéllas. Miranda, hábilmente, se ha escurrido, como se dice hoy vulgarmente, pero el convencional no le dejará tan pronto. Escribe a Servan, general en jefe del ejército de los Pirineos, que pruebe de todos modos a decidir

a los ministros para dar el golpe a España y levantar América, diciéndoles que el hombre más propio para representar este papel es Miranda: "Reanudo mi carta de ayer, querido Servan. Lebrun me ha parecido opuesto al sistema de atacar a España; se confirma en ello por las noticias que recibe de ese país: la corte está en el último apuro y no quiere más que reconocer la República francesa; desde luego ha suspendido sus preparativos. Estos hechos y estas ideas no me han hecho cambiar de opinión. Yo sostengo que nuestra libertad no estará nunca tranquila mientras haya un Borbón en el trono. Nada de paz con los Borbones y, por lo tanto, hay que pensar en la expedición a España; no dejo de predicárselo a los ministros. He hecho más, muy convencido de que es preciso atacar a España en todas sus partes sensibles, he creído que hace falta pensar en provocar el levantamiento de América española, ¿y qué hombre más a propósito para este papel que Miranda? He apurado, pues, conjurado a todo el Consejo para que se apresure a llamar a Miranda y darle el gobierno de Santo Domingo con todas las fuerzas que tiene en su mano y que parece que la providencia haya enviado expresamente a ese país. Con su valor, su genio, su nombre, puede holgadamente hacer caer las cadenas dadas por los Pizarro y los Cortés; pero, amigo mío, no encuentro en los demás, excepción hecha de Claviere, la actividad que hay en mi cabeza. Convienen en todo y no hacen nada; y Miranda está todavía con Dumouriez." [27]

El 28 de noviembre, Brissot escribe al general Dumouriez para rogarle que le "ceda" Miranda, quien acaba de ser llamado al mando del ejército del Norte. Los ministros, decía, habían penetrado en sus miras: Monge, en marina, le ofrecía nombrar

a Miranda gobernador general de Santo Domingo, en el caso de que Dumouriez consintiera en dejarle marchar. Gensonné, Claviere, Petion apoyaban vivamente sus esfuerzos: "Hay que hacer la revolución en la España europea y en la España americana. La suerte de esta última depende de un hombre; usted le conoce, le estima, le ama: es Miranda. Ultimamente, los ministros buscaban con quién reemplazarían a Esparbes en Santo Domingo; un rayo de luz me ha iluminado, he dicho: nombrad a Miranda. Miranda, primeramente no tardará en apaciguar las miserables querellas de las colonias, hará entrar pronto en razón a esos blancos tan turbulentos y vendrá a ser el ídolo de las gentes de color. Y en seguida ¿con qué facilidad no podrá lograr que se alcen, sea las islas españolas, sea el continente americano que ellos poseen? A la cabeza de más de doce mil hombres de tropa de línea que están actualmente en Santo Domingo, de diez a quince mil valientes mulatos que le proporcionarán nuestras colonias, ¿con qué facilidad no podrá invadir las posesiones españolas, teniendo además una armada a sus órdenes y cuando los españoles no posean nada que oponerle? El nombre de Miranda le valdrá un ejército; y sus talentos, su valor, su genio, todo nos responde del éxito. Mas, para obtenerle no hay momento que perder, es preciso que salga en la *Caprichosa,* que va a Santo Domingo; hace falta que marche antes de que España se dé cuenta de nuestros designios. Sé muy bien que su nombramiento va a aterrorizar a España y a confundir a Pitt con su pobre política dilatoria, pero España es impotente e Inglaterra no se moverá". Algunos días después Brissot insiste: "Miranda es el único hombre capaz de efectuar la revolución en América española".[28] Dumouriez hace obje-

ciones, no quiere ceder a Miranda. Y Brissot vuelve a la carga: "Si usted reflexionase acerca de cuánto importa asestar un gran golpe en el momento en que el entusiasmo reina todavía, sentiría usted la necesidad de separarse del hombre que solamente puede hacer esta revolución".[29]

En realidad, la resistencia de Dumouriez se basaba no en el proyecto en sí, sino en una cuestión de oportunidad: el general se aferraba a hacer primero una expedición a Holanda. Creía que una vez dueña de la marina holandesa, Francia sería lo suficientemente fuerte "para aplastar a Inglaterra, sobre todo interesando a los Estados Unidos de América en el sostenimiento de nuestras colonias y ejecutando un soberbio proyecto del general Miranda".[30] Se ve que Dumouriez, compartiendo las ideas del venezolano, descartaba las de los brisotinos.

En cuanto a Miranda, tendré ocasión de volver[31] sobre los motivos que pudieron determinarle a responder como lo hizo a la oferta precisa de ir a mandar la expedición proyectada a las Islas de Sotavento. Pero sería conocer muy mal al hombre, imaginar que manifestó abiertamente la desconfianza que le inspiraba el plan de Brissot. Siendo la diplomacia, más todavía que la guerra, su elemento natural, va a prolongar la conversación sobre este tema, que le es caro entre todos. Con fecha del 13 de diciembre, el convencional le escribe, repitiendo lo que ha dicho a Dumouriez: la empresa será fácil con doce mil soldados de línea y diez mil mulatos: "Sólo usted me parece que es quien se halla en estado de dirigirla; su nombre y sus talentos me garantizarían el éxito. He expuesto mis miras a todos los ministros; han comprendido sus ventajas. Consienten en darle usted el gobierno vacante de Santo Domingo, a la sombra

del cual puede operar esta revolución. Sólo les ha detenido una consideración : la adhesión tan merecida que Dumouriez le brinda a usted".[32] Miranda formula reservas, expresa temores: "El plan es realmente grande y magnífico, pero yo no sé si la ejecución será segura, ni aun probable. Por lo que respecta al continente americano y a sus islas, estoy perfectamente instruido y en estado de formar una opinión exacta; pero en lo que concierne a las islas francesas y ya su situación actual, no sé nada en absoluto y, por consiguiente, me sería imposible formar acerca de ellas una opinión exacta. Como en el plan de usted ésta es la base de toda la operación, puesto que es de las colonias francesas de donde debe salir la fuerza operante para poner en movimiento los pueblos del continente opuesto, hace falta que *estemos bien seguros* de que esta base es verdadera y positiva. Me parece también que mi nombramiento y mi salida para Santo Domingo serían la señal de alarma para la corte de Madrid y la de Saint-James y que los efectos se dejarían apercibir pronto en Cádiz y en Portsmouth, lo cual pondría nuevos obstáculos a la empresa, que por otra parte es demasiado grande, demasiado bella y harto interesante para estropearla o para hacerla fracasar por una falta inicial de previsión". Después de esto, Miranda puede, sin ningún peligro de que le cojan la palabra, decir a Brissot que, naturalmente, queda a disposición del poder ejecutivo para el caso en que éste juzgase que era absolutamente indispensable que tuviese un mando en América. Pero insinúa, ¿por qué el gobierno no habría de examinar los papeles que él remitió a Petion, conteniendo los planes sometidos al gabinete británico en 1790? Si el Consejo ejecutivo consintiera en hacerlo, Miranda estaría dispuesto a aprovechar una licencia que

le sería otorgada en el mes de enero, para volver a París y discutir un proyecto definitivo cualquiera.[33] Al pedir aclaraciones y cálculos precisos, el general quería ganar tiempo, pues no deseaba "contaminar al continente suramericano y, con el pretexto de llevarle la libertad, ver introducidas en él la anarquía y la confusión".[34]

Fue después de haber conferenciado con Dumouriez en Lieja cuando Miranda escribió esta pieza, una de las más hábiles, en mi opinión, que hubo redactado jamás. La semana siguiente mandaba a Brissot, con el ruego de comunicarla al Consejo ejecutivo, la copia de una carta del coronel Smith que se encontraba relacionada con el plan brisotino. Por lo demás, el general Dumouriez se disponía a marchar a París y podría instruir verbalmente a Brissot de todo lo que Miranda pensaba del asunto.[35]

Los dos generales se habían puesto de acuerdo para aconsejar que se suspendiera la ejecución del proyecto, y ésa es la opinión que el convencional recibió de labios de Dumouriez. Fue cuestión, sin embargo, de llamar nuevamente a Miranda a París para "agotar el proyecto en todos los aspectos", mientras que Dumouriez estaba allí. Pero como el gobierno buscase siempre el medio de quedar en paz con España y preparándose a hacer frente a Inglaterra, el plan se fue al agua. No obstante, Brissot no renunciaba y esperaba volver a ver pronto a Miranda, antes de la apertura de la campaña.[36] A fines de enero hablaba todavía de su expedición contra las colonias españolas; más tarde se le hará un cargo de sus opiniones relativas a las colonias, disfrazándolas para las necesidades de la causa. No tardaría el gobierno en consultar, sobre el tema de la defensa

de las islas, a un hombre que no figuraba precisamente entre los amigos del publicista: Arturo Dillon.[37]

De este modo nos encontramos ante esta doble paradoja, que representa a un Miranda ido a Francia para buscar apoyo con vistas a una expedición a América, declarando hasta que ése era el único motivo de su entrada en el servicio de esta nación,[38] y que ahora se oponía a la organización de esa expedición y rehusaba su mando un Miranda amigo de los girondinos, mimado por ellos, su grande hombre del momento, combatiendo el proyecto girondino y dando jaque a Brissot.[39] Para quienes no la han estudiado de cerca, la vida del general abunda en contradicciones, en inesperados cambios de frente, donde se pierde el hilo de su maniobra, cuyo fin escapa. En realidad, nadie más inexorablemente lógico que este sutil político, nadie más obstinadamente atenido a los fines que persigue. Le acontece, como sucede a personas dotadas de un gran entendimiento, que gracias a las lecciones de la experiencia, rectifican ciertas ideas, revisan ciertos valores, queman ciertos falsos dioses adorados todavía en otro tiempo: únicamente el imbécil permanece obstinado; solamente el mediocre se aferra desesperadamente a lo que ha tomado una vez por bueno o verdadero, aun cuando las pruebas le demuestren que lo que era ya no es. La existencia de Miranda está consagrada a la realización de su ideal: sacrifica a América el resto, para él secundario. Así hay que comprenderle y entonces se reconoce lo consecuente que es consigo mismo. Quienes me hayan leído hasta aquí se explicarán ampliamente por qué no quería ir a América con los franceses. Quienes prosigan la lectura de estas páginas se explicarán también por qué podía combatir una tesis o

una maniobra girondina: porque no fue nunca un verdadero girondino.

A propósito de las vinculaciones de nuestro general con la facción de la Gironda, es de advertir que ni Brissot, ni Petion, ni Buzot, ni Barbaroux han deslizado ni una palabra acerca de él en sus "Memorias". Madama Roland apenas señalará su segunda detención. Verdad es que, según hace notar Perraud, Manon tampoco hace más que una ligera mención de Lanthenas, no obstante haber sido durante largo tiempo su amigo íntimo. Para Brissot el caso no tiene nada de extraordinario: el convencional escribió la parte de sus "Memorias" donde podría haber hablado de Miranda, en tales circunstancias que se imponía el silencio; hubiera sido muy peligroso confesar relaciones con el general después del 31 de mayo. Desde luego, todavía hizo más Brissot en lo que concierne a Dumouriez, ya que negó descaradamente haberse reconciliado con él después de su desavenimiento, cuando el primer ministerio de este personaje, y haberle escrito posteriormente.[40]

En marzo de 1793, cuando la guerra con España parecía ya inevitable Stephen Sayre vuelve a la carga, acompañado por Beaupoil, oficial francés que sirvió en Polonia el año 1771, conocedor de América del Norte, hombre "de valor y fuerte resolución", y de un tal Pereyrat. Es la última vez que vemos el nombre de Miranda mezclado con proyectos franceses o que debieran servir a los intereses franceses en contra de España. Pero Sayre y sus amigos no creen que sea posible realizar "las miras harto más extensas" que ha presentado "un general", las cuales exigirían ciertamente "grandes medios, una armada y un ejército formidables". ¿Se trata aquí del plan de Miranda? Es

verosímil. En todo caso, los nuevos emprendedores estiman que "la República, al fin, estaría siempre a tiempo de seguir el plan del general en cuestión cuando lo juzgara oportuno", pues el que ellos van a proponer puede perfectamente favorecer designios ulteriores más vastos

De momento, hay que empezar por apoderarse de la Luisiana, tal vez de Méjico, y fomentar la revuelta en todo el mundo español. A este fin, ¿qué se le pide al gobierno revolucionario? Poca cosa, en suma: veinte barcos, doce cañones, dos morteros y municiones y víveres para tres mil hombres durante dos meses. Pero haría falta alguien para montar y hacer andar la máquina: se encuentra todo; un comité será constituido en Filadelfia, bajo la dirección de Genet y formado por el poeta Joël Barlow, "un verdadero amigo de la libertad, filósofo, puro en sus costumbres", quien tendrá el manejo de los fondos; Stephen Sayre, Beaupol y un tal Lyonnet, francés, "de un humor apacible", que podrá ser muy útil con su conocimiento de los lugares por haber habitado largo tiempo en Nueva Orleans. Este comité funcionaría a expensas del gobierno revolucionario y estaría autorizado para aplicar a la empresa una parte de las sumas debidas por los Estados Unidos a Francia. Tendría como fines: arrebatar Luisiana a España, investigar los medios de hacer alzarse a todas las colonias españolas; hacer pasar a las colonias francesas los géneros, trigos y salazones de los territorios del Oeste, que son en dos tercios menos caros que comprados en los Estados Unidos.

Lo que hay que retener de este programa es la frase siguiente, en la que se nombra a Miranda: "Las cuatro personas prepararían el alzamiento de las colonias españolas, que Miranda po-

dría acabar". También se habla de un mejicano, "el cual ha escrito al ciudadano Clairere[41] para esta expedición" y con el que convendría concertarse.[42] Es probable que Miranda no haya tenido nunca conocimiento de estas nuevas gestiones de Sayre.

Otros cuidados, sin embargo, y más urgentes, absorbían la atención del gobierno revolucionario: la fortuna de las armas cambia de campo por algún tiempo y va a ser necesario defender de nuevo el territorio francés amenazado. La flota inglesa cubrirá los mares; no habrá ya que pensar en una aventura en América. En el mes de mayo, el Tratado de Aranjuez dará seguridades a España sobre la suerte de sus posesiones, de las que el gobierno garantizará por algún tiempo la integridad. Inglaterra, al hacer esto, es cierto que no descuida de ningún modo los intereses de su comercio, que va desde ahora a penetrar en el continente hispano-americano y a establecerse firmemente en él. La evolución será fatal: al cabo de unos treinta años, los intereses materiales de la nación en esta parte del mundo serán tan considerables, que la Gran Bretaña llegará a ser, de un modo o del otro, el más poderoso, el más eficaz apoyo de los colonos españoles en su levantamiento.

NOTAS

[1] A. E. Colección de instrucciones dadas a los embajadores y ministros de Francia. Vol. XII bis. España. Vol. III, 399-400, 2 febrero 1792.

[2] Frédéric Lolié: *Talleyrand et la Société française*, p. 108, 116.

[3] A. E. Anglaterre. Vol. 585, fol. 56. Septiembre 1792.

[4] Ibíd. Vol. 582, fol. 164. Extracto del Morning Cronicle del martes 18 septiembre.

[5] Ibíd. Vol. 592, fol. 207. Talleyrand a Lebrun, 23 septiembre.

[6] A. E. Angleterre. Vol. 585, fol. 185-187. Memoria autógrafa, Londres, 25 noviembre 1792. Talleyrand fue expulsado de Inglaterra, en 1794, y pasó a los Estados Unidos.

[7] Ibíd. Espagne. Vol. 634, fol. 207. Monge a Lebrun, 17 noviembre 1792; fol. 290, Bourgoing a Lebrun, 3 diciembre.

[8] A. E. Angleterre. Vol. 582, fol. 137, Minuta. Lebrun a Chauvelin, 1 septiembre 1792.

[9] Ibíd., fol. 150, Servan a Lebrun, 16 septiembre.

[10] A. E. Angleterre. Vol. 582, fol. 114 y 157. Sayre a Lebrun, 4 y 17 septiembre. Véase Robertson (tra), p. 82, 85, 86, 112.

[11] Miranda a sus conciudadanos, 29 marzo 1793.

[12] Rojas, p. 178.

[13] A. E. Etats-Unis de l'Amerique septentrionale. Vol. 36. El año 1792 está comprendido en este único volumen. No se trata en él de Miranda.

[14] Albert Sorel, 111, 20

[15] A. E. *Mémoires*. Espagne. Vol. 210, fol. 38-43. El conde Guy de Kersaint es ese marino bretón que, indignado de la cobardía de la Convención, en el momento de la condena de Luis XVI, dio su dimisión de diputado. Fue guillotinado el 14 frimario año II. Kersaint era el padre de la duquesa de Duras, una de las amigas íntimas de Chauteaubriand.

[16] Villanueva: loc. cit., p. 64.

[17] Rojas, p. 7. Miranda a Brissot, 19 octubre.

[18] Castlereagh: *Correspondence*, VII, 405-412, 10 enero 1808.

[19] Albert Mathiez. *Notes de Robespierre*, en *Robespierre terroriste*, p. 107.

[20] Challamel: *Les Clubs contre-revolutionnairs*, p. 79.

[21] Véase la carta de Brissot a Dumoriez, del 28 de noviembre, citada a continuación.

[22] Robertson (traducción), p. 120.

[23] Pickering Mss. XXIV, fol. 150. Citado por Robertson (trd.), p. 127.

[24] Sorel, 111, 157, 261; Robertson (trd.), p. 117, 121.

[25] Knox. Mss. XXXII, fol. 176. Miranda a Knox, 4 noviembre. Citado por Robertson (trd.), p. 117.

[26] Véase Cl. Perroud: *Correspondence et papiers de Brissot*, p. 312-314. Brissot a Servan; a Dumouriez, 26 y 28 noviembre.

[27] Ibíd., p. 312, carta citada.

[28] Perroud, p. 314, 317. Brissot a Dumouriez, 28 noviembre y 2 diciembre.

[29] Ibíd., 319. Brissot a Dumouriez, 9 diciembre.

[30] Sorel, 111, 175. Dumouriez a Lebrun, 30 noviembre.

[31] Véase a continuación, en el capítulo V.

[32] Antepara, 171. Brissot a Miranda, 13 diciembre. Por error esta carta está fechada aquí el 13 de octubre; pues, además del asunto de América, se trata en ella de Boisguyon y de sucesos posteriores a la toma de Amberes, es decir, al 28 de noviembre. Rojas (p. 7) y Perroud al copiarla, y Robertson (p. 117) al citarla, no han corregido este error. ¿Me estará permitido añadir, de paso, que la verdadera actitud de Miranda acerca de Brissot y sus planes no está conforme en modo alguno con la versión que el profesor Robertson da del asunto? Este eminente historiógrafo no ha comprendido exactamente el pensamiento del general.

[33] Rojas, p. 5-7.

[34] Castlereagh: *Correspondence*, VII, 405-412. Miranda a lord Castelreagh, 10 enero 1808.

[35] Rojas, p. 9. Miranda a Brissot, 7 diciembre.

[36] Ibíd., p. 10-11. Brissot a Miranda, 6 y 10 enero.

[37] Mathiez: *La Victoire de l'An II*, p. 214. La audición de Dillon tuvo lugar el 12 febrero.

[38] Pickering. Mss. XXIV, fol. 150. Citado por Robertson (trd.), p. 121.

[39] «Ha logrado aplazarle (el proyecto) prometiendo dirigir él mismo la empresa en un momento más favorable.» (Ibíd.)

[40] Las Memorias de Barbaroux no van más allá del 21 de septiembre de 1792; las de Pétion sólo comienzan en el 31 de mayo de 1793. (Véase Biré: La Légende de Girondins, p. 221.)

[41] ¿Clavière?

[42] A. E. Espagne. Vol. 635, fol. 361-364, 623-624. Me parece que el profesor Robertson hablando (trd., p. 122), por lo demás muy brevemente, del plan Sayre, no ha consultado las piezas originales que tengo ante la vista; su referencia, en efecto, es de segunda mano.

CAPITULO V

LA TOMA DE AMBERES

HABÍAN los austríacos diseminado sus fuerzas de un modo que los críticos militares han calificado de inconcebible. La Tour cubría Flandes; Wurtemberg estaba en Tournai; quince batallones y veinticinco escuadrones guardaban a Mons y a Bury. El duque de Borbón se encontraba por debajo de Namur con un cuerpo de 8.000 emigrados. El 1 de noviembre llegó a Mons una parte de las tropas de Clerfayt, quien a toda prisa traía de Champaña 10.000 hombres. No aprovechóse en nada Dumouriez de la ventaja que le daba la situación de los enemigos: apresuróse a dispersar él mismo su ejército, que dividió en cuatro columnas, de las cuales no supo, dice Jomini, dirigir los movimientos.

A la derecha el general Valence, a la cabeza de veinticuatro batallones y doce escuadrones, debía trasladarse de Givet a Namur, para impedir la reunión de Clerfayt y del duque Alberto; lamentables retrasos hicieron fracasar esta operación: 12.000 hombres, a las órdenes del general D'Harville, marcharían desde

Maubege sobre Charleroi para envolver la izquierda austríaca y reunirse en seguida con Valence; en el centro, Dumouriez en persona iría sobre Mons y Bruselas con 35.000 hombres; a la izquierda, el ejército llamado del Norte, mandado por La Bourdonnaye, con una fuerza de 18.000 hombres, la mayor parte federado y voluntarios de reciente leva, invadiría Bélgica por Tournai, Nieuport y Gante, a fin de forzar al enemigo a extender aún su línea defensiva. Dumouriez contaba con seguir a los Imperiales hasta el Mosa, mientras que Valence tomaría Namur y La Bourdonnaye se lanzaría rápidamente a Gante y a Malinas, amenazando la derecha enemiga, para ir a sitiar a Amberes; con tal objeto se le habían reservado a este general seis piezas de veinticuatro que debían llegar por la vía del Escalda. El plan se vio contrariado por las pretensiones de La Bourdonnaye, jefe a quien Dumouriez quería ya hacer reemplazar.[1]

Los retrasos, añadidos a las dificultades provenientes de los aprovisionamientos de tropas, no impidieron a Dumouriez abrir la campaña, modificando un poco su plan con el fin de aprovechar todavía el mes de noviembre. Ordenó a Valence que marchara sobre Nivelle, para envolver el flanco izquierdo enemigo, si quería defender a Bruselas, y a D'Harville que se dirigiera sobre Binche para obligar a los imperiales a que abandonasen Mons, amenazándoles por ese lado.

El ejército fue al encuentro de los austríacos, establecidos en las alturas de Jemmapes y de Cuesmes, y allí les dio batalla el 6 de noviembre. El duque Alberto y Clerfayt contaban con 15.000 hombres. Dumouriez tenía tres veces más, pero las tropas francesas estaban lejos de valer lo que las imperiales en lo que respecta a disciplina y organización. El recuerdo de la fuga de

los soldados de Biron, seis meses antes, se cernía como un presagio funesto sobre este campo de batalla. El ataque comenzó a mediodía. La izquierda, mandada por el general Ferrand, en ausencia de Miranda, que todavía estaba en París, se dirigió sobre Quaregnon; el centro, a las órdenes del duque de Chartres, sobre Jemmapes; la derecha, mandada por Beurnonville, atacó a Cuesmes; D'Harville corrió hacia Nimy para cortar el camino de Bruselas. Jemmapes vio a Dumouriez dar prueba de su decisión y del más grande valor personal. En la izquierda debió tomar él mismo en sus manos la dirección del asalto, pues Ferrand no avanzaba nada; en el centro reunió las tropas desbandadas y ayudado por Chartres, de Kilmaine, sus oficiales de estado mayor y su ayuda de cámara, Bautista Renard, restableció la situación, seriamente comprometida; en la derecha, finalmente, al ver en fuga la infantería de Dampierre, el general en jefe se lanzó a la cabeza de tres regimientos de caballería, recobró las posiciones perdidas y cayó sobre el dorso del enemigo al mismo tiempo que los batallones de Thouvenot atacaban por la izquierda a Jemmapes, y pasando la Trouville envolvían a este pueblo.

Los Imperiales se retiraron, con una pérdida de 2.000 hombres apenas, y Dumouriez los dejó marchar: "Parece ser, decía un día el conde de Stanhope a lord Wellington, que Dumouriez tenía un considerable talento militar: conquistó Bélgica. —Sí, respondió el duque, conquistó Bélgica cuando no había nadie para defenderla. En esa batalla de Jemmapes, de la cual se ha hablado tanto, no había más que 11.000 austríacos".[2]

Napoleón, por su parte, también se chanceaba de esa campaña con cierta exageración, diciendo que 100.000 hombres vencieron a 7.000, sin llegar, no obstante, a destruirles.

Jomini hace una crítica apretada, no ya de la batalla de Jemmapes en sí, mas del conjunto de las operaciones que llevaron allí a Dumouriez, e indica, desde luego, que el general eligió para su ataque el punto menos favorable. Sea lo que fuere, lo cierto es que desde el punto de vista exclusivamente militar esta acción, simple victoria táctica, tiene poca importancia:[3] fue ganada, no en virtud de arte militar, sino por el número y la impetuosidad;[4] sin embargo, en otros aspectos tuvo una resonancia comparable con la del cañoneo de Valmy.

Dumouriez, quien antes de Jemmapes hubo esperado con impaciencia a Miranda, nombrado recientemente para el mando de su izquierda,[5] llegó a Mons el 11 de noviembre, donde al fin recibió al general venezolano, que venía de París. Le dio inmediatamente el mando del grueso del ejército de Bélgica, habiendo recibido el general Stengel el de la vanguardia, en lugar de Beurnonville, enviado al Mosela.[6]

La campaña iba a ser llevada con rapidez y energía. Dumouriez había mandado, de Hall, al coronel Desvaux, con un destacamento de 250 cazadores, a buscar noticias del enemigo, cuya retaguardia se hallaba en las alturas de Anderlecht. El 12, el general en jefe avanzó en persona, a la cabeza de 3.000 hombres y de dos compañías de artillería a caballo, y ordenó al general Miranda que condujese a Hall el ejército que acampaba en Enghien; D'Harville recibió una orden semejante. Miranda debía, por otra parte, llevar un destacamento de socorro a Leeuw-Saint-Pierre. Delante de Anderlecht, Dumouriez emprendió pelea con 6.000 enemigos, a los cuales derribó, hacia fines de la tarde, ayudado por los refuerzos que le llegaron. Sin embargo, Miranda y D'Harville arribaron a Hall, donde supieron que el general en



LA MARLIÈRE
Anvers
MOLITOR
Lierre
Ejército del Norte
LA BOURDONNAYE
Malines
Demer
STENGEL
DUMOURIEZ
MIRANDA
Lovaina
Duque Alberto de SAXE
D'HARVILLE
Bruselas
Dyle
Tirlemont
Geete
Leau
Grande
Petite Geete
St. Trond
Ejército de Bélgica
Neerwinden
Tongres
BEAULIEU
VALENCE
Ejército de las Ardenas
Lieja
Meuse
Namur
Huy
Charleroi
Sambre
MOITELLE
LA SITUACION MILITAR
EL 14 DE NOVIEMBRE DE 1792
Según el Mapa del Estado Mayor Imperial
Franceses
Austríacos
0 10 20 30 K.
Dinant
LUSIGNAN
SCHRÖDER

jefe luchaba contra fuerzas superiores y pedía socorro. Lanzáronse prestamente sobre Anderlecht, que el enemigo empezaba a evacuar. En el campo de Dumouriez, el ejército hizo a Miranda un entusiasta recibimiento.[7] Reanudóse la marcha al siguiente día y el 14 de noviembre las tropas francesas entraban en Bruselas, aclamadas por una población delirante. Los Imperiales, batidos todavía en Cumptich y Waroux, retrocedían por todas partes. Valence tomó a Namur, y el ejército del Norte sitió a Amberes.

Al dejar Lovaina, Dumouriez envió a Miranda a que tomase el mando de ese ejército del Norte, en lugar de La Bourdonnaye, "quien llevaba tan deplorablemente el asedio de la ciudadela de Amberes, que no la hubiera tomado en un mes".[8] La Bourdonnaye había llegado a ser imposible a la cabeza de sus tropas: su tiranía para con los belgas exasperaba a Dumouriez; su tono tajante e insolente no agradaba en el ministerio.[9] Sin embargo, su adulación a los poderosos le valía apoyos que no dejaba de poner en juego cuando llegaba la ocasión. De noble familia, se había hecho jacobino; halagaba a los demagogos hasta el punto de que, al contrario de otros jefes militares, que no veían en ello más que inconvenientes, pedía a la Convención que enviase comisarios al ejército "para vigilar la conducta de los generales".[10] En recompensa, Pache no dejará de ayudarle bajo cuerda. Dumouriez, que poco antes le recomendaba a Servan como "prudente y virtuoso",[11] le encontraba ahora "limitado, altanero, malvado, inepto, ambicioso, imbécil, ignorante, bajo, venal" y protestaba contra sus exacciones y su mala política; en Bélgica acabó por decirle: "está usted a mis órdenes y debe usted ejecutar más que lo que yo prescribo, si no, váyase usted".[12]

"No dejaré de quejarme hasta que me hayan librado de él, dice a Pache, me paraliza un cuerpo de 25.000 hombres".[13]

Por otra parte, La Bourdonnaye no se expresaba con más ternura respecto de su jefe: "Es débil como una ramera", escribía al ministro de la Guerra.[14] Dumouriez solicita, en fin, que reemplacen "a este terrible general" por el viejo Duval.[15] Por intervención de Lebrun, Pache ordena a La Bourdonnaye que entregue el mando de sus tropas al más antiguo oficial general y abandone Bélgica, y autoriza a Dumouriez para encargar de ese mando al general Duval.[16] Parece ser que en el pensamiento del general en jefe el mando de Duval no debía ser más que provisional, puesto que el 23 de noviembre escribía a Pache: "Este sucesor (de La Baurdonnaye) será el virtuoso y prudente Miranda, a quien quieren todos ustedes".[17] Por su lado, La Bourdonnaye, advertido sin duda, intenta darse el tono de prevenir su reemplazo y pide una licencia para irse a descansar. Dice estar enfermo, "sobre todo de unas hemorroides tan considerables que apenas puede montar a caballo". Propone que le dejen en Gante o en Lila y que se le autorice para dar 10.000 hombres de sus tropas a Duval, Ruault y Champmorin, para que sigan la izquierda del ejército de Dumouriez.[18] El ministro de la Guerra se quedó en una solución intermedia que ofrecía muchos inconvenientes: ordenó a La Bourdonnaye que abandonase Bélgica y entregase el mando a Duval, pero no le privó oficialmente del título de jefe del ejército del Norte. El Consejo ejecutivo se atemperaba así a los mandatos de Dumouriez y consentía en alejar al personaje estorbador, pero Pache no lo hacía sino contra su voluntad, pues, escribe Alberto Sorel, "apreciaba mucho a este antiguo ayo de los hijos del conde de Artois, militar inca-

paz, cortesano, intrigante, delator, pero, por eso mismo, popular en los clubs".[19] Por otra parte, en el ministerio de la Guerra todavía no se trataba de Miranda para el mando, puesto que, aun el 25 de noviembre, en el momento en que el general se ponía en camino para Amberes, Pache escribía a Dumouriez que podía encargar de aquél a Duval.[20] Mas Duval no quería de ninguna manera y opuso una formal negativa a los ofrecimientos del general en jefe.[21] Este anciano, honrado y capaz, que profesará siempre una gran amistad y la más perfecta consideración a Miranda, era uno de los mejores oficiales del ejército. Ingresado el año 1758 en los guardias de corps del Rey, en la compañía de Villeroy, el mariscal príncipe de Soubise pedía para él, en 1774, el empleo de teniente coronel agregado a su legión y anotaba esto de él: "muy valiente, muy aplicado, propio para el estado-mayor, excelente oficial; se ha distinguido en Alemania y en Córcega".[22] Dumouriez apreciaba también mucho a este hombre "de gran mérito, de purísimo patriotismo, de consumada prudencia, que juntaba todas las virtudes civiles con grandes cualidades militares".[23]

Fue, pues, la negativa de Duval,[24] la que indujo al general en jefe a enviar a Amberes a Miranda, quien había vuelto a tomar el mando de su división y se encontraba en Tirlemont cuando el 25 de noviembre le llegó la orden de Dumouriez.[25] "He enviado al teniente general Miranda a tomar el mando del cuerpo de ejército de La Bourdonnaye", escribe el general en jefe al ministro de la Guerra, añadiendo que espera que después de Amberes, Miranda tomará Ruremonde y será dueño del curso del Mosa.[26] Desde hacía algún tiempo Dumouriez no escatimaba los elogios con relación a Miranda y loaba con su verbo habitual

las eminentes cualidades de su lugarteniente: "La amistad de usted, querido Miranda, le escribía desde Vouziers, es mi más preciada recompensa. Es usted un hombre, y son tan pocos los que encuentro que, haberle conocido, tratarle en el curso de la vida, sostener una correspondencia con usted cuando los acontecimientos nos separen, será una de las más dulces ocupaciones del resto de mi existencia Estábamos hechos para conocernos y es usted quien tiene el mérito del acercamiento, puesto que es su sublime filosofía la que nos ha reunido el uno con el otro. Le abrazo a usted como a mi hermano".[27]

La Bourdonnaye llegó ante Amberes con el grueso del ejército francés el 19 de noviembre, pero, después del 14, su vanguardia había alcanzado San Nicolás y estaba apostada en Borgehout, a los confines de la ciudad. El mariscal Bender había dado al comandante de la fortaleza orden de evacuar los fuertes de Lilo y Liefskenshoeck y de destruir todos los cañones y todas las municiones que se viese obligado a dejar allí.[28] La Marlière ocupó la ciudad propiamente dicha y obligó a los austríacos a que se atrincheraran en la ciudadela. La artillería de sitio tardó todavía algunos días en llegar y retrasó con ello las operaciones,[29] pues hizo falta esperar las seis piezas de veinticuatro prometidas por Dumouriez para batir las fábricas que se decía que aún estaban en buen estado.[30] En verdad, las fortificaciones de Amberes, reconstruidas por los franceses en 1701, según los métodos de Vauban, estaban parcialmente arruinadas y presentaban poco valor militar. La guarnición, mandada por el coronel Molitor, se componía del batallón de infantería Hohenlohe 17, llegado el 13 de noviembre, de dos compañías Wurzburg y de 140 artilleros. Estas son las cifras dadas por el estado mayor

austríaco,[31] aunque el general de La Bourdonnaye, según los desertores, indicase a Pache una cantidad menor en total.[32]

Los trabajos del sitio fueron emprendidos bajo la dirección del general Guiscard, que acababa de recibir el título de mariscal de campo en recompensa de su buena conducta en Lila, donde había mandado la artillería.[33] Estamos en posesión del diario del asedio, redactado por los oficiales de ingenieros capitanes Marescot, Dejean y Senarmont y teniente Flayelle, que da todos los detalles de esta operación. Marescot ha dejado también una relación exacta del conjunto de las operaciones del ejército hasta la toma de Amberes.[34] Estos oficiales alcanzarán la celebridad: Dejean, ingeniero distinguido, muy apreciado por Miranda,[35] será hecho conde y ministro de Napoleón. Senarmont mandará la artillería imperial cuando la toma de Madrid. Flayelle, barón de Bourdonchamp, llegará a ser brigadier y director de las fortificaciones, hará doce campañas y se hallará en Marengo y en Austerlitz. Marescot dirigirá, en 1794, los trabajos del segundo sitio de Maëstricht bajo el mando del general Kleber; en 1799 Sieyes querrá hacerle ministro de la Guerra; general del Imperio. comandante en jefe de ingenieros en el Gran Ejército, estuvo encargado por el gobierno imperial de ir a inspeccionar las fortificaciones de Cádiz, y se encontraba con Dupont cuando éste envió parlamentarios al general Castaños para negociar una capitulación: cometió la torpeza de consentir en acompañarles, con lo que incurrió en la cólera de Napoleón, quien le mandó prender y desterrar. El jefe del estado mayor del ejército del Norte era Juan Bautista Andrés Isidoro, conde de Ruault de la Bonnerie, oficial que, según Dumouriez, no supo nunca mandar en jefe, pero que poseía, con el mayor valor personal, cualidades

de primerísimo orden como organizador. Coronel del 56 regimiento de infantería en 1791, fue creado mariscal de campo y defendió brillantemente la plaza de Lila contra los austriacos en septiembre y octubre del siguiente año. Servirá a las órdenes de Miranda hasta la batalla de Neerwinden.[37]

Después de algunos trabajos preparatorios, se procedió en la noche del 25 al 26 de noviembre a abrir la trinchera. Riguroso era el frío, mas las tropas dieron pruebas de abnegación y de actividad. No tuvo el enemigo sospecha alguna de la presencia de los trabajadores y no les inquietó durante la noche. El 26, el general Miranda, que acababa de llegar al cuartel general de Berchen y de tomar el mando,[38] fue durante la tarde a visitar los trabajos: "Dio prisa vivamente para el establecimiento de las baterías, que hubiera podido ser empezado al mismo tiempo que las trincheras; hizo trazar una en su presencia, a la izquierda de la segunda batería de morteros, un poco más adelante de la paralela destinada a batir con pleno azote la cara derecha del baluarte de Toledo".[39] El general escribía a París: "He mandado continuar la trinchera delante de la ciudadela de Amberes, que no habían empezado hasta la noche pasada. Los trabajos han sido ejecutados con tanto vigor y actividad que la segunda paralela estará terminada antes de la noche. He ido a reconocer el frente de ataque con el jefe de la artillería. He hecho disponer una batería de cuatro piezas de cañón de veinticuatro y de cuatro obuses, que estará terminada esta noche y en estado de hacer fuego sobre el enemigo al amanecer. El resto de nuestra artillería está en Boom, a dos leguas de aquí; debe de llegar mañana por la mañana, y todas nuestras baterías estarán terminadas durante el día". Miranda despacha Duval a Boom y a Walhem

para acelerar la marcha demasiado lenta de esta artillería. Como el general Dorbay, que la mandaba, estuviese demasiado viejo y poco activo, el comandante en jefe encarga a Guiscard la dirección de las operaciones. Muéstrase satisfecho del buen humor y del espíritu de orden que reinan en las tropas, y juzga que no hay obstáculos que no estén dispuestas a salvar con alegría y buena voluntad.[40]

Sin embargo, La Bourdonnaye no quería conformarse con las disposiciones de Dumouriez y no se resignaba a alejarse del cuartel general. A las invitaciones reiteradas del ministro de la Guerra para que abandonase sin tardanza el ejército y para que no se resistiera a las órdenes del Consejo ejecutivo,[41] respondió pidiendo que le mandasen a Lila una nueva carta incitándole a entrar de nuevo en el departamento del Norte, pues había extraviado la primera, fecha del 22, y quería justificar "el abandono de su cuerpo de ejército".[42] Protestaba contra Dumouriez, que prescribía su destitución en el caso en que él, La Bourdonnaye, tuviese órdenes contrarias a las suyas. El general en jefe, decía, "ha encontrado un instrumento en el mariscal de campo Miranda, a quien ha hecho teniente general y creo que comandante en jefe del ejército del Norte; por lo menos, él toma ese título". Se quejaba de que no le hubiesen contestado a su petición de quedarse hasta después de la toma de la ciudadela.[43] Por fin, el 30 de noviembre dejó Amberes para marcharse a Lila. Pero no había concluido la querella del comandante: La Bourdonnaye seguía protestando de su destitución, que era consecuencia de las intrigas de Dumouriez secundado por Lebrun, y hacía constar que en vez de darle por sucesor al primer oficial del ejército, como deseaba Pache, se había visto reemplazado por "un espa-

ñol, el mariscal de campo Miranda, a quien verosímilmente usted no hará teniente general y que ha sido empleado por Dumouriez en misiones a París", mientras que uno se batía en Mons y en Jemmapes. El mismo Miranda le habría confesado que llevó a Petion la copia de una de sus cartas a Dumouriez en la que se quejaba del general en jefe.[44] Esta carta no se la hubo llevado Miranda a Petion, sino que se la mandó desde Valenciennes el 26 de octubre: "No he podido obtener esta copia más que a costa de la mayor dificultad, le dice, y le ruego que no la deje ver por nadie, mandándosela a usted únicamente para convencerle de la necesidad absoluta en que estamos de tener un rango o autoridad superior militar, situada en alguna parte, que remedie todas estas disputas y embrollos que bien podrían acabar por dar al traste con la cosa pública. En fin, usted procederá en esto como mejor crea, y ya le he dicho a usted otra vez bastante sobre el mismo asunto".[45]

Al tomar posesión del mando, Miranda hizo saber por Ruault, su jefe de Estado Mayor, a los comandantes de las guarniciones de Furnes, Nieuport y Ostende, que en adelante no deberían recibir más órdenes que las que les fuesen dirigidas directamente por él mismo o en su nombre por el general Ruault.[46] Esta circular puso fuera de sí al general Pascal de Kerenveyer, que mandaba en Dunquerque y decía tener autoridad sobre dichas guarniciones. Escribió inmediatamente al ministro de la Guerra para protestar de la comunicación de Ruault y para rogarle que esclareciera la situación y delimitase su mando. "No he recibido nunca ninguna orden del general Dumouriez, dice; el general Miranda no me ha notificado que reemplazara al general La Bourdonnaye; el jefe de estado mayor de este ejército no me

ha prevenido de este cambio de jefe; ¿a quién debo obedecer?" Vista la actitud de los comandantes de guarnición, que le oponen la circular de Ruault, Pascal pide órdenes precisas que permitan detener los progresos de la anarquía y remediar los atentados realizados contra la jerarquía militar. Obedecerá a no importa quién, pero siempre hará falta que se le haga saber a quién debe obediencia.[47]

Pache parecía preocuparse muy poco de poner fin a esta anarquía, y el 9 de diciembre hacía observar a La Bourdonnaye que el Consejo ejecutivo al ordenar que se le llamara de Bélgica no le había destituido del mando de comandante en jefe del ejército del Norte,[48] el cual ejército se encontraba así con dos jefes: uno, nominal, establecido en Lila, y otro, efectivo, en Amberes y Ruremonde. Es cierto que Miranda no se titulaba a sí mismo más que "mandando en jefe el cuerpo de ejército del Norte", o "mandando en jefe el ejército del Norte en Bélgica", o, en fin, "mandando la división del Norte del ejército de Bélgica",[49] y éste es el título que le atribuía el ministro de la Guerra al escribirle.[50] Las palabras "en Bélgica", "de Bélgica", indican que Miranda sabía bien que La Bourdonnaye conservaba su mando independiente en el departamento del Norte.

No dejará de manifestarse a continuación la rivalidad de ambos generales. La Bourdonnaye escribirá a Pache para pedirle que quite a Miranda su estado mayor, pues, pretende, la división de 12.000 hombres mandada por este "oficial español" no lo necesitaba en modo alguno. Reclamaba para su propio servicio dos empleados y el ayudante general Buisguyon.[51] No era, ciertamente, la primera vez que un requerimiento análogo se le dirigía al ministro de la Guerra, pues el 4 de diciembre había

ordenado a Miranda que enviase a París a los funcionarios Blessel y Bretel, y el general, por razón de necesidades del servicio, no pudo cumplir esta orden.[52] Jamás se decidirá el ministro a poner fin al conflicto de autoridad entre ambos generales. Cuando Miranda pide títulos y cartas de servicio para sus ayudantes de campo, "a fin de que sus sueldos y rangos estén arreglados conforme a las leyes militares",[53] "no está en mis atribuciones, le responde Pache, acceder a la petición que usted me hace a propósito de sus ayudantes de campo. No habiendo perdido en modo alguno, el general La Bourdonnaye el mando en jefe del ejército del Norte, usted no puede tener los cuatro edecanes con título que le son atribuidos por la Ley".[54] Según las leyes del 28 de septiembre de 1790 y del 30 de agosto de 1792, Miranda no tenía derecho, en calidad de teniente general, más que a dos edecanes con el grado de capitán.[55]

Desde luego, no será solamente La Bourdonnaye quien pondrá obstáculos a Miranda en el ejercicio del mando: además de Pascal, quien podía alegar razones valederas, se le verá a Marassé no oponerle más que pretextos. Este viejo soldado, al que Miranda, por recomendación de Dumouriez, llamará al mando de Amberes, pronto se creerá independiente y protestará cerca del ministro de la Guerra en contra de su jefe, quien le ordenaba que emplease al capitán Senarmont en las fortificaciones de la plaza. Este oficial venía a reemplazar al coronel belga Lami, mandado por Dumouriez a Miranda "para residir al lado del general Marassé, a petición suya, para seguir los trabajos del río y hacer reparar los fuertes de Lilo y Liefskenshoeck".[56] Sin embargo, sometióse Marassé, aunque, dice, "Miranda no manda aquí y yo soy más antiguo que él", y por más que "eso me afecta

dolorosamente".[57] En esta ocasión, Pache no podía por menos de aprobar la elección de un oficial francés para reemplazar a un belga y respondió a Marassé que Miranda estaba completamente en su derecho de darle órdenes, puesto que se hallaba encargado del mando de todas las tropas del ejército del Norte situadas fuera del territorio francés.[58]

En lo que concierne a Pascal, Pache se decidirá, por fin, a escribir a Dumouriez que este general está a las órdenes de La Bourdonnaye y que no manda en las tropas que se encuentran en Bélgica. El ministro quiere, en cambio, que los generales que mandan en Bélgica no den órdenes a las tropas que se hallan en territorio francés.[59]

Es indudable que la cualidad de extranjero de Miranda le creaba grandes dificultades frente a sus colegas y subordinados franceses. Eran su nacionalidad española y su carácter altivo, así como su rápida elevación, lo que le atraía la animosidad de algunos de ellos. El caso de Boisguyon es típico en este respecto, y señala cómo hábiles intrigas podían fructificar en un terreno muy propicio.

La Bourdonnaye, como hemos visto, se las ingeniaba para procurar molestias a su predecesor, a quien consideraba como su enemigo personal; la gente de su camarilla compartió su enemistad a Miranda, y el ayudante general Boisguyon pertenecía a ese número. Este personaje, muy relacionado con Brissot y colaborador del "patriota francés", antiguo camarada de Louvet en el comité de correspondencia de los jacobinos, estaba agregado al ejército del Norte; tomó abiertamente el partido de La Bourdonnaye y se lanzó a un ataque a fondo contra el nuevo jefe del ejército. Miranda instruyó de ello al ministro de la

Guerra en estos términos: "Me encuentro en la desagradable situación de denunciar a usted oficialmente un acto de insubordinación cometido antes de ayer por el ayudante general del estado mayor de este ejército, Boisguyon; la copia adjunta de su carta[60] le instruirá a usted suficientemente acerca de su carácter perturbador y peligroso. Cinco minutos después de mi llegada aquí para tomar el mando del ejército he recibido diferentes quejas de la conducta incendiaria de este individuo, y el teniente general Duval, entre otros, me dice que le había hablado de que, ¿cómo (el general) siendo francés, sufriría que un extranjero tuviese el mando de un ejército?, etc. No hice caso de todas estas indiscreciones, en vista de que no perjudicaban más que al que las propagaba. Nunca he visto a este individuo durante el sitio ni una sola vez ni sé que haya estado en su puesto o venido a verme; el día de la rendición de la ciudadela se me presentó delante de las tropas con el general La Bourdonnaye, quien me pidió que le dejara irse con él. Le hice observar la extraña conducta del Sr. Boisguyon y las quejas que había recibido de todas partes y que me imponían el deber de demostrarle mi desaprobación como jefe del ejército. Le arresté sencillamente en su casa y así quedó la cosa. El Sr. La Bourdonnaye me solicitó su perdón reconociendo su culpa, a lo que me negué, y al día siguiente supe con asombro, por el general Ruault, jefe del estado mayor, que el Sr. Boisguyon había desertado, haciéndole llegar la carta, de la cual envío a usted una copia. Espero que el poder ejecutivo, en su sabiduría, no tolerará que crímenes de esta naturaleza queden impunes a la vista de un ejército libre que no conoce más que una ley para todos. He creído mi deber mandar una orden a los comandantes de Gante y de Tournai,

por donde debe de pasar, para que le detuvieran y le condujeran aquí; si esto se consigue le haré juzgar por un consejo de guerra en los términos de la ley".[61]

Las oficinas de la guerra, donde la influencia de La Bourdonnaye seguía siendo poderosa, parecieron dispuestas a sostener a Boisguyon y defender su conducta. Miranda no podrá nunca alabarse de la buena voluntad del ministerio para con él. Javier Ardouin, yerno de Pache,[62] puso al margen de la carta del general, después del trágico fin de Boisguyon, una nota libelada de este modo: "El asunto del ciudadano Boisguyon era, según parece, un asunto personal. La opinión de este oficial ha venido a ser luego la de mucha gente. Era injusto calificar de deserción su alejamiento del ejército, puesto que en su carta al jefe de estado mayor, Boisguyon anuncia que va a constituirse prisionero en una ciudad fuera del mando del español Miranda. Sin embargo, Boisguyon ha perecido a consecuencia de estos enredos". En lo cual Ardouin mentía, pues la partida del ayudante general del ejército del Norte no tuvo absolutamente ninguna relación con su muerte. Sin embargo, desde luego, Pache ordenó a este oficial que se entregase arrestado;[63] Boisguyon corrió a Lila fingiendo que se constituía prisionero. La Bourdonnaye le tomó bajo su protección y escribió a Pache que no había querido tratarle como desertor, no encontrándole culpable por ningún concepto. Huía de una persecución injusta, y "la charla desnaturalizada" que había tenido "en una habitación y con uno o dos oficiales, no podía ser incendiaria". La Bourdonnaye decía tener absolutamente necesidad de él, y mientras esperaba le mandaba a París para rendir al ministro "cuentas útiles a la República". No cesará de reclamarle: "Rogaré a usted también

que me envíe de nuevo al ayudante general Boisguyon, del cual tengo gran necesidad", escribirá finalmente.[64]

Miranda permaneció durante largo tiempo inflexible para con el "famoso ayudante de campo".[65] Con reiteradas instancias, Brissot escribió al general para solicitar el perdón de su antiguo colaborador; hasta le remite una carta personal de éste. "He criticado mucho su vivacidad, dice Brissot; él no le conocía a usted, y cuando le he referido su historia, cuando le he hablado de los sacrificios de usted por la libertad y de sus talentos, se ha mostrado verdaderamente entristecido por su conducta con usted y determinado a repararla." Y Brissot, en su nombre y en el de Petion, después de haber consultado a Pache, pide a Miranda que levante el arresto de un oficial, de quien él garantiza el patriotismo y la pesadumbre; el general hizo oídos sordos. No fue hasta un mes más tarde cuando consintió en levantarle el castigo, y Brissot le dio las gracias por ello, esperando que la lección le sería útil al culpable, "pues un patriota gusta de reconocer sus faltas y repararlas".[66] Boisguyon no debía servir ya más a Miranda: le trasladaron al ejército de Bretaña.[67]

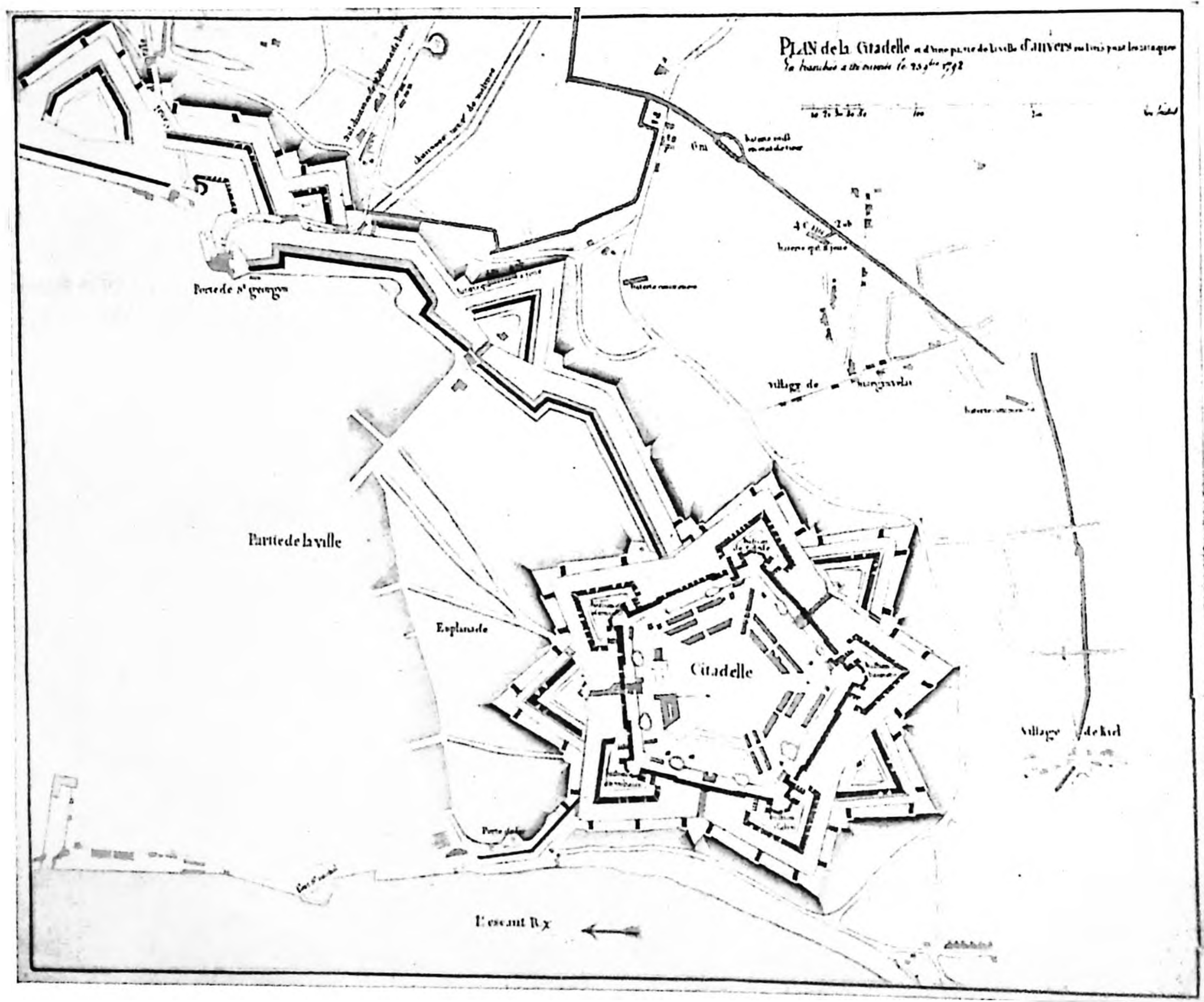
Los trabajos del sitio continuaron sin interrupción bajo el fuego de la ciudadela. El 27 de noviembre Miranda hizo llegar, por el capitán Pinon, al coronel Molitor, comandante austríaco, un paquete de cartas que venían dirigidas a él o a los suyos,[68] y Molitor aprovechó el regreso del oficial francés portador de esas cartas para proponer que cesara el fuego hasta que él pudiera recibir instrucciones del duque de Sajonia-Teschen. Miranda quiso esperar a encontrarse en la medida de apoyar su respuesta en el fuego de su propia artillería.[69]

Marescot informa que el general, "impaciente por responder a la artillería de la plaza, se decidió a quedarse en la trinchera para acelerar por sí mismo la confección de las baterías". Al fin, el 28, a la una de la tarde, Miranda dio orden de bombardear la ciudadela. Cuatro cañones de veinticuatro, cuatro morteros y cuatro obuses tiraron sobre todos los puntos de la fortaleza. Dícese que la primera granada lanzada por la artillería francesa se llevó la mesa del goberndor en el momento en que él se sentaba para comer. El tiro de los sitiadores, pronto y preciso, redujo hacia las cuatro al silencio la artillería enemiga. Estallaron incendios en los edificios de la ciudadela, en los cuarteles y en el arsenal; el enemigo abandonó los baluartes. A las cinco, Miranda enviaba su respuesta a la proposición que le hicieron la víspera. El general se negaba a suspender sus operaciones y a interrumpir el fuego de sus baterías, pero se manifestaba dispuesto a evitar una inútil efusión de sangre y excitaba al comandante de la ciudadela a que siguiera su ejemplo y a cuidar a los habitantes de la ciudad, amenazándole, si procedía de otro modo, con negar a la guarnición "los derechos a los honores y distinciones que solamente son debidos a las tropas valerosas y humanas en la guerra".[70] El oficial francés regresó a las seis, acompañado por un parlamentario austríaco, el capitán de Vaux, del regimiento de Vierset, encargado de capitular, pidiendo para la guarnición los honores sencillos de la guerra.[71]

"La llegada del general Miranda, dicen los oficiales de ingenieros, y la actividad que puso en apresurar la ejecución de las baterías han acelerado muy ciertamente la rendición de la ciudadela."[72] "El teniente general Duval, escribe Miranda a Pache, y los mariscales de campo Ruault, jefe del Estado Mayor, y Guis-

card, comandante de la artillería, han cooperado muy esencialmente en el sitio. Los cuerpos de artillería y de ingenieros han manifestado una inteligencia y un celo por encima de mis expresiones." El general estimaba sus pérdidas en 30 hombres entre muertos y heridos.[73] En realidad, la defensa de los sitiados fue bastante débil. Se le acusó al coronel Molitor de haber vendido la plaza.[74] El consejo de guerra que reunió el comandante para deliberar sobre la situación comprobó que iban a faltar los víveres y que no quedaban más que 150 bombas de doce libras; por otra parte, los artilleros no eran bastante numerosos para proveer los cambios de tiro; a más de esto, el propio duque Alberto había hecho saber a la guarnición que "el momento de la capitulación era llegado".[75] Marescote, por su parte, anota en su informe que fue la burguesía de la ciudad la que, amenazando con sublevarse, obligó en definitiva al coronel Molitor a capitular.

La capitulación, firmada el 29, dio lugar en seguida a vivos debates. El capitán De Vaux pretendía que estas palabras: "Sobre las bases de que los honores de la guerra serán acordados a la guarnición en los términos ordinarios", no significaba que la guarnición quedase prisionera de guerra. También buscaba el modo de sustituir las palabras: "La ciudadela será entregada a *las tropas de la República francesa*" por estas: "Será entregada *al poder de los franceses*". A las once, Miranda, impacientado por estos palabreos, da orden para prepararse a bombardear de nuevo y dice al capitán De Vaux: "Piense que a la vergüenza de ser subyugados añadirán ustedes la de pasar en Europa por hombres sin fe y sin honor".[76] Sin embargo, el general Ruault se personó en la ciudadela para hacer comprender al general Molitor que esas bagatelas estaban fuera de lugar. El coman-


PLAN de la Citadelle
d'anvers
Porte de St georges
Partie de la ville
Esplanade
Citadelle
Village de
Village de kiel
L'escaut R.

dante austríaco cedió. El 30 por la tarde, la guarnición, con una fuerza de 1.300 hombres, salió de la fortaleza, y a la cabeza Molitor; desfiló por delante de los destacamentos de todos los cuerpos del ejército y fue a depositar en la explanada sus banderas y sus armas: era prisionera de guerra,[77] habiendo perdido en todo y por todo, en el bombardeo, dos muertos y cuatro heridos.[78]

Una orden del día en la que Miranda daba calurosamente las gracias a las tropas, especialmente al cuerpo de artillería, por su conducta durante las operaciones del sitio, reguló las condiciones del desfile de la guarnición vencida y la entrada del ejército francés en la ciudadela. Cada batallón, regimiento de caballería, cuerpo o compañía de cazadores, suministró un piquete de 50 hombres con banderas y estandartes. Abría marcha la artillería con ocho piezas ornadas de laureles; seguía el árbol de la Libertad, destinado a ser plantado en la plaza de la fortaleza, destinado a ser plantado "en el lugar donde hubo de ser antaño inaugurada la estatua del duque de Alba, ministro tan déspota como Felipe II, su indigno amo". Luego se procedió a borrar las denominaciones que llevaban las diversas fábricas de las fortificaciones, sustituyéndolas por los nombres de los hombres que "por su virtud y su patriotismo se han elevado a la categoría de héroes"; Dumouriez ocupó el sitio de Alba; Petion, el de Fernando; Mirabeau, Rousseau y Helvetius tuvieron también cada uno su baluarte.[79]

¿Cuáles fueron, en suma, las condiciones de esta capitulación de Amberes, que Dumouriez decía que estaba marcada con el sello del filósofo y del republicano?[80] El texto mismo parece haber sido redactado por el parlamentario o el comandante aus-

tríaco, no habiendo tenido el general Miranda más que escribir al margen sus respuestas a los artículos propuestos y formulados. Inspíranse estas contestaciones en una considerable generosidad y no carecen, por otra parte, de vigor ni de orgullo. Las restricciones o aclaraciones que el general se creía en el deber de aportar están concebidas en un estilo breve y preciso, como conviene a las circunstancias. A veces, una advertencia aguda: "Acordado, dice el artículo 3.°, con la reserva de que la palabra *pillaje* será suprimida, por no conocerse en el ejército de la República francesa". Como Molitor pidiese un cambio de rehenes para garantizar la ejecución del tratado, el general escribió noblemente: "La lealtad francesa y la fe del ejército es el mejor rehén que cabe desear". Dispone que los heridos y enfermos enemigos serán cuidados en el hospital; en cambio, se niega a dejar que los austríacos lleven los condenados a las prisiones de la fortaleza, "por ser ello contrario a los derechos del hombre". Además, Miranda se reserva el tratar con la nación belga y las autoridades de Amberes todo lo que se relacione con la protección de los habitantes y las propiedades de los ciudadanos, "siendo la ciudadela una propiedad que será entregada al pueblo belga al verificarse la evacuación de las tropas de la República francesa".[81]

En el siguiente enero ocurrió un cambio de notas entre el general De Perneti y Miranda con motivo de esta capitulación. Pretendía el austríaco que había sido violada en lo de que se debía de devolver la libertad a la guarnición, retenida prisionera contrariamente "a esa lealtad francesa de la que tanto se vanagloria el señor general Miranda". Miranda respondió exhibiendo una declaración, firmada a raíz del suceso por el coronel Molitor,

"para ponernos al abrigo de los embrollos", y según la cual la guarnición consentía en quedar prisionera de guerra.[82]

Miranda tomó Amberes, 130 cañones, 3.000 fusiles, 361 sables, 626 cartucheras, 154.800 millares de pólvora, 254.200 millares de cartuchos de infantería, cerca de 50.000 bombas, balas de cañón y granadas, 1.500 obuses cargados y un enorme material de toda clase; además, 7.417 quintales de harina de trigo, 20.500 libras de carne salada y otros víveres en proporción cayeron en manos del general.[83] Cierto número de belgas que formaban parte de la guarnición solicitaron entrar a servir en las filas francesas y quedaron incorporados a ellas. El capitán Senarmont, "oficial muy instruido en su profesión", fue a París a dar cuenta al ministro de la Guerra de lo que concernía a la navegación en el Escalda y al estado de las fortificaciones vecinas a Amberes. Miranda pidió recompensas para sus oficiales.[84] En la mañana del domingo 2 de diciembre se dio lectura a la Convención de una carta de Pache anunciando la caída de Amberes[85] y pronto Senarmont iba a ofrecer a la Asamblea dos banderas austríacas.[86]

Consideró Miranda importante poner inmediatamente la fortaleza en estado de defensa, "no tan sólo porque aseguraba la navegación en el Escalda, sino también porque protegía a un cuerpo de ejército o detenía los progresos de un enemigo". Con este motivo sometió al ministro de la Guerra observaciones precisas y recibió orden de poner en ejecución los trabajos que juzgase necesarios.[87]

Dumouriez felicita calurosamente a su "digno y respetable amigo" al comunicarle sus instrucciones. "Debe usted de encontrar mucha artillería y municiones, le escribe desde Lieja. Me

confío en usted para que el inventario sea hecho con la mayor exactitud. Si encuentra usted piezas de a tres, con sus cajones y municiones, déselos a aquellos de los batallones de usted que puedan faltar de ellos y haga pasar el resto con artillería gruesa por Malinas, para que yo se lo dé a los de mi ejército que no los tienen. Instale usted a Marassé en su mando, lea con él la instrucción que le di para la abertura del Escalda; añada usted sus prudentes consejos. Espero que haya llegado el teniente Moultson. Despache usted un barco Escalda abajo para darle orden de remontar con aquellos de sus bastimentos que no desalojen demasiada agua. Examine usted por sí mismo el gran trabajo que hay que hacer para separar el canal de ese río, a fin de que los buques mercantes puedan remontarle; usted, con su prudencia y energía ordinarias, se valdrá de este servicio rendido a la ciudad de Amberes para establecer la comparación entre la conducta generosa de los franceses y la infame y baja manera con la cual el emperador José, después de haber declarado la guerra a Holanda, bajo el pretexto de la abertura del Escalda, ha vendido esta abertura por siete millones de florines." Y Dumouriez encarga a su lugarteniente que tome Ruremonde.[88]

Miranda se apresuró a asegurar que las bocas del río no se hallaban obstruidas, como pretendían los holandeses: "No hay más obstáculo para la navegación, escribe a Pache, que el que hubiese hace doscientos años, excepto la injusticia y la tiranía holandesas".[89] Pronto la flotilla del americano Moultson, compuesta del "Ariel", armado con veinticuatro cañones, de un bergantín con catorce y de tres chalupas cañoneras que llevaban piezas del calibre de veinticuatro libras, entró en el puerto de Amberes en medio de aclamaciones generales.[90] Miranda era de

opinión de no inmiscuir en la cuestión de la abertura del río a las embarcaciones mercantes, "materia política, de naturaleza más bien para ser tratada entre las dos potencias", Francia y Holanda, y sus instrucciones a Marescot y a Moultson se reducen a obtener, por fuerza si fuese preciso, el paso para la flotilla de guerra necesaria en la prosecución de las operaciones.[91] Moultson no halló resistencia por parte de los holandeses, quienes dejaron pasar la escuadra mediante una simple protesta verbal. En cambio tuvo que salvar los obstáculos que le suscitaron el naufragio del "Fanfarrón", que tocó en un banco, y la conducta del alférez de navío Casteignier, que mandaba la cañonera "San Lucía", el cual le negó obediencia El general Miranda tuvo que acudir personalmente al fuerte Lilo para poner fin a la anarquía entre los marinos y someter a Casteignier a la disciplina. No tardó en poder anunciar que el bergantín había vuelto a flote y pidió al ministro de Marina que tuviese indulgencia con el alférez, "muy buen oficial, lleno de un celo verdaderamente republicano", cuya falta debiera ser atribuida "más bien a ignorancia de principios que a mala intención".[92]

Dumouriez aprobó todas las medidas tomadas por Miranda desde el punto de vista político y militar, así como respecto a la administración de las tropas, que pasaban grandes privaciones: "He recibido, mi querido y buen Miranda, le escribe, todos los detalles relativos a la toma de la ciudad de Amberes que me ha mandado usted. Le reconozco a usted mi digno amigo en la capitulación que ha hecho; lleva al mismo tiempo el sello del filósofo y del republicano... No hay duda de que usted está en camino de aumentar el número de sus éxitos. Tenga la atención de mantenerme informado de todos sus movimientos, a fin de

protegerlos con los míos, tanto como me sea posible. Adiós, mi querido amigo, le abrazo a usted *toto corde*".[93]

El general en jefe envió a Marassé a tomar el mando de Amberes, "con instrucciones en Gante, Hers y otras ciudades del Escalda, el Rupel, los dos Nethes y hasta las fronteras de las Provincias Unidas". Miranda le dejó seis batallones y un escuadrón, alrededor de 3.000 hombres, y además ordenó al mariscal de campo Canolles y al coronel Verrieres, comandante de la I división de la gendarmería nacional, que le secundaran activamente.[94]

Desde Amberes Miranda marchó rápidamente hacia Maeseyck con tres divisiones, escalonadas a un día de distancia,[95] pasó el Mosa, en Veissen, después el Roër y se apoderó de Ruremonde, de donde arrojó a 3.500 austríacos y donde el gobierno de Bélgica, que se había retirado allí, estuvo a punto de caer en sus manos. Todo el Gueldres austríaco quedó en su poder y el ducado de Cleves, el condado de Meurs y el Gueldres prusiano quedaron limpios de enemigos. Los aliados traspusieron el Rin: Miranda no evacuará el ducado de Cleves más que en virtud de órdenes formales.[96]

En una carta del 11 de diciembre,[97] el general da cuenta a Pache de sus operaciones. Es una marcha de más de treinta y ocho leguas francesas que tuvo que hacer a través de landas casi impracticables, pasando las corrientes de agua en barquichuelos o en pontones, pues el enemigo quemaba los puentes. La caballería buscó los vados. El comandante austríaco, Gontreuil, no esperó el ataque y evacuó Ruremonde, cuya población aclamó a los franceses, "portadores de esa dicha", la libertad. Miranda lanzó su vanguardia en persecución del enemigo en

retirada. En estas rápida campaña las tropas francesas, a pesar de hallarse privadas de todo, se portaron "con una bravura, una constancia, una subordinación y una alegría que caracterizan a los verdaderos republicanos... Todos tenemos, concluía el general, la patria en el corazón y la libertad en el alma". Esta carta fue leída, el 15 de diciembre, en la sesión de la Convención nacional.[98]

El ministro de la Guerra invitó al general a que atestiguase a sus soldados la satisfacción del Consejo ejecutivo por el buen logro de sus esfuerzos.[99] Miranda cumplió su cometido con una proclama en la que se dice que el ejército ha merecido bien de la patria, cuyo reconocimiento "es la recompensa más halagüeña y más distinguida a que los hombres libres pueden nunca aspirar". Excita a las tropas a que continúen sirviendo "con esta fidelidad y este amor que ya nos han hecho el pueblo más ilustre de la tierra". Clases y soldados recibieron, en nombre de la nación, la gratificación de un día de paga.[100]

En el intervalo, Miranda mandó Duval a Dumouriez para hacerle algunas comunicaciones verbales y rogar al comandante en jefe que le enviase lo más pronto posible su correo con instrucciones para que pudiese ir a Lieja y "gozar de la satisfacción de verle y hablar con él de múltiples cosas, pues tengo un millón de ellas que decirle y comunicarle". El general afirma haber escrito a Petion "sobre la conducta de algunos individuos" refiriéndose a Dumouriez y haciendo aquí probablemente alusión a sus cargos contra La Bourdonnaye y Boisguyón, a quienes no quiere nada. Condena también cierta "gestión diplomática y la retractación inmediata del general Eustace, desde luego sin asombrarse de ello conociendo al individuo".[101]

Sabido es que la severidad de Miranda en materia de disciplina en el servicio le proporcionaron más de un disgusto. Pero ningún asunto de este género fue más molesto para él, ninguno tuvo consecuencias más prolongadas que el del general Eustace. Antiguo edecán del general Lee en el ejército de Washington, este americano había ingresado en el servicio de Francia y estaba agregado como coronel adjunto al estado mayor de Lückner; después mandó, en calidad de mariscal de campo, los flanqueadores de izquierda del ejército de Bélgica.[102] Encontrándose en Visé, el 29 de noviembre, tuvo la ocurrencia de escribir una carta al príncipe de Hesse, gobernador de Maëstricht, en la cual le aseguraba sentimientos fraternales de la República francesa hacia Holanda, "aconsejándole" al mismo tiempo hiciese salir de los lugares de su jurisdicción a los austríacos y emigrados que allí estaban. "Me es bastante enojoso, decía con singular presunción, dirigir las fuerzas que (Francia) me ha confiado contra los ciudadanos de Holanda"; y pretendía que su gestión se armonizaba muy bien con la neutralidad de ese país. Dumouriez, sofocado, escribió inmediatamente a Eustace: "La República francesa no le ha confiado fuerzas a usted; el ministro de la Guerra le ha empleado en su grado a mis órdenes, y ciertamente que yo no le hubiera encargado a usted nunca semejante provocación"; y le mandó que entregase el mando al coronel Fregeville y fuese a París para dar cuenta de su conducta. "Ha solicitado usted que se le cambie de ejército, concluye el general en jefe, y por mi parte, apoyo su solicitud." Eustace no encontró entonces nada mejor que escribir otra vez al príncipe de Hesse para obtener una respuesta que pudiera servirle de justificación. El gobernador contestó, en efecto, que como afirmaba Eustace

no habían mediado entre ellos negociaciones oficiales o personales, rompimientos ni provocaciones de ninguna clase.[103]

Miranda, no menos sorprendido por semejante conducta, escribió desde Ruremonde que la encontraba "un poco deprimente para nuestros brillantes éxitos".

El asunto trajo cola y fue Miranda, ya general en jefe, quien tuvo que liquidarle, atrayéndose por parte del americano un odio feroz que no se desmintió jamás. Eustace atacará al general en libro tan embustero como violento,[104] al que responderá Miranda desde su prisión en 1793, refutando punto por punto las alegaciones de su enemigo.[105] Por el momento, en vista de las "bribonadas" de este subordinado, "que se atrevía a insultarle", Miranda le puso un par de gendarmes en la puerta y escribió a Dumouriez que "lo mejor sería mandarle a la justicia, como un granuja, para que le deje fuera del servicio y que nos libre de esta bestia perniciosa".[106] Luego remite al ministro de la Guerra, entre otros papeles, los "procedimientos militares contra el mariscal de campo Eustace por desobediencia y otras faltas graves, cuyo motivo fundamental es una correspondencia con el príncipe de Hesse, gobernador de Maëstricht". El general terminaba diciendo al ministro que Guadet y Gensonné podían informarle de la conducta anterior de este individuo, al que conocieron personalmente en Burdeos y contra quien habían presentado quejas al ministro Lebrún.[107]

Dumouriez escribió a Miranda que había recibido de Eustace "una carta trivial, a su manera, para quejarse de que le había puesto dos gendarmes al lado", y repetía al americano la orden de presentarse en París. "Este hombre, añadía el general en jefe, no vale la pena que se irrite usted".[108] Para terminar, el Consejo

ejecutivo, visto el informe de Beurnonville, autorizó al general Miranda para que llevase a Eustace ante un tribunal castrense.[109] Ignoro lo que sucedería; acaso los acontecimientos militares le valieron al reo para eludir el castigo.[110]

Por cartas interceptadas, Miranda sabía que el cuerpo austríaco, que evacuó Ruremonde, marchaba hacia Erkelens para reunirse con Clerfayt, que venía de Aix-la-Chapelle. Suponía que los enemigos querían retirarse a Colonia. Estableció sus acantonamientos a lo largo del Mosa, entre Horn, Thorn, Maeseyck y Stockem y puso pequeñas guarniciones en Wesot y en Hasselet. Su vanguardia, con 300 caballos y 200 cazadores de a pie, observaba los movimientos de los austríacos del lado de Erkelens, Geladbeeck y Suchtelen, pudiendo siempre replegarse sobre Ruremonde, donde había dos batallones. Un puente colgante, restablecido en este último lugar, permitía retirar este pequeño cuerpo, que no contaba más de 1.400 hombres, en caso de superior ataque adverso. Si entraba en las miras de Dumouriez llegar hasta Aquisgrán, se harían pasar más tropas para cubrir y sostener su flanco izquierdo. Miranda decía al general en jefe que Duval le llevaba sus despachos "y lo que es más, todas sus ideas", y le rogaba que le comunicara las suyas.[111]

Ahora se poseía la certeza de que el enemigo venía sobre Colonia y se preparaba a pasar otra vez la orilla izquierda del Rin. Miranda lo reconoció siguiendo personalmente a los austríacos con su vanguardia hasta Erkelens y Bergen. Regresado a Ruremonde con un centenar de prisioneros y algún forraje, el general se puso inmediatamente en situación de atender las instrucciones de Dumouriez relativas a los acantonamientos, y dejando el mando interino a Duval se dispuso a marchar a Lieja,

con el fin de conferenciar con el general en jefe.[112] Dumouriez le acusó recibo de sus despachos y había aprobado sus disposiciones: "Nada mejor que todo lo que usted hace y escribe, le dice... Agradezco a usted la copia del movimiento de su cuerpo de ejército y de su orden de batalla. No se puede ejecutar con más exactitud y precisión cuanto hemos convenido".[113] El comandante en jefe prescribe a su lugarteniente que conserve Ruremonde con una guarnición de por lo menos dos batallones y 100 caballos, para apoderarse de los forrajes y de los víveres que remontasen el Mosa y después marchar por la orilla derecha de este río hacia Fauquemont. El general Duval podría dirigir esta marcha.[114] Al día siguiente Dumouriez completó y explicó sus órdenes: Miranda debía regresar a Tongres para vigilar Maëstricht, al mismo tiempo que Visé sería ocupado por el cuerpo de flanqueadores de izquierda, de los cuales tomaba el mando Miaczynski, en lugar de nuestro Eustace, "este loco malvado, enviado a París para que se justifique, si es posible, de sus negociaciones con el gobernador de Maëstricht". Duval estaba encargado de explicar a Miranda por qué le hacía volver a Tongres el general en jefe: preveía el cerco de Maëstricht. Serían adoptadas disposiciones preliminares con este fin: dos brigadas y un regimiento de caballería del ejército del Norte deberían escalonarse por batallones en Maeseyck, Houken, Thorn y Welsen, donde estas tropas habrían de ser reforzadas por seis batallones que llegaban de Francia. Entraba en las intenciones del alto mando que el punto céntrico del ejército estuviese en Tongres, extendiéndose la izquierda hasta Reckem y la derecha a lo largo del Mosa, hacia Liche. Una vez cumplidas estas instrucciones se le invitaba a Miranda para que fuese a Lieja, con el fin de

hablar con el general en jefe.[115] Ya en su carta anterior Dumouriez mandaba a Miranda ir en persona a Lieja para asuntos "muy perentorios".[116]

¿De qué asuntos tan "apremiantes" tratábase, pues? El Consejo ejecutivo había designado a Jacobo Thouvenot para mandar las tropas destinadas a las Islas de Sotavento. Mas Thouvenot rechazaba este empleo, prefiriendo continuar el servicio a las órdenes de Dumouriez.[117] Monge, ministro de Marina, pensó entonces en Miranda y escribió a Pache para pedirle este general, a quien quería poner a la cabeza de "la expedición de las colonias" como "gobernador de Santo Domingo". A falta de Miranda pensaba nombrar a La Bourdonnaye.[118] Al mismo tiempo escribía a Dumouriez: "Un interés más poderoso todavía me impulsa hoy hacia usted. Se trata del derrumbamiento de las Indias occidentales, que sólo Miranda puede llevar a cabo; se trata de domar el orgullo español y de proporcionar, en fin, la paz a nuestras colonias. Deme usted a Miranda, querido general". Y con la ridícula sensiblería en moda entonces, Monge abrazaba "tiernamente" a Dumouriez.[119]

Así que lo que el general en jefe tenía que comunicar a Miranda era el ofrecimiento que se le hacía de tomar el mando de la expedición de ultramar. La entrevista fue ciertamente el 18 de diciembre, pues al siguiente día Miranda decía a Brissot: "acabo de leer, querido conciudadano, la carta que ha escrito usted al general Dumouriez respecto a mí;[120] agradezco a usted la ventajosa opinión que ha tenido usted la bondad de mis débiles conocimientos y la amistosa influencia por la cual ha inducido usted al Consejo ejecutivo a confiarme el gobierno de Santo Domingo. Hasta anoche no he recibido esta noticia, puesto que,

a pesar del pensamiento que el general Dumouriez me comunicó el 7 de octubre[121] de que me reuniese con él en Lieja, donde tenía cosas interesantes que comunicarme, me era entonces imposible abandonar el ejército a mis órdenes, el cual marchaba a una operación importante y algo difícil sobre Ruremonde".[122]

Ambos generales discutieron el proyecto, y sin duda no tardaron en quedar de acuerdo en encontrarle inoportuno. Lo primero, Dumouriez no quería de ninguna manera, en esos momentos, deshacerse de su lugarteniente. Además, todos los militares franceses eran opuestos a expediciones remotas y juzgaban que era menester consagrar la totalidad de los recursos a la guerra continental. Dumouriez había combatido vigorosamente la idea de atacar a Inglaterra en la India;[123] tal vez por análogas consideraciones, Miranda desaprobaba la expedición a Santo Domingo y no comprendía que se quisiera distraer fuerzas para una campaña incierta, en una época en que todas las de la nación bastaban apenas para enfrentarse con las de la coalición. Evidentemente por eso escribirá más tarde que el plan que se le sugería era "azaroso y menos interesante para el servicio de la República".[124]

En suma, se le invitaba a ir a presidir en Santo Domingo esa concentración de tropas prevista por el proyecto Kersaint-Brissot, y se inhibió. Por otra parte, la isla, desde el punto de vista exclusivamente francés y militar, no tenía suficientes recursos para la empresa que se meditaba, y si Miranda hubiese accedido a ir allí en las condiciones que deseaba el gobierno revolucionario, habría ido a un fracaso tan humillante como el que diez años más tarde hizo víctima al general Leclerc: la

fiebre amarilla y la resistencia de los habitantes hubieran aniquilado prontamente el ejército y hecho perder la reputación de su general.

A más de esto sabemos que Miranda no quería mandar tropas francesas en América. Acaso también esperaba, sobre todo, encontrar una gloria de otra resonancia guerreando en Europa y acariciaba la ilusión de alcanzar más altas cimas todavía en el curso de una carrera tan afortunda hasta entonces.

Rehusó, por lo tanto, y regresó a Tongres.

El último eco oficial que nos llega relativo a este proyecto de empleo en América es una carta de Monge a Pache, con fecha 12 de enero, redactada de este modo: "No permitiendo al general Miranda pasar a las Islas de Sotavento, como yo hubiese deseado, la disposición del Consejo ejecutivo, en virtud de la cual recibió orden de tomar el mando de los ejércitos de la República en Bélgica, no insisto más, mi querido colega, que respecto al ciudadano Duhamel... Adjunto los papeles que tuvo usted la bondad de comunicarme con relación a las causas que retienen en Bélgica al general Miranda".[125]

NOTAS

[1] G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Lebrun, 22 noviembre 1792.

[2] *Notes of Conversations with the Duke of Wellington*, p. 70.

[3] Coronel Bourdean, p. 55.

[4] Chuquet: *Jemmapes*, p. 108.

[5] Delhaize: *La Domination française en Belgique*, 1, 264.

[6] *Krieg gegen die Franzosischen Revolution*, 11, 257. (Publicación oficial según los archivos austríacos.)

[7] Delhaize, 1, 287.

[8] Dumouriez: *Mémoires*, 111, 215.

[9] G. Ejército del Norte. Corresp. La Bourdonnaye a Pache, 14 de noviembre: «Espero no tendré que quejarme de V.».

[10] Ibíd. La Bourdonnaye a Pache, 25 de noviembre. El conde de La Bourdannaye, nacido en 1795, antiguo subayo del duque de Angulema, había entrado en el servicio muy joven y tenía el grado de mariscal de campo al comienzo de la Revolución. Hecho teniente general, mandó el ejército del Interior en Châlons, después el ejército del Norte. (G. Expediente de La Bourdannaye.)

[11] Ibíd. Dumouriez a Servan, 11 septiembre.

[12] Ibíd. Dumouriez a La Bourdonnaye, 18 noviembre; a Pache, 24 noviembre.

[13] Ibíd. Dumouriez a Pache, 23 noviembre.

[14] Ibíd. La Bourdonnaye a Pache, 25 octubre.

[15] Ibíd. Dumouriez a Lebrun, 18 noviembre.

[16] Ibíd. Pache a Lebrun y a La Bourdonnaye, 22 noviembre; a Dumouriez, 22 noviembre.

[17] Ibíd. Dumouriez a Pache, 23 y 25 noviembre.

[18] G. Ejército del Norte. Corresp. La Bourdonnaye a Pache, 24 noviembre.

[19] Albert Sorel, 111, 171.

[20] G. Ejército del Norte. Corresp. Pache a Dumouriez, 25 noviembre.

[21] Ibíd. Expediente de Duval de Hautmarets. Duval a Bernoville, 16 febrero 1793.

[22] Ibíd. El mariscal de Soubise al Rey, 3 marzo 1774. Duval sirvió en la infantería y en los cazadores, fue elegido teniente coronel del 1.er batallón de voluntarios del Somme y, poco después, en marzo 1792, coronel del 6.° regimiento de dragones. En septiembre siguiente, fue promovido a mariscal de campo y empleado en el ejército del Norte, luego en la división Miranda. Teniente general en febrero 1793, ejerció diversos mandos y fue suspendido de sus funciones en septiembre del mismo año. En esta ocasión parece haber temido la guillotina, pues, se apresura a escribir al ministro de la Guerra recordándole que había dado «pruebas muy constantes y numerosas de los más vivos sentimientos que animan su corazón para apoyar la revolución popular, la república una e indivisible, como un sincero republicano montañés y jacobino». Duval murió en 1803, en Montreuil-sur-Mer, donde había comprado un «bien nacional».

[23] Chuquet: *Valmy*, p. 130.

[24] G. Expediente de Duval. Duval a Beurnouville, 16 febrero 1793.

[25] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 26 noviembre. Las tropas que, en esta fecha, se encontraban a las órdenes de Miranda eran los cuerpos de Ihler y de Stettenhofen y los batallones siguientes: 1.° de Mayenne-et-Loire; 4.° de infantería, Eure et Loire, Granaderos de París, 104.° de infantería, 3.° del Sena y Oise, Sena y Marne, Niévre 4.° federados. (Miranda a Pache, 24 noviembre.)

[26] A. N. F7 4689, Plaq. 4, núm. 66. Dumouriez a Pache, 28 noviembre.

[27] Rojas, p. 12. Dumouriez a Miranda, 10 octubre.

[28] *Krieg gegen die Franzosischen Revolution*, 11, p. 266.

[29] G. Ejército del Norte. Corresp. La Bourdonnaye a Pache, 19 noviembre.

[30] Ibíd. La Bourdonnaye a Pache, 21 noviembre.

[31] Loc. cit., 11, p. 266.

[32] G. Ejército del Norte. Corresp. La Bourdonnaye a Pache, 25 noviembre.

[33] G. Ejército del Norte. Expediente de Guiscard; Corresp. general, caja de cartón de noviembre-diciembre 1792.

[34] Ibíd. *Journal du siège de la citadelle d'Anvers*, 29 noviembre; *Siège de la citadelle d'Anvers*. Relato de Marescot.

[35] Ibíd. Miranda a Champmorin, 17 febrero 1793: «Podrá usted conservar el ingeniero Dejean en su división y nosotros enviaremos otro al general La Marlière. Diga a este bravo y respetable oficial que continúe sirviendo bien y que debemos esperar con confianza que el nuevo ministro haga justicia a su mérito y repare los daños del predecesor Pache.»

[36] G. Expediente de Marescot; Jourdan: *Mémoires*, p. 52-55. El capitán Marescot que era un buen mozo y hombre de talento, fue el primer amante de la encantadora y buena Ida Saint-Elme, esta futura «merveilleuse» que debía pasar sucesivamente por el lecho de Moureau, Grouchy, Ney, Napoleón y tantos otros de los que en modo alguno ha dejado los nombres en las *Mémoires d'une contemparaine*, a las que por lo demás se ha negado todo valor histórico. Fue en los bucles de Ida que M. de Taylleyrand se deleitó, un día, en hacer papillotes con billetes de mil francos.

[37] Ibíd. Expediente de Ruault de la Bonnerie. Ruault, nacido en París, el 4 febrero 1774, era hijo de un escudero de la duquesa de Orleans, ayo de sus pajes. Abanderado en el regimiento de Orleans-infantería, en 1760, fue, diecinueve años más

tarde, mayor en el cuerpo de este príncipe de Nassau-Siegen que Miranda conoció después en Rusia y del que se ha dicho que fue más célebre por los elogios irónicos del príncipe de Ligne que por sus proezas. Emigrado con Dumouriez, Ruault prestó servicio con el Emperador y durante seis campañas mandó la legión de Borbón. En 1817 se le encuentra retirado en Gratz, en la Estiria.

[38] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 26 noviembre.

[39] *Journal du Siège.*

[40] Ibíd. Miranda a Pache, 26 noviembre. Al margen de esta carta se encuentra la nota siguiente, firmada por Javier Ardouin, yerno de Pache: «Miranda, extranjero llegado a Francia en el momento de nuestra revolución, después de haber servido en la de los americanos, fue empleado a petición de Pétion». Ibíd. Miranda a Pache, 3 diciembre; relato de Marescot.

Dorbay nació en enero 1723 y había comenzado a servir, al salir de la escuela de artillería de La Fère, como oficial apuntador; mariscal de campo, recibió, en octubre 1792, el mando de la artillería del ejército del Norte, promovido divisionario, en marzo siguiente, encarcelado durante varios meses bajo el Terror, luego jubilado, murió en 1804.

[41] Ibíd. Pache a La Bourdonnaye, 27 noviembre.

[42] G. Ejército del Norte. Corresp. La Bourdonnaye a Pache, 29 noviembre.

[43] Ibíd. La Bourdonnaye a Pache, 29 noviembre.

[44] Ibíd. La Bourdonnaye a Pache, 3 diciembre.

[45] Villanueva, p. 64. Miranda a Pétion, 26 octubre.

[46] G. Expediente de Pascal de Kerenvoyer, 26 noviembre.

[47] G. Expediente de Pascal. Pascal a Pache, 30 noviembre, 4 diciembre.

[48] Ibíd. Corresp. Pache a La Bourdonnaye, 9 diciembre.

[49] Ibíd. Miranda al coronel Molitor, 28 noviembre; Orden del día a las tropas, 29-30 noviembre; A. N. BB3 7, fol. 4 y 7, Miranda a Monge, 3 y 6 diciembre.

[50] G. Ejército del Norte. Corresp. Pache a Miranda, 7 diciembre.

[51] Ibíd. La Bourdonnaye a Pache, 13 diciembre.

[52] Ibíd. Miranda a Pache, 15 diciembre.

[53] G. Ejército del Norte. Corresp. 15 diciembre.

[54] Ibíd. Pache a Miranda, 21 diciembre.

[55] Véase Charavay: *Les grades militaires sous la Revolution.*

[56] Rojas, p. 15. Dumouriez a Miranda, 30 noviembre.

[57] G. Ejército del Norte. Corresp. Marassé a Pache, 21 diciembre. Jean-René Blandina, de Marassé, nacido en 1726, en la Rochelle, fue teniente coronel en los Granaderos de Francia, luego en el regimiento de Dunkerque, teniente general en 1792; destituido cortésmente el año siguiente, emigró y fue empleado en el ejército de Condé. Había estado en campaña en Bohemia, Piamonte, Lombardía y Alemania. Murió en Temesvar, en Hungría, en 1803.

[58] Ibíd. Pache a Marassé. Boletines analíticos, 26 y 27 diciembre.

[59] A. N. F7 4689. Plaq., 2. Documentos de Dumouriez, 25 diciembre.

[60] La carta de Boisguyon, a que alude Miranda, no se encuentra en los expedientes del ministerio de la Guerra.

[61] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 3 diciembre.

[62] Era un sacerdote apóstata, antiguo vicario de la parroquia Saint-Eustache, en París. Véase Dumouriez: *Mémoires,* 111, p. 286, 309, 355.

[63] Rojas, p. 7, Brissot a Miranda, 13 diciembre.

[64] G. Ejército del Norte. Corresp. La Bourdonnaye a Pache, 3 y 13 diciembre.

[65] A. N. F7 4691, Plaq., 9.ª Documentos de Dumouriez. Miranda a Dumouriez, 11 diciembre.

[66] Rojas, p. 7, 10. Brissot a Miranda, 13 diciembre; 6 y 10 enero 1793.

[67] Suspendido de sus funciones por el Consejo ejecutivo, Boisguyon fue detenido en Burdeos con un nombre falso y condenado a muerte por el Tribunal revolucionario, en compañía de Girey-Dupré, el 21 noviembre 1793, como «autor o cómplice de la conspiración que ha existido contra la unidad e indivisibilidad de la República, la libertad y seguridad del pueblo francés». G. Expediente de Boisguyon; Moniteur, 1793, núm. 65.

[68] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Molitor, 28 noviembre; Relato de Marescot.

[69] Relato de Marescot.

[70] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Molitor, 28 noviembre.

[71] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Dumouriez, 28 noviembre; copia de la declaración de la entraga de la ciudadela de Amberes; Journal du siège. Relato de Marescot.

[72] Journal du siège.

[73] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 29 noviembre.

[74] Relato de Marescot.

[75] *Krieg gegen die Franzosischen Revolution,* 11, 268. Las constataciones del consejo de guerra en lo que se refiere a los víveres eran falsas, pues los franceses los encontraban en grandes cantidades.

[76] Miranda a Eustace, p. 11.

[77] Relato de Marescot.

[78] *Krieg gegen die Franzosischen Revolution,* 11, 268.

[79] G. Ejército del Norte. Corresp. Orden del día del 29-30 noviembre: «El monumento infame de la tiranía del duque de Alba»; «los nombres de nuestros mejores patriotas y hombres ilustres». (Miranda a Pache, 3 diciembre.)

[80] «La capitulación tiene el carácter de un pueblo libre», escribía Brissot en el *Patriota Francés.* (B. N. Lc2 185, p. 634.)

[81] G. Ejército del Norte. Corresp. Artículos de la capitulación de la ciudadela de Amberes a convenir, el 29 noviembre 1792.

[82] Ibíd. Perneti a Dumouriez, 9 enero; Declaración del coronel Molitor; Miranda a Perneti, 23 enero. Sin embargo, hay que notar que Miranda había imprudentemente omitido de especificar expresamente esta cláusula de gran interés en la capitulación escrita.

[83] Ibíd. Acta del 1 diciembre. Borgnet: Histoire de la Belgique, 11, 60.

[84] Ibíd. Corresp. Miranda a Pache, 3 diciembre.

[85] Acta de la Convención nacional. Vol. IV, p. 17-25.

[86] G. Ejército del Norte. Corresp. Pache a Miranda, 5 diciembre; a la Convención, 6 diciembre; a Miranda, 8 diciembre.

[87] Ibíd. Observaciones del general Miranda sobre la ciudadela de Amberes, 6 diciembre. Pache a Miranda, 8 diciembre. «Soneto a la decisión del ministro de la Guerra, decía el general a Dumouriez, las cuestiones políticas y militares de las que le adjunto copia: usted comprende bien la importancia de una decisión rápida; por consiguiente, le ruego me la obtenga lo más pronto posible». (A. N. F7 4689. Plaq. 3. Documentos de Dumouriez, Miranda a Dumouriez, 7 diciembre.)

[88] Rojas, p. 13. Dumouriez a Miranda, 29 noviembre.

[89] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 3 diciembre.

[90] El capitán John Moultson, nacido en Virginia, servía a Francia desde hace algunos años. Alférez de buque en 1786, estaba agregado a la primera división de la séptima escuadra; prisionero de los ingleses, después puesto en libertad, fue encargado, en 1791, de ir a informarse secretamente en el Báltico acerca de los armamentos de Suecia, y mereció los elogios del gobierno francés por el modo cómo había cumplido su misión. Regresado de Islandia, convoyando treinta navíos de pesca con su fragata *Ariel*, en octubre de 1792, se le puso a las órdenes de La Bourdonnaye, jefe del ejército del Norte. El capitán Moultson murió el 22 nevoso del año II, yendo al Senegal, a bordo de la goleta *Calesana*. (Ministerio de la Marina. Archivos históricos. Expediente de Moultson; A. N. BB3 7, fol. 59 y 96.)

[91] G. Ejército del Norte. Corresp. Orden de Miranda a Marescot, 1 diciembre.

[92] A. N. BB3. 7, fol. 4, 5 y 7. Moultson a Miranda, 1-2 diciembre; Miranda a Monge, 3 y 6 diciembre. G. Ejército del Norte. Corresp. Marassé a Pache, 3 diciembre.

[93] Rojas, p. 16. Dumouriez a Miranda, 30 noviembre.

[94] G. Ejército del Norte. Corresp. Marassé a Pache, 5 y 6 diciembre. Miranda a Pache, 6 diciembre.

[95] Ibíd. Miranda a Pache, 3 diciembre.

[96] G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de enero 1793. Piezas sin fecha.

[97] Ibíd. Miranda a Pache, 11 diciembre.

[98] Acta de sesiones de la Convención nacional. Vol. IV, 241.

[99] G. Ejército del Norte. Registros. Pache a Miranda, 15 diciembre.

[100] Ibíd. Corresp. Miranda a su ejército, 15 diciembre.

[101] A. N. F.7 4691. Plaq. 9.ª Documentos de Dumouriez. Dos cartas originales de Miranda a Dumouriez, 11 diciembre.

[102] G. Expediente de Skey Eustace.

[103] Esta correspondencia fue publicada por Eustace en un folleto del que existe un ejemplar en los Archivos Nacionales. (F7 4689. Plaq. 4, núm. 62) y que su editor lanzó «para impedir al cobarde y culpable favorito (Miranda o Thouvenot) de propalar por más tiempo las producciones de su odio despreciable».

[104] Biblioteca del Museo Británico.

105 B. N. Lb 41, 621. Junius a Jean Skey Eustace.

106 A. N. F7 4774, 47. Expediente Miranda. Miranda a Dumouriez, 15 febrero 1793. Es una carta escrita en español y cuya traducción que se encuentra adjunta no es completamente exacta.

107 G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beunonville, 17 febrero.

108 Rojas, p. 65, Dumouriez a Miranda, febrero 16.

109 Aular: Recueil, 11, 193. Sesión del Consejo ejecutivo, 25 febrero.

110 Miranda dirá más tarde a Eustace: «Usted ha huido de los consejos de guerra que debían juzgar su conducta». (A Eustace, p. 14.)

111 A. N. Fè, Plaq. 9.ª Documentos de Dumouriez. Miranda a Dumouriez, 12 diciembre.

112 G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 15 diciembre.

113 Rojas, p. 18, Dumouriez a Miranda, 12 diciembre.

114 Ibíd.

115 Rojas, p. 23. Dumouriez a Miranda, 13 diciembre.

116 Ibíd. Dumouriez a Miranda, 12 diciembre.

117 G. Expediente de Jacques Thouvenot. Thouvenot a Pache y a Monge, 25 noviembre. Thouvenot, escribía Hoche a Marat «es ese antiguo picapedrero que llegó en diez meses al grado de general de brigada». «Tiene un carácter duro y envidioso que no tolera a nadie haga algo por sí mismo junto a él», notaba Miranda. (A. N. Fè 4689. Plaq. 5. Núm. 5. Miranda a Dumouriez, 12 febrero 1793). Pero Dumouriez le consideraba un hombre «demasiado esencial» para no tolerar su carácter «un poco imperativo». (Rojas, p. 57. Dumouriez a Miranda, 13 febrero). Jacques Thouvenot fue como su hermano segundo Pierre que llegó a ser general de división y barón del Imperio, ingeniero geógrafo del Rey; Dumouriez le hizo ascender rápidamente y le nombró jefe del estado mayor del ejército de Bélgica, lo que parece explicar la palabra de Hoche. Verdad es que no se le podía negar una gran aplicación y mucho talento.

118 Ibíd. Ejército del Norte. Corresp. Boletines analíticos. Monge a Pache, a Dumouriez, 25 y 27 noviembre. Al citar esta carta de Monge a Pache, M. Robertson (trad., p. 118) hace decir al ministro de la Marina «que era necesario proceder a un pronto desembarco (de la expedición a América) en Dunkerque, Ostende o Amberes». Es un error: Monge no habló de desembarcar la expedición, sino de enviar por uno de estos puertos tres mil fusiles a Brest.

119 A. N. F.7 4691. Plaq. 9.ª Documentos de Dumouriez. Monge a Dumouriez, 27 noviembre.

120 La del 28 noviembre. Véase Rojas, p. 1.

121 Error: hay que leer 7 diciembre.

122 Rojas, p. 5. Miranda a Brissot, 19 diciembre. Cuando Brissot declaró al tribunal revolucionario que Genet fue el único hombre por el cual se hubiese interesado de los ministros, olvidaba, quizá voluntariamente, las gestiones que hizo, en la época en que estamos, para dar a Miranda el mando del ejército expedicionario de América.

123 Mortimer-Ternaux: *La Terreur*, VI, 92.

124 Miranda a sus conciudadanos, 29 marzo 1793.

125 G. Expediente Miranda. Minuta. Monge a Pache, 12 enero 1793.

CAPITULO VI

MIRANDA EN BELGICA

Los franceses entraron en Bélgica como libertadores; la población, doblegada hasta entonces ante el yugo austríaco, les recibió con entusiasmo y respondió a la voz de Dumouriez, que la llamaba a la revolución. Apresuráronse las ciudades, bajo los auspicios de las autoridades de ocupación, a elegir representantes provisionales: Bruselas, Amberes, Lovaina, Malinas, tuvieron así gobiernos que tomaron en sus manos la administración pública. Los belgas se hallaban en la embriaguez de la liberación y muy dispuestos a entablar con la Convención relaciones de alianza y de amistad. Estos sentimientos se cambiaron pronto en desconfianza, después en odio.

En Bruselas se pronunció altamente contra el sostenimiento de la Constitución brabanzona e insistió en la necesidad de abandonar la división por provincias para constituir sobre otras bases la unidad nacional, pero no fue generalmente seguida esta sugestión. En Amberes, donde mandaba Miranda, los cuerpos repre-

sentativos de la comunidad hubieron de ser convocados para deliberar sobre el estado político del país; reunidos en asamblea de cabezas de la burguesía y de maestros de los barrios, se pronunciaron por la Constitución brabanzona, aunque reconociendo la conveniencia de nombrar un poder central ejecutivo. Los vonckistas declararon que era unánime el acuerdo en conservar las viejas instituciones.[1] En una carta del 5 de diciembre, los magistrados de la ciudad decían a Miranda que el pueblo se había reunido "por barrios y secciones y por oficios, que es el modo más justo, el único legal, el que solamente puede representar a todos los individuos de una ciudad y, al mismo tiempo, el más conforme con los derechos de un pueblo libre".[2] El 15 de diciembre se procedió a la votación ante notarios, y el 21 la Asamblea de los representantes provisionales del pueblo libre y soberano de Amberes quedó constituida al mismo tiempo que la municipalidad.

Dumouriez parecía animado de excelentes disposiciones hacia los belgas, y todas las medidas que tomó llevan el sello de una política hábil y benévola. En cambio, algunos de sus subordinados se entregaron a requerimientos que exasperaron el ánimo público. En Bruselas, el general Moretón consentía las peores violencias; en la región de Tournai, La Bourdonnaye y su comisario Sta "obraban como conquistadores", y la conducta del general en estas circunstancias no contribuyó poco a indisponer a Dumouriez contra él y hacerle reemplazar por Miranda, quien se apresuró a restringir los poderes de Sta en el secuestro de los bienes de los emigrados, recomendándole la mayor circunspección. En Amberes, el benigno Marassé dedicóse a catequizar a las gentes, a fuerza de predicaciones y de recomendaciones o menos variados: "Trató de dar (a los belgas) las ideas más justas

de la libertad y de la igualdad ante la ley, escribe a Pache. He hablado tres veces en la Sociedad del Escalda, de la cual soy presidente; deseo que me hayan comprendido y entendido; en este caso, serán libres y felices.[3] Marassé era prudente: "Los habitantes de este país son difíciles de mover, pero con algo de tiempo lo conseguiremos. Creo que hay que emplear el proverbio italiano: quien va despacio, va lejos". Y esto: "El general en jefe Miranda me ha remitido la declaración cuya copia adjunto; mando una al general en jefe Dumouriez. Me parece que el partido más discreto es el de ir poco a poco".[4] Era, pues, partidario de la propaganda por la palabra, y en Bélgica se hablaba mucho: sociedades, clubs, formados a la manera de los de Francia, surgían numerosos en las ciudades. El coronel Verrières fundó en Amberes el club de la Libertad, y su muerte repentina en Bruselas fué considerada por el general Miranda como susceptible de perjudicar considerablemente a los progresos de la institución.[5]

En Francia encontrábanse presentes dos teorías de la guerra. Los girondinos, apoyados en Bélgica por la política personal de Dumouriez, deseaban una guerra de propaganda: es lo que Linthilac llama la noble ilusión girondina, persiguiendo la caída de los tiranos con el fin de crear alrededor de Francia un círculo de Estados independientes republicanos y aliados. "Usted está predestinado, escribía Brissot a Dumouriez, para ir a plantar en todas partes el árbol de la libertad" y habla de sublevar el mundo; pronto dirá: "Hay que incendiar a Europa por los cuatro costados, ésa es nuestra salvación. Dumouriez no puede convenirnos, siempre he desconfiado de él; está lleno de ingenio, de conocimientos".[6] El entusiasmo bélico de Brissot no conocerá límites.

Apenas si cuando el proceso del Rey este peligroso publicista tendrá un minuto de prudencia: "¿Estáis preparados para esa guerra universal?", pregunta entonces. Pero la prudencia les llegó tarde a los girondinos y no habían respondido más que con palabras de vacía elocuencia a las inquietudes de Narbona, que viendo la tempestad amenazadora en el horizonte pedía a la Asamblea dinero y hombres. En realidad, el programa girondino correspondía bastante bien al ideal humanitario de la Revolución, en la medida en que podía conciliarse con las verdaderas aspiraciones de los pueblos, pues cabía, en rigor, pretender que todos los pueblos querían la libertad, sobre todo, la igualdad de derechos políticos, la reducción de impuestos y la abolición de los diezmos, pero no suspiraban todos con la misma intensidad por el régimen democrático, tal como se le concebía en París. Ahí está el caso de Bélgica para demostrarlo: aclamando a los franceses, esas poblaciones aclamaban la libertad que decían llevarles, pero no las doctrinas ni la bandera de los conquistadores; Dumouriez se daba cuenta de ello perfectamente bien y lo lamentaba.[7] Los girondinos buscaban el modo de imponer la libertad al mundo; Merlin se obstinaba en declarar la paz a los pueblos. A decir verdad, el mundo pedía solamente que no hubiese deseado más que garantizarle la libertad, y los pueblos que les dejasen en paz. Brissot y sus amigos son los inventores de esas guerras de "liberación", cuyo principio debía ser erigido en dogma por Carlos Marx y por Lenin, teóricos de la paz más belicosa y más imperialista que no importa cuál monarca. Francia se cree en ese momento el pueblo elegido, consagrado a la primacía y al mando, "el apóstol" y el depositario de los derechos comunes al género humano, llevando a través de los ma-

res, en la más terrible tempestad, el arca santa de las leyes eternas".[8] Se trata entonces de una especie de credo religioso y no solamente de un movimiento político; el misticismo revolucionario gana los corazones y oscurece las mentes; la Convención se considera en el deber de imponer al mundo el "nuevo Corán" a sangre y fuego; manda a los pueblos "vendedores de libertad".

Frente a la doctrina girondina, los montañeses levantan la suya, que acaba por arrebatarla: las naciones deben de ser conquistadas para someterlas a la Revolución, trastornando totalmente sus actuales instituciones. Así, por un fenómeno asaz corriente, los revolucionarios extremistas, obrando por razones contrarias, caen en los extravíos de la política extranjera de las monarquías que combaten. Danton, otrora opuesto todavía a la guerra, personifica en plena Revolución la vieja ambición de los conquistadores; es el campeón de los límites naturales: el Rin, el océano, los Alpes; he ahí los límites necesarios de la República francesa. Es la tradición nacional y real tomando su revancha sobre la nueva ideología y modelando, por la fuerza de las cosas, el Derecho revolucionario. El interés ocupará el lugar del apostolado; se hacen conquistas y se piensa en conservarlas.

¿El derecho de los pueblos? Pero, en realidad, sólo existe un pueblo que tenga derechos: el pueblo francés. "Se ha luchado, dice Alberto Sorel, para saber de qué lado estaba la razón pura y universal, y el cañón decidió que esta razón estaba del lado de la República francesa".[9] Sieyes, esa máquina de fabricar leyes, ese oráculo del Derecho, respondía a las aclamaciones de los batavos: "Los principios son para las escuelas; el interés es para el Estado". Además, si los pueblos demostraban no ser

capaces de mantener la Revolución, ¿no debía Francia sustituirlos y hacer para ellos, sin ellos, y si era preciso contra ellos, su revolución?[10] En suma, se iba a las anexiones. Para colmo, Naillac, enviado de la Convención en Génova, encontraría un eufemismo para disfrazar las verdades de la conquista: "La República francesa, decía al Dux, será el ejemplo de las perfecciones políticas: la Humanidad es el primero de sus afectos y no se niega a asociar a su felicidad las comarcas vecinas".[11] Mas ya en diciembre de 1792, al cabo de tres meses apenas de experiencia libertadora, "fue necesario convenir en que los pueblos liberados disfrutaban mediocremente de su ventura".[12]

En el seno de la Convención, el acuerdo se verificó según los deseos de la Montaña. El mismo Robespierre, que antes, recogiendo las ideas que Mirabeau parece haber abandonado seguidamente, declaraba que los límites de Francia eran definitivos e intangibles, el mismo Robespierre que se chanceaba de Brissot porque quería hacer a los generales franceses los "misioneros de la Constitución", encargados de convertir los pueblos a la nueva fe, vino a ser, después de Jemmapes, partidario de la guerra. Decidióse imponer un gobierno democrático a Bélgica, poner a esta nación, según el dicho de Madelin, una carmañola de fuerza, y los comisarios fueron encargados de este menester. Vemos entonces a Brissot compartir el entusiasmo de Cambon por el ejercicio de este poder revolucionario que no haría más que preparar la pura y simple anexión de este país a Francia. Olvidóse el principio de la Constituyente, "voto platónico de un congreso de metafísicos especulando en el vacío político con los misterios de la paz perpetua":[13] la nación francesa renuncia a emprender ninguna guerra con el fin de hacer conquistas.

"¿Quién se atreve, pues, a hablar de paz, exclamará luego Barere; los aristócratas, los mesócratas, los ricos, los conspiradores, los pretendidos patriotas. La paz les hace falta a las monarquías; a las repúblicas, la energía guerrera". La Convención, que aspiraba a llevar al mundo a vivir en paz, desencadenó una de las horrorosas guerras de la Historia con la invasión de Flandes y con ese famoso decreto del 19 de noviembre, que tanto inquietó a Inglaterra, pues vio en él una invitación a la revuelta, dirigida a sus propios súbditos.

Sobrevino el decreto de 15 de diciembre que, dice Michelet, "desplegó al viento el verdadero pabellón de Francia", desesperó a Dumouriez, provocó la indignación de los belgas y les enojó completamente por la invasión francesa: "Los decretos llegados ayer concernientes a Bélgica, escribía Marassé, han causado aquí una gran sensación"; y Miranda, por su parte, señalaba al ministro de la Guerra el descontento de la burguesía amberesa, el cual atribuía a la influencia del clero.[14] Los comisarios y los representantes en misión llegaron con clubistas y agentes de policía; Danton se encargó de "poner a los belgas al paso".[15] Para colmo, la ejecución está fuera de una práctica regular por las autoridades de ocupación. Los generales cuyas tropas se hallan en la mayor desnudez, caen sobre la desdichada población, que debe consentir en empréstitos ante la amenaza de la fuerza. El decreto que suprime todas las autoridades existentes, requisa los bienes nacionales y particulares, prevé la supresión de los impuestos, establece la igualdad, barriendo todos los privilegios y atribuyendo a los generales franceses poderes discrecionales, esperando que una nueva administración sea establecida por el pueblo, este decreto, digo, señala el primer paso

para la anexión del país, deseada por todos los partidos, a la Convención. Las consecuencias políticas de estas medidas fueron de inmenso alcance: la Revolución venía a ser conquistadora y expoliadora. Los belgas protestaron: "No hay, exclamaron, naciones y seminaciones; si los franceses son nuestros hermanos y nuestros aliados, que empiecen por respetar nuestros derechos". Los representantes de Amberes formularon la doctrina: "Nos abstendremos del examen de los diferentes artículos que forman este decreto; nos contentaremos con observar que, aunque estuviese sembrado de beneficios, no sería por ello menos atentatorio a la soberanía del pueblo belga... Esta soberanía es una, indivisible, y no puede ser despedazada: sólo de los representantes de la nación pueden emanar los decretos que la conciernen, y todo poder extranjero que quisiera usurpar sobre un derecho tan sagrado, no sería un poder revolucionario, sino un poder tiránico".[16] Estos representantes de Amberes se negaron a enviar diputados a los de Bruselas para conferenciar con ellos sobre las observaciones que convendría hacer relativas al decreto. La población de Amberes, llena de exaltación patriótica, dominada por los aristócratas, se encerraba en una actitud orgullosa y hostil, ante la cual la tarea del alto mando francés venía a ser muy embarazosa. Miranda juzgaba harto crítica la situación e informaba al Consejo ejecutivo que hacía falta "no solamente un mando militar hábil que se ocupase de mantener a su guarnición en el orden y la vigilancia necesarios, poniendo sus miradas en la frontera de Holanda, que la rodea por todas partes, sino que eran necesarios todavía comisarios instruidos que se ocupasen formalmente de la parte civil, política y revolucionaria de la ciudad".[17]

En París buscábanse pretextos para no tomar en cuenta las reclamaciones: se alegaba que los belgas no habían prestado al ejército francés todo el concurso deseable y se amenazaba con tratar a Bélgica como país conquistado... "A Francia, escribe Borgnet , le ha gustado siempre tachar de ingratitud a sus aliados." Cambon declaraba a Dumouriez que era menester que los belgas viniesen a ser tan pobres y miserables como los franceses para obligarles a acudir a Francia: es una manera de enseñar a los habitantes a gozar de una libertad y de derechos, con los que no saben qué hacer. "Y así iremos delante de nosotros, decía; toda la tierra a imagen nuestra vendrá a ser la Revolución"; y ese loco de Dumouriez respondía: "Cambon está loco".[18] Nadie puede creer, como Aulard, que ese sombrío fanático se inspirase en la realidad y las circunstancias, más bien que en el entusiasmo filosófico de su tiempo.[19]

El cuidado que Miranda ponía en descargarse en los comisarios para la ejecución del decreto, era común a la mayor parte de los generales. Sin duda comprendía lo que había de odioso y de injusto en las medidas tomadas por la Convención, pero juzgaba prudente desinteresarse de ellas atrincherándose tanto como le fuera posible en el ejercicio de sus funciones militares; su carta a Pache puede acercarse a aquella en que Dumouriez decía al ministro que publicaría el decreto, pero que no se podía encargar de ejecutarlo, no teniendo ni el tiempo ni los talentos necesarios para llenar las funciones de comisario de secuestros. Casi todos los generales, hacía notar Publícola Chaussard, desaprobaron el decreto.

Miranda, pues, adoptó una conducta generalmente moderada. El partido aristocrático triunfó en las elecciones de Amberes,

en las cuales el general se guardó de intervenir. Cuando se ve lo que ha pasado en las otras ciudades, cabe preguntar si no fue él, en verdad, el único comandante francés en Bélgica que acordó y aseguró la libertad de esas elecciones: en Charleroi, Valence apoyó enérgicamente a los candidatos de los clubs; en Bruselas, en Mons, en Gante, en Lieja, las tropas de ocupación hicieron, con una intervención directa y a veces brutal, triunfar a los demagogos.[20] Es absolutamente cierto que si Miranda hubiese querido habría hecho de suerte que las elecciones de Amberes tuvieran un resultado más conforme a los deseos de quienes atribuían al general una comprensión muy exacta del poder revolucionario, pues esas elecciones no podían ser agradables a los hombres que, en Francia, perseguían una política de anexión. Los aristócratas belgas defendían enérgicamente las libertades de su nación, mientras que los demócratas querían la adopción de los "principios" que el extranjero traía en sus furgones y que tendía a la anexión. El partido que hacía hincapié en conservar las constituciones belgas formulaba su programa en un par de líneas: "Nada de extranjero, nada de juramento, el pueblo es libre".

El general se contentó con ordenar a los jefes de las tropas y a los magistrados de las ciudades que se hallaban bajo su mando que empleasen todos los medios a su alcance para mantener el orden y la tranquilidad y procurar al pueblo belga la facilidad de nombrar sus representantes. Comisionado el ciudadano Chepy para proceder a esta operación legal, "conforme a los derechos del hombre, explicados en el manifiesto de nuestro ilustre en jefe, el ciudadano Dumouriez", el agente de la República fue invitado a ir a establecerse en Amberes.[21] Miran-

da felicitó por su moderación al general Ferrand, comandante en Gante, y le anunció el envío, por correo extraordinario, de sus instrucciones respecto a la política que había que seguir: "Estoy encantado, mi general, le escribe de su puño y letra, con la conducta de usted y se la pongo por modelo a todos los demás jefes".[22] De todos modos, Miranda entendía ejecutar rigurosamente las órdenes de la Convención, en lo que concernía particularmente a la abolición de los impuestos y el secuestro de los bienes públicos, y eso sin tener en cuenta enérgicas protestas de la Asamblea de los representantes provisionales de Amberes, y aunque no hubiese recibido orden positiva del general Dumouriez para hacer ejecutar el decreto de 15 de diciembre.[23]

Las relaciones del general con los ambereses comenzaron por un cambio de cortesías: los ciudadanos Diercxsens y Juan de Wael fueron el 29 de noviembre al cuartel general para cumplimentar al comandante del ejército francés, en nombre del pueblo de Amberes; les recibió con mucha amabilidad, y entablada la conversación acerca de la manera cómo se había efectuado la elección de los representantes de la ciudad, el general la aprobó.[24] Mas pronto las necesidades de sus tropas obligaron a Miranda a recurrir a los empréstitos forzosos; en eso, estaba en el terreno militar y concluyó redondamente el asunto; el 31 de diciembre un ayudante de campo se presentó en la Asamblea para rogarla que tuviese a bien diputar seis de sus miembros con el fin de conferenciar con el general sobre algunos asuntos urgentes; fueron designados los ciudadanos Della Taille, Van Praet, Diercxsens, Borrekens, Van Heurot y Felipe Vermoelen, quienes encontraron en el cuartel general una diputación de la municipalidad. Miranda les pidió un préstamo de trescientas

mil libras tornesas, a pagar por mensualidades y destinado a subvenir a los gastos de la guarnición y a las fortificaciones de la ciudad; los diputados respondieron que no ejerciendo la Asamblea más que el poder ejecutivo, sólo la municipalidad estaba en condiciones de contestar al requerimiento del general, y que iban a transmitírselo. Algunas horas después rogaron a Miranda que entregase su demanda por escrio, a fin de que se pudiera deliberar sobre ella y comunicarla a la magistratura; como insistiese el general, "dando muestras de impaciencia", para obtener una respuesta en el plazo de hora y media, los delegados de la Asamblea respondieron que deseando dar una prueba de su buena voluntad, pondrían al día siguiente a la disposición del mando francés una suma de veinticuatro mil libras, aunque tuviesen que suministrarla de sus propios caudales.

Miranda sospechó que arguyendo con el derecho del pueblo y con las formas legales, los representantes y ediles ambereses querían tergiversar "inspirados por algunos individuos de la clase ex-superior"; se enfadó. En el acto se hizo llevar por dos oficiales una nueva diputación y declaró, "bajo fortísimas y desagradables amenazas, que no toleraría una desobediencia a sus órdenes y que los procederes de los administradores de la ciudad podían ser considerados como un insulto a la nación francesa; las explicaciones fueron calurosas. El general pidió que la Asamblea adquiriese el compromiso formal de pagar la cantidad; negáronse los delegados y lo mismo que "no se esperaban, en modo alguno, un recibimiento tan poco conveniente", estaban lejos de prever que eso "no fuese sino el preludio de una escena mucho más terrible y de la cual no ofrecen los anales del despotismo más que muy pocos ejemplos". En efecto, Mi-

LOS CUARTELES DE INVIERNO EN BELGICA

Según el Mapa del Estado Mayor Imperial

 *Franceses*

 *Austríacos*

0 10 20 40 60 80 100 K.

Anvers
MIRANDA
(Ejército del Norte)
Demer
Ruremonde
CLERFAYT
Cologne
Bruselas
Lovaina
Tirlemont
St. Trond
Maestricht
MIACZYNSKI
STENGEL
DAMPIERRE
Tongres
VALENCE
(Ejército de las Ardenas)
Ejército de Bélgica
Liège
FREGEVILLE
Rhin
Roer
Namur
Vanguardia
del ejército de las
Ardenas
Sambre
CORPS
D'HARVILLE
Philippeville
Ourthe
Marienburg
Meuse
Rocroy
CORPS
HOHENLOHE
Moselle
Bouillon
Mézières
Sedan
BEAULIEU
ERBACH
BENDER

randa adoptó el recurso de la violencia: a media noche, un oficial fue a buscar en su domicilio al Sr. Nanteuil, secretario de la Asamblea, y le condujo al cuartel general. El comandante en jefe le rogó que enumerara los nombres de los miembros de la diputación de la cual formaba parte; después, el general Canolles recibió orden de poner presos a los señores Borrekens, de Vael, Nanteuil y Van Setter, secretario de la ciudad, y cumplió esa misión a la cabeza de una escuadra de dragones a caballo. Llevados en coche, estos señores fueron "embastillados" en la ciudadela, donde fue a reunírseles un poco más tarde el ciudadano Van Kessel, tesorero de los dominios, encerrados separadamente, cada uno en una casamata, los prisioneros permanecieron allí hasta la mañana del siguiente día. Conmovióse la Asamblea, dio sus excusas y con la esperanza de ver libres a sus diputados, prometió emprender los arreglos de manera que se hiciesen ingresar durante el mismo día cien mil libras en la caja del ejército y ver los medios de hacer frente a la requisa de las otras doscientas mil libras. El general exigió ciertas rectificaciones en los textos emanados de la Asamblea: la satisfacción le fue dada y los prisioneros fueron puestos en libertad. En el calor de la última discusión los diputados advirtieron que Miranda parecía querer lanzar algún vituperio sobre el modo con que se realizó la elección de los representantes provisionales, pero "hicimos de ello tanto menos caso, escriben ellos maliciosamente, cuanto que la víspera hubo juzgado de otra manera, dando preferencia a la organización de Amberes sobre la de las otras ciudades".

Miranda desahogó, en una carta a Pache, el mal humor que le había causado la conducta de los representantes de Amberes.

Si recurría al empréstito era porque le hacía absolutamente falta procurarse dinero para continuar los trabajos de fortificación de la ciudad y para que vivieran sus tropas. Los representantes, apurados al principio para satisfacer sus demandas, se habían recuperado; él no podía tolerar esas "grietas aristocráticas", que tendían a indisponerle con los ciudadanos de Amberes y provocar el desorden. Habíale, pues, parecido indispensable un acto de energía para poner fin a los "embrollos" entre los cuales querían enredarlo. Fue útil el ejemplo, puesto que "el cuerpo eclesiástico y los privilegiados de antes" se habían sometido "a la autoridad y a las voluntades de la majestad del pueblo". Por otra parte, mandó que se les guardaran las mayores consideraciones a las personas que le habían puesto en el caso de disgustarse. Esperaba que "el celo de nuestros patriotas, que se ocupan de instruir y de ilustrar al pueblo acerca de sus intereses y sobre los principios inestimables de la libertad, bastaran tal vez para prevenir toda disensión posterior en este respecto".[25] Es interesante advertir que los representantes de Amberes protestaron de la afectación que Miranda ponía en señalar distinción de clases entre los ciudadanos de su ciudad: "No existen en Amberes, escribieron a la Convención, ni individuos ni clases superiores, no siendo la población de esta ciudad más que una gran familia de origen comerciante, en la que toda distinción habría sido objeto de ridículo y donde las quimeras de la nobleza, que jamás ha gozado de ninguna prerrogativa, han sido en todo tiempo apreciadas en su justo valor".[26]

Sin embargo, la Asamblea se enfadó con el general, y cuando los comisarios Camus y Gossuin pasaron a Amberes, entabló demanda ante ellos por la conducta de Miranda; luego dirigió

una memoria a la Convención para protestar del "proceder violento y arbitrario", que atrajo sobre los representantes "la más violenta tempestad que fuera posible experimentar en los mismos horrores del despotismo". Los comisarios respondieron que ese asunto no era de su incumbencia; la Convención no tuvo en cuenta la memoria; tomó nota, en su sesión del 3 de enero, de la requisitoria hecha por Miranda para subvenir a los gastos de la guarnición y de las fortificaciones de la plaza; esto fue todo. Pache informó al general de que haría que "se le rindiesen cuentas del dinero que recibió de la tesorería nacional para ver hasta qué punto el empréstito de las trescientas mil libras de que hacía mención en su carta era necesario".[27]

Hay que reconocer que Miranda, aparte de su acto de autoridad, tal vez indispensable en vista de las necesidades del ejército, no tomó ninguna otra medida contra la Asamblea, hostil a él, sin embargo; en esto no siguió el ejemplo dado en Lovaina por los comisarios de la Convención. Por otra parte, logró obtener de la dificultosa municipalidad pan, forrajes y otros artículos de consumo para las tropas, por un valor de sesenta mil florines.

La penuria de dinero era extrema. Miranda había declarado que no estaba en su poder, "ni entraba en las intenciones de la República francesa, obligar a la nación belga a que recibiese asignados"; mas ¿cómo hacer entonces, pues que se podía saldar en numerario los excesos resultantes de los pagos hechos en asignados? Invitó a los magistrados de Amberes a emitir cierta cantidad de pequeños billetes de cinco, diez, quince y veinte centavos, "creados por diferentes personas que por sus facultades pudieran inspirar la confianza pública". Estos cupones serían

aceptados por los militares franceses y por la población belga, como saldo de los pagos hechos con asignados de cinco libras.[28] Por de pronto, el general dio parte al gobierno de las dificultades con que tropezaba: "Nuestros asignados no son recibidos en el país, escribía a Pache, y los empréstitos que tratamos de hacer en el clero no se cubren más que en una pequeña parte. Ruego igualmente al poder ejecutivo que se ocupe urgentemente de este asunto tan necesario, o de autorizarnos a tomar medidas por nosotros mismos, sin lo cual preveo que nuestras operaciones se detendrán indispensablemente".[29] O'Moran se queja también en Tournai de la falta de numerario. Ha recibido de Dumouriez y de Miranda orden de pagar sus tropas con ayuda de los empréstitos hechos por Sta en el clero de las provincias que ocupa, pero estos recursos están agotados y la proclamación del decreto del 15 de diciembre les ha aniquilado.[30]

En cuanto a Marassé, empleaba todo el dinero que tomaba a los ambereses en fortificarse contra los ingleses y los holandeses, que estaban siendo amenazadores; decía no tener nunca bastante:[31] "No se lo puedo ocultar a usted, ciudadano ministro; aquí nos hallamos en la mayor penuria de dinero: me han dejado por más de seiscientas mil libras de deuda. Tengo un hospital, carezco de víveres y de forrajes".[32] Este general estaba descontento porque la administración quería pagar una parte del sueldo en asignados y no ocultaba sus inquietudes ante las consecuencias de semejante medida.[33] Por desgracia, no se detuvo en esto: mandó al general Canolles,[34] con una diputación de soldados, a hacer representaciones a la barra de la Convención. Esta iniciativa irritó a Miranda, quien se lo declaró a Dumouriez: "Estoy cansado de exhortarle a seguir una conducta más polí-

tica, más militar y más conforme con el puesto que ocupa; no me entiende o no quiere entenderme. Mi informe al poder ejecutivo sobre su misión militar a la Convención nacional, era indispensable, y añadiré todavía que acabo de saber, por una carta que escribió a Ruault, que nuestros efectos de campamento confiados a sus cuidados han sido quemados con el hospital, en Amberes".[35] Producíase un conflicto entre ambos generales: Marassé quería no recibir órdenes más que de Dumouriez y sólo darle cuenta a él,[36] y respondía a las advertencias de Miranda invocando sus cincuenta y dos años de servicio.[37] Era demasiado para la paciencia de que Miranda era capaz; escribió a Pache para decirle que reprobaba la conducta de Marassé como impolítica y contraria al espíritu militar, pues si a cada comandante se le ocurría enviar diputaciones a la Convención, pronto se vería desbandado el ejército y la Constitución en peligro. Pide que se detenga el mal y que se les vuelva a mandar a su puesto a Canolles y a su delegación para que sean castigados militarmente, así como el jefe que tomó sobre sí esa gestión sin orden y a hurto de su superior, el comandante en jefe: "No disimularé, concluye, que no puedo soportar más las debilidades del general Marassé y que no puedo cargar con las consecuencias que su conducta puede producir en la subordinación de la guarnición, en la que por cierto han quedado impunes bastantes delitos de esa especie".[38] Dumouriez intervino con Miranda, para calmarle a propósito de Marassé: el general en jefe estaba muy enojado por el envío de Canolles a París, pero creía que si Miranda quería consentir en mostrar un poco más de confianza en un "anciano respetable por todos conceptos", éste le secundaría perfectamente.[39]

El clero belga fue llamado a suministrar mucho dinero para contribuir al sostenimiento de las tropas francesas: en Gante, consintió el general Ferrand un préstamo de un millón de libras en numerario, de las cuales trescientas mil fueron destinadas al ejército de Miranda por orden del comisario-ordenador.[40] Al convocar a los delegados de la ciudad de Amberes, el 5 de diciembre, Miranda hizo asistir también a los jefes del clero para explicarles las resoluciones de la Convención respecto a Bélgica y las intenciones de los comandantes militares, explicaciones que parecieron satisfactorias. El clero, que ya había proporcionado al general un poco de numerario, le prometió cubrir el valor total del empréstito que solicitaba. Así, en ese momento Miranda juzgaba que no había motivo de queja en lo referente a la conducta de los delegados del clero y del pueblo, y esperaba poder arreglarlo todo.[41] En verdad, tratándose de un general jacobino, parece que las relaciones con las autoridades eclesiásticas eran más bien demasiado amistosas; cuando iba a abandonar Amberes, el obispo, Monseñor Corneille-Francisco de Nelis,[42] lamentaba que "los destinos llamasen a otra parte al general y que partiese harto pronto para el grado de sus fervorosos deseos". El prelado se presentó en su casa, y no habiéndolo encontrado le enviaba, "a manera de tarjeta, las adjuntas bagatelas": clásicos latinos y españoles y libros de su composición si el general aceptaba ese regalo, el obispo se permitiría dirigirle sin tardanza "alguna otra fruslería literaria". "Donde quiera que se halle el general Miranda, añadía Monseñor de Nelis del modo más adulador, el respeto y todos los sentimientos debidos a los grandes talentos, irán a encontrar de parte de su servidor, al literato, al filósofo lleno de amenidad y de los conocimientos más vastos,

al gran militar; en fin, a aquel de quien Homero y luego Horacio hubieran dicho: *qui mores hominum multorum vidit et urbes.*"[43]

Las dificultades de aprovisionamiento y la sorda oposición que los belgas hacían a los invasores hubieron modificado la mentalidad política de Dumouriez, quien, no obstante, como ya hemos dicho, llegó henchido de buenas intenciones. Cuando en enero de 1793, el general en jefe enviaba desde París sus instrucciones a Miranda con motivo de la próxima campaña de Holanda, le hablaba de tomar, como pretexto de un viaje a Amberes, el empréstito de ocho millones de florines que debía de hacerse allí: "Como yo lo he preparado, escribía, exija usted severamente ese empréstito y anuncie a esa ciudad, a su clero y a su bolsa, que los franceses no se dejarán engañar por su mala voluntad; que van a tomar como contribución lo que quieren buenamente recibir como préstamo; que usted sabe cuáles son los capitalistas que tienen los fondos y que es a ellos a quienes usted se los tomará, siendo ellos libres para arreglarse en cuanto al reparto con sus compatriotas". Dumouriez trabaja para hacer derogar el decreto del 15 de noviembre y espera conseguirlo, pero los belgas deberán decidirse a romper para siempre con la casa de Austria y a cambiar su antiguo gobierno, "fundado en la esclavitud del pueblo y en la desigualdad de las órdenes", y en caso contrario Miranda les dirá que va a "tratarles como país enemigo, romper todos sus acuerdos y, en fin, tomar su dinero para indemnizarnos de los gastos de la guerra". Las instrucciones son precisas, pues Dumouriez parece haberse identificado con todas las concepciones de la Convención respecto a Bélgica. "Hágase usted dar una lista de los capitalistas

de Amberes, llámelos nominativamente al Ayuntamiento, téngalos allí y no los suelte hasta que hayan tomado una resolución y cubierto el empréstito, de grado o por fuerza. Si fuere de buen grado, cobre en seguida dos millones de florines para los gastos de la expedición; si es por fuerza, impóngales a uno cincuenta mil florines, a otro más, a otro menos, según sus facultades; hágales pagar en el plazo de ocho días, reteniéndoles en sus casas con guardias de vista. Haga lo mismo con el clero, pero separadamente del comercio."[44] Ignoro lo que Miranda haría para efectuar esta "operación de rigor", que únicamente, en opinión de quien la prescribía, podía salvar al ejército francés.

Las autoridades de ocupación proseguían en el país una activa propaganda, con el fin de determinar a la población a solicitar su reunión con Francia. Danton y Delacroix, entre los comisarios, descuidaban el ejército para entregarse a la política, y aún dígase al bandidaje; la frecuentación de las meretrices absorbía sus ocios y se ha pretendido que los termidorianos destruyeron el expediente donde Lebas establecía la prueba de las conclusiones de estos dos personajes. Votos de anexión más o menos falseados, más o menos sinceros, fueron arrancados a las diferentes ciudades y transmitidos a la Convención, que los acogió con transportes de elocuencia y ditirambos a la libertad de los pueblos. El voto de Lieja, emitido por 9.660 votantes, contra una cuarentena de protestantes, fue el primero llevado a conocimiento de la Convención. Los liejenses eran francófilos y antiaustríacos, lo cual les valió ser llamados un día, por el conde de Langeron, "el más inmundo populacho de Europa". El señor Waleffe, presidente de la municipalidad, informó del voto de la población al general Miranda, quien lo remitió a los comisa-

rios diciéndoles: "Si este ejemplo es seguido por el pueblo belga y si la Convención nacional declara a uno y a otra parte integrante de la República francesa, el triunfo de la libertad sobre los tiranos conspiradores me parece pronunciado"; y escribía a Pache: "Espero que este ilustre ejemplo determinará pronto al pueblo belga a imitarle y que el pueblo francés, satisfecho de ver a sus nobles principios propagados en el universo, gozará la doble ventaja de vencer a sus enemigos, haciendo la felicidad de los pueblos".[45] Cuando fueron leídas en la Convención las comunicaciones de Miranda, hubo diputados que propusieron la anexión inmediata de la comarca de Lieja a la República; presentáronse objeciones; se decretó la reunión de Nizo. Danton, Delacroix, Cambon y Camus quedaron encargados de redactar las diversas proposiciones hechas respecto a las provincias belgas; se dictó un acuerdo sobre el procedimiento para poner en ejecución los decretos de los 15, 17 y 22 de diciembre, cuya fórmula es un monumento de candor cínico: "Los generales y los comisarios organizarán las asambleas primarias de los pueblos invitados a fraternizar y les invitarán a emitir libremente su voto acerca de la unión. Los que no quieran, serán mirados como enemigos".[46]

Lo que complicaba la tarea de los jefes militares, y esto no solamente en Bélgica y durante el período que nos ocupa, sino en todas partes y en todo el tiempo de las guerras y conquistas de la Revolución, lo que hacía casi imposible la aplicación de toda política razonable y fructuosa en los territorios invadidos por las armas francesas, era la intervención de los comisarios de toda clase en los asuntos más alejados de su competencia. Fue menester la fuerte administración consular, luego imperial,

para volver al orden y hacer que, por los mismos hombres y en nombre de los mismos principios, fuesen llevadas a cabo grandes cosas. Lo que se ha llamado beneficios de la ocupación francesa, sean políticos o jurídicos, sean materiales, en Renania, en Italia, en las provincias ilíricas, data de la época napoleónica; la administración revolucionaria en Bélgica tenía tal carácter de tiranía y de rapacidad, que los mismos austríacos fueron, después de Neerwinden, aclamados como salvadores. En 1794, las exacciones perpetradas por los comisarios y las tropas en las márgenes del Rin y en el Palatinado, recordaron las devastaciones, los pillajes e incendios antaño ordenados por Louvois; todo fue robado, "hasta las cerraduras de las puertas"; se "evacuó" todo, se trató "a la vendeana" a los campesinos indefensos. Al mismo tiempo, en Guipúzcoa y en Vizcaya se deportaba a los magistrados, a los sacerdotes y a las religiosas, se violaba a las mujeres, se incendiaba a los pueblos.[47] En cambio, los prefectos imperiales han dejado en el Rin buenos e imperecederos recuerdos.

Las pretensiones de los comisarios en lo concerniente a las operaciones militares, las sospechas de que rodeaban a los generales y las perpetuas dificultades que les oponían, ocasionaron ciertamente desórdenes más considerables que las ventajas que hubiese habido derecho a esperar de una inspección bien ejercida. Por un Saint-Just que al mismo tiempo que protesta contra las "combinaciones" de los generales y de los Estados Mayores sabe encontrar en el ejército del Este palabras que electrizan a los soldados, hay centenares de otros individuos que no sirven más que para desanimar a los jefes. En el combate naval de Brest, Jeanbon Saint-André obligará a la Armada francesa a huir ante los barcos de lord Howe, inferiores en número. La insa-

nia en los comisarios y su estupidez no conocen límites; acusan a todo el mundo, a tuertas y a derechas. Todavía en el Directorio, si Jourdan debe operar una retirada, encuentra un comisario para reprocharle que tiene miedo y que no se sostiene a caballo, y el mismo Directorio califica a ese general de inepto, que "pierde la cabeza al primer revés". Sólo hacia los últimos tiempos, cuando ya no había cerca de los ejércitos representantes en misión, pudieron los generales aplicar sus concepciones personales sin temor a la guillotina y libertados de la presencia importuna de esos profanos estorbadores. Vióse entonces desarrollar las más bellas operaciones militares de la Revolución.

Dumouriez ha dirigido una requisitoria contra los comisarios de la Convención y del poder ejecutivo y su gestión en Bélgica; sin que se deban aceptar todas sus apreciaciones sobre las personas, que revelan un marcadísimo prejuicio de diatriba, no deja de ser interesante recordar las opiniones del general en jefe. Le dejaron el más escocido recuerdo esos agentes que fueron a atravesarse en su política para embarazar primero la acción que pretendía desenvolver en Flandes, y para impedirle seguidamente llevar a cabo su tentativa contrarrevolucionaria. Califica a los comisarios de gentes feroces: Danton es "un hombre hediondo"; Delacroix, "un estafador"; Cossuin, "una bestia violenta"; Merlin de Douai, "un atrabiliario que hace una puja demagógica"; Camus, "un jansenista pedante y torpe".[84]

Miranda, por su parte, está exasperado ante las intervenciones constantes y absurdas de los agentes que le manda París para vigilarle, que usurpan en el dominio militar y aumentan las complicaciones de una situación ya muy difícil. Liebaut y Bonnemans, comisarios nacionales en Ruremonde, pedían a Miranda

un cuerpo de mil doscientos hombres y no temían prescribirle movimientos de tropas, amenazando con exigir y obtener venganza si no se les satisfacía. Miranda respondió a los comisionarios, con un tono burlón, que si tenían planes nuevos que proponer harían bien en remitírselos a Dumouriez, no pudiendo tomar sobre sí el empeño de cambiar las disposiciones del general en jefe ni las del poder ejecutivo. "Me disgusta, concluye, no tener un cuerpo de mil doscientos hombres que ofrecer a VV. provisionalmente, pues que las operaciones de la guerra en este momento necesitan tropas en los puntos que han sido juzgados más importantes".[49] Poco después ya no serán mil doscientos hombres, sino cuatro mil, los que reclamará Liebaut, cargando sobre el general, quien parece cuidarse muy poco de sus amenazas y de su algazara: "No son, escribe el comisario a Dumouriez, zalamerías como las distribuye nuestro colega Cochelet al general Miranda, que tiene todos los honores y no está expuesto a nada; no son jactancias lo que conviene a los republicanos. Es muy cómodo meter ruido en los periódicos, y también nosotros hubiéramos podido engreirnos. Hemos hecho una revolución fraternal, pero son nuestras acciones las que nos harán juzgar por una y otra parte. Lo que caracteriza a los republicanos son las verdades. ¡Y bien! Una es que Miranda, tal vez buen militar, pero al menos español, ha demasiado, no sé por qué motivo, abandonado a La Marlière, ha tratado ligeramente a Ruremonde y los alrededores de puestos".[50]

Otro comisario, Cochelet, cuando la declaración de guerra, se trasladó al territorio de las Provincias Unidas, arrancó los postes de la frontera[51] y tomó posesión de Holanda en nombre de la República francesa. Esta "parada absurda" fue una adverten-

cia de la cual el gobernador de Maëstricht se apresuró a aprovecharse y contrarió mucho a Miranda, quien se lo hizo ver a su autor. Cochelet escribió entonces al general "una carta insolente, en la cual le ordenaba que tomase Maëstricht antes del 20 de febrero, y si no lo hacía le denunciaría como traidor", y el comisario mandó una copia de tan hermosa pieza a la Convención, "que aplaudió esa firmeza romana".[52] Miranda trata duramente a Michelet: "indiscreto, fútil, vano, quiere subdelegar su empleo y sus hojas en Jolivet, y mañana tal vez en otros cincuenta secretarios; de manera que, a ese paso, en lugar de diez comisarios, tendremos pronto diez mil".[53] Los comisarios de la Convención acabaron por encontrar que su colega de poder ejecutivo exageraba y le suspendieron en sus funciones.[54] Miranda, sin embargo, había recibido muy bien a Cochelet cuando su llegada a Bélgica y le había dado para acompañarle en su gira de inspección a las ciudadanas Fernig, "quienes, escribe ese comisario, reunen a las virtudes de su sexo y a la modestia un valor reflexivo e imperturbable: en este instante se hallan con el general en el sitio de Maëstricht".[55] Cochelet pretendía haber procedido muy bien en el asunto de los postes y en "proclamar la guerra a la cabeza de las tropas", pues "los generales deben limitarse a hacer la guerra y los agentes del poder ejecutivo a tomar las medidas necesarias para ilustrar al soldado y electrizarle".[56] Fue, desde luego, la complacencia de Thouvenot y de La Noue lo que permitió a Cochelet entregarse a esta manifestación intempestiva en ausencia de Miranda.[57]

Otro incidente de la misma gravedad debía indisponer a Miranda con el comisario ordenador en jefe, Ronsin, quien había encargado a dos soldados que fuesen a comprobar la rotura del

sello que puso en la puerta del cuarto del general en Lieja. Parece ser que estos emisarios cometieron alguna insolencia con Miranda, quien pidió una reparación. El comisario abrió una información, interrogó a sus hombres y al portero de la casa, y luego escribió bastante cómicamente a Miranda para objetarle que su "deposición" estaba contradicha por la de sus soldados. Rogaba al general que le dirigiese sus quejas por escrito, declarándose pomposamente "tan pronto y tan severo en la supresión de los abusos como en la ejecución de las leyes". Miranda le respondió en un tono que no dejaba ninguna duda sobre la escasa consideración que concedía a las observaciones del comisario y acerca de la manera con que él, general, entendía siempre ser obedecido. El general Miranda, dice, no tiene tiempo, en estos momentos, de escribir súplicas ni de ir a hacer una visita al comisario Ronsin, el cual recibió orden del comandante en jefe del ejército, ayer noche, de venir a dar una reparación al insulto que los emisarios de dicho comisario hicieron ayer al general Miranda. Está asombrado de que en vez de ver cumplida esta orden superior, reciba una especie de mandato del comisario para abandonar sus funciones de general en jefe y comparecer por escrito ante el tribunal del comisario... El comisario Ronsin es quien es la causa de todos los actos de insubordinación y de insulto que los dos soldados que mandó ayer, investidos con el carácter de comisarios, probablemente por instigación, han practicado escandalosamente en la habitación del general.[58] Es más que probable que después de esta homilía Ronsin fuese a presentar sus excusas al poco cómodo general.

Los poderes de los comisarios de la Convención emanaban del decreto del 29 de diciembre de 1792. Fue después de tener

conocimiento de una carta de sus agentes, en la que se trataba de los extravíos y de los excesos cometidos por algunos oficiales generales del ejército del Mosa, especialmente en Aquisgrán, cuando la asamblea ordenó que los comisarios "tendrían poder para hacer todas las requisiciones, disponer provisionalmente toda clase de destituciones, reemplazos y arrestos que juzgasen necesarios para el mantenimiento o el restablecimiento del orden público, con el cargo, para ellos, de deliberar en común y de hacer llegar en seguida a la Convención los acuerdos que hubiesen tomado". El 26 de enero siguiente, la Convención autorizó todavía "a todos los comisarios para tomar todas las medidas, aun las de seguridad general, que las circunstancias hiciesen necesarias".[59] No dejaron los comisarios de usar ampliamente estos poderes discrecionales, y en lo que concierne a la parte militar, su aplicación fue bastante mala. Barante ha notado el desorden extremo que llevaron los comisarios a la administración del ejército, prescribiendo a los generales operaciones imposibles o mal concebidas y sustituyendo la disciplina con el terror. "Los generales, dice concluyendo, sospechosos después de sus victorias, eran enviados al cadalso después de sus derrotas".[60]

La Convención prolongaba su tiranía en el seno de los ejércitos por medio de esos *missi dominici,* como la extendía en el interior de Francia por el órgano de los representantes en misión, especie de procónsules todopoderosos que hicieron pesar sobre la nación un despotismo horrible. Han sido elogiados esos procedimientos mostrándonoslos como un ejemplo admirable de la energía y de la eficacia del poder revolucionario; pero la tiranía así ejercida es tan vieja como el mundo, y la Revolución, ejerciéndola a su vez, no ha inventado nada.

NOTAS

[1] Paul Verhaegen: *La Belgique sous la domination française*, 1, 118.

[2] G. Ejército del Norte. Corresp. Los magistrados de Amberes a Miranda, 5 diciembre 1792.

[3] G. Ejército del Norte. Corresp. Marassé a Pache, 21 diciembre.

[4] Ibíd. Marassé a Pache, 5 y 6 diciembre.

[5] Ibíd. Miranda a Pache, 12 enero.

[6] Mallet du Pan: *Considérations*, p. 61. He buscado inútilmente esta carta atribuida a Brissot. Por lo demás, el convencional escribía a Servan: «No podremos estar tranquilos que cuando Europa y toda Europa será incendiada». Véase Perroud: *Corresp. et Papiers de Brissot*, p. 312.

[7] Verhaegen, 1, 110.

[8] Michelet: *La Convention*, p. 94.

[9] IV, 275.

[10] Jaurés: *La Convention*, p. 567. Citado por Mathiez: *La Revolution et les Etrangers*, p. 84.

[11] Mallet du Pan: *Considerations*, p. 83.

[12] Mathiez: Loc. cit., p. 82.

[13] Albert Sorel, 11, 89.

[14] G. Ejército del Norte. Corresp. Marassé a Pache, 21 diciembre; Miranda a Pache, 26 diciembre.

[15] Dareste: *Histoire de France*, VII, 410.

[16] Borgnet, 11, 119.

[17] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 1 enero 1793.

[18] Michelet: *La Convention*, p. 110.

[19] Taine: *Histoire de la Révolution*, p. 147.

[20] Verhaegen, 1, 120.

[21] A. N. F7 4691. Plaq. 9.ª Documentos de Dumouriez. Chépy a Dumouriez, 6 diciembre.

[22] G. Ejército del Norte. Corresp. Pasquín impreso en dos columnas, en francés y en flamenco, 4 diciembre. Stadsarchieven der Stad Antwerpen. Extracto nit het «Placcaetboch van de Have». Vol. 26, fol. 185, bernsten de ter stedelyke archieven te Antwerpen.

[23] B. N. L.-41 618. Interrogatorio de Miranda ante el Comité de la guerra.

[24] Registro diario de los Representantes provisionales del pueblo libre y soberano de Amberes, núm. 4. Este registro está dividido en diecinueve partes numeradas de 1 a 19. La primera sesión de la Asamblea tuvo lugar el 21 diciembre 1792, por la mañana. M. Cauwelaert, burgomaestre de Amberes, es quien ha tenido la bondad, en una carta a S. E. M. Peltzer, ministro de Bélgica en Berna, de indicarme esta importante publicación como factible de suministrarme precisiones sobre las relaciones de Miranda con los representantes de la ciudad. Deseo expresar aquí a mi distinguido amigo, M. Peltzer, toda la gratitud que debo a su cortesía y al interés que ha tenido en mis investigaciones.

[25] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 1 enero 1793.

[26] Memoria citada más abajo.

[27] Acta de la sesión de la Convención nacional del jueves 3 enero 1793. Tomo V, fol. 24; G. Ejército del Norte. Corresp. Pache a Miranda, 4 enero.

[28] Stadaarchieven der Stad Antwerpen. Extracto citado. Vol. 20, fol. 178. Pasquín firmado Miranda, 28 noviembre.

[29] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 3 diciembre. El ministro de la Guerra transmitió esta instancia a la tesorería, indicándola de proveer a las necesidades de Miranda por el camino de Lila. (Nota marginal.)

[30] Ibíd., O'Moran a Pache, 7 enero.

[31] A. N. Fè 4689. Plaq. 2. Documentos de Dumouriez. Marassé a Miranda, 6 enero.

[32] G. Ejército del Norte. Corresp. Marassé a Pache, 21 diciembre.

[33] A. N. F7 4689. Plaq. 2. Documentos de Dumouriez. Marassé a Miranda, 6 enero.

[34] Charles Canolles de Lescours, hombre de buena familia, pero modelo perfecto de necedad, según el general Thiébault (1, 369), fue un bordelés que entró en el ejército en el año 1753, como teniente segundo en el regimiento del Rey. Tuvo que abandonar el servicio en 1777, con el grado de coronel, porque se había vuelto «casi loco». Empleado como mariscal de campo, fue jubilado en septiembre 1793. (G. Expediente de Canolles de Lescours.)

[35] A. N. F7 4690, Plaq. 3, Documentos de Dumouriez. Miranda a Dumouriez, 6 enero.

[36] Ibíd. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 70. Petición de Marassé a Dumouriez. Pieza sin fecha.

[37] G. Ejército del Norte. Corresp. Marassé a Miranda, 14 enero.

[38] Ibíd. Miranda a Pache, 16 enero.

[39] Rojas, p. 38. Dumouriez a Miranda, 15 enero.

[40] A. N. F7. Plaq. 9.ª Documentos de Dumouriez. Acta del 6 diciembre.

[41] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 6 diciembre.

[42] Nacido en Malinas, el 5 junio 1736, obispo de Amberes en 1789, muerto en Italia el 21 agosto 1798.

[43] Antepara, p. 216-217.

[44] Rojas, p. 29-30. Dumouriez a Miranda, 10 enero.

[45] G. Ejército del Corresp. Waleffe a Miranda, 21 y 28 enero. Miranda a Pache, 28 enero, 21 febrero. Aulard: *Redueil des Actes du Comité de Salut public*, 27 enero, 11, 16; Borgnet, 11, p. 237.

[46] Acta de la sesión de la Convención nacional del jueves 31 enero. Vol. 5, fol. 499-515; G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico, 31 enero.

[47] Albert Sorel, IV, 159, 166.

[48] Veremos a este Camus que pretendía ser Bruto y amenazó Dumouriez con su puñal, ser de los primeros en saludar el advenimiento de César. Treilhard también será un cesariano; este buen jurista, de carácter desigual, tan pronto altivo como servil, según tratase con los pequeños o con los poderosos, reguló siempre su conducta conforme al éxito del día. Napoleón enviará su cadáver al Panteón.

[49] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Liébaut y a Bonnemans, 9 febrero.

[50] G. Ejército del Norte. Corresp. Liébaut a Dumouriez, 24 febrero.

[51] Ibíd. Cochelet a Beurnonville, 2 febrero.

[52] Dumouriez, IV, 59.

[53] A. N. F7 4689. Plaq. 5, núm. 5. Miranda a Dumouriez, 12 febrero.

[54] Nota a la Convención, 14 febrero.

[55] G. Ejército del Norte. Corresp. Cochelet a Beurnonville, 22 febrero. Las ciudadanas Ferning, Félicité y Téophile fueron estas muchachas jóvenes, que habiendo prestado servicio al comienzo de la guerra, siguieron siempre a Dumouriez, en Valmy, Jemmapes, Neerwinden combatiendo en todas partes con gran valor. Después de la huida de Dumouriez no quisieron ya volver a Francia.

[56] Carta citada.

[57] A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 43. Miranda a Dumouriez, 9 febrero.

[58] Ibíd. F7 4690. Plaq. 3. Documentos de Dumouriez. Ronsin a Miranda: Miranda a Ronsin, 9 enero. Sin duda, no confundo en absoluto las funciones de un comisario ordenador, intendente militar, con las de un comisario de la Convención o del poder ejecutivo.

[59] Aulard: *Recueil*, I, 370: II, 15.

[60] *Histoire du Directoire*, I, 5.

CAPITULO VII

MIRANDA, COMANDANTE EN JEFE

DUMOURIEZ quería atacar a Holanda; el Consejo ejecutivo deseaba que fuese a operar en el Rin y apoyase al ejército de Custine; Custine, por su parte, decía que era menester dejar a Miranda en Bélgica y reagrupar fuerzas para llevar la guerra a Alemania. El general en jefe, mal de su grado, con un ejército "que se desorganizaba", llegó hasta Aquisgrán.

Dumouriez tenía una concepción totalmente prusiana de la teoría de los gajes, y queriendo apoderarse de Maëstricht, proponía al gobierno poner en conocimiento de Holanda que, para asegurarse de su neutralidad, los franceses tenían necesidad de ser los dueños del curso del Mosa hasta Ruremonde y de poner guarnición, por lo menos, en el arrabal de Wyck. Con la esperanza de recibir la aprobación de París, prescribió a Miranda que enviase su artillería de sitio a Tongres, estableciese allí su cuartel general y se extendiese a lo largo del río. El gobierno francés persistió, sin embargo, largo tiempo en la intención de adminis-

trar la neutralidad de las Provincias Unidas, y veremos al Consejo ejecutivo tomar, el 14 de enero de 1793, un acuerdo así concebido: "El Consejo, informado de que las tropas holandesas han evacuado la ciudad de Venloo, y con la mira de prevenir todos los movimientos que pudieran dar un pretexto para hacer salir de su neutralidad a las Provincias Unidas, acuerda: que el ministro de la Guerra mande expresamente al general Miranda que de ningún modo ataque a dicha ciudad de Venloo y de no ir sobre ninguna parte del territorio de las Provincias Unidas; que, no obstante, en el caso de que estuviese seguro de que los austríacos y los prusianos se aproximasen a dicha ciudad para apoderarse de ella, el general Miranda estará autorizado para prevenirles. Todo ello sin perjuicio de las demás disposiciones prescritas al general Miranda".[1]

Los holandeses temían la guerra y deseaban evitarla a todo precio. Una carta encontrada al barón Marechal, gentilhombre de cámara del príncipe de Nassau-Usingen, y enviada a París por Miranda, es muy significativa a este respecto. El autor de esta carta, que se cree fuese escrita por el Estatuder, se alza contra "los rabiosos que odian a toda Europa" y "buscan embrollos" a Holanda en Maëstricht y en el Escalda. Hay la esperanza si atacan, de pegarles o de ahogarles; de todas maneras, se queda uno horrorizado de la rapidez de las conquistas revolucionarias y de la impotencia de los aliados para detenerlas.[2]

Decidióse invernar en Bélgica. Dumouriez sabía muy bien que estos cuarteles de invierno del Mosa "eran, por propia condición, malísimos", pero creía que los enemigos, débiles y mal aprovisionados, no podrían atacarles antes de la primavera. El alto mando debía, además, tener en cuenta la opinión de los

comisarios que por razones políticas intervenían sin cesar en los asuntos militares; la resolución de quedar en Aquisgrán, a pesar de la opinión formal de los generales, suministra un ejemplo de tan enojosa conducta. Sea lo que fuere, Dumouriez suponía que la línea del Roër podía defenderse perfectamente en invierno y que, en caso de alarma, las tropas podrían reunirse en Aquisgrán o en Aldenhoven para impedir a los imperiales que socorriesen a Maëstricht, al que siempre pensaba atacar en el plan general de campaña que meditaba. A continuación se verá en qué medida se realizaron estas previsiones.

Valence, como todos los demás oficiales generales, salvo La Marlière, a quien sus acantonamientos "agradaban infinitamente por su ligazón",[3] no dejó de criticar la designación hecha. Antes de marchar a París fue a Lieja y rogó a Miranda que fuese a concertarse con él sobre las disposiciones militares que habría que tomar: "No oculté a los diputados de la Convención nacional, escribe, que la posición militar, ya muy mala, sería insostenible si, haciéndose más fuertes las heladas, se perdía hasta el débil recurso de estar cubierto por un pequeño torrente. Ni un gran río es, *según las reglas del arte* (expresión parásita del general Miranda) una garantía suficiente contra las sorpresas de cuarteles de invierno; aquí, un gran arroyo, del cual los enemigos ocupaban la otra orilla, era la única barrera que se les oponía; tenían puestos atrincherados; la fortaleza de Juliers, cuya pretendida neutralidad podía cesar, estaba de su lado en la margen del Roër y se encontraba en el centro de una línea de catorce leguas, aun no contando más que desde el vado, entre Linnich y Randeradt hasta la dirección de Saint-Cornelis-Munster; y si se consideran esos acantonamientos como deben ser, es decir,

puntos donde podrían ser atacados hasta el otro, se recorre casi un semicírculo empezando en Ruremonde y acabando en Stavelot. El desarrollo es de más de veinticinco leguas, sin que las tropas tuviesen medios mutuos de sostenerse. Los comisarios me instaban vivamente para no abandonar esta posición; les pedí que oyesen lo mismo la opinión de los oficiales generales empleados en esos lugares que la de dos mariscales de campo que yo había traído conmigo".[4] Valence añade que el general Dumouriez le dijo en París, en enero, que no había tomado esos acantonamientos como cuarteles de invierno, pero que "habiendo sido engañado en medio de su marcha por un informe falso de Miranda, el cual aseguraba que Miranda había pasado el Rin,[5] no hizo más que poner sus columnas más a lo ancho del país". El general en jefe no quiso, por otra parte, oír las observaciones de Valence, "pues nunca Dumouriez ha querido creer que el enemigo, agotado por su campaña precedente, estuviese en estado de reforzarse antes de que él se hubiese reincorporado al ejército".

Uno de los dos, Valence o Dumouriez, han mentido en este caso. El proyecto de tomar los cuarteles de invierno entre el Mosa y el Rin era tan ciertamente de Dumouriez, que el 14 de noviembre escribía a Pache: "Nada más urgente que esta medida (el envío de veinticinco batallones de guarnición), y la solicito de V. con tanta más insistencia cuanto que es entre el Mosa y el Rin donde debo hacer mis cuarteles de invierno, si se sigue suficientemente mi gran plan en todas sus partes para que Treves y Coblenza sean tomadas en quince días y el general Bournonville esté en Colonia dentro de un mes". Pache no aprobó este plan y ordenó a Dumouriez que no abandonase el estable-

cido en París por el Consejo ejecutivo siguiendo la propia opinión del general en jefe, y que comprendía el rechazo de los austríacos al otro lado del Rin. El 13 de diciembre, todavía Pache repetía a Dumouriez que debía ir a Dusseldorf, mientras que Miranda marcharía sobre Cleves y D'Harville amenazaría a Luxemburgo.

Mas por otra parte es verdad que Valence, que había declarado a los comisarios de la Convención que los acantonamientos carecían de todo y que habría que abandonarlos,[6] escribía a Miranda el 7 de enero para recordarle que en una entrevista que tuvieron en Bruselas con Dumouriez él, Valence, manifestó el asombro y la pena que le causó la retirada de la vanguardia de Miranda hacia Peer, señalando los inconvenientes de esa maniobra: "Dumouriez y V. me taparon la boca asegurándome que los enemigos habían pasado el Rin y que V. tenía tropas en Bercheim. Este error tuvo enojosas consecuencias: fue la causa de que Dumouriez, en la confianza de que los enemigos estaban lejos, hiciese acantonamientos insostenibles para sus tropas". Valence advierte el movimiento que opera el enemigo y ruega a Miranda que haga avanzar prontamente al general La Marliere para tender la mano a la izquierda de los acantonamientos hacia Linnich y cubrir a Ruremonde. Cree que hay que vigilar a los holandeses tanto como a los austríacos para estar en condiciones de saber si es posible sostener las posiciones, en espera de las decisiones del poder ejecutivo; quisiera ver a Miranda, fuese en Aquisgrán, fuese en Lieja, a donde pasaría pronto, para ponerse de acuerdo con él.[7] Miranda se dispone a reunirse con su colega; anuncia a Dumouriez que partirá el 8 para Aquisgrán, aunque ignora el motivo de la llamada que se le hace. Considera que

su ejército se halla en perfecto estado.[8] Fue en Lieja donde Miranda conferenció con Valence, quien salía con dirección a París "revolviendo por todas partes, queriendo hacer acantonamientos a su guisa y encontrando insostenibles los de Dumouriez". Habiendo comprobado Miranda que el enemigo estaba del lado acá del Rin y llevaba su caballería hasta las avanzadas francesas, escribe: "He hecho que pasaran algunas tropas de caballería ligera para cubrir a Ruremonde, que no lo conservo, como V. sabe, más que para evacuarle ante la aproximación de una fuerza muy superior, a menos que no queramos pasar al otro lado del Roër".[9]

Sea como fuere, los fracasos sufridos por Beurnonville en el Mosela y por Cusine, rechazado sobre Mayenza, obligaron a Dumouriez a no llevar más adelante la ejecución de las órdenes del poder ejecutivo, las cuales, por otra parte, no aprobaba, como ya hemos visto. Cometió, pues, la grave falta de acantonarse en Bélgica, en vez de poner el Rhin entre su enemigo y él, plan que, según Jomini, hubiera debido desenvolver, en lo que concierne a las operaciones del Norte, en el comienzo de la campaña siguiente. Cierto es que el general en jefe aseguraba que el estado de sus tropas no se lo permitía: "Tuve que parar en seco mi marcha, escribía a Miranda, por los desórdenes que ha ocasionado ya la deserción de más de 10.000 hombres". El daño causado por esas deserciones era formidable: de octubre a diciembre, 55.000 soldados se volvieron a Francia. ¿Cómo no había de combatir Dumouriez los proyectos del Consejo ejecutivo, calificándolos de "los más extravagantes y los más peligrosos"? Si encontraba tantos obstáculos, la culpa la tenía "esa maldita punta en Alemania".

El ejército quedó establecido el 12 de diciembre en los acantonamientos siguientes: a partir de la derecha, D'Harville, cubriendo Namur, observaba a Beaulieu, el cual se encontraba en el Luxemburgo; Valence estaba en Verviers, Limbourg, Stavelot, Malmedy y Spa Dampierre, en Aquisgrán; Stengel, a lo largo del Roër, hasta Aldenhoven; Miaczynski, en el condado de Dahlen; Fregeville, en Eupen y Cornelis-Munster; el centro se extendía hasta Lieja, Robermont y Herve; Miranda, con la izquierda formada por el ejército del Norte y fuerte de 18.000 hombres, acantonaba entre Tongres y Ruremonde su vanguardia en esta última ciudad al mando de La Marlière, con la misión de vigilar a los austríacos en la orilla derecha del Mosa y a los prusianos de Brunswick-Oels, que se concentraban en Wessel. La división de derecha de Miranda estaba mandada por el general Duval; su izquierda, mandada por Champmorin, y pronto reforzada con seis batallones de voluntarios, abrazaba todos los acantonamientos extendidos en la frontera holandesa y vigilaba las guarniciones de Nimega Bois-le-Duc y Breda.[11] Miranda tomó a su cargo mantener la escuadra de Moultson en el puerto de Amberes y fortificó las orillas del Escalda entre esta ciudad y el fuerte de Lilo, de manera que se hiciese impracticable el acceso. Por razones políticas sobre todo, retenía el general esos barcos: "Si la escuadra abandona estos parajes, se atribuirá a flaqueza o a temor, y la República no puede, no debe concebir semejantes opiniones de su política y de su conducta". Monge aprobó esta medida.[12]

En los primeros días de diciembre, La Marlière recibió orden de levantar contribuciones en la región de Cleves. Los pequeños destacamentos prusianos que encontró a su paso fueron re-

chazados y regresó a Ruremonde con dos millones de libras y cierta cantidad de zapatos, botas, telas y lienzos.[13] Las instrucciones de Miranda llevaban la imposición, en las ciudades del ducado de Cleves, de la comarca de Meurs y del Gueldres prusiano, de una contribución ligera, proporcionada a la riqueza de cada población y que no debía exceder de 8.000 a 9.000 libras tornesas. La Marlière tenía que cumplir su misión en una semana, replegándose inmediatamente sobre Ruremonde y "conduciéndose de la manera más equitativa con los habitantes del país": 1.000 hombres, infantería y caballería,[14] deberían bastar para esa operación. Miranda esperaba obtener así fácilmente la cantidad de un millón de libras aproximadamente, "lo cual, escribe a Pache, nos hará subsistir algún tiempo a expensas de Su Majestad prusiana, haciéndole sentir un poco el peso de nuestras armas y la diferencia de trato que damos a sus súbditos, muy contrario al que él usaba con nuestros pueblos de Francia".[15] El ministro fingió no aprobar esta batida; sus oficinas redactaron primeramente un proyecto de respuesta a las cartas del general de los 30 y 31 de diciembre, proyecto en el que se decía que parecía que "ese movimiento no debiera producirse más que cuando faltaran víveres y forrajes y solamente para procurárselos, y que no entraba en los principios del pueblo francés procurarse numerario de esa manera. El comercio nos le proporcionará más seguramente, se añadía; esas cosas hacen gritar mucho y producen poco". Pero este párrafo, en el que ya apunta la mala voluntad de Pache respecto a Miranda, no parece haber sido mantenido en el texto enviado al general.[16] Champmorin no faltara pronto "de esperar en algunos puntos las rentas dominicales del Estatuder, como lo hace a diario, dice, en provecho de la República sobre

las del rey de Prusia, en diversos lugares del Gueldres situado en la orilla izquierda del Mosa".[17] En lo que se refiere a la aplicación del decreto del 15 de diciembre, demandas de exención, en lo tocante a las contribuciones, fueron dirigidas a Miranda por las autoridades de ciertos territorios que se decían neutrales en la guerra y, por consiguiente, libres de toda prestación. El general consultó al Consejo ejecutivo: ¿debía, sí o no, imponer a los habitantes del principado de Thorn, del ducado de Juliers y de la parte del electorado de Colonia ocupada por sus tropas? El Consejo se salió con un distingo que acaso hoy sería calificado de wilsoniano: "Los pequeños gobiernos eclesiásticos y seculares que tienen representantes en Ratisbona, son ciertamente enemigos nuestros, pero sus pueblos no lo son".[18]

Por su parte, Clerfayt cortó en Linnich y en Juliers los puentes del Roër y acantonó su ejército entre este río y el Erft, desde Groenvenbroich hasta Euskirchen. Era dificilísimo saber el número exacto de las tropas de que disponía porque se estaba mal servidos por los espías: éstos valoraban las fuerzas austríacas entre Juliers, Bonn y Colonia, en 8.000 ó 23.000 hombres, sin que fuese posible establecer una cifra probable entre esas dos que daban.[19] Miranda creía que se trataba de 10.000 ó 12.000 hombres.[20] Se le ha reprochado al Mando francés esta falta de informes seguros. En esta materia, la crítica es siempre muy fácil. El teniente coronel Grouard, en un libro reciente, ha recordado que "en los ejércitos mejor conducidos, no se ha podido nunca conocer del todo la distribución de las fuerzas adversas. Napoleón se equivocó en Jena acerca de la posición de los ejércitos prusianos y de los efectivos reales que Davout tenía ante él, y en Abensberg, respecto a la dirección de la retirada aus-

tríaca. En 1870, delante de Rezonville lo mismo que en Saint-Privat, los alemanes se equivocaron en la situación de las fuerzas francesas".[21]

El 25 de diciembre, el general Valence rogó al ministro de la Guerra que le concediese una licencia para ir a París, y pidió autorización para entregar a Miranda el mando de Bélgica; se le dio un permiso de quince días.[22] Descontento por la actitud de Pache con motivo de su disensión con La Bourdonnaye, Miranda acabó por protestar de las decisiones del ministerio. Plantea claramente la cuestión del mando en el terreno de los hechos: "Me encuentro actualmente, escribe al ministro, con el mando de un ejército de más de 22.000 hombres, con toda la responsabilidad que un jefe militar en semejantes circunstancias puede tener. Estoy igualmente encargado de no obedecer al general La Bourdonnaye y de no reconocerle ninguna autoridad en dicho ejército, en el que ha recobrado todas las funciones que anteriormente ejercía; por otra parte, tengo orden de mandarla en jefe y sostener correspondencia directa con el poder ejecutivo, actuando de acuerdo, para la ejecución de las operaciones militares, con el general Dumouriez, comandante en jefe del ejército de Bélgica. Por lo tanto, ruego a V., ciudadano minisro, que considere un tanto si cuando la responsabilidad pesa únicamente sobre mí, debe llevar el título el general La Bourdonnaye. Si cuando yo estoy encargado de las penosas funciones militares, el general La Bourdonnaye debe tener a su lado, en Lila, los edecanes que la ley nos concede a este efecto. Si cuando yo hago los gastos de las marchas y de los campamentos, por los cuales la ley nos otorga una gratificación particular, el general La Bourdonnaye debe seguir recibiendo ese beneficio en su palacio, en

Lila. Por lo que se refiere al título *in nomine* de comandante en jefe que V. quiere que el general La Bourdonnaye conserve todavía en Lila, yo se lo cedo con mucho gusto; pero en cuanto a los edecanes que nos son indispensables para llenar nuestras funciones militares, así como la gratificación que nos concede la República para soportar los gastos del empleo, no puedo cedérselas de buen grado sin hacer ante V. una formal protesta".[23]

Era, pues, necesario arreglar, una vez por todas, esta grave cuestión: Miranda, ¿era o no comandante en jefe de su ejército? No hay duda de que era perfectamente independiente de La Bourdonnaye, pero ¿no insinuaba que hablando propiamente no le ligaba ningún vehículo de subordinación al mismo Dumouriez y que solamente debía de existir un "acuerdo" entre ambos respecto a las operaciones que debieran hacerse? La partida de Valence iba a dar a la cuestión una solución elegante, aunque provisional.

El 5 de enero, el Consejo ejecutivo ordena a Miranda que tome el mando en jefe del ejército de Bélgica, que Valence le entrega en Lieja el siguiente día 10.[24] Por este hecho, y con motivo de la ausencia del generalísimo Dumouriez, a la sazón en París, Miranda se encuentra investido de la suprema responsabilidad en todo el campo de operaciones. Pache le exhorta para que dé a su mando "todos los cuidados que pide el bienestar de la República", y refiriéndose al estado lamentable en que se encuentran las tropas desde el punto de vista de las subsistencias, hace un llamamiento "a su reconocida probidad, a su amistad con Petion y al puesto que ocupa" por el bien del ejército, cooperando con los funcionarios encargados de los aprovisionamientos.[25] Esta vez, por alguna, ha cesado el equívoco y "el Consejo

ejecutivo no ha dejado nada para la interpretación". Miranda manda en jefe interinamente "el gran ejército" formado por los ejércitos del Norte y las Ardenas, que deben ser considerados como simples divisiones en su posición actual. El teniente general del ejército de las Ardenas conserva el mando de este cuerpo y cada oficial el puesto que ocupaba con Dumouriez.[26] Una orden del día del 12 de enero, firmada por Thouvenot, jefe del Estado Mayor del ejército de Bélgica, decía que estando el general Valence con permiso en París, el general Miranda mandaba en jefe los tres ejércitos y que los informes relativos al ejército propiamente dicho de Bélgica debían ser dirigidos, como antes, al general La Noue.[27]

Sin embargo, Miranda se ve obligado a protestar de nuevo, y lo hace en términos muy enérgicos, de lo que llama la maldad y la negligencia de las oficinas de guerra, que parecen complacerse en vejarle por chismes injustificados. El general habla severamente de la misma actitud del ministro: "Ruego a V., pues, ciudadano ministro, dice, en nombre de la patria y de la libertad, que vele un tanto sobre las trabas y confusiones que sus oficinas nos hacen sufrir por su negligencia y maldad en el servicio. Digo maldad, porque la actitud que le hacen sostener a V. negándome no sólo el título de comandante en jefe del ejército del Norte (el cual, como he tenido el honor de decir a V. anteriormente, sacrifico con mucho gusto para que V. se lo dé al general La Bourdonnaye), sino el medio indispensable que la ley me concede dándome dos edecanes más para ejecutar las funciones de mi cargo, es injusta e incompatible con la probidad que siempre he reconocido en V... Usted procederá en esto como considere oportuno y no me atreveré a volver sobre este asunto en vista

de que está V. decidido a no contestar a mis peticiones y a no otorgarme la justicia que me parece debida y clarísima... Creo que V. no lee mis cartas por entero..."[28]

En el intervalo, el Consejo ejecutivo, durante el curso de una sesión a la cual asistía Dumouriez, el 9 de enero,[29] dispuso: 1.° Que marcharan al interior tropas tomadas a diferentes guarniciones en la nueva Flandes marítima. 2.° Extender el mando del general Miranda a estas tropas y a las del general De Flers, que estaba en Brujas. Dirigieron sobre esta ciudad y sobre Gante 10.000 hombres de refuerzo "destinados a una expedición particular cuya ejecución se le confiaría a Miranda".[30]

El ministro de la Guerra, comprobando que las derrotas sufridas por las tropas del Mosela habían trastornado los planes del Consejo ejecutivo e impedido a Miranda concurrir al movimiento combinado que debía destruir al enemigo en la orilla izquierda del Rin o rechazarle al otro lado del río, insistía en la necesidad que tenía Miranda de mantenerse detrás del Roër si no podía hacer otra cosa mejor y de vigilar las plazas de las Ardenas para estar presto a socorrerlas. El general ha pedido refuerzos de caballería y de artillería; exige que se refuerce la frontera de las Ardenas, que se pongan reservas en Chalons y en Verdún, que se dé a La Bourdonnaye la orden de aumentar la guarnición de Furnes con tropas tomadas de la de Dunquerque.[31] Enfadado con estos que llama "los generales belgas", Pascal, atendiendo las órdenes de Miranda, manda a Furnes el tercer batallón de guardias nacionales de Soissons y acerca al mar las tropas que se encuentran en Bethune y en Arras. Está inquieto por Bolonia, donde no hay guarnición.[32] Pero el general Pascal, que dice ser el más antiguo mariscal de campo de las

tropas de línea y se aferra a la regularidad del servicio, quiere absolutamente saber de un modo claro a qué atenerse respecto a su situación personal. No ha sido instruido por el ministro de que pasaba a las órdenes de Miranda, ni de que Dunquerque formase parte del territorio donde manda el jefe del ejército de Bélgica. ¿Por qué Ruault manda interinamente el ejército del Norte, estando en Tongres? ¿Ha sido aniquilado el ejército del Norte? Reina en la jerarquía militar una confusión perjudicial para el éxito de las operaciones: Dumouriez, Miranda, La Bourdonnaye y Ruault transmiten cada uno, a su vez, órdenes al infortunado general, que ya no sabe a quién obedecer. Luego se burla con gracia de que le hayan enviado como adjunto a los oficiales generales "un niño que apenas sabe leer y escribir y que no tiene la edad requerida para ser subteniente de infantería". Se le da al joven Caubet un puesto ¡que le hará coronel en la tercera campaña!... "Le tendré, dice Pascal, cebándole cerca de mí; galopará a mi lado hasta que tenga dieciocho años, pero no irá a reconocer Calés, ni Gravelinas, ni siquiera Zuidcoote, pues el informe que me daría no sería ni justo ni razonado, aunque él sea gascón".[33]

Para cubrir su izquierda, el nuevo general en jefe adelantó su vanguardia más allá de Ruremonde e hizo ocupar Seinkirchen, Wassemberg y Dalheim. Habiendo luego recibido los austríacos refuerzos del lado de Colonia, hizo reconocer por sus ingenieros los puentes de defensa y fortificar los pasos del Roër y reforzó sus puestos del lado de Linnich, Aquisgrán y Merode, pasando un cuerpo de 3.000 hombres al otro lado del Mosa. Así creía haber logrado cubrir perfectamente ese flanco. "Con estas precauciones, escribía, no estoy inquieto por los movi-

mientos de los enemigos ni por el número, que se exagera hasta 40.000 y que yo estimo de 18.000 a 20.000."[34] El 3 de febrero se extendía por toda la frontera de Holanda hasta Lila, y del otro lado, por toda la orilla izquierda del Mosa, desde Kiessel hasta Namur.[35] Parece haber sido mal informado por sus observadores respecto al número de tropas enemigas, pero es cierto que en adelante no dejará de desconfiar, de señalar la eventualidad de un ataque de Coburgo y de insistir en los medios de acción de este príncipe. Los holandeses, anunciaba a Pache, vuelven a ocupar Venloo y hacen llegar allí artillería.[36] La Marlière recibía a este respecto, del comandante en jefe, la orden de estar continuamente alerta, pues se sabía que "la fuerza del enemigo era real y su artillería considerable".[37] La inquietud se apoderaba de La Marlière, quien comenzaba a encontrar los acantonamientos menos buenos que antes. El enemigo se aproximaba en gran número y conocía bien "nuestras fuerzas o, mejor dicho, nuestra debilidad", sabía que no se le resistiría demasiado. Cabía esperar ver a los austro-prusianos caer sobre Ruremonde, y como el plan del general en jefe Miranda era "no resistir a fuerzas superiores", el comandante de la vanguardia pensaba que sería preferible evacuar en vez de ser expulsado.[38] Sin duda, esta orden de retroceder dada por Miranda no se refería más que a las avanzadas; La Marlière recibió orden de oponer, detrás del Roër, una resistencia enérgica y esperar para replegarse que fuese llegado el último extremo. Debía estar sostenido por el general Stenger.[39] Es cierto que el cuartel general no dispuso "ningún plan de guerra ofensivo en la posición en que estaban nuestros acantonamientos", ya que las órdenes de Miranda a Champmorin eran las de mantenerse en pura defen-

siva, "conforme le había sido a usted trazada en órdenes anteriores", y vigilar al enemigo, en espera de que las tropas pudieran aprovisionarse y descansar, "para poder abrir la campaña con vigor y en el mejor estado posible". Este general no debía intentar nada sin estar asegurado del éxito, "para no comprometer la reputación de las armas de la República" ni la seguridad de los cantones. Por otra parte, Miranda no quería de ninguna manera "dar motivo real a Holanda para decir que le habíamos declarado la guerra, hasta que la República lo considerase oportuno". Todavía, cuando supo "por los papeles públicos de París" la declaración de guerra, aconsetjó a Champmorin que esperase prudentemente órdenes oficiales para proceder.[40] En cuanto a Stengel, Miranda le hace saber que Le Veneur le citará para el 6 de febrero, en Herve, a fin de ponerse de acuerdo para la mejor defensa de los acantonamientos y para el socorro mutuo que se deben prestar uno al otro, lo mismo que a La Marlière, que recibe refuerzos, y que Champmorin y que debe, desde luego mantenerse a la defensiva.[41] Ni Miranda ni Dumouriez consideraban la ciudad de Ruremonde como plaza buena para ser defendida, sino más bien como un simple observatorio, propio para vigilar los movimientos del enemigo. En caso de ataque por fuerzas superiores, los puestos franceses deberían volver a pasar el Roër y replegarse finalmente sobre Geylen y Aquisgrán.[42]

Según los informes que le llegan, Miranda sabe que 12.000 ó 15.000 prusianos, reunidos en el Gueldres, se disponen a pasar a Holanda; cree que ya es demasiado tarde para impedírselo, pues hubiera sido necesario "ponerse en movimiento con una fuerza suficiente, desde algunos días antes, por la orilla derecha

del Mosa, lo que yo no he creído deber hacer sin órdenes y sospechando siempre una ruptura próxima con Holanda, lo cual nos hubiera puesto entre dos fuegos".[43] Esta carta explica por qué el general no había trazado aún un plan ofensivo, pero también demuestra que ningún detalle de las operaciones presentes y futuras, escapaban a su clarividencia. A los movimientos de los cuerpos prusianos y hanoverianos que se juntaban en el Mosa, respondía enviando hacia el este y el norte regimientos extraídos de las guarniciones de Bruselas y de otras partes.[44] La Marlière, sin embargo, no podía sostenerse más tiempo; se lo declaró a los cominasrios nacionales, quejándose de la parsimonia con que se le mandaban refuerzos y municiones; sin duda fue a instancias suyas por lo que Liebaut y Bonnemans pidieron imperiosamente a Miranda que les mandase tropas,[45] como si hubiese bastado reforzar con unos 4.000 soldados las avanzadas para contener al ejército enemigo, y eso en posiciones que el general en jefe no se creía en el deber de defenderlas a cualquier precio. La Marlière hizo llamamiento también al ministro de la Guerra; Beurnonville le respondió que, como ministro, no podía hacer más que "concertar las operaciones con los generales en jefe y prescribirles medidas generales"; en cuanto a los medios de ejecutarlas, "la dirección les compete a ellos enteramente", observaba, y Beurnonville se remitía por completo a la prudencia y experiencia de Dumouriez, aprobando las nuevas instrucciones que el comandante en jefe transmitió a Miranda.[46]

Mientras tanto, Miranda hostigaba al adversario y mantenía despierto el espíritu de los soldados para afortunados combates, de los que los más notables fueron los de Wassemberg y de Arsbeck, en los primeros días de febrero. Se esforzaba en "en-

señar a sus tropas un estilo al cual no estaban acostumbrados todavía".[47]

Pache se decidió por fin a responder, punto por punto, a las observaciones y peticiones del general. Su carta, seca aunque deferente, señalaba hasta dónde llegaba el desacuerdo existente entre el ministro de la Guerra y el comandante en jefe del ejército. En realidad, no se daba derecho a ninguna de las solicitaciones del general, y Pache no quería convenir en que no tenía razón. En opinión del ministro, el asunto del coronel Chevalier no podía terminar con la dimisión de este oficial, como creía Miranda, ya que esa dimisión no parecía haber sido dada libremente.[48] El general había pedido, de acuerdo con el comisario de guerra Beauvallon, autorización para fusilar a los hombres condenados a muerte por los consejos de guerra, puesto que no había verdugo ni guillotina para ejecutar las sentencias: Pache estimaba que eso sería un procedimiento ilegal y arbitrario. El general pedía el ascenso para Arnaudin, diplomas para Baron y Brincourt; se estudiaría el caso del primero y se estaba en disposición de satisfacer a los segundos. También Miranda debería de articular con precisión los cargos que decía tener contra Marassé, con el fin de que fuesen examinados al mismo tiempo que la conducta del general Canolles. Por lo que se refiere al título de Miranda y al número de edecanes a que tenía derecho, Pache respondía categóricamente: "... No habiéndosele dado a V. nunca el título de general del ejército del Norte, porque pertenece al general La Bourdonnaye, no puede V. tener cuatro edecanes, porque en calidad de teniente general, la ley no le concede más que dos. En cuanto al exceso de funciones que tiene en este momento, nada impide que haga V. que le ayuden los ede-

canes de Dumouriez, cuyas veces hace V.; seguramente no todos habrán abandonado el ejército. El ayudante de campo está agregado al generalato y no a la persona del general".[49]

A la carta del ministro, Miranda replica el 28 de enero con tono digno y mesurado, pero, según su costumbre, un poco hiriente: "Procuraré, ciudadano ministro, contestar a su carta del 20 de enero sin amargura y sin imitar a V. en el lenguaje o en el ejemplo que me da. Creo que en el puesto que V. o yo ocupamos debemos de tratarnos con respeto y dignidad, procurando hacer cada uno lo que deba lo más exactamente posible y teniendo siempre en cuenta el interés público, al cual es extraña toda querella individual o intriga de partido". Miranda precisa que no ha infligido ningún castigo al coronel Chevalier, quien, muy al contrario, le había dado las gracias por haberle sustraído a un encarcelamiento largo e inevitable, no mandándole inmediatamente ante el consejo de guerra; le enviaría, pues que tal parecía ser el deseo de Pache: "Mi opinión es siempre que se deben emplear los medios dulces y equitativos para hacer las cosas antes de llegar al rigor, cuando no es necesario". El general no concibe que pueda ser tachada de arbitraria la transmisión que ha hecho a los poderes públicos de la demanda de Beauvallon concerniente a las ejecuciones criminales; cree que en eso no ha hecho más que su deber. En cuanto a los aprovisionamientos, Miranda sostiene que siguen faltando y prevé, si no se pone remedio, "males incalculables y las más funestas consecuencias para las armas de la República, todo lo cual no podría por menos de pesar fundamentalmente sobre la responsabilidad del ministro". En cuanto a Marassé, el general no tiene quejas particulares que formular contra él; pero estima que su conducta, en-

viando a Canolles a la barra de la Convención, es contraria a la disciplina militar, que se muestra débil para hacerla observar en su guarnición. "Como mi máxima, concluye, es ser equitativo y no riguroso, no creo que estos hechos merezcan todavía el carácter de acusación que V. me invita a articular." En cuanto a lo del mando y los edecanes, Miranda se calla.[50] Escribe a Dumouriez: "... Le mando a V. copia también de una carta que Pache me ha escrito últimamente y de mi respuesta: juzgue V. su malquerencia o su ineptitud; no conozco suficientemente su carácter para saber a cuál de esas dos causas atribuirle".[51] Insistirá, después de la caída de Pache, para que le den los edecanes a que cree tener derecho y que sólo "la parcialidad" del ex-ministro a favor de La Bourdonnaye pudo negarle.[52]

Con ayuda de Dumouriez acabóse por derribar a Pache, horrible bandido que, debiendo su cartera a los girondinos, se convirtió en instrumento de Marat y entregó a la Comunidad los cañones del ejército. Arrojado del ministerio, fue a continuar en la alcaldía de París su labor de estafa, de robo y de desorganización. El ferviente y pomposo Beaurnonville le sucedió, y se apresuró a barrer de su departamento a todas las criaturas del Vaudés.

NOTAS

[1] Aulard: *Recueil,* I, 465; G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico. Pache a Miranda, 14 enero 1793.

[2] G. Ejército del Norte. Corresp. Carta adjunta a la de Miranda a Pache, del 11 diciembre 1792.

[3] Ibíd. La Marlière a Ruault, 14 enero.

[4] Toulongen: *Histoire de France,* 111, Piezas justificativas. Núm. 1. Fragmento de las *Mémoires* de Valence.

[5] Referencia probable al informe de Miranda concerniente a la campaña de la Gueldre y la marcha hacia Ruremonde.

[6] A. N. D., Mx 11, 1-2. Informe de los comisarios de la Convención nacional en el ejército de Bélgica.

[7] A. N. F7 4689. Plaq. 2. Documentos de Dumouriez. Valence a Miranda, 7 enero.

[8] Ibíd. Plaq. 3. Núm. 32. Miranda a Dumouriez, 7 enero.

[9] Ibíd. Plaq. 2. Documentos de Dumouriez. Miranda a Dumouriez, 9 enero.

[10] Rojas, p. 15. Dumouriez a Miranda, 30 noviembre, 13 diciembre.

[11] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 12 enero.

[12] A. N. BB3, fol. 82-83. Marassé a Miranda, 3 enero; Miranda a Monge, 4 enero.

[13] G. Ejército del Norte. Corresp. La Marlière a Miranda, 20 diciembre, Miranda a Pache, 30 diciembre. Acta de la sesión de La Convención nacional del jueves 3 enero. Vol. V., fol. 25.

[14] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a La Marlière, 15 diciembre.

[15] Ibíd. Miranda a Pache, 15 diciembre.

[16] Ibíd. Corresp. y Registros. Pache a Miranda, 4 enero.

[17] Ibíd. Champmorin a Miranda, 24 febrero.

[18] A. N. F7 4689. Plaq. 3, núm. 32. Miranda a Pache, 7 enero; G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico. Pache a Miranda, 13 enero.

[19] G. Ejército del Norte. Corresp. Valence a Pache, 10 enero.

[20] Ibíd. Miranda a Pache, 12 enero.

[21] *La conduite de la guerre jusqu'à la bataille de la Marne*, p. 39.

[22] G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico. Valence a Pache, 25 diciembre; Ibíd. Registros. Pache a Valence, 5 enero.

[23] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 26 diciembre.

[24] Ibíd. Registros. Pache a Valence, 5 enero; Corresp. Valence a Pache, 10 enero; Rojas, p. 24, Pache a Miranda, 5 enero.

[25] Rojas, p. 26. Pache a Miranda, 7 enero.

[26] G. Ejército del Norte. Registros. Pache a Miranda, 9 enero.

[27] Ibíd. Corresp. 12 enero.

[28] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 16 enero.

[29] El 8, 9 y 10 de enero, Dumouriez fue oído por el Comité de la defensa general, que le hizo diferentes preguntas sobre el plan de las operaciones futuras. Véase Mathiez: *La Victoire de l'An II*, p. 214.

[30] G. Ejército del Norte. Corresp. y Registros. Pache a Miranda, 9 enero.

[31] G. Ejército del Norte. Registros y Corresp. Miranda a Pache, 9 y 13 enero; 26 enero.

[32] Ibíd. Corresp. Pascal a Pache, 31 enero.

[33] Ibíd. Pascal a La Bourdonnaye, 19 febrero. El general Pascal de Kerenvoyer, comandante en Dunkerque durante el sitio, que debía ser destituido el 30 de julio, como incapaz, y reemplazado por O'Meara, fue un veterano de las guerras de la monarquía. Hijo de un brigadier de los ejércitos del Rey, había comenzado a servir como abanderado, en 1745, y estuvo en campaña en Flandes, Normandia y en Bretaña, en Alemania y Córcega. Asistió, en 1746 y 1748, a los sitios de Amberes y de Maestricht y guerreó contra los ingleses a las órdenes de M. de Saint-Germain y M. de Vaux. Mariscal de campo, en septiembre 1792, fue nombrado, el año siguiente, general de división. Falleció en Beauvais, el 11 pradial año II. (G. Expediente Pascal de Kerenvoyer.)

[34] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 17 y 28 enero.

[35] Ibíd. Miranda a Pache, 3 febrero.

[36] Ibíd. La misma carta.

[37] A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 50. La Marlière a Miranda, 25 enero.

[38] Ibid. Núm. 51. La Marlière a Ruault, 25 enero.

[39] G. Ejército del Norte. Corresp. La Marlière a Miranda, 30 enero.

[40] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Champmorin, 5 febrero.

[41] Ibíd. Miranda a Stengel y a Le Veneur, 6 febrero.

[42] Miranda a Liébaut y a Bonnemans, 9 febrero.

[43] Miranda a Pache, 6 febrero.

[44] Ibíd. Caja de cartón de enero 1793. Diario extractado de las gacetas de Leyde, 11 febrero.

[45] Ibíd. Liébaut y Bonnemans al ministro de Negocios Extranjeros, 12 febrero. Liébaut a Dumouriez, 24 febrero.

46 G. Ejército del Norte. Corresp. Beurnonville a La Marlière, 20 febrero. El general conde de La Marlière, nacido en Grécy, en 1745, fue un antiguo alumno de la Escuela militar real. Sirvió primeramente como teniente en el regimiento Delfín-infantería, luego como segundo capitán del regimiento de artilleros de Grenoble; por último como teniente coronel en el 70.° de infantería. Fue capitán de «levvettes» de la cámara del hermano mayor del Rey; mariscal de campo en Bélgica, general de división en mayo 1793; condenado a muerte y ejecutado en noviembre siguiente, a causa de las faltas que se le atribuyeron en la defensa de Lille y a causa sobre todo de la malquerencia del ex-marqués de La Valette, un loco, que pereció a su vez con Robespierre. (G. Expediente de La Marlière.)

47 Ibid. La Marlière a Miranda, 1 y 3 febrero; Miranda a Pache, 12 enero y 3 febrero 1793.

48 La indisciplina de la 32.ª división de gendarmería provocó muchas quejas; Miranda suspendió al coronel Chevalier, su jefe, por haber perdido la confianza de las tropas y le «aconsejó» presentase su dimisión. (G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 16 enero.

49 A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 52. Pache a Miranda, 20 enero.

50 G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 28 enero. Un extracto de esta carta hecho por las oficinas de la guerra y que se encuentra en el mismo lugar, tiene la fecha del 26 de enero.

51 A. N. F7 4689 Plaq. 4, núm. 41. Miranda a Dumouriez, 28 enero.

52 G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 17 febrero. No he encontrado la lista de oficiales que Miranda proponía para este empleo y de la que se trata en esta carta.

CAPITULO VIII

EL EJERCITO

LA ENTRADA de Beurnonville en el ministerio produjo una mejora inmediata en la administración del ejército: llenáronse los almacenes; trajes, calzados, provisiones de toda clase empezaron a llegar. El 11 de febrero, Miranda escribía al nuevo ministro: "Nos hacía falta un hombre de la profesión, de la probidad y del patriotismo de V. para sacarnos del compromiso en que nos había sumido la inepcia de otros".[1] Los documentos y testimonios de los contemporáneos nos aseguran que el cuadro trazado por Buzot del ministerio de la Guerra bajo el suizo Pache responde con bastante exactitud a la verdad. En efecto: Pache, hombre cazurro, de espíritu estrecho, con el pretexto de "patriotizar" el ejército le había desorganizado por completo. En el tiempo de su mando se traficaba vergonzosamente con los suministros, se defraudaba; los calzados apenas resistían unas horas de marcha; las camisas estaban hechas con tela de embalar; los transportes a los diferentes ejércitos costaban enormes sumas, y las provisiones llega-

ban con un retraso de varios meses. No había forrajes; en Bélgica, en dos meses, 6.000 caballos perecieron de hambre. El mismo Dumouriez tiene palabras fustigadoras para "esa caverna indecente" que era el ministerio de la Guerra.

Pero las cuestiones relativas a la administración militar se relacionaban con la gran cuestión de la organización del ejército, de la cual no constituían más que una parte. También, para darse cuenta exactamente de estos asuntos de administración, nos hace falta echar una ojeada sobre lo que eran las tropas revolucionarias: el desorden que allí reinaba procedía, naturalmente, de aquel en que estaba sumergida toda Francia y del que Taine ha hecho una emocionante descripción.[2] Fue una suerte para el país, sobre todo en la primera campaña, poseer todavía el antiguo ejército real, aunque tan gran número de oficiales abandonase el servicio, llevándose algunos el dinero de las cajas y los planes militares. Dos levas de voluntarios, en 1791 y 1792, llegaron a añadirse a los viejos regimientos; de la fusión definitiva de estos dos elementos saldrá a la larga ese formidable instrumento de guerra que, bajo los generales revolucionarios y bajo Napoleón, acabó por vencer y conquistar a Europa; pero los principios fueron muy duros. Una de las causas del éxito, en los primeros tiempos, fue, sin duda, la superioridad de la artillería, que había conservado, con un buen material, sus excelentes oficiales. En Argona dispuso de numerosos cañones, y Miranda, en el Hombre Muerto, supo servirse de ello; en cambio, el fusil era inferior al de los prusianos. La infantería de Prusia pasaba por ser la mejor de Europa, y su caballería, lo mismo que la de Austria, parecía valer más que la caballería francesa. En realidad, el ejército prusiano no debía de justifi-

car, de ningún modo, su buena reputación; metía miedo a Europa con sólo el nombre de Federico, no habiendo conservado de este gran rey más que las imponentes formaciones y la costumbre de desfilar al paso de parada en las calles de Berlín, ante los extranjeros maravillados.

Tratóse desde el principio de poner remedio a la defectuosa situación de las tropas en lo que se refería al reparto y, sobre todo, a la composición de las mismas unidades, lo cual parecía ser el punto más importante del problema. Dubois-Crancé escribía: "Digo que el ejército está desorganizado, pues la repentina entrada de Brunswick ha obligado al ministro a dividir talmente los regimientos de línea, que su administración ha llegado a ser impracticable. Un regimiento tiene su primer batallón en el ejército de Miranda, su segundo en el ejército de Custine, sus granaderos en el ejército de Dumouriez, y su depósito en Metz o en Estrasburgo". Se decidió la amalgama, idea de Narbonne: Dubois-Crancés dio el plan de ella en enero de 1793, pero la ejecución del nuevo programa fue remitida al fin de la campaña. Los militares querían meter a los voluntarios en la línea para encuadrarlos; los demagogos ignorante querían fundir la línea con los batallones para destruir el antiguo ejército o desarraigar el espíritu reaccionario que pretendían era el de los oficiales y el de las tropas regulares en general; por todas partes, el camino conducía al mismo resultado. Con propia iniciativa, los generales probaron tempranamente a mezclar los voluntarios con las tropas de línea, pero estas primeras tentativas, que dejaban subsistir, al lado de regimientos homogéneos, regimientos dispares e improvisados, produjeron más bien malas consecuen-

cias, pues el frente de defensa ofrecía así puntos débiles, muy expuestos, que se doblegaban ante el enemigo.

La penuria de oficiales se dejaba sentir también gravemente. En octubre de 1792, el ministro de la Guerra se alarmaba por el estado de los cuadros: el número normal de los oficiales estaba reducido a la mitad en la caballería y en un tercio en la infantería. Los oficiales de voluntarios, elegidos por los soldados, no valían gran cosa, aparte algunas notables excepciones: huían con sus hombres. Naturalmente, quienes prometían más licencia e impunidad a la tropa eran los que tenían más probabilidades de ser elegidos por sus camaradas. La necesidad de una instrucción intensiva preocupaba mucho a los jefes, que la preconizaban en todos los grados de la jerarquía. El general barón de Schaunenbourg estimaba que en el ejército del Rin y del Mosela, los mismos generales de brigada, beneficiados por un ascenso prematuro, tenían, casi tanto como los reclutas, necesidad de seguir los cursos de instrucción.[3]

Dumouriez tuvo que sufrir más que cualquier otro jefe por el estado de sus tropas y la crisis de los aprovisionamientos. Ya en Argona reinaba la escasez en su campamento. Los mismos oficiales generales, refiere, estaban fastidiados y fatigados. Había hambre y no se veía el pan más que en la mesa del general en jefe. Servan le recomendaba que multiplicase los combates a la bayoneta para economizar la pólvora, que no se podía sacar más que de las plazas de las Ardenas.[4] En el Norte, la situación llegó a ser espantosa: el ejército de Bélgica, en diciembre, se moría de hambre.[5] "Trate V. de procurarnos, decía Miranda, zapatos y alguna vestimenta para nuestras tropas, que están la mayor parte casi desnudas."[6] En enero de 1793, los

ejércitos de Bélgica y de las Ardenas reunidos no tenían más que 6.000 hombres de caballería, haciendo falta 20.000. Cuando Miranda concentró su artillería en Tongres, sus caballos perecieron por falta de forraje, y esa caballería carecía de botas, de sillas, de capas, de carabinas, de pistolas, de sables. En una estación excepcionalmente ruda, las tropas experimentaban terribles sufrimientos: no había ni paja donde acostarse ni leña para calentarse. En el Roër, la miseria de los soldados causaba a Stengel las más graves inquietudes.[7] Dumouriez escribía que regimientos enteros estaban infectados por la sarna; que le hacían falta ambulancias y cirujanos; que no tenía servibles más que 10.000 fusiles; que sus municiones estaban agotadas, sobre todo las de la artillería; en fin, que faltaba el dinero y que a menudo el Estado Mayor cotizaba para suministrar la soldada de un día. En el momento en que se lanzaba en Holanda, el general hacía que Petitjean trazara un cuadro desconsolador de las más urgentes necesidades del ejército.[8] "He pasado revista en Saint-Tound, escribía Cochelet, a un batallón de 300 hombres, de los cuales 280 están sarnosos; me han parecido con buen ánimo."[9] Para alimentar a sus caballos, el general D'Harville mandaba arrebañar, "como en país enemigo", los forrajes que Diethmann reservaba para los suyos. Oficiales desertaban robando los capotes. En el hospital de Maseyek los enfermos yacían en el suelo, sobre paja la mayor parte, sin sábanas, y todos sin lienzos para vendarles, sin instrumentos para las operaciones más esenciales. Cuando sabe que le han suspendido en sus funciones de comisario, Cochelet se alza con fuerza contra los "bribones", los "infames agiotistas", los proveedores desleales y sus factores y adherentes, contra los hombres que, "con

un vano título de comisario de las guerras, traban todas las operaciones del ejército" y dejan a los soldados sin zapatos y sin armas, con las ropas harapientas, los jinetes sin botas, los caballos sin arneses, los almacenes casi vacíos.

Tal era, en el momento en que Miranda asumía su mando supremo, ese ejército "desorganizado, entregado a la indisciplina y al merodeo y cometiendo todos los excesos en los cuarteles de invierno, mal armado, sin ropa, dispersado en los pueblos arruinados, donde faltaba de todo a lo largo del Mosa y del Roër".[10] En noviembre, la Convención se conmovió y Pache trató de tranquilizarla, afirmando que eran falsas las aserciones de Dumouriez acerca del estado de las tropas. Sin embargo, la asamblea decidió el envío de cuatro comisarios al cuartel general: Camus, Gossuin, Delacroix y Danton, a quienes dieron seguidamente como adjuntos Merlin de Douai, Treilhard y Robert. Hubo entre Dumouriez y la administración militar una larga disputa, que no tuvo fin sino con la caída de Pache. Los comisarios inquisidores establecieron en Lieja, en el gran cuartel general, la sede de sus trabajos: oyeron a Dumouriez, a Miranda y a Valence y conferenciaron repetidamente con el comisario de las guerras, Ronsin, el cual había reemplazado a Malus; con los subcomisarios, los administradores de las subsistencias militares, los empleados de la nueva dirección de compras, los guarda-almacenes, los distribuidores; luego fueron hasta los acantonamientos, a Namur y a otras partes. El resultado de esta pesquisa figura en un informe bastante largo hecho a la Convención y que bien parece haber sido redactado antes de la fuga de Dumouriez, aunque lleva la fecha del 12 de noviembre de 1793.[11]

Miranda decidió remediar la situación y tomó enérgicas medidas para restablecer la disciplina y aprovisionar a sus soldados. No siempre lo consiguió y más de una vez habrá ocasión de leer sus quejas y de comprobar su mal humor. Llegó hasta imponer sanciones a los oficiales, sin exceptuar los más elevados: vitupera y castiga; tiene presto el ademán y la mano ruda. En Maëstricht mandará castigar severamente a los oficiales y soldados que fuesen sorprendidos abandonando su puesto en el servicio de trincheras.[12] En lo referente a los aprovisionamientos quiso darse cuenta personalmente del estado de las cosas, "buscar los medios necesarios para remediar los males que nos amenazan o, por lo menos, encontrar la causa real que los produce". Esta preocupación era natural en un hombre que, como ha señalado Jomini, sobresalía por sus cualidades de actividad y de celo. Convocó, pues en Lieja a los jefes de los estados mayores de los tres ejércitos, a los comisarios de la Convención, a los directores de compras, de subsistencias y de la administración.[13] "El general Miranda, que manda en ausencia de Dumouriez y de Valence, escriben los comisarios, con fecha 13 de enero, vino ayer a anunciarnos que desearía verificar el estado de las subsistencias y la conducta de los directores de compras; nos invitó a que estuviésemos presentes. Aunque estuviésemos ciertos de haber tomado a este respecto todos los informes posibles, no hemos creído que debíamos negarnos al deseo del general, que no tiene más objeto que el de profundizar la verdad de más en más. Ha reunido a todas las personas que figuran en la administración de víveres, les ha oído contradictoriamente en presencia de todos los oficiales generales reunidos y ha hecho levantar acta de sus respuestas. Le hemos pedido una expedi-

ción, que reunimos. El interés que debe tomar la Convención para la conservación del ejército fijará su atención en el resultado de las respuestas dadas por el agente único del directorio de compras: ellas comprueban que el directorio no tiene aquí ni almacenes, ni dinero, ni los agentes necesarios para el servicio."[14]

Más de una vez, en el curso de esas operaciones, Miranda tuvo que usar de toda su autoridad "para poner a cubierto, por lo menos, su dignidad de jefe del ejército". Necesitaba evitar "la guerra civil" que amenazaba estallar entre las diferentes administraciones militares y la tesorería nacional, donde el inspector Lemonier manifestaba "un orgullo insolente" y llegaba incluso a atacar la autoridad del comandante en jefe. "Todo marcha aquí pasablemente, escribe el general Dumouriez, menos las trabas que la tesorería nacional, con su orgullo y su pretendida dictadura, nos pone en casi todas las administraciones del ejército... Son los absurdos procedimientos nuevos adoptados por la tesorería nacional los que nos estropean."[15] Los rigores de Miranda llegan hasta el comisario-ordenador Lambert.

Habían sido elevadas quejas contra la conducta de los empleados y criados de las oficinas de este comisario; el comandante en jefe se vio en el caso de hacerle observaciones Es muy probable que estas observaciones fueran hechas en el tono contundente que era el del general, pues Lambert tomó la cosa por donde quemaba: a la invitación que le dirigió Miranda de acabar con el motivo de las quejas, el comisario respondió con una carta en la que se decía dispuesto, en calidad de republicano, a morir por el mantenimiento de la ley, a pesar de las amenazas que se le dirigían, y apelaba al comisario-ordenador en jefe: "La exposición que me hace usted en su carta, le replicó Miran-

da, es enteramente falsa. Exhorto a usted para que cumpla con su deber y prevenga los abusos... No puedo persuadirme de que semejante número de hombres respetables diga falsedades y que únicamente sea infalible el comisario Lambert, que hoy me dirige una exposición de sofismas". Y mandó al ministro esta correspondencia, denunciando al comisario que se ocupaba "en embrollar y perturbar el orden militar, en vez de prestarse, con celo y civismo, a cumplir sus deberes".[16] El general está exasperado con este estado de cosas y se queja de ello a Dumouriez: "Los comisarios Lambert, etc., no se ocupan más que de intrigas, denuncias y cábalas, mientras el servicio está abandonado, con el pretexto de que unos entorpecen (usurpan) a los otros. Con su insolencia asquean al respetable y honrado voluntario, insultan al oficial y hasta al mismo general, como usted juzgará por la copia adjunta de una carta que Lambert me ha escrito ayer y mi respuesta." [17]

Estalló una epidemia en los hospitales de Lieja, atestados de enfermos. Miranda convocó en seguida a los generales con mando en jefe, los oficiales de sanidad de los diferentes cuerpos, proponiéndoles establecer hospitales en Lovaina, Bruselas y Gante y tomar otras medidas sanitarias que fueron adoptadas inmediatamente. Nada escapa en el servicio a la solicitud del general, "aunque no tenga deseo de inmiscuirse en la administración de los hospitales, ni de contrariar las órdenes del ministerio".[18] Indica al ministro de la Guerra, quien a su vez las comunica a la Convención, medidas que hay que tomar para los pagos al ejército, la contabilidad y el curso de los asignados. La Convención traslada todo al Comité de defensa general.[19]

Desde luego, Miranda no se queja, como lo hace constantemente Dumouriez, con motivo de los pagos.[20]

Hizo así, ayudado en mucho por Ruault, verdaderos esfuerzos. El comisario Cochelet elogiaba la organización del gran hospital de Tongres, "que reunía la limpieza, la comodidad, la salubridad, las más delicadas atenciones para los enfermos, que están bien tratados, bien cuidados, bien alimentados".[21] La administración de los víveres mejoró también notablemente y Cochelet quedó tanto más sorprendido de ello, cuanto que "las otras administraciones estaban infestadas de concupiscencia y de infidelidad". Ruault aseguró a los comisarios de la Convención que en el ejército de Miranda la policía estaba bien hecha y la disciplina muy bien observada. Los oficiales de sanidad y los empleados cumplían muy exactamente con su deber, pero su número era demasiado pequeño y los suministros y los fondos faltaban. Las quejas de Miranda sobre la calidad, la cantidad y, en general, el servicio de vestido y equipo, eran vivísimas.[23]

Los comisarios notificaban a París que el ejército estaba lleno de bravura, no respirando más que combate y victoria, pero difícil de mantener en una disciplina severa y privado de las ropas más necesarias.[24] Esta cuestión de la disciplina era, en verdad, una de las más arduas e incómodas de resolver. La disminución del sueldo de los voluntarios dio lugar a graves incidentes; los voluntarios pedían aguardiente, nada de ejercicios y un sueldo superior al de las tropas de línea; las *Memorias* del general Godart están llenas de relatos de continuas revueltas motivadas por esas pretensiones. Al día siguiente de la rendición de Amberes los cuerpos de voluntarios se pusieron en movimiento, y con el pretexto de que la patria ya no estaba en peli-

gro y que su alistamiento había terminado, solicitaron regresar a Francia. Miranda fue al campamento, habló separadamente a cada cuerpo y sirviéndose de las órdenes del gobierno consiguió convencerles y apaciguarles, arrancándoles la promesa de permanecer hasta el fin de la campaña; comprometióse, por su parte, a que tuviesen capotes, zapatos, medias, de que carecían, para la marcha hacia el Mosa.[25] Naturalmente, Pache se apresuró a asegurar al general de que habían sido dadas órdenes muy precisas para que sus soldados recibieran pronto las ropas necesarias;[26] pero el ministro tardaba en cumplir sus compromisos y a fin del año Ruault escribía que aunque la policía del ejército estuviese muy bien organizada y reinase entre los soldados la mejor voluntad, el vestuario de estos hombres, desde la cabeza hasta los pies, se hallaba en el mayor destrozo.[27] Miranda protestaba personalmente del comité de compras, que le dejaba sin almacenes y sin aprovisionamientos, y de "la rara y abusiva conducta del comisario Ronsin, quien por medio de sus agentes insulta y desagrada más o menos a todo el mundo".[28] Pache responde que cuando el mal es atribuible a los agentes se les debe denunciar, puesto que serán tomadas las medidas para remediarlo todo. "Impedid el pillaje, recomienda."[29] El 24 de febrero, el comisario Liebaut sentía "sangrar su corazón a la vista del descalabro" en que se encontraban los soldados de La Marlière: eran "verdaderos descamisados de nombre y de hecho".[30] La miseria de todo el ejército inspiraba la misma piedad: "El invierno pasado, dirá el capitán Armand en el proceso de Miranda, había soldados que no llevaban cubierto más que un muslo, otros sin más que una manga en su traje, y sin embargo, no se quejaban". Escribirá otro testigo que se les

mandaba a los hombres a cavar las trincheras en camisa, ante Maëstricht, a pesar del frío.

Otra dificultad provenía de los permisos que no dejaban de pedir los voluntarios, y si no los obtenían desertaban, como se ha visto. Miranda hizo a los jefes de los cuerpos responsables de los hombres que se iban para retirarse a sus casas; les prohibía firmar en adelante licencia alguna,[31] pero las peticiones afluían por parte de batallones enteros y para la duración de todo el invierno: los mismos oficiales solicitaban permisos. Procuraba el general "contenerlos por la persuasión y la esperanza, concediendo algunas licencias que le parecían indispensables, siempre en espera de las decisiones del ministro a este respecto".[32] Al comienzo del invierno, el abuso de los permisos limitados o absolutos obligaron a los generales a abstenerse de otorgarlos, salvo en ciertos casos y con la condición de que los voluntarios dejarían en prenda sus fusiles y cartucheras.[33] Con motivo de las circunstancias, Miranda ruega a Pache que le dé una contestación definitiva a las preguntas que hace sobre este asunto y que le proporcione esclarecimientos para la aplicación del decreto de 13 de diciembre. ¿Podría extender a los regimientos de línea el beneficio de las licencias de que disfrutaban los voluntarios? ¿Y cómo proceder en lo referente a los oficiales? Los hombres cuyos permisos han caducado durante la campaña y no han podido obtenerlos, los reclaman: ¿se les pueden expedir?[34] Pache contesta que no ha lugar este año para conceder a los voluntarios más permisos que el año anterior.[35]

Entre los clamores de los generales, los de La Marlière, que eran de los más vivos, hubieron de atraer la atención de Pache, porque este general ocupaba las vanguardias ante el enemigo.

"No debo ocultarle a V., escribía a Ruault, la horrible deserción que experimentan mis compañías de granaderos; tengo una que ha quedado reducida a nueve hombres; otra, que lo estaba a cuarenta y cinco hace dos días, hoy ha quedado en veinticuatro; sin embargo, está en las avanzadas. Con esta reducción diaria, que el enemigo no ignora, no podemos esperar un servicio activo."[36] La Marlière indica también la insubordinación de los húsares de la República: está harto de ellos y pide que sea enviado a Gante la porción que de ese cuerpo queda entre sus tropas.[37] El general reprueba enérgicamente la elección de los oficiales por los voluntarios, "hecha mediante maquinaciones e intrigas y que carecen de los elementos de su oficio". Un capitán del Finisterre ha caído con sus soldados, por necedad e ignorancia, en medio de los austríacos; los voluntarios huyeron y fue necesario mandar tropas de línea para proteger su fuga.[38] Y estos extraordinarios soldados no sólo no querían hacer uso de sus armas, sino que ni siquiera sabían cuidarlas; así, en la víspera de emprender el bombardeo de Maëstricht, hacía insertar en la orden del día una carta por la cual los comisarios de la Convención protestaban enérgicamente del descuido de los voluntarios, que dejaban enmohecer sus fusiles.[39]

¿Cuál era el medio de remediar tan angustiosa situación? Sin duda el de que funcionaran los consejos de guerra, pero Miranda escribía que eso le era muy difícil, pues no era suficiente el número de comisarios; no había dinero bastante para los gastos y para el castigo de los crímenes cometidos por los militares; le faltaban un ejecutor y una guillotina.[40]

NOTAS

[1] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 11 febrero 1793.

[2] Taine: *Les origines de la France contemporaine*, IV, 218.

[3] General Colin: Correspondencia de Schaunenburg, p. CX.

[4] G. Ejército del Norte. Corresp. Servan a Dumouriez, 4 septiembre 1792.

[5] Ibíd. Dumouriez a Pache, 7 diciembre.

[6] A. N. F7 4691. Plaq. 9.ª Documentos de Dumouriez. Miranda a Dumouriez, 11 diciembre.

[7] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 28 enero.

[8] Ibíd. Correo de Dumouriez; 14-15 febrero.

[9] G. Ejército del Norte. Corresp. Cochelet a Beurnonville, 2 febrero.

[10] Dumouriez. Mémoires, III, 389.

[11] A. N. D. II, 1-2. Informe de los comisarios de la Convención nacional en el ejército de Bélgica.

[12] G. Ejército del Norte. Orden del cuartel general, en Hochten, 24 febrero.

[13] Ibíd. Miranda a Pache, 12 enero.

[14] Aulard: *Recueil*, I, 401. No he encontrado las actas de que se trata aquí.

[15] A. N. F7 4689. Plaq. 3, núm. 36. Miranda a Dumouriez, 19 enero.

[16] G. Ejército del Norte. Corresp. Lambert a Miranda; Miranda a Lambert, y a Pache, 27 y 28 enero. Claude Lambert, antiguo estudiante de derecho en Dijon, voluntario en el 1.er batallón de la Côte-d'Or, secretario del comisario de guerras Lenoble, luego ayudante-comisario nombrado por los representantes de la Convención, sirvió en la intendencia hasta el año IV. (G. Expediente Lambert): Este Lambert fue un delator; un tal Potret, habiéndose permitido proferir algunas palabras «anticívicas», le levantó un acta; Miranda declaró que si Potret era culpable, le entregaría al consejo de Guerra, pero que si las acusaciones que se le hacían sólo eran la obra de la pasión y el odio, haría se castigase a Lambert. Se ve que los dos, general y comisario, se opusieron demasiado enérgicamente uno a otro para poder ponerse de acuerdo. (Véase la declaración de Philippe, en O'Kelly: Francisco de Miranda, p. 146.)

[17] A. N. F7 4689. Plaq. 4, núm. 41. Miranda a Dumouriez, 28 enero.

[18] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 24 enero (dos cartas).

[19] Acta de la Convención nacional del lunes 28 enero. Vol. V, p. 458-462.

[20] A. N. D. II, 1-2. Informe de los comisarios, ya citado.

[21] G. Ejército del Norte. Corresp. Cochelet a Beurnonville, 2 febrero.

[22] Informe de los comisarios.

[23] Ibíd.

[24] Véase Albert Mathiez: *La Victoire de l'An II*, p. 104.

[25] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 3 diciembre.

[26] G. Ejército del Norte. Registros. Pache a Miranda, 8 diciembre.

[27] A. N. AA. 52. Plaq. 2. Tongres, 26 diciembre.

[28] Ibíd. F7 4690. Plaq. 3. Documentos de Dumouriez. Miranda a Dumouriez, 6 enero.

[29] G. Ejército del Norte. Registros. Pache a Miranda, 9 enero.

[30] Ibíd. Liébaut a Dumouriez, 24 febrero.

[31] Ibíd. Orden del día del 1 de diciembre.

[32] Ibíd. Corresp. Miranda a Pache, 7 enero.

[33] Ibíd. Pache a Miranda, 7 noviembre, impreso.

[34] A. N. F7 4689. Plaq. 4, núm. 32. Miranda a Pache, 7 enero.

[35] G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico. Pache a Miranda, 13 enero.

[36] A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 51. La Marlière a Ruault, 25 enero.

[37] G. Ejército del Norte. Corresp. La Marlière a Miranda, 30 enero.

[38] Ibíd. La Marlière a los comisarios nacionales, 25 febrero.

[39] G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de febrero 1793. Expediente del 21 de ese mes. Orden del 21-22 febrero.

[40] Ibíd. Beauvallon a Miranda, 13 enero; Miranda a Pache, 16 enero. Aular: Recueil, I, 485. Camus y Gossuin a la Convención, 19 enero; II, 150. Los comisarios a la Convención, 19 febrero.

CAPITULO IX

LA GUERRA CON INGLATERRA Y HOLANDA

La toma de Amberes por los franceses planteaba un problema tan formidable para Inglaterra, que la posesión de este gran puerto y, más tarde, la famosa teoría de los límites naturales, acabarían por alzarla, naturalmente, contra Francia. El suplicio de Luis XVI en el siguiente enero no será más que la causa determinante de una guerra a muerte entre las dos naciones.[1] Miranda tenía a Amberes y preconizaba la apertura del río: Julio Mancini llega a decir que por instigación suya el Consejo ejecutivo publicó su decreto sobre la libre navegación,[2] lo cual no ės, en mi opinión, más que una hipótesis del llorado historiador. Pero en lo que se refiere a los límites veremos al general aconsejar una política capaz de asegurar la defensa de las fronteras sin disgustar a las potencias rivales.

La iniciativa de Francia provocó una violenta protesta del gobierno de Londres, quien, de pronto, se encontró fortificado frente a la oposición whig, asqueada ya de la Revolución. Lord

Grenville hizo saber que Inglaterra no aceptaría jamás lo que consideraba como una violación de los convenios internacionales europeos, en nombre de un pretendido derecho natural, y que no podrían permanecer indiferentes si Francia pensaba apoderarse de los Países Bajos o llegar a ser árbitro de las libertades de Europa. En rigor, como se ha hecho notar desde hace tiempo, el tratado de 1648 no tenía nada de una convención general, puesto que no regulaba en esa región más que las relaciones entre España y Holanda. Lebrun respondió al gabinete de San Jaime que las promesas del rey de España no comprendían a los belgas: Francia, dice, ha expulsado a Austria de las provincias de los Países Bajos restituyéndolas su libertad, que comprende la libertad de Escalda. La guerra declarada por la Convención, a propuesta de Brissot, quien se engañó o quiso engañar al público acerca de los verdaderos recursos de Inglaterra, y alegó falsamente que este país buscaba la lucha, cortó radicalmente toda discusión sobre este tema.

Inglaterra tomó de esta manera una posición clara. Primero se manifestó dispuesta a reconocer a Francia la posesión de Saboya, de Niza y de Aviñón, con tal de que evacuase Bélgica y, más tarde, la orilla izquierda del Rin. Pitt decía a los franceses: evacuad Bélgica y haré la paz; llegaba incluso a consentir el cambio proyectado de Baviera por ese país, con la condición de que Francia se comprometiese a reconocer su independencia. "Inglaterra, declaraba en 1795 lord Macartney, hablando de los franceses, tiene la resolución inquebrantable de no tolerar nunca la menor mención de su salvaje proyecto de tomar como frontera el Rin." Veinte años de guerra fueron menester para que los ingleses llegasen a imponer sus condiciones.

Al principio de 1793 las dificultades con Inglaterra y con las Provincias Unidas adquirían un giro amenazador. El pueblo inglés se acostumbraba a la idea de una guerra; hasta llegaba a poner entusiasmo en ella. Cuando el Rey fue a abrir el parlamento, la multitud saludó su paso con los gritos de "*War, war, war glorious. War against the French!*" El príncipe de Gales, que otrora hizo pintar para él un retrato del duque de Orleans, le hizo quemar en su jardín a presencia de sus cortesanos.[3] Barcos ingleses vigilaban el Escalda. Presto a toda eventualidad, Miranda mandó a Amberes al general Guiscard y al teniente coronel Thouvenot, encargados de concertar con Marassé todas las medidas necesarias para la defensa del río. Thouvenot informó inmediatamente que carecía de artillería, sobre todo, y se quejaba de la negligencia del ministro de la Guerra respecto al arsenal de Malinas, del que hubiera podido obtener bastantes recursos.[4] Este ayudante general escribió también a Monge, ministro de Marina, para darle parte del mal estado de la flota y de la imposibilidad en que ésta se encontraría, probablemente, de hacer frente a un ataque inglés. Pedía que se levantase un plano del Escalda occidental por un ingeniero de marina "cuyos talentos son conocidos en matemáticas, en trigonometría y en el levantamiento de planos".[5]

Proponía Dumouriez que le enviasen de misión a Londres. Decía que era Catón yendo a Cartago; mas no pasó de Amberes, donde quería hablar con lord Auckland y con el gran pensionario de Holanda. Miranda, usando a su vez el lenguaje ampuloso de la época, comparaba al general con Escipión trasladándose a Zama para decidir la suerte de la República.[6] Era moda evocar de esa manera la antigüedad, ya que los revolucionarios creían

haber descubierto en Roma y en Grecia a los más puros antepasados de la libertad: con algunos nombres sacados acá y allá de los manuales para escolares, se compuso una retórica para salvadores de la patria, una literatura para uso de gentes de ideas limitadas, disimulando con nombres sonoros su total ignorancia. La moda es contagiosa y el contagio no escoge sus víctimas: bien se ve en el ejemplo de Miranda.

Entretanto, Miranda, Valence, Duval y La Noue recibieron instrucciones para hallarse prestos a entrar en campaña. El 10 de enero, Dumouriez prevenía a Miranda de que iba a estar reforzado con cerca de 10.000 hombres, de los cuales serían de 1.200 a 1.500 de caballería, efectivo procedente de las guarniciones del interior que el Consejo ejecutivo dirigía hacia el Flandes marítimo. Estas tropas debían trasladarse de Dunquerque a Gante y a Amberes, por Ostende y Brujas; Miranda debía encargar al general de Flers, "que es muy bueno", al decir de Dumouriez, del mando de las tropas en el bajo Flandes austríaco, y al general Pascal del de las tropas del Bajo Flandes francés. Se trataba de adelantarse a los ingleses, quienes se creía que querían apoderarse de Zelanda y ocupar el Flandes holandés y las islas de Zuyd-Beveland y Walcheren. Dumouriez estimaba que esta expedición no exigiría más de 3.000 hombres de infantería, con la flotilla de Oultson, caballería y 26 cañones. Iban a ser tomadas todas las medidas por el ministro de Marina para asegurar el aprovisionamiento de municiones, y los patriotas holandeses debían prestar su apoyo. Miranda iría a Amberes con el pretexto, del que ya hemos hablado, de levantar un empréstito de ocho millones de florines. Habría de guardarse el mayor secreto en la preparación de este plan, del cual sólo tendrían conoci-

miento Thouvenot y Ruault. De Flers, con 4.000 ó 5.000 hombres de infantería, 1.200 de caballería y algunos cañones, iría rápidamente de Brujas a Middelbourg y de allí a la isla de Kadsand y a Biervliet, mientras que Duval, con el ejército particular de Miranda, dos piezas de veinticuatro, cuatro de doce, dos morteros y dos obuses, quedaría dispuesto en Ruremonde o en Kom para marchar sobre Venloo. El general La Noue haría al mismo tiempo el cerco de Maëstricht, sin llegar a desguarnecer las márgenes del Roër; con este fin Miranda tomaría el ejército de Valence y le reuniría en Tongres, desde el momento en que el suyo propio hubiese evacuado estas posiciones. El general no podría alegar la falta de víveres y de forrajes: tenía a su disposición, por una parte, el mercado de Simson, y por otra, los aprovisionamientos hechos por Pick y Moncluan, agentes del comité de ventas. Por lo demás se trataba sencillamente de coercer los acantonamientos. Para el buen logro de este plan, Dumouriez contaba con la prontitud y el secreto; si encontraba obstáculos insuperables, de orden político o administrativo, estaba dispuesto a dimitir y a "irse a llorar en un rincón la suerte de sus ciegos compatriotas". Esto es lo que decía a Miranda, "su digno segundo, a quien ama y besa con todo su corazón".[7]

Miranda no fue a Amberes con el fin de no llamar la atención y creía que su presencia era necesaria en Lieja "para contener la fogosidad (*sic*) de Ronsin y reprimir el orgullo insolente del comisario Lemonier con toda su tesorería".[8] Quería esperar allí a De Kock y Daensels, agentes del comité revolucionario batavo, que iban a conversar con él a propósito de la expedición, de acuerdo con las instrucciones de Lebrun: el gobierno francés contaba mucho para el éxito de sus proyectos en Holanda con

dicho comité, al que tiene asalariado y que prometía el alzamiento del pueblo a la entrada de los invasores.[9]

A la carta de Dumouriez, Miranda contesta desde Lieja, el 15, que el plan lo encuentra "de muy difícil ejecución, dada la situación de desnudez y falta absoluta de pertrechos en que se encuentra el ejército". Espera que la llegada del comisario-ordenador Petitjean,[10] cuyo envío se le ha prometido, traerá el remedio; cree, sobre todo, que no hay que atacar a Zelanda, ya que la expedición está condenada a un fracaso cierto por el hecho de que no hay fuerzas marítimas que oponer a las de los anglo-holandeses. Recuerda a Dumouriez que fueron los zelandeses quienes detuvieron con sus naves a las tropas españolas, casi siempre victoriosas. Más bien convendría invadir el Flandes holandés y sostener la línea del Escalda; entonces "Zelanda caería por sí sola". Esta isla era, en el pensamiento de Miranda, uno de esos "accesorios que caen por ellos mismos cuando se ha logrado lo principal". Esperaba el movimiento de tropas de las guarniciones que le anunciaban, y en el intervalo mandaba cuatro batallones para reforzar a Amberes. Según los últimos informes que tenía, la guarnciión de Wesel acababa de recibir un refuerzo de 10.000 a 12.000 hombres: este cuerpo no podía tener "por objeto más que el de socorrer a Holanda en caso de ser atacada, o tal vez una empresa sobre Ruremonde y la izquierda de nuestros acantonamientos. He reforzado éstos detrás del Roër y ordenado a La Marlière que haga su retirada, en caso improviso, por el Roër, en los puentes de Ruremonde y de Wodorpt, replegándose finalmente sobre Geylenkirchen, lo cual nos asegura perfectamente contra una derrota".

Miranda añade una postdata que resume su opinión acerca del plan de Dumouriez y en la cual se pinta tal como es: hombre de reflexión, conociendo a fondo su oficio y sus deberes de soldado, con el sentido de la "disciplina intelectual", criticando, puesto que es preciso, una operación que le parece azarosa más aún que atrevida, pero ofreciendo de buena gana hacer lo posible para que saliese bien: "Preveo muchas dificultades en la ejecución del plan de las operaciones que me ha mandado V. La cosa me parece casi impracticable, según las reglas del arte; pero no dude V. que por eso yo no haga por mi parte todo lo que sea posible, y creo que el ejército seguirá así con la mejor voluntad por la confianza que en V. tiene. Tan sólo temo que, aunque tengamos feliz éxito, la gente instruida nos dirá: *casu, non arte*".[11]

Cuatro días después, Miranda insistía en la inutilidad de la expedición, que, en su opinión así como en la de Thouvenot y la de los revolucionarios batavos, era, por otra parte, impracticable, por los hielos que impedían la navegación: "El plan de V., escribe todavía a Dumouriez, el 6 de febrero, me parece, en efecto, un sueño; pero las cosas de V. tienen algo de prodigioso", y, en fin, "preveo muchas dificultades para las operaciones que V. me encarga, pero crea que estoy siempre dispuesto a perecer a su lado en calidad de amigo y como un firme amante de la libertad".[12]

Jomini precisa que las representaciones de Miranda se referían más a las dificultades locales que a lo que ese plan tenía de contrario a las leyes de la guerra.[13] En realidad, semejante plan suponía la inmovilidad absoluta del enemigo que hubiese dejado entera libertad de acción a los franceses; desde luego, todo plan

de operaciones que no tiene en cuenta al enemigo es por fuerza excelente: ¡no tiene malicia!, como hubiera dicho Suvarof. En cambio, Miranda tenía en cuenta al enemigo y veía venir la catástrofe de los acantonamientos, que provocó el fracaso de toda la empresa, pues estaba claro que Coburgo se disponía a defender Holanda por todos los medios y que lo haría holgadamente, pasando al ataque.

Custine había enviado su hijo a París con el encargo de hacer prevalecer ante el comité de defensa general un plan de campaña diferente del de Dumouriez. Preconizaba también, pero sólo hacia fines de marzo, el ataque de Maëstricht, para dar un punto de apoyo a los ejércitos; pensaba que tal vez convenía atacar a la vez esta ciudad y Beg-op-Zoom[14]; por lo que se ve que los riesgos de la empresa no escapaban a otros generales.

Valence, por el contrario, creía en el buen éxito del plan de Dumouriez, y su optimismo entusiasta se oponía a los justificados temores de Miranda: "Dumouriez saldrá con bien, mandaba decir al ministro de la Guerra; su genio y su audacia nos dan la seguridad de ello".

En lo que concierne al ataque de Zelanda, el Consejo ejecutivo aprobó el parecer de Miranda y ordenó a Dumouriez que sobreseyese la expedición: "El Consejo ejecutivo provisional, escribe Pache al general en jefe, ha recibido la carta que V. le ha escrito relativa a la expedición de Zelanda, con la copia de la del general Miranda. El Consejo, después de haber deliberado acerca de su contenido, ha dispuesto que se sobresea nuevamente la expedición proyectada a Zelanda y ruega a V. que se lo comunique al general Miranda, añadiendo que desearía que este general oiga a los patriotas holandeses que deben ir a Lieja y que tome las

medidas necesarias para comprobar las disposiciones anunciadas de los zelandeses y sus diferentes informes. El general Miranda conservará, por otra parte, la disposición de las tropas puestas en movimiento para esta operación y que se hallan fuera del territorio francés".[15]

La influencia de Miranda cerca del gobierno y de la Convención parecía en vías de acrecentarse; pronto sería cuestión, para algunos, de confiarle el ministerio de Marina. Se trataba de reemplazar a Monge, ese sabio pusilánime al que aterrorizaba Danton. En la sesión del 18 de febrero se procedió al escrutinio: un secretario llevó la votación nominal, cuyo resultado era el siguiente: Monge, ministro saliente, obtiene, de 469 votantes, 366 votos; Kersant, 54; Dalbarar, 17; el general Miranda, 10; Latouche, 6; Bougainville, 4; Eyriés, 4; el general Duval, 3; Truquet, 2; D'Estaing, 2; Piquet, 1. Fue reelegido Monge.[16] Es de notar, sin embargo, que Miranda obtuvo más votos que algunos de los marinos franceses más distinguidos, y acaba de verse el caso que el gobierno hacía de sus opiniones en materia militar. El mismo Dumouriez aceptó la de su lugarteniente y cambió su plan de campaña, como se lo escribió el 19 y el 23 de enero. Ya convenía en que si se declaraba la guerra no habría que hacer "más que un ataque simulado a Zelanda" y ocupar Maëstricht y Venloo para replegarse sobre Nimega, rodear a Utrecht y apoderarse de Amsterdam; "entonces Zelanda cae por sí misma", añade, haciendo suya la frase de Miranda. En cuanto a Maëstricht, aseguraba poseer "detalles suficientes para esperar allí un éxito completo".[17]

Poco después el general en jefe dejaba prever lo que serían sus instrucciones en el caso de que las ofertas de paz hechas por

Francia al gobierno inglés no fuesen tomadas en consideración. Siendo cosa decidida el ataque a Maëstricht y a Venloo, Miranda debía ir personalmente a Lovaina y a Saint-Trond para preparar la marcha de la artillería, lo más tarde del 10 al 15 de febrero, y tomar, con el mayor secreto posible, todas las disposiciones concernientes a las tropas, especialmente la que consistía en hacer construir en Tongres hornos para 30.000 hombres. El general en jefe pensaba prescribir por sí mismo en Amberes las medidas relativas a las subsistencias, que seguían siendo el punto negro de la situación.[18] Esta, en efecto, empeoraba constantemente desde el punto de vista del aprovisionamiento: en Lovaina no había heno más que para un día; en Lieja y otros lugares no existía nada de lo perteneciente al directorio de las compras. Sólo la llegada de Petitjean podría remediar esta situación terrible.[19]

Pronto pudo anunciar Miranda a Dumouriez que estaban tomadas todas las medidas y siendo construidos los hornos, los cuales eran inspeccionados personalmente por él.[20] Los enemigos, añadía, aumentaban sus fuerzas en la orilla izquierda del Rin, y aunque no pensase, como Stengel, que hubiera ya 50.000 hombres, se podía valorar su número en 25.000. El general La Marlière daba cuenta de que los prusianos hacían pasar también sus tropas por Meurs y Kael de Kirchen, y Miranda creía que este movimiento tenía por objeto la ocupación de Venloo o la marcha de Wesel sobre Holanda.

Miranda se asombraba de ver a La Marlière, sin duda influido por Stengel, cambiando de parecer en cuanto a la seguridad de sus posiciones, que anteriormente elogiaba; juzgaba que era muy pernicioso para la moral de las tropas la crítica a que se

entregaban los jefes respecto a la línea ocupada por el ejército. "No debo ocultar a usted, escribía a Dumouriez, que la conducta de Valence, la cual Stengel no ha hecho más que seguir e imitar, hablando a gritos de la posición de los acantonamientos como malísima e insostenible, delante de todos los oficiales y hasta de la tropa, ha producido el peor efecto; y si el enemigo ataca, me temo mucho que esta idea, extendida por los generales en los cantones, produzca muy malas consecuencias. Stengel insistía anteayer todavía en que había que retirarse detrás del Mosa y que no quería en absoluto hacer con su persona la guerra al príncipe palatino. He probado a asegurarle mandándole un refuerzo de 5.000 hombres, alguna artillería y tres oficiales de ingenieros para fortificar provisionalmente algunos puestos; esta medida le ha tranquilizado un tanto, pero ello no impide que yo esté muy inquieto por las avanzadas, ya que la sola entrevista del edecán de Stengel con La Marlière ha producido tan pernicioso efecto. Hago venir a Dampierre[21] para emplearle en restablecer un poco la confianza de las tropas en su posición y acantonamientos que ha hecho perder la indiscreción de Valence, Stengel y su ayudante de campo." Miranda se queja también amargamente de la administración de víveres y de subsistencias, "que casi no marcha" y que hay peligro de que se vea detenida. Petitjean está asqueado y no puede hacer nada; Pache se obstina en creer que hay depósitos en Lovaina, cuando no existen. Es de temer que el ejército, "asaz desagradado de la manera con que se conduce respecto a ella el ministro Pache", no se desbande en el término de quince días.[22]

Por lo que atañe al requerimiento de Stengel, Miranda se refiere al hecho de que este general reclamaba —lo cual dice

mucho en honor suyo— ser empleado en otro ejército. "Nacido en el Palatinado, decía el ministro de la Guerra, yo no puedo alzar armas contra un príncipe que no me ha hecho más que bien, lo mismo que a mi familia."[23]

Miranda va en persona a inspeccionar sus tropas y los parques de artillería de Lovaina, Tirlemont y Saint-Trond; informa a Dumouriez que podrá poner en marcha su ejército hacia el 15 de febrero. La recuperación de Venloo por los holandeses le parece muy singular.[24] Está "demasiado ocupado" para encontrar tiempo de responder las cartas de Pache.[25] Va, pues, a atacar a Maëstricht y comienza por ordenar a La Noue que pase un cuerpo de 2.000 hombres a Visé para restañar el bloqueo entre Lixhe y Sichem; este cuerpo estará a las órdenes del coronel Desbrunieres.[26] Miranda dice que él mismo pasará el Mosa con 4.000 hombres para bloquear las fortificaciones de Wyck, aunque no ha recibido todavía notificación oficial de la declaración de guerra.[27] Pero es Le Veneur quien va a bloquear a Wyck y quien no operará este movimiento "sino con su ordinaria lentitud".[28] Le Veneur recibe órdenes de comportarse bien con los habitantes, haciendo observar a sus tropas una estricta disciplina.[29] Es Diethmann,[30] y no Desbrunieres, quien parece haber sido apostado entre Lixhe y Sichem. Champmorin y La Marlière reciben refuerzos y el primero tiene orden de atacar a Venloo, en el caso de que crea posible semejante operación.[31] Para empezar, Champmorin se apodera del fuerte San Miguel, en la orilla izquierda del Mosa, y el teniente coronel Moreau, con el primer batallón de voluntarios de Ille-et-Vilaine, recibió orden de atacar el fuerte de Stevensweert, en la orilla derecha del río. Una mañana, a eso de las seis, Moreau encontró dormidos al sargento,

al caporal y a los doce fusileros que guardaban esa posición y se adueñó de ella sin dificultad.[32]

Beurnonville "aprobó perfectamente esas medidas" y rogó a Miranda que estuviese dispuesto para secundar a Dumouriez en su invasión a Holanda: "Agradezco a usted, añade el ministro, la comunicación que me hace de las cartas que ha escrito a los generales Le Veneur, Stengel y Champmorin; contienen prudentísimas disposiciones, las cuales no pueden por menos de merecer mi aplauso... Las precauciones de usted son atinadísimas".[33]

Algunos días después de estas primeras disposiciones Miranda ordenó al duque de Chartres que tomara el mando, en Visé, del cuerpo de tropas que en la orilla izquierda cercaba la plaza: "Procurará usted, le decía, aproximar sus puestos lo más que le sea posible, con el fin de impedir toda comunicación con la plaza y hacer más fuerte nuestra posición... Todos los caminos por los cuales pueda traer cañones para atacarnos, deben estar defendidos por algunas piezas de nuestra artillería, si es posible, y nuestros puestos tan cerca de la plaza como sea compatible con la seguridad de las tropas. Señalará usted también los puntos de enlace que juzgue más convenientes, a fin de que en un ataque imprevisto sepan estos cuerpos a donde ir con toda prontitud. El mariscal de campo Chancel,[34] que debe haber llegado a Visé, servirá igualmente a las órdenes de usted". "El general Igualdad" deberá tener a Miranda exacta y prestamente al corriente de los movimientos del enemigo; si entrase cualquier emisario habrá que recibirle conforme a las reglas de la guerra y hacerle acompañar cerca del general, "sin dar ninguna respuesta verbal, ni por escrito, al comandante de la plaza o a otros jefes enemigos".[35]

Tras de haber dudado largo tiempo, el Consejo ejecutivo adelantándose al voto de la Convención, ordenó a Dumouriez, el 31 de enero, que tomara la ofensiva y atacase a Holanda. Anacarsis Clootz denunciará luego las intrigas fraguadas en el seno del Comité diplomático cuando se discutió en él la declaración de guerra a las Provincias Unidas o a España. Los girondinos, decía, quieren cuidar el Estatuder para "no prejudicar a Inglaterra", y arrojarse sobre España para "seguir sirviendo a Inglaterra": el que pueda, que lo entienda. Es que los brisotinos "querían contratar una alianza con los tiranos prusianos, holandeses e ingleses; deseaban establecer una república belga bajo la protección de las cuatro potencias, y una vez hecha esta operación se les hubiera obligado a los descamisados franceses a recibir una constitución de marca extranjera". El loco Clootz, que blasfemaba lo mismo que comía, acusaba a Guadet de haber "blasfemado", diciendo a Lebrun que le importaba poco que los holandeses, "vendedores de queso, sean libres o esclavos"; decididamente, añadía, "la religión de los derechos del hombre no penetrará nunca, en un corazón gangrenado".[36] He aquí al orador del género humano, al antepasado de los internacionalistas y de los sin-patria, al barón prusiano que habla como cualquier nacionalista contra la introducción en Francia de instituciones de "marca extranjera".

El ejército, los ejércitos, gritaban: "¡Bravo a Maëstricht!",[37] y con un estilo grandilocuente, lleno de los lugares comunes usuales en la época, Miranda, comandante en jefe de los ejércitos de Bélgica, anunció a sus tropas el estado de guerra: "La Convención nacional, proclama, declara en nombre de la nación francesa que está en guerra con el rey de Inglaterra y con el

estatuder de las Provincias Unidas, en vista de sus actos de hostilidad y de agresión, por odio a nuestra santa libertad. El Consejo ejecutivo provisional desplegará las fuerzas necesarias para rechazar sus agresiones y para sostener la independencia, la dignidad y los intereses de la República francesa". Y este hombre, que conocía tan bien los recursos de Inglaterra y el poderío de su flota, de la cual le veremos más adelante comprobar la eficacia, no teme prometer, en estos términos, la victoria a los soldados franceses: "Nuestras fuerzas navales exclama, van a cubrir los mares y dar el triunfo al pabellón tricolor, mientras que vosotros gloriosos vencedores de Valmy, de Jemmapes, de Lieja, de Amberes, de Namur, vais a derribar de nuevo a los satélites de los dépotas. Valor, unión, disciplina, vigilancia; habéis vencido por estos medios, acabaréis vuestra obra y el árbol de la libertad, plantado por vuestras manos triunfantes, extenderá por doquier sus ramas bienhechoras. ¡Vamos, hijos de la patria, llega un nuevo día de gloria: que el himno sagrado repercuta en todas partes y sea el preludio de vuestros éxitos!"[38]

Dumouriez, apartado por las observaciones de Miranda de su proyecto de expedición a Zelanda, concibió por un instante el de trasladarse a Amsterdam, por Nimega; quería rodear así los obstáculos que presentaban las desembocaduras de los ríos y las plazas de Grave, Breda, Berg-op-Zoom, Bois-le-Duc, Willemstadt, Heusden y Gorcum. Jomini cita a este propósito su carta a Miranda, del 19 de enero, y piensa que la marcha sobre Nimega, con la mayor parte de las fuerzas, mientras que Valence y D'Harville contendrían a Clerfayt, estaba completamente indicada.[39] Este plan se lo mandaba "a bulto" a Miranda el 5 de febrero. Según éste, el general venezolano iría con su cuerpo

de ejército, cuatro cañones de veinticuatro y dos morteros sobre Venloo, mientras que el mismo Dumouriez, con su ejército y parte del de Valence, cercaría a Maëstricht, que se rendiría a la tercer bomba. Valence se apostaría en el Roër con el resto de sus fuerzas, y D'Harville[40] se mantendría del lado de Namur, dispuesto para ayudar a Valence en el caso de que fuese atacado por Clerfayt, sólo o junto con los prusianos. Si los austríacos querían bajar de nuevo por el Rin, D'Harville permanecería del lado de Aquisgrán y Valence caería sobre Ruremonde. Dumouriez creía que "procediendo con celeridad" sería dueño de Venloo y de Maëstricht a fines de febrero y pensaba reunirse con Miranda para ir juntos a tomar Nimega y Grave y desde allí marchar a Amsterdam. "Todo esto parecería quimérico, añade, si el país no estuviese dispuesto a nuestro favor, pero todas las nociones que tengo a este respecto me dan una esperanza que creo muy fundada." Y el general en jefe rogaba a Miranda que le hiciera llegar, por Thouvenot, las observaciones que le hubiera sugerido este primer sumario de su plan de campaña.

Daba Dumouriez capital importancia a la toma de Venloo y había apurado a Miranda para que enviase a toda prisa a Champmorin, como prevención contra los prusianos: sin esto, decía, se frustrará la campaña. Quería asombrar y sorprender al enemigo por la rapidez de una empresa tan atrevida, hacer "cosas increíbles, imposibles". Por desgracia, un desbordamiento extraordinario del Mosa impidió a Champomorin ocupar esa ciudad de Venloo, donde los prusianos arrojaron el 11 de febrero 8.000 ó 10.000 hombres, según Miranda, 12.000 ó 13.000, según las informaciones de Dumouriez.[41] Cabe recordar que ya el 28 de enero Miranda preveía que el enemigo se apo-

deraría de la posición. El 9 de febrero había mandado en posta al teniente coronel Thuring[42] para llevar a Champmorin las nuevas órdenes: "Tomará Venloo, escribía el general, si los prusianos no hubiesen llegado ya allí". En todo caso, le mandaba artillería para ayudarle a conservar los puestos de los que consiguiese apoderarse.[43] Champmorin insinuó que el fracaso de su operación era debido, al menos en parte, a la inacción de Marlière, que firme en su temor no pudo o no quiso prestarle una asistencia, sin la cual nada hubiera podido hacer; el jefe de la vanguardia le envió a Keating[44] para decirle que no podía secundarle sino con un destacamento de 1.500 hombres a lo sumo, pues no quería dejar desguarnecidas sus avanzadas; fracasó pues, la operación decidida tan tarde. Ahora, Champmorin pensaba que no podía atacar Venloo más que apoyándose desde la orilla opuesta del río en un cuerpo lo bastante fuerte para imponer al enemigo: esto reclamaba el concurso de Stengel con medios poderosos. Por otra parte, habría que arrostrar, como ya lo hubo indicado, un movimiento general que rechazase a la vez austríacos y prusianos al otro lado del Rin, pues los retrasos harían cada vez más precaria la seguridad de los acantonamientos frente a un enemigo que se reforzaba sin cesar. Champmorin señalará nuevamente doce días después esta necesidad de un ataque de gran envergadura, en el momento en que sitiado de cerca Maëstricht, Venloo y el fuerte San Miguel parecían ser medidos con la vista. ¡Ah, si hubiese estado autorizado para violar el territorio holandés veinticuatro horas antes de la declaración de guerra![45]

Pero muy pronto Dumouriez, con su versatilidad habitual, cambió su plan de campaña y decidió avanzar sobre Amsterdam,

no por Maëstricht y Venloo, sino por las desembocaduras de los ríos, las cuales antes quería evitar, y esto con un puñado de soldados dando la espalda a 80.000 enemigos. Jomini ha hecho el diagnóstico del estado de espíritu en que se encontraba entonces Dumouriez: cabeza volcánica, falta de fijeza en las ideas. El general en jefe iba a lanzarse a esta extraña empresa consistente en atravesar el brazo de mar de Bisbos para darse la mano con Miranda, el cual, después de haber cubierto y bombardeado a Maëstricht, iría a reunírsele por Nimega y Utrecht, desde donde en adelante marcharían de acuerdo. Parece, escribe el crítico militar suizo, no haber atisbado el peligro que había al penetrar en Holanda bordeando sus costas y dejando un ejército enemigo entre el Mosa y el Rin sobre su flanco derecho, pues no tomó ninguna precaución para contener a los austríacos en los alrededores de Juliers.[46] En realidad, Dumouriez era demasiado listo para no percibir todos los riesgos de su empresa desde el punto de vista militar, y se daba cuenta de que no tenía bastante con sus 70.000 hombres para hacer frente por doquier al enemigo y conducir una campaña de tales proporciones; pero dominaban su espíritu razones políticas que no le permitían aplazar su ataque; estas razones las exponía en sus cartas al ministro de la Guerra.[47] Los historiadores revolucionarios no han dejado de afirmar que el general en jefe, deseoso de apoderarse lo más pronto posible de Holanda para constituirse un apoyo en vista de sus designios políticos contra la república, daba de lado decididamente a las más sencillas inspiraciones del buen sentido; su actitud contrasta de manera singular con la de Miranda, quien, por su parte, veía perfectamente bien los riesgos, que no se privó de indicar, de una operación en que se trataba, según el

mismo Dumouriez, de hacer pasar un ejército por el ojo de una aguja.

El enemigo no permanecía inactivo: Miranda informaba que un cuerpo de 15.000 hombres acababa de ocupar el Gueldres prusiano, con intención sin duda de correr en socorro del territorio holandés amenazado; veía imposible toda operación si la revolución no estallaba en Holanda; temía que el ejército austríaco, fuerte en más de 40.000 hombres, atacase las posiciones francesas del Roër para salvar a Maëstricht, y escribió al ministro de la Guerra: "Nuestras fuerzas se hallan muy lejos de ser suficientes para mantener con éxito toda la extensión que ocupamos en este momento y ejecutar las operaciones que vamos a emprender. Supongo que el general en jefe Dumouriez le ha instruido a V. particularmente de todo; yo he recibido sus órdenes, y todo el ejército, con confianza y buena voluntad, está en movimiento para ejecutarlas. La empresa me parece asombrosa y dificilísima". Ruega a Beurnonville que le envíe a vuelta de correo los planos y memorias relativos a las fortificaciones de Maëstricht, de los cuales dice que tiene la mayor necesidad.[48] A Dumouriez, le repite que la operación es muy aventurada: "Creo que nos sucederá lo que le digo a Beurnonville en mi carta de ayer, de la que le adjunto copia". La artillería está en marcha; "arrojaremos bombas sobre Maëstricht"; todo está dispuesto. Pero Thouvenot no aparece y Miranda se impacienta;[49] Thouvenot se había visto obligado a detenerse en Bruselas y en Lovaina, tal vez en Tirlemont, y ésa era la causa de su retraso.[50]

Dumouriez piensa que Maëstricht no se sostendrá más de dos días y que Miranda podrá marchar inmediatamente contra los prusianos, y le prescribe que refuerce a Champmorin y que bom-

bardee a Venloo; que desguarnezca Ruremonde o no deje allí más de lo que sea indispensable; que envíe 5.000 ó 6.000 hombres para atacar a Grave y, en fin, que marche sobre Nimega. El general en jefe recomienda extrema rapidez en la ejecución de estas operaciones, "pues, dice, si no tenemos éxito en nuestra invasión a Holanda, no poseyendo ni el amor de los belgas, a quienes, por el contrario, hemos exasperado contra nosotros, ni un ejército propio para la defensiva, seremos arrojados de Bélgica con la misma prontitud con que nos adueñamos de ella"; prevé que en esas condiciones la retirada no podrá "más que ser desordenada" y que sería muy difícil defender el mismo territorio francés.[51] Entretanto, Dumouriez asegura que los prusianos no esperarán el ataque de Miranda y que hará falta perseguirles sin descanso.[52] Se obstina en no ver la situación tal como es: "Pienso como V. y he apoyado lo que ha dicho a Beurnonville; no creo, sin embargo, que Clerfayt tenga ya 40.000 hombres. Sé que han transportado a Luxemburgo al general Beaulieu gravemente enfermo y que su cuerpo de ejército carece de todo; sé también que el ejército de Clerfayt está también tan mal aprovisionado como el nuestro y no creo que pueda, en tres semanas, hacer un movimiento sobre el cuerpo de ejército que V. dejará reunido cerca de Aquisgrán y en el acantonamiento del Roër; a Valence, que llega, es a quien puede V. dejar ese destino". Y autoriza a su lugarteniente para formarse un ejército de 25.000 ó 30.000 hombres, tomando de acá y de allá para ejecutar su plan.[53]

He aquí cuál era la situación general de los ejércitos en el momento en que Dumouriez iba a ejecutar su proyecto:

Ejército aliado: 50.000 austríacos reunidos a las órdenes de Juliers, entre Duren y Linnich; 15.000 prusianos en Wesel, bajo el mando del príncipe de Brunswick-Oels, los cuales tomarían pronto a Venloo; 15.000 holandeses repartidos a lo largo del Wohl, desde Nimega hasta Gorcum; 4.000 ingleses de la expedición del duque de York, que debían desembarcar en Rotterdam. Esto daba un total de 80.000 hombres, sin contar unos 25.000 austríacos que se encontraban en Treves y en Luxemburgo y que podían, en caso preciso, trasladarse al Mosa.

El ejército francés contaba cerca de 125.000 hombres, de los cuales había 70.000 a las órdenes del general Miranda, según el estado suministrado por él a Dumouriez; he aquí el detalle: ejército del Norte, con la guarnición de Amberes, 23.340 hombres, más un aumento de 10.761, proveniente de las tropas enviadas a Miranda para la expedición proyectada a Zelanda y colocadas bajo el mando del general de Flers; ejército de las Ardenas, 22.844; guarnición de las Ardenas, 13.319. No queda comprendido en el total el efectivo de las guarniciones de Furnes, Nieuport, Ostende, Courtrai, Tournai, Ath ni la vieja guarnición de Brujas.

Las cifras de Jomini concuerdan, poco más o menos, con las indicadas por Miranda, que el crítico suizo cita, desde luego.[34]

En virtud de las nuevas instrucciones dadas a Miranda, para que tomase a Maëstricht con un cuerpo de 15.000 hombres, dejó de estar mandado por él el ejército del Mosa, el cual quedó reservado a Valence, a la sazón en París.

La ausencia de un jefe capaz perjudicó bastante la buena marcha de las operaciones. Sea de ello lo que fuere, debo decir desde ahora, y no estoy seguro de no tener que repetirlo en ade-

lante, que no se debe hablar en modo alguno, a propósito de las operaciones del Roër, de una "derrota del ejército de Miranda", como lo hace con insistencia Alberto Mathiez, por ejemplo, pues a partir de ese momento el ejército de Miranda no es más que el cuerpo reducido que va a bombardear a Maëstricht, y este cuerpo no ha sido vencido. Un nuevo reparto de los ejércitos republicanos debía efectuarse, por otra parte, en el mes de marzo, y el ministro de la Guerra informaba de ello al Consejo ejecutivo: se confundiría, bajo el nombre de ejército del Norte a las órdenes del general Dumouriez, los de Bélgica y del Norte, considerados hasta entonces como entidades independientes; Miranda mandaría bajo Dumouriez; estas tropas defenderían la frontera desde Dunquerque hasta Givet exclusivamente y todos los países ocupados en Bélgica hasta el Mosa, comprendiendo en ello la 1.ª y la 16.ª divisiones militares. El ejército de las Ardenas, a las órdenes del general Valence, sostendría la frontera desde Mezières hasta Longwy y la orilla derecha del Mosa, formando la 2.ª división militar.

Los críticos están de acuerdo en que si el general Dumouriez hubiese atacado a las tropas autríacas en Juliers con 60.000 hombres, habría podido desembarazarse rápidamente de ellas y apartar el peligro que hacían correr a su ejército; en vez de hacer esto dividió torpemente sus fuerzas, mandó un cuerpo sobre Maëstricht, extendió más de 30.000 combatientes en los acantonamientos del Roër y se lanzó él mismo a Holanda, a la cabeza de algunos regimientos:[55] era ese plan fantástico, "temerario, impracticable en apariencia, pero que podía resultar bien". Para llevar a cabo la que él mismo llama la gran aventura, el general en jefe disponía de 15.000 hombres de infantería y de

1.000 jinetes, reforzados por un contingente de 6.000 soldados, que le llegó a principios de marzo, cuando intentaba el paso del Moerdyk. "Piense usted cuán importante es, mi querido amigo, escribía a Miranda, que entretenga usted a los prusianos para impedirles que vengan sobre mí, que no tengo más que 15.000 hombres, y aun ni eso. Sin embargo, no hay que retroceder; mi vanguardia partirá el 18 y la seguiré el 19."[56] Este cuerpo expedicionario penetró el 17 de febrero en territorio holandés y tomó posiciones entre Berg-op-Zoom y Breda; el general en jefe llegó cinco días después con la artillería.

Al mismo tiempo, Miranda ordenaba al general La Noue que fuese inmediatamente a Aquisgrán para tomar el mando de todas las tropas del ejército de Bélgica, acantonado entre el Roër y el Mosa. "El general Stengel, le dice, que tiene su mando actual, ha recibido todas las órdenes necesarias para la disposición de las tropas y la conducta que hay que seguir si los enemigos hiciesen un movimiento sobre cualquier parte de los acantonamientos, o en el caso de que pasasen el Roër. Usted hará que le presenten todas sus órdenes y procediendo de conformidad y acuerdo con este respetable veterano, lo mismo que con los generales Miaczynski y Dampierre, tomará usted todas las medidas que su prudencia y conocimientos militares puedan dictarle para defender vigorosamente los pasos del Roër o librar batalla a los enemigos que le hubieren pasado con idea de llevar un socorro de tropas a Maëstricht, atacando a nuestras tropas que le cercan o con otros designios cualesquiera." Después de haberle dado estas órdenes formales, que por desgracia no hubieron de ser ejecutadas, Miranda invitaba al general La Noue a que le comunicara el resultado de sus observaciones sobre la situación

de las fuerzas de las cuales tomaría el mando en vista de operaciones ulteriores.[57]

A Champmorin y a La Marlière se les ordena que vigilen, alternativamente, la seguridad de las avanzadas, lo mismo en la orilla izquierda del Mosa que en la frontera holandesa; la conservación del fuerte de San Miguel es importantísima para tener en jaque a Venloo. Miranda comunica a sus tenientes que se reunirá con ellos dentro de seis días "con considerable cuerpo de tropas, que nos pondrá, dice, en estado de obrar ofensivamente y con vigor sobre nuestros enemigos; tengan ustedes en el mayor secreto este parecer y prepárense en consecuencia".[58]

Estas órdenes y las siguientes desmienten las alegaciones de Segur,[59] quien reprocha a Miranda no haber tomado ninguna medida de seguridad y de haber dado, por otra parte, informaciones inexactas a Valence.

El general La Noue asegura, y se le puede creer —en una carta que no he podido encontrar, pero de la que Miranda acusa recibo el 19 de febrero—[60] que dio parte a su jefe de la poca seguridad en que encontraba las tropas a sus órdenes comunicándole las disposiciones que tomaba, de acuerdo con Stengel, para mejorar sus posiciones.[61]

Miranda da parte al ministro de la Guerra de las instrucciones dadas a La Noue y a otros generales para organizar los cuerpos de ejército que cubren el cerco de Maëstricht. Piensa que esta plaza no le detendrá más de seis u ocho días y que podrá dirigirse rápidamente sobre Nimega, con 25.000 hombres, para "reunirse con Dumouriez o apoyarle". Sin embargo, no cesa de prever "grandes dificultades en todas estas empresas", aun teniendo las esperanzas de vencerlas "por poco que el tiempo o

la suerte nos sean favorables", añade.[62] Escribe, el 18, al general en jefe que están tomadas todas las disposiciones para poner en ejecución sus órdenes, pero que no podrá absolutamente bombardear a Maëstricht antes de cinco o seis días y, en consecuencia, le será imposible marchar sobre Nimega hasta el 26 ó 28. Cree, sin embargo, poder acabar la ejecución de este plan si no aparecen incidentes imprevistos que se lo retrasen. Ruega a Dumouriez que le mande en seguida al comisario Petitjean, "porque, dice, los que están aquí, en vez de servirnos y de ayudarnos, no hacen más que entorpecer la cosa, y he ahí lo que produce principalmente el retraso de nuestras operaciones, y lo que veo que terminará por paralizarnos si no se remedia muy inmediatamente".[63]

Dumouriez se impacientaba con estos retrasos, pero sabía que eran inevitables, puesto que, a su parecer, hubiera sido menester no declarar tan pronto la guerra y "llevar la negociación hasta que él estuviese presto para entrar en Holanda y sitiar a Maëstricht". Anuncia a Miranda que 7.000 caballos, pedidos por Petitjean al departamento del Norte, están en camino para el ejército; que espera a los antiguos intendentes de víveres y forrajes, vueltos a admitir en el servicio, en fin, que le mandará por Thouvenot un plan de leva de tropas belgas.[64]

Paralelamente a la acción militar, Miranda debe desarrollar una acción política en las Provincias Unidas; con este fin, Dumouriez le dirige algunos holandeses patriotas, es decir, revolucionarios y francófilos, que acompañarán al general en su marcha adelante en calidad de representantes del comité batavo para ayudarle con sus consejos y revolucionar el país invadido por las tropas francesas; estos "patriotas", gracias a su conoci-

miento del país y a la influencia que poseían en él, debían encargarse de proveer a las necesidades materiales del ejército y contribuir a la organización administrativa. Desde el punto de vista político, el general en jefe no creía que conviniese instituir clubs, dada la diferencia de costumbres, lengua, etc.; en todo caso, hacía hincapié en que los holandeses estuviesen bien tratados y recomendaba a Miranda "honrar en ellos a hombres de otra especie que los belgas".[65]

Dumouriez cree poder estar el 21 de febrero delante de Breda para ejecutar una falsa maniobra destinada a engañar al enemigo acerca de sus verdaderas intenciones. Reasegura siempre a Miranda sobre el tema de la eventualidad de un ataque de Clerfayt, que no está presto y cuyo ejército, a excepción de la caballería y de los granaderos húngaros, está compuesto por nuevas reclutas que de ningún modo valen como las francesas: "Tome usted, pues, Maëstricht...; la mayor parte de las fuerzas tiene poca gana de pelear... Cuanto menos método ponga usted en este sitio más pronto tendrá usted el éxito". Encuentra que todas las órdenes que su lugarteniente ha dado a los generales están "clarísimas y muy bien hechas".[66]

Cabe comprobar que el general en jefe se había vuelto ciego: no se realizará ni una sola de esas previsiones; desconoce completamente el estado y la fuerza del enemigo; combina operaciones fulminantes sin contar, de ninguna manera, con ese enemigo que le demostrará muy pronto que no se dejará hacer, y que si él, Dumouriez, piensa que "no es el momento de la prudencia y del método", piensa locamente. Una vez más fue Miranda quien tuvo razón: "Maëstricht no se rindió a la tercera bomba"; Clerfayt no había estado nunca tan fuerte y en tan

buena situación: estuvo dispuesto antes de las tres semanas fijadas por Dumouriez; los acantonamientos del Roër fueron forzados, a pesar de las precauciones tomadas por el venezolano, a pesar de la orden formal que él había dado de defenderlos vigorosamente y de librar batalla para impedir que Maëstricht fuese socorrido. Esta campaña era, en verdad, presuntuosa, y su éxito no podía ser más que demasiado probable: la responsabilidad no incumbe de ninguna manera a Miranda, sino más bien a Valence y a La Noue, quienes disponían de 30.000 hombres, calculando por lo bajo, y no supieron o no pudieron detener a los austríacos.

Veamos, en efecto, para buena explicación de los hechos que van a sucederse, cuál era el reparto de las tropas entre los diferentes generales franceses que operaban en Bélgica. Según la lista hecha por Thouvenot, jefe de estado mayor, el general La Noue, si se cuentan los cuerpos de La Marche y de Neully y los cinco batallones que Miranda le envió con fecha del 19 de febrero, tiene a sus órdenes un ejército que cuenta, como ya he dicho anteriormente, 30.000 hombres, con una artillería de veintidós piezas de plaza, además de los cañones del batallón, según el estado firmado por el general D'Hangest. Por otra parte, el general de La Marlière, que tenía a la izquierda 3.500, y el general Le Veneur, que se encontraba delante de Wyck a la cabeza de un cuerpo de 6.000 hombres, cubrían los flancos del ejército de La Noue, a quien Miranda escribía: "Así es preciso, general, que con esta fuerza procure usted llevar a cabo su objeto, mientras que nosotros acabamos las operaciones que nos han sido ordenadas en otro lado, con menos fuerza respectiva". Si La Noue lo creía necesario podría enviar copia de esta orden a La Marche

y a Neully,[67] con el fin de que "el acuerdo y la armonía reinasen en todas partes". Ya habían sido tomadas disposiciones en lo concerniente a los hospitales y los forrajes.[68]

En su ya citada "Memoria", La Noue dice que sus fuerzas podían ser valuadas en 18.000 hombres de todas las armas; esta cifra está muy por encima de la realidad: el estado dirigido por el ayudante general Montjoie indica exactamente 18.235 hombres de infantería y 3.570 de caballería, a más de los flanqueadores de derecha y de izquierda, lo que hace un total de 21.805, sólo "para la vanguardia de Bélgica".[69] Pero, como se ha visto, había además otros cuerpos de tropas; es Miranda el que da la verdadera cifra: en realidad, para detener al enemigo y cubrir el asedio se podía contar con 40.000 soldados.

Por su parte, Miranda cercó a Maëstricht, en la orilla izquierda del Mosa, e hizo ejecutar las obras y establecer las baterías necesarias para el bombardeo. Disponía de un cuerpo de cerca de 15.000 hombres, que disminuyó casi en seguida, pues se vio obligado a destacar 3.000 ó 4.000 de ellos para vigilar en la frontera algunos movimientos del enemigo.

Beurnonville, ministro de la Guerra, le escribe que "el plan de sus operaciones, que ha examinado con mucha atención, le ha parecido muy prudente y bien concertado", y el ministro expresa la esperanza de que el acuerdo entre los jefes y el valor de las tropas dan las seguridades del éxito.[70]

NOTAS

[1] Albert Mathiez: *Danton et la paix*, p. 101; Madelin/Danton, p. 210.

[2] Loc. cit., p. 187.

[3] A. E. Inglaterra. Vol. 586, fol. 268-269. Dumas a Lebrun, 26 enero.

[4] A. N. F7 4689. Plaq. 2. Documentos de Dumouriez, Marassé a Miranda, 6 enero; Ibíd., Plaq. 3, 9 enero; Ibíd., Plaq. 3, núm. 36, Thouvenot a Dumouriez, 11 enero; O'Kelly, p. 24. Miranda a Dumouriez, 9 enero.

[5] A. N. BB3. 41, fol. 113. Thouvenot a Monge, 13 enero.

[6] A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 41. Miranda a Dumouriez, 28 enero.

[7] Rojas, p. 26. Dumouriez a Miranda, 10 enero.

[8] A. N. F7 4689. Plaq. 3. Núm. 36. Miranda a Dumouriez, 19 enero.

[9] Ibíd. Plaq. 2. Documentos de Dumouriez. De Kock a Lebrun, a Dumouriez, 17 enero; Ibíd. Plaq. 3. Núm. 36. Mirada a Dumouriez.

[10] Este comisario, uno de los mejores intendentes del ejército, fue agregado al cuerpo de Beurnonville que, después de Valmy, marchó hacia Lille; fue entonces cuando conoció a Miranda. Suspendido de sus funciones y detenido por decreto del 29 noviembre 1792, Petitjean, fue rehabilitado el 2 enero siguiente y nombrado comisario-ordenador en jefe del ejército de Miranda (A. N. D. II, 1-2. Informe de los comisarios de la Convención en Bélgica).

[11] Rojas, p. 32. Miranda a Dumouriez, 15 enero.

[12] A. N. F7 4689. Plaq. 3, núm. 36. Miranda a Dumouriez, 19 enero; núm. 68. Ibíd., 6 febrero; Plaq. 5, núm. 5, Ibíd., 12 febrero.

[13] Jomini, III, 59.

[14] G. Ejército del Rhin, 2.ª quincena de enero. Custine a Pache, 29 enero.

[15] Rojas, p. 34. Dumouriez a Miranda, 19 enero.

[16] Acta de la sesión de la Convención nacional, del lunes 18 febrero 1793. Vol. VI. p. 297.

[17] Rojas, p. 34 y 42. Dumouriez a Miranda, 19 y 23 enero.

[18] Ibíd., p. 42. Dumouriez a Miranda, 23 enero.

[19] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 16 enero; Petitjean a Miranda, la misma fecha.

[20] A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 67. Miranda a Dumouriez, 3 febrero.

[21] Auguste-Marie-Henri Picot, conde de Dampierre, nació en París, el 19 agosto 1756. Entró en el servicio en 1772, capitán en el regimiento de Chartres-infantería, después coronel en el 5.° de dragones; ayuda de campo del mariscal de Rochambeau, mariscal de campo empleado en el ejército del Norte, en septiembre 1792; comandante en jefe en abril 1793. Herido cerca de Valenciennes, falleció en esta ciudad el 9 de mayo siguiente. Se le concedieron los honores del Panteón (G. Expediente de Dampierre). Tenía, escribe Dauban. «un carácter extremadamente petulante que a veces rayaba en el delirio». (La Démagogie, p. 157.)

[22] A. N. F7 4689. Plaq. 4, núm. 41. Miranda a Dumouriez, 28 enero.

[23] G. Expediente de Stengel. Stengel a Pache, 9 enero. Stengel nació en Neustadt, en 1774, entró al servicio de Francia, como segundo teniente, en el regimiento de Alsacia-infantería; mandó los húsares de Chamborant; fue coronel del 9.° regimiento de dragones, después del 1.° de húsares y llegó a ser, en 1792, mariscal de campo. Son conocidas sus brillantes hazañas. Le mataron en 1796, en Italia, donde fue divisionario (Ibíd.) «El bravo Stengel murió de resultas de sus heridas», escribió lacónicamente Bonaparte al Directorio. (Le rèdacteur, núm. 155, del miércoles 18 mayo de 1796.)

[24] A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 67. Miranda a Dumouriez, 3 febrero.

[25] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 3 febrero.

[26] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a La Noue, 6 febrero.

[27] Ibíd. Miranda a Stengel, 6 febrero.

[28] A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 43. Miranda a Dumouriez, 9 febrero; a Beurnonville, 11 febrero. El general conde Alexis-Paul-Mickel Tanneguy Le Veneur de Tillières, hijo de Jacques y de Michelle-Julie-Françiose Bouchard d'Esparbès de Lussan d'Aubeterre de Souzac, procedía de una familia noble normanda. Nacido en París el 28 septiembre 1746, entró en el servicio en 1763, como segundo teniente en el regimiento del Rey-infantería y fue sucesivamente coronel en el regimiento provincial de Abbeville y en el de Neustrie, maestre de campo en el regimiento de Auxerrois, mariscal de campo en 1788 y teniente general bajo la Revolución. Oficial de la legión de honor y miembro del Cuerpo legislativo bajo el Imperio, jubilado por decreto del 16 marzo 1810. Durante la campaña de Bélgica protestó contra el hecho de haberle subordinado a Valence y a La Marche, sus cadetes, y poco después se alzó contra la medida arbitraria del ministro Bouchotte, que le suspendió. En la petición que dirigió al gobierno, sobre este asunto, pone de relieve las «calumnias» de Dumouriez relativas a la conducta de los generales y del ejército después de Neerwinden. (G. Expediente de Le Veneur.)

[29] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Le Veneur, 6 febrero.

[30] Dominique Diethmann de Luneville, prestó servicio en 1760, como gendarme del Artois. Licenciado por inútil poco antes de la Revolución, se le vuelve a encontrar, en febrero 1792, coronel del 22.° regimiento de caballería; en septiembre, teniente general. Muerto en el año siguiente de una gota retropulsa. (G. Expediente de Diethmann.)

[31] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Pache, 6 febrero; a Champmorin, 7 febrero.

[32] Ibíd. Miranda a Pache, 7 febrero; Champmorin a Miranda, 10 febrero. En esta carta del 7 de febrero es en la que Miranda da cuenta al ministro de su orden del día al ejército promulgando un duelo de tres días por la muerte de Le Peletier de Saint-Fargeau, que había «olvidado» comunicar. Este Le Peletier, que la Revolución «panteonizó» convirtiéndole en un mártir, no tuvo otro mérito que el de haber sido sacrificado por un fanático a los manes de Luis XVI. Antiguo miembro del parlamento de París, diputado de la nobleza en los Estados-Generales, muy rico, le gustaba explicar sus ideas revolucionarias diciendo que de dos caminos que se le ofrecían, estar en Coblenza o en la cima de la Montaña, con toda ingenuidad había preferido el último. Fue él quien el 4 de agosto pidió la abolición de los privilegios financieros. Michelet le consagra glorioso a causa de cierto plan de educación que él elaboró; y bendice tres veces sus cenizas. Este gran reformador «proponía obligar a todas las familias a educar sus hijos de ambos sexos, sin excepción, en las escuelas nacionales, donde serían sometidos a un régimen simple y rudo, los niños de cinco a doce años y las niñas de siete a catorce, por la razón de pertenecer a la República». (Dareste, VII, 608.) Saint-Just aprobaba este sistema que calificaba de «esparciata».

[33] G. Ejército del Norte. Corresp. Beurnonville a Miranda, 14 febrero; A. N. WI 271. 30. Ibíd., 17 febrero.

[34] Chancel, hijo de un abogado de Angulema, nació en 1753; alumno de la escuela de artillería de Estrasburgo; pasó al servicio de Austria en 1771, como alumno de ingeniería; regresando a Francia en 1780, fue promovido mariscal de campo en febrero 1793; guillotinado el año siguiente. (G. Expediente de Chancel.)

[35] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Egalitè, 16 febrero.

[36] B. N. Lc2 776, *Le Batave ou le Nouvelliste étranger,* del viernes 22 marzo 1793. Núm. 36.

[37] G. Ejército del Norte. Corresp. Cochelet a Beurnonville, 2 febrero.

[38] Ibíd. El general Miranda, comandante en jefe de los ejércitos de Bélgica, a sus bravos hermanos de armas, 13 febrero.

[39] Jomini, III, 71-72.

[40] Louis-Auguste Juvénal de los Ursins, conde de Harville, hijo del muy noble y poderoso señor Claudie-Constant-Esprit d'Harville, brigadier de los ejércitos del Rey, coronel del regimiento de infantería de su nombre, y de la muy noble y poderosa dama Marie-Antonnette de Matignon, su esposa, nació en París, el 23 abril 1749; capitán en el Royal-Champagne-caballería; banderín de los gendarmes de Orleans, después de los gendarmes escoceses; teniente de los gendarmes de la Reina; gentilhombre de honor del conde de Artois; teniente general empleado en el ejército del Norte, en 1792. Detenido y encarcelado en el momento de la huida de Dumouriez. Inspector de caballería en Sambre-y-Meuse y en Italia, fue senador, conde del Imperio, gentilhombre de la Emperatriz, par de Francia. (G. Expediente de Harville.)

[41] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 14 febrero; A. N. WI 271. 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 15 febrero.

[42] Henri-Joseph Thuring, niño de tropa, nació «en el regimiento», en Landrecies, en 1765, Oficial de la guardia nacional; capitán de una compañía franca en el ejército del Norte, fue nombrado coronel de la ingeniería belga, en diciembre 1792 y encargado por Dumouriez de una misión secreta en Holanda. Licenciado por inútil como brigadier bajo el Consulado. Este oficial parece haber adquirido posteriormente una reputación bastante mala en ciertos aspectos; se distinguía en el espionaje. Ha-

biendo sido repuesto en activo por Bernadotte y enviado a Amiens, el comisario del Directorio en el departamento del Somme opuso una viva protesta: «es imposible tener peor fama. Ha hecho un agiotaje con los bienes nacionales como no puede usted tener idea y se retrasa en el pago de lo que no ha retrocedido». En 1807, Napoleón lanzó, desde Varsovia, la orden de detener Thuring, que se encontraba en Lieja y se le acusaba de inteligencia con el enemigo. (G. Expediente de Thuring.)

[43] A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 43. Miranda a Dumouriez, 9 febrero; G. Ejército del Norte. Corresp. Champmorin a Miranda, 10 febrero.

[44] Tomás Keating era irlandés, Cadete en el regimiento de Berwick, segundo teniente en el regimiento de Walih; nombrado mayor por el almirante de Entrecasttaux, gobernador de la Isla de Francia. Llegado a teniente coronel, en 1792 se le puso a la cabeza del 87.º de infantería. Se retiró como divisionario, en 1795. (G. Expediente de Keating.)

[45] G. Ejército del Norte. Corresp. Champmorin a Miranda, 12 y 24 febrero. Ibíd. Expediente de Champmorin. Noticia exacta de sus servicios hasta 1 abril 1793. Marie-Pierre-Félix Chesnon de Champmorin, que fue sin duda el mejor de los tenientes de Miranda, nació en Chinon, hijo de un capitán del regimiento de Noailles. A cincuenta y seis años y en el momento en que comenzaron las campañas revolucionarias, era coronel director de las fortificaciones. Había hecho la guerra de Siete Años. Nombrado, en 1792, mariscal de campo. Llegó a general de división en pradial año II. Destituido, después admitido al retiro en brumario año IV. (Ibíd.)

[46] Jomini, III, 74.

[47] G. Ejército del Norte. Corresp. Courrier a Dumouriez, 14-15 febrero.

[48] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 14 febrero.

[49] A. N. F7 4774, 47. Expediente Miranda. Miranda a Dumouriez, 15 febrero. Carta en español, cuya traducción francesa que se encuentra adjunta es muy inexacta.

[50] Rojas, p. 64. Dumouriez a Miranda, 16 febrero.

[51] A. N. WI 271, 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 15 febrero.

[52] G. Ejército del Norte. Corresp. Correo de Dumouriez, 14-15 febrero.

[53] A. N. WI 271, 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 15 febrero.

[54] Rojas, p. 39. Miranda a Dumouriez, 23 enero; Jomini, III, 64-75.

[55] Jomini, III, 76.

[56] A. N. WI 271, 30. Extractor. Dumouriez a Miranda, 15 febrero.

[57] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a La Noue, 16 febrero; a Stengel, la misma fecha.

[58] Ibíd. Miranda a Champmorin y a La Marlière, 17 febrero.

[59] Mémoires, II, 134.

[60] A. N. WI 271, 30. Miranda a La Noue, 19 febrero.

[61] B. N. Ln 27, II, 380. Memoria por el teniente general La Noue a la Convención nacional, p. 3. Miranda ha invocado esta Memoria en su favor, contra Segur, porque contenía un cargo formal contra Valence. (Véase Antepara, p. 243.) El caballero de La Noue, conde de Vair, era oriundo de La Roche-Chermault. Sirvió en Flandes y en Alemania, en los granaderos y en el cuerpo de artillería; nombrado teniente

general, en 1792, mandó las tropas de Lieja, después la izquierda del ejército de las Ardenas. Absuelto de las acusaciones dirigidas contra él, sin embargo se le volvió a encarcelar. Retirado en 1795. (G. Expediente de La Noue.)

[62] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 17 febrero.

[63] Rojas, p. 69. Miranda a Dumouriez, 18 febrero.

[64] A. N. WI 271, 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 19 febrero.

[65] Rojas, p. 70. Dumouriez a Miranda, 18 febrero.

[66] A. N. WI 271, 30. Extractos. Dumouriez a Miranda, 19 febrero.

[67] José Drouot, llamado La Marche, un lorenés, entró en el servicio en 1751, a los dieciocho años, como dragón en el regimiento de Frise, ganó sucesivamente todos sus grados en los voluntarios extranjeros de Würmser, en la región de Conflans y en los húsares. Mariscal de campo en 1792, general en jefe el año siguiente, suspendido poco después. Reintegrado al servicio activo bajo el Consulado. (G. Expediente de Drouot-La Marche). Le Vasseur de Neuilly entró en el servicio a los diecisiete años, como gendarme de la guardia. Durante la Revolución, mandó primeramente el 5.° regimiento de caballería, luego el 10.° de dragones. Mariscal de campo en febrero 1793, fue cortósmente destituido en mayo siguiente. (Ibíd. Expediente de Neuilly.)

[68] A. N. WI 271, 30. Miranda a La Noue, 19 febrero.

[69] A. N. WI 271, 30. Estado firmado por Thouvenot, 19 febrero.

[70] G. Ejército del Norte. Corresp. Beurnonville a Miranda, 22 febrero.

CAPITULO X

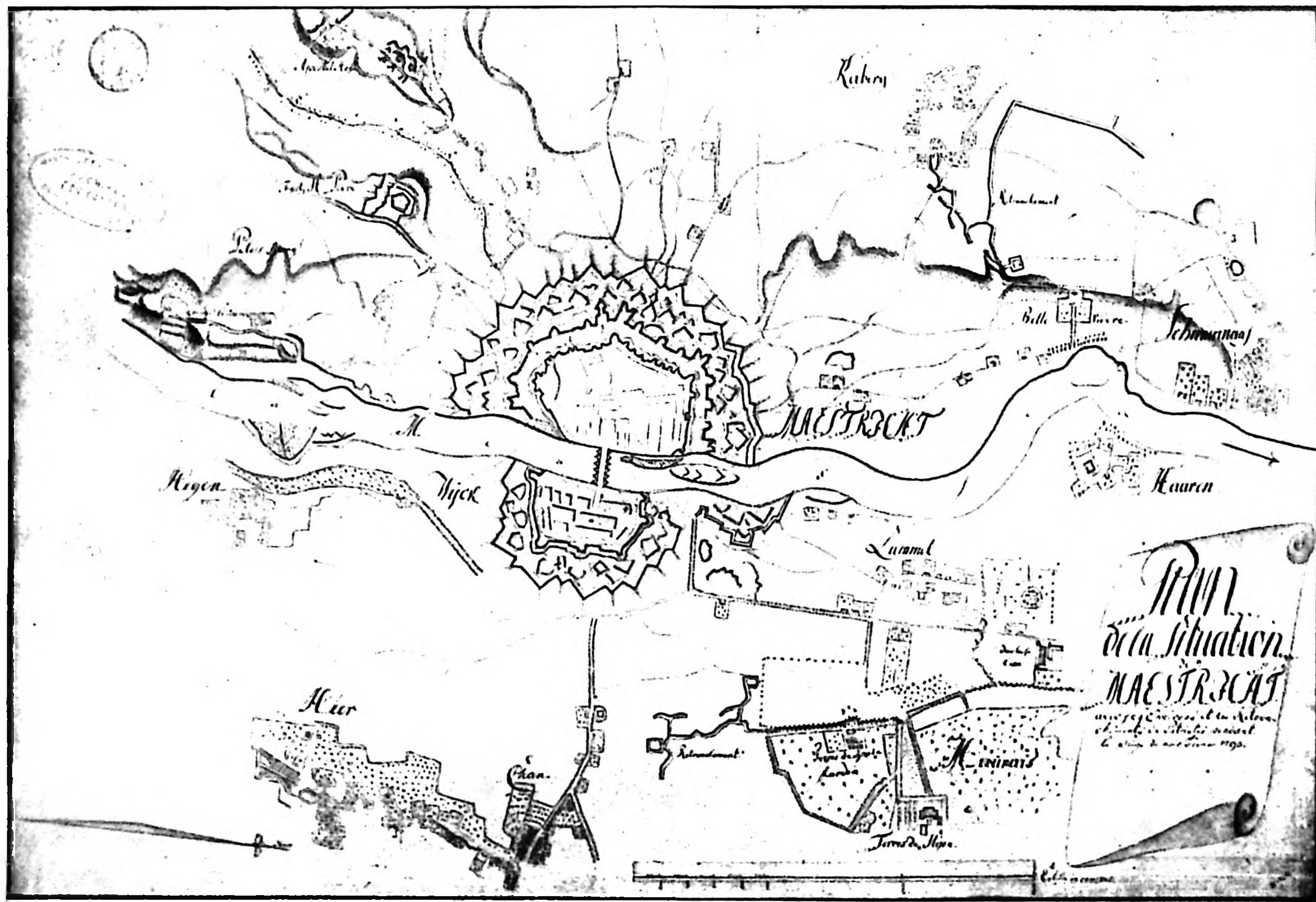
MAËSTRICHT

MIRANDA activaba los preparativos para atacar a Maëstricht. Nuevas tropas desfilaban diariamente en Bruselas: 600 caballos de artillería, un tren considerable de gruesos cañones de sitio, camiones, municiones, pontones atravesaban la capital para ir a concentrarse en Tongres, donde también se formaban los almacenes del ejército. El general hacía trabajar a centenares de campesinos reparando los caminos de Tongres a Maëstricht, con el fin de facilitar el transporte de la artillería gruesa que venía de Lieja.[1] El 14 de febrero el mariscal de campo Ruault, jefe del estado mayor general; el teniente general D'Hangest, que mandaba la artillería, y el coronel de ingenieros Garnier, habían sometido a Miranda en Tongres el resultado del reconocimiento militar de la plaza efectuado la víspera. Quedó establecido que la primera salida podría ser operada por el pueblo de Sumermaes: se abriría un ramal que iría a unirse con el escarpe del ribazo, a la izquierda; después sería prolongado ese escarpe hasta

cincuenta toesas alrededor de la meseta que da frente a la ciudad; esta meseta, coronada por una trinchera, abrigaría las diferentes baterías y estaría flanqueado, lo mismo a la derecha que a la izquierda, por grandes reductos. La artillería se colocaría detrás de Sumermaes y el cuartel general quedaría establecido en la abadía de Hochten. Se reconoció que los caminos recorridos por los oficiales de su gira de inspección eran impracticables para la artillefría, sobre todo para las piezas de a cuatro.[2]

Al mismo tiempo eran tomadas las medidas para abrir la trinchera delante de la plaza. Los batallones de Saona y Loira, el primer batallón de Mayena, el primer batallón del Sarthe y los 17, 25 y 38 regimientos de infantería, pertenecientes a la primera división del ejército de las Ardenas, es decir, a las tropas de Valence, debiendo suministrar cada uno cien trabajadores, mandados por un capitán, un teniente y cuatro suboficiales. Los habitantes de diferentes acantonamientos proveerían a estos trabajadores de palas y picos, y los destacamentos así constituidos recibirían las instrucciones del ayudante general Gobert o del capitán-ingeniero del Haijs. Una orden especial fue comunicada al 7.° regimiento de caballería para que estuviese dispuesto a la primera señal.[3] Instrucciones muy precisas, que emanaban del cuartel general de Miranda, regularán al detalle la administración y los servicios del ejército de sitio.[4]

El general había llegado delante de la plaza en la noche del 21 al 22 de febrero. Las operaciones preliminares fueron pronto acabadas con una pérdida de tres hombres; estos trabajos estaban dirigidos por el viejo teniente general Bouchet, que mandaba la artillería del ejército particular de Miranda; era un hombre muy honrado y un notable ingeniero que había dirigido


PLAN
de la Situation
de
MAESTRICHT
MAESTRICHT
Wyck
Heer

el ataque de Namur, a las órdenes de Valence, antes de venir a mandar ante Maëstricht.[5]

La guarnición de la fortaleza se componía, en parte, de emigrados franceses organizados en legión bajo el marqués de Autichamp, quien durante la campaña del Argona había mandado el cuerpo de gendarmes en el ejército de los príncipes. Miranda estimaba el número total de las tropas enemigas en cerca de 6.000 hombres. Según el informe del desertor Schertf, había allí dragones del príncipe de Hesse y del duque de Brunswick, infantería holandesa, el regimiento suizo de Schmidt, dos compañías de artilleros brunswiqueses, dos de artilleros holandeses, y minadores.[6] Según este desertor, los burgueses de la ciudad no pedían más que rendirse. Por otra parte, Cochelet había escrito al ministro de la Guerra que la mayor parte de los habitantes era favorable a la República francesa y que una parte de los hombres de la misma guarnición abriría de buen grado las puertas "si no estuviesen subyugados por los emigrados y expuestos a toda la cólera de las potencias de ese país".[7]

Antes de empezar el bombardeo, el general intimó la rendición a la plaza. El príncipe de Hesse negóse y se manifestó bastante asombrado por esta intimación, pues ignoraba que hubiese sido declarada la guerra a Holanda. El cañoneo empezó en seguida y prosiguió el cerco, entrecortado por algunas salidas de la guarnición fácilmente rechazadas. Al dar cuenta a Beurnonville, Miranda insiste con el fin de que le manden un comisario para las subsistencias. "No debo disimular a V., declara, que la falta de un comisario-ordenador en jefe de este ejército me deja actualmente en la imposibilidad de ejecutar estas operaciones (las prescritas por Dumouriez) en el tiempo convenido, lo que podría

acarrear las más fatales consecuencias para los intereses de la República".[8] Es la queja formal que el general dirige también a Dumouriez: no podrá marchar sobre Grave o Nimega en el término fijado, pues no ha visto todavía al comisario Petitjean, al que reclama desde hace tiempo, y no tiene confianza ninguna en la administración actual: "Aquí estamos casi detenidos por la desorganización de las administraciones y la falta de subsistencias en los puntos indicados, cuya es la consecuencia".[9]

Entretanto, Dumouriez comienza su ofensiva: bloquea Berg-op-Zoom y hace avanzar su vanguardia hacia el Moërdick, con la esperanza de poderle franquear en Dort. Si Miranda toma pronto Nimega, será necesario que tome Amersfoort para cerrar a los alemanes la provincia de Utrecht. El general en jefe tiene mucha prisa; no le queda más "que el tiempo de abrazar a su lugarteniente".[10] El conde de Bylan capitula en Breda, rinde a D'Arcon la plaza y 200 cañones y después se retira con la guarnición. Berneron toma Klundert y se dispone para atacar a Willemstadt. También atacarán a Gertruydenberg y serán establecidas baterías en la costa. Dumouriez cuenta para el paso con una veintena de embarcaciones, que dan un total de 800 toneladas, y con cinco o seis chalupas de abordaje: es la empresa que Jomini califica de ridícula; sin embargo, el general en jefe piensa que habrá pasado antes del 5 de marzo. Anuncia a Miranda que, sin duda a petición suya, el ministro de la Guerra no tardará en mandarle Malus en lugar de Petitjean. "Alargue V. el brazo lo más que pueda, dice, para que podamos reunirnos en Nimega y bailar juntos la carmañola".[11]

En verdad que difícilmente se representará uno al elegante general Miranda, un hidalgo castellano de corazón, filósofo por

la inteligencia, bebedor de agua con azúcar, cantando en medio de la plaza pública, desarrapado y con un pañuelo sucio al cuello:

Oui, nous nous souviendrons toujours
des sans-culottes des faubourgs.

Mientras tanto prosigue su bloqueo, disparando sus baterías sobre la ciudad e intimando a los magistrados para que la rindan, obligando al comandante a que la entregue so pena capital: "Soy amigo del pueblo batavo, les dice; la nación francesa quiere romper los lazos de los batavos y entraremos en vuestra casa como hermanos y amigos; no es contra vosotros, sino por vosotros, por lo que hacemos la guerra al Estatuder". Luego amenaza con pasar a cuchillo la guarnición; no deja de insistir en la inutilidad de una defensa, que no haría más que agravar el caso de la ciudad. El sedicente comité batavo que tenía en su cuartel general, ayudándole lo mejor que podía, procuraba obtener de los magistrados y de los burgueses que rompiesen toda solidaridad con el gobernador: "Rendíos, decían los miembros de este comité a la población, puesto que las tropas francesas llegan como libertadoras". Pero no lo entendía de este modo el príncipe de Hesse: "He recibido el gobierno de parte de las Provincias Unidas, respondió a Miranda, y defenderé la ciudad contra todos los que quieran atacarla". En cuanto a los magistrados, respondieron que sus atribuciones concernían solamente a la policía, la justicia y las finanzas de la ciudad, siendo la defensa atribución exclusiva del gobernador.[12] Ante la noticia del éxito de Dumouriez renovó Miranda sus intimaciones y sus amenazas: "Emplearé los últimos medios, escribía al gobernador, para redu-

cir a la plaza por medio de su ruina absoluta". El príncipe limitábase a replicar: "El militar y el burgués están perfectamente de acuerdo para mantener su constitución y el juramento de fidelidad hecho a su legítimo soberano".[13]

Entonces se dieron órdenes para tirar con balas al rojo, mediante lo cual se esperaba, el 27 de febrero, tomar la plaza en dos días. Miranda anuncia a Dumouriez que dejará ese cuidado al general Valence, quien vino a verle en su cuartel general y le ha parecido "animado de la mejor voluntad de concurrir por todos los medios que están en sus manos" al buen éxito de los planes del comandante en jefe.

El ministro de la Guerra sigue aprobando todas las disposiciones tomadas: no se asombra de la resistencia de la plaza, que atribuye, sobre todo, a la presencia de los emigrados en sus muros; tiene, sin embargo, confianza en la constancia y la tenacidad de un general nacido español... La Convención ha visto "con mucha satisfacción la actividad con la cual el general apresura el ataque". Es esencial que dejando la dirección del asedio a Valence, Miranda avance para secundar a Dumouriez. Beurnonville no se explica por qué el asunto del comisario ordenador no está todavía arreglado, puesto que el 13 de febrero mandó a Manchón cerca de Miranda con esa cualidad. Este ministro, que está lejos de imitar los embrollos imbéciles de Pache, deja al general en ese respecto la mayor amplitud: "Escoja usted mismo un comisario de las guerras, tome todas las medidas posibles para que nada retrase sus operaciones".[14]

Habiendo parecido finalmente Petitjean, Miranda concierta con él y Thouvenot todo lo que atañe a las operaciones, decide que un cuerpo de 10.000 hombres tomará ante Maëstricht sus

posiciones y que él mismo marchará con 25.000 hombres sobre Kessel y Grave, a donde cree poder llegar el 4 y el 6 de marzo. Quiere seguir la orilla izquierda del Mosa, teniendo como vanguardia el cuerpo de Champmorin, que está al otro lado de Venloo y dejar 4 ó 5.000 hombres en Ruremonde bajo La Marlière, pues hay que tener en cuenta que Valence deberá llevar todas sus tropas a las orillas del Roër y al bloqueo de Maëstricht. Ordena, por otra parte, a D'Harville que tome a los austríacos la pequeña ciudad de La Roche, cuya posesión le parece necesaria. Miranda no tiene nada que temer por el lado de Beaulieu, pero lo desconocido queda siempre del lado del Roër. Espera que la plaza caerá "si nuestros éxitos en Holanda continúan". Las relaciones de Miranda con Valence son cordiales y seguidas; le comunica todos sus despachos.[15]

El conde de Merode-Westerloo ha recogido en sus "Recuerdos" las impresiones que producía en su alma de niño el bombardeo de Maëstricht: apenas tenía diez años de edad y se encontraba allí con su madre y sus tíos, el marqués de Beaufort y el vizconde de Caraman, alistados estos últimos en la legión de los emigrados que ayudaba al príncipe Federico de Hesse a defender la ciudad. Algunos datos de su narración son inexactos, pero muestra de un modo conmovedor cómo era la vida en la fortaleza durante el bombardeo. Su familia llegaba del castillo de Peterheim donde, en noviembre de 1792, inmediatamente después de Jemmapes, había recibido oficiales franceses, siendo de notar entre ellos el duque de Chartres. Confundiendo a su vez los datos, el difunto Dionisio Cochin, al recordar este hecho en su "Luis Felipe", ha creído poder colocar un rasgo a Miranda que no merecerá sin duda ser tachado de "me-

diocridad", con tanta razón como merecería serlo el libro de este autor.

En Maëstricht, el joven Merode vio pasar bajo las ventanas del hotel de su familia un oficial francés "mal vestido, con los ojos vendados" (era el coronel D'Arnaudin), quien iba a intimar al gobernador la rendición de la ciudad. Habiendo respondido el príncipe como sabemos, Miranda ordenó en seguida la aceleración de los trabajos del sitio, bajo el fuego de la artillería holandesa. En los primeros momentos, el niño se paseaba por los baluartes "para ver disparar a los sitiados", cuando apercibió un tamborcillo francés, un niño no mayor que él, que acababa de volver la espalda al enemigo y a quien un proyectil cortó en dos.

Una de las primeras bombas hizo explosión en el atrio del hotel de Westerloo y estuvo a punto de matar a los hermanos del autor de esos "Recuerdos"; hubo que refugiarse en las bodegas cuyos respiraderos fueron tapados con estiércol y que pronto se encontraron llenas. La princesa de Grimberghe abandonó precipitadamente su vivienda de la calle de Bois-le Duc, donde las bombas caían como granizo; la marquesa de Beaufort llegó también con sus hijas. Organizóse una vida normal en ese lugar, que apenas era abandonado el tiempo necesario para hacer las camas y para almorzar. Las nobles damas, aterrorizadas, se confesaban dos veces al día con el gran vicario de Soissons; el príncipe de Hesse, el duque de Chatillon, el cardenal de Montmorency y el marqués de Beaufort iban por la noche a visitarlas y llevarles noticias. El niño se escapaba a veces del escondite y se iba arrogantemente con su hermana, la futura condesa de Thiennes-Lomboise, a ver estallar las bombas que "el general carmañol" hacía llover sobre la plaza. "Luego, dice Merode, nos

mandó cadenas, verjas y piedras; habían mandado al ejército de sitio las bombas que convenían a la artillería francesa que asediaba a Breda y al sitio de Breda, las que debían ser lanzadas sobre Maëstricht." Entretanto, habitantes revolucionarios hacían llegar a los franceses por el Mosa, y mediante el sistema de botellas flotantes, informes sobre el estado de la plaza.[16] Miranda contradice formalmente lo que se informaba de otra parte sobre el calibre de las bombas: una mujer, la Dubois, titulándose capitán del 7.° batallón de París llevaría esa acusación ante el Comité de seguridad general; este virago pretendía además que las municiones estaban mal ordenadas; que no había cartuchos preparados, que no existía ni una sola pieza de a cuatro que estuviese montada cuando el ataque, que había granadas, pero se carecía de pólvora; que no se había podido calentar las bombas hasta la víspera del día en que fue levantado el sitio. Todo esto fue vanamente reprochado al general Miranda;[17] no es menos cierto que tuvo que hacer advertencias al general D'Hangest acerca de la insuficiencia del fuego de la artillería: D'Hangest respondió que si las bombas no habían podido ser caldeadas, no era tanto por el carbón como por el mal estado de los hornos. El jefe de la artillería aconsejó que se hiciera cesar el tiro de sus baterías de dieciséis, con el fin de que cuando estuviesen reconstruidos los hornos, cuyo modelo daba, pudiesen ser dirigidos sobre la fortaleza todos los fuegos a la vez.[18] En cuanto a lo de las piedras u otros proyectiles de esa especie, el hecho no tiene nada de inverosímil y cabe recordar, a este propósito, que algunos meses antes el duque de Sajonia-Teschen, a falta de municiones, lanzó a su vez sobre Lila barras de hierro, cadenas y piedras.

Por otra parte, los periódicos holandeses pretendían que el bombardeo tal como el de Venloo, que Champmorin operaba en ese momento, destruía las casas y arruinaba a los habitantes, más que rompía las obras fortificadas. Maëstricht ha sido bombardeado de la manera más violenta, día y noche, comunicaba el príncipe de Hesse a los Estados Generales; a partir del 24 en la noche hasta el 27 por la tarde y después de un corto intervalo, hasta el 1 de marzo a las dos de la madrugada.[19] La ciudad tuvo 841 casas dañadas, sin contar los edificios públicos, iglesias, conventos, etc.[20]

En París se tenía por cosa descontada la toma de la ciudad, y queriendo alejar a los voluntarios de la capital, Jeanbon Saint-André proponía a la Convención enviarles "a recoger en Maëstricht los laureles de la gloria".[21]

Pero el sitio se eternizaba: era evidente que Miranda no tenía bastante con sus 12.000 hombres para poner término a la resistencia de la fortaleza, que estaba bien provista y defendida por una numerosa guarnición. El viejo general Bouchet expresaba sus dudas por el éxito de la operación y se remitía a la casualidad de las armas republicanas, pues decía que los medios físicos no estaban en modo alguno proporcionados con la grandeza de la empresa.[22]

Miranda ordenó a Le Veneur que hiciese llegar de Saint-Tront o de Lieja piezas del doce para arrojar bombas al rojo sobre Vik, al mismo tiempo que sobre la plaza. Esta acumulación de artillería debía hacer muy dificultosa la próxima retirada, la cual fue, sin embargo, hábilmente dirigida, pues se trató entonces de salvar todo ese material extremadamente pesado, ganando en velocidad al enemigo. El general estaba harto fastidiado:

"Es, escribe, todo lo que podemos hacer en esta estación y con los medios y las órdenes que me han dado"; no le habían mandado a hacer un asedio, sino un bombardeo. Un oficial del estado mayor de Le Veneur había ido a "dictar preceptos, a criticar disposiciones"; Miranda se impacienta: "Procure usted, escribe secamente a su teniente, hacer su operación en el sentido sencillo y literal que traen sus órdenes, conformes en todo a las disposiciones del general en jefe Dumouriez y no en el espíritu que me parece darlas este oficial de estado mayor, que vino a hablarme sobre esto de parte de usted esta mañana". Añade, sin embargo, que el general D'Hangest proveería, en caso necesario, lo que pudiera ser útil para la nueva batería.[23]

Es probable que entre los oficiales que se entrometieron queriendo aconsejar a Miranda y que probaron sus rabotadas se encontrase el coronel Gobert, a juzgar por ciertos pasajes de la exposición que este personaje publicó en un momento en que una injuria dirigida a Miranda, preso a la sazón, podía, si no servir como título de gloria, halagar al menos la pasión de los poderosos del día. Este oficial, que en su Memoria insulta a casi todo el mundo, dice, en efecto, que "Miranda, el cual mandaba ese sitio, parecía que quisiera impedir su buen logro haciendo inútiles a los ingenieros y sus trabajos y burlándose de todos los buenos consejos que se le dieron en esa ocasión; en fin, que no hubo falta que no cometiese contra todas las reglas del arte militar". El tono de esta crítica basta para que se juzgue su valor y para que sea posible darse cuenta del estado de espíritu en que Gobert seguirá hablando del general venezolano con referencia a las operaciones ulteriores.[24]

Sin embargo, las advertencias se multiplicaban acerca de los preparativos del enemigo, al otro lado del Roër. Los oficiales de vanguardia comunicaban los informes de los espías, según los cuales las fuerzas de Clerfayt se elevaban a 30.000 ó 40.000 hombres. El 28 de febrero, el ayudante general Montjoie enviaba desde Aquisgrán el oficial de ingenieros Tardy al general Valence (al que, desgraciadamente, no encontró hasta la mañana del 2 de marzo, en Lieja), para darle parte de los movimientos que se advertían en el ejército austríaco. Los caballos de los campesinos arrastraban la artillería y se operaban concentraciones que parecían indicar, bien una operación sobre Ruremonde o sobre la izquierda de las posiciones francesas, con el fin de pasar el Mosa y de socorrer a Maëstricht. Clerfayt había dejado su cuartel general de Bergheim para transportarse a otra parte.[25]

NOTAS

[1] G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de febrero 1793. Extracto de las gacetas de Leyde. Carta de Aix-la Chapelle, 22 febrero.

[2] A. N. WI 271. 30.

[3] G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de febrero 1793. Expediente del 21 de este mes. Orden del 20 al 21 de febrero.

[4] Ibíd. Ordenes dadas desde el cuartel general, en Hochten, firmadas por el coronel ayudante general Arnaudin.

[5] Benoit-Louis Bouchet nació en Besançon en 1731, había hecho la guerra en Flandes, Alemania, Ginebra, y servido en Santo Domingo, de 1763 a 1766. Nombrado teniente general en 1792, después de más de cincuenta años de servicios. Permaneció quince meses en prisión después de la defección de Dumouriez: Carnot le volvió a poner en libertad. Retirado en termidor año II. (G. Expediente de Bouchet.)

[6] A. N. F7 4689. Plaq. 4. Núm. 43, 9 febrero. Interrogatorio de Scherft por el general Ihler. Nota de mano de Miranda: «El número efectivo, 6.000, aproximadamente». M. R. Lavergue *(Les Emigrés français au siège de Maestricht en 1793.* Extracto de la Revista de cuestiones históricas, abril 1898) escribe: «De algunos documentos inéditos cuyo sentido vamos a dar a conocer, resulta que la verdad estaba igualmente alejada del optimismo falaz de Dumouriez y las afirmaciones exageradas de Miranda». Según estos documentos que están en la posesión del marqués de Tressan, sólo habría habido en las murallas de Maestricht «algunos cañones que se utilizaban los días de fiesta o hacían los honores», y cerca de 4.200 hombres que «tenían fusiles». En cuanto a los emigrados eran «alrededor de 2.000 gentilhombres y más de 500 sacerdotes en torno a Maestricht, porque el príncipe de Hesse declaró que no les recibiría en la ciudad misma; que expulsaría a los que se encontrasen en ella, como bocas inútiles». Ante esta hostilidad es por lo que el conde de Blagny ofreció al gobernador constituir con los emigrados un cuerpo destinado a cooperar en la defensa de la plaza. (Véase Félix Magnette: Les Emirés français aux Pays-Bas (1789-1794.) Biblioteca del Instituto, 8.º AA. 73J.) Se ve que la estimación de Miranda sobre el número de defensores de la ciudad era inferior a la realidad.

[7] G. Ejército del Norte. Corresp. Cochelet a Beurnonville, 2 febrero.

[8] Ibíd. Miranda a Beurnonville, 25 febrero.

[9] Rojas, p. 78. Miranda a Dumouriez, 25 febrero.

[10] A. N. WI 271. 30. Dumouriez a Miranda, 22 febrero.

[11] Rojas, p. 81. Dumouriez a Miranda, 26 febrero.

[12] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda al príncipe de Hesse y a los magistrados del pueblo libre de Maestricht; el comité bátavo a los miembros de la magistratura; respuesta del príncipe y de los magistrados, 24-25 febrero.

[13] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda al príncipe de Hesse; respuesta del príncipe, 27 febrero.

[14] G. Ejército del Norte. Corresp. Beurnonville a Miranda, 28 febrero; Registros, a Valence, 26 febrero. Acta de la sesión de la Convención nacional del miércoles 27 febrero. VI, 485. Rojas, p. 1, Beurnonville a Miranda, 2 marzo.

[15] Rojas, p. 83. Miranda a Dumouriez, 27 febrero; G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 27 febrero.

[16] Mérode, I, 48 y siguientes.

[17] G. Ejército del Norte. Corresp. Informe al Comité de seguridad general, 1 abril 1793. Hay una carta original de la mujer Dubois.

[18] Proceso de Miranda. Respuesta del general al testigo Lefèvre.

[19] G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de febrero 1793. Extracto de las gacetas de Leyde. Carta de La Haya, 5 marzo.

[20] Goofers, citado por Verhaegen, I, 98.

[21] Wallon: *La Révolution du 31 mai et le fédéralisme en 1793*, I, 103.

[22] Chuquet: *La Trahison de Dumouriez*, p. 44.

[23] Rojas, p. 90. Miranda a Le Veneur, 28 febrero.

[24] B. N. 8.º Lu 27. 8831. Relato del general de brigada Gobert (Jacques-Nicolas) desde el comienzo de la guerra, p. 5. Gobert era capitán de ingenieros cuando estalló la guerra. Sirvió bajo Dillon, en Argona, como jefe del estado mayor de la vanguardia, luego bajo Valence, en Namur, finalmente bajo Diethmann, en Saint-Trond. Hemos visto que fue encargado de los trabajos de la abertura de la trinchera de Maëstricht. Se hallaba en Neerwinden, y fue jefe del estado mayor de Dampierre cuando este general recibió el mando supremo. Gobert en su relato dice ingenuamente que, encontrándose en Philippeville, en julio 1793, «esperaba cubrirse de gloria rechazando al enemigo, si se hubiese atrevido a atacar». Desgraciadamente se le suspendió de sus funciones.

En la carta de Miranda a Le Veneur, del 28 febrero, citada más arriba y publicada por Rojas, se dice, en nota, que el oficial «a las órdenes» era Joubert. Ahora bien, en las Notas sobre las Memorias de Dumouriez, por Servan (B. N. La 33. 49) el nombre de este oficial está escrito «Imber»: ¿No hay en ello una confusión? El oficial ¿no sería en realidad Gobert? Este se encontraba precisamente en la orilla derecha del Mosa, donde mandaba el general Le Veneur. En todo caso, el odio del ingeniero se manifestó en lo sucesivo de un modo bastante vivo; considerando a Miranda «como el autor de nuestra afrenta», escribía a un diputado que este general era «inepto y traidor y, en ambos casos, incapaz de servir a la República».

[25] A. N. WI 271. 30. Valence a los comisarios de la Convención, 14 marzo.

CAPITULO XI

LA RETIRADA HACIA LOVAINA

He aquí que se derrumba el fantástico plan de Dumouriez. El 1 de marzo, el príncipe de Coburgo, a quien Dumouriez creía inmovilizado e incapaz de menearse, pero cuya ofensiva tenía prevista Miranda, cae sobre las tropas de La Noue: son forzados los acantonamientos del Roër, el ejército francés, que no se había defendido con el valor que Miranda le exhortó que desplegase, ha sido batido en Aldenhoven y su derrota arrastra la retirada general. El siguiente día, a las once de la mañana, Miranda recibió en su cuartel general de Hochten una carta de los generales que mandaban la vanguardia, informándole de la marcha de 35.000 enemigos sobre Maëstricht: "lo que se había previsto, general, ha sucedido, le escribe La Noue: el enemigo se ha presentado esta mañana con fuerzas muy superiores y me ha atacado al mismo tiempo en los dos flancos".[1]

Miranda toma rápidamente su partido hay que levantar ese asedio, que Servan calificará más tarde de ridículo y que había

durado seis días. Los sitiados tiraron 32.000 cañonazos y los sitiadores no tuvieron más que 20 muertos y 10 heridos.[2] Los sitios en esos tiempos no eran demasiado mortíferos; el de Breda no costó la vida más que a una veintena de hombres. Jomini cree que la resistencia de Maëstricht fue una fortuna, pues si Miranda se hubiese comprometido del lado de Nimega, probablemente hubiese estado perdido.[3]

Miranda ordenó a Le Veneur que abandonase Wyk, atacado por el enemigo tres horas después. Se preocupa de impedir que los austríacos utilicen el puente de Rekem, que habrá que dejar a la orilla izquierda o quemar en caso de necesidad. Le Veneur y Blottefiere han recibido orden de defender, si es posible, el curso del Mosa hasta Ruremonde, con el fin de facilitar la retirada del cuerpo de La Marlière, que se halla expuesto. El quinto regimiento de húsares debe ir al pueblo de Sumermaes para reunirse con las tropas de la retaguardia y cubrir la marcha de la artillería, al mismo tiempo que el cuarto regimiento se retirará hacia Tongres, teniendo cuidado de acercarse lo menos posible a Maëstricht. También serán tomadas medidas en lo que concierne a la caballería.[4]

Ese mismo día, muy temprano, Valence, que tomaba el título de "general en jefe con mando en ausencia de Dumouriez", tomó con Jouvenot disposiciones que comunicaba a Miranda: éste debía, o bien pasar el Mosa para reunirse con Le Veneur y librar batalla, o bien tomar delante de Maëstricht, en la orilla izquierda, una posición que permitiese defender el río. La Marlière podría conservar el paso en Ruremonde y Champmorin en Venloo; en cuanto a Valence permanecería en Herve. El tren de asedio debía ser dirigido sobre Saint-Trond. Miranda podría

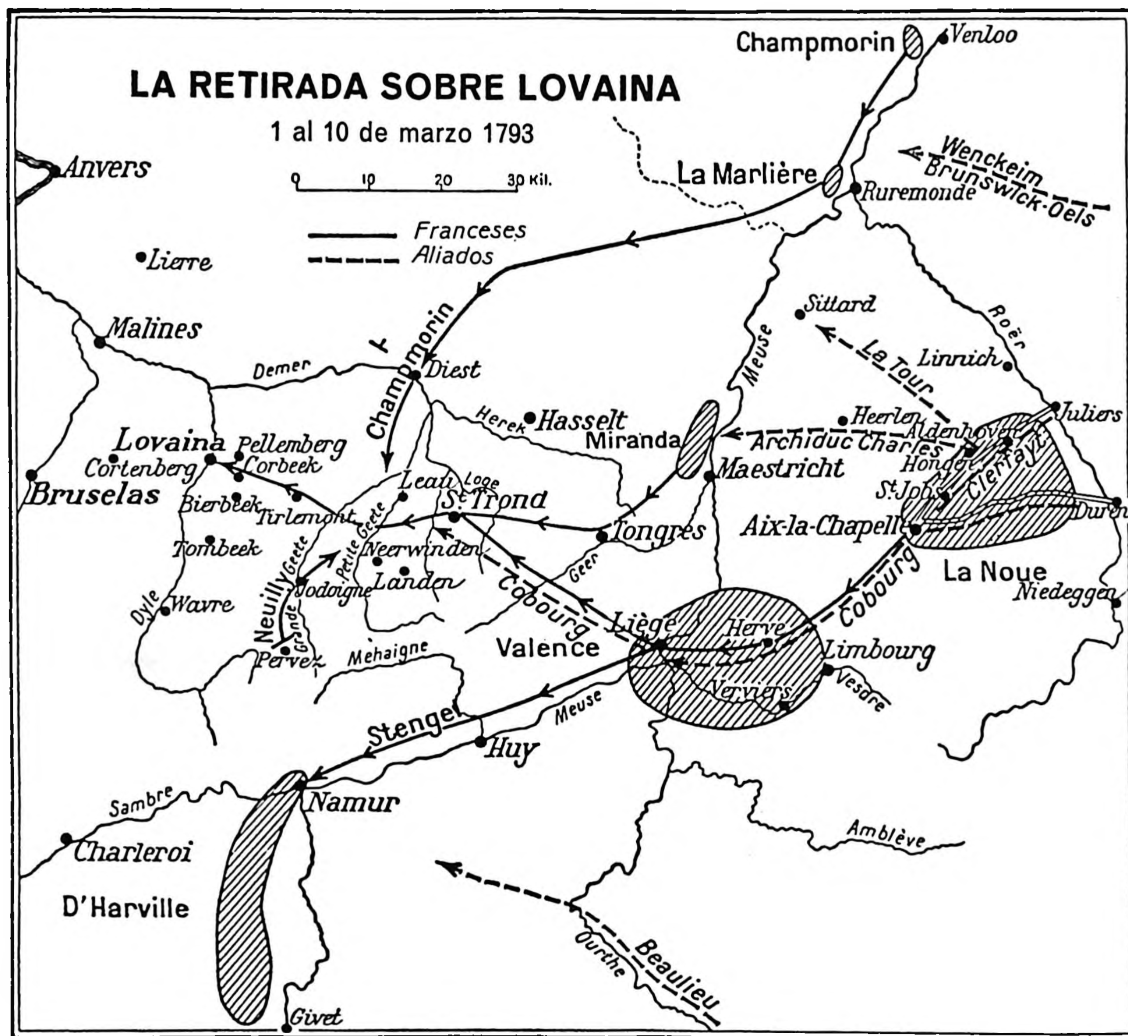
escoger entre estos dos planos, según la situación en que se encontrara.[5] No se ve en su carta a Valence, fecha del mismo día 2 de marzo, que haya recibido instrucciones anteriores, pero es probable que esa carta era ya una respuesta. "En la situación en que estamos, decía aquí Miranda, replegadas nuestras avanzadas y usted con todo el cuerpo de tropas entre el Roër y el Mosa, fuera de estado impedir al enemigo que entre en Maëstricht por el puente del Wyk, el partido que tenemos que tomar es el de hacer que Le Veneur vuelva a pasar por Visé y reuniéndome con él con los cuerpos de tropas que están en el cerco de Maëstricht, tomar una posición entre Visé y Tongres, para proteger la retirada de mi artillería y tratar de contener al enemigo hasta que, juntas las fuerzas de usted con las mías, nos encontremos en estado de atacar al enemigo y batirle. Los cuerpos de Champmorin y de La Marlière podrán contener a los prusianos, conservando la orilla izquierda del Mosa, lo cual facilitará el movimiento que el general Dumouriez querrá hacer después del conocimiento de nuestra posición actual. Habiéndome asegurado el oficial de ingenieros Tardy que todos los generales dan como cierta la fuerza de los enemigos en 30.000 hombres, por lo menos, yo no podría, con un cuerpo de tropas de 10.000 a 12.000 hombres, todo lo más, abandonar la artillería y marchar sobre ellos para detenerles, mientras que una guarnición de 7.000 hombres podría tomarme por la espalda. Doy mis órdenes en consecuencia y ruego a usted que me comunique todas sus disposiciones para proceder de acuerdo."[6] Se ve que una de las principales preocupaciones de Miranda consistía en salvar su artillería, y que tomó todas las medidas necesarias al efecto; cabe, pues, el derecho de asombrarse al oír a algunos historia-

dores repetir que Valence y Bouchet debieron de mandar el salvamento de esas piezas: en esos momentos Valence estaba en Lieja, y el general Bouchet colocado a las órdenes de Miranda.

Veamos ahora lo ocurrido en el lado contrario.

El ejército austríaco, reorganizado bajo el mando del príncipe de Coburgo, se componía de 45 batallones de infantería y 56 escuadrones, con un total de 40.000 hombres y mucha artillería: el coronel Mack era su jefe de estado mayor. La izquierda de este ejército estaba mandada por el príncipe de Wurtemberg y se apoyaba en el cuerpo de Baulieu, en Arlon el conde de La Tour formaba la derecha; el archiduque Carlos mandaba la vanguardia con 20 unidades,[7] mientras que el general Wenckeim quedaba establecido en la extrema derecha, hacia Ruremonde. En Wesel, el duque de Brunswick-Oels cubría el flanco derecho con 10.000 prusianos.[8] El 26 de febrero las tropas austríacas vinieron a concentrarse alrededor de la plaza de Juliers.

El ejército francés de observación estaba en situación malísima, tanto más cuanto que se hallaba puesto, por ausencia de Valence a las órdenes del general La Noue, "anciano respetable al que su mucha edad privaba de la actividad necesaria para cumplir los deberes de tan grande mando", insuficientemente ayudado, además, por Thouvenot, "quien no se había tomado el menor cuidado de justificar la elevada confianza del general en jefe". D'Harville ocupaba Namur; Neully, Stavelot; Stengel se apostaba en el Roër; Dampierre, en Aquisgrán; Miaczynski, en Rolduc. Habían sido atrincheradas las posiciones de Eschweiler, de Hongen y de Aldenhoven. Los generales La Marlière y Champmorin se extendían a la izquierda, en el Schwalme, hacia Venloo. Es sorprendente, advierte Jomini, ver


LA RETIRADA SOBRE LOVAINA
1 al 10 de marzo 1793
0 10 20 30 Kil.
Franceses
Aliados
Champmorin
Venloo
La Marlière
Ruremonde
Wenckeim
Brunswick-Oels
Anvers
Lierre
Malines
Demer
Champmorin
Diest
Sittard
La Tour
Roër
Linnich
Meuse
Herek
Hasselt
Miranda
Heerlen
Aldenhoven
Juliers
Archiduc Charles
Hongen
Clerfayt
Lovaina
Pellenberg
Cortenberg
Corbeek
Maestricht
Bruselas
Bierbeek
Tirlemont
Leau
Loge
St. Trond
St. Jobs
Aix-la-Chapelle
Duren
Tongres
Tombeek
Petite Geete
Neerwinden
Geer
Cobourg
La Noue
Neuilly
Geete
Jodoigne
Landen
Cobourg
Niedeggen
Dyle
Wavre
Grande
Liège
Herve
Valence
Limbourg
Pervez
Mehaigne
Verviers
Vesdre
Stengel
Meuse
Huy
Sambre
Namur
Amblève
Charleroi
D'Harville
Ourthe
Beaulieu
Givet

cómo se dividían de ese modo los franceses, en vez de concentrarse en las fuertes posiciones que rodean a Aquisgrán.[9] Sea de ello lo que fuere, las disposiciones inmediatas para la defensa de los acantonamientos fueron tomadas por Stengel y La Noue.[10] "Cuando llegué a Aquisgrán, dirá La Noue, Stengel me comunicó un plan de defensa; le encontré tan perfectamente combinado que lo adopté en su totalidad."[11] Admitiendo que La Noue hubiese encontrado malas las posiciones, como parecían serlo, en realidad no se puede hacer pesar sobre Miranda, cuyas recomendaciones no fueron observadas, la menor responsabilidad de lo que pasó en el Roër.

El enemigo franqueó el Roër por Duren, en tres columnas; las tropas francesas quedaron deshechas al primer choque: la línea fue rota, escribe el general inglés Money,[12] y no habiendo ni reductos, ni pueblos fortificados, la confusión llegó a ser extrema y el ejército se precipitó en desorden sobre el Mosa. No hubo, por lo tanto, sorpresa: todos los acantonamientos, dice el general La Noue, estaban advertidos desde la víspera de que el enemigo se disponía a pasar el río y permanecieron sobre las armas toda la noche. Cada jefe tenía instrucciones particulares respecto a los diferentes puntos a que debería replegarse.[13] El general confirmó estos hechos en su interrogatorio ante la Convención.[14] El veterano jefe expuso valerosamente su vida, tratando de reunir a los soldados que huían,[15] pero todos sus esfuerzos fueron vanos: "Los dragones que debían proteger la artillería, no han sostenido la carga de los enemigos. En fin, todas las tropas, sea de los reductos, sea de las que había puesto para apoyarles, fueron sordas a mi voz y me dejaron solo".[16] ¡Y los voluntarios! Probaron en esta ocasión "que el juramento que

habían hecho de vivir libres o morir, era un juramento de sobremesa. Una prodigiosa cantidad de esos voluntarios arrojó las armas y las mochilas para poder correr mejor".[17] Stengel quiso hacer frente cerca de Eschweiler, pero tuvo que desistir ante la amenaza de un ataque de flanco. Los dragones de La Tor acuchillaron a los fugitivos; a la derecha, Clerfayt se lanzó sobre Adenhoven, y otra división sobre Linnich. Por doquiera, la caballería austríaca arrollaba las tropas en dispersión. Clerfayt anunció por correo a la guarnición de Venloo que había matado o herido 1.400 hombres a los franceses, hecho 600 prisioneros, tomado 12 cañones, 13 carros de municiones y toda la caja militar; combinando sus fuerzas con las de Brunswick-Oels, podría marchar sobre Maëstricht para levantar el cerco.[18]

Al otro día, el archiduque Carlos llegó a Heerlen y a Fauquemont; el grueso del ejército a Rolduc. Aquisgrán había sido abandonado por Dampierre, recuperado luego por la brigada de Miaczynski; el príncipe de Wurtemberg le atacó y siguióse un áspero combate. Los burgueses desde la ciudad ayudando a los imperiales, arrojaron ventanas sobre los franceses.[19] El ejército se replegó a Lieja; cuando pudo congregarse al otro lado del Mosa había perdido 7.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

El 3 de marzo, por la mañana, el archiduque estaba delante de Maëstricht, y atravesando el río entraba en la ciudad acompañado por el príncipe de Coburgo y por el general Clerfayt.[20] Wurtemberg marchó hacia Henri-la Capelle y La Tour Sittard.[21]

Valence reitera sus instrucciones para que Miranda tome una posición fuerte y audaz ante Maëstricht y espere allí los cuerpos de Champmorin y de La Marlière, sin lo cual ambos

generales corrían riesgo de quedar separados de él. Estima que si Miranda se aleja demasiado deprisa de Maëstricht, él, Valence, no tendrá tiempo de evacuar a Lieja sin ser cortado, en efecto, y sin perder todo lo que hay en esa ciudad. Es preciso defender el Mosa: Miranda por la izquierda, Valence por la derecha, hasta la llegada de Dumouriez, que no puede tardar. Le Veneur, La Marlière y Champmorin deben ejecutar las órdenes de Miranda.[22] Valence siente las mayores inquietudes por Le Veneur y está desolado, no sabiendo qué partido habrá tomado Miranda, pues no ha podido ser interceptada la correspondencia de este general. La Noue ha perdido mucha gente y cañones y es grande el desorden entre las tropas.[23]

Por medio de una imprudente falsificación de los hechos históricos, el conde de Ségur ha logrado asignar a su amigo Valence el más lucido papel en estas peripecias, arrojando la responsabilidad del fracaso sobre Miranda, quien no habría ejecutado las órdenes recibidas. Es inútil refutar su narración, tendenciosa y fantástica, pero importa citar de ella este extracto: "El general Dumouriez, dice, obligado a dejar Holanda y creyendo, según los informes de Miranda, que Valence estaba batido y todas sus fuerzas destruidas, encontró reunidos los tres ejércitos, como lo probó la carta que escribió al general Valence". Y Ségur, excediendo por completo la medida produce una pieza que demuestra precisamente lo contrario de lo que quisiera probar: "No hallándome en los lugares —habría escrito Dumouriez a Valence—, no juzgando tan grande el mal, porque la confusión no se puede someter a cálculo, he podido creer por un momento que usted exageraba el daño y la necesidad de que yo me restituyese al ejército, porque los relatos de usted, que no

contenían, sin embargo, más que la exacta verdad, diferían demasiado de los del general Miranda, quien, con las mismas miras que usted y con intenciones igualmente buenas, atisbaba en los acontecimiento más recursos, no habiendo tal vez profundizado, tanto como usted, la pérdida enorme que ha habido en equipos y subsistencias, porque el cuerpo que mandaba personalmente había sufrido mucho menos que el que usted ha salvado".[24] El mismo Miranda ha refutado los asertos de Ségur y calificado de apócrifa esta carta atribuida a Dumouriez, la cual no puede, en modo alguno, constituir un documento justificativo para el general Valence.[25]

El 3 de marzo, Miranda ocupa Tongres con un cuerpo de 6.000 hombres; encarga a Le Veneur que conserve con un número igual de tropas las comunicaciones entre Visé y Lieja, a donde piensa ir con el general Bouchet para ponerse de acuerdo con Valence. Por Lieja debía conservar el contacto con el general La Noue, cuyo ejército estaba separado del suyo por el enemigo, pero con el que no podía intentar reunirse sin abandonar Tongres y Visé, donde los austríacos llegarían a cortar completamente en dos los ejércitos franceses.[26] Miranda había salvado toda su artillería, que se dirigía a Lovaina por la calzada de Lieja, donde se distinguieron el teniente coronel Songis[27] y el capitán Hoche, ayudante de campo de Le Veneur. El general conde de Blottefière, mandando la retaguardia, cubría la retirada.[28] Miranda preveía que Champmorin y La Marlière ganarían pronto Saint-Trond por Diest.[29] El general Egalité, que mandaba el cuerpo apostado en Tongres, recibió orden de enviar algunas tropas a reforzar Le Veneur e Ihler, cuya posición en Visé era peligrosa y muy importante de conservar; por otra

parte, debía de hacer reparar el camino de Tongres para ganar directamente Saint-Trond. Miranda le transmitió sus instrucciones desde Lieja, a donde había ido, como ya hemos indicado, para conferenciar con Valence.[30]

De acuerdo con los comisarios, Miranda llama a Duval, que había sido enviado a Bruselas para mandar en Brabante y el Henao: era un oficial a quien apreciaba muy particularmente.[31] Pero Duval no se unió a Miranda, pues le dijeron en Saint-Trond que las comunicaciones con Lieja estaban tal vez interrumpidas; retrocedió para ir a tomar el mando en Bruselas.[32] Afligido por una dolorosa enfermedad renal, el viejo general corrió por la posta toda la noche hasta Saint-Trond. Allí los comandantes de artillería y de ingenieros le hicieron ver que ya que los generales Igualdad y Ruault, obligados en Tongres, reculaban hacia Lieja, en buen orden, era inútil que persistiese en llegar a esa ciudad en coche. En el camino de Bruselas, a la vuelta encontró la artillería del ejército del Norte y la impedimenta de los diferentes regimientos, que ocupaban la calzada en una extensión de quince leguas. Tomó disposiciones para dar parque a la artillería de sitio, que había llegado a Bruselas.[33]

Parece imposible saber exactamente lo que pasaba en tal momento en el cuartel general francés. Los comisarios de la Convención, que debieran ayudarnos a descifrar la verdad con sus informes a los diferentes órganos del gobierno, añaden más bien oscuridad por sus flagrantes contradicciones. Escriben desde Lieja a la Convención, el 3 de marzo: "Hemos ido también a ver las tropas y las hemos recordado, en nombre de la Convención nacional, los deberes que las imponen la patria y su propia gloria. No han parecido sensibles a nuestros discursos y

dispuestas a batirse con valor En este momento salimos de una conferencia con el general Miranda (llegado expresamente de Tongres esta noche), el general Valence y el general Thouvenot. Tenemos derecho a creer, de acuerdo con las medidas que han sido concertadas ante nuestros ojos, que se conseguirá conservar la ciudad y el país de Lieja". Ahora bien, ese mismo día los comisarios escribían en estos términos al Comité de defensa general: "El ejército, retirado de Aquisgrán y de los alrededores está casi enteramente desbandado: el enemigo estará en Lieja tal vez mañana, quizá esta noche misma... No hablamos así a ustedes, sino conforme a lo que dice el propio general Valence, desde cuya casa les escribimos: asegura que si Dumouriez no llega de repente no puede responder de los acontecimientos".[34] En el proceso de Miranda, Gossuin declarará que este general respondía de Tongres, al mismo tiempo que decía no conocer los alrededores de Lieja; que Valence perdía absolutamente la cabeza y que Thouvenot era un hipócrita. El comisario, pretendiendo que los generales no sabían nada de dónde se encontraba el enemigo, se atrajo esta respuesta de Miranda: "El testigo se engaña: era fácil saber que el enemigo se hallaba en Maëstricht; y en lo que se refiere al conocimiento del terreno, yo tenía mi mapa". Miranda añadió que había tomado todas las medidas necesarias para no verse cortado, lo cual era lo esencial, y que lo había conseguido.[35]

Una cosa parece cierta: el aturdimiento de Valence. Los comisarios informan que es el general Thouvenot, jefe del estado mayor, quien, desde la mañana (Miranda no llegó a Tongres hasta la noche del día 3) "ha llegado, con una actividad y una sangre fría por encima de todo elogio, a reunir todos los bata-

llones que se habían dispersado desordenadamente en esta ciudad (Lieja) y les ha hecho volver sobre Herve".[36]

Hablando de estos acontecimientos, Albert Mathiez repite obstinadamente que es "la derrota del ejército de Miranda", en Aquisgrán, lo que hace fracasar la expedición de Holanda. Si todos los juicios de un historiador tan apreciado no tuviesen más valor que los que aporta tan ligeramente respecto a Miranda, ni aun en el público mejor dispuesto a favor de las opiniones que profesa, gozaría el crédito de que disfruta.[37] Por otra parte, Mathiez no hace, digámoslo así, más que copiar a sus maestros y colegas, quienes no han escrito ni una sola palabra de verdad sobre la conducta de Miranda en esa época; repitámosle, pues, que el ejército de Aquisgrán estaba a las órdenes directas del general La Noue y bajo el alto mando del general Valence que no apareció por allí. Miranda no fue batido, propiamente hablando; al contrario, salvó su cuerpo de ejército de 12.000 hombres, que estaba en peligro de quedar encerrado entre la plaza de Maëstricht y los 40.000 austríacos que detentaban el campo. El capitán Barthelemy, en una obra de vulgarización, publicada hace una treintena de años, ofrece también la fábula de "la gran precipitación y del completo desorden" en que se hizo la retirada de Miranda, el cual habría perdido los bagajes de sus columnas.[38] El autor quiere, sin duda, hablar de Igualdad, que perdió sus almacenes en Tongres, donde hay que decir que se vió atacado por fuerzas muy superiores. Es preciso renunciar a disipar todos los errores de hecho de que están llenos la mayor parte de los libros relativos a esta campaña y limitarse a señalar de paso los más llamativos. "En el levantamiento del sitio y en la retirada de las tropas inmediatamente a mis órdenes,

no he perdido ni una boca de fuego ni treinta hombres", decía Miranda en su libro de respuesta a las injurias de Eustace;[39] "con pérdida de todos nuestros bagajes, sin perder, no obstante, ni una pieza de artillería", escribe el mismo odioso Gobert.[40] El levantamiento del bloqueo informan los comisarios Gossuin y Merlin el 3 de marzo, se ha verificado "en el mayor orden y sin perder la menor cosa.[41] El príncipe de Hesse dice haberse apoderado, después de la partida de Miranda, de algunos carros de municiones, de equipos, de dos morteros y de algunas bombas de sitio; añade que los prisioneros que ha hecho, reunidos a los que le han sido remitidos por los austríacos, no pasan del número de 150".[42]

Valence había mandado al general Dumouriez "un mensaje de angustia", suplicándole que fuese en persona a infundir valor al ejército y cambiar el plan de campaña: "¡Ha terminado nuestro sueño en Holanda!, exclama. Hay que sostenerse el tiempo que haga falta para que Miranda se decida a pasar el Mosa, con el fin de dar la batalla, o a levantar el cerco de Maëstricht, si no quiere pasar el Mosa".[43]

¡Pero era insensato que Miranda pudiera presentar batalla! No podía hacer otra cosa más que retirarse para salvar sus tropas: esa batalla es La Noue, es Valence quienes no hubieran debido perderla. En la Convención, el 8 de marzo, Delacroix no acusará a Miranda, sino más bien a los jefes negligentes que no habían tomado las medidas propias para cubrir el asedio. Además, el comisario alegó los malos acantonamientos, la falta de caballería, los informes erróneos llegados al cuartel general de Lieja. "El enemigo era tres veces más fuerte que yo", dirá Miranda ante el Comité de la guerra.[44] Tenía sobre sí casi todo

el ejército austríaco, mientras que apenas un cuerpo de 10.000 hombres hacía presión sobre Valence.[45] El fracaso de Aquisgrán, escribía Dumouriez a los comisarios, "necesita el levantamiento del cerco de Maëstricht".[46] Y el mismo Valence, ¿no decía al ministro de la Guerra que este fracaso "había puesto al general Miranda en el caso de abandonar el bombardeo de la ciudad?" La retirada, añadía, "debe cambiar las disposiciones tomadas para el sitio".[47] Sólo Beurnonville podía juzgar todavía el 6 de marzo, en su gabinete de París, que todos los esfuerzos debían dirigirse sobre Maëstricht, cuya toma le parecía el único medio de contener al enemigo.[48] El ministro probaba a tranquilizar a la Convención respecto al cese del bombardeo, "suceso poco importante en sí", y tratando de creer que el remedio consistiría en atacar a la fortaleza en forma.[49] Además, dice tener "entera confianza en el vigor" de Valence y de Miranda, a quien ordena que se reúna con aquél para formar un ejército de 40.000 hombres. En todo caso, espera la toma de Lieja por los austríacos, ya que la ciudad no está fortificada.[50] Hablando todavía a la Convención, el 9 de marzo decía que las noticias recibidas del general Miranda "confirmaban que los enemigos se retirarían delante de las tropas de la República".[51] Era falso: Miranda no dijo nunca que el enemigo se retiraría; escribió, sencillamente, que el general Ihler había rechazado las fuerzas que asaltaban a su cuerpo en retirada y que lo mismo aconteció con los primeros ataques dirigidos contra Tongres, luego sobre Haccourt y Herve,[52] lo cual era perfectamente cierto.

En París, el *patriota francés* de Brissot era el gran mixtificador que, deformando las noticias desfavorables, sacaba partido para elevar la moral de la población, por medio de ridículas

tiradas sobre la libertad, la igualdad y el progreso de la nación. Con toda la Gironda, Brissot exclamaba que era preciso ser cómplices de los prusianos o jugadores a la baja para pedir lectura en la tribuna de las cartas alarmantes de los comisarios en Bélgica, y hacía valer las pretendidas afirmaciones de Miranda respecto a la seguridad de ese país; para él, la rota de Aquisgrán podía explicarse muy naturalmente por el hecho de que las avanzadas se habían "entregado a una negligencia que no es sino demasiado frecuente entre los soldados que cuentan con encontrar en su valor medios para suplir la vigilancia"; y añadía que a los austríacos se les iba a hacer dentro de poco pagar muy cara su audacia. Sin embargo, no había más que bobadas en esa charlatanería de periodista: Brissot hacía justamente observar que jamás oyó hablar de poner cerco a Maëstricht, sino de intentar apoderarse rápidamente de la plaza, pues, decía, "no se asedia con 20.000 hombres una plaza tan considerable que, encerrando 8.000 soldados y 2.000 emigrados, exige un ejército de 80.000 hombres para ponerla un cerco en regla".[53]

Miranda conserva su calma y su confianza. Escribe a Dumouriez el 2 para informarle de los acontecimientos y le da el detalle de sus disposiciones: ha retirado la artillería, protegida por 4.000 soldados que han rechazado fácilmente al enemigo; ha dejado en Tongres a Igualdad, Ruault y Blottefiere y enviado 7.000 hombres, con Ihler y Diethmann, a las alturas de D'Haccour, cerca de Visé, para cubrir a Lieja. "Una falta grave, añade, cometida por las tropas de observación que cubrían el sitio, al otro lado del Roër, es la causa de este desarreglo en nuestras operaciones." No vacila en vituperar la ausencia de Valence, quien, "debiendo encontrarse en su puesto, permane-

cía en Lieja desde el 23 de febrero". Desmiente, por otra parte, los rumores que acusan a los generales de traición en este asunto.[54] Dumouriez pretende en sus *Memorias* que en esta ocasión las disposiciones de Miranda fueron malas, pues hubiera debido de esperar al enemigo, en unión de Le Veneur y contenerle, lo cual, Jomini lo ha demostrado antes que nosotros, era absolutamente imposible, dado el número y el estado de las tropas. Por lo demás, ya que el general en jefe no decía nada a este propósito en su correspondencia diaria con Miranda, cabe suponer que le fueran necesarios algunos años de reflexión para darse cuenta de que se había cometido una falta. Dumouriez, dice Servan,[55] ha calumniado a Miranda escribiendo que perdió la cabeza. Era Valence quien mandaba como general en jefe: "Vuele usted aquí; declaro que si usted no viene no me encuentro en estado de mandar semejantes fuerzas en tal posición".[56] En cambio, Miranda inspiraba a Dumouriez la mayor confianza: "Veía todo perdido, si usted no me hubiese tranquilizado acerca de su posición y del ánimo del ejército; la carta de Valence, sobre todo, me desesperaba".[57]

El archiduque Carlos alcanzó las tropas de Egalité y de Ruault y, sin esperar ni la llegada de su caballería, les atacó bruscamente, les hizo retroceder delante de él y les obligó a evacuar Tongres, donde penetraron 12.000 austríacos el 4 de marzo. Los franceses se replegaron sobre Hans y Saint-Trond, habiendo perdido un almacén considerable, un cañón, una bandera, cinco hornos, la caja militar y varios camiones.[58] Dumouriez y diversos historiadores han situado en el activo del general Valence una brillante carga de caballería que en la llanura de Tongres habría librado al ejército del aprieto del enemigo; una

fábula más: fue Ihler quien rechazó el ataque de los austríacos contra la retaguardia y no Valence, que estaba en otra parte.[59]

En el intervalo, los prusianos de Brunswick-Oels, apoyados por los austríacos de Wenckeim, atacaron por la izquierda, delante de Ruremonde: La Marlière y Champmorin retrocedieron hacia Diest; los cuerpos de estos dos generales formaban un total de 8.000 hombres. Merecían, tanto como Ihler, los elogios de Miranda; La Marlière, asaltado por los austroprusianos, quienes, en número de cerca de 22.000 creían poder arrojarle al Mosa, se sostuvo bravamente hasta el momento en que recibió el correo de Miranda obligándole a retirarse, y un despacho de Champmorin rogándole que se pusiera de acuerdo con él. Replegóse en buen orden, llevándose su artillería y sus bagajes.[60] Champmorin abandonó el territorio holandés, salvó sus cañones y sus forrajes y se fue el 6 de marzo sobre Werth, desde donde dirigió sus columnas hacia Diest.[61] "Han hecho una hábil retirada", escribía Miranda a Dumouriez.[62] Champmorin se había encontrado un momento en disposición de dar la mano al cuerpo de ejército que tomó a Breda y de cooperar así a la invasión de Holanda.[63]

El enemigo intentó aún algunos ataques a las líneas francesas. La Noue, amenazado de verse envuelto en las posiciones que ocupaba en las alturas de Aigneux, se retiró precipitadamente y hubiera llegado a ser completamente crítica su situación si Miranda no hubiese ido el 4 por la mañana a reforzar la posición de D'Haccourt, detener a los austríacos en su marcha sobre Jupille y obligarles a retroceder.[64]

Las garantías dadas por Miranda respecto a la seguridad de las tropas se basaban en los puestos de Tongres y Visé, que,

según su parecer, cubrían Lieja y Saint-Trond; pero como la pérdida de Tongres arrastrase la evacuación de Visé, fue necesario recular.[65] En la noche del 4 al 5 de marzo Valence hablaba de la necesidad de cubrir Lieja durante veinticuatro horas todavía para salvar los efectos militares; según La Noue, no había más que dos medios para ello y ambos presentaban peligros igualmente temibles: se trataba, fuese de sostenerse en la la barrera de Crouppée, exponiéndose a verse rodeado por los dos flancos, fuese de apostarse en Robertmont, de donde era fácil ser arrojado al Mosa, dado que allí no existía más que un puente. La Noue optó por Robertmont, pero no tuvo tiempo de ponerse allí: a las dos de la mañana recibió del general Miranda "la orden motivada" de volver a pasar el río y llevar sus tropas detrás de Lieja, a las alturas de Hans, donde iban a reunirse los diversos ejércitos:[66] "Yo había tomado, dice Valence, las disposiciones necesarias para cubrir la ciudad de Lieja hasta el momento que resultase decidido de nuestros movimientos ulteriores, cuando supe que, estando Tongres en poder del enemigo, el general Miranda dio a La Noue orden de volver a pasar el Mosa para que pudiéramos combatir con ventaja a nuestros enemigos si atacaban al ejército del sitio de Maëstricht".[67] Fue, sin embargo, de perfecto acuerdo con Valence y Thouvenot, la decisión que adoptó Miranda de hacer ir a Hans las tropas que se encontraban en Visé, Hervé, etc., y de retirarse con fuerzas a Saint-Trond, donde podría tomar una posición bastante buena y, hasta en caso necesario, arriesgar una batalla. La retirada de la artillería con los hospitales y los almacenes se verificó sin estorbo. El 5, a las ocho de la noche, el ejército estaba en Saint-Trond: "La apostura y el ánimo de nuestras tropas

son buenos, escribe Miranda al ministro de la Guerra, y es de esperar que si la ocasión se presenta su bravura y el amor a la patria salvarán todos los obstáculos, triunfarán de nuestros numerosos enemigos". Para sostener este buen espíritu, para salvar al ejército, para hacer frente "a las inmensas incidencias de este peligroso repliegue, Miranda se multiplicó: rogaba al ministro que le excusase el retraso con que le escribía, ya que había estado casi siempre a caballo a la cabeza de las tropas".[68]

Una vez llegado Miranda a Lieja, Valence no le da más órdenes: los dos "generales con mando en jefe durante la ausencia del general Dumouriez", firman conjuntamente las decisiones tomadas en lo que concierne al ejército colocado bajo el mando particular de Valence. Así, por orden del día 4 de marzo, regulan la reirada de La Noue (quien, por otra parte, se cree tan independiente como sus colegas), cuya cuerpo principal, dejando una vanguardia en Aigneux, debe adoptar una posición circular, con la izquierda apoyada en Jupille, el centro un poco más atrás del pueblo de Beyne y la derecha sobre el Ourthe, detrás de Chenée. De esta manera creíase preservar a Lieja. El cuerpo de ejército situado cerca de Visé debía apoyar su derecha en Haccourt y su izquierda en Hotheim, en un campo fortificado, mientras que el cuerpo de 5.000 ó 6.000 hombres que ocupaba Tongres conservaría el camino de Saint-Trond.[69] Ya se ha visto lo que valían tales disposiciones.

La carta de Miranda aseguró un tanto a Dumouriez, a quien hubo afectado mucho el lamentable mensaje de Valence, sin que, por otra parte, le permitiese apreciar exactamente la situación: "La cuenta que usted me da, dice el general en jefe, es infinitamente más clara y me tranqiliza. No puedo responderle

a usted mejor que enviándole copia de mi carta a Valence: verá usted que coincidimos. Defienda usted el Mosa con vigor, y si el enemigo quiere pasarle, vaya usted delante de él... Sostenga usted esa posición quince días". Dumouriez persiste en su plan y cree que se puede apoderar él solo de Holanda en dos semanas: no quiere abandonar su ejército, "que hace milagros por el prestigio de su presencia". Cuenta con que Miranda "hará participar de su energía a los otros generales, serenará las cabezas y le suplirá", manteniéndose firme para ayudarle en una empresa que todavía no está echada a perder. Encuentra fuera de lugar la desesperación de Valence, pues el enemigo no debe de tener más de 25.000 hombres: "Si los acantonamientos hubiesen sido sostenidos con vigilancia, como era debido, puesto que esta vanguardia, a la que había que reforzar y aproximarse a ella venía a ser un ejército de observación que cubría un asedio, no se hubiera sufrido semejante fracaso".[70]

Dumouriez repite que espera la solución de los sitios en Willemstadt y de Gertruydenberg, asunto de dos días, para proseguir sus operaciones. Es preciso que los generales que están en Bélgica se entiendan para defender el Mosa y salvar a Lieja. Invita a Valence a que se ponga en estado de sostener a Miranda en Tongres, para conservar el paso del río por Maëstricht; si el enemigo se lanzaba sobre Herve, deberíase y se podría disputarle ese puesto tanto tiempo como fuese necesario. Es lamentable que se descorazonasen los generales, hasta el punto de hacerse incapaces de sostener la línea del Mosa contra un adversario inferior en número. Hay que volver del primer aturdimiento... Desde luego se ha visto que Miranda no se desanimó del todo y que no merecía ciertamente ese reproche.

La toma de Gertruydenberg por el general D'Arcon hace ensalzar al general en jefe, del que informa Miranda como "altivo republicano, su hermano y su amigo". Dumouriez supone que los prusianos van a abandonar a los austríacos para correr en socorro de La Haya y Amsterdam. Miranda reanudará entonces su marcha sobre Grave y Nimega, mientras, que Valence tendrá en jaque a Coburgo. Dumouriez sigue hablando de sus victorias; tiene todo previsto: si los prusianos quieren, para poner término a tales éxitos, forzar el paso del Mosa y ocupar Amberes, el cuerpo de Flers, que se encuentra entre Berg-op-Zoom y Breda y que será aumentado en mucho, bastará para contenerles, al mismo tiempo que Miranda sosteniendo a Champmorin y La Marlière, disputará el paso o, bien en caso de urgencia, se reunirá con estos tres generales para combatir a un enemigo inferior en número. Si el adversario quiere marchar sobre Nimega y Amsterdam, Miranda enviará a De Flers para que refuerce el ejército de Holanda, y él mismo irá a sitiar a Grave y a Nimega; si al fin los prusianos quedan unidos con los austríacos y tratan de entrar en Bélgica, Miranda no tiene más que defender el Mosa y batirles en último término.[71]

Dumouriez no teme que Coburgo se arriesgue a pasar el río y a atacar a los 50.000 hombres que Miranda y Valence pueden oponerles. No pide más a esos dos jefes sino que se entiendan bien durante los breves días que el ministro de la Guerra va a emplear en reforzarles, mientras que él, Dumouriez, marchará sobre Amsterdam.[72] El general en jefe no cree peligrosa la posición de Miranda. Le manda un discurso que debe de ser impreso y proclamado "para infundir valor al ejército y tal vez a los generales, exceptuándole a él y a Thouvenot".[73]

Los más absurdos rumores circulaban y los comisarios, que siempre querían entrometerse en todo, no se daban a investigar su origen: "Esta noche, nos aseguran, escribían el 7 de marzo, que nuestro ejército, marchando en tres columnas, irá a la caza de los austríacos a cañonazos y verosímilmente se les desalojará de Lieja y de Tongres".[74] Los comisarios no sabían nada positivamente, ya que ese día no estaban en el frente, sino en Bruselas.

Viva era la emoción en Lieja, donde los agentes del gobierno, con los tranquilizadores despachos de Miranda en la mano, intentaban calmar a la población. El general quería, en efecto, defender la línea del Mosa; Borgnet[75] pretende que se lo prometió a un delegado de la ciudad en el cuartel general. Contaba con detener allí al enemigo; su habitual sangre fría no le abandonaba. La Noue tampoco creía que el repentino fracaso privase de todo medio a la prosecución de la campaña.[76] En cambio, veíase singularmente abatida la moral de Valence y reinaba en su ejército la más horrorosa confusión. De todos los documentos emanados en ese momento del cuartel general, cartas de jefes, informes de comisarios, las comunicaciones de Miranda eran los únicos que demostraban calma y tranquilidad. Se ha criticado el optimismo del hombre: es infinitamente probable que con más aspereza todavía hubiera sido criticado su pesimismo si se hubiese abandonado al desaliento. Creía "que con su propio ejército y las fuerzas que le quedaban a Valence estaría en condiciones de atacar a los imperiales y batirles. Iba a Lieja para proceder ofensivamente" y afirmaba a los comisarios de la Convención "que ocupaba en Tongres una posición inexpugnable".[77] En resumen, Miranda parece haber estimado

que el mayor peligro ya no existía y tranquilizaba a sus subordinados y a la opinión belga multiplicando órdenes enérgicas para resistir al enemigo: "Hay que mantenerse bien en todas partes, escribe el general D'Harville. El ánimo de las tropas es excelente y están en las mejores disposiciones: entretengámoslas y todo irá bien"; y le prescribe que defienda vigorosamente Huy, que va a ser atacado. Elogia la bravura de Ihler, quien ha hecho una brillante retirada, y termina su carta con este apóstrofe sonoro: "¡Desgraciados los que desesperan de la salvación de la República!"[78] En efecto, todos desesperaban de la salvación de la República, y los belgas, por su parte, aprovechándose de los actuales entorpecimientos para alzarse, manifestaban gran alegría al verse desembarazados de los franceses.[79] Parece ser que el pillaje de la plata de las iglesias había exasperado a los campesinos, excitándoles a levantarse.[80] En Amberes, el general Marassé hacía fijar una carta en que Miranda se alzaba contra "la calumnia o el miedo" que agrandaban o deformaban las noticias y extendían los rumores alarmantes Los traidores serán desenmascarados, dice el general; la libertad y la igualdad triunfarán de sus enemigos.[81] En una carta enérgica a La Marlière, Miranda le ordena que "haga observar la más estricta disciplina a las tropas que manda y a las que están en Lovaina", que "reprima la licencia y el desorden", que "prohiba todo discurso incendiario tendiente a la desorganización y a la insubordinación". Todo esto debe de ser severamente castigado, y "todo individuo, cualquiera que sea su rango en el ejército, acusado de semejante crimen, será inmediatamente detenido y conducido con escolta a la ciudadela de Vincennes, para que el consejo de guerra juzgue su conducta

según las leyes militares". Desde luego, en tal caso, aplicar las leyes militares era condenar a muerte. La Marlière y Champmorin recibían orden de permanecer con sus tropas en Lovaina, donde el ejército iba tal vez a tomar "una posición más permanente".[82] En Lila, el general Becourt hace publicar y fijar, por orden de los comisarios nacionales en Bélgica, una circular que prevenía mandato de prisión contra los desertores y una carta de Miranda sobre la situación de los ejércitos.[83]

De todos modos, la conducta de los soldados y oficiales fue, en general, bastante buena. Sólo la gendarmería, particularmente la 32 división, dio "motivos escandalosos y muy criminales en todos los aspectos".[84] Es que había en sus filas, dirán los comisarios, "otros hombres que es necesario haceros conocer y contra los discursos peligrosos de los cuales deben precaverse los buenos ciudadanos. Son cobardes, indignos del buen nombre de franceses, que en el momento del combate no buscan sino el pretexto de abandonar el campo de batalla, y para disimular su fuga gritan traición y acusan, indistintamente, a todos los generales que les conducen al combate". Los generales, añaden los comisarios, "se quejan también de la gendarmería; Miranda se lamenta de ella más especialmente. Parece ser que ese cuerpo desorganiza enteramente al ejército, sin rendirle grandes servicios".[85] Diez días después, los comisarios pasan todavía por la aflicción de tener que hablar a la Convención "de la indispensable indisciplina, del bandidaje y de los excesos de algunos soldados".[86] Con el fin de impedir la propagación del mal, Miranda hizo mandar esa división de gendarmería a la frontera y dio órdenes imperiosas a La Marlière y Champmorin, cuyas tropas se hallaban, por otra parte, en el mejor estado y la mejor calidad.

Reclamaba un enérgico castigo de ese cuerpo como un acto de justicia y de necesidad en ese momento; se quejaba de los rumores que empezaban a circular acerca de pretendidas traiciones de los generales: "La nación es demasiado discreta, escribe al ministro de la Guerra, para dar crédito a los informes indignos de cobardes desertores que, abandonando su puesto, pretenden encubrir su vergüenza calumniando a los valientes ciudadanos que, fieles a su deber, defienden gloriosamente a su patria. Espero que dará usted a conocer a la nación estos sentimientos".[87]

En Consejo ejecutivo, con fecha del 19 de marzo, aplaudió las medidas de rigor tomadas por el general con el fin de mantener la disciplina en el ejército y le autoriza para hacer funcionar los consejos de guerra, dictándoles todas las disposiciones necesarias para la seguridad pública.[88]

Uno de los hechos cuya responsabilidad se ha querido arrojar sobre Miranda, y que es presentado como una prueba de la precipitación con la que ejecutó la retirada del ejército, es la orden que diera al general D'Hangest de que se llevara la artillería demasiado lejos, hasta el mismo Valenciennes: el hecho es inexacto, y los documentos no dicen nada semejante. El general D'Hangest, que mandaba la artillería, adoptó el 6 de marzo, en Lovaina, con sus oficiales, los generales Guiscard y Sobrevoix y los coroneles Bonhers y Roche, una determinación por la cual dispusieron, "según la orden verbal dada en Lieja (el 4 a mediodía) por el general Miranda al general D'Hangest, de llevar toda la artillería a Lovaina y más allá", trasladar dicha artillería a Bruselas, donde se ha visto que Duval la dio parque, y hacer salir para Anderlecht el material de sitio, los pontones y todos los pertrechos de los que pudiera prescindir el equipo de campaña;[89]

así, cuando, el 8 siguiente, Miranda recibió en su caurtel general de Saint-Trond, la comunicación de lo que se estaba haciendo, escribió inmediatamente a D'Hangest para explicarle el sentido de su orden, condenar dicha determinación y hacer que se detuviera la retirada: "No comprendo nada de esas desviaciones, dice. Le di a usted orden en Lieja de llevarse toda la artillería de sitio que había en Tongres y en Lieja a Lovaina Nos hemos ido al día siguiente con el ejército, que llevaba consigo su artillería de posición y de batalla marchando con el mayor orden. Hice buscar por todas partes los jefes de artillería y me quedé muy sorprendido al no encontrar ninguno. Desafío a los generales de ese cuerpo a que presenten la orden por la cual les he mandado retirarse y abandonar al ejército. Hemos salido de Lieja el 5, de modo que no creo que haya un retraso extraordinario al no recibir nuevas órdenes el 6. La deliberación de usted me parece prematura y ciertamente precipitada; no puedo concederla mi aprobación. Desde luego, detenga su movimiento retrógrado hasta que reciba nuevas órdenes del general Valence o mías, lo cual será cuando tenga usted la bondad de darnos a conocer su posición actual".[90] Esta carta me parece de tal naturaleza como para cortar la cuestión: nunca se hubiera atrevido Miranda a escribirla si efectivamente hubiese dado las instrucciones que le atribuye el general D'Hangest, y, sobre todo, jamás habría provocado las sanciones tomadas posteriormente contra el comandante de artillería por su fuga desconsiderada.

Miranda sabía que en último caso podría establecer el ejército en Lovaina, y era muy natural que enviase allí sus cañones de sitio; mas parece imposible suponerle la intención de transportarlos más allá, lo cual hubiese atestiguado un temor que

estaba muy lejos de experimentar. Transmitió a Beurnonville copia de esos documentos, que sometió a su examen el ministro;[91] le invitó inmediatamente a que le suministrara las más amplias informaciones sobre el particular, con el fin de aplicar las sanciones necesarias, pues, decía, la Convención deseaba investigar a todos los culpables.[92] Miranda debió dar a conocer las faltas cometidas y designar a los oficiales de sus tropas y los de las del Roër que se habían ausentado sin licencia.[93] Es evidente que el principal culpable, en este caso, no sería sino Valence.[94] Dejábase sentir la necesidad de una averiguación profunda del conjunto de los sucesos y, por su parte, los comisarios se dispusieron a proceder. Camus, Trilhard, Gossuin y Merlin de Douai conferenciaron largamente con Miranda en Lovaina, y el general les prometió un informe escrito y circunstanciado de sus operaciones, acompañado de las órdenes, cartas y otras piezas que se relacionasen con los últimos asuntos; les informó, por otra parte, de viva voz y con el mayor detalle,[95] entregándoles una parte de los documentos que deseaban, "con las nuevas seguridades de su celo y de su consagración a la causa que defendían y de su respeto y estimación para ellos".[96] Miranda, pronto destituido, no pudo suministrar este informe, pero su proceso esclareció suficientemente su conducta y la de los otros. Beurnonville había pedido a los dos generales en jefe detalles concernientes a los sucesos del Roër: Miranda pudo responder que los hechos no le eran conocidos más que por informes sintéticos, puesto que el mando de las tropas de esa región pertenecía entonces a Valence; que hasta el 23 de febrero no llegó a Lieja y no podía satisfacer la curiosidad del ministro de una manera oficial y positiva. Le enviaba copia de todas las órdenes que diera a La Noue "para

prevenir —decía— el lamentable acontecimiento que nos ha sucedido y que yo había previsto de antemano... Una grave falta ha sido cometida en la vanguardia, pero yo no sabría decir precisamente por quién, ni cómo". Miranda remitía al ministro a las informaciones que Valence era el más calificado para dárselas.[97] No sé si Beurnonville acabó por obtener de este general "la relación de los sucesos acontecidos después del 1 de marzo" y que le prometía.[98]

Los imperiales seguían avanzando; Miranda y Valence, en vista del estado en que se encontraban sus tropas, no podían sostenerse largo tiempo en Saint-Trond. El 8 de marzo, retrocedieron a Tirlemont y el 9 sobre Lovaina Así, amenazada en sus flancos y sus espaldas, el ejército francés se vio obligado a proseguir su retirada y a abandonar Lieja, a pesar de las promesas hechas a los habitantes. Los generales, dirá Miranda ante el Tribunal criminal extraordinario,[99] no consideraban a propósito aumentar la alarma divulgando las malas noticias; sin embargo, por mediación de un miembro de la municipalidad que permanecía cerca de él, informaba a las autoridades liejenses sobre la situación real, a medida que recibía despachos. El Sr. Chuquet dice que un consejo de guerra que se verificó en pleno campo, el 4 de marzo, cerca de la ciudadela, y en el que tomaron parte Miranda, Valence, Thouvenot, La Noue, Ruault y el duque de Chartres, decidió el inmediato abandono de Lieja.[100] El general La Noue declara en el proceso de Miranda que no había podido tomar parte en ese consejo, pues ese día se encontraba a cuatro leguas de la ciudad, donde tenía el enemigo encima.[101] En cuanto a Miranda, el comisario Delacroix afirmó que era opuesto al abandono de Lieja y que opinaba que debía sostenerse allí, en

contra del parecer de Valence, quien temiendo verse copado se inclinaba por la evacuación.[102] Esto pasaba a las nueve de la noche,[103] en un momento en que Tongres y Visé, que Miranda consideraba como posiciones seguras, no habían sido forzadas. El general tenía, pues, fundamento para no querer abandonar prematuramente Lieja. Fue Valence quien dio la orden de evacuación: 100 cañones y 40.000 fusiles, sin contar los almacenes de toda clase, cayeron en manos de Coburgo; sin embargo, la caja militar y la mayor parte de los objetos de campamento, todo lo que de más preciado tenía el ejército, decía Delacroix a la Convención, pudo ser salvado y dirigido a Valenciennes.

En Lieja fueron Valence y Thouvenot quienes mandaron, y no Miranda, quien hizo advertir al tribunal que no podía tomar sobre sí, dar órdenes contrarias a las de ellos, a pesar de la impresión que se tenía, es cierto, de que era él quien ejercía la principal autoridad,[104] lo que indudablemente podemos creer que era porque demostraba más energía y decisión que sus colegas. Que los escritores que se creen historiadores cuando repiten ciegamente, por ignorancia o por malicia, lo que otros han dicho, no tengan escrúpulo en hacer cargar a Miranda con todos los pecados de Israel, no deja ocasión a la sorpresa, pero sí hay derecho a reprochar a un hombre de la valía de Chuquet esta frase que desliza en su *Dumouriez:* "Miranda... abandona Lieja y sus almacenes", pues esto no es verdad, y lo peor es que Chuquet no puede de ningún modo haberse equivocado. Por otra parte, Miranda no ha criticado a Valence por el hecho de la evacuación y reivindica honradamente su parte en las responsabilidades de la operación cuando ha dicho: "Valence y yo hemos hecho todo lo que estaba en nuestro poder, pero habiendo sido batidos en

Herve y en Tongres no hemos tenido más remedio que abandonar Lieja, ciudad que, según el informe del testigo, no era sostenible".[105]

Tampoco hay nada de verdad, por lo que se refiere a Miranda, en esta expresión de que se sirve Jonini: "Los generales republicanos estaban *desatinados*".[106] Se ve que el abandono de Lieja, en tanto que pueda ser considerado como una falta, no le es imputable. Es absolutamente falso que haya, como pretende Dumouriez,[107] tomado sobre sí ordenar una retirada que Valence se hubiera esforzado en impedir; es uno de los disfraces más osados con que se puede enmascarar un hecho histórico: los documentos contradicen punto por punto las afirmaciones de Dumouriez, las de Valence, deseoso de rehabilitar su conducta, las de ciertos historiadores que han encontrado cómodo el arrojar sobre el general extranjero la responsabilidad del desastre. Ni por un momento se ha quebrantado la confianza de Miranda; viene muy bien al caso invocar aquí el testimonio del propio Chuquet: "Miranda conservaba su presencia de ánimo en los más críticos instantes".[108] Precisamente entonces el general en jefe tenía tal confianza en su lugarteniente venezolano, que proyectaba, tan pronto como llegara el ejército de Bélgica, enviarle a tomar el mando de las tropas de Amberes, en el puesto del demasiado viejo general Marassé. Más tarde, a propósito de la batalla de Neerwinden, Dumouriez preferirá creer, no que Miranda ha perdido la cabeza, sino que ha cedido a su resentimiento y a su odio contra Valence, victorioso en la derecha; y esto no es sino todavía más absurdo.

Hemos visto que nuestro general había tomado todas las medidas que estaban en su mano para, por su parte, cubrir a

Lieja, ocupando las posiciones de Tongres y de Visé con las fuerzas de Igualdad, Ruault, Le Veneur y Diethmann; una vez hecho esto no le quedaban más tropas bajo sus órdenes directas, pues allí estaba todo el cuerpo de 12.000 ó 13.000 hombres que sitiaron a Maëstricht, quedando muy lejos, hacia Diest, las columnas de La Marlière y de Champmorin Sin embargo, se le acusará en el Tribunal extraordinario de no haber tomado ninguna precaución para preservar la plaza; en las notas marginales que Fouquier-Tinville escribió de su mano sobre las "reflexiones" presentadas por Chauveau-Lagarde a los jueces del general, se dice: "... No tomó ninguna (medida). Los cuerpos constituidos se presentaron a él para atestiguarle sus temores y tomar precauciones armando a los liejenses; Miranda respondió que no había nada que temer, que había demasiados canallas entre ellos para confiarles las armas, y el enemigo entró al día siguiente. He aquí las precauciones que tomó para proteger a Lieja". Fueron testigos a afirmar estos hechos y el acusador público insistió con fuerza en ello en su requisitoria: Miranda se negó brutalmente a entregar armas a los "bribones" y a seguir los consejos que le daban los diputados liejenses para defender la ciudad, lo cual hubiera permitido, ciertamente, al enemigo entrar en ella; hasta se dio el caso de que el propio general se exaltase contra un joven oficial que llegó para decirle que los austríacos se acercaban, y le despidió con violencia.[109] Pero el acusado refutó victoriosamente esas imputaciones: los comisarios de la Convención habían creído poder hacer entregar 2.000 fusiles a los liejenses para alistar a sus conciudadanos en las filas del ejército francés, con miras a la común defensa;[110] esta mezcla de voluntarios inexpertos con las tropas, ya desorganizadas por la derrota, no podía

sino aumentar la confusión general. Lieja estaba llena de gentes que sembraban el pánico, y Miranda no juzgó conveniente autorizar esa distribución de armas; dio, sin embargo, órdenes para armar algunas compañías de voluntarios, sin que al parecer persistiese en ello. En cuanto a medidas militares aconsejadas por los liejenses, el general demuestra lo absurdo de ellas, y es de imaginar la acogida que reservaría un hombre de carácter tan irascible a los estrategas improvisados, si se recuerda de qué manera acogió ante Maëstricht al oficial encargado por Le Veneur de llevarle consejos. Si despidió de tal modo al que fue a Lieja a decirle que "el enemigo avanzaba", es porque, como él decía, "¿quién no conoce la ligereza con la cual vienen a veces jóvenes oficiales a dar informes exagerados y sembrar así el terror?" No obstante, confiesa francamente que esta vez el oficial decía la verdad.[111] En medio del pánico general, Miranda permanecía dueño de sí mismo, y si se arrebataba contra el joven, escuchaba almorzando tranquilamente y con aire de indiferencia al diputado Alet cuando vino a expresarle los temores de la municipalidad de Lieja.[112] Mas no por eso era insensible: "Si yo no tenía, dice, el dolor pintado en la cara, lo tenía en el corazón".[113]

El 6 de marzo, todos los puestos que se hallaban detrás y en los alrededores de Lieja, 10.000 hombres en total, se reunían al ejército conducidos por el general Ihler, oficial tan hábil como intrépido: "Esta mañana, decían el 7, los comisarios de la Convención, el general Miranda había escrito que estas tropas se reorganizaban, que no deseaban más llegar a los hechos para obtener una ventaja que hiciese olvidar la pérdida de Aquisgrán, y que ya el general Ihler hubo rechazado un cuerpo de caballería que se aproximó imprudentemente".[114] Las tropas, hacía

saber, por otra parte, Miranda a Dumouriez, estaban perfectamente tranquilizadas y no querían más que vengar el "desagradable asunto"; creía poder sostenerse firmemente y hasta batir al enemigo, si se presentaba la ocasión; la presencia del general en jefe, a quien Valence llamaba desesperadamente, era inútil; no tenía más que continuar sus operaciones en Holanda. Miranda podría ir a apoyarle con un cuerpo de 15.000 hombres, sin que tuviese que temer por la seguridad de Bélgica, pues el cuerpo que permanecería delante de Lovaina bastaría para resistir cualquier ataque. Champmorin tenía orden de reunirse con Dumouriez, en el caso de que no pudiera operar su retirada sobre Lovaina.[115] Este despacho regocijó de tal manera a Dumouriez que le dio cuatro luises al correo que se lo había llevado; los holandeses presentes en el cuartel general fueron a abrazar a Dumouriez, y por su parte gratificaron también al correo con una propina.[116]

¿En qué medida podían justificarse las seguridades dadas por Miranda? ¿Sería por culpa de Valence, y acaso de otros jefes, por lo que el ejército no hizo frente de mejor manera al enemigo? Si se considera que el príncipe de Coburgo temía no poder nada contra las tropas reunidas de los dos generales y que de ello resultaba cierta fluctuación en las decisiones del alto mando austríaco; que, por otra parte, fueron tomadas disposiciones defectuosas en lo que concernía a los cuerpos de Brunswick-Oels y de la Tour, los cuales, según Jomini, habrían podido ser mejor utilizados, se llega a explicar la intención de Miranda, que consistía en ir a apoyar a Dumouriez y proseguir después la campaña de Holanda. El hecho es que parecía caer en el error que antes señalara tan discretamente, el mayor que pudiera cometer un

general, como decía el inglés Money, es decir, la expedición de Amsterdam. Miranda creía, con razón, que la presencia de Dumouriez en el ejército de Bélgica era inútil, pero no indicaba el único partido que sería conveniente tomar: el comandante en jefe debió de correr con todas sus fuerzas a los primeros reveses y reunir en Tirlemont la totalidad del ejército francés, alrededor de 70.000 hombres, atacando prestamente a los austríacos para lanzarlos, por lo menos, al otro lado del Mosa. Prefirió recurrir a los términos medios y añadió nuevas faltas a las cometidas anteriormente.[117] Miranda estimaba inatacable la posición de los franceses en Lovaina, que comparaba a la ocupada, el año precedente, en Saint-Meneholud, frente a las tropas del rey de Prusia.[118] Se ha pretendido que la elección de esa posición era debida a Thouvenot;[119] no hay nada de ello, y en este respecto Miranda es categórico: "Después de la retirada de Saint-Tround yo había dado un plan de defensa inexpugnable: era en la Montaña de hierro; desgraciadamente allí no se permaneció más que tres días; al cabo de este tiempo Dumouriez vino a tomar el mando".[120]

Pero acaso Miranda quería a todo precio apartarse de Valence, quien ahora mandaba en jefe, tal como los comisarios lo anunciaban desde Bruselas a la Convención, el 9 de marzo. Esto explicaría el cambio de frente del general acerca de la continuación de la campaña de Holanda. Dumouriez desconfiaba del estado de espíritu de Valence e invitaba a Miranda que le tuviese al corriente de su conducta: "Esté V. sobre aviso, le escribe: si le estorba a V. con sus irresoluciones, un correo arreglaría el asunto. Usted, amigo mío, y Thouvenot, son los que únicamente pueden salvar a la República". El general en jefe aprueba por

completo la orden dada a Champmorin y a La Marlière de trasladarle a Amberes, a pesar de Valence, a quien Miranda esperaba hacer cambiar de opinión, pero no permite a Miranda que vaya a reunírsele "antes de que el espíritu republicano se haya levantado enteramente en el ejército y cuando un considerable aumento de fuerzas le haga infinitamente superior al enemigo... Adiós amigo mío, concluye, y nunca más que ahora, amigo mío... gracias a V. tomaremos a Holanda. Cuento con entrar en ella pasado mañana. Si consigo mi objeto, los prusianos le dejarán a V.".[121]

Miranda se esforzaba en ver las cosas del lado bueno y su conducta contrastaba singularmente con la de Valence y la de otros generales: "Sólo consiste en nosotros, afirmaba, sacar el partido más ventajoso de la desgracia misma".[122] Su confianza estaría probablemente justificada si a continuación Dumouriez no hubiese determinado abandonar las posiciones que tan bien cubrían a Bélgica. En el aturdimiento general, a pesar del desánimo de Valence y las quejas de los comisarios, sostenía (él, que ante Maëstricht insistía en la insuficiencia de la administración) que ahora "el ejército estaba en la bundancia, en el orden y animado del valor republicano"; que "las provisiones y los efectos de campamento llegaban suficientemente".[123] ¿Sería verosímil que no hubiese nada de exacto en esas categóricas afirmaciones? ¿Quería el general atraerse las buenas gracias de Beurnonville con elogios a la administración de la guerra? ¿O bien, con miras más altas, codiciaba el mando supremo, como de ello se le ha acusado, y buscaba insinuar que el gobierno podría poner en él toda su confianza, ya que, al contrario de los otros generales, manifestaba tanto optimismo? Esto no habría sido más que muy humano. Sea lo que fuere, hacía grandes

esfuerzos "para mantener la buena armonía y el acuerdo, tan necesarios en el momento actual", y esta consideración, decía, "le hacía ceder ante muchas cosas en las cuales no consentiría en otra coyuntura".

Había necesariamente conflicto de autoridades entre Miranda y Valence, dado caso de que no estaban subordinados el uno al otro: tampoco La Noue quería obedecer a nadie; sólo para rehuir, con sus consecuencias, responsabilidades, llegará más tarde el viejo soldado a decir a la Convención que él mandaba el ejército de Bélgica "subordinadamente a los generales en jefe".[124] Cuando la nueva organización de fuerzas, aprobada por el Consejo ejecutivo, el 1 de marzo,[125] se decidió que los ejércitos serían independientes unos de otros, debiendo mandar en jefe cada general de ejército; sólo el poder ejecutivo estaba autorizado para dar a cada uno instrucciones, según las circunstancias. En realidad, la fusión prevista en el plan de Beurnonville, de las tropas del Norte y de Bélgica en un solo ejército a las órdenes de Dumouriez y en la cual Miranda debía tener un mando, no se había realizado. Todavía el 15 de marzo, ejerciendo Dumouriez el mando supremo, Miranda fechaba sus despachos: "en el segundo cuartel general en Lovaina", lo cual quiere decir que había por lo menos dos.[126] Se ha visto que Miranda no tenía bajo él mas que el cuerpo que hizo el bloqueo de Maëstricht y un poco vagamente los de Champmorin y de La Marlière; cuando los ejércitos se encontraron reunidos, el problema del mando único debía plantearse necesariamente. Los generales no llegaban a tomar una decisión sino después de largas deliberaciones, lo cual perjudicaba a la marcha de las operaciones, sobre todo en tan enojosas circunstancias. Los conflictos de autoridad no existían

sólo entre los grandes jefes: había tirantez entre Le Veneur y Miaczynski,[127] y Stengel escribía a Miranda que el general D'Harville se desbordaba con una "especie de violencia"; verdad es que el D'Harville ponía en ello tan buenos procedimientos que el bravo caballero no podía por menos de consolarse y marchar gustoso.[128] Por otra parte, cortado el ejército por la caballería austríaca y evacuado Huy, Stengel debía replegarse sobre Namur, hacia el cuerpo de D'Harville.[129] Los comisarios de la Convención no pudieron dejar de comprobar los peligros de esta situación, que señalaron el 11 de marzo en una carta a los Comités diplomáticos y de la defensa reunidos: "Ustedes ven, decían, en la determinación que han tomado los generales de suspender todo, hasta lo que hubo pronunciado Dumouriez, un efecto de la composición extraordinaria del cuerpo de tropas concentrado sobre Lovaina Está formado por los tres ejércitos de las Ardenas, del Norte y de Bélgica, teniendo cada uno su general, a saber: Valence, Miranda y La Noue, cada uno con su Estado Mayor. Los tres generales, fundamentalmente iguales en poder, no son de un carácter que enlaza fácilmente a uno con otro. Las deliberaciones son largas y de difícil término. La ejecución experimenta las mismas trabas por parte de los tres Estados Mayores, que deben concurrir igualmente allí, pero que son respectivamente independientes. La falta de armonía entre los generales sería de funestas consecuencias si subsistiese: la presencia de Dumouriez hará que cese; dará su plan, que todos están igualmente dispuestos a seguir, y lo verosímil es que confiará a cada general operaciones separadas".[130]

En espera de Dumouriez se acabó por encontrar un *modus vivendi,* y por ser Valence el más antiguo asumió el mando su-

premio, que, según parece, no ejerció sin encontrar algunas dificultades. Los generales que mandaban los diversos cuerpos, incluso los mismos que pertenecían al ejército particular de Valence, no por ello dejaban de dirigirse directamente a Miranda para recibir instrucciones y para darle cuenta de los movimientos: Stengel le escribió varias cartas, de las cuales sólo una llegó a su destino;[131] en un caso de urgencia, Miranda dio órdenes a La Noue;[132] es también a él a quien el ministro de la Guerra hace llegar el decreto de la Convención que llevaba a esos dos oficiales a su barra.[133] Asimismo Valence y Miranda firmaban todavía, conjuntamente, el 9 de marzo, ciertas piezas de servicio, tal como lo prueba, por ejemplo, la comunicación dirigida por ellos al enemigo, en calidad de "generales en jefe con mando de los ejércitos franceses", con motivo de los cuidados que deben ser prestados a los heridos y enfermos.[134]

Dumouriez pretende que Miranda tenía celos de Valence, y Chuquet se hace en esto eco del general en jefe.[135] A su tiempo alzóse Servan contra este aserto e intentó demostrar el acuerdo existente entre ambos generales por las cartas que Miranda dirigió a Valence en ese momento en que este último "había perdido enteramente la cabeza". Servan cuida de recordar que el comisario Cossuin, en su deposición ante el tribunal revolucionario, formuló cargos muy graves contra los generales Valence y Thouvenot; Dumouriez, añade, ha inventado esta pretendida desunión de los jefes para encontrar una causa a las desdichas que estaban bien previstas por Miranda; toda su correspondencia en esos días le pone en flagrante contradicción con lo que cuenta en sus *Memorias,* redactadas al instante para cubrirse él lo mismo que a Valence.[136] Podría decirse que allí está, en boca

de Servan, el lenguaje del mismo Miranda,[137] pero también es el de Louvet: "Los celos que (Dumouriez) supone a Miranda, tanto como el poco acuerdo entre los generales antes de su llegada a Lovaina, están igualmente desmentidos por su propia correspondencia, lo mismo que por las pruebas que resultan del proceso del general Miranda en el tribunal revolucionario".[138] La verdad es que si no se puede afirmar que hubiese celos entre ambos generales, tampoco se puede hablar ciertamente de un verdadero acuerdo; hubo roces que procedían de los poderes iguales de que se hallaban investidos, agravados sin duda por su carácter respectivo, pues no se hubiera podido encontrar dos hombres menos hechos para entenderse que Miranda y Valence. El primero era frío y altivo, tenaz, inaccesible al desfallecimiento, de una firmeza calculada, turbada con frecuencia por los accesos de una súbita cólera, sabiendo a la vez mandar y pelear; se le reprocha no haber logrado nunca provocar el entusiasmo, que es lo único que lleva al combatiente francés al cumplimiento de las grandes misiones. Valence era, a pesar de su corpulencia, un jinete a lo Murat, un esgrimidor de mérito, sin ánimo decidido, esquivo de las responsabilidades, y a más de eso imperioso y violento, que se creía conductor del mundo, como decía la señora de Genlis, con audacia, ingenio y frases. Aristócrata acostumbrado a la antigua corte, en la que hubo obtenido muchos éxitos por su gracia y su cortesía distinguida, no podía poner de acuerdo sus verdaderos principios políticos con los de Miranda, quien tanto por convicción como por interés debía manifestarse francamente revolucionario. Miranda le juzgaba duramente: "Es un hombre inquieto, que quiere hacer algo, que vitupera a los demás y que no sabe lo que hay que hacer... Es un fanfarrón absurdo".[139]

Como jefe en la guerra, Valence no puede sostener la comparación con Miranda: si el combate, fin supremo de toda operación militar, no es en suma, como quieren los conocedores, más que un conflicto de fuerzas morales, el general que conserva su moral intacta ante los reveses es, sin duda alguna, más capaz de guiar a los soldados en el campo de batalla que cualquier otro que se desalienta y busca el modo de abandonar la partida en cuanto ella se complica.

Una cuestión de amor propio se establecía también para Valence y los soldados franceses, en general, frente a Miranda: es muy verosímil que en el Estado Mayor se entregasen a intrigas, no sólo para impedir al venezolano la llegada al mando supremo, sino para incluso excluirle del ejército francés, pues era ciertamente una personalidad que estorbaba demasiado la de este extranjero altivo, sabio, inexorable en el servicio, incapaz de adulación ni de condescendencia.

El ejército permaneció dos días delante de Saint-Trond para descansar y proteger la reunión de los destacamentos; después fue a Tirlemont, donde se hallaban los efectos de campamento y las provisiones. Transmitiéronse órdenes para poner a Malinas en estado de defensa. El 8 de marzo, Thilhard y Camus daban parte a la Convención de las decisiones tomadas por el alto mando. "Una parte de las tropas está todavía al otro lado de Tirlemont, del lado de Lieja, en Saint-Trond; una parte está también más acá de Tirlemont, del lado de Bruselas y en Lovaina. Hemos visto en el cuartel general a Valence, quien manda en jefe el ejército, y a los generales Miranda, Ruault, La Noue, Igualdad, Thouvenot, etc. Su plan decidido en común es el de acampar detrás de Lovaina llevando la vanguardia hacia

Tirlemont, reunir allí todas las partes del ejército y sostenerlas allí algún tiempo para que pudieran rehacerse. El campamento quedará formado pasado mañana 10; toda la artillería de campaña estará reunida allí; ya se empieza a hacerla salir de Bruselas, donde había sido llevada sobre Lovaina. Estas operaciones están concertadas con Dumouriez, acordadas entre todos los generales. Nos han comunicado algunos detalles, de los que damos cuenta por carta particular al Comité de defensa general".[140] Al día siguiente, en Bruselas, los comisarios confirmaron el acuerdo adoptado entre los jefes acerca de las disposiciones que convenía que tomase el ejército: "Hemos encontrado reunidos a los generales, excepto Stengel, de quien nos han dicho que está en Namur, y de Dampierre y La Marche, que se hallaban en Saint-Trond; La Marlière estaba en Lovaina. Los generales nos han parecido perfectamente de acuerdo sobre el partido que iban a tomar de acampar en Lovaina; sin embargo, parece ser que Miranda se separará de Valence, quien tiene actualmente el mando en jefe, y que irá a reunirse con Dumouriez. Los generales tienen correspondencia seguida con Dumouriez; sus planes están concertados con él". Los comisarios explican la determinación tomada por los jefes de establecerse tras Lovaina y no en Lieja, donde no había que pensar en instalarse con esperanzas de sostenerse allí, por razón de la necesidad de tener un campamento bien asegurado para reconstituir el ejército. También podrían conservarse las comunicaciones con Amberes, Mons y Malinas, defender Bruselas y toda Bélgica, socorrer a Dumouriez.

"Los generales parecen, en total, muy tranquilos; aseguran que los soldados que han quedado bajo banderas no están en

modo alguno desanimados y tienen plena confianza en ello. Sólo temen por el espacio situado entre Givet y Longway; observan que esta última plaza no se halla en estado de defensa; piden que se mande allí un oficial general activo, con un ejército suficiente. Estiman que puede haber 25.000 hombres en Luxemburgo." Dos días después, los comisarios podían informar a la Convención que se había realizado el movimiento, que el ejército acampaba en Lovaina, donde se congregaban todos los cuerpos, y que el orden se restablecía.[141] En fin, el tan decantado optimismo de Miranda ganaba a militares y comisarios; el general no había dejado de comunicar que en las nuevas posiciones se podrían esperar las instrucciones del comandante en jefe y los socorros de Francia; ahora todo el mundo pensaba como él y parece que sea él quien ha realizado por la segunda vez en el curso de su carrera ese esfuerzo de coercer un ejército en fuga bajo los golpes del enemigo, pues es él "quien ha transmitido su energía a los demás generales, serenado las cabezas, suplido a Dumouriez".[142]

El 9 de marzo, desde Moërdyck, Dumouriez anuncia a Miranda que "siendo del peor género" las cartas de Valence, se decidía a ir a reunirse con sus ayudantes. Le daba orden de que hiciese salir a Champmorin para Lier y a La Marlière para Herenthals, de apostar un batallón y 30 caballos en Diest y de llamar a la artillería de plaza.[143] Por su parte, el Consejo ejecutivo ordenó al general en jefe que se incorporase al ejército de Bélgica, adonde llegó el 11, encargándose inmediatamente del mando supremo.[144] A partir de este momento, Miranda se abstiene de enviar informes acerca de las operaciones y de los acontecimientos militares.

Sin embargo, los austríacos se recogían para elaborar un nuevo plan; permanecieron inactivos hasta el 15 siguiente. Este plan consistía en combinar las fuerzas del duque de Brunswick con las del duque de York hacia Grave, para expulsar de Holanda a los franceses y enviar el cuerpo de Beaulieu sobre Namur y el de Hohenlohe sobre Mayence, para apoyar allí las operaciones del rey de Prusia.[145] La inacción del enemigo dio así algunos días de respiro al general Dumouriez; los aprovechó para poner algo de orden en los asuntos militares. Al mismo tiempo, con el intento de recuperar el favor de los belgas, exasperados contra los invasores, despidió a los agentes más comprometedores del poder ejecutivo, hizo callar a los clubs, encarceló a los descamisados agitadores y prometió la restitución de los bienes eclesiásticos.[146]

NOTAS

[1] G. Ejército del Norte. Corresp. La Noue a Miranda.

[2] Rojas, p. 105. Miranda a Beurnonville, 4-6 marzo.

[3] Jomini, III, 3.

[4] A. N. WI 271. 30. Extracto del diario del general Ruault.

[5] G. Ejército del Norte. Corresp. Valence a Miranda, 2 marzo.

[6] A. N. WI 271. 30. Miranda a Valence, 2 marzo.

[7] Albert Sorel ha escrito (II, 555) que el archiduque Carlos hizo su primera campaña en 1796; es un error inexplicable en un historiador tan bien informado. El archiduque recibió el bautismo de fuego en junio 1792, en un combate, cerca de Mons, en que pelearon franceses y austríacos.

[8] Bourdeau, p. 66.

[9] Jomini, III, 88.

[10] B. N. Ln 27 II, 380. Memoria del general La Noue, 1-5.

[11] A. N. C. 248. Plaq. 371. Núm. 11. Acta de la sesión de la Convención nacional, del 28 marzo. Interrogatorio de La Noue.

[12] B. N. Lh4 94. *Campaign of 1792*, p. 273 y sig. Después de haber servido en el ejército de su país, durante treinta y tres años, en Hanover y en América y después de haber estado a las órdenes del Congreso de Bélgica, en calidad de mayor general, el inglés Money había venido a Francia «en conformidad con las cartas escritas por orden de los Sres. de Narbona, de Grave y Servan, donde se le ofrecía el grado de mariscal de campo y empleo en las fronteras». Por este ejemplo se ve, que el caso de Miranda recibiendo proposiciones para ingresar en el ejército francés no es único. La Asamblea nacional había decretado que independientemente del número de oficiales generales, entonces en activo, se nombrarían cuatro extranjeros. Parece, decía una memoria sometida, el 19 de julio de 1792, a la aprobación del Rey, que este decreto había sido dado en favor de M. Money, que prometía a la Asamblea reclutar en Inglaterra una legión compuesta de 400 soldados de caballería ligera, 800 cazadores, 200 carabineros a pie y una compañía de artillería. En el invierno de 1792-1793, Money abandonó el ejército de Bélgica, sin permiso oficial, y regresó a su país. (Expediente de Money.)

[13] La Noue: *Memoria*, p. 6.

[14] A. N. C. 248. Plaq. 371. Núm. 11. Sesión del 28 marzo.

[15] A. N. WI 271. 30. Informe de Miaczynski.

[16] La Noue: *Memoria*, p. 11-12.

[17] G. Corresp. Diario extractado de las gacetas de Leyde. Carta de un oficial francés, escrita el 8 de marzo al castillo de Bronk, e interceptada por los austríacos.

[18] Ibid. Caja de cartón de febrero 1793. El levantamiento del sitio de Maestricht fue un acontecimiento de gran importancia, no sólo desde el punto de vista militar, sino también en el aspecto político. M. de Montlosier escribía a Mallet du Pan: «Tenía usted mucha razón, mi buen amigo, de desesperarse de la lentitud de las potencias. Es un milagro que Maestricht no se haya rendido como Breda. Sin los emigrados y sin la firmeza del príncipe de Hesse, no se sabe lo que habría ocurrido... Señor, al saber la noticia del levantamiento del sitio, respondió en seguida a M. de Blangy: «No es Maestricht que se ha salvado, es Francia». Tenía razón, al menos, por lo que se refiere a la campaña actual. El general Cobourg dijo efectivamente que temía llegar tarde y que si hubiese encontrado Maestricht tomado, se habría replegado en espera de fuerza más numerosa». (Mallèt du Pan: Corresp., I, 357.)

[19] Informe de Miaczynski.

[20] G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de febrero 1793. El príncipe de Hesse a los Estados-Generales.

[21] Jomini, III, 91.

[22] G. Ejército del Norte. Corresp. Valence a Miranda, 3 marzo.

[23] A. N. WI 271. 30. Valence a Miranda, 3 marzo.

[24] Ségur: *Tableau historique et politique*, II, 137.

[25] Antepara, p. 243-244.

[26] B. N. L6 41 618. Interrogatorio de Miranda ante el comité de guerra.

[27] Charles-Louis Didier Songis, de Troyes, hijo y nieto de presidentes del granero de sal de Arcis del Aube, había estudiado artillería en la escuela de artillería de Sedán. Capitán destacado en las fuerzas de las Ardenas, jefe de batallón en el 4.° de artillería, jefe de brigada en el 3.er regimiento, luego general de división. Había hecho la campaña de América. Bajo el Imperio desempeñó las funciones de Conservador de bosques. (G. Expediente de Songis.)

[28] G. Expediente de Blottefiére. Instancia al rey Luis XVIII para el grado de teniente general, 25 septiembre 1814. El conde de Blottefiére, oriundo de San Quintín, ingresó, en 1764, en la escuela real militar, sirvió en la infantería y fue nombrado mariscal de campo por Dumouriez, en octubre 1792; empleado en el ejército de las Ardenas; suspendido de sus funciones, en septiembre 1793 y retirado dos años después. La explosión de una pieza de cañón, en Neerwinde, le dejó completamente sordo para el resto de su vida. (Ibíd.)

[29] B. N. L64, 618. Interrogatorio de Miranda. Miranda a Valence, 3 marzo.

[30] A. N. WI 271. 30. Miranda a Egalité, 3 marzo. G. Ejército del Norte. Corresp. Gossuin y Merlin de Douai a la Convención, la misma fecha.

[31] Los comisarios a la Convención, 3 marzo.

[32] Ibíd. Ejército del Norte. Corresp. Duval y Moreton a Beurnonville, 5 marzo.

[33] Ibíd. Duval a Beurnonville, 5 marzo. Duval había obtenido un permiso de veinte días, al cabo de los cuales, todavía enfermo, encargó a su mujer pidiese al ministro prorrogase su licencia. (C. Expediente de Duval, 10 febrero.)

[34] Esta carta fue leída por Boyer-Fonfrède, en nombre del Comité, a la Convención, el 6 marzo. Monitor del jueves 7 marzo, núm. 66. Tomo XV, p. 632.

[35] Declaración de Gossuin.

[36] G. Los comisarios a la Convención, 3 marzo.

[37] *Danton et la paix*, 103, 105, 107; *La Victoire de l'An II*, 105. Véase también: *La Révolution et les Etrangers*, p. 127: «Peruano... conspiración de Dillon...».

[38] *Les guerres de la Révolution*, p. 311.

[39] A Eustace, p. 16.

[40] Relato impreso, p. 6.

[41] G. Los comisarios a la Convención, 3 marzo.

[42] Ibíd. Caja de cartón de febrero 1793. Extracto de las gacetas de Leyde.

[43] Rojas, p. 92. Valence a Dumouriez, 2 marzo.

[44] Interrogatorio citado.

[45] G. Ejército del Norte. Corresp. Valence a Beurnonville, 3 marzo.

[46] G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de 2 marzo 1793.

[47] Ibíd. Valence a Beurnonville, 2 marzo.

[48] Ibíd. Beurnonville a Valence, 5 marzo. Boletín analítico. Beurnonville a Dumouriez, 6 marzo.

[49] A. N. C. 248. Plaq. 383-384.

[50] G. Ejército del Norte. Registros. Beurnonville a Valence, 7 marzo; Monitor del 7 marzo, núm. 66. Beurnonville a la Convención.

[51] Acta de la sesión de la Convención nacional, VII, 208-209.

[52] Rojas, p. 103. Miranda a Beurnonville, 4-6 marzo.

[53] *Patriote français*, 6, 7, 20 marzo, núms. 1302, 1303, 1306.

[54] Rojas, p. 121. Miranda a Pétion, 21 marzo.

[55] B. N. La33 49. Notas.

[56] Rojas, p. 93. Valence a Dumouriez, 2 marzo.

[57] Ibíd., p. 96. Dumouriez a Miranda, 3 marzo.

[58] G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de marzo 1793. Extracto de las gacetas de Leyde. Cartas del 5 marzo.

[59] Servan: *Notas*.

[60] G. Ejército del Norte. Corresp. La Marlière a Miranda, 7 marzo.

[61] Ibíd. Champmorin a Miranda, 6 marzo.

[62] Rojas, p. 111. Miranda a Dumouriez, 8 marzo.

[63] G. Expediente de Champmorin: Noticia exacta de sus servicios hasta el 1 abril 1793.

[64] Rojas, p. 105. Miranda a Beurnonville, 4-6 marzo.

[65] Interrogatorio de Miranda: respuesta al Tribunal criminal extraordinario.

[66] La Noue. *Memoria*, p. 10.

[67] B. M. 1222 3-4. Convención nacional. Valence a Beurnonville, 6 marzo.

[68] Rojas, p. 107. Miranda a Beurnonville, 4-6 marzo.

[69] G. Ejército del Norte. Corresp. Una nota marginal que se encuentra en la copia de esta pieza conservada en los Archivos nacionales (WI 271. 30), certificada conforme por Miranda, indica que estas disposiciones fueron el resultado de un acuerdo entre Miranda, Valence y Thouvenot. Puede verse también, a este propósito, la carta de Miranda a Beurnonville del 4-6 marzo, frecuentemente citada. Valence corrobora este acuerdo en su carta al ministro, del 6 marzo (B. M. 1222, 3-4): «Concertamos el partido que era necesario tomar en esta circunstancia y se decidió retirarse hacia Saint-Trond, para cubrir la artillería del sitio y la de diferentes depósitos que se encontraban en Lovaina y Tirlemont». La Noue dice: «Todos los movimientos subsiguientes fueron ordenados por los generales en jefe». (Memoria, p. 10.)

[70] Rojas, p. 96. Dumouriez a Miranda, 3 marzo.

[71] Rojas, p. 100. Dumouriez a Miranda, 4 marzo.

[72] G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 4 marzo.

[73] Rojas, p. 100. Dumouriez a Miranda, 4 marzo.

[74] G. Ejército del Norte. Corresp. Camus y Treilhard a la Convención, 7 marzo.

[75] Borgnet, II, 247.

[76] G. Ejército del Norte. Corresp. Caja de cartón de marzo 1793. Dumouriez a los comisarios de la Convención, 4 marzo.

[77] Chuquet: *La Trahison de Dumouriez*, p. 61.

[78] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a de Harville, 6 marzo.

[79] Ibíd. Duval y Moreton a Beurnonville, 7 marzo; Milon a Beurnonville, 7 marzo. Verhaegen (I, 103), nota «los votos que hacía en favor del regreso de los ejércitos imperiales la inmensa mayoría de los habitantes».

[80] G. Ejército del Norte. Corresp. Milon a Beurnonville, 10 marzo.

[81] Archivos de la ciudad de Amberes. 1792-1793.

[82] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a La Marlière, 8 marzo; a Beurnonville, la misma fecha.

[83] A. N. WI 271. 30. Pasquín impreso.

[84] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 8 marzo.

[85] Ibíd. Caja de cartón de marzo 1793. Camus y Treilhard a la Convención, 8 marzo.

[86] Ibíd. Camus, Treilhard, Gossuin y Merli a la Convención, 18 marzo.

[87] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 8 marzo.

[88] Rojas, p. 118. Beurnonville a Miranda, 19 marzo.

[89] G. Ejército del Norte. Corresp. De Hangest a Miranda, 6 marzo.

[90] Ibíd. Miranda a de Hangest, 8 marzo.

[91] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 8 marzo.

[92] Ibíd. Beurnonville a Miranda, 11 marzo. Louis-Agustin Lamy d'Hangest tenía sesenta y tres años cuando, empleado en el ejército de Bélgica, fue llamado, en esta calidad, para mandar la artillería en Maestricht. Ingresado en el servicio en 1742, había hecho varias campañas y obtenido la cruz de San Luis por su buena conducta en la batalla de Lostercamp, en la que fue ayudante mayor de artillería destacado con el mariscal de Castries. Tomó el mando después de la huida de Lafayette y se mostró muy inferior a su cargo. «Sólo sabe gemir», decía Westermann. Inculpado, en el momento del proceso de Miranda, «por haber dado bombas que no eran del calibre», en el sitio de Maestricht, a pesar de todo, no fue detenido; continuó mandando y hasta julio no fue suspendido de sus funciones. Permaneció varios meses en presidio. Pretendía que la persecución de que era objeto por parte del Consejo ejecutivo era debida a que se le creía noble. Retirado, se estableció en Vissignicourt, cerca de Saint-Gobain. (Expediente de Hangest; Chuquet: *Valmy,* p. 29.)

[93] G. Ejército del Norte. Corresp. Beurnonville a Miranda, 9 marzo.

[94] Dumouriez, IV, 51: «Valence no tenía ninguna autoridad en las tropas. Permaneció en Lieja en lugar de dirigirse al frente para levantar y aproximar su acantonamientos».

[95] Aulard: *Recueil,* II, 365. Los comisarios a la Convención, 15 marzo.

[96] A. N. WI 271. 30. Miranda a los comisarios, 15 marzo.

[97] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnronville, 13 marzo.

[98] Ibíd. Valence a Beurnonville, 12 marzo.

[99] Interrogatorio del testigo Lefèbre.

[100] *La Trahison de Dumouriez,* p. 64.

[101] Declaración del general La Noue.

[102] Declaración de Delacroix.

[103] Interrogatorio del testigo Lefèbre.

[104] Proceso de Miranda. Declaración de Alet.

[105] Ibíd. Respuesta de Miranda al testigo Alet.

[106] Jomini, III, 93.

[107] *Mémoires,* IV, 53.

[108] *Valmy,* p. 139.

[109] A. N. WI 271. 30.

[110] G. Ejército del Norte. Corresp. Gossuin y Merlin de Douai a la Convención, 3 marzo.

[111] Proceso de Miranda. Respuesta al testigo Calmet.

[112] Declaración de Alet.

[113] Respuesta de Miranda al testigo Renard.

[114] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a los comisarios, 6 marzo. Camus y Treilhard a la Convención, 7 marzo.

[115] Rojas, p. 107. Miranda a Dumouriez, 6 marzo.

[116] Proceso de Miranda. Declaración de Lagnest.

[117] Jomini, III, 101.

[118] Respuesta de Miranda al testigo Laloi.

[119] Dumolin: *Précis d'Histoire militaire,* I, 137.

[120] Respuesta de Miranda al general La Noue, testigo.

[121] Rojas, p. 109. Dumouriez a Miranda, 7 marzo.

[122] Ibíd., p. 111. Miranda a Dumouriez, 8 marzo.

[123] Ibíd., p. 111 y 117. Miranda a Dumouriez, 8 y 9 marzo.

[124] A. N. C. 248. Plaq. 371. Núm. 11. Sesión del 28 marzo.

[125] G. Corresp. general.

[126] A. N. WI 271. 30. Miranda a los comisarios de la Convención.

[127] G. Informe de Miaczynski.

[128] Ibíd. Corresp. Stengel a Miranda, 8 marzo.

[129] Ibíd. Milon a Beurnonville, 10 marzo; Dumolin, I, 137.

[130] Aulard: *Recueil,* II, 336.

[131] G. Ejército del Norte. Corresp. Stengel a Miranda, 8 marzo.

[132] Interrogatorio de Miranda ante el Comité de guerra.

[133] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 12 marzo.

[134] Ibíd.

[135] *La Trahison de Dumouriez,* 90. Dumouriez, p. 166.

[136] Servan: *Notas.*

[137] Chuquet: *La Trahison,* p. 138. «Los dos generales impugnaban a la vez las Memorias de Dumouriez».

[138] B. N. L45 24. *Mémoires* de Louvet. Colección Barrière, XII, 248. M. Aulard, en su edición de las Mémoires de Louvet de Couvraix, que califica de «primera completa», ha suprimido (tomo I, p. 72) la extensa nota del autor favorable a Miranda. ¿Tendrá razón, pues, M. René Benjamin en criticar a algunos maestros célebres por su manera de escribir la historia? M. Aulard ha hecho una crítica laboriosa de las fuentes de Taine; cuándo saldrá el erudito que verificará las fuentes de M. Aulard, por lo demás poco numerosas. Este autor anuncia triunfalmente que ha aniquilado a Taine y no duda declarar que el alumno que, en nuestro tiempo, citase a Taine como historiador, sería suspendido en el examen. M. Albert Mathiez hace en esto coro con M. Aulard: acuerdo conmovedor entre Danton y Robespierre, del que, sin embargo, no creemos que uno y otro profesor tengan verdaderamente motivo de prevalerse; pues sus afirmaciones no pueden satisfacer al lector instruido. M. Augustin Cochin ha reducido a sus justas proporciones la crítica de que se trata en *La crise de l'Histoire révolutionaire, Taine et M. Aulard,* y ha explicado objetivamente cómo y por qué no hay medio de poner de acuerdo las escuelas en el terreno de la historia revolucionaria. Por lo demás, hasta cuando pretende rectificar las citas de Taine, M. Aulard no es feliz «ya que se equivoca, en sus rectificaciones, la mitad de las veces aproximadamente». No estoy seguro de que algunos errores de información y una cierta tendencia enojosa a generalizar demasiado basten para anular el alcance de los juicios de Taine

sobre la Revolución; por el contrario, estoy seguro de que una edición que se la mutila de notas importantes que existen en la obra original de un autor, no puede ser calificada «edición completa».

[139] A. N. F7 4689. Plaq. 2 y Plaq. 3. Núm. 36. Miranda a Dumouriez, 9 y 19 enero 1793. M. Chuquet ha colocado por error estas dos piezas bajo la signatura F7 4598 (*La Trahison*, p. 90). El conde de Valence, nacido en Agen, en 1757, ingresó en la escuela de artillería de Estrasburgo, sirvió en el regimiento de Besançon, capitán licenciado por inútil en el regimiento Real-caballería; ayuda de campo del mariscal de Vaux; agregado a la embajada en Holanda en 1787, coronel de Chartres-dragones; general del ejército de las Ardenas, comandante en jefe en Bélgica. Sirvió a Napoleón en España y en otras partes. Par de Francia bajo la Restauración.

[140] G. Ejército del Norte. Corresp.

[141] G. Ejército del Norte. Corresp.

[142] Rojas, p. 98. Dumouriez a Miranda, 3 marzo.

[143] Ibid., p. 115. Dumouriez a Miranda, 9 marzo.

[144] G. Ejército del Norte. Corresp. Miranda a Beurnonville, 12 y 13 marzo.

[145] Jomini, III, 95.

[146] Verhaegen, I, 99.

CAPITULO XII

NEERWINDEN

En el discurso que tuvo el intento de pronunciar en la barra de la Convención, el 29 de marzo de 1793,[1] Miranda ha expuesto de la manera más detallada los acontecimientos de la campaña después de la llegada del general Dumouriez al ejército de Bélgica; su relación se encuentra plenamente confirmada por los testimonios que aportaron al proceso más de treinta oficiales, desde el general La Noue hasta Vaux y Thuring, ayudantes de campo de Dumouriez, y Quentin, su secretario. Este relato es, pues, irrefutable, tanto más cuanto que en lo que concierne a la batalla de Neerwinden concuerda con las órdenes escritas de Dumouriez y el informe del príncipe de Coburgo, generalísimo austríaco.[2]

El 11 de marzo Miranda, Valence, La Noue y Thouvenot comunicaban a los comisarios de la Convención su decisión de esperar la llegada del general Dumouriez para discutir el plan de las operaciones ulteriores. Los ejércitos reunidos se retiraron más abajo de Lovaina, dejando una vanguardia del lado de Tir-

lemont; un tercio de las tropas estaba acampado; el resto, acantonado en los alrededores; los cuerpos de La Marlière y de Champmorin tomaron posiciones en Malinas y en Diest; los de D'Harwille y de Neully en Namur; las avanzadas del enemigo ocupaban Saint-Trond, abandonado por los franceses. El Estado Mayor estimaba la totalidad de las fuerzas disponibles en 40.000 hombres, y, frente a 30.000 austríacos, se creía al abrigo de toda sorpresa.[3]

"El mismo día 11 de marzo, el comandante en jefe llegó al cuartel general, a las ocho de la noche, y aprobó las disposiciones tomadas por sus lugartenientes."[4] Parece que ya estaba decidido a intentar un golpe de fuerza con el fin de derribar la República. Para hacerlo con buen éxito necesitaba una victoria, pues su posición era muy delicada después del fracaso de su empresa en Holanda; presentía la desgracia y tenía la aprensión del momento en que sería llamado a París para dar cuenta de su conducta. Miranda observó que "traía de Holanda una nueva doctrina que le parecía lo menos conforme a la igualdad y al republicanismo; que su carácter estaba agriado y exasperado contra la Convención nacional". Creyó primero que eso era "efecto del mal resultado de sus planes indigestos que él (Miranda) había o corregido o combatido", y resolvió "abandonarle a sí mismo". A decir verdad, Miranda había conservado siempre esta reserva frente a las expansiones contrarrevolucionarias de su jefe. Es de recordar que cuando en un viaje a París, en octubre, Dumouriez se decía altamente republicano y se proclamaba el general de los descamisados,[5] vuelto al ejército empezó a conspirar y a desacreditar a la república, de la que hacía un "repugnante cuadro". Pintando de mano maestra, es cierto, la situación, "hay, decía a

Miranda, un tejido de bribonería por una parte y de ignorancia por otra, que hará perecer a la república antes, por decirlo así, que haya nacido. No hay ni gobierno ni constitución; la Convención nacional no se ocupa para nada de ello; en lugar de esto, pasa el tiempo en convertirse en un tribunal inquisitorial; toda denuncia, verdadera o falsa, probada o no probada, es acogida con grandes aplausos; nadie se halla seguro de su estado; se le arrebatan a un agente público sus funciones y su honor antes de juzgarle. Es una época de proscripción, de demencia y de maldad que no puede compararse más que con los tiempos de Tiberio y de Nerón. Las gentes honradas de la Asamblea se callan por falta de valor. Tal es el partido que los representantes de la nación sacan de nuestras victorias".[6] A principios de febrero, respondiendo a una carta cuyo original no he encontrado en ninguna parte, Miranda respondía al general en jefe: "He recibido su carta del 30 de enero y estoy, como usted, afligido por los males que trabajan y agitan a nuestra pobre república en el nacimiento de la libertad; pero es de esperar que se restablecerá el orden y que pronto estará floreciente y nuestras fatigas recompensadas por la felicidad que este pueblo inmenso va a disfrutar en la libertad".[7]

A su regreso de Holanda, Dumouriez descubrió claramente sus intenciones: repitió a Miranda que la mitad de los miembros de la Asamblea eran imbéciles y la otra mitad bandidos.[8] Veremos que le hizo insinuaciones destinadas a conocer sus verdaderos sentimientos, tratando de asegurarse de la ayuda eventual que podría encontrar en su lugarteniente. Pero Miranda, demaciado listo para caer en la celada, se inhibió: "Esto, dirá, produjo mi enemistad y mi corte de relaciones".[9] El divorcio, en

efecto, era inevitable entre ambos generales, pues, según la observación de Luis Blanc, Miranda, sin ir hasta los límites extremos del jacobinismo —lejos de ello— había dado, sin embargo, demasiadas prendas para no estar desfavorablemente impresionado por los propósitos de Dumouriez, que intentaba restablecer la realeza.

Al siguiente día de su llegada al cuartel general, Dumouriez leyó a Miranda su famosa carta a la Convención y le confió que esperaba de un momento a otro un decreto de acusación. Ambos generales pasaron entonces revista a las tropas. Dumouriez habló a los soldados, preguntándoles qué pensaban de la proscripción que los jacobinos acababan de dictar contra él. Miranda le hizo ver que semejantes cuestiones estaban fuera de lugar y que no se debía de plantear tales cuestiones personales delante del ejército, y Dumouriez preguntóle entonces bruscamente:

—¿Cree usted, general, en la igualdad de que hablan los facciosos?

—Creo en ella —respondió Miranda.

El general en jefe no objetó nada a las observaciones de su subordinado y se volvió muy reservado.[10]

Mientras tanto, la Convención ordenaba la detención de La Noue y de Stengel.[11] Dumouriez preguntó todavía a Miranda:

—¿Qué haría usted, general, si una orden como esa orden llegase para mí?

—Como leal servidor, me vería obligado a obedecerla. Pero si esa orden llegara, quien la recibiría sería el general Valence por ser el oficial más antiguo del ejército.

—No; esa orden se la mandarían precisamente a usted; pero el ejército no la obedecería. De modo que usted no tendría más que levantar acta de haberla recibido y devolverla.

Algún tiempo después reanudóse el diálogo durante la comida.

—Es necesario —dijo Dumouriez— ir a París para restablecer la libetad.

—¿De qué manera?

— Con el ejército. Estoy decidido a pasar el Rubicón.

—Me parece el remedio peor que la enfermedad, y es lo cierto que lo impediré, si puedo. Usted no es César y el ejército francés no está compuesto por las legiones del vencedor de las Galias; si se sospechara que usted había tenido tal propósito, soldados le contestarían a tiros y a cuchilladas.

—¿Pelearía usted en contra mía, Miranda?

—Es posible, si usted pelease contra la libertad.

—¿Sería usted entonces Labieno?

—Labieno o Catón, siempre me hallará usted del lado de la República.

Y Dumouriez hizo como que derivaba la plática hacia la chanza, pero no cabiéndole duda de las disposiciones de Miranda, resolvió su pérdida. Para lograr este fin, le era preciso apartar de su camino al único general que creyó capaz, entre todos, de oponerse a la aventura.

Esta actitud de Miranda ha hecho decir al biógrafo más reciente de Dumouriez que el venezolano hacía gran alarde de patriotismo y aspiraba al mando supremo. Chuquet añade que las tropas no querían a este aventurero llegado de Caracas; que los comisarios, los generales y los soldados condenaban su alta-

nería, sus pretensiones, sus vivacidades; que no había podido tomar a Maëstricht; que causó la derrota de Neerwinden.

Tratemos de pesar lo que valen estos cargos: juzgar así a Miranda, en tres líneas desdeñosas, revela un desconocimiento absoluto de la carrera y del carácter del personaje; cabe preguntar cómo le habrían tratado los historiadores franceses si, a la manera de sus colegas, hubiese seguido a Dumouriez en el camino de la traición. No soy de los que se ofenden porque se aplique el calificativo de aventurero a un hombre cuya vida es el más asombroso tejido de aventuras que sea posible imaginar; pero hay matices que deben tenerse en cuenta: que Chuquet, siguiendo el ejemplo del duque de Choiseul, reserve primero lo que el término tiene de peor para el general Dumouriez, y estaremos cerca de entendernos. Debo repetir a este propósito que Miranda no fue a ofrecer sus servicios, como lo hacen los aventureros del carácter de Dumouriez, sino que cumplió muy honorablemente con lo que le solicitaron que hiciese, manifestándose, como dirá Chauveau-Lagarde, "en los ejércitos y en los consejos uno de los más esclarecidos y de los más intrépidos defensores de la república". Fue hábil, leal y valeroso; [12] el valor, la calma, la tenacidad, la serenidad de que siempre dio pruebas, así como la nobleza de su alma, hacen de él uno de los más bellos representantes de la raza española. Miranda sirve una sola causa: lucha por la independencia de los Estados Unidos; contribuye poderosamente a expulsar del territorio francés a los ejércitos imperiales y prusianos; consagra su vida a emancipar a la América latina; lucha en Venezuela a la cabeza de los patriotas y muere en un calabozo de Cádiz por haber amado la libertad: "Mi destino, dice en una alocución a los franceses, parece el de ser siempre

y en todas partes el soldado de esta ilustre causa". Miranda no fue nunca realista; jamás se adhirió al cesarismo. Dumouriez tricionó a su país y a la Revolución; Valence abandonó su puesto frente al enemigo; Moreau permaneció republicano, mas para conducir contra su patria a los coligados, que Bernadotte inició en los secretos de la estrategia napoleónica; el mismo duque de Orleans, que en 1793 se negó a entrar en el ejército austríaco, encargó más tarde a D'Antraigues que transmitiese a Rusia su deseo de servir a la coalición.[13] ¡Y cuántos soldados admirables volvieron la espalda a la república para seguir la estrella del emperador o aceptar empleo de Luis XVIII o de Luis Felipe! Sin contar, pues ya lo ha hecho Albert Sorel, todos los jacobinos y revolucionarios "civiles" que cambiaron sus ideas o sus declamaciones por títulos nobiliarios y murieron millonarios. Ninguno de los que Barère llamaba empresarios de la revolución permaneció fiel a la Revolución. Al contrario, Miranda, en el curso de una existencia fecunda en peripecias extraordinarias, merecerá siempre el irónico y noble título que le dieron Bonaparte y el presidente Adams, tratándole de Don Quijote de la Libertad.

¿Aspiraba Miranda al mando supremo? Es posible, pero no se sabe nada acerca de ello. A fines de 1792, dice Michelet, Brissot y Pétion deseaban sustituir a Dumouriez por Miranda, "poner al honrado y sólido español en el lugar del gascón". Su condición de extranjero no habría sido en esa época obstáculo insuperable para tan inaudita elevación; Albitte no había dicho aún en la tribuna que un español era indigno de acaudillar a los franceses, ni propuesto un decreto prohibiendo a los extranjeros el mando de los ejércitos de la República. Miranda debía

poco después mandar en jefe durante la ausencia de Dumouriez y de Valence, y algunos meses antes la Revolución había hecho general de sus tropas al incapaz Lückner, un alemán que se batiera en Rossbach contra Francia. Los oficiales extranjeros poblaban el ejército: Stengel, el mejor de sus jinetes, procedía del Palatinado; Miaczynski era polaco; Money, Keating, Sheldon, Linch, eran ingleses; Deprès-Cassier, suizo; Moultson, comandante de la flotilla de Amberes, norteamericano; Kilmaine, irlandés; Sttenhoffen, austríaco.

La competencia de este jefe eventual está fuera de discusión; en un momento dado, Dumouriez afirmó que Miranda era el único general capaz de reemplazarle en la cabeza del ejército;[14] "era, asegura, hombre de ingenio y muy instruido; conocía la guerra por teoría mejor que ninguno de los demás generales".[15] "Tenía, añade Chuquet, talento, sangre fría, valor, las aptitudes necesarias para comprender las grandes operaciones y conducirlas".[16]

En el tribunal revolucionario, el presidente Montané dirá a Miranda: "Resulta de la deposición de un testigo que usted ardía en deseos de mandar en jefe, y que por esa razón hizo usted perder el éxito de la batalla de Neerwinden". Y el general respondió atinadamente: "Se hace mal en decir que yo quería mandar en jefe, puesto que Dumouriez tenía entre él y yo la mediación de Valence, que estaba todavía por encima de mí".[17]

¿Era Miranda querido por sus tropas? Conocido es su carácter entero: siempre desplegó la mayor energía para mantener el orden y la disciplina en el ejército en una época en que la insubordinación era la regla y los generales temblaban ante los voluntarios insumisos y cobardes. El conde de Mérode-Westerloo

habla en sus *Recuerdos* de los sinsabores del duque de Chartres y de sus lágrimas ante la insolencia de los soldados. Miranda no temía proceder con el mayor de los rigores, y sus medidas fueron aprobadas por Beurnonville y el gobierno; castigaba a los culpables, escribe Servan, y mantenía las tropas subordinadas. He señalado los casos en que su pesada mano se dejó caer sobre generales, ayudantes y soldados. No toleraba más la intriga que la indisciplina, y el mismo Thouvenot, omnipotente jefe de Estado Mayor de Dumouriez, no se vio libre de sus críticas.[18]

Durante largo tiempo Dumouriez gozó de gran popularidad entre las tropas, a quienes trataba de ganarse con adulaciones. La exuberancia de este inagotable charlatán contrastaba singularmente con la circunspección de Miranda, por quien es probable que oficiales y soldados sintiesen poco afecto. Lo mismo ocurrió en Venezuela cuando el año 1812 fue nombrado generalísimo de las fuerzas patriotas; censuró entonces ásperamente la indisciplina de la soldadesca, la inexperiencia de los oficiales, las deficiencias de una administración rudimentaria, hiriendo así inútilmente el amor propio de sus subordinados y desanimando tal vez las mejores voluntades. Rodeado de extranjeros, a quienes consideraba como los únicos que podían servir bien a la causa de la independencia, tal como se ha pretendido, verá pronto volverse contra él la mayor parte de los patriotas, a los que exasperaba su aire desdeñoso y el tono hiriente que había adoptado. Aquel hombre se imponía a la admiración de todos por su elevada inteligencia, su dignidad y la vasta extensión de sus conocimientos, pero ignoraba el arte de hacerse querer por sus subalternos y despreciaba la popularidad y el favor inconstante de la

multitud. Podría decirse que vivió siempre encerrado en la torre de marfil de su orgullo. Sin embargo, y debe insistirse en esto, el soldado no tuvo jamás queja de él. El testimonio del director general de correos de su ejército en Bélgica, Philippe, ahí está para demostrar que la legendaria impaciencia de Miranda no se manifestaba más que cuando sus órdenes eran mal comprendidas o mal ejecutadas: "Siempre el soldado encontró fácil acceso a él, un interés verdadero y el deseo sostenido de disminuir las quejas haciendo que cesaran las necesidades".[19]

Si Miranda no tenía la confianza de sus soldados, cabe preguntarse, con Servan, por qué Dumouriez, en medio del desastre, le designó para dirigir la más difícil de las retiradas, ascendiéndole al día siguiente de Neerwinden por encima de todos los demás generales del ejército. [20] "Danton y Delacroix, escribe Chuquet, convencidos de que había perdido la confianza, le mandaron a la barra de la Convención". ¿La confianza de quién? De Dumouriez, que iba a hacer traición y que arrancó la orden de detención a los comisarios.

Es inepto arrojar sobre Miranda la responsabilidad del fracaso de Maëstricht; ya he expuesto por qué esta plaza no podía caer. Las medidas tomadas por el general no parece que puedan ser criticadas; Mortiner-Ternaux es quien tiene razón.[21] El cerco de esta fortaleza pidió siempre despliegue de fuerzas considerable. En 1579, Alejandro Farnesio, el mayor guerrero de su siglo, no pudo tomarla sino después de tres asaltos, y entró, llevado por sus soldados, sobre miles de cadáveres. Maëstricht detuvo durante un mes al mariscal de Sajonia, que tenía a su disposición 100.000 hombres y más de cien cañones. En 1830, los belgas sitiaron inútilmente la ciudad. Maëstricht era, pues, plaza muy

fuerte; ocupada en 1793 por una guarnición numerosa, podía defenderse bien y se defendió, en efecto, durante varios días contra el pequeño ejército al que se había encargado de bombardearla. Cuando al año siguiente fue atacada de nuevo, Jourdan, hábil maniobrero, pasó el Roër para ir a batir a los austríacos, que una vez más se disponían a socorrerla; Kleber consiguió apoderarse de ella después de doce días de trinchera abierta; lo que probablemtne habría hecho Miranda, a no ser por la derrota de Aquisgrán. Las operaciones de los franceses en 1794 no difieren en nada de las ordenadas por Miranda el año precedente, sólo que en vez de Valence y de La Noue, era Jourdan quien estaba allí.

Acerca de las causas de la derrota de Neerwinden, Miranda se alzaba enérgicamente contra todo equívoco que hiciese sufrir a su reputación ante la Historia: "No existe en toda la Revolución, escribirá refutando los dichos de Champagneux, un asunto que haya sido más profundamente examinado ni más claramente establecido".[22] Y veremos que le asistía por completo la razón. El venezolano ha sido víctima de la perfidia de Dumouriez y de la ignorancia de los numerosos autores que adoptaron su relato respectivo a las responsabilidades de la campaña y en seguida fue alejado sin retorno de la actividad militar, en la que todavía hubiese podido rendir grandes servicios a Francia.

Su caso no es único: hoy se sabe por medio de qué viles calumnias se arrebató a Pichegru su honor de soldado, acusándole de traición por el testimonio de algunos bribones, y de incapacidad por reveses de los cuales no era responsable o en los que Jourdan compartía, al menos, la responsabilidad.

Reanudemos el hilo de la historia.

Dumouriez quiso tentar la suprema probabilidad de obtener una victoria que reafirmase su quebrantada situación y le permitiese marchar contra París. Estaba "abiertamente en pugna con la Convención, proscrito y necesariamente comprometido a derribarla o a perecer".[23] Abandonó, pues, las posiciones que Miranda había designado al ejército al otro lado del Dyle y que cabe, según el testimonio de peritos y de historiadores, juzgar inmejorables. Las tres divisiones de infantería acampaban en las alturas detrás de Lovaina, cubiertas por el canal de Malinas; la reserva y un cuerpo de caballería se encontraban cerca de Bautersem, tres leguas más adelante; la vanguardia ocupaba Cumptich, dos leguas más lejos. Fue cubierta Bélgica, en espera de refuerzos de Francia. Un precedente ilustre, el del mariscal de Sajonia, demuestra la excelencia de la elección, y, como dice Servan, "prueba la exactitud de la visión de Miranda tomando esta posición y queriendo conservarla". El antiguo ministro de la Guerra creía que el abandono del plan del venezolano fue la causa de los desastres posteriores del ejército.[24] En efecto, se trataba de una de las posiciones más ventajosas para proteger a Bélgica, es decir, para alcanzar el fin que parecía imponerse como esencial al alto mando francés en las condiciones en que se encontraba el ejército. Miranda no tenía necesidad de ser tan gran capitán como el glorioso vencedor de Fonteno y para comprender que la toma de Lovaina y de Malinas haría caer el Flandes holandés y obligaría a los franceses a retirarse precipitadamente hacia Bruselas por Mons y Ath, en una marcha que presentaría el flanco al adversario.[25] Por añadidura, el ejército, especialmente las tropas de Valence, había abandonado gran parte de su material y casi todos sus efectos de campamento; era indis-

pensable restablecer la cohesión y levantar el ánimo de los soldados procurándoles descanso y refuerzos.[26] Cuando se es el más débil, el arte de la guerra consiste, según Napoleón, en ganar tiempo.

Sin embargo, Jomini juzga peligrosísimas aquellas posiciones y aprueba que Dumouriez las haya dejado. El crítico militar suizo encuentra que el enemigo —y ésa era, en efecto, su intención— hubiera podido rodear a Cumptich por la derecha, arrebatar la vanguardia y arrojar la reserva y la caballería sobre el cuerpo del ejército, que hubiese corrido grave riesgo, dado que no existía ni campo de batalla reconocido ni orden de concentración, mientras que el enemigo se situaría a un extremo de la línea. El coronel Bourdeau comparte esta manera de ver: en opinión suya, la dispersión del ejército era excesiva en momentos en que la concentración era lo más necesario en vista de una batalla inminente.[27] Dumolin, en fin, piensa que un ejército tan poco propio para la defensiva amenazaba desbandarse; le parece que era menester atacar a Coburgo antes de que entraran en la línea de combate Beaulieu y Hohenlohe-Kirchberg, que marchaban contra Namur, y de los holandeses, que iban a pasar el Mosa.[28] Eso es el resumen de la opinión del mismo Dumouriez.

Sea ello lo que fuere, el general en jefe tomó disposiciones "un poco deshilvanadas e insuficientes".[29] Asignó a sus lugartenientes los siguientes mandos: a Valence, el ala derecha; a Chartres el centro, a Miranda la izquierda. Además de los 7.000 hombres que componían este ala, Miranda tuvo a sus órdenes el cuerpo de los 3.000 flanqueadores de izquierda bajo Miaczynski y la división Champmorin, con una fuerza de 6.000 hombres

que se sostuvo en Diest hasta el 17 de marzo. En este número total estaban comprendidos 2.000 jinetes. El día de la batalla Miaczynski había dejado su infantería, o sean ocho batallones, cerca de Lovaina. La Marche recibió la vanguardia y Chancel la reserva. El reparto de las columnas entre estos diferentes cuerpos sufrió, por consiguiente, modificaciones que serán señaladas oportunamente. Dampierre se trasladó a la derecha de Cumptich, apoyado en la división que ocupaba Lummen, y Miaczynski se dirigió a Diest y Tirlemont, protegida por el Geete. En Namur se quedó D'Harville con 7.000 hombres. El cuerpo que mandaba La Marlière quedó también alejado del grueso del ejército.

La nueva campaña proyectada por Dumouriez parecía tan temeraria como la que acababa de frustrarse. Primero, el enemigo disponía de más de 50.000 hombres de buena calidad, mientras que los franceses no eran más de 35.000,[30] de los cuales algunos pertenecían a esos cuerpos de voluntarios que ya habían desertado en muchas ocasiones y que no podían inspirar confianza, sobre todo si se encontraban enfrente de tropas sólidas. A esta desventaja inicial no tardarían en añadirse las que procedían de la presunción de Dumouriez, propenso siempre a tomar por imbéciles a los generales enemigos y de su intención de dar a toda costa una batalla, "una buena batalla en campo raso", que realzaría su gloria; para perder esta batalla escogió el mismo campo en que un siglo antes el mariscal de Luxemburgo había batido al príncipe de Orange.[31]

El general en jefe ya no discutía con Miranda los asuntos militares; el duque de Chartres, Valence y Thouvenot eran solamente sus confidentes o consejeros. "Al principio pensé, escribe el venezolano, que eso no era más que efecto de su amor propio,

creyendo tal vez que yo debía de plegarme algo más a sus caprichos." Así, el que Dumouriez llamara antes "la cabeza filosófica y militar por excelencia del ejército" no tuvo parte alguna en la preparación de las operaciones que llevaron a la derrota de Neerwinden, las cuales él juzgaba absurdas, encaminadas a malogro cierto y que trató de impedir con sus consejos.[32]

El 15 de marzo, Coburgo marcha sobre Tirlemont y lo ocupa por el cuerpo del archiduque Carlos, que forma la vanguardia austríaca; ante la noticia de este suceso y a consecuencia de una mala interpretación, Neuilly, Dampierre y Miaczynski retroceden. El momento parece crítico; Dumouriez lo remedia con prontitud y energía haciendo avanzar a todo el ejército.[33] "Los enemigos que atacan en este momento la vanguardia, escribía Miranda a los comisarios, me obligan a poner a la cabeza de mi división";[34] con el cuerpo de ejército de Champmorin ataca y recupera Tirlemont [35] al día siguiente a las nueve de la mañana, y amenazando el ala derecha del enemigo por Oplinter, le obliga a que se retire entre las dos Geetes, frente a Neerwinden. Un combate victorioso se dio todavía en Goidzenhoven. Lo de Tirlemont costó 800 hombres a los austríacos y devolvió la confianza al ejército francés: "No solamente, escribía Dumouriez, se ha defendido con la mayor firmeza, sino que ha atacado con buen éxito".[36]

Los franceses ocupaban las posiciones que dominaban el camino de Saint-Trond, con su derecha hacia Goidzenhoven, su izquierda hacia Oplinter, en un frente de más de dos leguas, demasiado extenso, dado el reducido número de las tropas y el riesgo que corrían los diferentes cuerpos de perder todo contacto entre ellos. Las divisiones de Miranda se encontraron situadas

detrás de las alturas de Wommerson, excepto los veintiún batallones de Champmorin, que no pasaron el gran Geete hasta el siguiente día.[37]

Los imperiales tenían una línea de alturas entre Racour a la izquierda y Leau a la derecha, que ocupaba el archiduque, así como a Halle y Dorsmael; el centro, a las órdenes de Colloredo, estaba en Neerwinden; la izquierda, mandada por Clerfayt, defendía a Overwinden.

Dumouriez prevenía el ataque austríaco tomando la ofensiva: era proceder según un precepto del que Napoleón sabrá sacar felicísimos resultados. Pero, en el caso presente, lo verosímil es que si el general francés hubiese sabido esperar, el empuje enemigo se habría roto contra sus líneas. Cambiáronse los papeles: fue Dumouriez quien se lanzó al asalto de posiciones muy fuertes, inatacables de frente, defendidas por un ejército harto superior en número al suyo y que disponía de una artillería formidable: fracasó. Jomini estima que, a fin de cuentas, el partido tomado de dar batalla en semejantes circunstancias puede defenderse, pero que, para asegurar el buen éxito, el general en jefe habría debido llamar las tropas de D'Harville y de La Marlière y así como también, aun a riesgo de abandonar puestos secundarios, reservar todos sus medios para el golpe decisivo.[38]

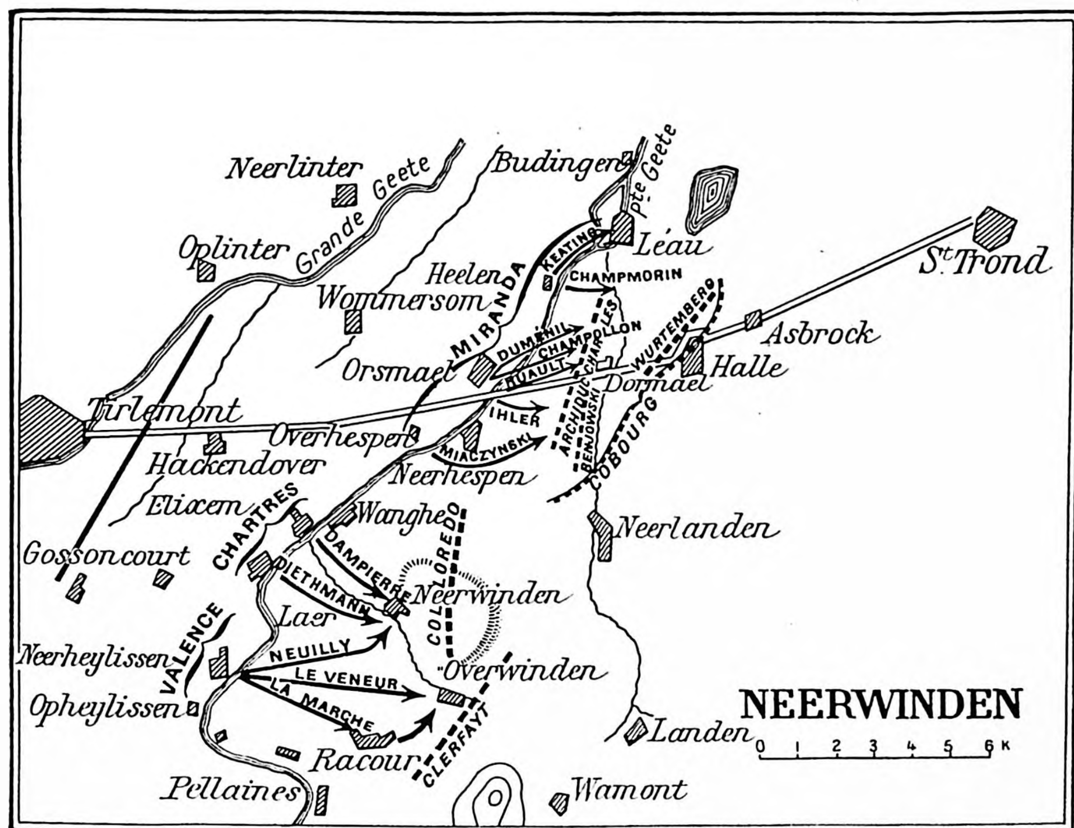
Dumouriez se creía un genio en materia de arte militar; se trata de una opinión completamente personal y que nadie está obligado a compartir. Los elogios que adjudica a sus propias concepciones, sus críticas de las campañas de Napoleón, todo eso es ridículo. En Dumouriez, el grano de locura que se atribuye a todo hombre de cierta valía, alcanza grandes proporciones. Naturalmente, habla poco de las faltas cometidas en las opera-

ciones de Holanda y de Bélgica y que, sin embargo, la posteridad no tiene por qué ignorar; la batalla de Neerwinden es la más grave: "Estoy asombrado de que haya sido capaz de semejante error", escribe Miranda a Pétion. "Es inconcebible", exclama Money. Y el error, que estuvo a punto de costar la cabeza a un inocente, habría sin duda hecho caer la del culpable si no hubiese tomado el partido de desertar. "Las operaciones estratégicas de Dumouriez, escribe Jomini, fueron constantemente falsas, excepto la de Argona",[39] y aun en Argona, ¿no cometió una falta muy grave descuidando la conservación del Chêne-Populeux y de la Croix-aux-Bais, por donde los prusianos rompieron sus líneas e hicieron correr al ejército peligros de que no escapó sino gracias a la sangre fría de Miranda y al buen mantenimiento de su división? En esta campaña, Brunswick y Dumouriez parecen haber "rivalizado en torpezas".[40]

Las disposiciones adoptadas por Dumouriez en Bélgica presentaron constantemente peligro de diseminación de fuerzas, y habría llegado pronto al desastre si hubiese tenido otros adversarios que no los generales austríacos, lentos e incapaces de iniciativas osadas. La guerra habría podido prolongarse indefinidamente de no lanzarse Dumouriez mismo al precipicio en Neerwinden, donde los vicios de su táctica se manifestaron con ruido en el campo de batalla. El general Colin ha escrito que después de Dumouriez "nadie ha quedado en estado de mandar un ejército", y añade que durante este primer período de las guerras revolucionarias no hubo ningún jefe capaz de hacer maniobrar una división o una brigada.[41] Cabe estimar que este distinguido escritor exagera: es posible, a lo largo de las páginas del presente libro, comprobar los errores prodigiosos que llevan

al pasivo de Dumouriez el fracaso de las expediciones de Holanda y de Bélgica, y uno se pregunta con susto qué falta no hubiera podido cometer este hombre de no estar, como quieren sus admiradores, "superiormente dotado". En cambio, Pichegru, Hoche, al que se puede atribuir el espíritu militar más francés de la Revolución, sin contar a Moreau, con quien el general Colin es particularmente severo, obtuvieron resultados muy brillantes, poniendo ya en práctica algunas de las innovaciones de que debía hacer uso tan maravilloso el genio de Bonaparte. Por su audacia y su energía en ciertas campañas, Jourdan ha sido comparado al gran Condé, y el austríaco La Tour confesaba que no habría creído que hubiera hombres capaces de hacer lo que hicieron en el paso del Ourthe los soldados de Jourdan.[42] En 1799, Brune en Holanda, Massena, Soult y Lecourbe en Suiza, elevaron al supremo grado la gloria militar de la Revolución y salvaron a Francia, acorralada y atacada a la sazón por verdaderos hombres de guerra como Suvorof.

Cuando Miranda critica el ataque en Neerwinden como "contrario a las reglas del arte", no se vale de un lugar común que autorice al general Valence a chancearse a costa de él desde la cima de su altanera ignorancia: Miranda sabe que raramente un ataque de frente tiene buen logro contra tropas establecidas en sólida defensiva, y que es necesario, en tal caso, recurrir a la maniobra para vencer la resistencia del adversario; sabe que el combate de frente, aun en campo raso, no conduce a ninguna solución, al menos que una de las dos partes disfrute de superioridad numérica aplastante.[43] Además, Dumouriez dividió su ejército en ocho columnas, distribuidas en tres cuerpos, que obraron separadamente en un frente demasiado extenso, y la batalla


NEERWINDEN
Neerlinter
Grande Geete
Budingen
Pte Geete
Oplinter
Léau
St Trond
Heelen
Wommersom
KEATING
CHAMPMORIN
MIRANDA
DUMÉNIL
CHAMPOLLON
RUAULT
CHARLES
WURTEMBERG
Asbrock
Orsmael
Halle
Dormael
Tirlemont
IHLER
ARCHIDUC
BENJOWSKI
COBOURG
Overhespen
MIACZYNSKI
Hackendover
Neerhespen
Elixem
CHARTRES
Wanghe
COLLOREDO
Neerlanden
Gossoncourt
DAMPIERRE
DIETHMANN
Neerwinden
Laer
VALENCE
NEUILLY
Neerheylissen
LE VENEUR
Overwinden
Opheylissen
LA MARCHE
Racour
CLERFAYT
Landen
Pellaines
Wamont
0 1 2 3 4 5 6K

consistió en una serie de combates parciales, ejecutados por masas sin ningún enlace entre ellas. Es que todavía se tenía la vieja organización por destacamentos, que el mariscal Foch ha criticado en nuestros días;[44] es también que aún no se había comprobado la superioridad de la maniobra que, gracias a la holgura y flexibilidad de las operaciones, procuraría a los ejércitos de Napoleón la ventaja de su fulmínea movilidad.

Pasando por alto las razones políticas que pudiera tener para desear la batalla, Dumouriez aboga su plan, desde el punto de vista militar, diciendo que no podía pensar en defender los Países Bajos, pulgada a pulgada, con "un ejército indisciplinado que carecía de suficientes generales, incapaz de ejecutar marchas rápidas y maniobras hábiles, frente a una caballería numerosa y aguerrida y no teniendo a las espaldas ninguna plaza, ninguna posición fortificada".[45] Pero justamente aquel mal estado del ejército, desprovisto de todo, de calzado, de ropa, cuya caballería no tenía forrajes, cuya artillería no tenía armones, parecía imponer la adopción del plan de Miranda, que consistía en reorganizarse al mismo tiempo que se cubría a Bélgica. Este plan era ejecutable, puesto que el mismo Dumouriez nos dice en sus *Memorias* que pensaba, si era vencido, reocupar sus posiciones para proteger a Bélgica y reforzar sus tropas.[46] El general en jefe alegó también una razón de orden militar, y ésta de carácter más imperioso: "Ante la noticia que he recibido, escribía Beurnonville al día siguiente de la derrota, de los peligros de Namur y de la aproximación de un cuerpo de ejército de cerca de 10.000 hombres, que se dirigía a Bruselas y a Lovaina, me ha parecido que sólo podría salvar la cosa pública expulsando al enemigo de su campo de Neerwinden".[47] El general en jefe, decidido al

combate, asignó a sus tropas los siguientes diversos objetivos: las columnas de la derecha, con La Marche, Le Veneur y Neuilly, dirigidas por Valence, atacarían a Racour, Overwinden y Neerwinden; las columnas del centro, con Diethmann y Dampierre, bajo las órdenes del duque de Chartres, se lanzarían conjuntamente, de frente y por la derecha, contra Neerwinden, cooperando con Neuilly; las columnas de la izquierda, al mando de Miranda, operarían así: Miaczynski, después de haber pasado el pequeño Geete, en Overhespen, avanzaría, en combinación por su derecha con Dampierre; Ruault, atravesando el río en Orsmael desembocaría por el camino de Saint-Trond a Lieja; Champmorin iría contra Leau, pasando el gran Geete en Bingen. La posición de Leau vendría a ser en cierto modo el eje de un movimiento general de conversión a la izquierda, que podría llevar la derecha hacia Saint-Trond y obligar al enemigo a retirarse a Tongres.[48] Dumouriez pensaba poder establecer, después de la batalla, una línea que se extendería desde Leau hasta Saint-Trond.

El 18 por la mañana, las tropas de Miranda atacaron los pueblos de Orsmael y de Heelen y los puentes, rechazando al enemigo. Hacia las diez y media, el general fue invitado a ir a la derecha para conferenciar con el comandante en jefe; en presencia de Thouvenot, Dumouriez le entregó un pliego sellado que contenía instrucciones para la batalla; Miranda, sorprendido, observó que no se había operado ningún reconocimiento por la derecha; que no había bastantes puentes para atravesar el río; en fin, que la posición del enemigo en las alturas de Halle y de Villeré, era demasiado ventajosa.

—¿Sabe usted —preguntó al comandante en jefe— el número de enemigos que tenemos enfrente?

—Creo que se eleva a cincuenta y dos mil hombres.

—¿Cuántos somos nosotros?

—Treinta y cinco mil.

—¿Cree usted posible que logremos desalojar al enemigo de semejante posición?

Como Dumouriez no quisiera discutir, Miranda se inclinó.

—Cuente usted conmigo —le dijo—; no dejaremos de cumplir sus órdenes, atacando vigorosamente con cinco columnas.

Y llevando en mano la orden escrita, fue a encontrar a sus lugartenientes y les intimó que ejecutasen puntualmente las prescripciones del general en jefe.[49]

Esta orden escrita de Dumouriez, y que era lo único que debía salvar la cabeza de Miranda, estaba concebida en estos términos: "El general Miranda atacará por la izquierda, entre Orsmael y la Chapelle de Betania, tanto con sus tropas como con las del general Champmorin; pasará el río por todos los puentes y atacará con otras tantas columnas y vigorosamente al enemigo en su posición. Queda advertido que el ataque es general desde Overwinden hasta la Chapelle de Betania. La totalidad del ataque de la izquierda está absolutamente a sus órdenes. El general Champmorin debe necesariamente conservar el puente de Budingen y emplear en él una fuerza bastante imponente para poder, en caso de necesidad, amenazar al enemigo con un ataque de flanco hacia la parte de Leau, donde esta fuerza marcharía en columna". Así se ve lo que vale la versión de Dumouriez, adoptada, lo cual es muy asombroso, por Mortimer-Ternaux, entre otros historiadores,[50] según la cual la izquierda debía limitarse a servir de eje al ejército, sin avanzar ni retroceder. La confusión proviene, sin duda, del papel harto singular

atribuido en el plan en cuestión a las tropas que ocuparían Leau. De todas maneras, aun admitiendo que la idea del general en jefe hubiese sido la de lograr una conversión a la izquierda, girando sobre el cuerpo entero de Miranda, debe convenirse, con el general Bourdeau, que la concepción que se había hecho Dumouriez de la batalla era "extraña y muy atrasada", y que entonces era imposible emplear semejante táctica, que habría sido "ya difícil de llevar a buen término en un simple terreno de maniobras".[51]

Miranda formó su cuerpo de ejército no en cinco, sino en siete columnas, mandadas por los generales Ruault, Champmorin, Miaczynski e Ihler, y los coroneles jefes de brigada Champollon, Dumenil y Keating. Reservóse el conducir personalmente al asalto las columnas Ruault, Champmorin y Dumenil,[52] así como la de Champollon.

Tenía, pues, Miranda enfrente el ala derecha enemiga, apoyada en la calzada de Saint-Trond y mandada por el archiduque Carlos. Algunos historiadores han querido ver huella de preocupaciones políticas en la manera como Dumouriez distribuyó los mandos.[53] El duque de Chartres estaría destinado, con la ayuda de Valence, convertido en el hombre de confianza del general en jefe, a ser el héroe de la jornada y a realzar el prestigio de la Casa real. Miranda, el amigo de los girondinos, el republicano que el rencoroso Dumouriez comenzaba a perseguir y de quien era preciso deshacerse, tendría que desempeñar en Neerwinden el mismo papel que Dampierre en Jemmapes, es decir, el de ser aplastado, para la mayor gloria de Chartres y de Valence, que, vencedores a la derecha, irían a "salvar de Miranda lo que quedase, si es que quedaba algo". Ignoro lo que puede haber de

cierto en estas conjeturas; me inclino más bien a pensar que si es verdad que Dumouriez trataba, desde luego, de perder a su lugarteniente, no menos quería aprovechar todavía sus cualidades, en vista de sus propios fines. En todo caso, Dumouriez no podía querer al mismo tiempo una derrota para Miranda y una victoria para sí mismo.

Sin embargo, es evidente que la misión del venezolano era muy difícil. El inglés Money, valeroso y capaz, se alza contra el error cometido por Dumouriez atacando el flanco derecho de los imperiales, porque el terreno era muy desventajoso para él y fácilmente defendible. Las tropas asaltantes iban a encontrarse impedidas de moverse libremente, de buscar los caminos, de hacer uso de sus cañones —pues maniobraban bajo el fuego cruzado de las baterías disparando desde las alturas—, en medio de praderas húmedas donde se atascaría la artillería. "Es contrario a los usos de la guerra, ha dicho Napoleón, comprometer más tropas que las que el terreno permite desplegar."

En Neerwinden se representó el caso de Rossbach, donde, como lo advertía el mariscal de Belle-Isle, "contra todos los principios del oficio y del buen sentido, se metió a las tropas en un callejón sin salida y a mitad de una pendiente, dejando al enemigo dueño de la altura". Jomini piensa que el general en jefe se equivocó al atacar las posiciones enemigas por el punto más formidable, acumulando las tropas en una estrechez cerrada, golpeada de flanco por la artillería. Dumouriez no hubiera debido nunca extender su izquierda como lo hizo y comprometerla tan malamente. Como quiera que parte de las tropas de Miaczynski quedaba todavía atrás y las de Champmorin llegaban hasta Leau, resultó que Miranda no tuvo sino 10.000 hombres

para oponer a 18.000 austríacos. La posición del enemigo hubiera podido rodearse por la izquierda, y tal vez un movimiento en ese sentido le habría obligado a replegarse.[54]

Michelet ha hecho una observación que merece recordarse: para cualquiera que conozca las guerras de la monarquía, es verosímil que el mando austríaco tuviese cuidado de colocar al archiduque Carlos donde una gran superioridad numérica le pusiese, según toda probabilidad, a cubierto de un fiasco. Por razones de orden exclusivamente militar, derivadas de la situación del enemigo, Dumouriez calculaba, él también, que la izquierda austríaca "debía ser más débil y susceptible de ser copada o desalojada;"[55] luego la derecha, opuesta a Miranda, era la parte más fuerte del adversario. Por otra parte, los batallones de la izquierda francesa eran de calidad mediocre; entre ellos se encontraba la división Miaczynski, "que dio la señal de la desbandada y huyo dos días antes en el bosque de Lovaina".[56]

Se ve que la batalla era, en suma, muy aventurada, y que particularmente la empresa confiada a Miranda era una de las más aleatorias que se pudiera encargar a un jefe cualquiera.

Llegada la hora, las tropas de Valence pasaron por la derecha a la acción, apuntando a Racour y a Overwinden; fueron tomados estos pueblos. Siguióse un encarnizado combate para sostenerse en ellos y luego para apoderarse de la pequeña eminencia de Middelwinden, que los austríacos disputaron con buen éxito. Clerfayt dirigió, en fin, personalmente un sexto asalto a Racour, clave de la operación, y se apoderó de él. El parte oficial imperial advierte que Dumouriez mandaba en persona la defensa de Racour, con tropas superiores en número a los batallones austríacos. Al caer la noche, Overwinden debió ser tam-

bién abandonado al enemigo. Los franceses estaban extenuados.[57]

En el centro, las columnas Neuilly, Diethmann y Dampierre atacaron a Neerwinden, que Colloredo les disputó ásperamente, sostenido por una poderosa artillería. Los franceses, dominados por alturas erizadas de cañones y flanqueadas por fortísimas posiciones ocupadas por el enemigo, sufrieron grandes pérdidas y se vieron obligados a retroceder; formaciones enteras huyeron. Dumouriez consiguió reunir sus batallones para una postrera tentativa y se batió con heroísmo a la cabeza de los soldados, que marchaban cantando la Marsellesa. En este duelo épico, Valence fue herido y quedaron muertos sus edecanes y el general Desforêts.

Al cesar la batalla, Racour, Overwinden y Neerwinden, objetivos de Dumouriez, quedaban en poder de los imperiales. El ataque de la derecha había fracasado:[58] fue una carnicería inútil. Las posiciones francesas eran insostenibles y había que pensar en volver a pasar inmediatamente el pequeño Geete. Encontrarse al otro lado de este río, vencido, con sus tropas diezmadas, he aquí lo que Dumouriez querría presentarnos como una victoria: ni el general Le Veneur, que tomó el mando en lugar de Valence, ni el duque de Chartres fueron de esa opinión, y apoyados por todos los oficiales generales decidieron replegarse al amanecer. El aserto de Dumouriez de que los franceses se preparaban a reanudar el combate al siguiente día carece de fundamento alguno.

Por la izquierda, a eso de las dos, Miranda lanzó sus soldados al ataque antes que cualquier otro general;[59] cuatro columnas pasaron por el puente de Orsmael y la calzada de Saint-Trond,

la quinta por el puente de madera de Heelen, y la sexta por el de Leau. Ruault tomó a Orsmael y Miaczynski se apoderó de Dormael.

El príncipe de Coburgo había ordenado a Wurtemberg que ocupara con el ala derecha de la segunda línea las alturas detrás de Halle para asegurar el flanco derecho, y al mariscal Benjowsky que apoyase con la segunda división la vanguardia del archiduque, encargada de defender a Dormael. El generalísimo se reservó la dirección personal de las operaciones de su ala derecha.[60] Wurtemberg dividió sus tropas y envió algunos batallones contra el flanco de Miranda, que luchaba ya con un enemigo superior en número.

Dos veces Miaczynski arrancó Dormael a las tropas de Benjowsky, pero una última carga a la bayoneta expulsó del pueblo a los franceses, que se desbandaron. El ayudante-general Thuring tomó entonces el mando de esta brigada, "volvió al fuego y supo desembarazar con una hábil maniobra el centro de la izquierda, con lo que detuvo los progresos del enemigo". La izquierda se vio en peligro de ser copada, dirá él, "por la cobardía de Miaczynski, que fue el primero en escapar".[61]

El archiduque se sostuvo frente a Ruault y dio a Benjowsky, que acababa de rechazar a Miaczynski, y a una parte de las fuerzas de Wurtemberg, tiempo para llegar a reforzarle. La artillería austríaca, a las órdenes del primer teniente Smola, se mostró muy eficaz, al mismo tiempo que la infantería, llevada por el archiduque en persona, avanzaba a la bayoneta. La caballería imperial, dragones de Coburgo y húsares de Estherhazy, cargó a su vez, y los soldados de Ruault, abrumados por el número, se replegaron en desorden hacia el puente de Orsmael.

Encarnizada hubo de ser la lucha entre Wurtemberg y Champmorin. Este había tomado posición en las alturas, entre los dos ríos, teniendo a sus flancos el 13.° regimiento de caballería y el 3.° de dragones; los cazadores del teniente coronel Segond fueron colocados un poco más adelante en la derecha, cerca del puente de Heelen. Poco después Champmorin hizo reconocer su izquierda hasta Leau, que el enemigo abandonó. Moreau y Segond avanzaron hasta Halle; el coronel Keating se apostó en Leau con dos escuadrones del 13.° regimiento de caballería y los dragones del 3.° y esperó allí la llegada de su infantería, retrasada por los destacamentos enemigos; tomaba disposiciones para atacar en seguida el pueblo de Boyenhoven cuando vinieron a decirle que los austríacos habían situado detrás cañones y caballería. No tardó en comprobar que el enemigo, en vez de seguir su marcha hacia Saint-Trond, se detenía e iba hacia su izquierda. Estaba obligado a defenderse del lado de Leau y se disponía, por otra parte, a secundar a Champmorin por el lado de Halle.[62]

Poco antes de las dos Miranda había enviado a Champmorin un billete que contenía la parte final de la orden del general en jefe, concerniente al ataque general de la izquierda; el papel de las tropas de Keating, en Leau, parece estar bien indicado en ese billete. Champmorin juzgó que la orden de avanzar "no era sino condicional" para toda la división, y se limitó a disposiciones preliminares, en espera de nuevas instrucciones; pero media hora después Miranda fue en persona a "atestiguarle su sorpresa por no haber seguido más adelante", y le ordenó que apoyase su ofensiva. Atacó, pues, en dirección de Halle; Wurtemberg desembocó con fuerza en todos los puntos del pueblo, le abrumó con un fuego espantoso de artillería y cargó contra él impetuosa-

mente. Los franceses se reconcentraban, sin embargo, con el mayor valor, batiéndose en un terreno zanjado en todas partes, cuando los fugitivos de las columnas Ruault y Miaczynski trajeron la confusión a toda la línea de batalla. Champmorin y Keating retrocedieron a su turno, el inglés en buen orden. El pánico se apoderó de los soldados; huyeron los artilleros al galope. Champmorin corrió al puente de Heelen para situar cañones: allí encontró a Ruault, quien, desmontado, mandaba a todos los diablos a los voluntarios nacionales que le habían abandonado cobardemente.[63]

En la izquierda, como en otras partes, fue la artillería austríaca, colocada ventajosamente, la que detuvo el ímpetu de las divisiones francesas. La infantería de Miranda no podía desplegarse; sus cañones, que perdían los caballos bajo el fuego del enemigo, no podían ser puestos en batería. El informe oficial enemigo señala los esfuerzos del general para reemplazar sus piezas destruidas. La brigada del coronel Champollon tuvo, en cuatro minutos, 17 caballos muertos y 4 piezas desmontadas. Generales y oficiales rivalizaron en valor: "Todos los generales, oficiales superiores o de Estado Mayor estaban fuera de combate", escribe Dumouriez.[64] "Los mismos oficiales generales han sido soldados cuando han debido serlo", decía Beurnonville a la Convención. Guiscard, comandante de artillería, fue muerto; Ruault, Ihler, Hoche, fueron heridos; a Thuring le mataron dos caballos. Moureau, el futuro vencedor de Hohenlinden, que entonces mandaba el primer batallón de voluntarios de Ille y Vilaine, se distinguió gloriosamente.[65] Los coroneles Branchara, del primer batallón del Eure; Dessault, del segundo batallón del regimiento 56, y Boudeville, del regimiento 74, gastaron celo y esfuerzos

para concentrar sus hombres y revolverles contra el enemigo. El bravo Keating mereció los mayores elogios de su jefe inmediato y manifestó en sus disposiciones "todo lo que puede el talento, junto con una gran experiencia de la guerra". Estuvo muy bien secundado por Dejean y por Valhubert.[66] Baron, ayudante de campo de Miranda, cayó al lado de su jefe, cuyo otro ayudante fue también herido. En cuanto al mismo Miranda, demostró en el campo de batalla la heroica frialdad de que nos habla Michelet. En la barra del tribunal revolucionario, el testigo Capron Wagne llegará a decir: "Es que apenas se le ha visto en esta batalla". Para no haber visto sino muy poco a Miranda en esta batalla, es preciso que ese testigo estuviera entre los soldados que escaparon desde el primer momento, pues han hablado otros cuyas deposiciones no han llegado todas a nosotros, pero que retuvieron los jurados y a las que se refería Chauveau-Lagarde en su defensa: "Testigos oculares —dice el abogado— os dan testimonio de que en Neerwinden Miranda estaba a la cabeza de sus tropas, combatiendo en medio del mayor peligro, asaltado por las balas, rodeado de muertos, entre los cuales estuvo uno de sus ayudantes, caído a su lado, y cubriendo de ese modo la retirada del ejército". El director general de Correos, Philippe, es categórico: "Le he visto reunir su tropa dispersa bajo el fuego de una mosquetería que a su lado hería a sus más bizarros oficiales; le he visto en el momento en que el cañón arrebataba al bravo Guiscard, cerca de caer él mismo, muerto o vivo, en poder de los hulanos que le cercaban al alcance de sus pistolas, y siempre intrépido, pero siempre general, mandar fríamente a quienes le rodeaban que rechazasen a aquellos cazadores audaces".[67]

No parece, pues, y nada lo prueba, desde luego, que se haya producido en Miranda en tales circunstancias uno de esos movimientos de caracterizada postración que Gouvion Saint-Cyr advierte en casi todos los héroes. Así, los historiadores que no se atreven a acusarle de cobardía se limitan a reprocharle falta de acometividad.[68] El autor de los *Papeles de un hombre de Estado* dice que este general, cediendo ante el terror pánico de sus tropas, ordenó por su propia iniciativa la retirada, que se convirtió en derrota;[69] pero acerca de este punto el capitán Barthélemy defendió a Miranda: "Soldado hasta los tuétanos, dice, Miranda no era hombre que cediese ante un pánico". En verdad que dudar de su valor parece chanza, pero el destino del personaje fue el de verse atacado y discutido en todas formas. Chauveau-Lagarde hacía todavía un llamamiento, contra fábulas ridículas, al testimonio de todos los que iban a declarar que "en todas partes y en todas las ocasiones le habían visto el primero y el último en el fuego, sin comer, cuando era menester, más que pan, como el soldado, o durmiendo como él en la paja y dando con ello el ejemplo del valor, de la templanza y de todas las virtudes republicanas".[70]

Las tropas, en general, se batieron heroicamente, pero en el curso de esta lucha horrorosa y desigual de más de tres horas, ciertos cuerpos, viendo tal vez la inutilidad de su esfuerzo, abandonaron el campo, a semejanza de lo que pasaba en el centro. Los voluntarios, que prestos siempre a la desbandada sembraban el pánico entre las tropas de línea, huyeron en el mayor desorden, a despecho de la energía impotente de los generales. Los voluntarios han huido sin hacer ninguna resistencia, dice el informe de Champmorin; muy pronto negáronse a ir al combate.

Dumouriez cuenta que cuando quiso, el 19 de marzo, lanzar algunos batallones de Miaczynski contra el enemigo, los voluntarios permanecieron inmóviles ante sus reproches.

El ala izquierda entera volvió a pasar el río, a cuyo abrigo Miranda trató de reocupar sus posiciones de la víspera, conteniendo siempre a los cuerpos enemigos que le combatían y de los cuales ni uno solo pudo atacar la derecha, al cotrario de lo que afirma Dumouriez. Miranda no tenía ya municiones ni víveres; dejaba 2.000 muertos en el campo de batalla. La pérdida total del ejército francés fue valuada por el príncipe de Coburgo en 4.000 muertos o heridos, con 30 cañones. Jomini habla de 1.500 prisioneros. Los austríacos perdieron 3.000 hombres.

Sólo a las siete de la tarde, aproximadamente, cesó por completo el fuego en la izquierda, lo cual pone de relieve una de las innumerables inexactitudes del relato que el general Dumouriez hizo de esta batalla, de "su batalla", como decía Miranda. Asegura, y lo repite Jomini, que oyó extinguirse el fuego en este ala hacia las dos de la tarde; ahora bien, fue precisamente a esa hora cuando se abrió el fuego.

Perdióse, pues, la batalla, lo mismo en la izquierda que en el centro y en la derecha. Ignórase dónde se hallaba esa "parte victoriosa del ejército" de que habla Dumouriez en su informe al ministro de la Guerra. Por lo demás, la "victoria" la inventó Dumouriez después de haber reflexionado, puesto que en el comienzo de su famosa carta a Beurnonville se contentaba con decir: "La derecha y el centro han tenido algún éxito".[71] Tras rudas alternativas, los imperiales lograron rechazar a los franceses y conservar Racour, Overwinden y Neerwinden. Hemos

visto cómo la posición del ejército republicano, con un río a su espalda y la artillería enemiga enfrente, era insostenible. Así, antes de saber lo que ocurría en la izquierda, Chartres y Le Veneur decidieron replegarse. La columna Dampierre, del grupo de Chartres, no esperó siquiera al alba para retirarse: al caer la noche volvió a pasar el Geete y tornó a ocupar sus posiciones en Esemael. Cuando alrededor de las diez de la noche Dumouriez llegó a Laer, se asombró al ver ese puesto abandonado por orden de Dampierre.[72] La huida precipitada de esa columna habría podido tener consecuencias irremediables si cuando pudo tratarse de perseguirle, los austríacos no hubiesen estado tan cansados como los franceses. En este desgraciado asunto, las faltas se multiplicaron. En cuanto al asalto del pueblo de Neerwinde, Neuilly no ejecutó sus instrucciones y se cubrió, después del golpe, con una orden que Valence afirma no haberle dado nunca; La Marche no desempeñó tampoco su misión y se detuvo en Overwinden, en vez de proseguir su ataque para flanquear la izquierda austríaca: este retraso bastó para comprometer el éxito de la jornada.[73]

NOTAS

[1] Miranda a sus conciudadanos.

[2] Véase Michelet: *Histoire de la Révolution française,* IV, 435-439.

[3] G. Ejército del Norte. Corresp. Treilhar y Camus a los Comités diplomático y de defensa general reunidos, 11 marzo.

[4] Ibíd. Véase Luvet: *Mémoires.* (Edición Barrière.) Nota sobre Neerwinden, XII, 248-249.

[5] Chuquet: Dumouriez, p. 137.

[6] Rojas, p. 21. Dumouriez a Miranda, 13 diciembre.

[7] A. N. F7 4689. Plaq. 4, núm. 67. Miranda a Dumouriez, 3 febrero.

[8] B. N. L6 41 618. Interrogatorio de Miranda.

[9] Interrogatorio.

[10] Rojas, p. 375.

[11] G. Ejército del Norte. Corresp. Valence a Beurnonville, 12 marzo.

[12] Rojas, p. 351.

[13] Pingaud: *D'Antraigues,* p. 329.

[14] Rojas, 257.

[15] Dumouriez: *Mémoires,* IV, 17.

[16] *La Trahison,* p. 115.

[17] Declaración del testigo Laloi.

[18] A. N. F7 4689, 5. Miranda a Dumouriez, 12 febrero.

[19] Véase O'Kelly: Francisco de Miranda, p. 146.

[20] Véase Rojas, p. 278.

[21] *La Terreur,* VI, 149.

[22] Véase Rojas, p. 289.

[23] Dumouriez: *Mémoires,* III, 261.

[24] Notes. Capítulo V. Grimoard, en su *Tableau historique*, II, 259, dice, también él, «que el primer error fue desplazar el ejército a la vista de Lovaina, donde le había apostado el general Miranda». El general conde de Langeron encontraba esta posición «excelente». (Véase Pingaud, p. 13.) Finalmente, Louvet escribe que «la retirada que nuestros ejércitos hicieron desde Lieja, Ruremonde y de Grave, por las disposiciones de Miranda, asi como la posición que este general tomó en Lovaina, detrás del Dyle, para proteger Bélgica y al mismo tiempo recibir los socorros que debían llegar por la frontera del Norte al ejército francés, eran tan sabias como juiciosas». (Loc. cit., p. 249.)

[25] Véase Grimoard: Loc. cit., p. 259.

[26] Véase Mortimer-Ternaux, VI, 300.

[27] *L'Epopée republicaine*, p. 68.

[28] Loc. cit., I, 138.

[29] Jomini, III, 101.

[30] Las cifras dadas por Jomini son aquí inexactas.

[31] Louis Blanc, IX, 343.

[32] Proyecto de discurso de Miranda, 29 marzo 1793.

[33] G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 16 marzo.

[34] A. N. WI 271. 30. Miranda a los comisarios, 15 marzo.

[35] Dumolin, I, 138.

[36] G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 16 marzo.

[37] Véanse las órdenes dadas por Dumouriez a Miranda, el 17 marzo, insertadas en Rojas, p. 124-125.

[38] Jomini, III, 104.

[39] Ibíd., III, 143.

[40] Dumolin, I, 105.

[41] Correspondencia de Schaunenbourg, p. LXXI.

[42] Véase Pingaud: *Précis historique par le comte de Langeron*, p. 97.

[43] Véase Colin: *Les transformations de la guerre*, p. 91.

[44] *De la conduite de la guerre*, p. 51.

[45] *Mémoires*, IV, 81.

[46] Ibíd., IV, 83.

[47] G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 19 marzo.

[48] Sobre este último punto véase Jomini, III, 108.

[49] Miranda a sus conciudadanos. Defensa de Chauveau Lagarde.

[50] *La Terreur*, VI, 301, 303.

[51] *L'Epopée républicaine*, p. 71.

[52] Interrogatorio de Miranda ante el Comité de guerra.
Conocemos la mayor parte de los oficiales nombrados. No he podido obtener informes relativos al coron l Duménil.

Gaspard-Adrien Bonnet de Luvat de Champollon, nació en 1737, en la Combe, en Bugey, ingresó en el servicio en el regimiento de Foix; hizo las campañas de Alemania, Normandía, Bretaña, América y Ginebra. Coronel en 1792, se distinguió en Bélgica. El 26 marzo 1793 llegó a ser general de brigada y poco después general de división. Suspendido en septiembre siguiente (Expediente de Champollon).

[53] Véase Michelet, VI, 435-439; Louis Blanc, IX, 342-344.

[54] Jomini, III, 117, y también p. 113. Miranda tenía 12.000 hombres, los austríacos 20.000, dice el coronel Bourdeau (p. 73). Véase además, en Lavisse y Rambaud, VIII, 255; Delhaize, I, 414; Dareste, VII, 452.

[55] Dumouriez: *Mémoires,* IV, 87.

[56] Chuquet: *La Trahison,* p. 116. Véase Mortimer-Ternaux, VI, 301-303.

[57] Chuquet: *La Trahison,* p. 101.

[58] Bourdeau, p. 71.

[59] Interrogatorio de Miranda ante el Comité de guerra.

[60] Véase Chuquet: *La Trahison,* p. 101.

[61] G. Expediente de Thuring. Thuring al Comité de guerra, 19 junio 1793.

[62] Ibíd. Corresp. Informe de Champmorin, 29 marzo 1793.

[63] Informe de Champmorin.

[64] *Mémoires,* IV, 98.

[65] Becerra (I, 23) afirma que en 1806, Moreau, interrogado por los periodistas, en Nueva York, sobre las responsabilidades de Miranda en esta batalla, les declaró que el desastre debía ser atribuido únicamente a las malas disposiciones de Dumouriez. Queriendo verificar esta afirmación, me he dirigido al hombre más calificado para informarme, al profesor Robertson: no ha encontrado nada, en los periódicos de la época, referente a una interviú de Moreau. M. Robertson desconfía de Becerra, «que no es siempre científico en sus métodos». Cree, por lo demás, que Moreau sólo podía tener «un conocimiento de segunda mano respecto a la vida de Miranda en las Indias Occidentales». Es cierto; pero por lo que se refiere a Neerwinden, el testimonio del célebre soldado sería precioso y, es el caso de decirlo, completamente de primera mano.

[66] Informe de Champmorin.

[67] Véase O'Kelly, p. 147.

[68] Dumolin, I, 141.

[69] II, 141.

[70] En 1806, en el momento del ataque de la escuadrilla de Miranda por los barcos españoles, enfrente de Puerto Cabello, el *Leander,* en el que se encontraba el general, se escapó. No se ha dejado de comentar esta huida de manera malévola. Ahora bien, Miranda no se había embarcado de ningún modo para combatir a los españoles en el mar, y debía, por el contrario, evitar sus cruceros, para salvar su expedición. «Durante la escaramuza, dice el *cronista* Biggs, testigo ocular, el general guardó la mayor calma y aunque los oficiales le suplicasen bajar a su camarote —pues todo dependía de su vida—, se negó terminantemente y permaneció en el puente». (P. 176.)

[71] G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 19 marzo.

[72] Jomini, III, 116.

[73] Boudeau, p. 71.

CAPITULO XIII

PELLEMBERG

LA malevolencia del general Dumouriez hacia Miranda muéstrase al desnudo en sus *Memorias*, con motivo de Neerwinde: acusa a su lugarteniente de haber perdido la cabeza o de haber traicionado sus deberes, movido por los celos o la envidia; pretende, además, que Miranda pudo hacerse apoyar por el cuerpo de Miaczynski, que desembocaba en el campo de batalla. En un manifiesto a la nación francesa, fechado el 2 de abril de 1793, en los baños de Saint-Amand, el general en jefe decía: "El 18, he dado una gran batalla: el ala derecha y centro, que yo conducía, han vencido; la izquierda, después de haber atacado imprudentemente ha huido". Champmorin ha reparado vivamente esta "inculpación vaga" contra toda la división de izquierda del ejército, en su carta del 9 de abril a los comisarios:[1] "Hubo retirada precipitada, no solamente en la izquierda, sino también en el centro, escribirá más tarde este general";[2] con el mismo golpe alcanza al duque de Chartres, pues se comprobaron también entre las tropas de éste esas lamentables desbandadas que tuvieron tal

extensión entre las tropas de Miranda. En 1824 el duque dio a luz las *Noticias* sobre los príncipes de su familia, en las que se encuentran, sumariamente trazados, sus propios recuerdos: en lo que se refiere a Neerwinden el relato es bastante confuso, pero merece ser señalado. Según este documento, en la derecha se hicieron oír gritos de *sálvese el que pueda,* las tropas de nueva recluta emprendieron la fuga y "los esfuerzos del duque de Chartres no pudieron prevenir el desorden". El autor, al tiempo que confiesa su fracaso en la derecha, estima que "este revés de fortuna se produjo por la desorganización del ala izquierda del ejército francés, que mandaba el general Miranda. Este ala izquierda de nuestro ejército, añade, había sido dispersada y aún abandonó los puentes, por los cuales los austíacos pudieron pasar el Geete durante la noche y cortar toda retirada al ejército francés. Sin embargo, vivaqueó en el campo de batalla hasta el amanecer y sólo entonces fue cuando empezó su retirada".[3] Esta versión, ligeramente contradictoria, no deja de hacer quedar mal al obligado al general Dumouriez, el antiguo discípulo del señor de Valence.

En cuanto al cuerpo de Miaczynski, la mayor parte tuvo tiempo de empeñarse en Dormael. En cuanto a las otras imputaciones de Dumouriez, Jordini, conforme al mismo Miranda, las ha hecho justicia y demostrado la parcialidad que las dictó. El general conde Reyner, un vaudés que sirvió a las órdenes de Miranda y que debía más tarde cubrirse de gloria en Egipto y en Alemania, afirmaba que las acusaciones del general en jefe contra su lugarteniente eran injustas o exageradas.[4] El mismo conde de Segur, que inventó una fábula audaz a propósito de los acontecimientos del Roër y de sus consecuencias, y que tomó

partido por Valence contra Miranda, no se atrevió a tomar por su cuenta esas acusaciones, calificándolas de inverosímiles y sin base en ningún fundamento. Desgraciadamente, la mayor parte de los historiadores franceses y de los otros escritores de la misma nacionalidad que han hablado de esos acaecimientos, no han vacilado en recoger y propagar el falso relato. El barón Thiebault, cuya ternura por el general Valence tiene algo de conmovedor, en un sentido, se pronuncia sin ambages: si se perdió la batalla fue por culpa de Miranda;[5] su veredicto, que él cree definitivo, le permite admirar en Neerwinden la habilidad de Dumouriez, la precoz prudencia del joven Chartres y la bravura caballeresca del conde de Valence.

La fuga de algunas unidades era un incidente del cual el general Dumouriez no podía dejar de sacar partido para cubrir su responsabilidad en la derrota. Miranda, hábil y astuto, comprendió todo el partido que podía derivar de ello para su propia causa, y así es como nos ofrece el curioso espectáculo de un general extranjero defendiendo contra las imputaciones de un general francés el honor del ejército de Francia: "Acaso la acción más cobarde del general en jefe Dumouriez —dijo ante el Comité de la Guerra—, es la de arrebatar esta gloria a la patria y el honor a los soldados que han sabido morir en su puesto cumpliendo con el más sagrado de sus deberes... Las culpas más esenciales no han sido ciertamente las del soldado, que cuando se le ha conducido bien se ha colmado de gloria, como los de esa misma división lo han hecho al día siguiente y el 22 de marzo en Pellemberg, según propia confesión de sus enemigos... Pero la fuente principal de ese desorden estaba en el estado mayor y el general en jefe...".[6] Y en su proyecto de

discurso para el 29 de marzo, Miranda se expresa así: "Aprovecho esta ocasión para reivindicar el honor de nuestros bravos hermanos de armas, tanto de los que han muerto gloriosamente en esta jornada como de los que les han sobrevivido; honor que ni la patria ni esas ilustres víctimas pueden perder porque le plugo a un general insensato arrojar sobre ellos la vergüenza en que incurriera él solo, dando una batalla contra todas las reglas y los principios del arte. No es que yo pretenda justificar la conducta vergonzosa que tuvieron ese día tres o cuatro cuerpos mandados por malos oficiales, abandonando cobardemente sus puestos,[7] pero la conducta culpable de este breve número no puede empañar la de toda una división que, bajo el fuego más mortífero, ha dado durante tres horas un gran ejemplo de valor y dejado en el campo de batalla 2.000 víctimas de la virtud republicana; estoy persuadido de que los mismos enemigos no les negarán esta justicia. El testimonio de 1.500 hombres, actores en este terrible asunto, se la otorgará sobre el de un general que, sin haberlo visto él, ha tenido, sin embargo, en su proclama del 21, el impudor y la cobardía de lanzar sobre sus tropas las culpas y las consecuencias desastrosas que no eran debidas más que a su impericia o a su malquerencia". Y Miranda cita a César en Gergovia, a Federico en Künersdorf, que no achacaron la pérdida de la acción a la defección de sus soldados, sino más bien la atribuyeron a las circunstancias.[8]

Después del desastre era menester a todo precio salvar al ejército, organizando la retirada que iba a operarse bajo la vigorosa persecución del enemigo. Las órdenes de Miranda transmitidas entre las siete y las once de la noche prueban que él conservó su calma y su sangre fría ordinarias: mandó a Ruault

y a Champmorin ocupar las mismas posiciones que tenían por la mañana detrás del pequeño Geete, con la derecha apoyada en Wommersom, que cortaran los puentes y esperasen nuevas instrucciones. Debían ser reforzados por el general Ihler, a la cabeza de cinco batallones que llegaban de Lovaina y por la caballería. Prescribió igualmente al general Miaczynski que tomase, tras haber dado a sus tropas dos horas de descanso, sus posiciones de la mañana, entre Haeckendoven y Wommersom, llevando por delante la caballería.[9] Decidió detener todas las *tropas que estaban en confusión* detrás de Tirlemont, donde ya estaban los primeros cuerpos desbandados y donde esperaba poderlos reorganizar. No se ve, en estas disposiciones, ninguna traza de desaliento o de precipitación, como pretende Chuquet, de acuerdo con el relato de Dumouriez. "No es exacto, dice el general Jomini, que Miranda se retirase detrás de Tirlemont; una parte de este ala tomó posición en las alturas, delante de Haeckendoven, y parece cierto que la división del general Ruault se retiró con la de Champmorin hacia Oplinter, por temor a ser prevenido por el general Benjowsky, que con seis batallones y 1.800 caballos había pasado hacia Goidzenhoven y ganado las cimas de Overhespen".[10] "Consta, escribe Servan, que las tropas del ala izquierda ocuparon, la noche de la batalla, donde se hallaban antes del comienzo de la acción; verdad de la cual es fácil convencerse comparando estas órdenes (de Miranda) con la del general Dumouriez al general Miranda, en 17 de marzo".[11] Ese día Dumouriez había mandado a las tropas de Miranda que se trasladaran a la altura, entre Wommersom y el camino de Saint-Trond, y de que ocuparan el bosque de Walabergen y el castillo de Wommersom.[12] Y, en efecto, si se com-

paran estas instrucciones y el orden de batalla del ala izquierda con las disposiciones tomadas por Miranda por su propio impulso e inmediatamente después del combate, se queda uno asombrado viendo cómo la verdad ha podido ser disfrazada y engañada la posteridad, a pesar de los textos oficiales, a pesar de la realidad de los hechos, a pesar de la luz deslumbradora que el proceso de Miranda ha arrojado sobre este desgraciado asunto.[13] El colmo es que el general en jefe ha dado más de una versión sobre su batalla; el abate de Pradt dijo que tenía de él y de su ayudante de campo el siguiente relato: A las dos de la tarde este oficial fue a llevar a Miranda, de parte del generalísimo, la orden de "secundar los movimientos de la parte victoriosa del ejército"; Miranda, "sacando su reloj respondió que había días felices y otros infortunados, y de evasivas en evasivas acabó por quedar casi inmóvil. Durante ese tiempo, los austríacos, viéndose libres por ese lado, cayeron con fuerza sobre la parte del ejército francés, que hubo llevado hasta entonces la ventaja, y que al verse falto de apoyo se replegó y retrocedió".[14]

Por fortuna, la verdad ha salido de su pozo para mostrarse en toda su desnudez y destruir las "tergiversaciones y los sofismas", como lo preveía Miranda en su carta a Petion.[15]

El comandante del ala izquierda previno con tiempo a Demouriez de los acontecimientos despachándole un edecán y dos ordenanzas;[16] no obstante, el general en jefe asegura que no recibió ninguno de esos avisos y los historiadores repiten tranquilamente la afirmación de Dumouriez;[17] acaso los portadores de esas comunicaciones cayeron en poder de la caballería de Benjowsky, lo cual explicaría todo. "He mandado, dice Miranda, un ayudante inmediatamente, y dos ordenanzas para preve-

nirle, mientras que yo recibía el mismo informe de la retirada de las otras divisiones por oficiales del estado mayor y ordenanzas. Tan pronto como pude tener una luz para escribir, le hice mi informe muy detallado, que le envié con un correo, acompañado por dos ordenanzas del ejército, para que le llegase lo antes posible." [18] "De noche, haciendo la retirada, entré en la primera casa que encontré, escribí con lápiz e hice salir en seguida un correo, acompañado por dos ordenanzas." [19] Por otra parte, Michelet hace notar que el comandante en jefe no necesitaba mensaje para apercibirse de que el fuego se extinguía a la izquierda; si estaba victorioso en la derecha, debía acudir en socorro de la izquierda, cuyos fuegos había dejado de oír. Además, Dumouriez ¿no ha escrito en alguna parte que el fuego cesó en la izquierda a las dos de la tarde? ¿Por qué, pues, esperó a la noche para informarse de lo que pasaba en ese ala?

A media noche, el general en jefe llegó a Tirlemont, donde, dice Chuquet, encontró a Miranda, quien "fríamente mandaba nuevas de lo ocurrido a sus amigos de París".[20] Esta frialdad del venezolano no concuerda muy bien con la imputación que se le hace de haber perdido el ánimo, pero no quiero extraviarme en semejantes sutilezas. Dumouriez dio orden de restituir todas las tropas a sus puestos, queriendo acaso reanudar la acción al siguiente día, lo cual pareció a Miranda "muy poco sensato", y encargó a dos ayudantes que llevasen a la derecha y al centro la orden de volver a pasar el pequeño Geete, cosa que era inútil, como se ha visto anteriormente.

Pareció "poco sensato" a Miranda no sólo ocupar las posiciones de la víspera, donde había ya enviado sus tenientes con los cuerpos que conservaban su formación, sino traer de nuevo

las tropas que se escaparon en Tirlemont y que previamente haría falta reorganizar. A ese movimiento es al que se adjudican las instrucciones dadas por el general en jefe: Jomini supone que las intenciones de Dumouriez, al tomar tales medidas, eran las de asegurar la retirada del centro y de la derecha, que quedaban en mala postura. Terminada que fue la operación quedó en posición el ejército, con su izquierda hacia Haeckendoven y su derecha apoyada en Goidzenhoven.

Dumouriez parece haber exagerado las condiciones de desorden en las cuales se ejecutó esa retirada nocturna. En realidad, los cuerpos de Ruault y de Champmorin conservaron suficientemente su cohesión para poder retirarse, bajo el fuego del enemigo, sin ser demasiado quebrantados; se reunieron en la posición ocupada la víspera por la columna Champmorin, ocupando todos los puentes, colocando en ellos tropas y artillería para la defensa del paso. Estos soldados se hallaban extenuados por la fatiga y necesitados de víveres: "Los batallones de línea y algunos batallones de guardias nacionales se han portado bien, escribían a Miranda los dos generales a las once de la noche, pero el mayor número de voluntarios o federados nos han abandonado cobardemente, por mucho esfuerzo que hayamos hecho para reunirles";[21] son "los 4.000 cobardes que abandonaron el ejército y me arrancaron de las manos una victoria cierta", decía Dumouriez al general Duval.[22]

Los acontecimientos de los días siguientes demostraron que Miranda había logrado tener en un puño las tropas de línea y que éstas podían hacer frente a un adversario victorioso, aun en las condiciones a las que hubo reducido la temeridad de Dumouriez, pero convenía a la vanidad del generalísimo hacer repre-

sentar todavía en Tirlemont "el milagro de su prestigio"; sabido es cómo el milagro operó entonces y después, cuando quiso llevar a los soldados contra la Convención.

El 19 de marzo, a las cuatro de la mañana, Miranda se encontró con todas las fuerzas que le quedaban, es decir, con los cuerpos de Ruault y de Champmorin, en las alturas de Wommersom; a las nueve fue atacado por el mariscal Benjuwsky, a la cabeza de diez batallones y de seis escuadrones. Durante siete horas Miranda defendió sus posiciones y por la tarde se replegó de nuevo sobre Tirlemont. Dumouriez dio órdenes para que estas tropas atravesasen la ciudad durante la noche y que fuesen a tomar, tras ella, posiciones en las alturas de Cumptich, con la derecha apoyada en el camino real; la operación fue muy bien ejecutada y hubo tiempo de evacuar los depósitos de Tirlemont. Mientras daba instrucciones para estos movimientos al general Duval, Dumouriez estaba del peor humor: hablaba de la cobardía y de la fuga de su izquierda, desde luego sin establecer responsabilidades personales.

Los austríacos continuaban su persecución y era necesario hacer frente a sus ataques, incesantemente renovados; el ejército, sin embargo, se había reanimado. "El enemigo ha cubierto su retirada con mucho orden y sangre fría", dice el informe imperial; la caballería austríaca no consiguió perforar sus líneas. Esta retirada era Miranda quien la dirigía, mandando personalmente la retaguardia: "He dado orden a Miranda de que recupere su puesto en las alturas de Santa Margarita para cubrir allí la retirada", escribía el 19 Dumouriez al ministro de la Guerra. Del ejército francés apenas 12.000 soldados, que quedaban organizados, hacían frente al enemigo.

El 20, el ejército pasó el Velpe y se estableció en Bautersem. Miranda recibió la orden de ejecutar su retirada por la carretera de Lovaina hasta la cruz del camino, entre Bautersem y el bosque de Struys Block-Bosch, lanzando toda su infantería y sus cañones a la cabecera del bosque y al bosque, haciendo talas en él. El duque de Chartres debía situarse en la altura de Bautersem, mientras que Champmorin pasaría por Weber y Ruault por Kerckhem, para guarnecer el bosque de las Liebres y las alturas de Binkon. Con fecha del 21, Dumouriez completó sus instrucciones en estos términos: "El cuerpo de ejército a las órdenes de los generales Miranda, Chancel, Stettenhoffen e Igualdad se formará en dos columnas: una columna pasará por la calzada y se retirará por las alturas detrás de Lovaina, donde está situado el campamento; la otra marchará por Lovenjoul, Corbeek-Oberloo y Heverlé, donde tomará una posición detrás de Lovaina, con la derecha apoyada en el río de Voer y la izquierda hacia el bosque de la comunidad. Este movimiento será ejecutado a las once en punto. El general Miranda tomará el mando de ambas columnas para mantener el orden en ellas".[23]

Más tarde, Miranda hará observar ante el Tribunal revolucionario que es precisamente el 21 de marzo, en el momento en que se le confiaba este importante y peligroso mando, cuando Dumouriez le inculpaba ante los Comisarios de la Convención y obtenía un mandato para enviarle a París a dar cuenta de su conducta. Danton y Delacroix llegaron al cuartel general al día siguiente de la batalla, y Dumouriez les había citado en Lovaina. Danton regresó inmediatamente a Paris. El generalísimo se guardó el decreto de los comisarios para no hacer uso de él hasta el posterior día 25. Tuvo así tiempo para tantear a

Miranda sobre su proyecto antirrepublicano y de aprovechar hasta el fin servicios que rindió durante la retirada este jefe experimentado y valeroso: el general Servan no ha dejado de hacerlo notar.

Miranda vio a Dumouriez el 21, en el cuartel general de Lovaina, donde debía también alojarse; pero descubriendo más perceptiblemente en él sentimientos de defección para la República y de enemistad hacia él, se retiró a su aposento y escribió una carta al ciudadano Petion.[24] En esta carta, enviada por un correo expreso, le pedía que fuese al ejército o que le concediese una licencia para ir a París: era necesario que le descubriese la conjuración formada por "intrigantes infames que —escribía— hacen ya mucho daño y pueden acabar por perdernos y ser la ruina de la libertad". Concluía: "Creo que hay una intriga para deshacerse de mí, como querían deshacerse de V. antes del 10 de agosto. No escribo ni una palabra al ministro ni a nadie. Dejo a Dumouriez y a los demás que hagan sus informes como ellos lo entiendan; creo que la virtud y la verdad se filtran irresistiblemente y que el disfraz de la intriga no puede resistirlas".[25] Por todos lados, en efecto, se trabajaba para despojar a Miranda del mando: imponíanse grandes medidas si se quería salvar lo que quedaba del ejército, y el comisario Chepy, que proponía algunas, era de parecer, a pesar de sentir simpatía por nuestro personaje, que era necesario "retirar del ejército de Bélgica a Miranda, el cual, aunque estimable, no tenía la confianza del soldado".[26]

Volvamos a las operaciones militares.

Tratábase, pues, de retroceder hasta Lovaina: "Voy a recuperar el campo de Lovaina, dice el general en jefe al ministro

de la Guerra, para cubrir a Bruselas y Malinas y esperar allí socorros". Era el plan de Miranda antes del desatino de Neerwinden.

En esta ocasión vemos aún a Dumouriez cometer graves faltas. En vez de procurar concentrar sus fuerzas las dividió. En vez de llamar a sí la división que La Marlière tenía en Amberes y el cuerpo de Harville, para intentar conservar la frontera con una masa de 60.000 hombres, cuya mitad no estaba todavía batida, se limitó a enviar a Neuilly a Judoigne y a Miaczynski a Gemps, creyendo cubrir así a Bruselas.[27] Esto no bastaba y la punta de los austríacos sobre Diest obligó de nuevo al ejército francés a que retrocediera.

Viendo, sin embargo, con dolor que se le escapaban sus conquistas, Dumouriez resolvió correr un último albur y esperar al enemigo en una línea jalonada por Pellemberg, Corbeek, Blanden, Florival y Tombeck.[28] Miranda fue a establecerse en Pellemberg, donde tomó personalmente el mando de la división Champmorin; esta posición domina la carretera de Lovaina a Tirlemont: "Aposté, dice Miranda, para cubrir la retirada, una parte de la división de izquierda en Pellemberg".[29] Cubrió su flanco izquierdo con el cuerpo de Miaczynski y con otros cuatro batallones y colocó delante los cazadores del coronel Segund; Ruault recibió otro destino. Champmorin juzgaba peligrosa la situación de sus tropas y temía ser copado: Dumouriez dio órden de sostenerse costara lo que costase, y la posición fue, en efecto, sostenida. La vanguardia, bajo el general La Marche, ocupó las alturas de Corbeck; Le Veur se situó en el bosque de Meerdael y en Bierbeek, con 18 batallones del ejército de las Ardenas; Dampierre y Neuilly ocuparon a Florival y Tombeek.[30]

En la mañana del 21 los austríacos atacaron con tres columnas: la división del mariscal Benjowsky en el camino de Pellemberg, otra por la calzada de Bierbeek: Clerfayt por Meerdael. Los granaderos húngaros horadaron las líneas de Le Veneur; pero fueron pronto rechazados por las brillantes cargas del regimiento de Auvernia. Se peleó con encarnizamiento en Pellemberg. El enemigo atacó las avanzadas entre las once y mediodía y rechazó a un batallón de granaderos pertenecientes a otra división, así como a los cazadores de Segond. Generalizóse el combate, la artillería entró en acción y hubo de ser recuperado algún terreno. Los esfuerzos del enemigo se dirigieron sobre todo, de una manera arbitraria, hasta la noche, hacia la derecha de Miranda. Empeñado contra fuerzas muy superiores en número Miranda las detuvo durante todo el día, rechazándolas varias veces e infligiéndolas gruesas pérdidas; sus soldados lucharon con gran denuedo y Mack llenóse de admiración ante las cargas operadas por el batallón de Valhubert, "la tropa azul", perteneciente a la división de Champmorin. Keating, una vez más, batióse muy bien a la cabeza del 87 regimiento de infantería.[31] Miranda no se replegó hasta la caída de la noche, obligado por el retroceso de las otras divisiones, especialmente la de La Marche, que parece haber defendido blandamente a Corbeek y que volvió a pasar precipitadamente el Dyle, lo mismo que Le Veneur. Aún fue Miranda el encargado de sostener los puestos más difíciles en esta retirada, donde dio de su persona con un valor sereno, nunca desmentido; con una habilidad igual, sino superior a la de sus colegas.[32]

Jomini dice que el ejército francés mantuvo sus posiciones durante toda la jornada del 22 y que al siguiente día Clerfayt,

que ignoraba los parlamentos entablados la víspera entre Dumouriez y Mack, atacó de nuevo el puesto de Pellemberg y el cuerpo de La Marche: fue entonces, dice, cuando se produjo el repliegue de este general y de Le Veneur, obligando al general en jefe a ordenar también la retirada de la división Champmorin.[33] En eso hay una inexactitud, pues la noche del 22, Dumouriez y Miranda se encontraban en Lovaina, y el 23 el ejército estaba reunido entre Bruselas y el bosque de Soignes.[34] Este último día, mientras el general en jefe dictaba sus disposiciones para atravesar Bruselas, los austríacos ocuparon Lovaina.

El coronel Gobert ha calumniado todavía a Miranda: "Al día siguiente de la batalla, escribe, el ala izquierda, mandada por Miranda, habiendo sido derrotada y puesta en fuga, como la víspera...".[35] Y Delacroix ha mentido escribiendo a Danton que este ala izquierda se había portado mal nuevamente: "Creo, concluía el comisario, que la confianza (en Miranda) está gastada por completo y que sería tiempo de reemplazarle". Delacroix, un antiguo gendarme convertido de pronto en oficial general, había sido ciertamente excitado contra el venezolano, pues tres días antes pensaba justamente lo contrario: "Ayer, decía entonces, nuestras tropas han combatido desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde; su conducta está por encima de todos los elogios".[36] Y fue particularmente la división Miranda la que se batió desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde.

Si hay reproches que hacer respecto a esta nueva batalla, deben ser dirigidos a La Marche y a Le Veneur, sin olvidar, desde luego, que éste, en una carta al ministro de la Guerra,

protestó enérgicamente contra la suspensión y la detención de que había sido objeto, aunque el 22 de marzo hubo protegido la retirada del ejército luchando todo el día, "verdad indiscutible, a pesar de las calumnias de Dumouriez". Los comisarios de la Convención, Delacroix sobre todo, parecen no haber sido más que el eco de esas calumnias.

El general Dumouriez ha intentado escamotear la participación de Miranda en este asunto de Pellemberg, que costó 4.000 hombres a los franceses y 1.200 al enemigo, que Servan califica de "brillante" y que Miranda dice haber sido "uno de los más serios y más honrosos que tuviera el ejército". Champmorin, cuya buena conducta ha servido para disimular la verdad, no operó allí más que subordinadamente, tal como lo advierte Servan, ya que el general venezolano era quien dirigía personalmente la acción. Dumouriez ha guardado el silencio, dice Miranda, "porque ni él, ni el general Valence estaban allí".[37] Por otra parte, el propio Champmorin se lamentaba, el 9 de abril, de que Dumouriez no hiciese mención del caso.[38]

El mismo día del combate de Pellemberg, y por vez primera después de su regreso a Holanda, Dumouriez fue a hablar a Miranda de la situación militar y de la evacuación de Bélgica, enseñándole una carta que dirigía al ministro de la Guerra. El general en jefe condenaba enérgicamente en ella los excesos de la Convención, los ultrajes de que se habían hecho culpables sus agentes respecto a los belgas y el desorden que una administración viciosa hubo llevado al ejército. Todo esto podía ser considerado como la causa principal de los reveses de las tropas en Bélgica, "conducidas por generales llenos de valor

y de civismo", y le obligó a él mismo a abandonar sus conquistas en Holanda. Miranda recibió con extrema reserva las confidencias de Dumouriez: "Parece, escribía a Petion, que ha querido con ello que yo tomase parte en el desastre a que hemos llegado por malas combinaciones; de modo que V. bien comprenderá que no me he mezclado en ello. Sin embargo, no me negaré jamás a contribuir con todos mis esfuerzos a la conservación del ejército y al sostén de la República, a la que me he consagrado hasta la muerte".[39]

En el intervalo, Dumouriez entró en negociaciones con el enemigo, con el fin de ganar tiempo y evacuar Bélgica con plena seguridad: era el mismo sistema que le había permitido dejar escapar a los prusianos después de Valmy. Jomini habla de un pacto habido entre el general en jefe y Mack la noche del 22; según Chuquet, fue el 23 por la noche, cuando el coronel Montjoie acudió a pedir al príncipe de Coburgo que dejase a los franceses retirarse tranquilamente a Bruselas, la cual prometían evacuar pronto y sin combate.[40] La entrevista de Ath se verificaría el 25 y no el 27, día indicado por Jomini.[41]

Coburgo, engañado acerca del verdadero estado del ejército francés, y temiendo carecer de fuerzas suficientes para expulsarles de Bélgica, consintió. Las tropas estaban agotadas, definitivamente incapaces del menor esfuerzo, desalentadas por el cúmulo de desgracias que atrajo sobre ellas la loca presunción del general en jefe. El futuro mariscal Macdonald, que acababa de ser nombrado coronel del regimiento de Picardía, perteneciente a la brigada del general Miaczynski y que se trasladaba a Bruselas para tomar su mando, encontró en su camino bandas de fugitivos volviendo a Francia y cantando a pleno

pulmón aires nacionales. En Bruselas halló el estado-mayor desorientado, ignorando a dónde se habían retirado diversos cuerpos, especialmente su regimiento. La retaguardia intentaba cubrir la retirada.[42]

Fue dada orden a Miranda y Champmorin de atravesar con sus tropas la ciudad de Bruselas, terminado que fuera el desfile de las divisiones de Stetrenhoffen, Chancel y Champollon. Debían seguir la carretera de Enghien hasta la altura de Santas y detenerse allí, apoyando su derecha en las divisiones que les precedían y su izquierda en el bosque de Strie-Houx: este movimiento, escribe Jomini, se hizo con una regularidad poco común. Los generales estaban prevenidos de que los flanqueadores de la izquierda ocupaban las alturas de Cruz Alta y Bogaerden y se les había recomendado que no abandonasen las tropas cuando ellas hubiesen tomado posición. Al día siguiente, 24, Dumouriez completó sus disposiciones: Miranda partiría a Enghien con su cuerpo a las cuatro de la mañana; desde allí se dirigiría a los pueblos de Marck, Molino del Roble, Rombeek, Helbeek, Meslin del Obispo, Bonnier, La Ermita, Roux, y pasaría el puente del Dendre más arriba de Ath y del pueblo de Brantiñias, detrás del cual tomaría posición en la altura, apoyada la derecha en la carretera de Leuze y extendida la izquierda a lo largo de la ladera detrás de la Cruz de Bilhée. Una postdata firmada por Thuvenot prevenía a los generales que debían permanecer con sus tropas y mandar ordenanzas al cuartel general, que sería establecido en Ath al siguiente día. Además, Miranda recibía aviso de que el teniente general Rozieres y el mariscal de campo Kermovan irían a servir su división, cada uno conforme a su grado.[43]

Estas disposiciones particulares se acordaban con el plan general de evacuación concebido por el comandante en jefe, según el cual la columna de Harville abandonaría a Namur por Givet y Maubeuge y O'Moran, a la sazón en Tournai, se dirigiría a Dunquerque y Cassel; Neuilly iría a Mons y Ruault a Amberes. El ejército de Holanda iba a tomar posición tras el Escalda. El frente así conservado se extendía desde Amberes a Maubeuge y era defendible; pero Dumouriez no se curaba lo más mínimo de estas nuevas posiciones, pues no pensaba sino en marchar sobre París: cederá todavía Breda y Getruydenberg, de donde retirará las guarniciones y la artillería, e informará a Beurnonville en una carta en que se le oye quejarse de la detención de sus generales, de la deserción, de la falta de ropas y del desorden de su ejército.[44]

El 25 de marzo Miranda y Dumouriez se encontraron en Enghien: tuvieron una entrevista tempestuosa, de la cual fue testigo, un instante, el general Duval. Miranda reprochó altamente al general en jefe sus recientes proclamas, en las que disimulaba las consecuencias de sus propias culpas, para arrojar la responsabilidad de ellas "sobre hombres valerosos que se quejaban de eso abiertamente"; se proponía "dar a conocer a la nación cómo y por qué sus soldados fueron llevados al sacrificio", y declaró que tenía intención de pedir al otro día permiso para trasladarse de Tournai a París. En vez de responder a estas acusaciones formales y concretas, Dumouriez no hizo más que declamar contra el republicanismo y la libertad, diciendo que los franceses no estaban hechos para las instituciones que les habían impuesto; a esto Miranda contestó fríamente: "Un cuarto de hora de arrebatos y de locuras por parte de V. no

me hará abandonar principios a los que me he adherido por una experiencia de veinte años de estudios".[45]

Esta conversación decidió la suerte de Miranda; evidentemente, Dumouriez no podía contar con él para ayudarle a ejecutar sus proyectos contra la Convención. Mientras que el general Igualdad, el duque de Chartres, Valence, Ruault, Neuilly, Marassé, los dos Thouvenot y casi todos los oficiales simpatizaban más o menos con el general en jefe y sus proyectos, Miranda se disponía a ponerse en medio y a impedir por todos los procedimientos a su alcance la grave empresa: era, pues, preciso eliminarle. Por lo demás, el ejército estaba seguro y terminada la retirada; ya no se le necesitaba.

He dicho que la política francesa de Miranda debía ser necesariamente revolucionaria, porque la Revolución era en su ánimo, más que una cuestión de régimen interior francés, una cuestión de principios universales. Desde el punto de vista exclusivamente nacional, muchos ciudadanos favorables primeramente a la Revolución pensaban ahora que era deseable poner fin a la tiranía de la Convención, al absolutismo irresponsable de una asamblea que tendía a instituir un régimen del Terror como sistema de gobierno y la guerra perpetua contra toda Europa como regla de política exterior. La restauración monárquica contemplada por Dumouriez hubiera restablecido el orden tradicional, templando su rigidez con la adopción de los principios liberales del 89 y por las medidas que respondían a las aspiraciones verdaderamente nacionales, preconizadas en los acuerdos de los tres Ordenes, a saber: la igualdad ante la ley y ante el impuesto; la liberación de la tierra por la supresión de los derechos feudales; la libertad de la industria; la reforma

administrativa. La monarquía restaurada hubiera podido liquidar honrosamente la guerra desoladora, que no debería tener fin hasta veinte años después en Waterloo, dejando a Francia mutilada y desangrada totalmente. La tentativa de Dumouriez fue acaso la última posibilidad que a Francia se le ofrecía de resolver el problema revolucionario concertándole con el interés nacional, evitando al país el régimen del Terror y la formidable y costosa aventura cesariana.

Carlos Maurras no dejará sin duda de manifestar, a este propósito, que el extranjero Miranda era incapaz de concebir lo que pudiera ser "el interés francés". La fraseología de Ginebra, la superstición dogmatizada en Filadelfia, nos dirá el teorizante del "nacionalismo integral", comenzaban a explotar a Francia con fines antifranceses e impedían la vuelta de la nación al régimen saludable cuya virtud está demostrada en una experiencia secular. Pero Miranda servía la Francia de 1792, no la de los Capetos, por la Revolución y para la Revolución. Miranda guerreaba en Bélgica por el mismo ideal cuya realización persiguió en la Florida y por el cual se batió más tarde en Venezuela: con su amigo Tomás Paine, podía decir que independientemente de un lugar o de un pueblo, la propia causa le llevaba a sostenerla. He aquí por qué declaraba en alta voz que defendería a la Convención contra Dumouriez rebelde, afirmando así su lealtad de soldado para con el poder revolucionario que le había puesto las armas en la mano.

Por otra parte, si Miranda se hubiese asociado a la política del general en jefe, no habría hecho más que añadir un nombre más a los de los generales que desertaron de la bandera y se hubiera deshonrado para siempre; pues no siendo francés, no

sería con el pretexto del patriotismo como hubiese podido tomar partido en pro ni en contra de la Convención, fuese por motivos de conciencia o de interés personal; además, los soldados le habrían hecho fuego como hicieron con Dumouriez, pues es inexacto que fuese "demasiado popular en las brigadas", como le plugo imaginar a Paul Adam.

Para terminar, Dumouriez sacó del bolsillo la orden de detención de los comisarios y se la mandó con el ayudante de estado-mayor Bourdois a Miranda, quien la recibió el 25, a las diez de la noche, en el campamento de Buviñias, abajo de Ath. La pieza estaba firmada por Gossuin, Danton, Treilhard, Merlin de Douai, Delacroix y Robert, y concebida en estos términos:

"En nombre de la República francesa,

Nosotros, miembros de la Convención nacional, sus comisarios en el ejército y en el país de Bélgica, de Lieja, etc.

Deliberando acerca de las quejas que nos han sido elevadas contra el general Miranda, sobre su conducta, tanto en el sitio de Maëstricht como en la jornada del 18 de este mes, y considerando por una parte que los hechos imputados a este general no parecen menos graves que los que han motivado el decreto por el cual la Convención nacional ha llevado a su barra a los generales La Noue y Stengel; y por otra, que sería peligroso para el éxito de la República que un general inculpado conservase el mando de las tropas, en tanto que no se hubiese justificado:

Disponemos, vista la urgencia, que el general Miranda se presentará en la barra de la Convención nacional para dar allí cuenta de su conducta; y encargamos al general en jefe Dumouriez que provea provisionalmente a su reemplazo.

Dado en Bruselas, el 21 de marzo de 1793, segundo de la República."

Miranda sabía lo que se arriesgaba yendo a comparecer en la barra de la Convención; pero ¿no había escrito a Brissot, algunos días antes, que en el puesto que ocupaba la obediencia era el primero de los deberes? Seguro de su inocencia y del apoyo de sus amigos, obedeció, pues, y dejó el ejército: el 28 de marzo, a las nueve de la noche, llegaba a París.

NOTAS

[1] G. Ejército del Norte. Corresp.

[2] Ibíd. Expediente de Champmorin. Hoja de sus servicios, 15 germinal, año III.

[3] *La Jeunesse du Roi Philippe*, p. 139-140.

[4] Jomini, III, 17. Reyner Jean-Louis Ebenezer, nació en Lausana en 1771, falleció en París, en 1814. Se distinguió a las órdenes de Pichegru (Bouillet dice: «a las órdenes de Moreau, en el ejército del Rhin, en 1796») y en Egipto, después en la campaña de 1813. Era un oficial de gran valor.

[5] *Mémoires*, I, 375.

[6] Véase Rojas, p. 158.

[7] Miranda ponía el dedo en una de las llagas del ejército: la carencia de oficiales. Mal encuadrados, decía, los soldados huían. Esto era tan verdad que Dumouriez ha dejado escapar una confesión: «Debo hacer justicia al soldado más bravo del universo: pero carece de oficiales experimentados». (G. Ejército del Norte. Corresp. Dumouriez a Beurnonville, 19 marzo.)

[8] He tenido la curiosidad de volver a ver cómo César explicó su derrota: alaba el valor de los soldados, censurando su indisciplina, en cierto punto. *(De bello gallico*, VII, 52-3). Por lo que se refiere a Künesdorf, Miranda comete error; he aquí lo que de ello decía el gran Federico en una carta al marqués de Argens: «La victoria era nuestra; habría sido también completa, cuando nuestra infantería se impacientó y abandonó intempestivamente el campo de batalla».

[9] Véase el texto de estas órdenes en Rojas, p. 128-229.

[10] III, 114.

[11] Loc. cit.

[12] Véase Rojas, p. 125.

[13] «No nos daremos el placer pueril, escribe Mortimer-Ternaux de poner de relieve uno a uno los errores voluntarios que Dumouriez ha sembrado en cada página de esta parte de sus Memorias, y que desde hace setenta años, han sido servilmente reproducidas por la mayor parte de los historiadores.»

[14] *De la Belgique*, p. 79. Si es verdad que Dumouriez haya hablado así a De Pradt, ¿por qué entonces dice en sus Memorias, que el error de Miranda consistió precisamente en atacar en lugar de servir de eje al ejército?

[15] Rojas, p. 122.

[16] Interrogatorio de Miranda.

[17] Véase la opinión del general Thiébault (loc. cit.) y también Vallaux, p. 32.

[18] Rojas, p. 160.

[19] Proceso de Miranda. Respuesta al testigo Delacroix.

[20] Dumouriez, p. 172.

[21] Rojas, p. 129.

[22] G. Ejército del Norte. Corresp. 20 marzo.

[23] Rojas, p. 129.

[24] Miranda a sus conciudadanos.

[25] Rojas, p. 120. Miranda a Pétion, 21 marzo.

[26] G. Ejército del Norte. Corresp. Medidas militares que hay que tomar sobre la situación de nuestros asuntos en Bélgica. Proposiciones de Chépy. Fin marzo 1793.

[27] Véase Jomini, III, 121.

[28] Chuquet: *Dumouriez*, p. 175.

[29] Miranda a sus conciudadanos.

[30] Jomini, III, 123.

[31] Informe de Champmorin. Rogert-Valhubert es este oficial normando que, alistado como voluntario, en 1791, fue nombrado jefe del 1.er batallón de la Mancha, llegó a brigadier bajo el Imperio y le mataron en Austerlitz. (Expediente de Valhubert.)

[32] Rojas, p. 351, 371.

[33] Jomini, III, 127.

[34] Chuquet: *Dumouriez*, p. 177.

[35] Relato impreso, p. 6.

[36] Aulard: *Recueil*, II, 445. Delacroix a la Convención, 22 marzo.

[37] Véase O'Kelly, p. 84.

[38] G. Ejército del Norte. Corresp. Champmorin a los comisarios de la Convención.

[39] Rojas, p. 120. Miranda a Pétion, 21-22 marzo.

[40] *Dumouriez*, p. 177.

[41] Véase Mortimer-Ternaux, VI, 307.

[42] El duque de Tarento: *Suvenirs*, p. 17.

[43] Véase Rojas, p. 134. No poseo informes sobre el general Roziéres. En cuanto a Kermovan (Gilles-Jean-Marie-Laurent Baraze de) era un gentilhombre de Châtelaudren, que había servido en Bretaña, después en el ejército turco, en el que había obtenido del Sultán el grado de coronel. Estuvo en campaña en América como ingeniero, con el grado de teniente general que le dio el Congreso. Empleado en el ejército del Norte, luego suspendido; vuelto al servicio, destituido en 1796, tomó su retiro al año siguiente y falleció en 1817. (G. Expediente de Kermovan.)

[44] G. Ejército del Norte. Corresp. Boletín analítico. Dumouriez a Beurnonville, 31 marzo.

[45] Miranda a sus conciudadanos.

INDICE ANALITICO DE MATERIAS

ADVERTENCIA

Por G. F. Pardo de Leygonier

(Páginas 3-5)

ABREVIATURAS

(Página 7)

PROLOGO A LA EDICION CASTELLANA

Por el Dr. Cristóbal Mendoza

(Páginas 9-24)

INTRODUCCION

(Páginas 27-94)

NACIMIENTO de Francisco de Miranda (1750). Su padre, negociante y oficial de milicia. Francisco, estudiante. Ingresa, en Madrid, en el ejército español, en calidad de oficial de infantería (1772). Sus campañas en Africa. Sirve con distinción en las Antillas y en Florida, durante la guerra contra los ingleses y presta grandes servicios a la causa de la independencia de los Estados Unidos. Es nombrado Teniente Coronel. Desavenencias con los oficiales peninsulares. Rumores de infidelidad extendidos contra él. Misión delicada que cumple en Jamaica. Motivo por el que fue encarcelado en La Habana. Puesto pronto en libertad, abandona el servicio de España y pasa de Cuba a los Estados Unidos (1783). Cómo explica a Barbé-Marbois las razones que tuvo para «huir» de su país. Llega a Londres en 1784. Memoria que dirige al rey de España recordándole sus servicios y pidiendo justicia contra las persecuciones que sufrió en Cuba y le forzaron a abandonar el ejército. Florida-Blanca le halaga, varias veces, con la promesa de una próxima respuesta que jamás recibe, mientras los agentes de la corte de Madrid en el extranjero le persiguen con sus vejámenes. Rompe con España. Viaje de estudios a través de los diferentes países de Europa. En Berlín, Miranda obtiene de Federico la autorización para asistir a las grandes maniobras de sus ejércitos (1785). Se le ve en Viena y en Hungría. Vergennes, a instancia de la corte de Madrid, ordena sea detenido y entregado a España, si pasa por el territorio francés. Smith avisa a su amigo del peligro que corría arriesgándose a ir a Francia. Miranda en Milán, en Roma, donde traba relaciones con los jesuítas

desterrados, después en Nápoles, Esmirna, Constantinopla. Pasa a Crimea, donde agrada a Potemkin que le lleva a Ucrania y le presenta a la Zarina (1787). Recibe una acogida afable de Catalina. Le da el grado de coronel en el ejército ruso. Se ha dicho fue uno de los innumerables amantes efímeros de la Emperatriz: es posible. Relación entre Miranda y el conde de Segur. Informe de Cobentzel a Kaunitz relativo a Miranda. El ministro de España se queja de la acogida hecha a un súbdito de su señor inculpado de traición. Respuesta de Miranda al encargado de negocios Macanaz. Cómo Miranda se adornó con el título de conde en el extranjero. Segur rompe con Miranda y hace, contra él, causa común con el encargado de negocios de España. La Zarina no deja por eso de preferir a Miranda colmándole de favores. Sin embargo, se ve obligada a alejarle. Sale de Petersburgo provisto de una carta de recomendación, muy honorable, para los embajadores de Rusia, prescribiéndoles le asistan con toda circunstancia y le den hospitalidad en su propia casa cuando le convenga recurrir a ella. Además, Catalina le otorga una suma considerable, menor, no obstante, que la que él pedía. Miranda intenta todavía obtener de la corte de Madrid una licencia ordinaria con el fin de salvar sus bienes; pero el conde de Florida-Blanca, contestando a este propósito al embajador de Rusia, continúa calificándole de «traidor y aventurero». Miranda llega a Estocolmo (1787) a casa del conde de Razoumowski, donde guarda el incógnito. El rey Gustavo III intrigado, como toda la sociedad, de la actitud misteriosa de este huésped de la legación rusa, se arregla para conversar con él dos veces; perimeramente en su gabinete de medallas, después en casa de un tercero. Instruido por el ministro de España, al principio piensa mandar detenerle. Miranda va a Noruega, luego a Copenhague. Ve a Lavater en Zurich. Estancia en La Haya. Miranda vuelve a Londres (junio de 1789). Como solamente se escapa de una maniobra urdida por el embajador de España, declarando pertenecer al personal de la embajada rusa. Sin embargo, ningún documento, que yo conozca, prueba haya servido de agente político en la corte de Rusia. No obstante, escribe a Catalina en términos que parecen rebasar, por así decirlo, los límites de la más refinada cortesanía. Tiene relaciones de amistad con Fox, Sheridan, Stanhope y otros personajes ingleses que saludan a la Revolución en su cuna. En el curso del año 1790 entra en relaciones con Pitt, en vista de la liberación de las colonias españolas. Desde ahora hay que decir que jamás Miranda tuvo la intención de arrancar estas colonias del yugo de la metrópoli para someterlas a cualquiera otra potencia. Recibe del gobierno inglés una suma de 1.200 a 1.300 libras esterlinas. Lo que, en resumen, debía ser el futuro Estado

formado por las colonias libertadas, según los proyectos de Miranda. Sobreviene el tratado entre España e Inglaterra, que rompe la negociación. Miranda va a ver de cerca la Revolución en Francia. En diciembre de 1791 se detiene en Ruan en casa de los Hélie de Combray, ardientes realistas y no llega a París hasta marzo de 1792. Retrato físico y moral de Miranda.

PRIMERA PARTE

MIRANDA, GENERAL FRANCES

CAPITULO PRIMERO

El medio político

(Páginas 107-123)

LA evolución de las ideas y de la acción revolucionaria. En vísperas del 10 de agosto, sólo se trata todavía, para los Vergniaud, Brissot y otros, de la monarquía constitucional, y Danton únicamente obligado por los acontecimientos se decide a preconizar la república. Saint-Just temía que este régimen costase un precio demasiado alto. Sieyes, orleanista, desdeñaba a «los republicanos polícratas». Robespierre y Camille Desmoulins combatían la propaganda republicana. La evolución no llegó a término hasta septiembre. Los nombres de *girondinos y montañeses* no designaron al principio dos campos enemigos: la mayor parte de los girondinos se sentaban aún en la Montaña. Los neo-montañeses, fanáticos de la comunidad de París, contra los *federalistas.* Cómo debe considerarse que, en realidad, jamás hubo un partido de la Gironda en el sentido que se entiende ordinariamente la palabra *partido.* Los girondinos se distinguieron de sus adversarios sobre todo por la «aristocracia» de su talento y la decencia de su actitud exterior. Los girondinos, entre ellos, apenas profesaban los mismos principios sobre las cuestiones más importantes. Los girondinos comparten con los montañeses la responsabilidad de los desmanes realizados desde el 10 de agosto. Lanjuinais se ha defendido, con razón de haber pertenecido a la facción

girondina. Pétion no rompió definitivamente con Robespierre hasta abril de 1793: su carácter. Brissot. Con Pétion y Brissot fue con quienes contrajo amistad Miranda, llegado a París el 6 de marzo de 1792. Brissot apreciaba como él la forma del gobierno inglés y se había distinguido por sus opiniones sobre las colonias. Miranda se hubiese acomodado con la monarquía inglesa. Al principio, sólo pensó obtener de la Francia revolucionaria y republicana la ayuda necesaria para libertar América de la dominación española. Se verá que, después, las circunstancias le halagaron con la esperanza de llegar a desempeñar un papel de primer plano, militar y político, en Francia, donde no temerá, durante algún tiempo, incluso de aspirar al poder supremo, y donde, en definitiva, solamente conseguirá salvar su cabeza, a través de numerosas vicisitudes. Cómo primeramente hizo alarde de jacobino y extremista y cómo se disculpará de ello hacia el fin de su carrera. Miranda en los medios girondinos. En casa de Julie Talma. El «hogar de la República». En casa de la poetisa inglesa Héléna-Maria Williams, madama Roland le presentó al general Servan, ministro de la Guerra.

CAPITULO II

Miranda en el ejército

(Páginas 127-139)

Es la Convención la que quiso la guerra al provocar a Austria, Prusia, Inglaterra, Holanda y España. Mal estado del ejército francés. Los generales franceses y los generales enemigos. Brunswick representado generalmente como un tirano feroz y un adversario encarnizado del espíritu del tiempo. Dumouriez, Arthur Dillon y Kellermann generales en jefe. Cualidades y defectos de Dumouriez. Kellerman: su carácter. La campaña del Argona. Miranda nombrado general de campo, el 25 de agosto de 1792, llega el 11 de septiembre al ejército del Norte, en el que se le encarga del mando de la división izquierda. Cómo después de la jornada del 10 de agosto, hablaba todavía de continuar sus viajes y su propaganda en favor de la independencia de América española, cuando Pétion le incitó a «prestar servicio en Francia», sin que él se hubiese ofrecido y con el consentimiento unánime

de los miembros del Consejo ejecutivo. Condiciones pecuniarias que le fueron concedidas, en compensación de lo que iba a perder por parte de la Zarina. La fortuna personal de Miranda. La corte de Rusia está muy irritada de verle general «descamisado» al servicio de un gobierno ya culpable de tales desmanes. El conde de Woronzoff, embajador en Londres, declara verse obligado a romper toda relación con él. Catalina se indigna de la conducta de un hombre que, sin ella, habría ya perecido desde hace mucho tiempo en las cárceles de la Santa Inquisición.

CAPITULO III

Argona y Valmy

(Páginas 143-154)

Continuación de la campaña del Argona. Miranda al frente de 2.000 soldados de infantería, apoyado por algunos cañones, rechaza, cerca de Briquenay, 6.000 hombres mandados por el conde Kalkreuth (12 de septiembre de 1792). Es la primera vez que los prusianos retroceden ante las tropas revolucionarias. Reconocimiento útil operado por Miranda (14 de septiembre). Retirada de Dumouriez detrás del Aisne, en Sainte-Menehoulde. Miranda reunió al ejército en Wagermoulin. Los voluntarios habiendo cedido a una especie de pánico, en el Bienne, se arroja, espada en mano, a través de las filas rotas y logra restablecer el orden: de este modo salvó la campaña preservando del desastre al ejército entero. El cañoneo de Valmy. Leyendas y fantasías líricas a este propósito: de Lamartine a Paul Adam. Miranda destinado por el ministro de la Guerra para pasar al ejército del Interior, es mantenido en el del Norte, a instancia de Dumouriez, quien además propone nombrarle teniente general. Miranda predica, en su correspondencia, el establecimiento de una fuerte disciplina militar; vitupera la demagogia de Robespierre y Marat. Miranda feminista: exhorta a Pétion a dar a las mujeres el derecho de participar en la elaboración de las leyes. El 9 de octubre, recibe la noticia de su nombramiento al grado de teniente general. Después de haber estado algún tiempo a las órdenes del general Egalité, ex duque de Chartres, recibe el mando de la división de izquierda del ejército. Misión que le confía Dumouriez cerca del gobierno.

CAPITULO IV

Las colonias españolas

(Páginas 159-186)

El Rey encarga a Talleyrand de una misión cerca del gobierno de San Jaime, en el momento en que Francia no tiene representante oficial en la corte de Inglaterra, con el fin de obtener que esta potencia no se una de ningún modo a las que parecen mantener disposiciones hostiles a Francia. Al mismo tiempo se encarga al señor de Bourgoing de una «misión particular» en Madrid, donde debe tranquilizar al rey de España, acerca de la misión de Talleyrand, que no puede ser más que ventajosa a la política del pacto de familia, y recordar, por otra parte, «que la unión de Francia y España es la salvaguardia actual contra su enemigo común, que es la Gran Bretaña». Talleyrand habría conseguido obtener de Pitt una promesa de neutralidad, aun en el caso de que Francia invadiese Bélgica, con tal que se abstuviese de atacar a Holanda. En realidad, el gobierno de París se disponía a sacrificar España a la neutralidad, sino a la alianza de Inglaterra. En el mes de abril, nueva misión confiada a Talleyrand, Chauvelin y Noël: fracasan, la opinión inglesa haciéndose cada vez más hostil a Francia. En una memoria dirigida, en noviembre, al gobierno revolucionario, Talleyrand hace valer el interés comercial que tendría para Francia e Inglaterra favorecer la sublevación de las colonias españolas. Lebrun-Tondu había escrito ya, en el mes de septiembre, en el mismo sentido a Chauvelin. En la misma época, el americano Sayre aconseja a Lebrun oiga al general Miranda. Brissot y Pétion apoyan al principio con entusiasmo los proyectos de Miranda con Lebrun, después adoptan el del almirante Kersaint, que era totalmente diferente. Miranda escribe sobre este asunto a Pétion y va a París a conferenciar con él y los ministros. Hubiese querido encargarse de libertar América del Sur con la ayuda indispensable de una potencia europea, Inglaterra o Francia, sin una de las cuales sabía que no podía intentarse nada; pero no tenía la intención de hacer la guerra a España al frente de las tropas de una nación cuyo fin no sería otro que sustituir con su propia dominación la de la madre-patria. Razones por las que Miranda dirá más tarde rehusó al gobierno francés

el mando de la expedición de Santo Domingo. A decir verdad, no se sabe exactamente lo que pasó en las entrevistas que tuvo, sobre este asunto, Brissot y otros. Mientras Lebrun trata de entenderse con España, Brissot, animado sobre todo por su odio contra la Iglesia católica, quiere aplastar esta monarquía. Ruega a Dumouriez le «ceda» Miranda, que Monge ofrece nombrar gobernador general de Santo Domingo. Cómo se puede explicar la actitud de Miranda en estas circunstancias. Nuevo proyecto de Sayre en el que Miranda es comprendido. El tratado de Aranjuez asegura, por algún tiempo, a la corona de España la integridad de sus posesiones.

CAPITULO V

La toma de Amberes

(Páginas 189-222)

La batalla de Jemmapes se dio, el 6 de noviembre de 1792, durante la ausencia de Miranda. De regreso de París a Mons, el 11, recibe el mando de la mayor parte del ejército de Bélgica. Se dirige, con el general Harville, desde Hall a Anderlecht, al socorro de Dumouriez. Nombrado por el general en jefe para el mando del ejército del Norte, se le encargó continuar el sitio de la ciudadela de Amberes, en lugar de La Bourdonnaye, al cual Dumouriez testimonia gran desprecio. Elogios que Dumouriez prodiga, por el contrario, a Miranda. El 26 de noviembre, se abrió la trinchera, ante Amberes, y Miranda llega, este mismo día, al cuartel general de Berchen. El ministro Pache conserva a La Bourdonnaye el título de «comandante en jefe del ejército del Norte», mientras califica a Miranda «mandando la división del Norte del ejército de Bélgica». Sin embargo, La Bourdonnaye no se resigna en modo alguno a alejarse del cuartel general de Berchen. El origen extranjero de Miranda le crea graves dificultades en sus relaciones con sus colegas y subordinados, especialmente con el ayudante general Boisguyon, a quien mantiene castigado mucho tiempo, a pesar de las propias instancias de sus amigos Brissot y Pétion. Bombardeo de la ciudadela, el 28 de noviembre; la plaza capitula al día siguiente; principales artículos de la

capitulación. La guarnición austríaca queda prisionera de guerra. Apertura del Escalda a la que los holandeses sólo oponen una simple protesta verbal; la flotilla mandada por el teniente americano Moultson entra en el puerto de Amberes, aclamada por la burguesía. Miranda deja a Marassé de comandante en Amberes y va a ocupar Ruremonde, que abandonan 3.500 austríacos; los Aliados evacuan ante él la Gueldre y el ducado de Clèves y vuelven a pasar el Rin. Gestiones presuntuosas del americano Jean Skey Eustace, mariscal de campo, con el príncipe de Hesse, gobernador de Maestricht. Su actitud insolente con Miranda que le deja castigado. Folleto que publicará más tarde contra Miranda. Dumouriez le ordena ir a París para dar cuenta de su conducta. El Consejo ejecutivo autoriza a Miranda para traducirle ante un consejo de guerra: no se sabe exactamente cómo este mal sujeto pudo escapar al castigo. Cómo Miranda estudia la proposición que le hizo Monge de enviarle a Santo Domingo: puede suponerse que prefirió continuar en Europa la vía seductora en la que le había sido dado entrar al servicio de la República francesa.

CAPITULO VI

Miranda en Bélgica

(Páginas 229-255)

Los belgas al principio sólo sintieron satisfacción de haberse librado de la dominación austríaca. En Amberes, los jefes de la burguesía y los maestros de oficios se pronuncian por la Constitución brabanzona y quieren conservar sus antiguas instituciones. Mientras Dumouriez tiene la intención hábilmente de tratar con consideración las susceptibilidades nacionales, el general Moreton tolera en Bruselas las peores violencias y en la región de Tournai, el general La Bourdonnaye y su comisario Sta «actúan en conquistadores». Miranda, nombrado en lugar de La Bourdonnaye, modera el celo maligno del comisario. Clubs, a imitación de los de Francia revolucionaria, surgen en las ciudades. Brissot, desconfiando de Dumouriez, contaba con Miranda para «incendiar Europa por los cuatro costados». La Convención decide

imponer a los belgas un gobierno democrático; por el decreto de 15 de diciembre de 1792, preludio de la anexión, sustituye su dictadura a la libertad que se les había prometido y Danton se encarga de «meterles en cintura». Miranda, dirigiéndose a Pache, atribuye la oposición de la burguesía de Amberes a la influencia del clero. Exacciones. Protestas especialmente vehementes de los habitantes de Amberes. Miranda reclama a París comisarios «instruidos» capaces de actuar útilmente de acuerdo con la parte «revolucionaria» de la ciudad. Parece haber querido así descargarse personalmente, en lo posible, de la responsabilidad de las medidas prescritas por la Convención y es quizá el único de los generales que haya concedido la libertad de las elecciones allí donde residía. No obstante, tenía la intención de ejecutar rigurosamente las órdenes de la Convención, especialmente en lo que se refería a la abolición de los impuestos y el secuestro de bienes públicos, a pesar de las enérgicas protestas de la Asamblea de los Representantes provisionales de Amberes. Cómo fuerza a esta Asamblea a entregarle una suma de 300.000 libras tornesas para el sustento de las tropas y fortificaciones. La Asamblea protesta en vano de la Convención contra la violencia que ha sufrido. Dificultades monetarias debidas a que los asignados no tenían curso en Bélgica. Conflicto entre Miranda y Marassé, que pretende sustraerse a su autoridad. Las relaciones de nuestro general jacobino con el clero parecen haber sido bastante buenas, al final: el obispo de Amberes le dirige, después de su partida, una carta muy atenta y le hace un regalo de libros. En enero de 1793 Dumouriez acabó aceptando la política dictatorial de la Convención: instrucciones que envía de París a Miranda. Danton y Delacroix, comisarios de la Convención se dedican activamente a impulsar los belgas a pedir su reunión a Francia. En Lieja, 9.660 votantes, contra una cuarentena de protestantes, se pronuncian por la reunión: Miranda transmite este primer resultado a Pache. La Convención invita a las ciudades de las diferentes provincias belgas a seguir este buen ejemplo. Papel nefasto de los comisarios en los ejércitos. Violentas disputas de Miranda con los comisarios nacionales Liébaut, Bonnemans y Cochet y con el comisario ordenador en jefe Ronsin.

CAPITULO VII

Miranda, comandante en jefe

(Páginas 261-280)

Dumouriez quiere atacar las Provincias-Unidas de los Países Bajos, mientras el Consejo ejecutivo quiere todavía respetar su neutralidad. Instrucciones dadas a Miranda, el 14 de enero de 1793. La decisión de invernar en Bélgica. Conferencia entre Valence y Miranda relativa a los acantonamientos que había que establecer. Inexactitudes de las *Memorias* de Dumouriez y de Valence en este respecto. Los acantonamientos desgraciadamente se establecen en el Roër. Los movimientos de Dumouriez, por lo demás, se encuentran paralizados, a causa de la deserción de 55.000 voluntarios que regresaron a sus hogares, de octubre a diciembre. Contribuciones cobradas en los países ocupados por las tropas francesas. Miranda obtiene el título de comandante en jefe de los ejércitos operando en Bélgica, cuyas funciones asume, en ausencia de Dumouriez y Valence. Hostiga al enemigo con combates afortunados, especialmente en Wassemberg y en Arsbeck. Pache no hace justicia a ninguna de sus peticiones. Réplica digna y severa de Miranda a este ministro. Pache, despedido del ministerio, es reemplazado por Beurnonville.

CAPITULO VIII

El ejército

(Páginas 285-297)

Beurnonville se esfuerza en poner remedio a los vicios de la administración militar. Pache con el pretexto de «patritizar» el ejército, le había completamente desorganizado. Ojeada sobre el estado del ejército republicano. Al principio los cuadros fueron provistos casi exclusivamente con oficiales del ejército real. La fusión entre los vo-

luntarios del 91 y 92 y los soldados de los antiguos regimientos sólo se realizó tardíamente. Excelentes oficiales de artillería, provistos de un buen material: el fusil francés, sin embargo, es inferior al prusiano. El ejército prusiano no justificaba ya realmente el prestigio de que gozaba en virtud de la fama de Federico. Composición defectuosa de las unidades del ejército republicano. La mayor parte de los oficiales de los batallones de voluntarios elegidos por sus hombres valían muy poco, naturalmente, salvo algunas excepciones ilustres; frecuentemente huían con sus electores, si llegaba el caso. Escasez de víveres y municiones. Las tropas, especialmente las de Miranda, están, en gran parte, «casi desnudas». Enfermedades: la sarna; los hospitales carecen de todo. Cuadro que traza Dumouriez del estado en que se encuentra el ejército de Bélgica, en el momento en que Miranda asume la jefatura del mando. Discusiones entre Dumouriez y los comisarios-investigadores, Danton entre otros, enviados a Lieja por la Convención (noviembre de 1792). Miranda toma enérgicas medidas para restablecer la disciplina y aprovisionar sus tropas. Jomini ha elogiado su celo y actividad. Conferencia que provoca, en Lieja, entre los jefes de estado mayor de los tres ejércitos, los comisarios de la Convención y los directores de compras, de subsistencias y de la administración (enero 1793): los comisarios comprueban en su informe a la Convención, «que el directorio de compras no tiene ni almacenes, ni dinero, ni los agentes necesarios para el servicio». Quejas vehementes elevadas por Miranda contra el revisor Lemonier y el comisario-ordenador Lambert. Epidemia en Lieja: Miranda, bien secundado por el general Ruault, su jefe de estado mayor, hace instalar hospitales en Lovaina, Bruselas, Malinas y Gante. Buen orden que trata de hacer reinar en todas partes. Indisciplina de los voluntarios: después de la rendición de Amberes, arguyendo que «la patria ya no está en peligro», piden volver a Francia: Miranda consigue retenerles. Desnudez cada vez más lamentable: el comisario Liébaut comprueba que los soldados de La Marlière son «verdaderos descamisados de nombre y de hecho». Nueva agitación entre los oficiales y los soldados para obtener licencias. «Deserción horrible» que señala La Marlière en sus compañías de granaderos; este general pide se le descargue de los húsares de la República; reprueba enérgicamente la elección de oficiales por los voluntarios. Miranda se queja de que los consejos de guerra no pueden ser ejecutados, por falta de un ejecutor y de una guillotina.

CAPITULO IX

La guerra con Inglaterra y Holanda

(Páginas 301-328)

LAS causas de esta guerra. Miranda provee a la defensa del Escalda. En qué términos Dumouriez le explica confidencialmente su plan de campaña. Objeciones que le hace Miranda. Observaciones de Jomini. Miranda preveía la catástrofe de los acantonamientos. Custine, por su parte, proponía al Comité de defensa general un plan diferente del de Dumouriez, que Valence aprobaba, en cuanto a él. El Consejo ejecutivo se adhiere a la opinión de Miranda. Cuando, en la Convención, se trata de reemplazar a Monge en el ministerio de la Marina, Miranda obtiene diez votos. Dumouriez mismo acaba por modificar su plan conforme a la opinión de Miranda. Miranda toma sus disposiciones en vista del sitio de Maëstricht, aunque todavía no ha recibido la notificación oficial de la declaración de guerra a Holanda: Beurnonville aprueba estas disposiciones. Instrucciones dadas por Miranda al general Egalité. El Consejo ejecutivo adelantándose al voto de la Convención, ordenó a Dumouriez que atacase a Holanda (31 de enero de 1793). Dumouriez, disuadido por Miranda de su proyecto de expedición en Zelandia, concibe, un instante, el de dirigirse hacia Amsterdam por Nimega, que se vio forzado a abandonar cuando los prusianos lograron ocupar Venloo, como Miranda había previsto. Dumouriez piensa ahora llegar a Amsterdam por las desembocaduras de los ríos que antes quería evitar. Jomini ha hecho resaltar la versatilidad del espíritu de Dumouriez y la ligereza de sus concepciones. Miranda considera la operación «muy arriesgada», como escribió a Beurnonville y al mismo Dumouriez. Ilusiones que sustenta Dumouriez respecto a Maëstricht. Situación general de los ejércitos. El ejército del Meuse separado del de Miranda, pasa al mando de Valence; es, pues, sin razón, que a propósito de las operaciones en el Roër, se ha hablado de una derrota del «ejército de Miranda». El ejército del Norte y el de Bélgica, considerados hasta entonces como entidades independientes, se encontraban ahora reunidos con el nombre de ejército del Norte y bajo la jefatura de mando de Dumouriez; el ejército de las Ardenas

estaba mandado por Valence. La «gran aventura» de Dumouriez. Instrucciones dadas por Miranda a los generales La Noue, Stengel, Champmorin y La Marlière. Alegaciones injustas de Segur. A pesar de graves dificultades, Miranda espera apoderarse de Maëstricht en una semana de sitio, y dirigirse luego hacia Nimega para apoyar a Dumouriez. Dumouriez envía a Miranda algunos holandeses «patriotas», es decir, revolucionarios y francófilos, representantes de Comité batavio, encargados de ayudar al general con sus consejos y revolucionar el país invadido por sus tropas. Dumouriez cree todavía poder asegurar a Miranda, que no tiene que temer, por el momento, una agresión de parte de Clerfayt, y le invita a apoderarse de Maëstricht sin emplear demasiado «método». Parece que Dumouriez se volvió ciego: Clerfayt es más fuerte que nunca; los acantonamientos en el Roër son forzados. Distribución de tropas entre los diferentes generales franceses operando en Bélgica. Beurnonville aprueba el proyecto de operaciones concebido por Miranda.

CAPITULO X

Maëstricht

(Páginas 335-346)

PREPARATIVOS del sitio de Maëstricht. Miranda llega, en la noche del 21 al 22 de febrero de 1793, ante la plaza defendida por el príncipe de Hesse. Los trabajos de ataque están dirigidos por el viejo general Bouchet. La guarnición de 6.000 hombres aproximadamente comprende una legión de emigrados franceses mandados por el marqués de Autichamp. Cuando antes de proceder al bombardeo Miranda requiere a la plaza para que se rinda, el príncipe, que se niega resueltamente, se muestra por otra parte bastante asombrado, no sabiendo que ha sido declarada la guerra a Holanda. El cañoneo comienza, el cerco continúa y algunas salidas de la guarnición pueden ser fácilmente rechazadas. Miranda reclama un comisario ordenador encargado de proveer a las subsistencias. Dumouriez ha comenzado su ofensiva: bloquea Berg-op-Zoom; Breda capitula, Klundert es tomada. Dumouriez apresura a Miranda se disponga a unirse con él en Nimega. De acuerdo

con los delegados «patriotas» del Comité bátavo, Miranda exhorta a los magistrados de la ciudad a exigir al gobierno la rendición de la plaza. Llegada del comisario Petitjean: Miranda concierta con él y el general Thuvenot las próximas operaciones. Proyecta dejar el cuidado de continuar el sitio a Valence, con quien se encuentra entonces en los mejores términos. Los *Recuerdos* del conde Merode-Westerloo. Bombardeo violento: numerosos edificios deteriorados. El ejército de sitio se siente insuficiente, vista la enérgica resistencia de la plaza. Un oficial enviado por Le Veneur se permite criticar las operaciones de Miranda. Ataques apasionados dirigidos contra Miranda por el coronel Gobert en su *Relato*. El ejército austríaco se hace cada vez más amenazador en la orilla derecha del Roër.

CAPITULO XI

La retirada hacia Lovaina

(Páginas 349-390)

Los acantonamientos del Roër son forzados por el ejército austríaco mandado por el príncipe de Cobourg: el ejército francés es derrotado en Aldenhoven. Retirada general. El sitio de Maëstricht es levantado al cabo de seis días, habiendo costado a los franceses solamente veinte hombres muertos y diez heridos. Medidas que tomó Miranda para efectuar la retirada de su ejército. Miranda no tiene ninguna responsabilidad de lo que pasó en el Roër. Cómo Segur desnaturalizó los hechos, en detrimento de Miranda, y en favor de su amigo Valence. Miranda ocupa Tongres, el 3 de marzo. Contradicciones que presentan los informes dirigidos, este mismo día, de Lieja, a la Convención y al Comité de defensa general, por los comisarios. Cómo Miranda responderá al comisario Gossuin ante el Tribunal revolucionario. Lo cierto es que Valence parece haber perdido el juicio en estas circunstancias. Cómo un historiador tan apreciado como Mathiez se ha limitado a copiar ligeramente a sus predecesores al repetir que fue «la derrota del ejército de Miranda» la que habría hecho fracasar la expedición de Holanda. Miranda no fue derrotado, hablando en términos precisos; por el contrario, salvó su cuerpo de ejército de 12.000 hombres ence-

rrado entre la plaza de Maëstricht y los 40.000 austríacos que sostenían el campo. Dumouriez y Valence mismo reconocieron que se había visto obligado a abandonar el sitio de Maëstricht. Ilusiones de Beurnonville. Brissot «emborrador de cráneos». Miranda da cuenta a Dumouriez del levantamiento del sitio. Censura la ausencia de Valence, que permaneció en Lieja. Cómo Dumouriez inculpó a Miranda, mucho tiempo después, en sus *Memorias.* Cómo Jomini hizo justicia a Miranda. El archiduque Carlos expulsa a Egalitè y Ruault de la ciudad de Tongres (4 de marzo). La Marlière y Champmorin hacen «una retirada hábil». Miranda detiene a los austríacos marchando hacia Jupille (4 de marzo). Dumouriez cree todavía apoderarse de Holanda en quince días. El optimismo de Miranda. Los belgas aspiran ardientemente a ser liberados del yugo revolucionario y desean del mismo modo la vuelta de los ejércitos imperiales. Denuncias de Miranda y los comisarios contra la indisciplina y cobardía de la gendarmería nacional. Miranda y Valence retroceden ante los imperiales hasta Lovaina (9 de marzo). Lieja fue evacuada, el 5 de marzo, a pesar de la opinión de Miranda, contraria a la de Valence que mandaba allí con Thouvenot: alegación inexacta de M. Chuquet, quien ha estimado bien hablar como Dumouriez lo hizo en sus *Memorias.* Cómo Miranda explicará haber negado armas a la burguesía de Lieja. Seguridades optimistas que da a Dumouriez: ahora preconiza un ataque contra Amsterdam y parece caer así en el error del que había tratado precedentemente de disuadir al general en jefe. Paralelo entre Valence y Miranda. Valence, Miranda, Ruault, La Noue, Egalitè, Thouvenot y otros jefes deciden tomar posición detrás de Lovaina: sus planes están concertados con Dumouriez. Por orden del Consejo ejecutivo, Dumouriez vuelve a tomar la jefatura del mando del ejército en Bélgica, ejercida provisionalmente por Valence (11 de marzo). Los imperiales se preparan a expulsar a los franceses de las Provincias-Unidas. Cómo Dumouriez trata de calmar la efervescencia de los belgas, indignados contra la tiranía de la Convención.

CAPITULO XII

Neerwinden

(Páginas 399-430)

Los testimonios de numerosos oficiales confirman en absoluto las alegaciones de Miranda relativas a la campaña terminada en Neerwinden. Exposición de los hechos. Cuadro impresionante de exactitud que Dumouriez traza del gobierno de la República, al regresar de París en el comienzo de diciembre de 1792. Cómo desde entonces trata de atraer a Miranda a sus proyectos políticos. Reserva que guarda Miranda en este respecto. Dumouriez convencido de que no logrará entrenarle de ninguna manera, se decide a perderle. Cualidades y defectos de Miranda. Aunque su vida se reconoce haber sido una asombrosa novela de aventuras, sin embargo no debe ser colocado en el número de los que vulgarmente se llama «aventureros». Su fin político constante. No sabemos si aspiró a reemplazar Dumouriez al frente del ejército. Elogio que Dumouriez hacía en otro tiempo de sus capacidades. Cómo su carácter seco y su humor irascible le perjudicaron con oficiales y soldados. No obstante tuvo el mérito de mantener, en la medida de lo posible, la disciplina, que otros dejaron relajar demasiado fácilmente. Hasta qué punto es injusto reprocharle no haber logrado, con los escasos medios de que disponía, tomar la plaza de Maëstricht, conocida·a través de toda la historia militar como una de las más fuertes de Europa. Cómo fue víctima de la perfidia de Dumouriez, después de la ignorancia de los historiadores, que, en lo sucesivo, le cargaron con la responsabilidad de la campaña de Neerwinden. Crítica de es a campaña. Miranda que había perdido la confianza del general en jef , no tuvo ninguna participación en la preparación de las operaciones. Los errores de Dumouriez. La batalla de Neerwinden. Calumnias dirigidas contra Miranda. Michelet alaba su «frialdad heroica». La derrota.

CAPITULO XIII

Pellemberg

(Páginas 435-456)

En sus *Memorias,* Dumouriez se deleitó en atribuir su derrota a la «huida» del ala izquierda de su ejército, mandada por Miranda. Jomini, Reyner, Segur mismo protestaron contra las imputaciones de Dumouriez, a este propósito. Dumouriez abusó del hecho que algunas unidades, compuestas de voluntarios, en efecto, habían huido. Miranda vengó el honor del mayor número de sus tropas, que habían cumplido bravamente con todo su deber dejando más de 2.000 víctimas sobre el campo de batalla. Cómo Miranda operó la retirada de su cuerpo de ejército, del que Dumouriez exageró el estado de desorden. Los acontecimientos de los días siguientes mostraron que las tropas de línea a las órdenes de Miranda eran capaces de hacer todavía frente a un enemigo victorioso: el 19 de marzo, resistieron durante siete horas en las alturas de Wommerson, antes de replegarse hacia Tirlemon. El enemigo ha reconocido que la retaguardia mandada por Miranda, había cubierto la retirada con mucho orden y sangre fría. El 21 de marzo, Miranda recibe la orden de replegarse hacia Lovaina, al frente de las columnas mandadas por Chancel, Stettenhoffen y Egalitè. El mismo día, Miranda es inculpado por Dumouriez en presencia de los comisarios de la Convención que le entregan una resolución en virtud de la cual su teniente será enviado a París para dar allí cuenta de su conducta. Después de una conversación con Dumouriez, Miranda escribe desde Lovaina a su amigo Pétion, por correo expreso, para denunciarle secretamente las disposiciones antirrepublicanas de su jefe (21 de marzo). Por todas partes se ponen de acuerdo, en este momento, en juzgar oportuno sustituir a Miranda: el comisario Chépy, que, sin embargo, le estimaba bastante, declara «que no tiene en absoluto la confianza del soldado». Miranda manda la división Champmorin, en Pellemberg, donde se libran combates encarnizados y sólo se retira después de haber luchado, personalmente, con un gran valor (22 de marzo). Los austríacos ocupan Lovaina. Calumnias dirigidas contra Miranda por el coronel Gobert y el comisario Delacroix. Negociaciones de Dumouriez con el coronel

austríaco Mack. Conversación borrascosa de Miranda con Dumouriez (25 de marzo), a quien reprocha sus errores y quien, por su parte, renueva sus enérgicos discursos contra el gobierno de la República. Dumouriez saca entonces de su bolsillo la orden firmada por los comisarios de la Convención, Danton y otros, desde el 21 de marzo, en virtud de la cual Miranda debía presentarse «sin demora alguna» a la barra de la Asamblea para dar cuenta de su conducta, «tanto en el sitio de Maëstricht como en la jornada del 18 de marzo de 1793». Miranda llega a París el 28 de marzo.

Esta edición de la obra de

C. PARRA-PEREZ

MIRANDA

Y LA REVOLUCION FRANCESA

consta de una tirada de cuatro mil ejemplares, quinientos de ellos numerados a la prensa, del 1 al 500



ALTAMIRA

TALLERES GRAFICOS, S. A.

*

BRAVO MURILLO, 31

MADRID